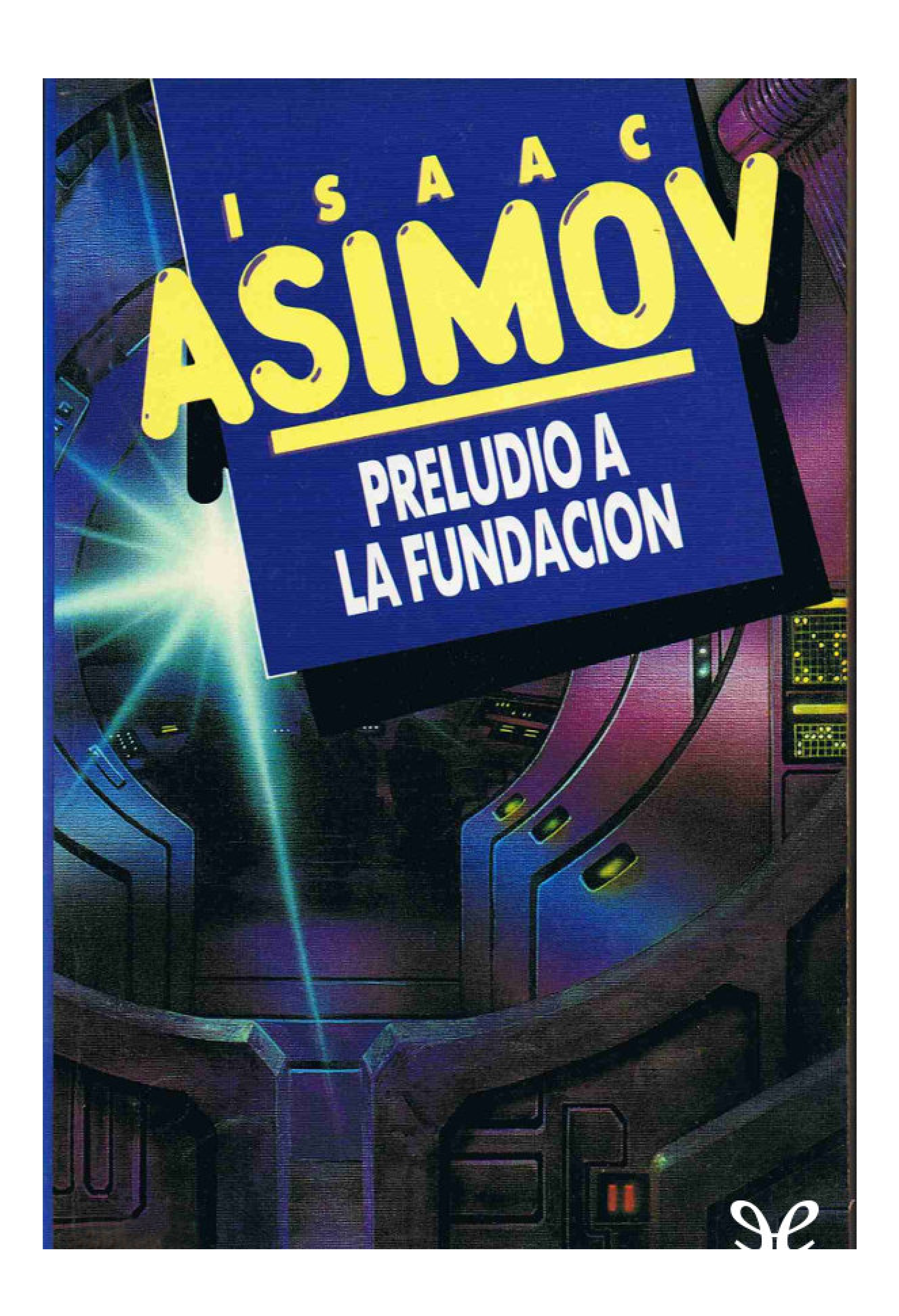

ISAAC
ASIMOV
PRELUDIO A
LA FUNDACION


ISAAC
ASIMOV
PRELUDIO A
LA FUNDACION



Corre el año 12020 de la Era Galáctica y el emperador Cleon I se siente incómodo en su trono. En Trantor, la gran capital del Imperio Galáctico, 40.000 millones de personas han creado una civilización de una complejidad tecnológica y cultural inimaginable.

Cuando el joven psicohistoriador Hari Seldon llega a Trantor para participar en un congreso, se convierte en el hombre más buscado del Imperio. El psicohistoriador trata desesperadamente de que su portentosa teoría sobre el futuro no caiga en malas manos… mientras forja la llave del futuro: un poder que será conocido como la Fundación.



Isaac Asimov

Preludio a la Fundación

Saga de la Fundación: Ciclo de Trantor - 1

ePub r1.4

Titivillus 15.01.17

Título original: *Prelude to Foundation*
Isaac Asimov, 1988
Traducción: Rosa S. de Naveira

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



A Jennifer «Green Pencil» Brehl,
la mejor y más tenaz trabajadora
de todos los editores del mundo.

NOTA DEL AUTOR

Cuando escribí *Fundación*, que apareció en el número de mayo de *Astounding Science Fiction*, en 1942, no tenía la menor idea de que había iniciado una serie de relatos que, en principio, formarían seis volúmenes y un total de 650.000 palabras (hasta ahora). Ni tampoco tenía la menor idea de que serían unificados con mi serie de cuentos cortos y novelas relacionados con robots y con mis novelas sobre el Imperio Galáctico, formando una obra de catorce volúmenes con un total de 1.450.000 palabras.

Si se fijan en las fechas de publicación de estos libros, verán que hubo un salto de veinticinco años, entre 1957 y 1982, durante el cual no añadí nada a la serie. Y no fue porque dejara de trabajar en ella. Lo cierto es que escribí a toda velocidad durante ese cuarto de siglo, pero sobre otros temas. Que yo continuase con la serie, en 1982, no fue idea mía, sino el resultado de una combinación de presiones de lectores y editores que, con el tiempo, se volvió arrolladora.

En cualquier caso, la situación se me ha complicado bastante, al extremo de sentir que los lectores quizá recibieran con agrado una especie de guía a la serie, puesto que no fue escrita en el orden que, tal vez, debió ser leída.

Los catorce libros ofrecen una especie de historia del futuro que, tal vez, no resulte lo bastante consistente, ya que, en principio, no la había planeado así. El orden cronológico de los libros, en términos de historia del futuro (y no en fecha de publicación), es como sigue:

1. *The Complete Robot (El Robot Completo)* (1982). Ésta es una colección de treinta y una historias cortas de robots, publicada entre 1940 y 1976 e incluye cada historia de mi anterior colección, *Yo, Robot* (1950). Sólo he escrito una historia corta de robots desde que la colección apareció. Ésta es *Robot Dreams (Sueños de Robot)*.

2. *The Caves of Steel (Las Cuevas de Acero)* (1954). La primera de mis novelas de robots.

3. *The Naked Sun (El Sol Desnudo)* (1957). Segunda novela de robots.

4. *The Robots of Dawn (Los Robots del Amanecer)* (1983). Tercera novela de robots.

5. *Robots and Empire (Robots e Imperio)* (1985). Cuarta novela de robots.

6. *The Currents of Space (Las Corrientes del Espacio)* (1952). La primera de mis novelas del Imperio.

7. *The Stars, Like Dust (Las Estrellas, como Polvo…)* (1951). Segunda novela del Imperio.

8. *Pebble in the Sky (Gravilla en el Cielo)* (1950). Tercera novela del Imperio.

9. *Prelude to Foundation (Preludio a la Fundación)* (1988). Ésta es la primera novela de Fundación (aunque es la última que he escrito, hasta ahora).

10. *Foundation (Fundación)* (1951). Segunda novela de Fundación. En realidad, es una colección de cuatro historias editadas por vez primera entre 1942 y 1944, más una sección introductoria escrita para el libro en 1949.

11. *Foundation and Empire (Fundación e Imperio)* (1952). Tercera novela de Fundación, compuesta de dos historias publicadas originariamente en 1945.

12. *Second Foundation (Segunda Fundación)* (1953). Cuarta novela de Fundación, compuesta de dos historias que vio la luz en 1948 y 1949.

13. *Foundation's Edge (Los límites de la Fundación)* (1982). Quinta novela de Fundación.

14. *Foundation and Earth (Fundación y Tierra)* (1983). Sexta novela de Fundación.

¿Añadiré más libros a la serie? Puede que sí. Hay sitio para uno entre *Robots e Imperio* (5) y *Las Corrientes del Espacio* (6) y entre *Preludio a la Fundación* (9) y *Fundación* (10) y, por supuesto, también lo hay entre las demás. Luego, puedo continuar *Fundación y Tierra* (14) con volúmenes adicionales…, todos los que quiera.

Desde luego, tiene que haber cierto límite, porque no cuento con vivir eternamente, aunque sí intentaré aguantar cuanto me sea posible.

MATEMÁTICO

CLEON I. — ... *El último Emperador Galáctico de la dinastía Entum. Nació en el año 11988 de la Era Galáctica, el mismo año en que lo hizo Hari Seldon. (Se cree que la fecha de nacimiento de Seldon, que algunos consideran dudosa, puede haber sido manipulada para ajustarla a la de Cleon, a quien Seldon, poco después de su llegada a Trantor, se supone que visitó).*

Habiendo accedido al trono Imperial en 12010, a la edad de veintidós años, el reinado de Cleon I representó un curioso intervalo de paz en aquellos tiempos de agitación. Esto se debió, indudablemente, a la habilidad de su Jefe de Estado Mayor, Eto Demerzel, quien se mantuvo tan cuidadosamente apartado de la luz pública que se sabe muy poco de él.

El propio Cleon…

Enciclopedia Galáctica[*]

1

—Demerzel —dijo Cleon, disimulando un bostezo—, ¿has oído hablar, por casualidad, de un hombre llamado Hari Seldon?

Cleon llevaba poco más de diez años de Emperador y, en ocasiones, en ceremonias estatales en las que, vestido con la necesaria suntuosidad y luciendo los atributos de soberano, conseguía parecer majestuoso. Lo parecía, por ejemplo, en su holografía, que se hallaba en una hornacina, a su espalda. Estaba situada de tal forma que dominaba ampliamente otras que encerraban holografías de varios de sus antepasados.

Su holografía no era del todo sincera, porque aunque el cabello de Cleon era de color castaño claro, tanto en el holograma como en la realidad, resultaba más abundante en la holografía. Tenía un rostro algo asimétrico debido a que el lado izquierdo de su labio superior quedaba un poco más alto que el derecho. Tampoco eso se reflejaba en la holografía. Y si se hubiera puesto en pie junto a ésta se habría visto que medía dos centímetros menos del 1,83 que la imagen reflejaba…, y que, quizás, era un poco más grueso.

Naturalmente, la holografía era el retrato oficial de su coronación y, por entonces, contaba varios años menos. Todavía parecía joven, y bastante guapo también, y cuando no se hallaba agarrotado por las ceremonias oficiales, su rostro reflejaba cierta bondad.

Demerzel contestó con el tono respetuoso que cuidadosamente cultivaba:

—¿Hari Seldon? No me resulta un nombre familiar, *Sire*. ¿Debería saber quién es?

—El ministro de Ciencia me lo mencionó anoche. Pensé que podías conocerle.

Demerzel frunció la frente ligeramente, pero muy ligeramente, ya que uno no frunce el ceño en presencia del Emperador.

—El ministro de Ciencia, *Sire*, debiera haberme hablado a mí, como Jefe de Estado Mayor de este hombre. Si vais a ser acosado por todas partes…

Cleon alzó la mano y Demerzel calló al instante.

—Por favor, Demerzel, uno no puede estar siempre aplastado por el protocolo. Cuando pasé ante el ministro en la recepción de anoche y cambié

unas palabras con él, se desbordó. No pude negarme a escucharle y me alegré de haberlo hecho, porque resultó interesante.

—¿Interesante, en qué aspecto, *Sire*?

—Bueno, éstos no son los viejos tiempos en que ciencia y matemáticas estaban de moda. Todo eso parece haber muerto en cierto modo, quizá debido a los nuevos descubrimientos llevados a cabo, ¿no crees? No obstante, en apariencia, todavía pueden acaecer hechos interesantes. Por lo menos, se me aseguró que era interesante.

—¿Os lo dijo el ministro de Ciencia, *Sire*?

—Sí. Comentó que ese Hari Seldon había asistido a una convención de matemáticos que, por alguna razón, se celebra aquí, en Trantor, cada diez años, y dijo que había demostrado que uno podía predecir el futuro de forma matemática.

Demerzel se permitió una pequeña sonrisa.

—O bien el ministro de Ciencia, un hombre de pocas luces, está equivocado, o lo está el matemático. Seguramente, eso de predecir el futuro, es el sueño mágico de los niños.

—¿De verdad piensas eso Demerzel? La gente cree en esas cosas.

—La gente cree en muchas cosas, *Sire*.

—Pero cree en *tales* cosas. Por lo tanto, no importa que la predicción del futuro sea cierta o no. Si un matemático me predijera un largo y feliz reinado, un tiempo de paz y prosperidad para el Imperio…, ¿no estaría bien?

—Por supuesto, sería agradable oírlo, pero, ¿qué se conseguiría con ello, *Sire*?

—Pues, que si la gente cree esto, actuaría de acuerdo con su creencia. Muchas profecías, por el mero hecho de ser creídas, se transforman en hechos. Se trata de «profecías autocumplidas». En realidad, ahora que caigo, tú mismo me lo explicaste una vez.

Demerzel, asintió.

—Creo que estáis en lo cierto, *Sire*. —Sus ojos vigilaban con sumo cuidado al Emperador, como para calibrar hasta dónde podía llegar—. De todos modos, si es así, uno podría conseguir que cualquiera hiciera la profecía.

—No todas las personas serían igualmente creídas, Demerzel. No obstante, un matemático, que reforzara su profecía con fórmulas y terminologías matemáticas, podría no ser comprendido por nadie y, sin embargo, creído por todos.

—Como siempre, *Sire*, sois sensato. Vivimos tiempos turbulentos y merecería la pena apaciguarlos de una forma que no requiriera ni dinero ni esfuerzos militares…, que, en la historia reciente, han hecho poco bien y mucho mal.

—¡Exactamente, Demerzel! —exclamó el Emperador, excitado—. Cázame a ese Hari Seldon. Siempre me dices que tus redes están tendidas por todas partes de este mundo turbulento, incluso hasta donde mis soldados no osarían entrar. Tira, pues, de una de esas redes y tráeme al matemático. Déjame que lo vea.

—Así lo haré, *Sire* —contestó Demerzel, que ya tenía a Seldon localizado, y tomaba nota mental de felicitar al ministro de Ciencia por un trabajo tan bien hecho.

2

En aquel momento, Hari Seldon no tenía un aspecto nada impresionante. Igual que el emperador Cleon I, contaba treinta y dos años, pero sólo medía 1,73 de estatura. Su rostro era liso y jovial, su cabello castaño oscuro, casi negro, y sus ropas tenían un aspecto inconfundible de provincianismo.

Para cualquiera que, años después, conociera a Hari Seldon sólo como un legendario semidiós, le hubiera parecido un sacrilegio que no tuviera el cabello blanco, un rostro viejo y arrugado con una sonrisa serena que irradiara sabiduría y que se sentara en una silla de ruedas. No obstante, incluso en su vejez, sus ojos reían alegres. Así era.

Y sus ojos estaban ahora especialmente alegres, porque su comunicación se había leído en la Convención Decenal, despertando allí un cierto interés, aunque algo distante, y el anciano Osterfish había inclinado la cabeza, diciéndole:

—Ingenioso, joven. Muy ingenioso.

Lo que procediendo de Osterfish resultaba harto satisfactorio. De lo más satisfactorio.

Pero ahora se presentaba un nuevo, e inesperado, acontecimiento y Seldon no estaba seguro de si su alegría aumentaría y su satisfacción se intensificaría.

Se quedó mirando al joven alto, de uniforme…, con la nave espacial y el Sol resaltando sobre el costado izquierdo de su guerrera.

—Teniente Alban Wellis —se presentó el oficial de la Guardia del Emperador, antes de volver a guardar sus credenciales—. ¿Querría usted acompañarme ahora, señor?

Wellis iba armado, claro. Había otros dos guardias esperando fuera, ante su puerta. Seldon sabía que no tenía elección, pese a la extrema corrección del otro, pero no había razón que le impidiera informarse.

—¿Para ver al Emperador? —preguntó.

—Para acompañarle a palacio, señor. Éstas son mis instrucciones.

—¿Por qué?

—No me dijeron la razón, señor. Y mis órdenes estrictas son que debe venir conmigo…, de un modo u otro.

—Pero esto parece una detención. Y yo no he hecho nada que la justifique.

—Diga mejor que parece una escolta de honor para usted…, si no me retrasa más.

Seldon no lo hizo. Apretó los labios como para evitar más preguntas, inclinó la cabeza y se puso en marcha. Incluso si se dirigía a ver al Emperador y a recibir su felicitación, no encontraba ningún placer en ello. Era partidario del Imperio en cuanto a los mundos de la humanidad en paz y unión se refería, mas no lo era del Emperador.

El teniente le precedía, los otros le seguían. Seldon sonreía a los que se cruzaban con él y trataba de parecer despreocupado. Fuera del hotel, subieron a un coche oficial. (Seldon pasó la mano por la tapicería; nunca había estado en un vehículo tan lujoso).

Se encontraban en uno de los sectores más ricos de Trantor. Allí, la cúpula era tan alta que daba la sensación de hallarse al aire libre y uno

podía jurar, incluso alguien como Hari Seldon, nacido y criado en un mundo abierto, que estaban al sol. No se podía ver ni sol ni sombra, pero el aire era ligero y fragante.

De pronto, se acabó: la cúpula se curvaba hacia abajo, las paredes se iban estrechando y no tardaron en circular por un túnel cerrado, marcado a intervalos por la nave espacial y el sol, y claramente reservado (pensó Seldon) para vehículos oficiales.

Se abrió un portón y el coche lo franqueó rápidamente. Cuando se cerró tras ellos, se encontraron al aire libre…, el verdadero, el real aire libre. En Trantor, había 250 kilómetros cuadrados de la única extensión de tierra abierta y en ella se alzaba el palacio imperial. A Seldon le hubiera gustado pasear por aquel lugar, no a causa del palacio, sino porque allí se alzaban la Universidad Galáctica y, lo más intrigante de todo, la Biblioteca Galáctica.

Sin embargo, al pasar del mundo cerrado de Trantor a la extensión abierta de bosque y parques, había pasado también a un mundo en el que las nubes oscurecían el cielo y un viento helado le despeinaba. Apretó el botón que cerraba el cristal de la ventanilla del coche. Afuera, el día resultaba desapacible.

3

Seldon no estaba del todo seguro de que le condujeran a ver al Emperador. Tal vez le presentaran a algún funcionario de cuarta o quinta categoría, quien le aseguraría que hablaba en nombre del Emperador.

¿Cuántas personas llegaban a entrevistarse con el Emperador? En persona, no en holovisión. ¿Cuánta gente veía al auténtico, tangible, Emperador, un emperador que nunca abandonaba esas tierras imperiales por las que ahora él, Seldon, circulaba?

El número era sorprendentemente pequeño. Veinticinco millones de mundos habitados, cada uno con su carga de mil millones de seres humanos o más…, y entre todos esos cuatrillones de seres, ¿cuántos habían, o conseguirían alguna vez, puesto los ojos en el Emperador viviente? ¿Mil?

¿Acaso le importaba a alguien? El Emperador no era más que el símbolo del Imperio, como la *Nave Espacial y el Sol*, pero menos penetrante, mucho menos real. Eran sus soldados y sus funcionarios, arrastrándose por todas partes, los que representaban a un imperio que se había convertido en un peso muerto sobre su gente…, no el Emperador.

Así ocurrió que, cuando Seldon fue acompañado hasta una estancia de tamaño moderado y amueblado con gran lujo y encontró a un hombre de aspecto joven sentado en el borde de una mesa, en una especie de mirador, con un pie en el suelo y el otro balanceándose desde el borde, empezó a preguntarse si un funcionario lo miraría de aquel modo tan amable y tranquilo. Varias veces había experimentado el hecho de que los funcionarios del Gobierno, y los del servicio imperial ante todo, tenían aspecto grave siempre, como si sobre sus hombros descansara el peso de la Galaxia entera. Y también parecía que cuanto menos importantes eran, más graves se mostraban y más amenazadora era su expresión.

Éste, pues, debía ser un funcionario de tan alta categoría, con el sol del poder brillando sobre él, que no creía necesario afirmarse con nubes de expresiones torvas.

Seldon no estaba seguro de cuán impresionado debía mostrarse, así que decidió guardar silencio y dejar que el otro hablara primero.

—Creo que tú eres Hari Seldon. El matemático —dijo el funcionario.

—Sí, señor —contestó Seldon, escueto. Y esperó.

El joven movió el brazo.

—Deberías decir *Sire*, pero detesto las ceremonias. Es lo único que me dan y estoy harto de ellas. Ahora nos encontramos a solas y me voy a dar el gustazo de saltarme el protocolo. Siéntate, profesor.

A mitad de este discurso, Seldon se dio cuenta de que estaba hablando con el emperador Cleon, primero de este nombre, y se quedó sin aliento. Notó un vago parecido (ahora que lo miraba) con la holografía oficial que aparecía constantemente en las noticias, pero en aquella holografía, Cleon iba siempre vestido de ceremonia, parecía más alto, más noble, con una expresión más fría.

Y delante de él estaba el original de la holografía, el cual, en cierto modo, parecía de lo más corriente.

Seldon no se movió.

El Emperador frunció el ceño ligeramente y, con la costumbre de mando siempre presente, incluso en su intento de abolirla, por lo menos de manera temporal, dijo tajante:

—Te he dicho «siéntate, profesor». Esa silla. Deprisa.

Seldon le obedeció sin decir palabra.

—Sí, *Sire* —consiguió murmurar.

—Eso está mejor —sonrió Cleon—. Ahora, podemos hablar como dos seres humanos que, después de todo, es lo que somos una vez abolido el protocolo. ¿Eh, hombre?

—Si Su Majestad Imperial opina que es así, así será —respondió Seldon, cauteloso.

—Venga, hombre, ¿a qué viene tanta cautela? Quiero que hablemos en igualdad de términos. Tengo ganas de hacerlo. Compláceme.

—Sí, *Sire*.

—Un sencillo sí, hombre. ¿Es que no va a haber modo de entendernos?

Cleon miró a Seldon fijamente y éste pensó que aquella mirada era viva e interesada.

—*No pareces* un matemático —dijo el Emperador finalmente.

Seldon se sintió capaz de sonreír.

—No tengo idea de lo que debería parecer un matemático, Alt…

Cleon levantó la mano admonitoriamente y Seldon se tragó el título.

—El cabello blanco, supongo —prosiguió Cleon—. Con barba tal vez. Viejo, desde luego.

—Pero, incluso los matemáticos tienen que ser jóvenes para empezar.

—Pero, entonces, carecen de reputación. Para cuando llegan a llamar la atención de la Galaxia, se han vuelto como yo los he descrito.

—Me temo que carezco de reputación.

—Sin embargo, hablaste en la convención celebrada aquí.

—Muchos de nosotros lo hicimos. Algunos más jóvenes que yo. Mas muy pocos de nosotros llamamos la atención.

—Al parecer, tu comunicación llamó la atención de algunos de mis funcionarios. Se me ha dado a entender que crees posible predecir el futuro.

Seldon se sintió abrumado de pronto. Parecía como si esa mala interpretación de su teoría se repitiera constantemente. Quizá no debió presentar su comunicación.

—En realidad, no del todo —protestó—. Lo que he hecho es algo mucho más limitado. En muchos sistemas, la situación es tal que, bajo determinados condicionantes, se desarrollan acontecimientos caóticos. Lo cual significa que, dado un determinado punto de partida, es imposible predecir resultados. Esto es cierto incluso en algunos sistemas muy simples, pero cuanto más complejo sea el sistema, más probabilidades hay de que se vuelva caótico. Siempre se ha pensado que algo tan complicado como la sociedad humana tenía que convertirse en un caos y, por tanto, en impredecible. Pero lo que yo he hecho ha sido demostrar que, si se estudia la sociedad humana se puede elegir un punto de partida y llevar a cabo los supuestos apropiados para suprimir el caos. Esto haría posible predecir el futuro, no con todo detalle, desde luego, pero con un amplio alcance; sin excesiva certeza, mas con probabilidades calculables.

—Pero, ¿no significa esto que has demostrado cómo se predice el futuro? —preguntó el Emperador que lo había escuchado con atención.

—Repito, que no del todo. Sólo he demostrado que es teóricamente posible, nada más. Para hacerlo como vos decís, tendríamos que elegir realmente un punto de partida correcto, hacer suposiciones correctas y encontrar el modo correcto de llevar a cabo los cálculos en un tiempo finito. Nada. En mis argumentos matemáticos, nada nos dice cómo conseguir algo así. Incluso si pudiéramos llevarlo a cabo obtendríamos, como mucho, una evolución de las probabilidades. Y eso no significa predecir el futuro; únicamente, adivinar lo que puede ocurrir. Cada político afortunado, o negociante, o ser humano de cualquier tipo, debe calibrar esos pronósticos del futuro, y hacerlo muy bien, porque, de lo contrario, él, o ella, no alcanzaría el éxito.

—Lo consiguen sin matemáticas.

—Cierto. Por intuición.

—Con las matemáticas apropiadas, cualquiera podría evaluar las probabilidades. No sería preciso tomar al raro ser humano que consigue el éxito gracias a un asombroso sentido intuitivo.

—Cierto también, pero me he limitado a demostrar que el análisis matemático es posible, no que sea práctico.

—¿Cómo puede algo ser posible y no ser práctico?

—Para mí, es teóricamente posible visitar cada mundo de la Galaxia y saludar a cada persona de cada uno de ellos. No obstante, me llevaría más tiempo que los años que me restan de vida, incluso si yo fuera inmortal; la velocidad a la que los seres humanos nacen es mayor que la velocidad a la que yo podría entrevistar a los viejos, y, precisando más, los seres humanos viejos morirían en gran número antes de que me fuera posible llegar a ellos.

—¿Y es este tipo de cosa la verdad de tu matemática del futuro?

Seldon vaciló, y luego continuó:

—Podría ser que la matemática tardara demasiado tiempo en dar resultados, incluso si dispusiéramos de una computadora del tamaño del Universo trabajando a velocidad hiperespacial. Cuando recibiéramos las respuestas, habrían transcurrido los años suficientes para que la situación estuviera tan alterada que hiciera que la respuesta careciera ya de sentido.

—¿Por qué no puede simplificarse el proceso? —preguntó Cleon tajante.

—Su Majestad Imperial… —Seldon observó que el Emperador se iba poniendo más protocolario a medida que las respuestas iban gustándole menos y por ello respondió con más ceremonia—. Considerad la forma en que los científicos han tratado las partículas subatómicas. Hay gran cantidad de ellas moviéndose o vibrando cada una al azar y de forma impredecible…, mas ese caos resulta tener un orden de fondo, así que podemos trabajar una mecánica cuántica que responda a todas las preguntas que sabemos cómo plantear. Al estudiar la sociedad, colocamos a los seres humanos en el lugar de las partículas subatómicas, aunque, en este caso, deberemos añadir el factor que es la mente humana. Las partículas se mueven al azar; los seres humanos, no. El tomar en cuenta las diversas actitudes e impulsos de la mente añade tanta complejidad al estudio que se carece de tiempo para ocuparse de todo.

—¿Y no podría la mente, al igual que la moción sin sentido, tener un orden de base?

—Quizá. Mi análisis matemático da a entender que el orden por más desordenado que parezca, debe ser el fundamento de todo, pero no nos da el menor indicio de cómo puede encontrarse este orden de base. Pensad… Veinticinco millones de mundos, cada uno de ellos con sus características y cultura, significativamente distinto de los demás; cada uno con sus mil millones o más de seres humanos y con su mente individual, y todos los mundos interactuando de innumerables modos y combinaciones. ¡Por más teóricamente posible que pueda ser un análisis psicohistórico, no es probable que pueda hacerse de cualquier forma práctica!

—¿Qué quieres decir con «psicohistórico»?

—Me refiero a la evaluación teórica de las probabilidades concerniendo al futuro, como «psicohistoria».

El Emperador se puso en pie de pronto, anduvo hasta el otro extremo de la estancia, volvió, y se plantó delante del todavía sentado Seldon.

—¡Levántate! —ordenó.

Seldon lo hizo así y observó al ligeramente más alto Emperador. Se esforzó por no desviar la mirada.

—Esta psicohistoria tuya… —dijo Cleon al fin—, si pudiera llevarse a la práctica, resultaría muy útil, ¿no es verdad?

—De una enorme utilidad, por supuesto. Saber lo que guarda el futuro, aunque fuera del modo más general y probable, nos serviría como una nueva y maravillosa guía de nuestras acciones, una guía que la Humanidad jamás ha poseído. Pero desde luego… —Calló.

—¿Qué? —exclamó Cleon impaciente.

—Pues que, en apariencia, excepto por unos pocos que toman decisiones, los resultados del análisis psicohistórico deberían permanecer ignorados por el público.

—¡Ignorados! —repito Cleon, sorprendido.

—Está muy claro. Dejad que trate de explicároslo. Si se hace un análisis psicohistórico y sus resultados son entregados al público, las diversas reacciones y emociones de la Humanidad se distorsionarían en el acto. El análisis psicohistórico, basado en emociones y reacciones que tienen lugar *sin* conocimiento del futuro, no tiene sentido. ¿Lo comprendéis?

Los ojos del Emperador centellearon y se echó a reír.

—¡Maravilloso!

Dejó caer la mano sobre el hombro de Seldon, y éste se tambaleó ligeramente bajo el impacto.

—¿No lo ves, hombre? ¿No te das cuenta? Ahí tienes para lo que sirve. No necesitas predecir el futuro. Elige, sencillamente, un futuro cualquiera…, un buen futuro, un futuro útil…, y haz el tipo de predicción que altere las emociones y reacciones humanas de tal forma que el futuro que has predicho se realice. Mejor fabricar un buen futuro que predecir uno malo.

—Comprendo lo que queréis decir, *Sire* —comentó Seldon ceñudo—, pero eso resulta igualmente imposible.

—¿Imposible?

—Bien, en todo caso, nada práctico. ¿No lo veis? Si no se puede empezar con emociones y reacciones humanas y predecir el futuro que provocarán, tampoco puede hacerse lo contrario. No se puede empezar con un futuro y predecir las emociones y reacciones que lo harán posible.

Cleon pareció frustrado. Apretó los labios y preguntó:

—¿Y tu comunicación…? —preguntó—. Es así como lo llamas, ¿comunicación…? ¿De qué sirve?

—Se trataba de una demostración matemática nada más. Tocaba un punto interesante para los matemáticos, pero en mi mente nunca hubo la idea de que pudiera resultar útil de alguna forma.

—Lo encuentro repugnante —gritó Cleon, furioso.

Seldon se encogió ligeramente de hombros. Ahora más que nunca comprendía que no debía haber presentado su trabajo. ¿Qué sería de él si al Emperador se le metía en la cabeza que había sido tomado por tonto?

Y era evidente que Cleon no andaba lejos de pensar algo así.

—Sin embargo —dijo—, ¿qué te parece si predijeras el futuro, matemáticamente justificado o no; predicciones que los funcionarios del Gobierno, seres humanos cuya especialidad es conocer lo que es probable que el público haga, juzgaran ser del tipo que provoca reacciones útiles?

—¿Por qué me necesitáis para llevar eso a cabo? Los funcionarios gubernamentales podrían hacer las predicciones ellos mismos, y ahorrar trabajo al intermediario.

—Los funcionarios no conseguirían hacerlo con tanta efectividad. Los funcionarios gubernamentales *realizan* declaraciones de este tipo de vez en cuando. Y no son necesariamente creídos.

—¿Y por qué yo sí?

—Porque eres un matemático. Tú habrías *calculado* el futuro, no…, no *intuido*… Sí, ésta es la palabra.

—Pero yo no lo habría hecho.

—¿Y quién lo sabría? —Cleon le observó con los ojos entornados.

Siguió una pausa. Seldon se sintió atrapado. Si el Emperador le daba una orden directa, ¿sería prudente rehusar? Si rehusaba, podía ser encarcelado o ejecutado. No sin juicio, claro, pero sólo con grandes dificultades puede conseguirse que un juicio vaya en contra de los deseos de un duro funcionario, en especial uno que esté bajo las órdenes directas del Emperador del vasto Imperio Galáctico.

—No funcionaría —repuso por fin.

—¿Por qué no?

—Si me pidierais que predijera generalidades vagas que es posible que no ocurrieran hasta mucho después de que esta generación y, quizá, la siguiente, hubiera muerto, tal vez lográsemos algo, pero también, por el contrario, el público prestaría poca atención. Les importaría un comino saber de un dorado acontecimiento dentro de uno o dos siglos en el futuro.

»Para obtener buenos resultados —prosiguió Seldon—, tendría que predecir asuntos de mayor trascendencia, hechos inmediatos. Sólo a éstos respondería el público. Pero, más pronto o más tarde, quizá más pronto, uno de esos hechos *dejaría* de ocurrir y mi utilidad terminaría al instante. Con esto, vuestra popularidad podría acabar también, y lo peor de todo es que desaparecería todo apoyo al desarrollo de la psicohistoria de modo que no habría posibilidad de que ningún bien se derivara de ella si las futuras mejoras de penetración matemática ayudaran a acercarla algo más al reino de lo práctico.

Cleon se dejó caer en un sillón y dirigió una aviesa mirada a Seldon.

—¿Es todo lo que vosotros, los matemáticos, podéis hacer? ¿Insistir en las imposibilidades?

Seldon protestó con desesperada dulzura:

—Sois vos, *Sire*, quien insiste en lo imposible.

—Deja que te ponga a prueba, hombre. Supón que te pido que utilices tu matemática para decirme si algún día seré asesinado. ¿Qué me responderías?

—Mi sistema matemático no me daría una respuesta a una pregunta tan específica, incluso si la psicohistoria trabajara a pleno rendimiento. Toda la mecánica del *quantum*, en el mundo, no puede hacer que sea posible predecir el comportamiento de un electrón, sólo el comportamiento medio de muchos.

—Conoces tus matemáticas mejor que yo. Trata de hacer una conjetura estudiada basándote en ellas. ¿Me asesinarán algún día?

—Me tendéis una trampa, *Sire* —musitó Seldon—. O bien me decís la respuesta que esperáis, y yo os la daré, o bien concededme libertad para daros la respuesta que yo pienso sin que me castiguéis por ello.

—Di lo que quieras.

—¿Vuestra palabra de honor?

—¿La quieres por escrito? —rezongó Cleon, sarcástico.

—Vuestra palabra de honor, hablada, será suficiente —dijo Seldon con el corazón encogido porque estaba plenamente seguro de que no bastaría.

—Tienes mi palabra de honor.

—Entonces, puedo deciros que en el transcurso de los últimos cuatro siglos, casi la mitad de los emperadores fueron asesinados, de lo cual deduzco que las probabilidades de vuestro asesinato son, en términos generales, una entre dos.

—Cualquier tonto me hubiera dado esta respuesta —repuso Cleon, despectivamente—. No me hacía falta un matemático.

—Pero yo os he dicho varias veces que mi matemática es inútil para problemas prácticos.

—¿No puedes siquiera suponer que yo haya aprendido las lecciones que he recibido de mis desgraciados predecesores?

Seldon respiró hondo.

—No, *Sire* —se lanzó a fondo—. Toda la Historia nos demuestra que no aprendemos nada de las lecciones del pasado. Por ejemplo, vos habéis

permitido que entrara aquí para una audiencia privada. ¿Y si se me ocurriera asesinaros…? Lo cual no es cierto *Sire* —se apresuró a añadir.

Cleon sonrió sin alegría.

—Hombre, tú no tienes en cuenta nuestra minuciosidad…, o avances tecnológicos. Hemos estudiado tu historial, tus antecedentes. Cuando llegaste, te estudiamos por *scanner*. Tu expresión y el timbre de voz fueron analizados. Conocíamos tu estado emocional con detalle; prácticamente sabíamos tus pensamientos. De haber habido la menor duda sobre tu capacidad de hacer el mal, no se te hubiera permitido acercarte a mí. En realidad, ya no estarías vivo.

Una oleada de náuseas envolvió a Seldon, pero observó:

—La gente de fuera ha encontrado siempre muy difícil llegar a los emperadores, incluso con tecnologías menos avanzadas. Sin embargo, cada asesinato ha sido un golpe palaciego. Aquellos que el Emperador tiene más cerca son los que mayor peligro entrañan para él. Contra ese peligro, el cuidadoso examen de los forasteros es irrelevante. En cuanto a vuestros propios funcionarios, vuestra propia Guardia, vuestros íntimos…, no podéis tratarlos como me tratáis a mí.

—También lo sé, y por lo menos tan bien como tú. La respuesta es que trato con justicia a aquellos que me rodean y no les doy motivos de resentimiento.

—Una solemne tont… —empezó Seldon, pero calló, confuso.

—Sigue —insistió Cleon, irritado—. Te he dado permiso para hablar con toda libertad. ¿En qué sentido soy tonto?

—Se me escapó la palabra, *Sire*. Quise decir «irrelevante». La forma de tratar a vuestros íntimos no cuenta. Debéis ser suspicaz; sería inhumano no serlo. Una palabra imprudente, como la que yo he empleado, un gesto descuidado, una expresión dudosa y tenéis que apartaros, con ojos vigilantes. Y cada foco de sospecha pone en marcha un círculo vicioso. Los íntimos percibirán la suspicacia y adoptarán un comportamiento distinto, por más que ellos traten de evitarlo. Vos lo notaréis y vuestra suspicacia aumentará y, al final, o el íntimo es ejecutado o vos asesinado. Se trata de un proceso que ha demostrado ser inevitable para los emperadores de los

cuatro siglos pasados y no es sino un indicio de la dificultad, cada vez mayor, para resolver y conducir los asuntos del Imperio.

—Entonces, nada de lo que haga evitará mi asesinato.

—No, *Sire*, pero, por el contrario, podéis ser afortunado.

Los dedos de Cleon tamborilearon sobre el brazo del sillón.

—Me resultas inútil, hombre —dijo con dureza—, lo mismo que tu psicohistoria. Márchate.

Con estas palabras, el Emperador miró hacia otra parte y, de pronto, pareció mucho más viejo de treinta y nueve años.

—Os he dicho que mi matemática no os serviría, *Sire*. Mis más profundas excusas.

Seldon trató de inclinarse pero a una señal que no percibió, dos guardias entraron y se lo llevaron. Oyó la voz de Cleon, desde la cámara real, diciendo:

—Devolved a este hombre al lugar del que lo habéis traído.

4

Eto Demerzel, apareció y miró al Emperador con la debida deferencia.

—*Sire*, casi os habéis enfadado —dijo.

Cleon levantó la vista y, con visible esfuerzo, consiguió sonreír.

—En efecto, eso hice. Ese hombre me ha decepcionado mucho.

—No obstante, no había prometido más de lo que ofreció.

—No ofreció nada.

—Ni prometió nada, *Sire*.

—Me ha resultado decepcionante.

—Más que decepcionante, quizá —comentó Demerzel—. El hombre es un cañón suelto, *Sire*.

—¿Un *qué* suelto, Demerzel? Estás siempre lleno de extrañas expresiones. ¿Qué es un cañón?

—Se trata de una expresión que oí en mi juventud —explicó Demerzel con aire grave—. El Imperio, *Sire*, está lleno de extrañas expresiones y

algunas de ellas son desconocidas en Trantor, lo mismo que las de aquí resultan desconocidas en otros lugares.

—¿Has venido para enseñarme que el Imperio es vasto? ¿Qué significa decir que el hombre es un cañón suelto?

—Sólo que puede hacer mucho daño sin siquiera proponérselo. No conoce su propia fuerza. O importancia.

—¿Es esto lo que has deducido, Demerzel?

—Sí, *Sire*. Es un provinciano. No conoce ni Trantor ni sus costumbres. Nunca había estado en nuestro planeta y no sabe comportarse como un hombre educado, como un cortesano. No obstante, se enfrentó a vos.

—¿Y por qué no? Le di permiso para hablar. Me dejé de protocolos. Lo traté como a un igual.

—No del todo, *Sire*. No lleváis dentro la capacidad de tratar a los otros como iguales. Tenéis el hábito del mando. E incluso si tratarais de tranquilizar a una persona, pocos lo comprenderían. La mayoría se quedaría sin voz o, peor, se mostraría servil y aduladora. Este hombre os plantó cara.

—Bien, puedes admirarle, Demerzel, pero a mí no me gusta… —Cleon parecía pensativo y descontento—. ¿Te fijaste en que no hizo el menor esfuerzo para explicarme sus matemáticas? Era como si supiera que yo no iba a entender ni una palabra…

—Así hubiera sido, *Sire*. No sois un matemático, ni un científico, ni un artista. Hay muchos campos del conocimiento en los que otros saben más que vos. Su obligación es utilizar esos conocimientos para serviros. Vos sois el Emperador, y esto vale todas sus especialidades juntas.

—¿Es así? No me importaría quedar como un ignorante ante un anciano que ha ido acumulando conocimientos a lo largo de muchos años. Pero este hombre, Seldon, es de mi edad, ¿cómo puede saber tanto?

—No ha tenido que aprender el hábito de mandar, el arte de tomar una decisión que afectará las vidas de otros.

—A veces, Demerzel, me pregunto si te estás riendo de mí.

—*¡Sire!* —exclamó Demerzel con reproche.

—Pero no importa. Volvamos a tu cañón suelto. ¿Por qué lo consideras peligroso? A mí me ha parecido un provinciano ingenuo.

—Lo es. Pero tiene su planteamiento matemático.

—Él dice que no resulta útil.

—Vos pensasteis que podía serlo. También yo lo pensé, después de que vos me lo explicaseis. Otros pensarán lo mismo. El matemático puede que también llegue a la misma conclusión ahora que se le ha hecho fijarse en ello. Y quién sabe, todavía puede encontrar el medio de utilizarlo. Si lo consigue, entonces, la predicción del futuro, por vaga que sea, lo sitúa en una posición de gran poder. Incluso aunque no desee el poder para sí, una especie de rechazo que siempre me parece improbable, puede ser utilizado por otros.

—Yo traté de utilizarle. Y no se dejó.

—Porque no había pensado en ello. Puede que ahora lo haga. Y si no le interesaba ser utilizado por vos, ¿no podría ser persuadido, digamos…, por el alcalde de Wye?

—¿Y qué razones tendría para ayudar a Wye y no a nosotros?

—Como él dijo, es difícil predecir las emociones y comportamiento individuales.

Cleon pareció enfadado y se sentó a pensar.

—¿Crees que puede desarrollar esa psicohistoria suya al extremo de que llegue a ser realmente útil? Él asegura que no puede.

—Quizá, con el tiempo, decida que estaba equivocado al negar tal posibilidad.

—Entonces, supongo que debí haberle retenido —dijo Cleon.

—No, *Sire*. Vuestro instinto ha sido correcto al dejarle marchar. La cárcel, por disfrazada que esté, causaría resentimiento y desesperación en él, lo que no le ayudaría ni a seguir desarrollando sus ideas ni a predisponerle a ayudarnos. Mejor dejar que se marchara, como ha hecho, aunque manteniéndole para siempre bajo una discreta vigilancia. De este modo, podremos estar al tanto para evitar que algún enemigo vuestro se sirva de él, *Sire*, y cuando llegue el momento en que su ciencia haya alcanzado pleno desarrollo, tiremos de la cuerda y lo atraigamos hacia aquí. Entonces, podríamos ser…, más persuasivos.

—Pero, y si se apodera de él uno de mis enemigos o, quizás, un enemigo del Imperio, porque, después de todo, el Imperio soy yo; o si, por

propia decisión, desea servir al enemigo…, hay que tener esto en cuenta, ¿sabes?

—Y está bien que así sea. Yo me ocuparé de que no ocurra nada de eso, pero si, pese a todo, *ocurre*, sería preferible que no lo tuviera nadie a que esté en manos de quien no nos convenga.

Cleon parecía incómodo.

—Lo dejo todo en tus manos, Demerzel, mas desearía que no te precipitaras. Después de todo, puede que sólo sea el proveedor de una ciencia teórica que ni sirve ni puede servir en el futuro.

—Es posible, *Sire*, aunque sería más seguro suponer que el hombre es…, o podría llegar a ser…, importante. Sólo perderemos algo de tiempo, y nada más, si descubrimos que nos hemos preocupado por una nulidad. En cambio, podemos perder una Galaxia si descubrimos que hemos ignorado a alguien de suma importancia.

—Está bien —concedió Cleon—. Y confío en que no tendré que saber los detalles…, si éstos resultaran desagradables.

—Confiemos en que no será éste el caso —comentó Demerzel.

5

Seldon había tenido el final del día, la noche y parte de la mañana siguiente para recuperarse de su entrevista con el Emperador. Por lo menos, el cambio de calidad de la luz en los caminos, corredores mecánicos, plazas y parques del Sector Imperial de Trantor, hacían que se creyera que habían transcurrido un atardecer, una noche y una mañana.

Se hallaba sentado en un pequeño parque, en un asiento de plástico, pequeño, que se adaptaba limpiamente a su cuerpo y se sentía cómodo. A juzgar por la luz, debía ser media mañana y el aire resultaba lo bastante fresco para parecer real sin que poseyera la menor sensación cortante.

¿Sería así todo el tiempo? Pensó en el día desapacible que hacía fuera cuando fue a ver al Emperador. Y el recuerdo de todos los días grises, fríos o calurosos, lluviosos o nevados, de Helicon, su hogar, le hizo preguntarse si uno podía echarlos en falta. ¿Acaso era posible estar sentado en un

parque de Trantor, con un tiempo ideal día tras día, al punto que parecía como si uno se encontrara rodeado de nada…, y llegar a añorar un huracán o un frío cortante o una humedad insoportable?

Quizá: Pero no el primer día, ni el segundo, ni el séptimo. Seldon disponía de ese día, y se marcharía al siguiente. Estaba dispuesto a disfrutarlo mientras pudiera. Después de todo, tal vez nunca más volviera a Trantor.

Sin embargo, continuaba sintiéndose incómodo por haber hablado con tanta libertad e independencia a un hombre que podía, si quisiera, ordenar su encarcelamiento o ejecución… o, como mínimo, la muerte económica y social que era la pérdida de posición y estatus.

Antes de acostarse, Seldon había buscado a Cleon I en el apartado enciclopédico de la computadora de su habitación del hotel. El Emperador era altamente encomiado, como sin duda lo habían sido todos los emperadores a lo largo de sus vidas, sin tener en cuenta sus actos. A Seldon, aunque lo había dejado de lado, le interesó el hecho de que Cleon hubiese nacido en palacio sin haber salido nunca de sus límites. Jamás había estado en el propio Trantor, ni en ninguna parte de aquel mundo multicupulado. Quizás era un problema de seguridad, pero significaba que el Emperador se hallaba prisionero, quisiera o no admitirlo. Podía ser la cárcel más lujosa de la Galaxia, mas no por ello dejaba de ser una cárcel.

Aunque el Emperador le había parecido un hombre de modales tranquilos, sin el menor indicio de que fuera un autócrata sanguinario como lo habían sido muchos de sus predecesores, no era saludable haber llamado su atención. Seldon agradeció el pensamiento de que al día siguiente saldría para Helicon, aun cuando se encontraría con el invierno (y muy crudo) al llegar a casa.

Levantó la mirada para contemplar la brillante luz difusa. A pesar de que allí no podía llover nunca, la atmósfera no resultaba seca. No lejos de él, una fuente cantaba; las plantas, verdes, era probable que no conociesen la sequía. A veces, las matas se agitaban como si algún animalito se escondiera entre ellas. También oyó el zumbido de las abejas.

En realidad, aunque se hablaba de Trantor en toda la Galaxia como de un mundo artificial de metal y cerámica, la pequeña parcela en que él se

hallaba era rústica, desde luego.

Había otras personas aprovechándose del parque, todas ellas con sombreros pequeños y ligeros. No lejos de él, una mujer bastante bonita estaba inclinada sobre un visor y no podía verle el rostro con claridad. Un hombre pasó por delante de él, lo miró brevemente y sin curiosidad, y fue a sentarse enfrente y se hundió bajo una montaña de teleprensa, cruzando una pierna, enfundada en una ceñida pernera rosa, sobre la otra.

Había una curiosa tendencia a los tonos pastel entre los hombres, mientras que casi todas las mujeres vestían de blanco. Como el entorno era limpio, parecía sensato llevar colores claros. Miró, divertido, sus propias ropas heliconianas, predominantemente pardas. Si tuviera que quedarse en Trantor, necesitaría adquirir una vestimenta apropiada o se convertiría en un objeto de curiosidad, burla o repulsión. El hombre de la teleprensa, por ejemplo, había mirado hacia él, esa vez con curiosidad, intrigado, sin duda, por sus ropas de extranjero.

Seldon agradeció que no se riera. Podía tomarse con filosofía el hecho de presentar un aspecto gracioso, pero no podía esperarse de él que le gustara.

Seldon observó al hombre con disimulo porque le pareció que se encontraba en pleno debate interior. A la sazón, pareció como si fuera a dirigirse a él, luego, debió de cambiar de idea, pero, después, dio la sensación de querer hablarle. Seldon se preguntó cómo terminaría aquello.

Estudió al hombre. Era alto, de anchas espaldas y sin barriga, cabello castaño con algún reflejo rubio, bien rasurado, de expresión grave, dando una sensación de fuerza, a pesar de no parecer musculoso, con el rostro recio pero agradable, aunque sin nada de «guapura» en él.

Una vez el hombre hubo perdido el combate interior librado consigo mismo (o quizá ganado), se inclinó hacia él, Seldon ya había decidido que le caía bien.

—Perdóneme —dijo el hombre—, ¿no estaba usted en la Convención Decenal? ¿En Matemáticas?

—En efecto —contestó Seldon, amable.

—Ah, pensé que le había visto allí. Fue, perdóneme, el hecho de reconocerle que me ha impelido a sentarme aquí. Si le molesto…

—En absoluto. Me hallo disfrutando de un momento de ocio, nada más.

—Déjeme que vea lo que puedo afinar: usted es el profesor Seldon.

—Seldon. Hari Seldon. Ha afinado bien, ¿y usted?

—Chetter Hummin —respondió el hombre, que pareció ligeramente turbado—. Un nombre muy corriente aquí, me temo.

—Nunca conocí a un Chetter hasta ahora —dijo Seldon—. O Hummin. Así que, para mí, es único. Yo diría que resulta mucho mejor que hallarse entre los incontables Hari que existen. O Seldon, para el caso.

Seldon acercó su asiento al de Hummin rascando ligeramente las elásticas losetas de ceramoide.

—Hablando de cosas ordinarias. ¿Qué piensa de esta ropa extranjera que llevo? —preguntó—. Nunca se me ocurrió procurarme ropa trantoriana.

—Sí, debería comprarse algo —dijo Hummin, observando a Seldon con aire de censura.

—Es que me voy mañana y, además, no podía permitírmelo. Los matemáticos manejan grandes cantidades, pero nunca suyas… ¿Es usted matemático también, Hummin?

—No. Talento, cero.

—¡Oh! —exclamó Seldon, decepcionado—. Usted ha dicho que me vio en la Convención Decenal.

—Estuve allí como observador. Soy periodista. —Apartó su teleprensa al darse cuenta de que aún la tenía entre las manos y se la guardó en un bolsillo de su chaqueta—. Proporciono material a las noticias holovisivas… —Y añadió, pensativo—: En realidad, empiezo a estar harto.

—¿Del trabajo?

—Estoy harto de reunir todas las tonterías de todos los mundos. Odio la espiral hacia abajo.

Miró a Seldon con aire especulativo.

—Claro que a veces surge algo interesante —observó—. He oído decir que se le vio a usted en compañía de un Guardia Imperial en dirección a la entrada de Palacio. ¿No ha sido usted, por casualidad, recibido por el Emperador?

La sonrisa desapareció del rostro de Seldon.

—Sí lo fui —respondió con cautela—. No creo que sea algo de lo que pueda hablar para publicarlo.

—No, no, nada de eso. Si desconoce esto, Seldon, déjeme ser el primero en explicárselo… La primera regla en el juego de las noticias es que *nada* debe decirse jamás sobre el Emperador o sobre los que lo rodean, excepto lo que se anuncia de manera oficial. Se trata de un error, claro, porque los rumores, mucho peores que la verdad, vuelan, pero así ocurre aquí.

—Entonces, si usted no puede informar al respecto, ¿por qué me pregunta?

—Curiosidad personal. Créame, en mi trabajo me entero de mucho más de lo que jamás llega al aire… Déjeme adivinar… No seguí su disertación, pero deduje que estaba hablando de la posibilidad de predecir el futuro.

Seldon sacudió la cabeza.

—Fue un error —murmuró.

—¿Cómo ha dicho?

—Nada.

—Bueno, la predicción…, la predicción exacta…, podría interesar al Emperador, o a cualquier otro miembro del Gobierno, así que supongo que Cleon, primero de su nombre, le interrogó acerca de ello y «¿por qué, por favor, no me predice usted algo?».

—No quiero hablar del asunto —dijo Seldon, secamente.

Hummin se encogió ligeramente de hombros.

—Eto Demerzel estaba allí, me figuro —comentó.

—¿Quién?

—¿No ha oído hablar nunca de Eto Demerzel?

—Nunca.

—Es el *alter ego* de Cleon, el cerebro de Cleon, el espíritu maligno de Cleon. Le han llamado todas estas cosas… si nos limitamos a lo no injurioso. Tenía que estar allí.

Seldon parecía confuso.

—Bueno —prosiguió Hummin—, puede que usted no le haya visto, pero estaba allí. Y si él cree que usted puede predecir el futuro…

—No puedo predecir el futuro —protestó Seldon vigorosamente—. Si oyó usted bien mi disertación, sabrá que sólo hablé de posibilidad teórica.

—Lo mismo da, si él cree que usted puede predecir el futuro, no le soltará.

—Pues lo ha hecho. Aquí estoy.

—Esto no significa nada. Sabe dónde encontrarle y seguirá sabiéndolo. Y cuando lo necesite, lo cogerá, sin importar en qué lugar se encuentre. Y si decide que usted le resultará útil, le exprimirá toda su utilidad. Y si decide que es peligroso, le exprimirá la vida.

—¿Qué trata de hacer? ¿Asustarme?

—Trato de advertirle.

—No creo nada de lo que usted me está diciendo.

—¿No? Hace un momento ha dicho que algo fue un error. Estaba usted pensando que presentar aquel tema había sido un error y que le había involucrado en una situación apurada en la que usted no quiere encontrarse.

Seldon se mordió el labio inferior. Aquélla era una suposición que se acercaba demasiado a la verdad…, y fue, en aquel momento, cuando Seldon presintió la presencia de intrusos.

No proyectaban ninguna sombra, debido a que la luz era demasiado suave. Se trató, simplemente, de un movimiento que captó de soslayo…, y que no continuó.

HUIDA

TRANTOR. — ... *La capital del Primer Imperio Galáctico..., bajo Cleon I, tuvo su «resplandor tardío». En apariencia, se hallaba entonces en todo su esplendor. Su extensión era de 200 millones de kilómetros cuadrados, enteramente bajo cúpulas (si se exceptúa el área del Palacio Imperial), donde se alzaba una ciudad interminable que se extendía por debajo de los salientes continentales. La población era de 40 mil millones y aunque abundaban los indicios (claramente perceptibles para los avisados) de que los problemas proliferaban, aquellos que vivían en Trantor lo consideraban aún, indudablemente, el Mundo Eterno de la leyenda y no esperaban que jamás...*

Enciclopedia Galáctica

6

Seldon levantó los ojos. Vio a un joven delante de él, mirándole con una expresión de divertido desprecio. A su lado había otro joven..., de menos edad, quizás. Ambos eran altos y parecían fuertes.

«Iban vestidos a la última moda trantoriana», se dijo Seldon…, colores chillones, anchos cinturones con flecos, sombreros redondos de ala ancha, con los dos extremos de una cinta de un rosa vivo colgando del ala a la nuca.

A los ojos de Seldon era divertido, y sonrió. El joven que estaba delante de él le increpó:

—¿De qué se ríe, anormal?

Seldon quiso ignorar aquella palabra y contestó, con dulzura:

—Por favor, perdone mi sonrisa. Me limitaba a disfrutar de su traje.

—¿Mi traje? ¿Sí? ¿Y qué lleva usted? ¿Qué es este extraño tejido pardo que usted llama traje? —Alargó la mano y con el dedo alzó la solapa de la chaqueta de Seldon.

«Vergonzosamente pesada y fea —pensó Seldon— si se la comparaba con el alegre colorido del otro».

—Bueno —respondió Seldon—, es mi vestimenta del Mundo Exterior. La única que tengo.

No pudo evitar fijarse en que las pocas personas que habían estado sentadas en el pequeño parque se ponían de pie y se alejaban. Era como si temieran complicaciones y no desearan encontrarse cerca. Seldon se preguntó si su nuevo amigo, Hummin, iba a desaparecer también, pero no consideró prudente apartar los ojos del joven que tenía ante sí. Se recostó en su asiento.

—¿Viene del Mundo Exterior? —insistió el joven.

—En efecto. De ahí mi ropa.

—¿De ahí? ¿Qué quiere decir con esto? ¿Son palabras del Mundo Exterior?

—Quiere decir que ésa es la razón por la que mi ropa le parece peculiar. Soy forastero aquí.

—¿De qué planeta?

—Helicon.

El joven arrugó la frente.

—Nunca he oído hablar de él.

—No es un planeta grande.

—¿Y por qué no regresa a él?

—Me propongo hacerlo. Me marcho mañana.

—¡Más pronto! ¡Ahora!

El joven miró a su compañero. Seldon siguió la mirada y pudo ver a Hummin de refilón. No se había ido, pero el parque *aparecía* completamente vacío, excepto por él, Hummin y los dos jóvenes.

—Pensé dedicar el día a conocer la ciudad —alegó Seldon.

—No. No quiere hacerlo. Se va a casa ahora.

—Lo siento. No quiero —sonrió Seldon.

El joven miró a su colega.

—¿Te gusta su traje, Marbie?

Y Marbie habló por primera vez:

—No. Es repugnante. Me produce náuseas.

—No podemos permitir que vaya revolviendo estómagos, Marbie. No es bueno para la salud de la gente.

—No, Alem, de ningún modo.

Alem sonrió.

—Bien, ya ha oído lo que Marbie ha dicho.

De pronto, Hummin habló:

—Oídme bien vosotros, Alem y Marbie —dijo—, si ésos son vuestros nombres. Ya os habéis divertido bastante. ¿Por qué no os vais?

Alem, que se hallaba algo inclinado sobre Seldon, se enderezó y se volvió.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—A ti qué te importa —saltó Hummin.

—¿Es de Trantor? —preguntó Alem.

—Tampoco te importa.

Alem frunció el ceño.

—Va vestido como un trantoriano. No estamos interesados en usted, así que no se busque problemas.

—Pienso quedarme. Lo cual significa que somos dos. Dos contra dos no parece ser el tipo de pelea que os guste a vosotros. ¿Por qué no os marcháis y vais en busca de algún amigo que os ayude contra dos personas?

—Realmente creo que usted debería alejarse mientras pueda, Hummin. Es muy amable por su parte tratar de ayudarme, pero no quiero que éstos le

hagan daño.

—No son peligrosos, Seldon. Sólo lacayos de medio pelo.

—¡Lacayos!

La palabra pareció enfurecer a Alem, de modo que Seldon pensó que su significado debía ser más insultante en Trantor que en Helicon.

—Ven, Marbie —gruñó Alem—, ocúpate tú del otro hijo de lacayo y yo arrancaré la ropa a este Seldon. Es el que buscamos. Ahora…

Sus manos se tendieron de pronto para agarrar a Seldon por las solapas y ponerle en pie de un tirón. Seldon se apartó instintivamente al parecer, y su silla se inclinó hacia atrás, Agarró las manos que se tendían hacia él y levantó el pie mientras la silla caía.

De repente, Alem saltó por encima de su cabeza, retorciéndose al hacerlo, y cayó con fuerza sobre el cuello y espalda, detrás de Seldon.

Éste se volvió, pero permaneció en pie mirando hacia Alem; luego, se volvió rápidamente en busca de Marbie.

Alem yacía inmóvil, con el rostro contraído por el dolor. Tenía los pulgares retorcidos, un dolor tremendo en la ingle y la columna vertebral duramente golpeada.

El brazo izquierdo de Hummin había agarrado a Marbie por el cuello, por detrás, mientras el derecho tiraba del brazo derecho del otro doblándoselo en un ángulo extraño. El rostro de Marbie estaba rojo mientras se esforzaba inútilmente por respirar. Una navaja, con un pequeño láser incorporado, estaba en el suelo, entre ellos.

Hummin aflojó su llave ligeramente y dijo, con sincero aire preocupado:

—Lo has dejado malparado.

—Me temo que sí —asintió Seldon—. Si llega a caer de otro modo, se hubiera partido el cuello.

—¿Qué clase de matemático eres? —preguntó Hummin.

—Uno de Helicon. —Se inclinó para recoger la navaja y, después de examinarla, comentó—: Repugnante…, y mortífera.

—Una hoja corriente haría un buen trabajo sin necesidad de la fuente de energía… Pero dejemos que estos dos se marchen, dudo mucho que tengan ganas de continuar.

Soltó a Marbie, que se frotó el hombro y luego el cuello. Jadeando en busca de aire, volvió sus ojos cargados de odio hacia ambos hombres.

Hummin ordenó:

—Mejor será que os vayáis cuanto antes de aquí. De lo contrario, tendremos que denunciaros por asalto e intento de asesinato. Esta navaja será fácil de identificar.

Seldon y Hummin contemplaron cómo Marbie ayudaba a Alem a ponerse en pie y le sostenía mientras se alejaba, todavía encorvado por el dolor. Volvieron la cabeza una o dos veces, pero Seldon y Hummin permanecieron impasibles.

Seldon tendió la mano a Hummin.

—¿Cómo puedo agradecerte el haber ayudado a un desconocido contra dos atacantes? Dudo que yo solo hubiera podido librarme de los dos.

Hummin levantó la mano en señal de protesta.

—No me daban miedo. No son más que dos lacayos matones. Lo único que tuve que hacer fue ponerles la mano encima…, lo mismo que tú.

—Pero tienes una llave peligrosa —murmuró Seldon.

—También tú —dijo Hummin, que se encogió de hombros—. Vamos, es mejor que salgamos de aquí. —Sin cambiar de tono dijo—: Estamos perdiendo el tiempo.

—¿Por qué tenemos que irnos? ¿Tienes miedo que vuelvan esos dos?

—No volverán en la vida. Pero puede que alguno de esos valientes que han salido del parque con tanta rapidez, en su afán de evitarse un espectáculo desagradable, haya alertado a la Policía.

—Estupendo. Tenemos los nombres de los gamberros, y podemos describirles a la perfección.

—¿Describirles? ¿Y para qué iba a querer la Policía su descripción?

—Nos han asaltado…

—No seas tonto. No tenemos ni un arañazo. Ellos son virtualmente carne de hospital, sobre todo Alem. *Nosotros seríamos* los acusados.

—Pero eso es imposible. La gente ha sido testigo de que…

—No llamarían a nadie…, Seldon, métetelo en la cabeza. Esos dos vinieron a buscarte…, *a ti*, específicamente. Les dijeron que llevabas ropas de Helicon y te describieron con todo detalle. Quizás incluso les mostraron

tu holografía. Sospecho que fueron enviados por la gente que controla a la Policía, así que no nos quedemos aquí ni un minuto más.

Hummin echó a andar rápidamente, con la mano cerrada sobre el brazo de Seldon. Éste encontró imposible desprenderse de ella y, sintiéndose como un niño en manos de una niñera impetuosa, lo siguió.

Se metieron en una galería y, antes de que los ojos de Seldon se acostumbraran a la penumbra, oyeron el chirriar de los frenos de un coche.

—Ahí están —murmuró Hummin—. Más deprisa, Seldon. —Saltaron a un corredor mecánico y se perdieron entre la multitud.

7

Seldon había tratado inútilmente de persuadir a Hummin de que le llevara a la habitación de su hotel, pero aquél no quiso hacerle caso.

—¿Estás loco? —preguntó a media voz—. Los tienes allí, esperándote.

—Pero todas mis cosas también están allí, esperándome.

—Pues tendrán que seguir allí.

Se hallaban en una pequeña habitación, en un agradable edificio de apartamentos que podía encontrarse en cualquier lugar, por lo que a Seldon se refería. Miró a su alrededor. La mayor parte de la estancia estaba ocupada por una mesa y una silla, una cama y una computadora de salida. No había ni cocina, ni lavabo de ningún tipo, aunque Hummin le había indicado un lavabo comunal en el vestíbulo. Alguien había entrado, antes de que Seldon hubiera terminado del todo, echando una breve y curiosa mirada a la ropa de Seldon, más que al propio Seldon, para luego desviar la vista.

Seldon se lo comentó a Hummin, quien sacudió la cabeza e insistió:

—Debemos deshacernos de tu ropa. Es una pena que Helicon esté tan pasado de moda…

—¿Cuánto de todo esto es producto de tu imaginación, Hummin? —protestó Seldon con impaciencia—. Me tienes medio convencido y a lo mejor no es más que una especie de…, de…

—¿Estás buscando la palabra «paranoia»?

—Pues sí, en efecto. Puede que no se trate más que de tu paranoica imaginación.

—Piensa un poco, ¿quieres? No puedo discutirlo matemáticamente, pero tú has visto al Emperador. No lo niegues. Él quería algo de ti, y no se lo has dado. Tampoco lo niegues. Sospecho que los detalles del futuro son lo que él desea y tú se los has negado. Quizá Demerzel piensa que simulabas no tener detalles…, porque te reservas para un mejor postor, o para alguien que apuesta por ti. ¿Quién sabe? Te he dicho que si Demerzel quiere cogerte, te encontrará, estés donde estés. Te lo comenté antes de que aquella pareja de matones apareciera en escena. Soy periodista y trantoriano. Sé cómo funcionan las cosas aquí. En un momento dado, Alem dijo: «Éste es el que buscamos», ¿te acuerdas?

—Resulta que sí, me acuerdo.

—Para él, yo era sólo el «otro hijo de lacayo» que debían apartar mientras él se dedicaba al verdadero encargo de atacarte.

Hummin se sentó en la silla y señaló la cama.

—Échate, Seldon. Ponte cómodo. Quienquiera que enviara a la pareja… (debió de ser Demerzel en mi opinión), puede enviar a otros, así que debemos deshacernos de toda tu ropa. Creo que cualquier otro heliconiano de este sector, descubierto con ropas de su mundo, lo pasará mal hasta que pueda demostrar que no se trata de ti.

—¡Venga ya!

—Lo digo en serio. Tendrás que desnudarte y las atomizaremos…, si podemos llegar lo bastante cerca de una unidad de eliminación sin ser vistos. Antes de que lo hagamos habré de conseguirte un equipo trantoriano. Eres un poco más bajo que yo y tendré que recordarlo. Si no te cae demasiado bien, no importa…

—No tengo créditos para pagarlo —protestó Seldon—. No los llevo encima. Todo lo que poseo, y no es mucho, se halla en mi caja fuerte del hotel.

—Nos preocuparemos de eso en otro momento. Deberás permanecer aquí una o dos horas mientras yo voy en busca de la ropa necesaria.

Seldon abrió los brazos y suspiró con resignación.

—Está bien. Si tan importante es, esperaré.

—¿No intentarás regresar a tu hotel? ¿Palabra de honor?

—Palabra de matemático. Pero estoy realmente avergonzado por todas las molestias que te tomas por mí. Y el gasto. Después de todo lo que me has dicho de Demerzel, creo que, en realidad, no venían a lastimarme o raptarme. Con lo único que me amenazaron fue con arrebatarme la ropa.

—En absoluto. También iban a llevarte al espaciopuerto y meterte en una nave con destino a Helicon.

—Pero ésa fue una amenaza tonta…, que yo no podía tomarme en serio.

—¿Por qué no?

—Pues porque me voy a Helicon. Se lo dije a ellos. Me voy mañana.

—¿Sigues pensando marcharte mañana? —preguntó Hummin.

—Desde luego. ¿Por qué no?

—Hay enormes razones de por qué no.

—Venga, Hummin —se enfadó Seldon—, no puedo seguir jugando este juego. He terminado aquí y quiero volver a casa. Mis billetes están en la habitación del hotel. De no ser así, intentaría canjearlos por un viaje para hoy. Lo digo en serio.

—No puedes volver a Helicon.

—¿Por qué no? —exclamó, enfurecido—. ¿Es que también estarán esperándome allí?

Hummin asintió.

—No te sulfures, Seldon. También te *esperarán* allí. Escúchame. Si te vas a Helicon es lo mismo que ponerte en manos de Demerzel. Helicon es un territorio Imperial, bueno, seguro. ¿Se ha rebelado Helicon alguna vez? ¿Ha seguido, alguna vez, la bandera de algún anti-Emperador?

—No, no lo ha hecho…, y por una razón. Está rodeado por mundos mayores. Depende de la paz Imperial para su seguridad.

—¡Exactamente! Por lo tanto, las fuerzas Imperiales de Helicon pueden contar con la plena cooperación del Gobierno local. Estarías sometido a una estrecha vigilancia en todo momento. En cualquier momento en que Demerzel te reclamara, podría apoderarse de ti. Y, excepto por el hecho de que ahora te estoy poniendo en guardia, no sabrías nada de esto y trabajarías con plena libertad, lleno de falsa seguridad.

—¡Es ridículo! Si me quería en Helicon, ¿por qué no me dejó simplemente en paz? Mañana me marchaba. ¿A santo de qué enviarme esos dos gamberros para apresurar mi marcha en unas horas y correr así el riesgo de ponerme sobre aviso?

—¿Y por qué le iba a hacer pensar que te ponía sobre aviso? Ignoraba que yo estaría contigo, sumiéndote en lo que llamas «mi paranoia».

—Incluso sin la cuestión de ponerme sobre aviso, ¿a qué tanto jaleo para que saliera unas horas antes?

—Quizá porque pensaba que podías cambiar de idea.

—Y marcharme…, ¿a dónde, si no era a casa? Si podía cogerme en Helicon, podría cogerme en cualquier otra parte, en…, en Anacreon, por ejemplo, que está a unos buenos diez mil *parsecs* de distancia…, caso de que se me ocurriera ir allí. ¿Qué significa la distancia para las naves hiperespaciales? Incluso si encontrara un mundo no del todo dependiente de las fuerzas Imperiales como es Helicon, ¿qué mundo está ahora en rebeldía? El Imperio se halla en paz. Aunque algunos mundos se encuentren resentidos, todavía debido a las injusticias del pasado, ninguno va a desafiar a las fuerzas armadas Imperiales para protegerme. Además, en ninguna parte, salvo Helicon, seré un ciudadano local y ni siquiera se tendría en cuenta el principio de ayudar a mantener el Imperio a raya.

Hummin le escuchaba, paciente, asintiendo ligeramente con la cabeza, pero con la expresión tan grave y tan imperturbable como siempre.

—Tu razonamiento es bueno, por ahora —observó—, pero hay un mundo que no está realmente sometido al control del Emperador. Eso es, creo, lo que más preocupa a Demerzel.

Seldon se quedó pensativo, repasando la historia reciente y encontrándose incapaz de elegir un mundo en el que las fuerzas Imperiales no pudieran actuar.

—¿Qué mundo es ése? —preguntó al fin.

—Te encuentras en él, lo cual, precisamente, hace el asunto tan peligroso a los ojos de Demerzel, me figuro. No es tanto el que esté deseando que vuelvas a Helicon, sino que está ansioso por hacerte marchar de Trantor antes de que se te ocurra quedarte por cualquier razón, aunque sólo fuera la turística.

Ambos guardaron silencio unos minutos.

—¡Trantor! —comentó Seldon con sarcasmo—. La capital del Imperio, con la base de la flota en una estación espacial en órbita a su alrededor, y con las mejores unidades del Ejército acuarteladas aquí. Si crees que *Trantor* es el mundo seguro, estás progresando de paranoia a fantasía absoluta.

—No. Tú eres del Mundo Exterior, Seldon. No sabes lo que es Trantor. Es cuarenta mil millones de personas y hay pocos otros mundos con siquiera la décima parte de esa población. Se trata de un complejo tecnológico y cultural inimaginable. Donde nos encontramos ahora, es el Sector Imperial…, con el más alto nivel de vida de la Galaxia y enteramente poblado de funcionarios Imperiales. Pero en cualquier otra parte del planeta hay más de ochocientos sectores, alguno de ellos con subculturas diferentes por completo de la que tenemos aquí e intocables la mayoría de ellos por parte de las fuerzas Imperiales.

—¿Por qué intocables?

—El Imperio no puede ejercer fuerza efectiva contra Trantor. Hacerlo así, equivaldría a desplazar una faceta u otra de la tecnología en que el planeta entero está apoyado. La tecnología se encuentra tan interrelacionada que el hacer saltar una de las interconexiones sería tanto como desmantelar el conjunto. Créeme, Seldon, nosotros, los de Trantor, observamos lo que ocurre cuando hay un terremoto que evita ser detenido, una erupción volcánica que no puede apagarse a tiempo, una tormenta que no se desvía o, simplemente, un error humano no detectado. El planeta se tambalea y hay que hacer hasta el último esfuerzo para que el equilibrio se restablezca en el acto.

—Jamás he oído tal cosa.

Una sonrisa fugaz iluminó el rostro de Hummin.

—¡Claro que no! ¿Quieres acaso que el Imperio anuncie la debilidad de su médula? Sin embargo, como periodista, sé todo lo que ocurre y que los Mundos Exteriores ignoran, incluso cuando gran parte de Trantor lo ignora también, incluso cuando la presión Imperial se esfuerza por ocultar los acontecimientos. ¡Créeme! El Emperador sabe…, y Eto Demerzel sabe…, aunque tú no lo sepas, que perturbar a Trantor puede destruir el Imperio.

—Entonces, ¿sugieres que me quede en Trantor por esta razón?

—Sí. Puedo llevarte a un lugar de Trantor donde te encontrarás a salvo de Demerzel. No tendrás que cambiar tu nombre, podrás *operar* abiertamente, y no te tocará. Por eso, él quería obligarte a salir de Trantor de inmediato; de no haber sido por ese juego del destino que nos ha reunido y por tu sorprendente habilidad para defenderte, lo habría conseguido.

—Pero, ¿cuánto tiempo tendré que permanecer en Trantor?

—Mientras tu seguridad lo requiera, Seldon. Tal vez el resto de tu vida.

8

Hari Seldon contempló su holografía proyectada por el dispositivo de Hummin. Era más impresionante y útil de lo que hubiera sido un espejo. En realidad, parecía como si en la habitación hubiera dos Seldon.

Éste se fijó en la manga de su nueva vestidura. Su personalidad heliconiana le hacía desear que los colores fueran menos brillantes, pero estaba agradecido a Hummin, que había elegido colores más apagados de lo que era habitual en ese mundo. (Seldon recordó las ropas que llevaban sus dos atacantes y se estremeció interiormente).

—Y supongo que tendré que usar este sombrero —murmuró.

—En el Sector Imperial, sí. Aquí, circular con la *cabeza* descubierta es de baja categoría. En otros sectores, las reglas son diferentes.

Seldon suspiró. El sombrero redondo estaba hecho de un material blando y se adaptaba a su cabeza al ponérselo. Toda el ala tenía la misma anchura alrededor, pero era más estrecha que en los sombreros que llevaban sus atacantes. Seldon se consoló al observar que cuando llevaba el sombrero el ala se curvaba graciosamente.

—Pero no tiene barboquejo.

—Por supuesto. Eso es para los pisaverdes que van a la última.

—¿Para los qué?

—Un pisaverde es alguien que lleva las cosas por su valor de impacto. Estoy seguro de que en Helicon también tenéis jóvenes así.

—Los hay que llevan el pelo hasta el hombro por un lado y afeitado por el otro —rió al recordarlo.

—Supongo que parecerá indeciblemente feo —murmuró Hummin conteniendo la sonrisa.

—Peor. Hay partidarios del lado derecho y partidarios del izquierdo, y cada uno encuentra horrenda la versión del otro. Los dos grupos suelen organizar luchas callejeras.

—Entonces, creo que podrás soportar el sombrero, en especial sin el barboquejo.

—Me acostumbraré —comentó Seldon.

—Llamará algo la atención. En primer lugar, porque es discreto y te hace parecer que estás de luto. Y porque no *encaja* del todo. También lo llevas con evidente malestar. No obstante, pasaremos poco tiempo en el Sector Imperial… ¿Te has visto bien ya? —Y el hológrafo se apagó.

—¿Cuánto te ha costado todo esto? —preguntó Seldon.

—¿Qué importa?

—Me molesta estar en deuda contigo.

—No te preocupes. Ha sido cosa mía. Pero llevamos demasiado tiempo aquí. Habrán dado mi descripción, estoy seguro. Me identificarán y vendrán aquí por mí.

—En ese caso, el dinero que has gastado tiene poca importancia. Te estás poniendo en peligro por mi causa. En peligro personal.

—Lo sé. Pero lo he elegido con entera libertad y sé cuidarme.

—Pero, ¿por qué…?

—Más tarde discutiremos la filosofía del caso… He atomizado tus ropas, por cierto, y no creo que me hayan visto. Hubo, claro, un aumento de energía, y quedará registrado. Alguien podría deducir lo que ha ocurrido, mas…, resulta difícil ocultar *cualquier* acción cuando hay ojos que vigilan y mentes despiertas. Esperemos hallarnos lejos y a salvo cuando ellos consigan sumar dos y dos.

Anduvieron por calles donde la luz era suave y amarilla. Los ojos de Hummin iban de un lado a otro, vigilantes, y mantuvo el paso a la misma velocidad de los demás peatones, ni adelantando, ni dejándose adelantar.

Mantenía una conversación indiferente, pero fluida, sobre tópicos insustanciales. Seldon, agitado e incapaz de hacer lo mismo, dijo:

—Parece haber muchos peatones por aquí. Hay filas interminables en ambas direcciones y en los cruces.

—¿Por qué no? —contestó Hummin—. Andar es el mejor modo de transporte en las distancias cortas, el más conveniente, más barato y más sano. Incontables años de avances tecnológicos no han podido cambiar esto… ¿Eres acrofóbico, Seldon?

Seldon miró por encima de la barandilla a su derecha, hacia un profundo declive que separaba las dos vías peatonales…, cada una en dirección opuesta entre los cruces espaciados con regularidad. Se estremeció de manera involuntaria.

—Si te refieres al temor de las alturas, por lo general, no. Pero mirar hacia abajo no resulta nada agradable. ¿Hasta dónde desciende?

—En este punto, creo que cuarenta o cincuenta niveles. Este tipo de corte es corriente en el Sector Imperial y en algunas otras regiones con un alto desarrollo. En muchos lugares se circula a lo que podríamos considerar el nivel del suelo.

—Imagino que esto fomentará los intentos de suicidio.

—Raramente. Hay métodos mucho más sencillos. Además, el suicidio no es una deshonra en Trantor. Uno puede acabar con su vida por diversos métodos reconocidos, en centros que existen a ese respecto…, si uno está dispuesto a someterse primero a cierta psicoterapia. Hay algún que otro accidente, por supuesto, pero ha sido por esto que te he preguntado acerca de la acrofobia. Nos dirigimos a una parada de taxis donde me conocen como periodista. Les he hecho algunos favores y, a veces, ellos me los devuelven. Se olvidarán de consignarme y no se fijarán en que viajo con un acompañante. Por supuesto, pagaré una buena prima y, también por supuesto, si la gente de Demerzel ejerce demasiada presión sobre ellos, tendrán que decir la verdad y achacar su fallo a una contabilidad descuidada, pero eso puede llevar un tiempo considerable.

—¿A santo de qué viene lo de la acrofobia?

—Pues porque podemos llegar allí mucho más deprisa si vamos en un ascensor gravítico. Poca gente lo utiliza y debo confesarte que, a mí, tampoco la idea me hace mucha gracia, pero si crees poder soportarlo, deberíamos tomarlo.

—¿Qué es un ascensor gravítico?

—Es experimental. Puede que llegue el día en que se difunda por Trantor, siempre y cuando resulte psicológicamente aceptable…, o pueda hacerse así para transportar bastante público. Entonces, quizá se extienda también a otros mundos. Es un hueco de ascensor sin cabina, por decirlo de algún modo. Entramos en el espacio vacío y bajamos despacio, o nos elevamos despacio, por la influencia de la antigravedad. Es, probablemente, la única aplicación de la antigravedad establecida hasta ahora, sobre todo porque es la más simple aplicación posible.

—¿Y qué ocurre si la energía falla mientras viajamos en él?

—Exactamente lo que estás pensando. Nos caeremos y, a menos que nos encontremos muy cerca del suelo…, moriremos. No he oído decir que haya ocurrido, y, créeme, yo estaría enterado si *hubiera* ocurrido. No podríamos dar la noticia por razones de seguridad, que es la excusa que siempre nos ponen para ocultar las malas noticias, pero *yo* lo sabría. Ahí está, delante de nosotros. Si no te atreves, no lo haremos, pero los corredores mecánicos son lentos, aburridos, y, después de un rato, acaban mareándole a uno.

Hummin pasó un cruce por alto y penetró en una gran entrada donde esperaban, en cola, hombres y mujeres, algunas con niños.

—En mi tierra no he oído hablar de esto —dijo Seldon en voz baja—. Claro que nuestros propios medios de comunicación son locales, pero, ¿no crees que se mencionaría una cosa así si existiera?

—Se trata de algo estrictamente experimental y está confinado al Sector Imperial. Gasta más energía de lo que vale, así que el Gobierno no está muy interesado en impulsarlo, por ahora, dándole publicidad. El viejo Emperador, Stanel VI, el anterior a Cleon, que sorprendió a todos muriendo en su cama, insistió en que se instalara en algunos puntos. Quería ver su nombre asociado a la antigravedad, dicen, porque le preocupaba el lugar

que ocuparía en la Historia, como suelen hacer, con frecuencia, ciertos ancianos con pocas luces. Como te he dicho, la técnica puede divulgarse pero, por el contrario, es posible que de todo ello no salga nada más que el ascensor gravítico.

—¿Qué querían que saliera de ello? —preguntó Seldon.

—Vuelo espacial *antigrav*. Pero exigiría muchas rupturas y la mayoría de los físicos, por lo que he oído, están firmemente convencidos de que esto no puede realizarse… Aunque también hubo muchos antes que creyeron que incluso los ascensores gravíticos tampoco podrían conseguirse.

La cola que tenían delante iba acortándose y Seldon se encontró con Hummin al borde del piso, con una abertura a sus pies. El aire, delante de ellos, brillaba tenuemente. En un acto maquinal, alargó la mano y experimentó un ligero choque. No resultó doloroso, pero retiró la mano de inmediato.

—Es una precaución elemental para evitar que nadie traspase el umbral antes de que se activen los controles —refunfuñó Hummin, y marcó unos números en el panel de control, con lo que el brillo se extinguió.

Seldon miró por encima del borde, hacia la profundidad del hueco.

—Te parecerá mejor…, o más fácil, si nos cogemos del brazo y tú cierras los ojos —explicó Hummin—. No tardaremos más de unos segundos.

En realidad, no dio ninguna opción a Seldon. Le cogió del brazo y, por segunda vez, no pudo desprenderse de aquella mano firme. Hummin penetró en el vacío y Seldon (que se oyó, con gran vergüenza, emitir una queja apagada) entró por el tirón.

Cerró los ojos con fuerza y no experimentó ninguna sensación de caída, ni sintió el movimiento del aire. Pasaron unos segundos y le empujaron hacia delante. Dio un traspié, recuperó el equilibrio y se encontró en tierra firme. Abrió los ojos.

—¿Lo hemos conseguido?

—No estamos muertos —respondió secamente Hummin y comenzó a andar sin soltar a Seldon, que se vio obligado a seguirle.

—Quiero decir que si hemos llegado al nivel previsto.

—Desde luego.

—¿Qué podría ocurrir si cuando nosotros bajábamos alguien más estaba subiendo?

—Hay dos vías separadas. En una, todo el mundo baja a la misma velocidad; en la otra, todos suben a la misma velocidad. El hueco se despeja solamente cuando no hay gente a una distancia de diez metros. Así, si todo funciona bien, no hay peligro de colisión.

—No he sentido nada.

—¿Por qué ibas a sentirlo? No hubo aceleración. Después de la primera décima de segundo, ibas a una velocidad constante y el aire de tu inmediata vecindad bajaba contigo a la misma velocidad.

—¡Maravilloso!

—Por completo. Pero antieconómico. Y no parece que haya grandes presiones para aumentar la eficiencia del procedimiento y volverlo rentable. Por todas partes se oye lo mismo: «No podemos hacerlo», «No puede hacerse». Esto lo aplican a todo. —Hummin se encogió de hombros visiblemente irritado y añadió—: Pero ya estamos en la parada de taxis. Sigamos.

10

Seldon trató de pasar inadvertido, mas le resultó muy difícil. Parecer ostentosamente invisible…, deslizarse, volver el rostro cuando alguien pasaba, estudiar con excesiva atención uno de los vehículos…, era, indudablemente, la mejor forma de llamar la atención. El modo de comportarse debía ser asumir una inocente normalidad.

Pero, ¿qué era la normalidad? Se sentía incómodo dentro de aquella ropa. No llevaba bolsillos, de modo que no tenía donde meter las manos. Las dos bolsas, que colgaban de su cinturón, a cada lado, le molestaban porque le iban golpeando al andar, al extremo de pensar continuamente que alguien le había empujado.

Trató de mirar a las mujeres que pasaban. No llevaban bolsos, por lo menos él no veía ninguno, pero portaban algo parecido a una cajita que, de tanto en tanto, adherían a una u otra cadera por medio de algún sistema que

no supo descubrir. «Quizás algo pseudomagnético», se dijo. Las ropas que llevaban no eran nada reveladoras, notó decepcionado, y ninguna de ellas iba escotada, aunque algunos trajes parecían diseñados para realzar las nalgas.

Entretanto, Hummin había estado muy ocupado. Después de presentar los créditos necesarios, regresó con la pieza de cerámica superconductora que activaría un determinado taxi aéreo.

—Sube, Seldon —le dijo, señalando un pequeño vehículo de dos plazas.

—¿Has tenido que firmar con tu nombre, Hummin?

—Claro que no. Me conocen bien y se dejan de formalidades conmigo.

—¿Qué creen que estás haciendo?

—Ni me lo han preguntado ni yo he ofrecido información. —Metió la pieza en su ranura y Seldon notó una leve vibración al ponerse en marcha el taxi aéreo.

—Vamos hacia D-7 —explicó Hummin por decir algo.

Seldon ignoraba lo que significaba D-7, pero supuso que se trataría de una ruta o algo parecido.

El aerotaxi se abrió camino entre y alrededor de otros vehículos y, al fin, enfiló una rampa lisa y ganó velocidad. Luego, con una ligera sacudida, despegó.

Seldon, que se había visto automáticamente amarrado por una especie de red, se sintió empujado primero contra el asiento y después contra la red.

—Esto no se parece a la antigravedad —comentó.

—No lo es. Se trata de un pequeño reactor. Lo bastante potente para llevarnos hasta los tubos.

Lo que aparecía ahora ante ellos era como un acantilado lleno de aberturas, parecidas a cuevas, similar a un tablero de ajedrez. Hummin maniobró hacia la abertura D-7, esquivando otros aerotaxis que también se dirigían hacia otros túneles.

—Podrías chocar con facilidad —musitó Seldon, aclarándose la garganta.

—Y es probable que lo hiciera si todo dependiera de mis sentidos y reacciones, pero el taxi lleva una computadora y ésta actúa en mi lugar sin el menor problema. Lo mismo es válido para los otros taxis… Vamos allá.

Se metieron en D-7 como si hubieran sido aspirados y la luz brillante de la abierta plaza exterior se dulcificó, volviéndose de un cálido tono amarillento.

Hummin soltó los controles y se recostó en su asiento.

—Una etapa superada hasta ahora con éxito —dijo, respirando profundamente—. Podían habernos detenido en la estación. Aquí nos hallamos casi seguros.

La carrera era tranquila y las paredes del túnel pasaban a toda velocidad. Casi no había ruido, sólo un aterciopelado zumbido a medida que el taxi avanzaba.

—¿A qué velocidad vamos? —quiso saber Seldon.

Hummin echó un vistazo al tablero.

—A trescientos kilómetros por hora.

—¿Propulsión magnética?

—Sí. También la tendréis en Helicon, me supongo.

—Sí. Una línea. No he circulado nunca por ella aunque siempre he deseado hacerlo. No obstante, no creo que se parezca a ésta.

—Seguro que no. Trantor dispone de millares de kilómetros de esos túneles, perforando la tierra en la subsuperficie y otro número que serpentea por debajo del océano, donde hay poco fondo. Es el sistema principal de viajar a larga distancia.

—¿Cuánto tardaremos?

—¿Para llegar a nuestro destino inmediato? Poco más de cinco horas.

—¡Cinco horas! —exclamó Seldon, abatido.

—No te preocupes. Cada veinte minutos o así pasaremos junto a áreas de descanso, en ellas podemos parar, salir del túnel, estirar las piernas, comer, o ir al lavabo. Pero me gustaría hacer eso lo menos posible, claro.

Continuaron en silencio y, de pronto, Seldon se sobresaltó cuando observó un resplandor a su derecha, por unos segundos, y en el destello creyó ver dos aerotaxis.

—Era un área de descanso —aclaró Hummin en respuesta a la pregunta no formulada.

—¿Voy a estar realmente a salvo donde sea que me estés llevando?

—A salvo de cualquier movimiento descubierto por parte de las fuerzas Imperiales. Desde luego, si hablamos de un operador en solitario, espía, agente, asesino a sueldo, uno debe tener cuidado siempre. Como es lógico, te proporcionaré un guardaespaldas.

—¿Un asesino a sueldo? ¿Lo dices en serio? ¿Y por qué van a querer matarme?

—Estoy seguro de que Demerzel no lo desea. Sospecho que prefiere utilizarte a eliminarte. Pero otros enemigos pueden aparecer, o una desgraciada concatenación de acontecimientos. No puedes ir por la vida como si fueras un sonámbulo.

Seldon sacudió la cabeza y miró hacia otra parte. Pensaba que, sólo cuarenta y ocho horas antes, era un insignificante y virtualmente desconocido matemático del Mundo Exterior, feliz, con sólo pasar el tiempo que le quedaba recorriendo Trantor, admirando la enormidad del gran mundo con sus ojos de provinciano. Y ahora, al fin, se daba cuenta de ello, era un hombre buscado, acosado por las fuerzas Imperiales. La enormidad de la situación lo abrumaba, y se estremeció.

—¿Qué pasará *contigo*? ¿Y qué estás haciendo ahora mismo?

—Bueno, no sentirán ningún cariño por mí, supongo —musitó Hummin, pensativo—. Podrían abrirme la cabeza o volarme el pecho…, por medio de algún misterioso atacante.

Hummin lo dijo sin que le temblara la voz o se notara cambio alguno en su aspecto tranquilo, pero Seldon se acobardó.

—He llegado a creer que pensabas en que esto era lo que el destino te tenía reservado. No pareces estar…, no pareces preocuparte en absoluto.

—Soy un viejo trantoriano. Conozco este planeta como nadie. Conozco a mucha gente y muchos de ellos me están obligados y agradecidos. Me gusta pensar que soy astuto y difícil de engañar. En resumen, Seldon, estoy plenamente convencido de que puedo cuidar muy bien de mí mismo.

—Me alegra que sientas eso y espero que estés en lo cierto al pensar así, Hummin, pero lo que no me cabe en la cabeza es por qué te arriesgas de este modo. ¿Qué represento yo para ti? ¿Por qué ibas a correr el menor riesgo por un desconocido?

Hummin comprobó los controles, preocupado, y se volvió a mirar abiertamente a Seldon, con ojos firmes y graves.

—Quiero salvarte por la misma razón que el Emperador desea utilizarte…, por tus poderes de predicción.

Seldon sintió un profundo desaliento. Así que, después de todo, no se trataba de salvarle la vida. Era, simplemente, la desvalida y disputada presa de unos depredadores rivales.

—Nunca podré olvidar aquella comunicación en la Convención Decenal —barbotó, irritado—. He arruinado mi vida.

—No. No te precipites a conclusiones, matemático. El Emperador y sus funcionarios te quieren sólo por una razón, para que sus vidas sean más seguras. Les interesan tus conocimientos por lo útiles que pueden ser para salvar el poder del Emperador, conservarlo para su hijo, mantener los puestos, *status*, y dominio de sus funcionarios. Yo, por el contrario, sólo quiero tu poder en bien de la Galaxia.

—¿Hay, acaso, alguna diferencia? —estalló Seldon con acritud.

Y Hummin contestó, con un principio de rictus severo:

—Si no distingues la diferencia, tanto peor para ti. Los habitantes humanos de la Galaxia existían mucho antes de la subida al poder del Emperador que ahora gobierna, mucho antes de la dinastía que representa, mucho antes del propio Imperio. La Humanidad es infinitamente más vieja que el Imperio. Puede que incluso sea bastante más vieja que los veinticinco millones de mundos de la Galaxia. Hay leyendas que hablan de una época en que la Humanidad habitaba un solo mundo.

—¡Leyendas! —barbotó Seldon encogiéndose de hombros.

—Sí, leyendas, pero no veo razón alguna por la que no pudiera haber sido así en realidad, veinte mil años atrás, o más. Me figuro que la Humanidad no surgió de manera espontánea junto con los conocimientos del viaje hiperespacial. Estoy seguro de que hubo un tiempo en que la gente *no podía* viajar a velocidades superiores a la luz y, por esa razón, debían estar encerrados en un solo sistema planetario. Y si miramos hacia delante, en el tiempo, los humanos de los mundos de la Galaxia seguirán existiendo después de que tú y el Emperador estéis muertos, después de que todo su linaje llegue al fin y después de que las propias instituciones del Imperio se

deshagan. En ese caso, no es tan importante preocuparse excesivamente de los individuos, del Emperador y del joven Príncipe Imperial. Ni siquiera es importante preocuparse por la mecánica del Imperio. ¿Qué será de los cuatrillones de personas que viven en la Galaxia? ¿Qué será de ellos?

—Presumo que el mundo, los mundos, y sus gentes subsistirán —dijo Seldon.

—¿No sientes la acuciante necesidad de ahondar en las posibles condiciones en las que seguirán viviendo?

—Es de suponer que continuarán como hasta ahora.

—*Es de suponer*. Pero, ¿podría *saberse* mediante el arte de predecir del que hablas?

—Lo llamo psicohistoria. En teoría, podría saberse.

—¿Y no sientes la necesidad de transformar esa teoría en práctica?

—Me gustaría, Hummin, pero el deseo de hacerlo no crea, de manera automática, la capacidad de conseguirlo. Dije al Emperador que la psicohistoria no podía transformarse en una técnica práctica y me veo obligado a decirte lo mismo a ti.

—¿Y no tienes ni siquiera la intención de tratar, alguna vez, de descubrir la técnica?

—En absoluto, como tampoco siento que deba intentar coger un montón de gravilla del tamaño de Trantor, contar sus piedras una a una y ordenarlas por tamaños de mayor a menor. *Sabría* que estaba haciendo algo que no podría llevar a cabo en toda una vida y no sería lo bastante loco para pretender hacerlo.

—¿Lo intentarías si conocieras la verdad sobre la situación de la Humanidad?

—Es una pregunta imposible. ¿Cuál *es* la verdad sobre la situación de la Humanidad? ¿Pretendes, acaso, conocerla?

—Sí, la conozco. Y en cinco palabras. —Los ojos de Hummin tornaron a mirar al frente, volviéndose fugazmente hacia el persistente vacío del túnel que los iba tragando, ensanchándose al pasar ellos y encogiéndose al quedar atrás. Entonces, sombrío, pronunció esas cinco palabras—: El Imperio Galáctico está muriendo.

LA UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD DE STREELING. — ... *Una institución de estudios superiores en el Sector Streeling del antiguo Trantor… Pese a todas las pretensiones de fama en los campos, tanto de Ciencias como de Letras, no es por ello por lo que la Universidad sobresale hoy día en la conciencia de la gente. Probablemente, causaría impacto a las generaciones de eruditos de la Universidad el enterarse de que, en el futuro, la Universidad de Streeling sería recordada, sobre todo, porque un tal Hari Seldon, en el período de La Huida, había residido allí durante un corto espacio de tiempo.*

Enciclopedia Galáctica

11

Hari Seldon permaneció en silencio, incómodo, después de que Hummin hiciera su declaración. Interiormente se encogió, al darse cuenta de sus propias deficiencias.

Había inventado una nueva ciencia: la psicohistoria. Había ampliado las leyes de la probabilidad de un modo tan sutil que le permitían abarcar nuevas complejidades e incertidumbres y había terminado con elegantes

ecuaciones de innumerables incógnitas… Posiblemente, un número ilimitado de ellas; no sabía decirlo.

Pero se trataba de un juego matemático y nada más.

Tenía a la psicohistoria, o por lo menos las bases de la psicohistoria, pero sólo como curiosidad matemática. ¿Dónde estaba el conocimiento histórico que daría cierto sentido a las vacías ecuaciones?

No disponía de ninguno. Nunca se había interesado por la historia. Conocía un esquema de la historia de Helicon. Los cursos sobre aquel pequeño fragmento de la historia humana habían sido obligatorios en las escuelas de Helicon. Pero, ¿qué conocía más allá de eso? Seguro que todo lo demás que había aprendido no eran sino esqueletos descarnados como los que todo el mundo manejaba… mitad leyenda y mitad distorsión.

Así y todo, ¿cómo podía alguien decir que el Imperio Galáctico se moría? Llevaba existiendo diez mil años como Imperio aceptado. Incluso antes, Trantor, como capital del reino dominante, había mantenido durante dos mil años lo que conformaba, virtualmente, un Imperio. El Imperio había sobrevivido a los primeros siglos cuando secciones enteras de la Galaxia aceptaban, a veces, y otras rechazaban, el final de su independencia local. Había sobrevivido a las vicisitudes que las rebeliones ocasionales, las guerras dinásticas y algunos serios períodos de miseria conllevaron consigo. La mayor parte de los mundos apenas había sido turbada por problemas semejantes y Trantor había ido creciendo, imparable, hasta llegar a transformarse en la morada universal que ahora se autodenominaba Mundo Eterno.

Claro que en los últimos cuatro siglos, el desasosiego había aumentado y sucedido violentos asesinatos y cambios de poder imperiales. Pero incluso todo eso se había ido calmando y ya la Galaxia estaba tranquila como nunca. Bajo Cleon I y antes de él, con su padre, Stanel VI, los mundos eran prósperos…, y el propio Cleon no era considerado un tirano. Incluso aquellos a los que el Imperio no les gustaba como institución, raramente tenían algo malo que decir sobre Cleon, por más que arremetieran contra Eto Demerzel.

Entonces, ¿por qué Hummin aseguraba que el Imperio Galáctico se moría…, y lo decía con tal acento de convicción?

Hummin era un periodista. Era probable que conociese la historia galáctica con todo detalle, así como la situación del momento, a la perfección. ¿Era eso lo que le proporcionaba el conocimiento que se adivinaba tras su declaración? Y, en tal caso, exactamente, ¿cuál era su conocimiento?

Varias veces, Seldon estuvo a punto de preguntarle, de exigirle una respuesta, pero lo que vio en el grave rostro de Hummin se lo impidió. Y también algo en su propia creencia de que el Imperio Galáctico era un don, un axioma, una piedra angular sobre la que descansaba todo argumento, se lo impedía igualmente. Después de todo, si *aquello* no iba bien, prefería no saberlo.

No, no podía creer que estuviera equivocado. Ni el Imperio Galáctico, ni el propio Universo, podían tocar a su fin. O bien, si el Universo llegaba a su fin, entonces…, y sólo entonces, terminaría el Imperio Galáctico.

Seldon cerró los ojos e intentó conciliar el sueño, mas, como era natural, no lo consiguió. ¿Tendría que ponerse a estudiar la historia del Universo a fin de presentar su teoría de la psicohistoria?

¿Cómo podía hacerlo? Existían veinticinco millones de mundos, y cada uno de ellos con su propia, compleja e interminable historia. ¿Cómo estudiar todo eso? Sabía que había muchos volúmenes de libro-películas que trataban de la historia galáctica. Incluso una vez había hojeado uno de ellos, por alguna razón ya olvidada, y lo había encontrado demasiado aburrido para conseguir llegar siquiera a la mitad.

Los libro-películas trataban de mundos importantes. Algunos de ellos relataban toda o casi toda la historia de esos mundos: otros, sólo cuando éstos ganaban importancia durante cierto tiempo, hasta que se apagaban. Recordó haber buscado Helicon en el índice, y no encontró más que una mención. Había pulsado las teclas que se la proyectarían y halló *Helicon* incluido en una lista de mundos que, en determinada ocasión, se habían agrupado de forma temporal alrededor de cierto aspirante fracasado en sus pretensiones al trono Imperial. En aquella ocasión, Helicon se había salvado de las represalias probablemente porque no tenía la suficiente importancia para ser castigado.

¿De qué servía semejante historia? Por supuesto que la psicohistoria debería tener en cuenta los actos y reacciones e interacciones de cada mundo…, de *todos* y *cada* uno de ellos. ¿Cómo se podía estudiar la historia de veinticinco millones de mundos y considerar todas sus posibles interacciones? Iba a suponer, de seguro, una tarea imposible, y esa idea reforzaba la conclusión general de que la psicohistoria resultaba interesante como teoría, pero que jamás llegaría a ser práctica.

Seldon sintió un suave empujón hacia delante y se dijo que el aerotaxi debía estar disminuyendo la velocidad.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Creo que ya nos hemos alejado bastante —contestó Hummin—, así que podemos arriesgarnos a parar un poco para comer y beber algo y hacer una visita al lavabo.

Y, en los quince minutos siguientes, durante los que el aerotaxi fue perdiendo velocidad, llegaron a un área iluminada. El taxi entró y encontraron un espacio para aparcar entre otros cinco o seis vehículos.

12

El avezado ojo de Hummin pareció abarcar el área iluminada, los otros taxis, la cena, los caminos y los hombres y mujeres de una sola mirada. Seldon, que intentaba pasar inadvertido y sin saber cómo hacerlo, le observaba mientras procuraba no molestarle. Cuando se sentaron en una mesita y marcaron lo que querían, Seldon, esforzándose por parecer indiferente, preguntó:

—¿Todo bien?

—Así parece.

—¿Cómo puedes saberlo?

Hummin posó por un instante sus ojos oscuros sobre Seldon.

—Por instinto —contestó—. Por la costumbre de años de recoger información. Miras y te dices: «Aquí no hay noticia».

Seldon asintió, aliviado. Por más que Hummin pudo haberlo dicho con ironía, daba la impresión de que era verdad.

Su satisfacción no pasó más allá del primer mordisco a su bocadillo. Miró a Hummin con la boca llena y con una expresión de dolida sorpresa en el rostro.

—Esto es un restaurante de carretera, amigo —observó Hummin—. Barato, rápido y no demasiado bueno. Los alimentos son locales y llevan una infusión bastante fuerte de fermento. Los paladares trantorianos están acostumbrados.

Seldon tragó con dificultad.

—Pero en el hotel…

—Te encontrabas en el Sector Imperial, amigo. Allí, los alimentos son importados y si se utiliza microalimento, éste es de alta calidad. Y caro también.

Seldon se preguntó si tomaba otro bocado.

—Quieres decir que mientras viva en Trantor… —suspiró.

Hummin le indicó, con un gesto de sus labios, que bajara la voz.

—Procura no dar la impresión a nadie de que estás acostumbrado a algo mejor. Hay lugares en Trantor donde el ser identificado como aristócrata resulta mucho peor que si se es extranjero. Te aseguro que la comida no te parecerá tan mala en todas partes. Estos restaurantes de carretera tienen fama de baja calidad. Si eres capaz de tragar este bocadillo, podrás comer en cualquier parte de Trantor. Y no te hará daño. No está pasado, ni es malo, ni nada por el estilo. Lo único que tiene es un sabor áspero y fuerte y, de verdad, te lo aseguro, acabarás por acostumbrarte a él. He conocido a trantorianos que escupen nuestra buena comida y aducen que notan la falta del gusto casero.

—¿Hay mucho cultivo en Trantor? —preguntó Seldon. Una rápida mirada en derredor le hizo ver que no había nadie sentado en su inmediata vecindad y prosiguió, hablando a media voz—: Siempre he oído decir que se necesitan veinte mundos contiguos para proporcionar los centenares de naves de carga precisas para alimentar, cada día, a Trantor.

—Lo sé. Y otros tantos centenares para llevarse la basura. Mas si deseas que la historia sea realmente buena, puedes decir que las mismas naves que traen la comida se llevan la basura. Es cierto que importamos considerable cantidad de comida, pero, sobre todo, artículos de lujo. Y exportamos

enorme cantidad de basura, cuidadosamente procesada para que resulte inofensiva, y sirva como importante fertilizante orgánico…, que es tan importante para otros mundos como la comida para nosotros. Pero esto no es sino una pequeña fracción del todo.

—¿Lo es?

—Sí. Además de los peces en el mar, hay huertas y granjas por todas partes. Y los frutales, las aves y los conejos, y amplias granjas de microorganismos…, llamadas, en general, granjas de levadura, aunque la levadura es parte minoritaria de los cultivos. Y nuestras basuras suelen emplearse aquí mismo, en casa, para mantener todos esos cultivos. De hecho, Trantor se parece mucho a una enorme y rebosante colonia espacial. ¿Has visitado alguna de ellas?

—En efecto.

—Las colonias espaciales son, en esencia, ciudades cerradas con todo artificialmente ciclado, con ventilación artificial, día y noche artificiales, y demás. Trantor se diferencia de ellas en que, incluso la mayor colonia espacial tiene diez millones de habitantes y Trantor reúne cuatro mil veces esta cantidad. Por supuesto, nuestra gravedad es real. Y ninguna colonia espacial puede comparársenos en microalimentación. Además, tenemos tanques de levadura, esteras de hongos y vastos estanques de algas, grandes, más allá de lo que puedas imaginar. Y somos fuertes en sabores artificiales, añadidos con generosidad. Éstos son los que le dan ese gusto a lo que estás comiendo.

Seldon había consumido la mayor parte de su bocadillo y ya no le pareció tan malo como al primer bocado.

—¿Y no puede hacerme daño?

—A veces ataca la flora intestinal y, de vez en cuando, un pobre extranjero se ve afligido por la diarrea, pero suelen ser casos muy aislados, y uno también se habitúa. Pero bueno, bebe tu batido, lo más probable será que no te guste. Contiene un antidiarreico que debería mantenerte a salvo, incluso, si estás predispuesto a sufrir ese mal.

—No me hables de eso, Hummin —se quejó Seldon—. Uno puede sentirse mal por sugestión.

—Acaba tu batido y déjate de sugestiones.

Terminaron el resto de la comida en silencio y pronto volvieron a estar en camino.

13

De nuevo, circulaban a gran velocidad por el túnel. Seldon decidió plantear la pregunta que le obsesionaba desde hacía una hora o más.

—¿Por qué dices que el Imperio Galáctico se está muriendo?

Hummin se volvió a mirarle.

—Como periodista —contestó—, tengo estadísticas que me han llovido de todas partes y que ya me salen hasta por las orejas. Pero me está permitido publicar muy poco. La población de Trantor disminuye. Veinticinco años atrás era de casi cuarenta y cinco mil millones.

»Esta disminución se debe, en parte, a que ya no hay tantos nacimientos. Si bien es cierto que la natalidad en Trantor nunca fue muy alta. Si miras a tu alrededor mientras viajas por Trantor, no verás muchos niños, a pesar de su enorme población. Y cada vez hay menos. Después está la emigración. La gente se va de Trantor en mayor número que los que llegan.

—Considerando su gran población —dijo Seldon— no me sorprende.

—Pero, de todos modos, no es corriente y no había ocurrido antes. También, los negocios están estancados en toda la Galaxia. La gente cree que todo está bien y que las dificultades de los siglos pasados han terminado porque no hay insurrecciones y las cosas parecen tranquilas. No obstante, también las luchas políticas, los alzamientos y el desasosiego son indicios de cierta vitalidad. Pero ahora se está produciendo un cansancio general. Todo aparece tranquilo, y no ocurre así porque la gente esté satisfecha y viva con prosperidad, sino porque se siente cansada y se ha rendido.

—Bueno, eso no lo sé —dudó Seldon.

—Yo sí. Y el fenómeno *antigrav* del que hemos hablado antes es otro caso que viene a cuento. Tenemos pocos ascensores gravíticos en funcionamiento, pero no se construyen más. Es un riesgo poco rentable y

parece que no hay interés en hacerlo provechoso. La velocidad de avances tecnológicos va disminuyendo a lo largo de los siglos y ahora ya se arrastra. En algunos casos, ha parado del todo. ¿No te has fijado en ello? Después de todo, tú eres un matemático.

—No puedo decir que me haya interesado por ese asunto.

—Nadie lo hace. Es algo aceptado. Los científicos, en estos días, suelen afirmar que las cosas son imposibles, poco prácticas, inútiles. Cualquier especulación resulta condenada al instante. Tú, por ejemplo…, ¿qué piensas de la psicohistoria? Que es interesante en teoría pero inútil en la práctica. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí y no. —Seldon parecía molesto—. *Es* inútil desde cualquier punto de vista práctico, pero no lo creo así porque mi sentido aventurero haya decaído, te lo aseguro. En realidad, *es* inútil.

—Ésa es, por lo menos, tu impresión —observó Hummin con cierto sarcasmo—, dada la atmósfera de decadencia en que el Imperio entero vive.

—Esta atmósfera de decadencia es *tú* impresión —protestó Seldon, furioso—. ¿No puede ocurrir que estés equivocado?

Hummin pareció sorprendido y pensativo por un instante; luego dijo:

—Sí, podría estar equivocado —concedió—. Hablo guiándome sólo por mi intuición, por deducciones. Lo que necesito es una técnica operante de psicohistoria.

Seldon se encogió de hombros y no picó el anzuelo.

—No poseo esa técnica para poder dártela —dijo—. Pero vamos a suponer que tienes razón. Supongamos que el Imperio *está* cayendo y que, en un momento dado, se detendrá y se deshará. La especie humana seguirá existiendo.

—¿En qué condiciones, hombre? Durante casi doce mil años, Trantor, bajo gobernantes fuertes, ha mantenido el paso. Ha habido interrupciones: alzamientos, guerras civiles localizadas, abundantes tragedias…, pero, en general, y en grandes áreas, se ha mantenido la paz. ¿Por qué Helicon es tan pro-Imperio? Me estoy refiriendo a tu mundo. Pues debido a que es pequeño y sería devorado por sus vecinos si el Imperio no lo mantuviese seguro.

—¿Estás prediciendo guerra y anarquía universales si el Imperio cae?

—Por supuesto. El Emperador no me gusta, ni las instituciones imperiales, pero no tengo sustituto para ellos. No sé qué otra cosa puede mantener la paz y no estoy dispuesto a ceder hasta que no lo descubra y lo tenga a mano.

—Hablas como si controlaras la galaxia. *Tú no* estás dispuesto a ceder. *Tú* debes tener algo más en la mano. ¿Quién eres tú para hablar así?

—Hablo en términos generales, en sentido figurado. No me preocupa Chetter Hummin personalmente. Podría decirse que el Imperio durará lo que yo; incluso quizás aparezcan indicios de mejora durante mi tiempo. Las decadencias no siguen un camino recto. Tal vez pasen mil años antes del estallido final y puedes imaginar que para entonces estaré muerto y, desde luego, no dejaré descendencia. Respecto de las mujeres, no hay más que contactos casuales y no tengo hijos ni pienso tenerlos. No he dado rehenes a la fortuna… Me he ocupado de ti después de tu conferencia, Seldon. Tú tampoco tienes hijos.

—Tengo padres y dos hermanos, pero ningún hijo… —Sonrió débilmente—. En un momento dado, me sentí muy ligado a una mujer, pero a ella le pareció que me interesaban más mis matemáticas.

—¿Y era así?

—A mí no me daba esa sensación, a ella sí. O sea, que me dejó.

—¿Y has estado solo desde entonces?

—Sí, todavía me acuerdo demasiado del dolor que sentí.

—Bien pues, parece que ambos pudiéramos esperar a que todo pase y dejar que sean otros, después de nosotros, los que sufran. Antes, estaba dispuesto a aceptar, pero ya no. Porque ahora *tengo* un instrumento; ahora mando *yo*.

—¿Qué instrumento? —preguntó Seldon, aunque intuía la respuesta.

—¡Tú!

Y como Seldon había intuido lo que Hummin diría, no perdió tiempo en sorprenderse o enfadarse. Se limitó a sacudir la cabeza.

—Estás equivocado —declaró—, soy un instrumento inútil.

—¿Por qué?

Seldon suspiró.

—¿Cuántas veces debo repetírtelo? La psicohistoria no funciona como un estudio práctico. La dificultad es fundamental. Todo el espacio y tiempo del Universo no bastarían para resolver los problemas planteados.

—¿Estás seguro?

—Por desgracia, sí.

—No es cuestión de que resuelvas por entero el futuro del Imperio Galáctico, ¿sabes? No necesitas trazar en detalle el funcionamiento de todos los seres humanos o incluso de todos los mundos. Hay, sencillamente, ciertas preguntas que debes responder. ¿Se estrellará el Imperio Galáctico? De ser así, ¿cuándo? ¿Cuál será, después, la condición de la Humanidad? ¿Puede hacerse algo para evitar la caída o para mejorar las condiciones después de ella? Éstas son preguntas relativamente simples, en mi opinión.

Seldon sacudió la cabeza y sonrió con expresión triste.

—La historia de la matemática está llena de preguntas simples que han provocado las respuestas más complicadas…, o ninguna.

—¿Y no hay nada que hacer? Puedo ver cómo se derrumba el Imperio pero carezco de pruebas. Todas mis conclusiones son subjetivas y me resulta imposible demostrar que no estoy equivocado. Porque el aspecto es descorazonador al máximo, la gente prefiere no creer en mi conclusión subjetiva y no hará nada para evitar la caída o siquiera para conseguir que resulte menos dura. Tú podrías *demostrar* la próxima caída o, si quieres, refutarla.

—Eso es, exactamente, lo que no puedo hacer. Me es imposible encontrarte una prueba donde no las hay. No puedo hacer práctico un sistema matemático, cuando no lo es, como encontrar dos números pares que sumados den un resultado impar, por más vital y desesperadamente que tú, o toda la Galaxia, necesitéis ese número impar.

—Bien, entonces, también tú formas parte de la decadencia. Estás dispuesto a aceptar el fracaso —observó Hummin.

—¿Qué otra opción tengo?

—¿Ni siquiera puedes *intentarlo*? Por inútil que te parezca el esfuerzo, ¿tienes algo mejor que hacer con tu vida? ¿Persigues, quizás, una meta más digna? ¿Tienes un motivo hacia un extremo máximo que te justifique a tus propios ojos?

Seldon parpadeó rápidamente.

—Millones de mundos. Miles de millones de culturas. Cuatrillones de personas. Decillones de interrelaciones… ¿Y quieres que yo lo reduzca todo con sólo ordenarlo?

—No. Lo único que deseo es que lo *intentes*. Por amor a esos millones de mundos, miles de millones de culturas y cuatrillones de personas. No por el Emperador. No por Demerzel. Por la Humanidad.

—Fracasaré —murmuró Seldon.

—Pero no estaremos peor que ahora. ¿Querrás intentarlo?

Y contra su voluntad, sin saber por qué, Seldon se oyó decir:

—Lo intentaré.

De esa forma, el camino de su vida quedó trazado.

14

El trayecto tocó a su fin y el aerotaxi se metió en un área mayor que aquella donde habían comido. (Seldon recordaba aún el sabor del bocadillo y torció el gesto).

Hummin fue a devolver el taxi y regresó guardando su tarjeta de crédito en un pequeño bolsillo interior de su camisa.

—Aquí estás a salvo por completo de cualquier intento directo y descarado —le aseguró—. Éste es el Sector de Streeling.

—¿Streeling?

—Debe ser el nombre del primero que urbanizó esta área para habitarla, supongo. La mayoría de los Sectores son nombrados en memoria de uno u otro personaje, lo que explica que muchos de los nombres sean feos y algunos resulten difíciles de pronunciar. De todos modos, si intentaras que los habitantes de este Sector cambiaran el nombre de Streeling por otro como Sweetsmell o algo parecido, provocarían una revuelta.

—Por supuesto —asintió Seldon que, de pronto, olfateó el aire con insistencia—. ¡Qué mal huele aquí!

—Casi todo Trantor huele mal, pero acabarás acostumbrándote.

—Me alegro de que nos encontremos ya aquí —dijo Seldon—. No porque me guste esto, sino porque empezaba a cansarme de estar sentado en el taxi. Viajar por Trantor debe ser horroroso. En Helicon, podemos ir de un lugar a otro por aire, en menos tiempo del que nos ha llevado recorrer menos de dos mil kilómetros para venir aquí.

—También tenemos reactores.

—Pero, entonces, por qué…

—Yo podía arreglar un trayecto en aerotaxi dentro de un cierto anonimato. Hubiera sido más difícil en un jet. Y dejando de lado lo seguro que es esto, estaría más tranquilo si Demerzel no supiera con exactitud dónde te encuentras… En realidad, no hemos acabado aún. Vamos a tomar un expreso para la etapa final.

Seldon conocía el vehículo.

—Es uno de esos monorraíles abiertos que circulan sobre un campo electromagnético, ¿verdad?

—Sí.

—En Helicon no los tenemos. En realidad, tampoco los necesitamos. Viajé en un expreso el primer día que estuve en Trantor. Me llevó del aeropuerto al hotel. Fue una novedad para mí, aunque si tuviera que utilizarlo todo el tiempo, me imagino que el ruido y la gente me resultarían abrumadores.

Hummin pareció divertido.

—¿Te perdiste? —preguntó.

—No, las indicaciones estaban muy claras. El problema estribaba en la entrada y la salida, pero me ayudaron. Todo el mundo sabía que era extranjero por mis ropas, ahora me doy cuenta. No obstante, parecían ansiosos por ayudarme; me imagino que debía resultarles divertido ver cómo vacilaba y me tambaleaba.

—Pero ahora, como experto en expresos, ni vacilarás ni te tambalearás —dijo Hummin con tono amable aunque se le notaba un ligero temblor en las comisuras de sus labios—. Venga, vamos.

Anduvieron tranquilamente por la calle, que aparecía iluminada como uno podía esperar que estuviera en un día nublado, y la luz subía y bajaba como si el sol se asomara de vez en cuando por entre las nubes. Con aire

maquinal, Seldon levantó la vista para asegurarse de si éste era el caso, pero el «cielo», arriba, estaba vacío y luminoso. Hummin se dio cuenta de su gesto.

—Estas variaciones de luz parecen agradar a la psique humana —comentó—. Hay días en que la calle parece inundada de sol y otros en que está más oscura que ahora.

—Pero, ¿no llueve, ni nieva?

—Ni hay escarcha, ni pedrisco. Ni un alto grado de humedad, ni frío glacial. Trantor, incluso ahora, Seldon, tiene sus ventajas.

Había bastante gente andando en ambas direcciones y una considerable cantidad de jóvenes y también algunos niños en compañía de adultos, pese a lo que Hummin había hablado sobre la natalidad. Todos parecían razonablemente prósperos y honrados. Ambos sexos estaban representados por igual y sus ropas eran claramente más discretas de lo que había visto en el Sector Imperial. Su propio traje, elegido por Hummin, encajaba allí a la perfección. Muy pocos llevaban puesto el sombrero y Seldon, agradecido, se quitó el suyo y lo dejó colgando a un lado.

No había abismos profundos separando los dos lados del camino y, como Hummin le había advertido en el Sector Imperial, caminaban a ras de suelo. Tampoco se veían vehículos y Seldon se lo hizo notar a Hummin.

—Hay abundancia de ellos en el Sector Imperial porque se trata de vehículos oficiales —respondió Hummin—. En otras partes, los vehículos particulares son escasos y los que hay utilizan túneles reservados para ellos. En realidad, su uso no es necesario porque disponemos de expresos y, para distancias cortas, de corredores mecánicos. Para distancias más cercanas tenemos calles y podemos utilizar las piernas.

Seldon oía ocasionales suspiros contenidos y crujidos y, a cierta distancia, distinguió el incesante paso de los expresos.

—Allí está —dijo, señalando.

—Sí, lo sé, pero vayamos a una estación de acceso. Allí hay más coches y es más fácil subirse.

Una vez se encontraron bien instalados en un coche del expreso, Seldon se volvió hacia Hummin.

—Lo que me asombra es lo silenciosos que son los expresos —comentó—. Me doy cuenta de que están propulsados por un campo electromagnético, e incluso así, me parecen silenciosos. —Y prestó atención a algún que otro gemido metálico cuando el coche en que viajaban topaba contra sus vecinos.

—Sí, es una red maravillosa —asintió Hummin—, y eso que no la estás viendo en su máximo esplendor. En mi juventud era más silencioso que ahora y hay quien dice que años atrás no se oía ni un suspiro…, aunque me figuro que debemos tener en cuenta la idealización de la nostalgia.

—¿Y por qué no sigue así, ahora?

—Porque su mantenimiento no va bien. Ya te he hablado de la decadencia.

—Pero la gente no se sienta y dice: «Estamos decayendo. Dejemos que el expreso se vaya al traste».

—No, no lo hacen. No se trata de algo dispuesto. Lo que se descompone se repara, los coches decrépitos se remozan, los imanes se reponen. Pero se hace de cualquier modo, sin cuidado, a intervalos cada vez mayores. La verdad es que no se dispone de los créditos necesarios.

—¿Adónde han ido a parar?

—A otras cosas. Llevamos siglos de inquietud. La Marina es mucho más grande y más onerosa de lo que solía ser. Las Fuerzas Armadas están mejor pagadas con el fin de mantenerlas tranquilas. El desasosiego, las revueltas y los pequeños ramalazos de guerra civil se cobran, todos, su tributo.

—Sin embargo, esto ha estado más tranquilo bajo Cleon. Y hemos tenido cincuenta años de paz.

—Sí, pero los soldados, que están bien pagados, se molestarían si se les redujera la paga sólo porque estamos en paz. Los almirantes se resisten a mandar barcos desarmados y a que les reduzcan el grado por el simple hecho de que tienen menos quehacer. Así que el dinero sigue fluyendo, de manera improductiva, a las Fuerzas Armadas y las áreas vitales del bienestar social se van deteriorando. Esto es lo que yo llamo decadencia. ¿Tú no? ¿No crees que, eventualmente, incluirás este punto de vista en tus nociones psicohistóricas?

Seldon se revolvió inquieto.

—A propósito, ¿hacia dónde vamos? —preguntó después.

—A la Universidad de Streeling.

—Ah, ya comprendo por qué el nombre de este Sector me parecía familiar. He oído hablar de su Universidad.

—No me sorprende. Trantor cuenta con casi cien mil instituciones de altos estudios y Streeling es una de las mil o así que están en la cima.

—¿Viviré allí?

—Durante un tiempo. Los *campus* universitarios son santuarios inviolables, indiscutiblemente. Allí estarás a salvo.

—¿Y seré bien recibido?

—¿Por qué no? Hoy en día, es difícil conseguir un buen matemático. Podrán utilizarte. Y tú podrás servirte de ellos también…, y por mucho más que un simple escondite.

—¿Quieres decir que será un lugar donde yo podré desarrollar mis conocimientos?

—Me lo has prometido —le recordó Hummin.

—He prometido *intentarlo* —le recordó Seldon, y se dijo que era como si prometiera hacer una cuerda con arena.

15

La conversación decayó después de esto y Seldon se entretuvo mirando los edificios del Sector de Streeling mientras pasaban ante ellos. Algunos eran muy bajos, mientras otros parecían rozar el «cielo». Amplios cruces rompían la progresión y también se veían callejas a menudo.

En un momento dado, le sorprendió el hecho de que aunque los edificios parecían subir, también parecían bajar y que quizás algunos eran más profundos que altos. Tan pronto como se le ocurrió esa idea, se dio cuenta de que así era en realidad.

En ocasiones, vio manchones verdes al fondo, muy alejados del expreso, e incluso arbolitos.

Siguió con su observación hasta que cayó en la cuenta de que la luz iba disminuyendo. Fijó la vista y se volvió a Hummin, quien adivinó la pregunta.

—Cae la tarde, y va entrando la noche.

Seldon alzó las cejas y plegó la boca.

—¡Es impresionante! Tengo una imagen del planeta entero oscureciendo y, dentro de unas horas, iluminándose de nuevo.

Hummin se permitió su vaga sonrisa, cautelosa.

—No del todo, Seldon. El planeta no oscurece nunca del todo…, ni se ilumina del todo. La sombra del atardecer lo recorre de manera gradual, seguida, medio día después, por la lenta luz del alba. En realidad, el efecto luminoso sigue a la verdadera noche y al día por encima de las cúpulas, así que a mayor altitud, el día y la noche cambian de duración según las estaciones.

—¿Por qué cerrar el planeta y luego imitar como sería descubierto? —preguntó Seldon.

—Me figuro que porque la gente lo prefiere así. Los trantorianos aprecian las ventajas de estar encerrados, pero no les gusta que se les recuerde. Seldon, sabes muy poco de la psicología trantoriana.

Éste se ruborizó. Era un simple heliconiano y conocía muy poco sobre los millones de mundos fuera del suyo. Su ignorancia no se limitaba a Trantor. ¿Cómo, entonces, podía esperar encontrar aplicaciones prácticas a su teoría de la psicohistoria?

¿Cómo podía cualquier número de personas, todas juntas, conocer lo bastante?

A Seldon, todo esto le recordaba una pregunta que le habían planteado de niño: «¿Puede haber una pieza relativamente pequeña de platino, con asas incorporadas, que la fuerza desnuda de un grupo de personas no pueda levantar, por muchas que éstas sean?»

La respuesta era sí. Un metro cúbico de platino pesa 22.420 kilos bajo la fuerza normal de gravedad. Si se sabe que cada persona puede levantar 120 kilos del suelo, entonces, 188 personas bastarían para levantar el cubo de platino… Pero, 188 personas no se podrían instalar alrededor de él para que cada uno pudiera conseguir asirlo. Quizá no podrían colocarse más de 9

personas. Y las palancas u otros artilugios no estaban autorizados. Tenía que ser la «fuerza desnuda, sin ayudas».

Del mismo modo, podría ocurrir que no hubiera bastante gente para manejar el total de conocimiento necesario para la psicohistoria, incluso si los datos estaban acumulados en las computadoras, más que en cerebros humanos. Sólo determinadas personas podrían reunirse junto al conocimiento, por decirlo así, y comunicarlo.

—Pareces preocupado, Seldon —comentó Hummin.

—Estoy considerando mi propia ignorancia.

—Un trabajo muy útil. Cuatrillones de personas podrían, provechosamente, reunirse contigo… Pero es hora de bajar.

—¿Cómo puedes darte cuenta?

—Lo mismo que tú el primer día que subiste a un expreso en Trantor. Me guío por los letreros.

Seldon se fijó en uno al pasar: UNIVERSIDAD DE STREELING - 3 MINUTOS.

—Bajaremos en la próxima estación. Ten cuidado.

Seldon siguió a Hummin fuera del vagón, observando que el cielo tenía, entonces, un color violeta profundo y que los caminos, corredores y edificios iban iluminándose, bañándose en una luz amarillenta.

Podía haberse tratado del comienzo de una noche en Helicon. Si le hubieran dejado allí, con los ojos vendados, retirándole luego la venda, hubiera tenido la seguridad de encontrarse en algún lugar especialmente bien edificado del interior de una de las mayores ciudades de Helicon.

—¿Cuánto tiempo supones que deberé permanecer en la Universidad de Streeling, Hummin? —quiso saber.

—Es difícil decirlo, Seldon. Quizá toda tu vida —respondió Hummin con su habitual placidez.

—¿Qué?

—Tal vez no. Pero tu vida dejó de pertenecerte en el momento en que leíste tu disertación sobre psicohistoria. Al instante, el Emperador y Demerzel reconocieron tu importancia. Yo también. Y quién sabe cuántos más. Verás, eso significa que ya no te perteneces.

LA BIBLIOTECA

VENABILI, DORS. — ... *Historiadora, nacida en Cinna... Su vida pudo haber continuado un curso tranquilo de no haber sido por el hecho, después de haber pasado dos años en la facultad de la Universidad de Streeling, de que se encontró involucrada con el joven Hari Seldon durante La Huida...*

Enciclopedia Galáctica

16

La habitación en que Hari Seldon entró era mayor que la de Hummin en el Sector Imperial. Se trataba de un dormitorio, con una esquina adaptada como lavabo y sin el menor indicio de facilidades de cocina. No tenía ventanas, aunque en el techo había una rejilla de ventilación que emitía un zumbido continuo.

Seldon miró a su alrededor, decepcionado. Hummin interpretó aquella mirada con su habitual seguridad.

—Es sólo por esta noche, Seldon. Mañana por la mañana, alguien te instalará en la Universidad y estarás mucho más cómodo.

—Perdóname, Hummin, ¿cómo lo sabes?

—Porque yo lo arreglaré. Conozco una o dos personas aquí —respondió, y sonrió brevemente, sin humor—, y puedo hacer que me devuelvan uno o dos favores. Ahora, pasemos a los detalles. —Miró fijamente a Seldon y dijo—: Todo lo que dejaste en la habitación del hotel se ha perdido. ¿Había algo irremplazable allí?

—Nada realmente irremplazable. Algunos objetos personales que apreciaba por su asociación con mi vida pasada, pero si los he perdido, perdidos están. Había, desde luego, notas de mi disertación. Algún cálculo. La propia disertación.

—Que, de momento, es conocida públicamente hasta el momento en que sea retirada de la circulación por considerarla peligrosa…, como así ocurrirá. No obstante, creo poder hacerme con una copia, estoy seguro. En todo caso, podrás reconstruirla, ¿verdad?

—Puedo. Por eso he dicho que no había nada realmente irremplazable. También he perdido casi mil créditos, algunos libros, ropa, mis billetes de regreso a Helicon, cosas así.

—Todo eso puede remplazarse… Ahora, me arreglaré para que tengas un título de crédito a mi nombre, con cargo a mi cuenta. Te servirá para gastos corrientes.

—Me parece excesivamente generoso por tu parte; no puedo aceptarlo.

—No tiene nada de generoso, dado que así espero salvar el Imperio. *Debes* aceptarlo.

—Pero, Hummin, ¿qué gastos puedes permitirte? Ten en cuenta que lo utilizaré con la conciencia remordiéndome incómoda.

—Lo que necesites para tu supervivencia o para una comodidad razonable puedo permitírmelo, Seldon. Desde luego, no querría que trataras de comprar el Gimnasio Universitario o entregaras millones de créditos en propinas.

—No debes preocuparte, pero con mi nombre en evidencia…

—Mejor que así sea. Al Gobierno Imperial le está prohibido el ejercer cualquier control de seguridad sobre la Universidad o sobre sus miembros. Hay una libertad total. Aquí puedes discutir de cualquier tema, y decir cualquier cosa.

—¿Y qué hay de la violencia, de un crimen, por ejemplo?

—Eso lo manejan las propias autoridades de la Universidad, razonable y minuciosamente…, pero, de hecho, no existen ni crímenes, ni violencia. Los estudiantes y la facultad aprecian su libertad y comprenden sus condiciones. Excesivo desorden, un principio de revuelta y derramamiento de sangre harían que el Gobierno se creyera con derecho a romper el acuerdo, no escrito, y enviara sus tropas aquí. Pero nadie lo desea, ni siquiera el propio Gobierno, así que se mantiene un delicado equilibrio. En otras palabras, ni el propio Demerzel puede hacer que te saquen de la Universidad sin un motivo mayor del que haya podido darle cualquier miembro de la Universidad en un siglo y medio al menos. Por el contrario, si fueras atraído fuera de los límites por un estudiante-agente…

—¿Cómo puedo saberlo con seguridad?

—Tal vez sí. Cualquier individuo corriente puede ser amenazado, o manejado o simplemente comprado…, y, en adelante, pertenecer al servicio de Demerzel, o de quien sea, claro. Así que debo insistir en esto: estás a salvo, dentro de lo razonable, pero *nadie* está a salvo por completo. Debes tener mucho cuidado. Sin embargo, a pesar de mi advertencia, no quiero que vayas asustado por la vida. En términos generales, te hallarás más seguro aquí de lo que podrías estarlo si hubieras vuelto a Helicon, o ido a cualquier otro mundo de la Galaxia fuera de Trantor.

—Así lo espero —repuso Seldon, temeroso.

—Lo sé —declaró Hummin— o no creería prudente dejarte.

—¿Dejarme? —exclamó Seldon vivamente—. No puedes hacerlo. Tú conoces este mundo. Yo no.

—Estarás con otros que lo conocen, que conocen esta parte de él, en realidad incluso mejor que yo. Por lo que a mí se refiere, debo irme. He estado contigo todo el día y no me atrevo a abandonar mi propia vida por más tiempo. No se debe llamar demasiado la atención; recuerda que también yo tengo mis propias inseguridades, como tú las tuyas.

Seldon se ruborizó.

—Tienes razón. No puedo permitir que te pongas indefinidamente en peligro por mi causa. Espero no haber causado ya tu ruina.

—¿Quién sabe? —observó Hummin fríamente—. Vivimos tiempos peligrosos. Sólo debes recordar que si alguien puede hacer más seguros los

tiempos, si no para nosotros, al menos para aquellos que nos sigan más tarde, eres tú. Haz que esta idea sea tu fuerza motriz, Seldon.

17

Seldon no pudo conciliar el sueño. Se revolvió en la cama, a oscuras, pensando. Jamás se había sentido tan solo, o tan desamparado, como después de que Hummin inclinase la cabeza, estrechase su mano rápidamente y lo dejase. Ahora, se encontraba en un mundo extraño…, en una parte extraña de este mundo, sin la única persona que podía considerar un amigo (y todo ello en menos de un día), sin tener ni la menor idea de adónde ir o qué hacer al día siguiente o en cualquier momento del futuro.

Desde luego, nada de eso le conducía al sueño, y para cuando decidió, desesperadamente, que no dormiría aquella noche o quizá jamás, el cansancio lo venció…

Cuando despertó, aún era de noche, o no del todo, porque a través de la habitación vio una luz roja que lanzaba un brillo intermitente acompañado de un fuerte zumbido. Era indudable que eso le había despertado.

Mientras intentaba recordar dónde se encontraba y trataba de encontrar algún sentido a los limitados mensajes que sus sentidos captaban, la luz y el zumbido cesaron, y percibió unas palmadas perentorias.

Supuso que las palmadas sonaban en la puerta, mas no recordaba dónde se encontraba ésta. También supuso que debería haber un interruptor que iluminara la estancia, pero tampoco recordaba dónde se hallaba. Se incorporó en la cama y tanteó la pared, a su izquierda, desesperadamente, mientras gritaba:

—Un momento, por favor.

Al fin encontró el interruptor y lo oprimió; la habitación se inundó de luz suave. Saltó de la cama, parpadeando, en busca de la puerta. Cuando la encontró se dispuso a abrirla, pero, en el último instante, recordó la prudencia.

—¿Quién es? —preguntó con voz seca y decidida.

—Mi nombre es Dors Venabili —respondió una dulce voz femenina—, y he venido a ver al doctor Hari Seldon.

Mientras oía estas palabras, vio a una mujer de pie delante de la puerta sin que ésta hubiera llegado a abrirse. Por un momento, Hari Seldon la miró sorprendido y, de pronto, se dio cuenta de que sólo llevaba puesta una pieza de ropa interior. Lanzó una exclamación ahogada y corrió hacia la cama; únicamente entonces comprendió que lo que tenía delante era una holografía. Carecía del perfil real y se hizo patente que la mujer no lo miraba. Se mostraba como identificación nada más.

Seldon se detuvo, respiró hondo y alzó la voz para que se le oyera a través de la puerta.

—Si espera un poco me reuniré con usted —dijo—. Deme…, pongamos, media hora.

La mujer, o en todo caso la holografía, concedió:

—Esperaré. —Y se desvaneció.

No había ducha y, en su lugar, utilizó la esponja, llenando de agua el suelo de losetas del rincón del lavabo. Había pasta de dientes, pero no cepillo, así que se los limpió con el dedo. No tenía otra opción que volver a ponerse las ropas que llevaba el día anterior. Por fin, abrió la puerta.

Al hacerlo, se dio cuenta de que ella no se había identificado en realidad. Se había limitado a darle un nombre y Hummin no le había advertido respecto a quién esperar, si iba a ser esa Dors, o alguien más. Se había sentido seguro porque la holografía era la de una joven de aspecto agradable, pero, ¿cómo podía saber si detrás de ella había una docena de muchachos hostiles?

Observó, cauteloso, y no vio más que a la mujer, sólo entonces abrió la puerta del todo para permitirle la entrada. De inmediato cerró con llave.

—Perdóneme —le dijo—. ¿Qué hora es?

—Las nueve. El día ha comenzado hace rato.

Por lo que se refería a la hora oficial, Trantor seguía la galáctica, porque sólo así podía encajar con el comercio interestelar y los negocios gubernamentales. No obstante, cada mundo tenía, además, su horario local y Seldon no se había acostumbrado tanto como para sentirse cómodo con las referencias horarias trantorianas.

—¿Media mañana? —sugirió.

—Por supuesto.

—Esta habitación no tiene ventanas —dijo él, a la defensiva.

Dors se acercó a la cama, alargó la mano y oprimió un pequeño botón oscuro en la pared. En el techo, exactamente por encima de su almohada, aparecieron unos números rojos: 0903.

Ella sonrió, sin la menor superioridad.

—Cuánto lo siento —se excusó—, pero supuse que Chetter Hummin le habría dicho que vendría a buscarle a las nueve. Lo que le ocurre es que está tan acostumbrado a *saberlo todo* que suele olvidarse que los demás, a veces, *no* saben tanto… Yo no debí utilizar la identificación radioholográfica. Imagino que no la tienen en Helicon y es posible que le haya alarmado a usted.

Seldon se tranquilizó. La joven parecía natural y amistosa y la referencia a Hummin le hizo sentirse seguro.

—Está equivocada respecto a Helicon —le advirtió—, Miss…

—Por favor, llámeme Dors.

—Está equivocado respecto de Helicon, Dors. *Tenemos* radioholografía, pero nunca he podido permitirme el lujo de un equipo. Ni nadie que yo conozca, así que carezco de experiencia en ese campo. Sin embargo, no tardé en darme cuenta de lo que era.

Seldon la observó. No muy alta, tenía la talla normal en una mujer. Su cabello era rubio rojizo, no demasiado intenso, y lo peinaba en rizos cortos pegados a la cabeza (había visto varias mujeres en Trantor con el cabello arreglado así. Por lo visto, se trataba de una moda local, de la que se habrían reído en Helicon). No podía decirse que fuera una belleza despampanante, aunque resultaba agradable a la vista, ayudada además por una boca de labios gordezuelos que esbozaban un gesto humorístico. Esbelta y bien formada, parecía muy joven. (Demasiado joven, pensó con inquietud, para serle útil).

—Qué, ¿apruebo el examen? —preguntó ella, que parecía poseer, al igual que Hummin, el don de adivinar los pensamientos, se dijo Seldon, o quizás era que a él le faltaba la habilidad de disimularlos.

—Lo siento —se excusó—. Parece como si la estudiara pero, en realidad, la estaba evaluando. Me encuentro en un lugar extraño. No conozco a nadie, y no tengo amigos.

—Por favor, doctor Seldon, considéreme una amiga. Mr. Hummin me ha encargado que me ocupe de usted.

—Puede que sea demasiado joven para ese encargo.

—Descubrirá que no lo soy.

—Bueno, me esforzaré por darle el menor trabajo posible. ¿Puede, por favor, repetirme su nombre?

—Dors Venabili. —Deletreó el apellido y pronunció la segunda sílaba con fuerza—. Por favor, como ya te he dicho, llámame Dors y si no tienes algo que objetar, te llamaré Hari. Aquí, en la Universidad, somos bastante informales, y hay un esfuerzo por parte de todos por olvidar nuestro *status*, ya sea heredado o profesional.

—No tengo el menor inconveniente en que me llames Hari.

—Bien. Me dejaré de formalismos. Por ejemplo, el instinto de la formalidad, si es que existe, me obliga a pedirte permiso para sentarme. Prescindiendo de él, me limitaré a hacerlo.

Y se acomodó en la única silla que había. Seldon se aclaró la garganta.

—Parece claro que no estoy en posesión de mis facultades habituales. Debí haberte pedido que te sentaras. —Y se dejó caer sobre su arrugada cama deseando haber tenido tiempo para estirarla un poco…, pero ella lo había cogido por sorpresa.

—Bien, esto es lo que vamos a hacer —dijo Dors, amable—. Primero, Hari, iremos a desayunar a uno de los cafés de la Universidad. Luego, te conseguiré una habitación en una de las residencias… Una habitación mejor que ésta. Hummin me ha encargado que te proporcione una tarjeta de crédito a su nombre, pero me llevará un par de días conseguirla de la burocracia universitaria. Hasta ese momento, me haré responsable de tus gastos y podrás devolverme después el dinero… Y podemos utilizarte. Chetter Hummin me dijo que eres matemático y, por alguna razón, hay una seria carencia de ellos, de los buenos, en la Universidad.

—¿Te dijo Hummin que soy un buen matemático?

—En efecto. Me dijo que eras un hombre notable.

—Vaya. —Seldon se contempló las uñas—. Me encantaría que se me considerara así, pero Hummin me ha conocido solamente por espacio de un día, escaso, y antes sólo me había oído presentar una comunicación, cuya calidad no creo que pueda juzgar. Pienso que sólo trataba de mostrarse correcto.

—No estoy de acuerdo —objetó Dors—. Él es también una persona extraordinaria y posee gran experiencia con las personas. Yo acepto su opinión. En todo caso, me imagino que ya tendrás ocasión de demostrarlo. Supongo que sabrás programar computadoras.

—Desde luego.

—Estoy hablando de computadoras dedicadas a la enseñanza, ¿comprendes?, y me preguntaba si sabrías organizar programas para las diversas fases de las matemáticas contemporáneas.

—Sí, eso forma parte de mi profesión. Soy profesor ayudante de matemáticas de la Universidad de Helicon.

—Ya lo sé. Hummin me lo dijo. Significa, claro, que todo el mundo sabrá que no eres trantoriano, pero eso no va a crear problema alguno. Aquí, en la Universidad, la mayoría es trantoriana, pero hay una importante minoría de gente procedente del Mundo Exterior, de cualquiera de los diferentes mundos, y todos ellos han sido aceptados. No quiero decir que no vayas a oír alguna pulla planetaria, pero, por lo general, los foráneos las emplean más que los trantorianos. A propósito, yo también procedo del Mundo Exterior.

—¿Oh…? —titubeó él, pero decidió que lo correcto sería hacerle alguna pregunta—. ¿De qué mundo procedes?

—De Cinna. ¿Has oído hablar de él alguna vez?

Quedaría en evidencia si mentía por corrección, pensó Seldon.

—No —confesó.

—No me extraña. Es probable que cuente mucho menos que Helicon… En todo caso, volviendo a la programación de enseñanzas matemáticas por computadora, supongo que puede hacerse muy bien o fatal.

—No hay duda al respecto.

—Y tú lo harás muy bien.

—Me gustaría creerlo así.

—Bien, pues. La Universidad te pagará por ello, así que salgamos y vayamos a comer algo. A propósito, ¿has dormido bien?

—Sí, y me sorprende.

—Estarás hambriento.

—Sí, pero… —titubeó.

—Pero te preocupa la calidad de la comida, ¿verdad? Pues, tranquilízate. Como también procedo del Mundo Exterior, me doy cuenta de lo que opinas sobre la fuerte infusión de microalimentos en todo, pero las comidas de la Universidad no son malas. Por lo menos, en el comedor de la facultad. Los estudiantes sufren un poco, pero eso sirve para endurecerles.

Se levantó y se dirigió a la puerta, mas se detuvo cuando Seldon no pudo evitar preguntarle:

—¿Eres miembro de la facultad?

Ella se volvió a mirarle y le sonrió con cierta picardía.

—¿No te parezco lo bastante vieja? Obtuve mi doctorado hace dos años en Cinna y desde entonces estoy aquí. Dentro de dos semanas, cumpliré treinta años.

—Perdóname —se excusó Seldon sonriendo también—, das tal sensación de juventud que no puedes dejar de despertar dudas respecto de tu *status* académico.

—¡Qué simpático eres! —Exclamó Dors.

Seldon se sintió embargado por cierto placer. Después de todo, se dijo, no se puede dedicar requiebros a una mujer y sentirse enteramente extraño.

18

Dors se hallaba en lo cierto. El desayuno no estaba nada mal. Había algo con un inconfundible sabor a huevo, y le sirvieron carne, agradablemente ahumada. La bebida de chocolate (Trantor adoraba el chocolate, algo que no molestaba nada a Seldon) era, probablemente, sintética, pero resultaba sabrosa, y los bollos, muy buenos.

Se creyó en el deber de decirlo:

—Ha sido un desayuno muy agradable. La comida, el entorno, todo.

—Me encanta que lo creas así.

Seldon miró a su alrededor. Había una hilera de ventanas en una de las paredes y aunque la verdadera luz del sol no entraba (se preguntó si, pasado cierto tiempo, aprendería a sentirse satisfecho con la luz solar difusa y dejaría de buscar rayos de sol en las habitaciones), el lugar estaba bastante bien iluminado. En realidad, aparecía lleno de luz porque la computadora atmosférica había decidido, por lo visto, que ya era hora de un día claro y soleado.

Las mesas estaban preparadas para cuatro y la mayor parte de ellas estaban ocupadas, pero Dors y Seldon pudieron sentarse solos en la suya. Dors había llamado a alguno de los hombres y mujeres y los había presentado. Todos se habían mostrado sumamente correctos pero ninguno se sentó con ellos. Parecía indudable que Dors deseaba que así fuera, aunque Seldon no comprendía cómo se las había arreglado para conseguirlo.

—No me has presentado a ningún matemático, Dors —comentó él.

—No he visto a ninguno de los que conozco. La mayoría de los matemáticos empiezan muy temprano y a las ocho ya están en clase. Mi impresión personal es que cualquier estudiante lo bastante atrevido para elegir matemáticas quiere sacarse de encima esta parte del curso lo antes posible.

—Deduzco que no eres matemática.

—Cualquier cosa excepto «mates» —protestó Dors riendo—. *¡Cualquier cosa!* Mi especialidad es Historia. Ya he publicado algunos estudios sobre el nacimiento de Trantor…, quiero decir, sobre el reino primitivo, no éste de ahora. Supongo que terminará siendo mi campo de especialización… El Trantor Real.

—¡Magnífico! —exclamó Seldon.

—¿Magnífico? —repitió Dors, mirándole inquisitiva—. ¿También estás interesado por el Trantor Real?

—En cierto modo, sí. En eso y en otros temas parecidos. En realidad, nunca he estudiado Historia y debía haberlo hecho.

—¿Por qué debías hacerlo? De estudiar Historia, no te habría quedado tiempo para las matemáticas y los matemáticos son muy necesarios…, en

especial para esta Universidad. Estamos hasta aquí de historiadores —y con la mano señaló más arriba de las cejas—, y de economistas y de especialistas en Ciencias Políticas, pero andamos escasos de «ciencias» y «matemáticas». Chetter Hummin me lo comentó en una ocasión. Lo llamaba la decadencia de la Ciencia y parecía pensar que se trataba de un fenómeno general.

—Desde luego, cuando digo que hubiera debido estudiar Historia, no quiero decir que hiciera de ella la especialidad de mi vida, sino que debiera haberla estudiado lo bastante para que me sirviera en mis matemáticas. Mi campo de especialización es el análisis matemático de la estructura social.

—Suena fatal.

—Y lo es, en cierto modo. Resulta muy complicado y sin conocer bastante más sobre cómo evolucionaron las sociedades, es prácticamente imposible. Verás, mi cuadro es demasiado estático, ¿sabes?

—No lo sé porque no conozco nada sobre eso. Chetter me contó que estabas ampliando algo llamado psicohistoria y que era muy importante. ¿Lo he dicho bien? ¿Psicohistoria?

—Muy bien. Hubiera debido llamarlo «psicosociología» pero me pareció una palabra demasiado fea. O tal vez, sabía de forma instintiva que el conocimiento de la Historia era necesario y no había prestado suficiente atención a mis ideas.

—Psicohistoria suena mucho mejor, pero no sé lo que es.

—Apenas yo lo sé. —Reflexionó unos segundos, mirando a la mujer sentada frente a él y sintiendo que ella podía hacer su desierto menos parecido a un destierro. Se acordó de la otra mujer que trató unos años atrás, pero la borró de su mente con un esfuerzo deliberado. Si alguna vez encontraba otra compañera, tenía que ser una que conociera y comprendiera lo que era el saber, la erudición, y lo que todo ello exigía de una persona.

—Chetter Hummin me comentó que el Gobierno no molesta ni interviene para nada en la Universidad —dijo para enfocar su mente hacia otro camino.

—Y es cierto.

—Parece increíblemente indulgente por parte del Gobierno Imperial. Las instituciones docentes de Helicon no son, de ningún modo, tan

independientes de las presiones gubernamentales.

—Ni en Cinna, tampoco. Ni en cualquier otro Mundo Exterior, excepto, quizás, en uno o dos de los mayores. Trantor es un mundo aparte.

—Sí, pero, ¿por qué?

—Porque es el centro del Imperio. Aquí, las universidades gozan de enorme prestigio. Cualquier profesional sale de no importa qué Universidad, pero los administradores del Imperio, los altos cargos, los incontables millones de personas que representan los tentáculos del Imperio, tendidos hasta cada rincón de la Galaxia, están preparados aquí mismo, en Trantor.

—Nunca he visto las estadísticas… —empezó Seldon.

—Te doy mi palabra. Es importante que los funcionarios imperiales tengan una base común, un sentimiento especial por el Imperio. Y no todos pueden ser nativos de Trantor, o los de los mundos exteriores se impacientarían. Por esta razón, Trantor debe atraer millones de forasteros para educarse aquí. No importa de dónde procedan, o cuál sea su acento o su cultura, siempre y cuando adquieran la pátina de Trantor y se identifiquen con el ambiente educativo trantoriano. Esto es lo que mantiene unido al Imperio. Los de los Mundos Exteriores se muestran menos impacientes también cuando una proporción notable de los administradores que representan al Gobierno Imperial son de los suyos por nacimiento y crianza.

Seldon volvió a sentirse turbado. Aquello era algo en lo que nunca había pensado, ni por lo más remoto. Se preguntó si alguien podía ser un gran matemático, si lo único que conocía eran las matemáticas.

—¿Es esto del dominio público? —observó.

—Supongo que no —contestó Dors después de pensarlo—. Hay *tanto* que aprender que los estudiosos se aferran a su especialidad como a un escudo para evitar tener que aprender más sobre cualquier otra cosa. Tratan de no ahogarse.

—Sin embargo, *tú* sí lo sabes.

—Pero es que eso entra en mi especialidad. Soy una historiadora que trata del nacimiento del Trantor Real y esta técnica administrativa fue uno

de los medios de que Trantor se sirvió para extender su influencia, y, así, lograr la transición del Trantor Real al Trantor Imperial.

Seldon, como si hablara consigo mismo, musitó:

—Qué dañino es el exceso de especialización. Recorta el conocimiento en millones de puntos y lo deja desangrarse.

—¿Y qué podemos hacer? —Dors se encogió de hombros—. Mira, si Trantor atrae forasteros a sus universidades, tiene que darles algo a cambio de desarraigarles de sus mundos y llevarles a otro extraño, con una estructura increíblemente artificial y modos de vida diferentes. Llevo dos años aquí y todavía no me he acostumbrado. Puede que nunca me acostumbre. Pero, desde luego, no pienso ser administradora, así que no me esfuerzo en sentirme trantoriana.

»Y lo que Trantor ofrece a cambio no sólo es la promesa de un puesto de gran *status*, considerable poder y dinero, por supuesto, sino también libertad. Mientras los estudiantes reciben su educación, son libres para denunciar al Gobierno, manifestarse pacíficamente y descubrir sus propias teorías y puntos de vista. Disfrutan con eso y pueden venir aquí para poder experimentar la sensación de libertad.

—Imagino —observó Seldon— que también sirve para aliviar las tensiones. Se desprenden de sus resentimientos, disfrutan de la satisfacción afectada de un joven revolucionario y cuando les llega el momento de ocupar su puesto en la jerarquía imperial, están listos para aceptar prometiendo conformidad y obediencia.

Dors asintió.

—Puede que tengas razón. En todo caso, el Gobierno, por todas esas razones, mantiene, con exquisito cuidado, la libertad en las universidades. No se trata de ser indulgente…, sólo inteligente.

—Y si no piensas en ser administradora, Dors, ¿qué *vas* a ser?

—Historiadora. Enseñaré, utilizaré mis propios libro-películas para la programación.

—Pero, poco *status*, ¿verdad?

—Y poco dinero también, Hari, que es más importante. Respecto del *status*, es el tipo de estira y afloja que deseo evitar. He visto a mucha gente muy bien situada, pero todavía no he visto a nadie feliz. El *status* no se

mantiene quieto, hay que luchar a cada momento para impedir que se hunda. Incluso los emperadores acaban mal la mayor parte de las veces. Algún día, puede que regrese a Cinna y sea profesora.

—Y tú educación trantoriana te dará el *status*.

Dors se echó a reír.

—Puede que sí, aunque, ¿a quién le importará en Cinna? Es un mundo aburrido, y siempre podré conseguir una subvención para venir aquí o ir allá a fin de llevar a cabo algo de investigación histórica. Ésta es la ventaja de mi especialidad.

—Por el contrario, un matemático —dijo Seldon con un deje de amargura por algo que hasta entonces no le había preocupado— se supone que debe sentarse ante su computadora y pensar. Y hablando de computadoras… —Vaciló. El desayuno había terminado y tuvo la impresión de que ella tendría mil cosas que atender. Mas no parecía tener mucha prisa por marcharse.

—¿Sí? Hablando de computadoras, ¿qué?

—¿Crees que conseguirías permiso para utilizar la biblioteca de Historia?

Ahora ella fue quien vaciló.

—Creo que podrá arreglarse. Si trabajas en programación matemática se te considerará, probablemente, como un casi miembro de la facultad, y yo puedo solicitar que se te conceda permiso. Sólo…

—Sólo…, ¿qué?

—No querría herir tus sentimientos, pero eres un matemático y dices que no sabes nada de historia. ¿Serás capaz de hacer uso de una biblioteca de Historia?

Seldon sonrió.

—Supongo que se utilizan computadoras muy parecidas a las que hay en la biblioteca de Matemáticas.

—En efecto, pero la programación para cada especialidad tiene sus peculiaridades. Desconoces los libro-películas de referencia, los métodos rápidos de selección y rechazo. Puedes ser *capaz* de encontrar un intervalo hiperbólico a oscuras…

—¿Te refieres a un hiperbólico integral? —interrumpió Seldon a media voz.

Dors lo ignoró.

—Pero tal vez no sepas cómo encontrar los términos del Tratado de Poldark en menos de día y medio.

—Supongo que puedo aprender.

—Si…, si… —parecía turbada—. Si quieres, puedo hacerte una sugerencia. Doy una clase semanal, una hora diaria, sin puntuación, sobre el empleo de la biblioteca. Es para los no graduados. ¿Considerarías lesivo para tu dignidad asistir a dicha clase…, con los no graduados, quiero decir? Empieza dentro de tres semanas.

—Podrías darme clases particulares. —Seldon se sorprendió del tono sugerente que observó en su propia voz. A ella no se le escapó.

—Claro que podría, pero creo que te irá mejor una clase colectiva. Utilizaremos la biblioteca, ¿comprendes?, y al final de la semana se te pedirá que localices información sobre determinados temas de interés histórico. Competirás con los otros estudiantes continuamente y eso te ayudará a aprender. Las clases particulares serían menos eficientes, te lo aseguro. No obstante, comprendo la dificultad de competir con los jóvenes estudiantes. Si no lo haces tan bien como ellos puedes sentirte humillado. Deberás recordar que ellos han estudiado Historia elemental y tú tal vez no.

—No. Nada de «tal vez». Pero no temo a la competencia y no me importará ninguna humillación que pueda presentarse…, si consigo aprender los trucos del juego de la referencia histórica.

Resultaba claro para Seldon que la joven empezaba a gustarle y que le encantaba la posibilidad de ser enseñado por ella. También se daba cuenta de que había llegado, mentalmente, a un punto crucial.

Había prometido a Hummin intentar sacar una psicohistoria práctica, pero ésa había sido una promesa de la mente y no de los sentidos. Ahora, estaba decidido a agarrar la psicohistoria por el cuello, si fuera preciso, a fin de hacerla práctica. Tal decisión era debida, quizás, a la influencia de Dors Venabili.

¿O acaso Hummin había contado con ello? Hummin, decidió Seldon, podía ser una persona formidable en verdad.

19

Cleon I había terminado la cena que, por desgracia, había sido una formal ceremonia estatal. Esto significaba que debía dedicar su tiempo a varios funcionarios, a ninguno de los cuales conocía ni le interesaba, hablándoles con frases previstas para darle un impulso a cada uno y, así, activar su lealtad hacia la Corona. También significaba que la cena le había llegado tibia y enfriado aún más antes de que pudiera empezar a comerla.

Tendría que encontrar algún medio de evitar algo así. Comer antes, tal vez, solo o con dos o tres íntimos con quienes podría sentirse relajado y asistir luego al banquete oficial en el que le sirvieran, simplemente, una pera importada. Le encantaban las peras. Sin embargo, de hacer eso ofendería a los invitados que tomarían la negativa del Emperador a comer como un insulto premeditado.

Su esposa, desde luego, era una nulidad a ese respecto porque su presencia no haría sino exacerbar su infelicidad. Se había casado con ella por ser miembro de una poderosa familia disidente, de la que cabía esperar que enterrara la disidencia como resultado de la unión, aunque Cleon esperaba con devoción que ella, por lo menos, no lo hiciera. Estaba perfectamente satisfecho de permitir que viviera su propia vida en sus habitaciones excepto por los necesarios esfuerzos para conseguir un heredero, porque, a decir verdad, no le gustaba nada. Y ahora que el heredero ya había llegado, podía ignorarla por completo.

Masticó una de las nueces de un puñado que había cogido al levantarse de la mesa.

—¡Demerzel! —llamó.

—*¿Sire?*

Demerzel aparecía siempre en el mismo instante en que Cleon lo llamaba. O bien se pasaba la vida rondando al alcance de su voz, o pegado a la puerta, o se acercaba porque su instinto servicial le alertaba de que oiría su llamada a los pocos segundos; el caso era que *aparecía* y esto, pensó Cleon, era lo importante. Desde luego, había ocasiones en que Demerzel tenía que viajar para resolver algún asunto imperial. Cleon odiaba, siempre, dichas ausencias. Lo dejaban inquieto.

—¿Qué pasó con aquel matemático? Se me ha olvidado el nombre.

Demerzel, que sabía de sobras a qué hombre se refería el Emperador, pero que quizá quería saber cuánto recordaba éste, contestó:

—¿En qué matemático estáis pensando, *Sire*?

Cleon agitó la mano con impaciencia.

—El adivino. Aquel que vino a verme.

—¿El que mandamos a buscar?

—Bueno, el que fueron a buscar. Pero que *vino* a verme. Creo recordar que ibas a ocuparte del asunto. ¿Lo has hecho?

Demerzel se aclaró la garganta.

—*Sire*, lo he intentado.

—¡Ah! Eso significa que has fracasado, ¿no? —En cierto modo, aquello agradó a Cleon. Demerzel era el único de sus ministros a quien no le importaba el fracaso. Los demás jamás lo admitían y como el fracaso era cosa corriente, resultaba difícil de corregir. Quizá Demerzel podía permitirse el lujo de ser más sincero porque fallaba muy pocas veces. Si no fuera por Demerzel, pensó Cleon con tristeza, jamás hubiera conocido lo que era la honradez. Tal vez ningún Emperador llegó a conocerla nunca y quizás ésa era una de las razones de que el Imperio…

Apartó estos pensamientos de su mente y, molesto por el silencio del otro y deseando una admisión, dado que mentalmente había admirado la sinceridad de Demerzel, preguntó, tajante:

—Bueno, *has* fracasado, ¿no es cierto?

Demerzel no se inmutó.

—*Sire*, he fracasado, en parte. Pensé que tenerle aquí, en Trantor, donde las cosas están…, difíciles…, podía acarrearnos problemas. Resulta más fácil mantenerle convenientemente situado en su planeta natal. Había decidido regresar a su planeta al día siguiente, pero como siempre pueden surgir complicaciones, es decir, que decidiera permanecer en Trantor, arreglé que dos jóvenes matones le metieran en su nave aquel mismo día.

—¿Conoces a matones, Demerzel? —Cleon parecía divertido.

—Es importante, *Sire*, poder contactar con todo tipo de personas, porque cada uno tiene su propia variedad de actuación…, los matones como los demás. Sin embargo, resulta que no lo consiguieron.

—¿Y cómo ocurrió?

—Curiosamente, Seldon fue capaz de deshacerse de ellos.

—¿Sabía el matemático pelear?

—Eso parece. Las matemáticas y las artes marciales no son antagónicas necesariamente. Descubrí, demasiado tarde, que su mundo, Helicon, es notable por sus… artes marciales, no por las matemáticas. El hecho de no haberme enterado antes fue un fallo tremendo, *Sire*, y sólo puedo pediros perdón por ello.

—Entonces, me figuro que el matemático se volvió a su tierra al día siguiente, tal y como tenía previsto.

—Por desgracia, el asunto salió mal. Impresionado por el incidente, decidió no regresar a Helicon, y se quedó en Trantor. Pudo haber sido aconsejado por un hombre que presenció la lucha. Ésta fue otra complicación inesperada.

El emperador Cleon frunció el ceño.

—Entonces, nuestro matemático…, ¿cómo se llama?

—Seldon, *Sire*. Hari Seldon.

—Entonces, ese Hari Seldon se encuentra fuera de nuestro alcance.

—En cierto sentido, *Sire*, sí. Hemos seguido sus movimientos y ahora se halla en la Universidad de Streeling. Mientras siga allí, es intocable.

El emperador enrojeció ligeramente.

—Me molesta la palabra «intocable». No debería existir parte alguna del Imperio a la que mi mano no pudiera llegar. Pero aquí, en mi propio mundo, me dices que alguien puede ser intocable. ¡Intolerable!

—Vuestra mano puede llegar a la Universidad, *Sire*. Podéis enviar al Ejército y sacar al tal Seldon de allí en cualquier momento. No obstante, hacerlo así es…, poco deseable.

—¿Por qué no dices que es «poco práctico», Demerzel? Te pareces al matemático cuando me hablaba de sus predicciones. Es posible, mas no práctico. Yo soy un Emperador que lo encuentra todo posible, pero muy poco práctico. Recuerda, Demerzel, si alcanzar a Seldon no es práctico, alcanzarte a ti, lo es por completo.

Eto Demerzel pasó por alto el comentario. El «hombre detrás del trono» conocía la importancia que tenía para el Emperador; ya había oído con

anterioridad esas amenazas. Esperó en silencio mientras el Emperador miraba ceñudo y tamborileaba sobre el brazo de su sillón.

—Bueno, veamos, ¿de qué nos sirve ese matemático si está en la Universidad de Streeling? —preguntó Cleon al fin.

—Tal vez sea posible, *Sire*, sacar partido de la adversidad. En la Universidad, puede decidirse a trabajar en su psicohistoria.

—¿Aunque insista en su idea de que no es práctica?

—Puede estar en un error y descubrirlo allí. Y si es así, podríamos encontrar algún medio de sacarle de la Universidad. Incluso en tales circunstancias, es posible que se uniera voluntariamente a nosotros.

El Emperador permaneció sumido en sus reflexiones durante un momento.

—¿Y si alguien más lo saca de allí antes que nosotros?

—¿Y quién querría hacer tal cosa, *Sire*? —preguntó Demerzel sin alzar la voz.

—¡El alcalde de Wye, para empezar! —gritó Cleon—. Todavía sueña con apoderarse del Imperio.

—La vejez le ha limado las ganas, *Sire*.

—No lo creas, Demerzel.

—Y no tenemos motivos para creer que se interesa por Seldon, o que lo conozca, *Sire*.

—Vamos, Demerzel. Si nosotros nos enteramos de su comunicación, también Wye pudo hacerlo. Si nosotros hemos visto la posible importancia de Seldon, también Wye puede verla.

—De ocurrir algo como eso —observó Demerzel—, o incluso si hubiera la más razonable probabilidad de que ocurriera, entonces, quedaría justificado que adoptáramos medidas extremas.

—¿Extremas?

Demerzel se expresó con suma cautela.

—Podemos opinar que antes de que Seldon cayera en manos de Wye, sería preferible que no cayera en manos de nadie. Hacer que dejara de existir, *Sire*.

—¿Hacer que lo mataran, quieres decir?

—Si queréis expresarlo así, *Sire*… —declaró Demerzel.

20

Hari Seldon se recostó en el sillón de la habitación que se le había asignado merced a la intervención de Dors Venabili. Se sentía descontento.

En realidad, aunque ésa era la expresión que tenía en mente, sabía que el término no reflejaba sus sentimientos en absoluto. No sólo estaba descontento, estaba furioso…, tanto más cuanto que no sabía a ciencia cierta el motivo de su furia. ¿Sería por la Historia? ¿Los escritores y compiladores de Historia? ¿Los mundos y la gente que hacían la Historia?

Con independencia del blanco de su furia, ya que no importaba demasiado, lo que sí le preocupaba era que sus notas resultaban inútiles, así como sus nuevos conocimientos; todo era inútil.

Llevaba casi seis semanas en la Universidad. Casi al principio había logrado encontrar una computadora y había empezado a trabajar con ella…, sin ser instruido, pero sirviéndose del instinto desarrollado en los muchos años de trabajos matemáticos. Había sido un trabajo lento y vacilante, pero encontraba cierto placer en determinar gradualmente las rutas por las que podía conseguir respuestas a sus preguntas.

Luego, llegó la semana de clases de Dors, que le había enseñado docenas de atajos, y proporcionado un par de motivos de vergüenza. El primero incluía las miradas de soslayo por parte de los adolescentes, que parecían desdeñosamente conscientes de su avanzada edad y que estaban dispuestos a sentirse molestos por el constante uso del honorífico «doctor» de Dors al dirigirse a él.

—No quiero que piensen —le explicó— que eres un estudiante perpetuamente retrasado tomando un curso «curativo» de Historia.

—Pero, ahora ya estarán enterados, y yo diría que un simple Seldon sería suficiente.

—No —protestó Dors, sonriente—. Además, me gusta llamarte doctor Seldon. Me encanta la expresión incómoda que adoptas cada vez.

—Lo que ocurre es que tienes un peculiar sentido sádico del humor.

—¿Y me lo arrebatarías?

Sin saber por qué, aquello le hizo reír. Bueno, la reacción natural hubiera debido ser rechazar el sadismo. Pero le pareció divertido que

aceptara el reto y se lo devolviera. Esa idea le llevó a una pregunta normal:

—¿Juegan al tenis aquí, en la Universidad?

—Tenemos pistas, pero yo no sé jugar.

—Estupendo. Yo te enseñaré. Y mientras lo hago, te llamaré profesora Venabili.

—Pero eso ya me lo llamas en clase.

—Te sorprenderá lo ridículo que suena en una pista de tenis.

—A lo mejor me gusta.

—En tal caso, trataré de descubrir qué otra cosa puede dejar de gustarte.

—Veo que tienes un peculiar sentido de humor salaz.

Lo había dicho así, con deliberación.

—¿Y me lo arrebatarías? —preguntó él.

Ella le sonrió y después lo hizo sorprendentemente bien en la pista de tenis.

—¿Estás segura de no haber jugado antes? —preguntó él, jadeando, después del partido.

—Segurísima —le contestó.

Su otro motivo de vergüenza era más privado. Aprendió la técnica necesaria para la investigación histórica y después quemó, en privado, sus burdos intentos de utilización de la memoria de la computadora. Era, sencillamente, un enfoque diferente por completo del que se usaba en matemáticas. Resultaba tan lógico, como otro cualquiera, supuso, puesto que podía utilizarse de forma consistente y sin error para moverse en cualquier dirección deseada, pero se trataba de un tipo de lógica sustancialmente distinto de aquel a que él estaba acostumbrado.

Pero, con o sin instrucciones, tanto si tropezaba como si avanzaba con rapidez, simplemente, no conseguía resultado alguno.

Su frustración se hacía sentir en la pista de tenis. Dors alcanzó muy pronto la fase en que ya no necesitaba enviarle pelotas fáciles para darle tiempo a calcular dirección y distancia. Eso hacía que se olvidara con facilidad de que se trataba de una principiante y expresaba su rabia devolviéndole la pelota como si fuera un rayo láser solidificado.

Dors se acercó a la red.

—Comprendo que quieras matarme —dijo— puesto que debe molestarte ver cómo pierdo las pelotas con tanta frecuencia. Pero, ¿cómo has conseguido evitar mi cabeza por tres centímetros esta vez? Quiero decir, que ni siquiera me has *rozado*. ¿No sabes hacerlo mejor?

Seldon, horrorizado, trató de hablar, pero sólo consiguió balbucir incoherencias.

—Mira —continuó Dors—, no voy a enfrentarme con más pelotas tuyas por hoy, así que vamos a ducharnos y nos reuniremos para tomar té o alguna otra cosa y podrás explicarme por qué has intentado matarme. Si no se trata de mi pobre cabeza, y si no terminas pronto con tu verdadera víctima, el otro lado de la red resultará demasiado peligroso para que yo esté dispuesta a servirte de blanco.

Mientras tomaban el té, él le explicó:

—Dors, he mirado historia tras historia; sólo mirado, repasado. Todavía no he tenido tiempo para estudiar nada a fondo. Pese a todo, es obvio. Todos los libro-películas se concentran en los mismos, escasos, acontecimientos.

—Cruciales. Los que hacen la Historia.

—Es una excusa. Se copian unos a otros. Hay veinticinco millones de mundos ahí fuera y sólo se mencionan, de manera significativa, unos veinticinco quizás.

—Estás leyendo historias generales galácticas. Busca las historias especiales de alguno de los mundos menores. En cada mundo, por pequeño que sea, los niños aprenden Historia local antes de descubrir que ahí fuera existe una enorme Galaxia. ¿No conoces, ahora, más sobre Helicon que sobre el nacimiento de Trantor o sobre la Gran Guerra Interestelar?

—Ese tipo de conocimiento está limitado también —protestó lúgubremente Seldon—. Conozco la geografía de Helicon, la historia de su colonización, la malevolencia y ataques del planeta Jennisek, nuestro enemigo tradicional, aunque nuestros maestros, muy cautos, nos decían que deberíamos llamarle «rival tradicional». Pero nunca aprendí nada sobre las contribuciones de Helicon a la Historia General Galáctica.

—Tal vez no las hubo.

—No digas tonterías. Claro que sí las hubo. Puede que no hubiera grandes e importantes batallas espaciales en las que Helicon se viese involucrado, o rebeliones cruciales, o tratados de paz. Quizá no existió ningún contrincante imperial que hiciera de Helicon su base. Pero debieron establecerse sutiles influencias. Seguro que nada puede suceder en parte alguna sin que afecte a todo lo demás. No obstante, no encuentro nada que pueda ayudarme… Fíjate, Dors, en Matemáticas *todo* puede ser encontrado en una computadora; lo que sabemos o hemos descubierto en veinte mil años. En Historia, no ocurre lo mismo. Los historiadores hacen una selección y cada uno de ellos selecciona lo mismo.

—Pero, Hari —objetó Dors—, la matemática es una ciencia ordenada, de invención humana. Una cosa sigue a otra. Hay axiomas y definiciones todos los cuales son conocidos. Es…, se trata…, de un todo. La Historia es diferente. Se trata de la revelación inconsciente de los hechos y pensamientos de cuatrillones de seres humanos. Los historiadores *deben* seleccionarlos.

—Exactamente —afirmó Seldon—; sin embargo, yo debo conocerlo todo sobre la Historia; conocer *toda* la Historia, si tengo que resolver las leyes de la psicohistoria.

—En este caso, jamás formularás las leyes de la psicohistoria.

Eso había ocurrido el día anterior. Ahora, Seldon estaba sentado en su butaca, en su habitación, después de haber pasado una jornada de absoluto fracaso y le parecía oír la voz de Dors diciéndole: «En este caso, jamás formularás las leyes de la psicohistoria».

Eso era lo que él había pensado en un principio y de no haber sido por el convencimiento en contra de Hummin y por su extraña habilidad para inundar a Seldon con su propia llamarada de convicción, éste hubiera continuado pensando lo mismo.

Sin embargo, tampoco podía abandonar. ¿Acaso habría algún medio de lograrlo?

A él, no se le ocurría ninguno.

ARRIBA

TRANTOR. — ... *Casi nunca ha sido descrito como un mundo visto desde el espacio. Desde hace tiempo, ha convencido a la mente humana de que es un mundo interior, y su imagen la de una colmena humana existente bajo las cúpulas. Aunque también había un exterior, y existen holografías tomadas desde el espacio que muestran diversos grados de detalles (véase figs. 14 y 15). Fíjense que la superficie de las cúpulas, la cara interior de la enorme ciudad, y la atmósfera que la envuelve, una superficie llamada* Arriba *en su tiempo, son…*

Enciclopedia Galáctica

21

Sin embargo, al día siguiente, Seldon volvía a encontrarse en la biblioteca. En primer lugar, estaba la promesa hecha a Hummin. Le había prometido intentarlo y no podía dejarlo a medias. En segundo lugar, se lo debía a sí mismo. Le molestaba tener que admitir su fracaso. Todavía no, por lo menos. No mientras podía, de manera plausible, decirse que seguía unas pistas.

Así que se fijó en la lista de libro-películas de consulta que aún no había revisado del todo y trató de decidir cuál de aquellos desagradables ejemplares tenía la mínima posibilidad de resultarle de utilidad. Ya casi había decidido que la respuesta era «ninguno de los de arriba mencionados» y no veía más salida que ojearlos un poco, uno por uno, cuando una ligera llamada a la pared de su reservado le sorprendió.

Seldon levantó la vista y se encontró con que el rostro turbado de Lisung Randa lo miraba por encima del tabique de separación. Seldon conocía a Randa, se lo había presentado Dors, y había cenado con él (y con algunos más) en varias ocasiones.

Randa, instructor de psicología, era un hombrecito bajo y gordo, de rostro redondo y alegre y una sonrisa casi perpetua. Tenía la tez amarillenta y los ojos oblicuos, tan característicos en gente de millones de mundos. Seldon conocía bien aquel tipo étnico porque muchos de los grandes matemáticos pertenecían a él y había visto sus hologramas con frecuencia. Pero, en Helicon, nunca se había encontrado con ninguno de esos orientales. (Eran llamados así por tradición, aunque nadie sabía la razón; y se decía que a los propios orientales les molestaba, hasta cierto punto, aquella calificación, y tampoco nadie sabía el porqué).

—Hay millones de nosotros en Trantor —le había dicho Randa, sonriendo, sin la menor turbación, dado que Seldon, cuando lo conoció, no había podido reprimir toda muestra de sobresaltada sorpresa—. También hay muchos del Sur…, piel oscura y cabello ensortijado. ¿No habías visto a ninguno antes?

—No en Helicon —murmuró Seldon.

—Todos occidentales en Helicon, ¿eh? ¡Qué aburrido! Pero no importa. Tiene que haber de todo. —Y dejó a Seldon preguntándose por qué había orientales, occidentales, sureños, y ningún septentrional. Había tratado de encontrar una respuesta al porqué en sus consultas, sin conseguirlo.

Y, ahora, el rostro simpático de Randa asomaba, mirándole con una expresión de burlona preocupación.

—¿Estás bien, Seldon? —preguntó.

—Sí, desde luego. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Yo me guío por los sonidos, amigo. Estabas chillando.

—¿Chillando? —Seldon lo miró, ofendido e incrédulo.

—Bajito. Así. —Randa rechinó los dientes y emitió un sonido ahogado y penetrante que le salió del fondo de la garganta—. Si me he equivocado, te pido perdón por esta intrusión inesperada. Por favor, perdóname.

—Estás perdonado, Lisung —murmuró Seldon con la cabeza baja—. Sí, a veces *emito* ese ruido, me lo han dicho. Te aseguro que es del todo inconsciente. Nunca me doy cuenta.

—¿Sabes *por qué* lo haces?

—Sí, frustración. *Frustración*.

Randa indicó a Seldon que se acercara y bajó la voz un poco más.

—Estamos distrayendo a la gente. Salgamos al salón antes de que nos expulsen de aquí.

Una vez en el salón de descanso, mientras tomaban unos refrescos, Randa dijo:

—¿Puedo preguntarte, por simple interés profesional, *por qué* te sientes frustrado?

Seldon se encogió de hombros.

—¿Por qué suele uno sentirse así? Estoy intentando encontrar algo y no hago el menor progreso.

—Pero eres un matemático, Hari. ¿Por qué algo de la biblioteca de Historia te produce esa frustración?

—Y *tú*, ¿qué estabas haciendo aquí?

—Yo cruzaba por este lugar, como parte del atajo que tomo para ir a donde me dirigía, cuando te oí… gemir. Como ves, ahora —y sonrió— ya no es un atajo, sino una seria demora…, pero que agradezco, no obstante.

—Ojalá yo pasara simplemente a través de la biblioteca de Historia, pero estoy tratando de resolver un problema matemático que requiere ciertos conocimientos de Historia, y me temo que no lo enfoco nada bien.

Randa se quedó mirando a Seldon con expresión inusitadamente grave.

—Perdóname —observó—, pero debo correr el riesgo de ofenderte. Te he estado computarizando.

—*¿Computerizándome?* —Los ojos de Seldon se desorbitaron. Se sentía sinceramente furioso.

—Te he *ofendido*, lo sé. Verás, yo tenía un tío que era matemático. A lo mejor has oído hablar de él: Kiantow Randa.

Seldon contuvo el aliento.

—¿Eres pariente de *ese* Randa?

—Sí. Es el hermano mayor de mi padre y estaba muy disgustado conmigo por no haber querido seguir sus pasos…, no tiene hijos. Pensé que, a lo mejor, le alegraría saber que había conocido un matemático y quería presumir de ti, si podía, así que busqué toda la información que pude obtener en la biblioteca de Matemáticas.

—Ya. Y esto era lo que estabas haciendo ahí realmente. Bueno…, lo siento, supongo que no podrás presumir demasiado.

—Supones mal. Me impresioné. No entendía nada del tema de tus escritos, pero lo que decían me pareció, en cierto modo, muy favorable. Y cuando comprobé las fichas recientes, descubrí que habías estado en la Convención Decenal a principios de año. Así que…, bueno, ¿qué es la «psicohistoria», dime? Es obvio que las dos primeras sílabas despiertan mi curiosidad.

—Ya veo de dónde has sacado la palabra.

—A menos que yo esté equivocado del todo, tengo la impresión de que puedes trazar el curso futuro de la Historia.

Seldon asintió, abrumado.

—Eso es, más o menos, la psicohistoria o, mejor dicho, lo que se propone ser.

—Pero, ¿se trata de un estudio serio? —Randa sonreía al preguntarle—. ¿No es simplemente lanzar palos de ciego?

—¿Lanzar palos de ciego?

—Me refiero a un juego que encanta a los niños de mi planeta natal, Hopara. El juego se supone que predice el futuro y si eres un chico listo, puedes sacar gran partido de él. Dile a una madre que su hija será hermosa y que se casará con un hombre rico, de inmediato conseguirás un pedazo de pastel o una moneda de medio crédito. No va a esperar averiguar si tu predicción se cumple; recibes el premio sólo por decírselo.

—No, no lanzo palos de ciego. La psicohistoria es un estudio abstracto. Estrictamente abstracto. No tiene la menor aplicación práctica, excepto…

—Ahora viene lo bueno. Las excepciones son lo más interesante.

—Excepto que yo querría trabajar y resolver esta aplicación. Quizá si conociera más Historia…

—Ah. Y ésa es la razón por la que estás estudiando Historia.

—Sí, pero no me sirve de nada —confesó Seldon, tristemente—. Hay excesiva Historia y es muy poco lo que se dice de ella.

—¿Y es eso lo que te frustra?

Seldon asintió:

—Pero, Hari —insistió Randa—, sólo llevas trabajando unas semanas.

—Cierto, y, a pesar de eso, ya puedo ver…

—No puedes ver nada en unas pocas semanas. Quizá pases tu vida entera tratando de lograr un pequeño progreso. Pueden ser necesarias muchas generaciones de trabajo por parte de muchos matemáticos para conseguir un avance real en el problema.

—Lo sé, Lisung, pero eso no hace que me sienta mejor. Quiero ser yo quien haga progresos visibles.

—Sí, mas si enloqueces, no conseguirás nada. Tal vez pueda hacer que te sientas mejor: voy a darte un ejemplo sobre un tema menos complejo que la historia de la Humanidad, en el que la gente lleva trabajando no sé cuánto tiempo sin adelantar gran cosa. Lo sé porque un grupo se encontraba sobre ello, aquí mismo, en la Universidad, y uno de mis buenos amigos está involucrado en él. ¡Háblame de frustración! ¡No sabes lo que eso significa!

—¿Cuál es el tema? —Seldon sintió que se le despertaba la curiosidad.

—Meteorología.

—¡Meteorología! —Seldon acusó el anticlímax.

—¡No hagas muecas! Mira. Cada mundo habitado tiene su propia atmósfera, su propia composición atmosférica, su propia escala de temperaturas, su propio tipo de rotación y translación, su propia inclinación axial, su propia distribución tierra-agua. Tenemos veinticinco millones de problemas diferentes y ni un solo meteorólogo ha logrado encontrar una generalización.

—Eso es debido a que el comportamiento atmosférico entra con facilidad en una fase caótica. Todo el mundo lo sabe.

—Lo mismo dice mi amigo Jenarr Leggen. Ya lo conoces.

Seldon reflexionó.

—¿Ese tío alto? ¿Narigudo? ¿Que habla poco?

—El mismo… Y el propio Trantor es un rompecabezas mayor que casi cualquier mundo. Según los archivos, el tiempo atmosférico era normal cuando fue colonizado por primera vez. Después, a medida que la población aumentó y la urbanización se extendió, se gastó más energía y se descargó más calor en la atmósfera. La cubierta de hielo se contrajo, la capa de nubes se espesó y el tiempo empeoró. Todo ello dio pie a un movimiento subterráneo e inició un círculo vicioso. Cuanto más empeoraba el tiempo, más alegremente se agujereaba la corteza terrestre y más cúpulas eran construidas, y el tiempo empeoró mucho más. Ahora, el planeta se ha transformado en un mundo siempre nuboso y con lluvias frecuentes…, o nieve, cuando hace suficiente frío. Lo único que ocurre es que nadie puede resolver el problema debidamente. Nadie ha encontrado un análisis que explique la razón de que el tiempo se haya ido deteriorando como lo ha hecho, o la forma de predecir, dentro de un límite razonable, el detalle de sus cambios día a día.

—¿Y es muy importante? —preguntó Seldon.

—Para un meteorólogo, sí. ¿Por qué no pueden ellos sentirse tan frustrados con sus problemas, como tú con los tuyos? No me seas un principiante de chovinista.

Seldon recordó las nubes y la fría humedad en su viaje al palacio del Emperador.

—¿Y qué es lo que hacen? —preguntó.

—Bueno, aquí en la Universidad, está en marcha un gran proyecto y Jenarr Leggen forma parte del mismo. Tiene la impresión de que si logran comprender el cambio de tiempo en Trantor, aprenderán mucho sobre las leyes básicas de la meteorología en general. Leggen busca eso con tanto afán como tú tus leyes de psicohistoria. Ha montado un increíble despliegue de instrumentos de todo tipo, *Arriba*…, ya sabes, por encima de las cúpulas. Hasta ahora no les ha servido de nada. Si se lleva haciendo todo ese trabajo en la atmósfera durante tantas generaciones sin obtener resultados positivos, ¿cómo puedes quejarte de que no hayas sacado nada en claro de la historia de la Humanidad en unas pocas semanas?

Randa tenía razón, pensó Seldon; él estaba equivocado y no se mostraba razonable. No obstante…, no obstante…, Hummin diría que ese fracaso en el ataque científico de los problemas era otro indicio de la degeneración de los tiempos. Quizá tuviera razón también, aunque él hablaba de una degeneración general y de efecto *medio*. Seldon no sentía ninguna degeneración mental o de habilidad en sí mismo. Pero, con cierto interés, insistió:

—¿Quieres decir que la gente sale por encima de las cúpulas al aire libre de arriba?

—Sí. *Arriba*. Pero es una cosa curiosa. Muchos trantorianos nativos no quieren hacerlo. No les gusta ir *Arriba*. La sola idea les produce vértigo o algo parecido. La mayoría de los que trabajan en el proyecto de meteorología proceden de Mundos Exteriores.

—No creo que pueda censurar a los trantorianos por gustar del confort de estar dentro —observó, pensativo—, aunque opino que la curiosidad me llevaría a ver *algo Arriba*. Sí, me sentiría empujado a ir.

—¿Quieres decir que te gustaría ver la meteorología en acción?

—Creo que sí. ¿Cómo se hace para ir *Arriba*?

—Es fácil. Un ascensor te sube, una puerta se abre, y allí estás. Yo he subido ya. Es… algo nuevo.

—Dejaría de pensar por un momento en la psicohistoria —suspiró Seldon—. Me gustaría ir.

—Mi tío solía decir: «Todo conocimiento es uno», y a lo mejor tenía razón —explicó Randa—. Quizás aprendas algo de la meteorología que te pueda ayudar en tu psicohistoria. ¿Crees que eso es posible?

Seldon inició una débil sonrisa.

—Muchas cosas lo son. —Y añadió para sí: «Pero nada prácticas».

22

Dors pareció divertida.

—¿Meteorología?

—Sí —contestó Seldon—. Hay un trabajo programado para mañana y subiré con ellos.

—¿Te has cansado de la Historia?

Seldon, sombrío, asintió.

—En efecto. Agradeceré el cambio. Además, Randa dice que se trata de un problema demasiado denso para que sea manejado por un matemático, y que será positivo para mí el darme cuenta de que mi situación no es única.

—Confío en que no seas agorófobo.

Seldon sonrió.

—No, no lo soy, pero ya veo por qué lo dices. Randa afirma que los trantorianos suelen serlo y por eso no quieren ir *Arriba*. Me imagino que se sentirán incómodos sin una valla protectora.

—Te darás cuenta de que es natural —asintió Dors—, pero hay también muchos trantorianos que circulan entre los planetas de la Galaxia…, turistas, administradores, soldados. Y la agorafobia no es desconocida en los Mundos Exteriores.

—Tal vez, Dors, pero yo no lo soy. Siento curiosidad y me apetece el cambio, así que mañana iré con ellos.

Dors pareció titubear.

—Debería subir contigo, pero mañana tengo el día muy cargado… En todo caso, si no eres agorófobo, no habrá problema y lo pasarás muy bien. Oh, y no te apartes de los meteorólogos. He oído hablar de gente que se ha perdido.

—Tendré cuidado. Hace mucho tiempo que no me he perdido de verdad.

23

Jenarr Leggen tenía una apariencia oscura. No tanto por su tez, bastante clara; ni tan siquiera por sus cejas, muy pobladas y oscuras. Era, sobre todo, porque esas cejas estaban como agazapadas sobre unos ojos hundidos y una nariz larga y prominente. Como resultado de todo ello, su aspecto resultaba todo menos alegre; sus ojos no sonreían, y cuando hablaba, y eso no ocurría

muy a menudo, su voz sonaba profunda, fuerte, sorprendentemente vibrante saliendo de un cuerpo tan enclenque como el suyo.

—Necesitarás ropa de más abrigo que ésta, Seldon —le advirtió.

—¿Sí? —exclamó Seldon mirando a su alrededor.

Había dos hombres y dos mujeres preparándose para subir con Leggen y Seldon y, como en el caso de Leggen, sus satinadas ropas trantorianas estaban cubiertas por gruesos jerseys que, y no le sorprendió en absoluto, eran de brillantes colores y atrevidos dibujos. Desde luego, no había dos iguales. Seldon se miró.

—Lo siento —murmuró—, no lo sabía… Además, no tengo ropa de abrigo apropiada.

—Puedo prestarte algo. Creo que por aquí debe haber un jersey sobrante… Sí, míralo. Está un poco gastado, aunque es mejor que nada.

—Llevar un jersey de éstos puede producir un calor desagradable —dijo Seldon.

—Aquí, sí —respondió Leggen—. Pero las condiciones de *Arriba* son distintas. Frío y viento. Es una pena que no me sobren botas y polainas también; vas a necesitarlas dentro de poco.

Se llevaban un carro de instrumentos, que comprobaban uno a uno, con lo que, a Seldon, le pareció innecesaria cachaza.

—¿Es tu planeta también frío? —preguntó Leggen.

—Parte de él sí —afirmó Seldon—; mas de donde procedo, en Helicon, es tibio y suele llover a menudo.

—Una pena. No te gustará el clima de *Arriba*.

—Creo que me arreglaré para soportarlo el tiempo que permanezca arriba.

Cuando estuvieron listos, el grupo penetró en el ascensor que tenía un letrero: PARA USO OFICIAL SOLAMENTE.

—El cartel es debido a que va *Arriba* —explicó una de las jóvenes—, y se supuso que la gente, en general, no debe subir sin una buena razón.

A Seldon no le habían presentado a la joven, pero había oído que la llamaban Clowzia. Ignoraba si era su nombre, su apellido, o un apodo.

El ascensor no parecía distinto de los que Seldon había utilizado allí o en Trantor, o en su tierra, Helicon (exceptuando, naturalmente, el ascensor

gravítico que él y Hummin habían empleado), a pesar de ello, le impresionaba la idea de que iba a llevarle fuera de los confines del planeta, al vacío superior, y eso hacía que se sintiera como en una nave espacial.

Seldon sonrió para sí. Era una fantasía tonta.

El ascensor vibró un poco y eso obligó a Seldon a recordar lo que Hummin le había dicho sobre la decadencia galáctica. Leggen, junto con los otros hombres y una de las mujeres, parecía congelado en la espera, como si hubieran suspendido todo pensamiento y actividad hasta que pudieran salir de allí, pero Clowzia seguía mirándole como si le encontrara terriblemente impresionante.

Seldon se le acercó y se inclinó hacia ella.

—¿Vamos a subir muy alto? —murmuró, para no perturbar al resto.

—¿Alto? —repitió ella. Hablaba en un tono de voz normal, sin que, por lo visto, le importara que los otros necesitaran silencio. Parecía muy joven y a Seldon se le ocurrió que podía ser una estudiante no graduada. Una aprendiza, tal vez.

—Tardaremos mucho. *Arriba* debe estar a muchos pisos de altura.

Durante un momento, la joven pareció desconcertada.

—Oh, no —dijo luego—. Nada de alto. Es que hemos salido de muy abajo. La universidad se encuentra en un nivel bajo. Gastamos mucha energía y, como estamos a mucha profundidad, sale más barata.

De pronto Leggen anunció:

—Bueno, ya hemos llegado. Saquemos el equipo.

El ascensor se detuvo con un estremecimiento y la gran puerta se abrió con rapidez. La temperatura bajó al instante y Seldon se metió las manos en los bolsillos, agradecido de llevar puesto el jersey. Un viento frío alborotó sus cabellos y pensó que un sombrero le hubiera ido bien. Mientras lo pensaba, Leggen se sacó algo de un pliegue del jersey, lo abrió y se lo puso en la cabeza. Los otros hicieron lo mismo.

Sólo Clowzia vaciló. Se detuvo antes de ponerse el suyo, y luego se lo ofreció a Seldon.

Éste negó con un movimiento de cabeza.

—No puedo aceptar tu sombrero, Clowzia —murmuró.

—Cógelo. Yo tengo el cabello largo y muy espeso. El tuyo es corto y un poco… fino.

A Seldon le hubiera encantado negarse con firmeza, y en otro momento lo hubiera hecho, pero, en ese momento, lo aceptó.

—Gracias. Si se te enfría la cabeza, te lo devolveré.

Tal vez no fuera tan joven. Esa impresión la producía su rostro redondo, casi infantil. Y ahora que había llamado su atención sobre el cabello, vio que era de un encantador tono rojizo. Jamás, en Helicon, había visto una cabellera como aquélla.

Fuera estaba nublado, como la vez que fue llevado hacia el palacio por el exterior. Pero el tiempo era mucho más frío que entonces, así que decidió que era debido a las seis semanas que llevaban de invierno. Las nubes eran más espesas de lo que habían estado en la otra ocasión y el día era, decididamente, más oscuro y amenazador…, ¿o lo causaría la proximidad de la noche? ¿Cómo no subirían a realizar un trabajo importante sin dejar un amplio período de luz diurna para llevarlo a cabo? ¿O esperaban terminarlo con mucha rapidez?

Le hubiera gustado preguntarlo, mas pensó que, quizá, no les gustaría ser interrogados en aquel momento. Todos ellos parecían presa de estados de ánimo que iban de la excitación al enfado.

Seldon inspeccionó lo que le rodeaba.

Se hallaba de pie sobre algo que pensó debía ser metal opaco por el sonido que hizo cuando lo golpeó subrepticiamente con el pie. No obstante, no era metal desnudo. Al andar, iba dejando la marca de sus pisadas; la superficie estaba cubierta de polvo, o arena fina, o tierra.

Bien, ¿y por qué no iba a ser así? No debía haber nadie que subiera a limpiar el suelo. Se inclinó para recoger un poco de aquella materia, por pura casualidad.

Clowzia se había acercado a él. Se fijó en lo que había hecho y con la expresión del ama de casa descubierta en vergonzosa negligencia, se excusó:

—A veces venimos a barrer para proteger los instrumentos. Es mucho peor en otros puntos de *Arriba*, aunque, en realidad, no tiene ninguna importancia. Sirve como aislante, ¿sabes?

Seldon asintió y siguió mirando a su alrededor. No había la menor posibilidad de que entendiera aquellos instrumentos que parecían surgir del suelo, de aquella fina capa de tierra (si podía llamarse así). No tenía la menor idea de lo que eran o de lo que medían.

Leggen se le acercó. Ponía los pies en el suelo, y los levantaba, con sumo cuidado. Seldon pensó que andaba de ese modo para evitar sacudidas a los instrumentos. Tomó nota mentalmente de esforzarse por hacerlo del mismo modo.

—¡Eh, Seldon!

A éste no acabó de gustarle su tono de voz.

—¿Sí, doctor Leggen? —contestó, con aspereza.

—Bien, pues, doctor Seldon —dijo el otro, impaciente—. Ese hombrecito, Randa, me dijo que usted es matemático.

—En efecto.

—¿De los buenos?

—Me gustaría creer que sí, pero es algo difícil de garantizar.

—¿Y le interesan los problemas difíciles?

—Estoy metido en uno de ellos.

—Y yo en otro. Usted es libre de andar por ahí. Si se le ocurre alguna pregunta Clowzia, nuestra interna, puede ayudarle. Y usted podría ayudarnos a nosotros.

—Me encantaría hacerlo, sin embargo, no sé nada de meteorología.

—Perfectamente, Seldon. Sólo quiero que se interese por esto. Después, me encantará discutir *mis* matemáticas con usted, por lo que valen.

—Estoy a su disposición.

Leggen se alejó, con su alargado rostro sombrío; de pronto, se detuvo y volvió junto a Seldon.

—Si siente frío…, *demasiado* frío…, la puerta del ascensor está abierta. No tiene más que entrar y apretar el botón que dice BASE UNIVERSITARIA. Le llevará abajo y el aparato subirá a buscarnos automáticamente. Clowzia se lo enseñará…, por si se le olvida.

—No se me olvidará.

Esa vez se alejó de verdad y Seldon se le quedó mirando, sintiendo que el frío penetraba, cortante, a través del jersey. Clowzia regresó a su lado,

con el rostro algo enrojecido por el viento.

Seldon comentó:

—El doctor Leggen parecía disgustado. ¿O se trata de su forma de ser habitual?

Clowzia se echó a reír.

—La mayor parte del tiempo parece disgustado, pero ahora lo está de verdad.

—¿Por qué? —preguntó Seldon con naturalidad.

Clowzia miró por encima del hombro, con su larga cabellera ondeando al viento.

—No debería saberlo —contestó ella—, pero lo sé. El doctor Leggen lo tenía todo previsto para hoy, porque en estos momentos iba a haber un claro entre las nubes y había planeado tomar unas medidas especiales con luz solar. Sólo que…, bueno, fíjate en el tiempo.

Seldon asintió.

—Tenemos receptores de holovisión aquí arriba, o sea, que él ya sabía que estaba nublado, peor que otras veces, y sospecho que imaginaba que algo fallaba en los instrumentos, así que ellos serían los culpables, no su teoría. Pero hasta ahora, no han encontrado nada defectuoso.

—Y ésa es la razón de que se le vea tan disgustado.

—Bueno, nunca parece *contento*.

Seldon miró a su alrededor con los ojos entrecerrados. Pese a las nubes, la reverberación del sol era dura. Pudo observar que la superficie bajo sus pies no era del todo horizontal. Se hallaba sobre una cúpula chata y cuando dirigió la vista hacia donde había otras cúpulas, en todas direcciones, las vio de distintas alturas y anchuras.

—*Arriba* parece de lo más irregular —comentó.

—Pienso que, en general, tiene razón. Así fue como lo dispusieron.

—¿Por alguna razón especial?

—En realidad, no. Tal como me lo explicaron (también yo miré a mi alrededor y pregunté, igual que has hecho tú, ¿sabes?), me dijeron que, en un principio, la gente de Trantor cubría ciertos lugares, avenidas comerciales, pistas deportivas, cosas así…, luego, fueron ciudades enteras, de forma que había gran cantidad de cúpulas aquí y allá, de diferentes

alturas y anchuras. Cuando acabaron uniéndose, todo era irregular; para entonces, la gente había decidido ya que era así como debía hacerse.

—¿Quiere decir que algo accidental por completo acabó siendo considerado una tradición?

—Supongo que sí…, planteado de ese modo…

(«Si algo accidental por completo es fácil que acabe siendo considerado como una tradición y resultar irrompible o casi —pensó Seldon—, ¿no sería ésa una ley de psicohistoria? Parecía trivial, pero, ¿cuántas otras leyes, igualmente triviales, existirían? ¿Un millón? ¿Mil millones? ¿Habría pocas leyes generales de las que se derivarían esas triviales, como corolarios? ¿Cómo podría decirlo?») Por un momento, sumido en sus pensamientos, casi se olvidó de aquel viento helado.

Clowzia sí acusaba aquel viento porque se estremeció.

—Es terrible —exclamó—. Se está mejor bajo la cúpula.

—¿Es usted trantoriana? —preguntó Seldon.

—En efecto.

Seldon recordó el desprecio de Randa por la agorafobia de los trantorianos.

—¿Le importa estar aquí arriba? —quiso saber.

—¡Odio esto! —confesó Clowzia—, pero quiero graduarme y quiero mi especialidad y *status*; el doctor Leggen dice que no lo conseguiré sin prácticas exteriores. Así que, aquí me tiene, odiándolo, en especial cuando hace tanto frío. A propósito, esta temperatura, ¿podría imaginar que hubiera vegetación entre esas cúpulas?

—*¿Hay vegetación?* —Miró vivamente a Clowzia sospechando una broma para hacerle parecer tonto. Mas su aspecto era de total inocencia; ¿cuánto sería auténtico y cuánto debido a su carita infantil?

—Oh, sí. Incluso aquí, cuando hace más calor. ¿Se ha fijado en la tierra, allá? La apartamos por causa de nuestro trabajo, como le he dicho, pero en otras partes se va acumulando y es especialmente profunda en los huecos donde las cúpulas se unen. Las plantas crecen bien.

—¿De dónde viene esa tierra?

—Cuando las cúpulas cubrían sólo una parte del planeta, el viento, poco a poco, fue depositando tierra en ellas. Después, cuando todo Trantor estuvo

cubierto y los niveles de viviendas fueron edificados a mayor profundidad cada vez, parte de la que se extraía, si era de buena calidad, se extendía arriba.

—Pero podía romper las cúpulas.

—Oh, no. Las cúpulas son muy fuertes y están reforzadas en casi todas partes. La idea era, según un libro-película que miré, sembrar *Arriba*, pero les resultó más práctico hacerlo dentro, bajo las cúpulas. Levadura y algas podían cultivarse dentro también, aligerando, de esa forma, los cultivos habituales, así que decidieron permitir que *Arriba* fuera salvaje. También hay animales *Arriba*…: mariposas, abejas, ratones, conejos. Una gran cantidad de ellos.

—¿Y no estropearán las cúpulas las raíces de las plantas?

—Han pasado millares de años y no lo han hecho. Las cúpulas son tratadas con algo que repele a las raíces. La mayor parte de lo que crece es hierba, aunque también hay árboles. Usted mismo podría verlos si estuviéramos en la estación calurosa o nos halláramos más al Sur o viajara en una nave espacial —respondió, mirándole de reojo—. ¿Se fijó en Trantor cuando llegó por el espacio?

—No, Clowzia, debo confesar que no miré. La hipernave no estuvo nunca bien situada para hacerlo. ¿Alguna vez *ha visto* Trantor desde el espacio?

Ella sonrió débilmente.

—Nunca he estado en el espacio.

Seldon miró a su alrededor. Todo era gris.

—No puedo acabar de creerlo. Lo de que hay vegetación arriba, quiero decir.

—Pues es verdad. He oído a gente que lo decía (gente de otros Mundos, como usted, que había visto Trantor desde el espacio), decían que el planeta parece verde, como una extensión de césped, porque está cubierto, sobre todo, de hierba y maleza. También vieron árboles. Hay un bosquecillo no lejos de aquí. Yo lo he visto. Son de hoja perenne y llegan a una altura de seis metros o así.

—¿Dónde?

—No puede verlos desde aquí. Se encuentran del otro lado de una cúpula. Están…

La llamada les llegó apagada. (Seldon se dio cuenta de que habían estado andando mientras hablaban, alejándose de la inmediata vecindad de los demás).

—Clowzia. Vuelve. Te necesitamos.

—Uh-uh —contestó Clowzia—. *Voy*… Lo siento, doctor Seldon, tengo que irme.

Y se fue corriendo, consiguiendo pisar ligero pese a sus botas forradas.

¿Habría estado jugando con él? ¿Atiborrando al ingenuo forastero con un montón de mentiras sólo para divertirse? Tales cosas suelen ocurrir en todos los mundos y a cada momento. Aunque con esa expresión de transparente honradez… tampoco servía; en realidad, los cuentistas afortunados cultivan deliberadamente semejantes expresiones.

Así que, ¿realmente podría haber árboles de seis metros de altura? *¿Arriba?* Sin pararse a pensar, echó a andar en dirección de la cúpula más alta del horizonte. Agitó los brazos en un intento de calentarse. Mas sus pies *empezaban* a enfriarse.

Clowzia no le había indicado el lugar. Pudo haberlo hecho para darle un indicio sobre la dirección de los árboles, pero no había sido así. ¿Por qué? Claro, la habían llamado.

Las cúpulas eran más anchas que altas, y eso le fue bien, ya que, de lo contrario, el camino le hubiera resultado más difícil. Sin embargo, la suave pendiente significaba esforzarse un poco antes de poder llegar a la cima de la cúpula y mirar al otro lado.

Más tarde pudo ver el otro lado de la cúpula que había escalado. Miró hacia atrás para asegurarse de que aún podía divisar a los meteorólogos y sus instrumentos. Les veía muy lejos, en un valle distante, pero les veía con claridad. Bien.

No encontró ningún bosquecillo, ni árboles, pero sí una depresión que serpenteaba entre dos cúpulas. A lo largo de cada lado de aquella depresión, la tierra era más abundante y se veía manchas verdes que muy bien pudieran ser musgo. Si seguía la depresión, ésta resultaba lo bastante profunda y la tierra abundaba, quizás hubiera árboles.

Miró hacia atrás de nuevo, en un intento de fijarse marcas en la mente pero no vio más que los altos y bajos de las cúpulas. Vaciló, y la advertencia de Dors al respecto de perderse, advertencia que le había parecido innecesaria en su momento, cobraba ahora sentido. En todo caso, la depresión le parecía, claramente, un camino. Si lo recorría durante un tiempo, a cierta distancia, no tenía más que dar media vuelta y recorrerlo en sentido contrario para regresar al punto de partida.

Echó a andar, decidido, siguiendo el camino hacia abajo. Por encima, oyó un zumbido lejano, mas no le concedió la menor importancia. Había decidido ver los árboles y eso era lo único que le importaba en aquel momento.

El musgo se hacía más espeso y se extendía como una alfombra; de vez en cuando surgían algunas matas de hierba. Pese a la desolación de *Arriba*, el musgo tenía un verde brillante, y se le ocurrió que en un planeta, siempre tan cubierto por las nubes, era fácil que las lluvias fueran considerables.

El camino continuó curvándose y allí, precisamente por encima de otra cúpula, vio una mancha oscura recortada sobre el cielo gris. Comprendió que había encontrado los árboles.

Entonces, como si su mente, ya liberada por la visión de aquellos árboles, pudiera dedicarse a otros asuntos, captó el zumbido que había oído antes y que, sin pensarlo, había desechado como ruido de máquinas. Ahora, en cambio, pensó en esa probabilidad: ¿realmente se trataba de ruido de maquinaria?

¿Por qué no? Se encontraba sobre una de las infinitas cúpulas que cubrían cientos de millones de kilómetros cuadrados de la ciudad-mundo. Debía haber máquinas de todo tipo ocultas bajo aquellas cúpulas…, motores de ventilación, por ejemplo. Tal vez pudieran oírse cuando todos los otros ruidos de la ciudad-mundo cesaban.

Excepto que el sonido no parecía proceder del suelo. Miró hacia aquel cielo amenazador. Nada.

Continuó observando el cielo, con tal intensidad que se le formaban líneas verticales entre sus ojos. De pronto, allá lejos…

Era una pequeña mancha oscura, destacándose sobre el gris. Fuera lo que fuese, parecía desplazarse como si tratara de orientarse antes de que las

nubes aumentaran la oscuridad. De súbito, y sin saber la causa, pensó: «Van en mi busca».

Casi antes de que pudiera decidir una línea de acción, ya se había decidido. Corrió con verdadera desesperación a lo largo de la depresión, hacia los árboles y, entonces, para llegar más deprisa, torció a la izquierda, corrió hacia una cúpula baja, pisando matas secas de helechos, además de matas de espino cubiertas de bayas de un rojo brillante.

24

Seldon se detuvo, jadeante, junto a un árbol. Se arrimó a él, abrazándolo. Vigiló el objeto volador por si volvía a aparecer de forma que él pudiera retroceder junto al árbol y ocultarse detrás, como una ardilla.

El árbol estaba frío, su corteza era áspera, no resultaba cómodo…, pero ofrecía abrigo. Desde luego, podía ser insuficiente si le buscaban con un detector de calor. Por el contrario, el tronco helado del árbol podía superar el calor.

Bajo sus pies, la tierra aparecía apisonada. Incluso en ese momento, tratando de ocultarse, de hacer esfuerzos por ver a su perseguidor sin que éste lo descubriera, no podía evitar preguntarse qué profundidad tendría la tierra, cuánto tiempo habría tardado en acumularse, cuántas cúpulas de las áreas más cálidas de Trantor llevaban bosques sobre sus lomos y si los árboles estaban siempre confinados a las depresiones entre cúpulas, dejando las regiones más altas para el musgo, la hierba y el rastrojo.

Volvió a verlo. No era una hipernave, ni siquiera un pequeño reactor corriente. Era un *mini-jet*. Podía distinguir el vago resplandor de las colas de iones saliendo de los vértices de un hexágono, neutralizando el tirón gravitatorio y permitiendo que las alas lo mantuvieran en el aire como un gran pájaro que planeara. Se trataba de un vehículo que podía flotar mientras exploraba un terreno planetario.

Las nubes fueron las que lo salvaron. Incluso si empleaban detectores de calor, esto sólo indicaría que había gente abajo. El *mini-jet* podía intentar un descenso en picado por debajo del techo de nubes antes de que

averiguara cuántos seres humanos había y si alguno de ellos podía ser la persona determinada que la gente de a bordo andaba buscando.

El aparato se hallaba más cerca y tampoco podía ocultarse de él. El ruido de su motor lo denunciaba, y no lo apagarían, por lo menos mientras continuaban su búsqueda. Seldon conocía los *mini-jets* porque en Helicon, o en cualquier otro mundo no cupulado, con cielos despejados de vez en cuando, era corriente verlos, ya que muchos de ellos eran de propiedad particular.

¿Qué posible utilidad le darían a los *mini-jets* en Trantor, con toda la vida humana bajo cúpulas, con un techo de nubes casi perpetuas, muy bajo…, excepto por algunas naves gubernamentales diseñadas para estos fines? ¿Apoderarse de una persona buscada que había sido atraída arriba de las cúpulas?

¿Y por qué no? Las fuerzas gubernamentales no podían entrar en el terreno de la Universidad, pero Seldon no se hallaba allí en esos momentos. Se encontraba *Arriba*, sobre las cúpulas, las cuales quizá se encontraran fuera de la jurisdicción de cualquier Gobierno local. Un vehículo Imperial podía tener todo el derecho a posarse en cualquier parte de las cúpulas en cuestión y llevarse a quienquiera que encontraran sobre ellas. Hummin no le había advertido de ese detalle; tal vez ni siquiera se le había ocurrido pensar en él.

El *mini* estaba mucho más cerca ahora, rastreando como una bestia ciega que olfatea su presa. ¿Se les ocurriría buscar entre aquel grupo de árboles? ¿Aterrizarían y enviarían a uno o dos soldados armados para dar una batida por el bosquecillo?

De hacerlo así, ¿cómo defenderse? No iba armado y toda su agilidad resultaría ineficaz contra el espantoso dolor de un látigo neurónico.

Mas no intentaba aterrizar. O no habían pensado en lo que significaban los árboles, o…

O bien…

De pronto, se le ocurrió otra idea. ¿Y si no se trataba de una nave de persecución? Tal vez formaba parte del equipo meteorológico. Era casi seguro que los meteorólogos querían estudiar las altas capas de la atmósfera.

¿No estaría comportándose como un imbécil al ocultarse?

El cielo iba oscureciéndose cada vez más. ¿Se veían las nubes más densas, o, lo que era más probable, estaba anocheciendo?

El frío había aumentado y la temperatura bajaría aún más. ¿Iba a quedarse afuera, congelándose, sólo porque un *mini-jet*, perfectamente inofensivo, había hecho su aparición y activado en él una sensación de paranoia jamás experimentada? Sintió un fuerte impulso de abandonar el bosquecillo y regresar a la estación meteorológica.

Después de todo, ¿cómo sabría el hombre al que Hummin temía tanto…, Demerzel, que Seldon se encontraría *Arriba*, en ese momento determinado, listo para ser apresado?

Por un instante, la idea le pareció concluyente y, tiritando de frío, salió de detrás del árbol.

Volvió, a la carrera, a ocultarse cuando la nave apareció de nuevo, más cerca que antes. No había visto que hiciera algo parecido a un estudio meteorológico. No llevaba a cabo nada que se pareciera a medir, seleccionar o comprobar. ¿Sería capaz de darse cuenta si lo hiciera? Desconocía el tipo de instrumentos que podía transportar, ni cómo funcionaban. Si desarrollaban una labor meteorológica, él, quizá, no llegaría a calibrarlo… Pero, ¿podía correr el riesgo de descubrirse?

Después de todo, ¿quién le aseguraba que Demerzel no *conocía* su presencia *Arriba*, simplemente porque un agente suyo que trabajase en la Universidad lo supiera y le hubiera informado de ello? Lisung Randa, el pequeño, alegre y sonriente oriental, le había sugerido que subiera. No había surgido de forma natural en la conversación; por lo menos, la sugerencia no había surgido con demasiada naturalidad. ¿Sería posible que fuera un agente del Gobierno y hubiera alertado a Demerzel?

Luego estaba Leggen, que le había prestado el jersey. Ésta era una prenda muy útil; entonces, ¿por qué no le había advertido Leggen con antelación de que iba a necesitarlo y llevar, así, uno propio? ¿Tendría algo especial el que llevaba puesto? Tenía un color morado uniforme mientras que los otros seguían la moda trantoriana de dibujos vistosos. Cualquiera que mirara desde arriba veía un manchón liso moviéndose entre los demás, que eran variopintos, y así reconocerían al momento al que buscaban.

¿Y Clowzia? Figuraba que se encontraba *Arriba* para aprender meteorología y ayudar a los meteorólogos. ¿Cómo era posible que se acercara a él, le hablara con tanta naturalidad, se lo llevara tranquilamente lejos de los demás y lo aislara para que pudiera ser recogido con toda facilidad?

¿También Dors Venabili? Ella sabía que iba *Arriba*. Y no se lo impidió. Podía haber ido con él, pero estaba convenientemente ocupada.

Era una conspiración. Seguro que se trataba de una conspiración.

Ahora estaba ya completamente convencido de ello y no era cuestión de abandonar el abrigo de los árboles. Sentía los pies como bloques de hielo y el golpearlos contra el suelo no le servía de nada. ¿No se marcharía jamás el *mini-jet*?

Mientras lo pensaba, el ruido del motor aumentó y la nave se elevó hasta que llegó a las nubes y desapareció.

Seldon escuchó con atención, alerta al menor ruido, asegurándose de que finalmente se había ido. Pero, una vez tuvo la seguridad de ello, se preguntó si no sería una añagaza para hacerle salir de su escondite. Permaneció donde estaba mientras los minutos se arrastraban y la noche seguía cayendo.

Por fin, cuando sintió que la verdadera alternativa a arriesgarse a salir a cielo abierto era la de congelarse, se movió y abandonó cautelosamente el abrigo de los árboles.

En efecto, se estaba haciendo de noche. No podían localizarle si no era mediante el detector de calor, pero, si lo intentaban, él oiría el regreso del aparato. Esperó un poco, más allá de los árboles, al acecho, listo para esconderse de nuevo en el bosquecillo al menor ruido…, aunque de qué le serviría una vez lo hubiesen detectado, no podía ni imaginárselo.

Miró a su alrededor. Si fuera capaz de encontrar a los meteorólogos, seguramente dispondrían de luz artificial. A excepción de eso, no hallaría nada más.

Aún podía distinguir lo que le rodeaba, y sabía que, al cabo de un cuarto de hora, o media hora a lo sumo, ya no vería nada. Sin luces y con un cielo nublado sobre su cabeza, estaría a oscuras…, completamente a oscuras. Desesperado ante la perspectiva de verse envuelto por las tinieblas, Seldon

comprendió que, tan deprisa como pudiera, debía buscar el camino de vuelta a la depresión que lo había llevado hasta allí, para poder volver sobre sus pasos. Cruzó los brazos con fuerza sobre el pecho para abrigarse y emprendió lo que creía ser la dirección correcta hacia la depresión entre las cúpulas.

Claro que podía haber más de una depresión a partir del bosquecillo; por suerte, distinguía vagamente algunas de las matas de espino, con bayas, que había pisado al venir, y que ahora parecían más negras que rojas. No debía perder tiempo. Tenía que suponer que estaba en lo cierto. Recorrió la depresión tan deprisa como pudo, guiado por una visión vaga y la vegetación que aplastaba con sus pies.

No podía seguir siempre por la depresión. Había dejado atrás lo que le parecía la cúpula más alta y encontrado un camino que cortaba la depresión en ángulo recto. De acuerdo con lo que recordaba, tenía que girar a la derecha en ese momento; después, a la izquierda, eso le llevaría a la senda que lo conduciría a la cúpula de los meteorólogos.

Seldon giró a la izquierda y, levantando la cabeza, pudo distinguir apenas la curva de una cúpula contra un cielo claroscuro. ¡Tenía que ser aquélla!

¿O se trataba de su deseo de que lo fuera?

No tenía más remedio que desechar ese pensamiento. Mantuvo la mirada sobre la cima a fin de poder avanzar trazando una línea lo más recta posible, y anduvo tan aprisa como pudo. A medida que se acercaba, distinguía mejor la silueta de la cúpula contra el cielo, pero cada vez más y más dudosa, a medida que se le antojaba más y más grande. A no tardar, si estaba en lo cierto, ascendería por la suave pendiente y, cuando llegara arriba, podría mirar al otro lado y distinguir las luces de los meteorólogos.

En aquella negrura compacta no podría adivinar lo que encontraría en su camino. Deseaba ver, al menos, una estrella; entonces, se preguntó si sería así como se sentiría un ciego. Fue agitando los brazos por delante de él, como si de antenas se tratara.

El frío aumentaba minuto a minuto y él se detenía de vez en cuando para soplar sobre sus manos, que mantenía bajo los sobacos. Con todas sus

fuerzas, deseaba poder hacer lo mismo con los pies. «Ahora —pensó—, si empieza a llover, no caerá agua, sino nieve…, o, peor aún, cellisca».

Adelante…, adelante. No había otro remedio.

De pronto, le pareció que descendía. O se trataba de su imaginación o, realmente, había coronado la cúpula.

Se detuvo. Si había conseguido coronar la cúpula, tendría que distinguir el resplandor artificial de la estación meteorológica. Vería las luces que los propios meteorólogos llevaban; luces resplandecientes, moviéndose cual luciérnagas.

Seldon cerró los ojos, como si quisiera acostumbrarlos a la oscuridad, para volver a abrirlos después, aunque supo que era un esfuerzo sin sentido. No estaba más oscuro con los ojos cerrados que con ellos abiertos, y cuando los abría, no veía más luz que si los mantenía cerrados.

Era posible que Leggen y los demás se hubieran ido, llevándose sus luces con ellos y apagando las de los instrumentos. Tal vez Seldon había escalado una cúpula equivocada, o seguido un camino equivocado alrededor de otra cúpula de forma que, en ese momento, miraba en dirección contraria. O había seguido una depresión equivocada, alejándose así el bosquecillo, también en dirección equivocada.

¿Qué podía hacer?

Si miraba hacia otro lado, cabía la posibilidad de que la luz fuera visible a derecha o izquierda…, y no era así. Si el camino seguido era el incorrecto, le sería imposible volver al bosquecillo y localizar otro camino.

Su única oportunidad estribaba en la suposición de que se encontraba en la dirección correcta y que la estación meteorológica se encontraba, más o menos, frente a él, aunque los meteorólogos se hubieran ido dejándola a oscuras.

¡Adelante, pues! Las probabilidades de éxito quizá fueran escasas, más era lo único que podía intentar.

Estimó que había tardado una media hora en ir de la estación meteorológica a la cúpula, y que parte del camino lo había hecho con Clowzia, paseando más que andando. Ahora, en cambio, caminaba deprisa en aquella espantosa oscuridad.

Seldon continuó arrastrándose hacia delante. Hubiera sido agradable saber qué hora era, claro que él tenía una cinta horaria, pero a oscuras…

Descansó. Llevaba una cinta horaria trantoriana que daba la hora galáctica, general (como todas las cintas horarias), y también la trantoriana local. Las cintas, fosforescentes, solían ser visibles en la oscuridad, de modo que uno podía ver la hora en la silenciosa penumbra de un dormitorio. Las heliconianas podían leerse a oscuras, ¿por qué no una trantoriana?

Miró su cinta con cierta aprensión y apretó el botón que provocaría un foco de luz. La cinta brilló débilmente y le hizo ver que eran las 18.47. Que fuera de noche a aquella hora significaba que ya habían entrado en la estación invernal… ¿Cuán lejos quedaba el solsticio? ¿Cuál era el grado de inclinación axial? ¿Cuánto duraba el año? ¿A qué distancia del Ecuador se hallaba él a la sazón? No podía conseguir respuesta alguna a esas preguntas, pero lo que contaba era que veía una chispita de luz.

¡No estaba ciego! En cierto modo, el débil resplandor de su cinta horaria le producía una renovada esperanza.

Se animó. Seguiría yendo en la misma dirección. Andaría por espacio de media hora. Si no encontraba nada, avanzaría cinco minutos más, no más, sólo cinco minutos. Si seguía sin encontrar algo, se detendría y reflexionaría. Eso representaba treinta y cinco minutos a partir de ese momento. Hasta entonces, se concentraría en andar y en obligarse a sentir calor (agitó vigorosamente los dedos de los pies. Todavía los sentía).

Seldon siguió su avance durante media hora. No había nada. Podía hallarse en ninguna parte, lejos de cualquier abertura en la cúpula. O, por el contrario, encontrarse a tres metros a la izquierda, o a la derecha, o frente a la estación meteorológica. Podía estar a dos brazadas de la abertura que, por supuesto, estaría cerrada.

—¿Y ahora, qué?

¿Serviría de algo gritar? Un profundo y absoluto silencio lo envolvía, excepto por el silbido del viento. Si había pájaros, bestias o insectos entre la vegetación de las cúpulas, no estaban allí en aquella estación, o a aquella hora de la noche, o en aquel lugar determinado. El viento seguía congelándole.

Quizás hubiera debido gritar durante todo el camino. El sonido llegaría lejos con el frío. Mas, ¿habría habido alguien para oírle?

¿Le oirían desde dentro de la cúpula? ¿Dispondría de instrumentos que detectaran los sonidos o los movimientos de arriba? ¿Habría algún centinela dentro?

Era una ridiculez. Hubieran oído sus pasos, ¿verdad?

Sin embargo…

—¡Socorro! —gritó—. ¡Socorro! ¿Puede oírme alguien?

Sus palabras sonaron ahogadas, como avergonzadas. Parecía una idiotez gritar en aquella inmensa negrura vacía.

Sin embargo, también parecía tonto vacilar en una situación como la suya. El pánico empezó a aumentar. Aspiró una profunda bocanada de aire frío y gritó mientras le duró el aliento. Otra aspiración y otro chillido, más estridente. Y otro más. Y otro.

Se detuvo, jadeante, y volvió la cabeza a uno y otro lado aunque no había nada que ver. Ni siquiera pudo detectar un eco. No podía hacer otra cosa que esperar al amanecer. ¿Cuánto duraba la noche en aquella estación del año? ¿Cuánto aumentaría el frío?

Sintió un contacto helado en el rostro. Y otro poco después.

Caía aguanieve, invisible, en la profunda oscuridad. Y no tenía forma de encontrar un refugio.

«Hubiera sido mejor que aquel *mini-jet* me hubiera visto y recogido —pensó—. En este momento tal vez me tendrían prisionero, pero, al menos, estaría caliente y cómodo».

También, si Hummin no se hubiera entrometido, él estaría de regreso en Helicon. Vigilado, desde luego, aunque caliente y cómodo. Ahora, eso era lo único que deseaba: calor y comodidad.

De momento, sólo podía esperar. Se agachó aun sabiendo que, por larga que fuera la noche, no se atrevería a dormir. Se descalzó y se frotó los helados pies. Rápidamente, volvió a ponerse los zapatos.

Sabía que tendría que repetir esa operación varias veces, así como restregarse manos y orejas durante toda la noche para activar la circulación. Pero lo más importante que necesitaba recordar era que *no debía* dormirse. Significaría su muerte.

Después de pensar con sumo cuidado en todo ello, los ojos se le cerraron y el sueño lo venció mientras la nieve iba cayendo sobre él, cubriéndolo.

SALVAMENTO

LEGGEN, JENARR. — ... *Su contribución a la meteorología, aunque considerable, palideció, ante lo que se conoce desde entonces como la Controversia Leggen. Que sus actos pusieron a Hari Seldon en peligro es indiscutible, pero persiste el argumento, y siempre ha estado presente, de si aquellos actos fueron provocados por circunstancias no intencionadas o formaban parte de una conspiración deliberada. Las pasiones ardieron en ambos lados, e incluso los más minuciosos estudios no han llegado a conclusiones definitivas. Sin embargo, las sospechas que se alzaron ayudaron a envenenar la carrera y la vida privada de Leggen en los años subsiguientes...*

Enciclopedia Galáctica

25

La luz del día no había desaparecido del todo, cuando Dors Venabili fue en busca de Jenarr Leggen. Éste respondió a su angustiado saludo con un gesto y un gruñido.

—Bien —dijo con cierta impaciencia—. ¿Cómo anduvo?

Leggen, que estaba introduciendo datos en su computadora, repitió:

—¿Cómo anduvo quién?

—Mi estudiante de la biblioteca, Hari. El doctor Hari Seldon. Subió contigo. ¿Te sirvió de algo?

Leggen apartó las manos de las teclas de su computadora y giró en redondo.

—¿Ese sujeto de Helicon? No me sirvió de nada. No demostró el mejor interés. Permaneció mirando el panorama en un lugar donde no existe panorama que mirar. Un tipo raro en verdad. ¿Por qué te empeñaste en enviármelo?

—No fue idea mía. Él *quería* ir. No lo comprendo. Parecía muy interesado… ¿Dónde está ahora?

Leggen se encogió de hombros.

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? Por alguna parte.

—¿Adónde fue después de bajar contigo? ¿Te lo dijo?

—No bajó con nosotros. Te repito que nada de aquello le interesaba.

—Entonces, ¿cuándo bajó?

—Lo ignoro. Yo no lo vigilaba; tenía muchísimo que hacer. Hace un par de días debió estallar un temporal de viento o caer algún chaparrón fuerte, algo inesperado. Nada de lo que registraron nuestros instrumentos ofrecía una explicación lógica de aquello o de por qué el sol que se esperaba hoy *no apareció*. Ahora, estoy tratando de encontrarle sentido y tú me estás *molestando*.

—¿Quieres decir que no le viste bajar?

—Mira. No pensaba en él. El muy idiota ni siquiera iba correctamente vestido y pude darme cuenta de que, al cabo de media hora, no resistiría el frío… Entonces, le hice ponerse uno de mis jerseys, aunque no iba a servirle de gran cosa para las piernas y los pies. Así que le dejé el ascensor abierto y le expliqué que éste lo llevaría abajo y luego subiría automáticamente. Todo era muy sencillo. Estoy seguro de que sintió frío y bajó; después, el ascensor volvió a subir y, más tarde, todos los demás descendimos juntos.

—Pero no sabes con exactitud en qué momento bajó.

—No, no lo sé. Ya te lo he dicho. Estaba ocupado. Desde luego, no se encontraba con nosotros cuando bajamos. La noche empezaba a caer y, además, amenazaba cellisca. Así que debió haber bajado.

—¿Lo vio alguien más?

—No lo sé. Tal vez Clowzia. Estuvo un momento con él. ¿Por qué no se lo preguntas a ella?

Dors encontró a Clowzia en su habitación. En aquel momento salía de tomar una ducha caliente.

—Hacía mucho frío allá arriba —comentó.

—¿Estuviste con Hari Seldon *Arriba*? —preguntó Dors.

Clowzia levantó las cejas.

—Sí, un momento —contestó—. Quería darse un paseo y se interesaba por la vegetación de *Arriba*. Es un chico muy agudo, Dors. Todo parecía interesarle, así que le fui contando lo que pude hasta que Leggen me llamó. Estaba de un humor de mil diablos. El tiempo no se comportaba como él deseaba y…

—Entonces, ¿no viste a Hari bajar en el ascensor? —la interrumpió Dors.

—No le volví a ver después de que Leggen me llamara… Pero *tiene* que estar aquí abajo. No se encontraba arriba cuando nos fuimos.

—Lo he buscado por todas partes.

Clowzia pareció turbada.

—No. *No tiene* por qué estar en algún lugar de aquí abajo —insistió Dors cada vez más angustiada—. ¿Y si sigue aún *Arriba*?

—Es imposible. No estaba allí. Desde luego, le buscamos antes de bajar. Leggen le había explicado cómo usar el ascensor. No iba vestido adecuadamente y el tiempo era espantoso. Leggen le advirtió que si tenía frío, no nos esperara. Y *tenía* frío. ¡Lo sé! Entonces, ¿qué otra cosa podía hacer *sino* bajar?

—Pero nadie lo vio… ¿Le ocurrió algo allá arriba?

—*Nada*. No mientras estuvo conmigo. Se hallaba perfectamente bien…, excepto que debía sentir frío, claro está.

—Puesto que nadie lo vio bajar, es probable que siga arriba. ¿No deberíamos ir en su busca? —preguntó Dors, ya inquieta de verdad.

—Ya te he dicho que eché una mirada antes de bajar —comentó Clowzia, nerviosa—. Había bastante luz aún y no se le veía por parte alguna.

—De todos modos, busquémosle.

—Pero *yo* no puedo llevarte arriba. Sólo soy una interna y no conozco la combinación para abrir la cúpula de *Arriba*. Tendrás que pedírselo al doctor Leggen.

26

Dors Venabili sabía que Leggen no subiría en ese momento de buen grado. Tendría que obligarle.

Primero volvió a comprobar en la biblioteca y las áreas de alimentación. Luego, llamó a la habitación de Seldon. Finalmente, subió y golpeó la puerta con los nudillos. Al no obtener respuesta, buscó al encargado de planta para que la abriera. Allí no estaba. Interrogó a los que le habían conocido las semanas anteriores. Ninguno de ellos le había visto.

Bien, obligaría, pues, a Leggen a que la condujera *Arriba*. Pero ya era de noche. Él comenzaría a protestar violentamente y, ¿cuánto tiempo podía permitirse perder en discutir con él si Hari Seldon había quedado atrapado arriba, en una noche glacial durante la cual el agua se transformaba en nieve?

Se le ocurrió una idea y fue corriendo a la pequeña computadora de la Universidad, que estaba siempre al tanto del paradero de los estudiantes, profesores y personal de servicio.

Sus dedos volaron sobre las teclas y no tardó en encontrar lo que buscaba.

Había tres de ellos en otra parte del *campus*. Firmó para conseguir un pequeño deslizador que la trasladara a ese lugar y no tardó en encontrar el domicilio que buscaba. Seguro que *uno* de ellos estaría disponible…, o resultaría disponible…, o resultaría fácil de localizar.

La suerte la acompañó. En la primera puerta a la que llamó le contestaron con una luz de indagación. Marcó su número de identificación,

que también incluía su departamento y filiación. La puerta se abrió y un hombre de mediana edad, algo grueso, se le quedó mirando. Debía de haber terminado de lavarse para cenar. Sus cabellos rubios estaban desordenados y no llevaba puesto nada de cintura para arriba.

—Lo siento —se excusó—. Me pilla en mal momento. ¿Qué puedo hacer por usted, doctora Venabili?

—Es usted Rogen Benastra —preguntó ella atropelladamente—, el jefe de sismología, ¿verdad?

—Sí.

—Se trata de una urgencia. Debo ver las fichas sismológicas de las últimas horas de *Arriba*.

Benastra se la quedó mirando.

—¿Por qué? Allí no ha ocurrido nada. Yo lo sabría. El sismólogo nos informaría.

—No estoy hablando del impacto de ningún meteorito.

—Ni yo tampoco. No necesitamos un sismógrafo para ello. Estoy refiriéndome a arenillas, pequeñas fracturas. Hoy no ha ocurrido nada de eso.

—Tampoco se trata de eso. Por favor. Lléveme a donde se encuentra el sismógrafo y léamelo. ¡Es cuestión de vida o muerte!

—Tengo una cita para cenar.

—¡Le he dicho vida o muerte, y lo digo en serio!

—No veo… —empezó Benastra, pero calló ante la mirada de Dors. Se secó el rostro, dejó un pequeño mensaje y se puso una camisa.

Fueron medio corriendo (impulsados por una Dors sin piedad) al pequeño Edificio de Sismología. Dors, que no entendía nada, preguntó:

—¿Hacia abajo? ¿Por qué descendemos?

—Vamos a ir por debajo de los niveles habitados. Claro. El sismógrafo debe estar fijado a la roca, lejos del clamor y la vibración de los niveles de la ciudad.

—Pero, ¿cómo puede indicar lo que ocurre en *Arriba* desde aquí?

—El sismógrafo está conectado por cable a unos transductores de presión colocados en el espesor de la cúpula. El impacto de un grano de

arena mandará cruzar la pantalla al indicador. Podemos detectar el efecto aplastante de un vendaval contra la cúpula, podemos…

—Sí, sí —exclamó Dors, impaciente. No había acudido a él para que le diera una conferencia sobre las virtudes y el refinamiento de los instrumentos—. ¿Puede detectar pisadas humanas?

—¿Pisadas humanas? *Arriba* no es probable —respondió, y parecía desconcertado.

—Claro que es probable. Esta tarde había un grupo de meteorólogos *Arriba*.

—Oh, bien, pero los pasos casi no se notarían.

—Se notarían si usted se fijara bien en ellos y eso es lo que quiero que haga.

La firme nota de autoridad en la voz de Dors pudo haber molestado a Benastra, pero, si ocurrió así, no dijo nada. Apretó un botón, y la pantalla de la computadora despertó.

En el extremo derecho del centro podía observarse un rápido punto de luz del que salía una línea horizontal que llegaba hasta el límite izquierdo de la pantalla. Había un ligero temblor en ella, una serie de pequeños sobresaltos al azar, que se movían, con firmeza, hacia la izquierda. Su efecto sobre Dors era casi hipnótico.

—Hay la máxima tranquilidad que puede haber —comentó Benastra—. Cualquier cosa que vea es el resultado, por arriba, del cambio de presión del aire, de gotas de lluvia quizás, el zumbido distante de motores. *Arriba* no hay nada fuera de lo normal.

—Está bien, ¿y hace unas horas? Compruebe lo marcado a las quince de hoy, por ejemplo. Seguro que debe de haber algún dato.

Benastra dio las correspondientes instrucciones a la computadora y el caos más absoluto se hizo en la pantalla durante unos segundos. Luego, todo movimiento cesó, y la línea horizontal volvió a aparecer.

—La sensibilizaré al máximo —murmuró Benastra. Ahora se notaban sacudidas pronunciadas que, mientras desaparecían a trompicones hacia la izquierda, cambiaron marcadamente de forma.

—¿Qué es eso? —preguntó Dors—. Explíquemelo.

—Como me ha dicho que hubo gente arriba, Venabili, yo diría que son pasos…, el desplazamiento de un peso, el impacto de unos zapatos. No sé lo que yo hubiera supuesto de no haber sabido lo de la gente que ha subido hoy. Es lo que solemos llamar una vibración benigna, no asociada con algo que sabemos que es peligroso.

—¿Puede decirme cuántas personas había?

—Desde luego, no a primera vista. Verá, lo que obtenemos aquí es el resultado de todos los impactos.

—Ha dicho: «no a primera vista». ¿Puede analizarse el resultado en componentes por medio de la computadora?

—Lo dudo. Éstos son efectos mínimos y hay que contar con el ruido inevitable. Los resultados no serían fiables.

—Bien. Adelante, hasta que las indicaciones de pasos cesen. ¿Puede usted forzar el «avance», por decirlo de alguna manera?

—Si lo hago, el tipo de avance de que me habla resultará un borrón que pasará a formar una línea recta con una ligera sombra por encima y por debajo. Lo que puedo hacer es avanzar hacia delante por etapas de quince minutos y estudiar los resultados rápidamente, antes de que desaparezcan.

—Bien. ¡Hágalo!

Ambos contemplaron la pantalla.

—Ya no hay nada, ahora. ¿Lo ve? —comentó Benastra.

Volvía a aparecer una línea con sólo pequeños sobresaltos de ruido.

—¿Cuándo cesaron los pasos?

—Hace dos horas. Quizás un poco más.

—Y cuando cesaron, ¿había menos que antes?

Benastra pareció vagamente molesto.

—No podría decírselo. No creo que el más minucioso análisis pudiera decidirlo con certeza.

Dors apretó los labios; luego, insistió:

—¿Está probando con un transductor…, es así como le ha llamado, cerca de la estación meteorológica?

—Sí, porque ahí es donde están los instrumentos y donde supongo estarían los meteorólogos. —Y como si le resultara increíble—. ¿Quiere que intente por los alrededores? ¿De uno en uno?

—No. Siga donde está. Pero manténgase avanzando de quince en quince minutos. Alguien puede haberse rezagado y tratado de regresar junto a los instrumentos.

Benastra sacudió la cabeza y masculló algo entre dientes. La pantalla volvió a cambiar.

—¿Y eso qué es? —exclamó Dors, señalando con el dedo.

—No lo sé. Ruido.

—No. Es un movimiento periódico. ¿No podrían ser los pasos de una sola persona?

—Sí, pero también podrían ser un montón de cosas más.

—Está acercándose al ritmo de pasos humanos, ¿no es verdad? —Y pasado un instante, ordenó—: Adelántelo un poco.

Lo hizo, y cuando la pantalla se normalizó, Dors preguntó:

—¿No están aumentando esas irregularidades?

—Es posible. Podemos medirlas.

—No tenemos que hacerlo. Ya ve que lo están haciendo. Los pasos se van acercando al transductor. Vuelva a adelantar. Vea cuándo cesan.

—Han cesado hace veinte o veinticinco minutos —comentó Benastra poco después, y añadió, cauteloso—: Sea lo que sea.

—Pasos —aseguró Dors, firme en su convicción—. Hay un hombre ahí arriba y mientras usted y yo hemos estado jugando aquí, él se ha derrumbado, va a congelarse y morirá. ¡Por favor, no me diga «Sea lo que sea»! Llame a meteorología y consígame a Jenarr Leggen. Ya le he dicho que era cuestión de vida o muerte. ¡Llame!

Benastra, crispado, había pasado a la fase en que era incapaz de resistirse a cualquier cosa que aquella mujer extraña y apasionada le exigiera.

No tardó más de tres minutos en conseguir el holograma de Leggen en la plataforma de mensajes. Le había apartado de su cena. Llevaba una servilleta en la mano y un brillo sospechosamente grasiento debajo del labio inferior. Su alargado rostro se contraía en una espantosa mueca.

—¿Vida o muerte? ¿Qué es eso? ¿Y quién es usted? —Luego, descubrió a Dors que se había acercado a Benastra para que su imagen se viera

también en la pantalla de Jenarr—. ¿Otra vez *tú*? —exclamó—. ¡Esto se ha convertido en una pesadilla!

—No lo es —contestó Dors—. He consultado con Rogen Benastra, que es el jefe de Sismología de la Universidad. Después de que tú y tu grupo salierais de *Arriba*, el sismógrafo muestra con toda claridad los pasos de una persona allí arriba. Es mi estudiante, Hari Seldon, el cual subió, a tu cargo, y que ahora se halla, con toda seguridad, inconsciente y tal vez a punto de morir.

»Por lo tanto, me llevarás arriba ahora mismo con el equipo que sea necesario. Y si no lo haces *de inmediato*, me dirigiré a seguridad universitaria…, o al propio Presidente si es preciso. De un modo u otro, iré a *Arriba*, y si algo le ocurre a Hari porque tú te retrases un sólo minuto, haré que te despidan por negligencia, incompetencia, por cualquier cosa que pueda achacarte; te haré perder todo *status* y que seas eliminado de la vida académica. Y si ha muerto, desde luego será homicidio por negligencia. O peor, puesto que te estoy advirtiendo de que está muriendo.

Jenarr, furioso, se volvió a Benastra.

—Detectó…

Pero Dors le interrumpió:

—Me ha dicho lo que ha detectado y yo te lo digo a ti. No estoy dispuesta a que lo confundas. ¿Vienes? ¿Ya?

—¿No se te ha ocurrido pensar que tal vez estés equivocada? —dijo Jenarr entre dientes—. ¿Sabes lo que puedo hacer contigo si todo esto no es más que una maldita falsa alarma? La pérdida de *status* puede funcionar en ambas direcciones.

—Pero el crimen, no —declaró Dors—. Estoy dispuesta a someterme a juicio por falsa alarma maliciosa. ¿Lo estás tú para un juicio por asesinato?

Jenarr enrojeció, quizá más por la necesidad de someterse que por la amenaza.

—Iré, pero no tendré compasión de ti, joven, si tu estudiante aparece, de cualquier forma, a salvo bajo las cúpulas, en las últimas horas.

Los tres se metieron en el ascensor, silenciosos, tensos. Leggen sólo había comido parte de su cena y había dejado a su mujer en el área de alimentación sin explicación alguna. Benastra estaba sin cenar y, posiblemente, había decepcionado a alguna compañera, también sin una explicación adecuada. Tampoco Dors Venabili había cenado y parecía la más tensa y angustiada de los tres. Llevaba una manta térmica y dos lámparas fotónicas.

Cuando llegaron a la entrada de *Arriba*, Leggen, con las mandíbulas contraídas, mostró su número de identificación y las puertas se abrieron. Un viento helado los envolvió y Benastra protestó. Ninguno de los tres estaba vestido de manera adecuada, ya que los dos hombres no tenían la intención de permanecer allí largo rato.

—Está nevando —dijo Dors con voz ahogada.

—Nieve húmeda —aclaró Leggen—. La temperatura se halla al borde de la congelación, pero no es un frío mortal.

—Depende del rato que uno pase en él, ¿verdad? —comentó Dors—. Y estar empapado bajo la nieve no ayuda gran cosa.

—Bueno, ¿dónde está? —preguntó Leggen, mirando resentido a la oscuridad, empeorada por el contraste de luz procedente de la entrada, detrás de él.

—Tome, doctor Benastra, coja la manta. Y tú, Leggen, entorna la puerta sin cerrarla del todo.

—No tiene cierre automático. ¿Crees que somos idiotas?

—Quizá no, pero puede cerrarse desde dentro y dejar a cualquiera que se encuentre afuera ante la imposibilidad de volver a entrar.

—Si hay alguien aquí, señálamelo. Muéstramelo —barbotó Leggen.

—Puede estar en cualquier parte. —Dors levantó los brazos, con una lámpara fotónica en cada mano, colgadas de las muñecas.

—No podemos mirar por todas partes —murmuró Benastra angustiado.

Las lámparas se encendieron e iluminaron en todas direcciones. Los copos de nieve brillaban como multitud de luciérnagas, dificultando la visión.

—Los pasos parecían más fuertes —musitó Dors—. Tenía que estar acercándose al transductor. ¿Dónde está situado?

—No tengo la menor idea —contestó Leggen—. Esto no tiene nada que ver ni con mi especialidad, ni con mi responsabilidad.

—¿Doctor Benastra?

La respuesta de Benastra fue dubitativa:

—En realidad, no lo sé. A decir verdad, jamás había subido aquí. Lo instalaron antes de mi tiempo. La computadora lo sabe, pero nunca se nos ha ocurrido preguntárselo… Estoy muerto de frío y no veo qué utilidad puede tener para ustedes el que yo esté aquí.

—Tendrá que quedarse un poco más. Síganme —ordenó Dors—. Voy a rodear la entrada en espiral, hacia fuera.

—No podremos ver gran cosa a través de la nieve —observó Leggen.

—Ya lo sé. Si no nevara, ya lo tendríamos, estoy segura de que lo habríamos visto. Así, a lo mejor tardamos unos minutos. Podremos aguantarlos. —A pesar de todo no estaba tan segura como sus palabras daban a entender.

Empezó a andar, moviendo los brazos, proyectando las luces lo más ampliamente posible, forzando la vista en busca de una mancha oscura sobre la nieve. Pero fue Benastra quien primero señaló algo.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Dors juntó las dos lámparas formando un resplandeciente cono de luz hacia la dirección indicada. Después corrió hacia allá, seguida por los otros dos.

Lo habían encontrado, contraído y empapado, a unos diez metros de la puerta, y a cinco del instrumento meteorológico más cercano. Dors le tomó el pulso, aunque era innecesario hacerlo porque, respondiendo a su contacto, Seldon se agitó entre gemidos.

—Deme la manta, doctor Benastra —pidió Dors con la voz ahogada por el alivio. La desplegó y la extendió sobre la nieve.

—Colóquenlo encima con cuidado, que ya lo envolveré yo. Luego, lo bajaremos.

Una vez en el ascensor, empezó a salir vapor de la manta al alcanzar ésta la temperatura de la sangre.

—Una vez le tengamos en su habitación, Leggen —dijo Dors— consígueme un médico, un buen médico, y procura que venga de inmediato.

Si el doctor Seldon sale de ésta sin daño, no diré nada, pero *únicamente* si no le ocurre nada. Recuerda…

—No es preciso que me sermonees —cortó Leggen con acritud—. Lamento lo ocurrido y haré cuanto esté en mi mano, pero mi única falta fue, en primer lugar, permitir que este hombre subiera a *Arriba* con nosotros.

La manta se movió y se oyó una voz baja y débil. Benastra tuvo un sobresalto ya que la cabeza de Seldon estaba apoyada en el hueco de su codo.

—Creo que trata de decir algo —advirtió.

—Lo sé —asintió Dors—. Ha dicho: «¿Qué pasa?»

Y no pudo evitar echarse a reír. ¡Le parecía una frase tan normal!

28

El médico estaba encantado.

—Jamás había visto un caso de enfriamiento —explicó—. Uno no se enfría en Trantor.

—Puede que no —repuso Dors con frialdad—, y me alegro de que tenga la oportunidad de experimentar esta novedad, pero no querrá decir con eso que no sabe cómo tratar al doctor Seldon, ¿verdad?

El médico, un hombre mayor, calvo, con bigotito gris, se erizó:

—Claro que sé. Los casos de enfriamiento en los Mundos Exteriores son muy corrientes, algo cotidiano, y he leído mucho sobre ellos.

El tratamiento consistió en suero antiviral por una parte y el uso de un envoltorio de microondas por otra.

—Esto debería solucionarlo —aclaró el médico—. En los Mundos Exteriores utilizan métodos más complicados en los hospitales, pero nosotros no los tenemos aquí, en Trantor. Le he puesto un tratamiento para casos benignos, pero estoy seguro de que servirá.

Dors pensó, algo más tarde, mientras Seldon se estaba recuperando sin mayor complicación, que tal vez por ser oriundo del Mundo Exterior había podido sobrevivir. La oscuridad, la nieve y el frío no le eran del todo

desconocidos. Un trantoriano quizás hubiera sucumbido en parecidas circunstancias, no tanto por el trauma físico como por el psíquico.

No estaba segura de estar en lo cierto, claro, ya que tampoco ella era trantoriana.

Apartó aquellos pensamientos de su mente, se acercó una silla a la cabecera de la cama de Hari y se dispuso a esperar.

29

En la mañana del segundo día, Seldon despertó y vio a Dors que estaba sentada junto a la cama, mirando un libro-película y tomando notas.

—¿Todavía aquí, Dors? —preguntó Seldon en voz que era casi normal.

—No puedo dejarte solo, ¿no te parece? —respondió ella, dejando el libro—. Y no confío en nadie.

—Tengo la impresión de que todas las veces que he despertado, te he visto. ¿Has estado aquí todo el tiempo?

—Despierta o dormida, sí.

—¿Y tus clases?

—Tengo un ayudante que se ha hecho cargo de ellas por el momento.

Dors se inclinó y tomó la mano de Hari. Al notar su turbación (Después de todo él estaba en cama), la soltó.

—Hari, ¿qué ocurrió? Yo estaba tan asustada…

—Tengo que hacerte una confesión —dijo Seldon.

—¿De qué se trata Hari?

—Pensé que quizá formabas parte de una conspiración…

—¿Una *conspiración*? —repitió ella con vehemencia.

—Quiero decir, para hacerme subir a *Arriba*, donde me encontraría fuera de la jurisdicción universitaria y, por tanto, expuesto a ser detenido por las fuerzas imperiales.

—¡Pero, si *Arriba* no está fuera de la jurisdicción universitaria! El sector jurisdiccional de Trantor va del centro planetario al cielo.

—Ah, yo no lo sabía. Pero no viniste conmigo porque, según dijiste, tenías muchísimo trabajo, y, cuando me puse paranoico, pensé que me

abandonabas deliberadamente. Por favor, perdóname. Es obvio que fuiste tú quien me ha bajado de allí. ¿Se preocupó alguien más?

—Se trata de hombres con muchas obligaciones —explicó Dors, prudente—. Creyeron que habías bajado antes que ellos. Creo que la idea era perfectamente plausible.

—¿También lo creyó Clowzia?

—¿La joven interna? Por supuesto que sí.

—De todos modos, pudo tratarse de una conspiración. Sin ti, creo que…

—No, Hari, todo ha sido culpa *mía*. Yo no tenía ningún derecho a dejar que subieras solo. Mi obligación era velar por ti. No puedo dejar de censurarme por lo ocurrido, eso de que te perdieras…

—No, espera un poco —la interrumpió Seldon, indignado—. No me perdí. ¿Qué te has creído que soy?

—Me gustaría saber cómo lo llamas tú. No estabas por ninguna parte cuando los otros bajaron, y no supiste encontrar el camino de vuelta a la entrada, o a los alrededores de la entrada, hasta bien entrada la noche.

—No ocurrió así. No me perdí por el mero hecho de alejarme y no poder encontrar el camino de vuelta. Te he dicho que sospechaba una conspiración y tenía motivos para ello. No soy tan paranoico.

—Bien, entonces, ¿qué *ocurrió*?

Seldon se lo contó. No tuvo problemas para recordarlo con todo detalle; lo había vivido como una pesadilla durante la mayor parte del día anterior.

Dors lo escuchó, ceñuda.

—Eso es imposible. ¿Un *mini-jet*? ¿Estás seguro?

—Por supuesto que estoy seguro. ¿Crees que sufrí alguna alucinación?

—Era imposible que las fuerzas imperiales estuvieran buscándote. No podían detenerte en *Arriba* sin crear el mismo desbarajuste salvaje que si hubieran enviado un piquete de policías para detenerte en el *campus*.

—Entonces, ¿cómo explicas lo ocurrido?

—No estoy segura —respondió Dors—, aunque es posible que las consecuencias de que yo no te acompañara arriba pudieron ser peores de lo que han sido y Hummin estará furioso conmigo.

—Entonces, no se lo digamos —aconsejó Seldon—. Todo ha terminado bien.

—Debemos hacerlo —insistió Dors—. Tal vez no haya terminado todo.

30

Aquella noche, Jenarr Leggen acudió a visitarle. Fue después de la cena y miró a Dors y a Seldon varias veces, como preguntándose qué decirles. Ni uno ni otro se prestaron a ayudarle, sino que ambos esperaron pacientemente. No les dio la impresión de que fuera un maestro en el arte de la conversación intrascendente. Al fin, se decidió a hablar.

—He venido a ver cómo se encontraba —dijo a Seldon.

—Perfectamente bien —contestó éste—, excepto que estoy soñoliento. La doctora Venabili me ha dicho que el tratamiento me tendrá atontado durante unos días, supongo que necesito este descanso —sonrió—, y, con franqueza, no me parece mal.

Leggen aspiró aire a fondo, lo exhaló, titubeó y, entonces, como si le arrancaran las palabras a la fuerza, continuó:

—No le entretendré mucho rato. Comprendo perfectamente que necesite descansar. Pero, lo que sí quiero decirle es que siento todo lo ocurrido. No debí haber supuesto, con tanta tranquilidad, que había vuelto solo abajo. Dado que usted era un novato, debí haberme responsabilizado de usted. Después de todo, yo había permitido que subiera. Confío en que llegue a… perdonarme. Esto es todo lo que quería decirle.

Seldon bostezó, cubriéndose la boca con la mano.

—Perdóneme. Como todo ha terminado felizmente, no debemos abrigar rencores. En cierto modo, no fue culpa suya. No debí haberme alejado y, además, lo que ocurrió fue…

—Bien, Hari —se apresuró a interrumpirle Dors—, basta de conversación, te lo ruego. Relájate. Pero yo quiero hablar contigo, Leggen, antes de que te marches. En primer lugar, comprendo que te preocupes por las posibles repercusiones que este asunto pueda tener para ti. Pero yo te prometí que si el doctor Seldon se recuperaba, no diría nada. Parece que así ha sido, de modo que puedes estar tranquilo…, de momento. Sin embargo,

me gustaría preguntarte algo más, y confío en que esta vez tenga tu absoluta y libre cooperación.

—Lo intentaré, Venabili —repuso Leggen, inquieto.

—¿Ocurrió algo inesperado durante vuestra permanencia *Arriba*?

—Claro, perdí al doctor Seldon, error por lo que acabo de excusarme.

—No, no me refiero a eso. ¿Ocurrió algo fuera de lo normal?

—No, nada. En absoluto.

Dors miró a Seldon y éste frunció el ceño. Le pareció que Dors trataba de confirmar su historia y buscar una versión independiente. ¿Acaso pensaba ella que él había imaginado la nave rastreadora? Le hubiera gustado objetar vivamente, pero ella había alzado la mano para que callara, como tratando de evitar esa posibilidad. Cedió y, en parte, fue debido a que, en realidad, deseaba dormir. Confió en que Leggen no tardara en marcharse.

—¿Estás seguro? —insistió Dors—. ¿No hubo intrusiones del exterior?

—No, claro que no. Oh…

—¿Sí?

—Hubo un *mini-jet*.

—¿Te pareció peculiar?

—No, desde luego que no.

—¿Por qué no?

—Esto se está pareciendo mucho a un interrogatorio, doctora Venabili. Y no me gusta.

—Lo comprendo, doctor Leggen, pero todas estas preguntas tienen que ver con la desastrosa aventura del doctor Seldon. Tal vez todo este asunto sea mucho más complicado de lo que habíamos pensado.

—¿En qué sentido? —preguntó él, y su voz tuvo un tono distinto—. ¿Nuevas cuestiones que requerirán nuevas excusas? En tal caso, puede que crea necesario marcharme.

—No antes de que me expliques por qué no te parece raro un *mini-jet* de vigilancia.

—Porque, mi querida amiga, varias estaciones meteorológicas de Trantor poseen *mini-jets* para el estudio directo de las nubes en la atmósfera. Lo que ocurre es que nuestra estación no tiene ninguno.

—¿Por qué no? Podría resultaros útil.

—Por supuesto. Pero ni competimos con nadie, ni mantenemos secretos. Nosotros informamos de nuestros descubrimientos; ellos informan de los suyos. Por lo tanto, es de sentido común trabajar en especialidades y campos diferentes. Sería idiota duplicar los esfuerzos. El dinero y la energía humana que gastaríamos en *mini-jets* puede ser aplicada en refractómetros mesónicos, en tanto que otros lo gastan en lo primero y ahorran en lo segundo. Después de todo, puede que haya competitividad y mala intención entre los sectores, pero la ciencia es una cosa, la única cosa, que nos mantiene unidos. Me figuro que lo sabes —añadió con ironía.

—Desde luego que lo sé; mas es una curiosa coincidencia que alguien mande un *mini-jet* a tu estación justo el mismo día en que tú vas a trabajar en ella, ¿no crees?

—En absoluto. Anunciamos que ese día, precisamente, íbamos a medir, y alguna otra estación debió pensar, con toda sensatez, que aprovecharían la ocasión para tomar medidas nefelométricas simultáneas (nubes, ya sabes). Los resultados, si son tomados en conjunto, suelen resultar mejores y ser más útiles que tomados por separado.

De pronto, Seldon preguntó con voz incierta:

—Entonces, ¿sólo tomaban medidas? —Y volvió a bostezar.

—Sí —contestó Leggen—. ¿Qué otra cosa podían estar haciendo?

Dors parpadeó, como solía hacer cuando trataba de pensar con rapidez.

—Hasta aquí, todo concuerda. ¿A qué estación pertenecía este *mini-jet*?

—No esperarás que pueda decírtelo.

—Pensaba que cada *mini-jet* meteorológico llevaría el distintivo de su estación de procedencia.

—Claro, pero no me fijé, ¿sabes? Yo tenía un trabajo que hacer y dejé que ellos hicieran el suyo. Cuando manden su informe, sabré de dónde procedía.

—¿Y si no informan?

—Entonces, tendré que suponer que sus aparatos no funcionaron. Suele ocurrir. —Tenía el puño cerrado y crispado—. ¿Hemos terminado ya?

—Espera un momento. ¿De dónde supones que *podía* haber venido el *mini-jet*?

—De cualquier estación que los use. Con un día de antelación, y se les avisa con mucho más tiempo, cualquiera de esas naves puede llegar hasta nosotros desde cualquier punto del planeta.

—¿De dónde es más probable que lo haga?

—Resulta difícil decirlo. ¿Hestelonia, Wye, Ziggoreth, Damiano del Norte…? Desde cualquiera de estas cuatro estaciones, pero *podría* pertenecer a alguna de las cuarenta y tantas restantes.

—Una pregunta más, sólo una más. Cuando anunciaste que tu grupo estaría *Arriba*, ¿mencionaste, por casualidad, que un matemático, el doctor Seldon, os acompañaría?

Una expresión de profunda y sincera sorpresa cruzó por el rostro de Leggen, una expresión que, al momento, se volvió despectiva:

—¿Y por qué iba yo a mencionar nombres? ¿A quién podían interesar?

—Está bien —concluyó Dors—. La verdad del caso es pues que el doctor Seldon vio el *mini-jet* y le desconcertó, no sé bien por qué, y su memoria está algo confusa aún. Más o menos, huyó del *mini-jet*, se perdió y no intentó regresar, o no se atrevió, hasta que se hizo de noche, y no supo orientarse a oscuras. No se te puede censurar por ello, así que olvidémoslo por ambas partes. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¡Adiós! —Dio media vuelta y se marchó.

Cuando Leggen se hubo ido, Dors se levantó, quitó las zapatillas a Seldon con cuidado, lo colocó bien en la cama y lo tapó. Estaba profundamente dormido, desde luego.

Entonces, se sentó y empezó a meditar. ¿Cuánto de lo que Leggen había dicho era cierto, y qué era posible que ocultase bajo sus palabras? Lo ignoraba.

MYCOGEN

MYCOGEN. — ... *Un sector del antiguo Trantor… Sepultado en el pasado de sus propias leyendas. Mycogen causó poco impacto en el planeta. Autosatisfecho y autoseparado hasta cierto punto…*

Enciclopedia Galáctica

31

Cuando Seldon despertó, se encontró con un nuevo rostro que le observaba solemnemente. Por un momento, entornó los ojos.

—¿Hummin? —preguntó.

Éste le sonrió vagamente.

—Así que me recuerdas.

—Sólo fue durante un día, hace cosa de dos meses, pero te recuerdo. No te detuvieron, pues, ni te molestaron.

—Como puedes ver, aquí estoy, sano y salvo, pero no ha sido demasiado fácil llegar hasta aquí. —Y miró a Dors que estaba algo apartada.

—Me alegra verte —dijo Seldon—. Por cierto, ¿te importa…? —Y señaló con el dedo hacia el cuarto de baño.

—Tómate el tiempo que necesites —accedió Hummin—. Desayuna.

Hummin no lo acompañó en el desayuno. Ni Dors tampoco. Ni hablaron. Hummin revisaba un libro-película en actitud absorta. Dors se contemplaba las uñas con aire crítico para, después, sacar una microcomputadora y empezar a tomar notas con una estilográfica.

Seldon los contemplaba, pensativo, sin intentar el inicio de una conversación. El silencio podía estar causado por alguna reserva trantoriana habitual en la habitación de un enfermo. Estaba seguro de encontrarse perfectamente bien, pero ellos, quizá, no se daban cuenta.

Cuando hubo tragado el último bocado y la última gota de leche (a la que era obvio que se había acostumbrado porque ya no encontraba ningún sabor raro) Hummin se dirigió a él.

—¿Cómo te encuentras, Seldon?

—Perfectamente bien, Hummin. Lo bastante como para levantarme y empezar a hacer cosas.

—Me alegra oírlo. Dors Venabili tuvo mucha culpa al permitir que ocurriera todo esto.

—No, yo insistí en ir a *Arriba* —declaró Seldon.

—Te creo, pero debió acompañarte a toda costa.

—Le dije que no quería que lo hiciera.

—No es cierto, Hari —protestó Dors—. No me defiendas con mentiras.

Seldon insistió, enfadado.

—Pero no te olvides de que fue Dors quien subió en mi busca venciendo toda clase de resistencia y que, esto es indudable, me salvó la vida. Y no estoy disfrazando la verdad. ¿Has añadido esto a tu evaluación, Hummin?

Dors volvió a interrumpirle, claramente disgustada.

—Por favor, Hari. Chetter Hummin tiene toda la razón al pensar que debí haber impedido que subieras a *Arriba* o haber ido contigo. Respecto a mis actos subsiguientes, ya me ha felicitado.

—Sin embargo —observó Hummin—, todo ha pasado y podemos olvidarlo. Hablemos ahora de lo que ocurrió *Arriba*, Seldon.

Éste miró a su alrededor.

—¿No es arriesgado hacerlo? —preguntó con cautela.

Hummin se permitió una leve sonrisa.

—Dors ha encerrado esta habitación en un Campo de Distorsión. Tengo la casi seguridad de que ningún agente imperial en la Universidad, si lo hubiera, es lo bastante experto para penetrarlo. Eres un tipo suspicaz, Seldon.

—No por naturaleza. Escuchándote en el parque, y después… Además, eres muy persuasivo, Hummin. Antes de que terminaras, yo estaba dispuesto a pensar que había un Eto Demerzel acechando en las sombras.

—A veces creo que puede estar —dijo Hummin gravemente.

—Si así fuera, yo no lo reconocería. ¿Qué aspecto tiene?

—Eso importa poco. No le verías a menos que él quisiera que le vieras y, para entonces, todo habría terminado, supongo…, que es lo que debemos evitar. Hablemos ahora del *mini-jet* que viste.

—Como te he dicho, Hummin, me has metido el miedo de Demerzel en el cuerpo. Tan pronto como vi el *mini-jet*, supuse que venía a por mí, que había cometido una imprudencia y salido fuera del área protectora de la Universidad de Streeling al ir a *Arriba*; que había sido atraído allí con la intención específica de que me detuvieran sin ninguna dificultad.

—Leggen, por el contrario… —interrumpió Dors.

—¿Estuvo aquí anoche? —preguntó Seldon vivamente.

—Sí, ¿no te acuerdas?

—De un modo muy vago. Me encontraba muerto de cansancio. No es más que una mancha en mi memoria.

—Bueno, cuando Leggen estuvo aquí anoche dijo que el *mini-jet* era una nave meteorológica procedente de otra estación. Perfectamente normal. Perfectamente inocua.

—¿Cómo? No puedo creerlo.

—La cuestión, ahora, es: *¿por qué* no lo crees? ¿Había algo en el *mini-jet* que te hizo pensar que fuera peligroso? Algo específico, quiero decir, y no sólo una sospecha insistente que yo te hubiera metido en la cabeza.

Seldon reflexionó, mordiéndose el labio inferior.

—Sus *movimientos*. Daba la sensación de que metía el morro por debajo de las capas de nubes buscando algo; luego, aparecía por otro punto del mismo modo, después en otro y así sucesivamente. Parecía buscar algo,

metódicamente, por *Arriba*, Sección por Sección, volviendo siempre a donde yo estaba.

—Quizá personalizabas demasiado, Seldon. Pudiste tratar al *mini-jet* como si fuera un extraño animal que fuera en tu busca —observó Hummin—. Desde luego, no lo era. Sólo se trataba de un *mini-jet* y si se trataba de una nave meteorológica, sus movimientos eran perfectamente normales…, e inofensivos.

—A mí no me lo pareció así —porfió Seldon.

—Te creo, pero la verdad es que no sabemos nada. Tu convicción de que estabas en peligro es una mera suposición. La decisión de Leggen de que era una nave meteorológica es una suposición también.

—No puedo creer que actuara inocentemente —insistió Seldon, obstinado.

—Bueno —concedió Hummin—, supongamos que aceptamos lo peor…: la nave *estaba* buscándote. ¿Cómo podía saber, quienquiera que fuera en ella a buscarte, que te hallabas allí para ser encontrado?

Dors intervino.

—Pregunté al doctor Leggen si en su informe previo al trabajo meteorológico, había incluido la información de que Hari iría con el grupo. No tenía por qué hacerlo, en circunstancias ordinarias y negó haberlo hecho; además, pareció muy sorprendido ante mi pregunta. Yo lo creí.

—Pues no lo hagas con tanta facilidad —dijo Hummin, pensativo—. ¿Acaso no lo negaría, de ser cierto? Ahora, pregúntate por qué permitió, en primer lugar, que Seldon los acompañara. Sabemos que protestó al principio, pero que acabó cediendo, y sin demasiada dificultad. Y eso, para mí, desentona con el estilo de Leggen.

—Parece más plausible que preparara la cosa —comentó Dors—. Quizá permitió la compañía de Hari a fin de ponerle en situación de ser aprehendido. Pudo haber recibido órdenes al efecto. Podemos añadir, además, que animó a la joven interna, Clowzia, a entretener a Hari y apartarle del grupo, dejándole aislado. Esto justificaría la falta de preocupación de Leggen por la ausencia de Hari cuando llegara la hora de marcharse. Insistiría en que Hari bajó antes, algo que él había preparado ya, puesto que le explicó cómo bajar solo. También justificaría su desgana de

subir en su busca, dado que no querría perder tiempo en tratar de encontrar a alguien que él sabía muy bien que no iba a estar allí.

Hummin, que había escuchado atentamente, observó:

—Planteas muy bien el caso en contra suya, pero tampoco lo aceptaremos. Después de todo, al final te acompañó.

—Porque habíamos detectado pasos. El jefe de Sismología puede dar fe de ello.

—Bien, ¿demostró Leggen sorpresa y asombro cuando encontrasteis a Seldon? Quiero decir, por encima del hecho de hallar a alguien expuesto a un peligro extremo por la propia negligencia de Leggen, ¿obró como si Seldon no hubiera debido estar allí? ¿Se comportó como si se preguntara: cómo es que no se lo han llevado?

Dors pensó cuidadosamente, y contestó:

—Se mostró impresionadísimo al ver a Hari tendido allí, sin embargo, no sabría decirle si en sus sentimientos había algo más que horror por la situación.

—No, me figuro que no.

Seldon, que había estado mirando a uno y a otro al hablarse y que escuchaba atentamente, intervino.

—No creo que fuera Leggen —dijo.

Hummin dirigió su atención hacia él.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque, como bien has dicho, era obvio que no quería mi compañía. Me costó un día de insistencia el conseguirlo y creo que accedió sólo porque tenía la impresión de que yo era un matemático inteligente que podría ayudarle en su teoría meteorológica. Yo estaba deseoso de subir, y si le hubiera ordenado que procurara llevarme a *Arriba*, no habría habido necesidad de hacerlo *tan* de mala gana.

—Es razonable suponer que te querría sólo por tus matemáticas. ¿Discutió de matemáticas contigo? ¿Trató de explicarte su teoría?

—No, no lo hizo. Dijo algo sobre una discusión posterior. El problema estribó en que estaba dedicado por entero a sus instrumentos. Me enteré de que esperaba que hubiera sol, mas éste no apareció y eso le hizo pensar que sus instrumentos podían haberle fallado, pero, al parecer, funcionaban

perfectamente lo que le produjo una fuerte frustración. Creo que esto fue algo tan inesperado que amargó su humor y le hizo olvidarse de mí. En cuanto a Clowzia, la joven que se ocupó de mí durante unos minutos, por más que lo pienso, no creo que me alejara de la escena deliberadamente. La iniciativa fue mía. Sentía curiosidad por la vegetación de *Arriba* y fui yo quien la apartó a ella, y no al contrario. Leggen, en lugar de animarla a que me alejara, la llamó mientras yo estaba aún con ella, y cuando me alejé, lo hice solo.

—Sin embargo —insistió Hummin, que parecía dispuesto a rebatir cualquier sugerencia que se le hiciera—, si aquella nave te buscaba, los que iban a bordo debían estar enterados de que te encontrabas allí. ¿Cómo podían saberlo…, excepto por Leggen?

—El hombre de quien yo sospecho es un joven psicólogo llamado Lisung Randa —repuso Seldon.

—¿Randa? —terció Dors—. No puedo creerlo. Lo *conozco*. Simplemente, no creo que trabajara para el Emperador. Se trata de un antiimperialista convencido.

—Puede fingir que lo es. En realidad, tendría que ser abierta, violenta y extremadamente antiimperialista si trata de ocultar el hecho de ser un agente imperial.

—Pues es precisamente todo lo contrario —insistió Dors—, ni violento ni extremado en nada. Es plácido, goza de buen carácter y siempre expresa sus opiniones con tranquilidad, casi con timidez. Estoy convencida de que es sincero.

—No obstante, Dors, él fue el primero que me habló del proyecto meteorológico, quien insistió para que subiera a *Arriba* y quien persuadió a Leggen de que me permitiera acompañarle, exagerando mis proezas matemáticas. Y uno se pregunta por qué tenía tanto empeño en hacerme subir, por qué se esforzaba tanto.

—Por tu propio bien, quizás, Hari. Se interesaba por ti, y debió pensar que la meteorología podía servirte para tu psicohistoria. ¿No lo crees posible?

—Estudiemos otro punto —cortó Hummin sin excitarse—. Transcurrió un tiempo considerable entre el momento en que Randa te habló del

proyecto meteorológico y el momento en que subiste. Si Randa es inocente de estar llevando a cabo un doble juego, no tendría motivos para guardar silencio. Si se trata de una persona amistosa y gregaria…

—Lo es —afirmó Dors.

—… podría haberlo comentado con varios amigos. En ese caso, sería imposible que supiéramos con seguridad quién pueda ser el informador. Supongamos ahora que Randa *es* un antiimperialista real. Eso no significa, necesariamente, que no se trate de un agente. Entonces, cabría preguntarnos: ¿de quién es agente? ¿En beneficio de quién trabaja?

Seldon se quedó estupefacto.

—¿Para quién puede trabajar si no es para el Imperio? ¿Para quién excepto para Demerzel?

Hummin alzó una mano.

—Estás muy lejos de entender toda la complejidad de la política de Trantor, Seldon —le interrumpió, y, volviéndose a Dors, pidió—: Dime otra vez, ¿cuáles eran los cuatro Sectores que el doctor Leggen mencionó como posibles orígenes de la nave meteorológica?

—Hestelonia, Wye, Ziggoreth y Damiano del Norte.

—¿Y no le hiciste la pregunta de forma directa? Quiero decir: ¿no le preguntaste de qué Sector determinado podía ser originario?

—En absoluto. Me limité a preguntarle si podía suponer de dónde procedía la nave.

—Y tú —dijo Hummin, volviéndose hacia Seldon—, ¿no distinguiste alguna marca, distintivo o insignia en el *mini-jet*?

Seldon hubiera querido responder acaloradamente que casi no podía distinguir la nave a través de las nubes, que aparecía fugazmente, que él no pensaba en buscarle distintivos en esos momentos, sólo en huir…, mas se contuvo. Hummin lo sabía de sobra, estaba seguro.

—Me temo que no —se limitó a responder.

—Si la nave iba en misión de secuestro —observó Dors—, ¿no habría llevado las insignias camufladas?

—Es una suposición razonable, y tal vez fuera así —continuó Hummin —, pero en esta Galaxia, no siempre triunfa la razón. No obstante, como

Seldon no parece haberse fijado en ningún detalle de la nave, sólo podemos especular. Estoy pensando en Wye.

—¿Por qué[1]? —exclamó Seldon—. Supongo que querían llevarme porque quienquiera que estuviera en la nave me buscaba por mi conocimiento de la psicohistoria.

—No, no —protestó Hummin alzando la mano como si reprendiera a un joven estudiante—. *Wye* es el nombre de un Sector de Trantor. Un Sector muy especial. Ha sido gobernado por una dinastía de alcaldes desde hace unos tres mil años. Ha sido una dinastía continua, una sola dinastía. Hubo un tiempo, quinientos años atrás, en que dos emperadores y una emperatriz de la Casa de Wye se sentaron en el trono imperial. Fue un período relativamente corto y ninguno de los gobernantes de Wye fue especialmente distinguido o afortunado, pero los alcaldes de Wye jamás han olvidado este pasado imperial.

»No se han mostrado desleales hacia las casas reinantes que les sucedieron, pero tampoco han hecho nada por ellas. Durante los ocasionales períodos de guerra civil, mantuvieron una especie de neutralidad, haciendo ciertas tentativas que más parecían estar calculadas para prolongar la guerra civil y hacer que se pensara en la necesidad de volverse hacia Wye para encontrar una solución de compromiso. Nunca consiguieron nada, sin embargo, tampoco dejaron de intentarlo.

»El actual alcalde de Wye está muy capacitado para gobernar. Ya es viejo, pero su ambición no se ha enfriado. Si le ocurriera algo a Cleon, de muerte natural, incluso, el alcalde tendría una oportunidad de sucesión por encima del propio, y demasiado joven, hijo de Cleon. El público galáctico se mostraría siempre un poco más parcial hacia un pretendiente con pasado imperial.

»Por consiguiente, si el alcalde de Wye ha oído hablar de ti, podrías servirle de útil profeta científico en beneficio de su casa. Habría motivos para que Wye tratara de organizar un final conveniente para Cleon, suponiendo que tú predijeras la inevitable sucesión de Wye y la paz y prosperidad durante los mil años siguientes. Como es natural, una vez el alcalde de Wye se sentase en el trono y no te necesitara más, podría ser que siguieras a Cleon a la tumba.

Seldon quebró el siniestro silencio que siguió a esas palabras:

—Pero *no sabemos* que sea el alcalde de Wye quien ande tras de mí.

—No, no lo sabemos. O quién te persiga en este momento. El *mini-jet* podía ser, después de todo, una nave de pruebas meteorológica, como Leggen ha sugerido. De todos modos, como la noticia relativa a la psicohistoria y su potencial se extienda, y lo hará, más y más poderosos o medio-poderosos de Trantor, o para el caso, de otras partes, querrán utilizar tus servicios.

—¿Qué vamos a hacer entonces? —preguntó Dors.

—He aquí la cuestión. —Hummin reflexionó un instante, luego dijo—: Tal vez fue un error venir aquí. Para un profesor, lo lógico es que el escondrijo elegido sea una Universidad. Streeling es una entre varias, pero de las mayores y más libres, así que no pasaría mucho tiempo antes de que largos tentáculos de aquí y de allí, empezaran a tantear a ciegas su camino hacia aquí. Creo que tan pronto como nos sea posible, quizás hoy mismo, Seldon debe ser trasladado a otro escondrijo mejor. Pero…

—¿Pero? —repitió Seldon.

—Pero no sé adónde.

—Busca en la pantalla de la computadora y elige un punto al azar —sugirió Seldon.

—De ningún modo —exclamó Hummin—. Si lo hiciéramos así, tanto podemos encontrar algo más seguro que mucho menos seguro. No, este asunto debe ser estudiado y razonado…, aunque, no sé cómo.

32

Los tres permanecieron reunidos en la habitación de Seldon hasta después del almuerzo. Durante ese tiempo, Hari y Dors hablaron de vez en cuando, tranquilamente, sobre diferentes temas, pero Hummin se mantuvo casi en completo silencio. Permaneció sentado, erguido; comió poco, y su expresión grave (que, en opinión de Seldon, le hacía parecer más viejo de lo que era) le mantuvo encerrado en sí mismo.

Seldon le imaginaba repasando la inmensa geografía de Trantor, buscando, mentalmente, un rincón que fuera ideal. Resultaba obvio que no era una tarea fácil.

El propio Helicon de Seldon era algo mayor, en escaso porcentaje, que Trantor y tenía un océano más pequeño. La superficie del planeta heliconiano era, tal vez, un 10% mayor que la de Trantor. Pero Helicon estaba poco poblado, de ahí su superficie salpicada de ciudades; Trantor era *todo* ciudad. Donde Helicon estaba dividido en veinte Sectores administrativos, Trantor contaba más de ochocientos y cada uno de éstos era, en sí, un complejo de subdivisiones.

Por fin Seldon, desesperado, sugirió:

—Quizá fuera mejor, Hummin, elegir qué candidato a mis supuestas habilidades es el más bondadoso, entregarme a él, y asegurarnos de que me defendiera de los demás.

Hummin levantó la mirada.

—No va a ser necesario —dijo con extrema seriedad—. Conozco al candidato que va a ser más bondadoso y que ya te tiene.

Seldon sonrió.

—¿Te colocas al mismo nivel que el alcalde de Wye y que el Emperador de toda la Galaxia?

—Desde el punto de vista de la posición, no. Pero en cuanto al deseo de controlarte, rivalizo con ambos. Sin embargo, ellos y cualquier otro que se me ocurra que pueda desear tenerte lo hará a fin de reforzar su propio poder y su riqueza, mientras que yo no tengo más ambición que el bien de la Galaxia.

—Sospecho —observó Seldon secamente— que cada uno de tus rivales, si se les interrogara, insistiría en que él también pensaba sólo en el bien de la Galaxia.

—Estoy seguro de que así sería; sin embargo, hasta ahora, el único de mis rivales, como tú les llamas, que tú conozcas, es el Emperador y se interesaba porque le adelantaras supuestas predicciones que pudieran estabilizar su dinastía. Yo no te pido nada parecido. Lo único que deseo es que perfecciones tu técnica psicohistórica de forma que tus predicciones,

aunque sólo sean de naturaleza estadística, resulten matemáticamente válidas.

—Cierto. Por lo menos hasta ahora —asintió Seldon, con una media sonrisa.

—Por lo tanto, puedo preguntarte: ¿Qué tal se presenta tu *tarea*? ¿Has progresado?

Seldon dudó si echarse a reír o enfurecerse. Después de una pausa, no hizo ni una cosa ni otra, sino que logró responder con calma:

—¿Progresado? ¿En menos de dos meses? Hummin, esto es algo que puede llegar a ocupar toda mi vida y las vidas de las docenas de los que me sigan e incluso…, acabar fracasando.

—No te estoy hablando de nada tan definitivo como una solución, ni siquiera como la esperanza de un principio de solución. Has declarado infinidad de veces que una psicohistoria útil es posible pero no práctica. Lo único que te estoy pidiendo es si te parece que existe alguna esperanza de que pueda hacerse práctica.

—Con toda franqueza, no.

—Perdonadme —intervino Dors—. No soy matemática, así que deseo que mi pregunta no os parezca una idiotez. ¿Cómo podéis saber que algo es, a la vez, posible pero no práctico? Te he oído decir, Hari, que, en teoría, podrías intentar visitar y saludar a toda la gente del Imperio, pero que no sería práctico porque no vivirías lo bastante para llevarlo a cabo. Pero, ¿cómo puedes decir que la psicohistoria es algo de este tipo?

Seldon miró a Dors con incredulidad.

—¿Quieres que te lo *explique*?

—Sí —contestó ella sacudiendo vigorosamente la cabeza de modo que sus rizos se agitaron.

—A decir verdad —interpuso Hummin—, también yo.

—¿Prescindiendo de las matemáticas? —preguntó Seldon sonriendo.

—Por favor —rogó Hummin.

—Bien… —Seldon se concentró para elegir un método de presentación. Luego dijo—: Si deseáis comprender algún aspecto del Universo, os ayudará a hacerlo simplificando todo aquello que podáis e incluyendo sólo aquellas propiedades y características esenciales para la comprensión. Si

queréis determinar cómo cae un objeto, debéis dejar de pensar en si es viejo o nuevo, rojo o verde, si huele o no. Elimináis aspectos como ésos y así no os complicaréis de manera innecesaria. La simplificación la podéis llamar modelo, o simulación, y podréis presentarla como una auténtica representación en una pantalla de computadora o como una relación matemática. Si pensáis en la primitiva teoría de la gravitación no relativista…

Dors le interrumpió al momento:

—Prometiste que no habría matemáticas. No trates de introducirlas llamándolas «primitivas»…

—No, no. Me refiero a «primitiva» porque ha sido conocida hasta donde nuestros archivos alcanzan, y su descubrimiento está envuelto en las brumas de la antigüedad, como la rueda y el fuego. En todo caso, las ecuaciones para dicha teoría gravitacional contienen, en sí, una descripción de movimientos de un sistema planetario, de una doble estrella, de mareas, y de muchos otros detalles. Sirviéndonos de tales ecuaciones, podemos incluso presentar una simulación pictórica y poner a un planeta girando alrededor de una estrella, o dos estrellas rodeándose una a otra en una pantalla bidimensional o montar un sistema más complicado en una holografía tridimensional. Estas simulaciones simplificadas facilitan la comprensión de cualquier fenómeno, mucho más que si tuviéramos que estudiar el fenómeno en sí. En realidad, sin las ecuaciones gravitacionales, nuestros conocimientos de los movimientos planetarios y de la mecánica celeste serían escasísimos en verdad.

»Ahora bien, a medida que se desea saber más y más sobre cualquier fenómeno, o cuando el fenómeno se hace más complejo, se necesitan ecuaciones más y más elaboradas, una programación más y más detallada y se acaba en una simulación computarizada que es más difícil de entender cada vez.

—¿No puedes conseguir una simulación de la simulación? —preguntó Hummin—. Así pasarías a otro grado.

—En ese caso, habría que eliminar ciertas características del fenómeno, características que es preciso incluir, y tu simulación resultaría inútil. La MSP, es decir, la «Menor Simulación Posible», gana en complejidad más

que el objeto que está siendo simulado y, con el tiempo, la simulación alcanza el fenómeno. Así, hace millares de años se estableció que el Universo como un todo, en *toda* su complejidad, no puede ser representado mediante una simulación menor que él.

»En otras palabras, es imposible conseguir una imagen del Universo como un todo si no se estudia el Universo entero. También se ha demostrado que si uno intenta sustituir simulaciones de una pequeña parte del Universo, luego de otra pequeña parte, y otra pequeña parte después, y así sucesivamente, con la intención de juntarlas todas para formar la imagen total del Universo, nos encontraríamos con que hay un número infinito de partes semejantes simuladas. Por lo tanto, llevaría un tiempo infinito comprender del todo el Universo y eso es otro modo de decir que resulta imposible obtener todos los conocimientos que existen.

—Hasta ahora, lo voy comprendiendo —confesó Dors un poco asombrada.

—Bien, pues, sabemos que las cosas relativamente sencillas son fáciles de simular y que a medida que se van haciendo más complejas se vuelven más difíciles de simular también hasta que, finalmente, es imposible simularlas. Pero, ¿a qué nivel de complejidad la simulación deja de ser posible? Bien, lo que he demostrado, sirviéndome de una técnica matemática descubierta por primera vez en el siglo pasado y escasamente utilizada incluso si uno se sirve de una rapidísima y gran computadora, es que nuestra sociedad galáctica no está a la altura. *Puede* ser representada por una simulación más simple que ella misma. Y yo pretendía demostrar que eso daría como resultado la posibilidad de predecir acontecimientos futuros de forma estadística…; es decir, estableciendo la probabilidad de una serie de acontecimientos alternos, más que prediciendo con claridad que alguno de ellos *tendrá* lugar.

—En tal caso —observó Hummin—, dado que *puedes* simular provechosamente la sociedad galáctica, sólo es cuestión de que lo hagas. ¿Por qué no es práctico?

—Lo único que he demostrado es que *no* llevará un tiempo infinito comprender la sociedad galáctica pero, si se precisan mil millones de años,

conseguirlo seguiría sin ser práctico. Por tanto, en esencia, para nosotros sería como un tiempo infinito.

—¿Es ése el tiempo que llevaría? ¿Mil millones de años?

—No he podido descubrir con exactitud cuánto tiempo tardaría, pero tengo la firme sospecha de que llevaría como mínimo, mil millones de años, por eso mencioné este número.

—Pero, en realidad, no lo sabes.

—He tratado de resolverlo.

—¿Sin éxito?

—Sin éxito.

—¿No te sirve la biblioteca de la Universidad? —Hummin miró hacia Dors al formular la pregunta.

Seldon movió la cabeza en un gesto negativo.

—En absoluto.

—¿No puede ayudarte Dors?

Dors suspiró.

—Yo no sé nada sobre ese tema, Chetter. Sólo puedo sugerir sistemas de búsqueda. Si Hari busca y no encuentra, mi ayuda es inútil.

Hummin se puso en pie.

—En tal caso, no nos sirve de nada quedarnos en la Universidad y yo *debo* encontrar un lugar donde esconderte.

Seldon alargó la mano y rozó su manga.

—Tengo una idea.

Hummin se le quedó mirando con los ojos entrecerrados, lo que parecía indicar sorpresa… o sospecha.

—¿Cuándo se te ha ocurrido? ¿Ahora mismo?

—No, hace algún tiempo que me ronda la cabeza, desde unos días antes de ir a *Arriba*. Esa pequeña experiencia la eclipsó de momento, pero el preguntarme por la biblioteca me lo ha recordado.

Hummin volvió a sentarse.

—Cuéntamela…, si no se trata de algo que esté rebozado en matemáticas.

—Nada de matemáticas. Ocurrió que mientras leía Historia en la biblioteca pensé que la sociedad galáctica era menos complicada en el

pasado. Hace doce mil años, cuando el Imperio estaba siendo establecido, la Galaxia contenía sólo unos diez millones de mundos habitados. Veinte mil años atrás, los reinos pre-imperiales incluían unos diez mil mundos en total. Adentrándome aún más en el pasado, ¿quién puede decir hasta dónde se reducía la sociedad? ¿Quizás a un solo mundo, como en las leyendas que tú mismo mencionaste, Hummin?

—¿Y crees que podrías resolver la psicohistoria si trataras con una sociedad galáctica más simplificada?

—Sí, me parece que sería factible hacerlo.

—Entonces —exclamó Dors entusiasmada—, supón que resuelves la psicohistoria para una sociedad del pasado más pequeña, y que puedes predecir, a partir de un estudio de la situación pre-imperial, lo que debería haber ocurrido mil años después de la formación del Imperio, entonces, podrías comprobar la situación de aquella época y ver cuánto te habías aproximado a la realidad.

—Si tenemos en cuenta que sabrías de antemano la situación del año 1000 de la Era Galáctica, no sería una prueba justa —observó Hummin con frialdad—. De una forma inconsciente, te dejarías influir por tus conocimientos previos y te sentirías empujado a elegir valores para tu ecuación que, con independencia de lo que hicieras, te darían la solución.

—No lo creo —dijo Dors—. Desconocemos la situación del año 1000 de la E.G., dato que deberíamos buscar. Después de todo, eso ocurrió hace once milenios.

El rostro de Seldon era la imagen de la desesperanza.

—¿Qué quieres decir con que no conocemos bien la situación del año 1000 de la E.G.? Ya había computadoras entonces, ¿verdad, Dors?

—Por supuesto que sí.

—Y unidades de almacenamiento de memoria y grabaciones auditivas y visuales. Deberíamos disponer de todos los documentos del año 1000 E.G., como tenemos los del 12020 E.G.

—En teoría sí, pero en la práctica… Bueno, ya sabes, Hari, es lo que tú dices. Podemos tener todos los archivos del año 1000, mas no sería práctico contar con ellos.

—Sí, pero lo que yo digo, Dors, se refiere a demostraciones matemáticas. No veo cómo puedes aplicarlo a documentos históricos.

Dors se defendió:

—Los archivos no son eternos, Hari. Los bancos de memoria pueden destruirse, o desfasarse, como resultado de ciertos conflictos o, simplemente, estar deteriorados por el tiempo. Cualquier fragmento de memoria, cualquier documento que no se coteje durante cierto tiempo, se transforma en una acumulación de ruidos. Se dice que un tercio del archivo de la Biblioteca Imperial no guarda más que un archivo de incoherencia, aunque, como es natural, la costumbre no permite que se retiren esos documentos. Otras bibliotecas están menos obligadas por la tradición. En la biblioteca universitaria de Streeling, retiramos lo que no vale cada diez años.

»Normalmente, los documentos consultados con más frecuencia y duplicados a menudo en varios mundos y en diversas bibliotecas, gubernamentales y particulares, están a salvo durante miles de años. Así que muchos de los hechos esenciales de la Historia galáctica siguen siendo conocidos, a pesar de que tuvieron lugar en los tiempos pre-imperiales. No obstante, cuanto más se retrocede, menos se conserva.

—¡No lo puedo creer! —exclamó Seldon—. Deberían sacarse copias nuevas de cualquier documento en peligro de desaparecer. ¿Cómo pueden dejarse perder los conocimientos?

—Conocimientos no deseados, conocimientos inútiles —explicó Dors—. ¿Puedes imaginarte el tiempo, esfuerzos y energía malgastados en un continuo renovar de datos no utilizados? Y esas pérdidas irían aumentando progresivamente con el tiempo.

—A pesar de eso, debería tenerse en cuenta el hecho de que alguien, en algún momento, podría necesitar unos datos, descartados con tanta imprudencia.

—Un dato determinado podría ser precisado una vez en mil años. Salvarlo todo por si se planteara semejante necesidad genera un costo. Incluso en la ciencia. Has hablado de las primitivas ecuaciones de gravitación y dicho que eran primitivas porque su descubrimiento se pierde en las brumas de la antigüedad. ¿Y eso por qué? ¿Acaso vosotros, los

matemáticos, no guardasteis todos los datos, toda la información, retrocediendo a los tiempos nebulosos en que se descubrieron dichas ecuaciones?

Seldon gimió y no trató de responder a la pregunta.

—Bien, Hummin —dijo—, ésa era la idea. A medida que miramos al pasado, y a medida que la sociedad va disminuyendo, se hace más probable una psicohistoria útil. Pero el conocimiento se reduce a mayor velocidad que el tamaño, de modo que la psicohistoria se vuelve menos probable…, y lo menor supera a lo mayor.

—Claro que tenemos el Sector Mycogen —murmuró Dors.

Hummin levantó la mirada rápidamente.

—¡Claro, y sería el lugar perfecto para instalar a Seldon! Debí haberme dado cuenta.

—¿El Sector Mycogen? —repitió Hari, pasando la mirada de uno a otra —. ¿Qué es y dónde está el Sector Mycogen?

—Hari, por favor. Te lo diré después. En este momento, tengo mucho que preparar. Saldrás esta misma noche.

33

Dors había insistido para que Seldon durmiera un poco. Se marcharían entre dos luces, entre las que se encienden y las que se apagan, amparados por la «noche», mientras el resto de la Universidad dormía. Insistió en que debía descansar aún.

—¿Y permitir que tú duermas en el suelo? —preguntó Seldon.

Dors se encogió de hombros.

—La cama sólo sirve para uno y si ambos nos echamos en ella, ninguno de los dos dormirá.

Seldon se la quedó mirando como si fuera a comérsela.

—Está bien —dijo, al fin—, entonces dormiré en el suelo esta vez.

—De ningún modo. Yo no he estado en coma bajo la nieve.

Lo que sucedió fue que ninguno durmió, ni uno ni otro. Aunque oscurecieron la estancia, y a pesar de que el perpetuo zumbido de Trantor

era sólo un rumor soñoliento en los confines relativamente silenciosos de la Universidad, Seldon sintió que necesitaba hablar.

—Te he causado muchos problemas, Dors, aquí, en la Universidad. Incluso te he mantenido alejada de tu trabajo. No obstante, siento mucho tener que dejarte.

—No vas a dejarme. Te acompañaré, Hummin está gestionando un permiso de ausencia para mí.

—Yo no puedo permitir algo así —protestó Seldon, abrumado.

—Claro, pero Hummin me lo ha pedido. Debo guardarte. Después de todo, fallé en lo relacionado con *Arriba* y debo compensarlo.

—Ya te lo dije. Por favor, no te sientas culpable… Aun así, debo confesarte que me sentiré mejor teniéndote junto a mí. Si solamente pudiera estar seguro de que no acabaré desbaratando tu vida…

—No lo haces, Hari —respondió Dors con dulzura—. Por favor, duérmete.

Seldon guardó silencio un momento, luego murmuró:

—¿Estás segura de que Hummin puede arreglarlo todo, Dors?

—Es un hombre extraordinario. Tiene influencias aquí, en la Universidad, y en todas partes, creo. Si dice que puede conseguirme un permiso indefinido, estoy segura de que es así. Se trata de un hombre de lo más *persuasivo*.

—Lo sé. A veces me pregunto qué es lo que *en realidad* quiere de mí.

—Exactamente lo que dice. Es un hombre de fuertes e idealistas convicciones y sueños.

—Parece como si le conocieras muy bien, Dors.

—Oh, sí, muy bien.

—¿Íntimamente?

Dors exhaló un extraño ruido.

—No estoy segura de lo que estás tratando de insinuar, Hari, pero suponiendo la más insolente de las interpretaciones… No, no le conozco íntimamente. Además, ¿qué puede importarte a ti?

—Lo siento —se excusó Seldon—, es que no desearía, sin proponérmelo, invadir la…

—¿Propiedad de alguien? Eso resulta más insultante todavía. Creo que es mejor que te duermas de una vez.

—Perdóname de nuevo, Dors, *no puedo* dormir. Por lo menos, déjame que cambie de tema. No me has explicado aún qué es el Sector Mycogen. ¿Por qué será preferible que yo vaya allí? ¿Cómo es?

—Se trata de un Sector pequeño, con una población de alrededor de dos millones…, si no recuerdo mal. La cosa es que los mycogenios se aferran a una serie de tradiciones de la historia primitiva y se supone que poseen archivos antiquísimos que no se hallan al alcance de nadie. Es posible que te sirvieran más en tu intento de estudio de la época pre-imperial de lo que pudieran los historiadores ortodoxos. Toda nuestra conversación sobre Historia Antigua me ha traído ese Sector a la memoria.

—¿Has visto sus archivos alguna vez?

—No. Y no sé de nadie que los haya visto.

—¿Cómo puedes estar segura, entonces, de que existen en realidad?

—La verdad es que no sabría decírtelo. La suposición entre los no-mycogenios es que son una manada de locos, pero quizá se trate de una injusticia. Lo que es cierto es que ellos *dicen* que los tienen, así que tal vez sea cierto. En todo caso, allí no estaríamos a la vista. Los mycogenios se mantienen en el más estricto aislamiento… Y ahora, por favor, duérmete.

Y, curiosamente, Seldon se durmió.

34

Hari Seldon y Dors Venabili abandonaron los terrenos de la Universidad a eso de las 03:00. Seldon se dio cuenta de que Dors era quien debía decidir. Conocía Trantor mejor que él…, dos años mejor que él. Su amistad con Hummin resultaba obvia (¿cuánta?, la pregunta no dejaba de atormentarle), y comprendía bien las instrucciones de éste.

Ambos, ella y Seldon, iban cubiertos por capas ligeras, con capuchones ceñidos. El estilo había sido una moda pasajera de vestir en la Universidad, entre los jóvenes intelectuales de unos años atrás y, aunque podía provocar

risas, tenía la gracia salvadora de cubrirles bien y hacerles irreconocibles…, por lo menos a primera vista.

—Existe la posibilidad de que lo ocurrido en *Arriba* fuera completamente inocente —había dicho Hummin—, y de que ningún agente te siguiera la pista, Seldon, pero debemos prepararnos para lo peor.

—¿No vendrás con nosotros? —fue la ansiosa pregunta de Seldon.

—Me gustaría —respondió Hummin—. Pero debo limitar mis ausencias del trabajo si no quiero transformarme también en un blanco. Lo comprendes, ¿verdad?

Seldon suspiró. Claro que lo comprendía.

Entraron en un coche del expreso y encontraron un asiento lo más alejado posible de los pasajeros que ya estaban a bordo. (Seldon se mostró sorprendido de que hubiera *alguien* en el expreso a las tres de la mañana…; después, pensó que era una suerte que fuera así, o él y Dors resultarían excesivamente conspicuos).

Seldon se entretuvo contemplando el amplio panorama que desfilaba ante su vista y la interminable hilera de coches avanzando a lo largo del infinito monorraíl en un también interminable campo, magnético.

El expreso dejaba atrás fila tras fila de unidades de alojamiento, algunas muy altas, pero otras, por lo que había oído decir, a mucha profundidad. Pero, si decenas de millones de kilómetros cuadrados formaban un total urbanizado, incluso cuarenta mil millones de personas no necesitarían estructuras altísimas, o abarrotadas. Pasaban ante áreas abiertas en algunas de las cuales parecían crecer los sembrados…; otras, sin embargo, daban la sensación de parques. Y había numerosas estructuras cuya naturaleza era incapaz de adivinar. ¿Fábricas? ¿Despachos? ¿Quién sabe? Un enorme cilindro liso le sugirió la idea de un depósito de agua. Después de todo, Trantor necesitaba tener abastecimiento de agua potable. ¿Recogían la lluvia de *Arriba*, la filtraban, trataban y almacenaban? Parecía inevitable que así lo hicieran.

A Seldon no le quedó mucho para contemplar el panorama. Dors anunció:

—Por aquí es por donde vamos a bajar —anunció Dors, poniéndose en pie; luego, sus fuertes dedos agarraron el brazo de Hari. Ya estaban fuera

del expreso, con los pies en tierra firme, mientras Dors estudiaba los postes indicadores. Las señales eran discretas y no había muchas. A Seldon se le cayó el alma a los pies. La mayoría eran pictografías e iniciales, indudablemente claras para los trantorianos, pero indescifrables para él.

—Por aquí —indicó Dors.

—¿Por qué? ¿Cómo lo sabes?

—¿Lo ves? Dos alas y una flecha.

—¿Dos alas? Ah. —Había creído ver una «W» vuelta al revés, grande y chata, pero ahora comprendía que se trataba de las alas estilizadas de un pájaro.

—¿Por qué no emplean palabras? —comentó, malhumorado.

—Porque las palabras varían de un mundo a otro. Lo que aquí es un *jet* podría significar «volar» en Cinna o una «arremetida», en otros mundos. Las dos alas y la flecha son un símbolo galáctico para una nave y los símbolos se comprenden en todas partes. ¿No los tenéis en Helicon?

—Pocos. Helicon es un mundo bastante homogéneo, culturalmente hablando, y tendemos a mantener nuestros modos particulares con firmeza, ya que estamos dominados por nuestros vecinos.

—¿Ves? Aquí es donde tu psicohistoria vendría bien. Podrías demostrar que, incluso con dialectos distintos, el uso de los símbolos, extendido por toda la Galaxia, es una fuerza unificadora.

—No serviría de nada. —Iba siguiéndola a través de una avenida vacía y poco iluminada, y parte de su mente se preguntaba cuántos crímenes se cometerían en Trantor, y si ésa sería un área de alta delincuencia—. Puede haber un millón de leyes, cada una cubriendo un solo fenómeno, y no sacar ninguna generalización de ellas. Esto es lo que se quiere significar cuando se dice que un sistema sólo puede ser interpretado por un modelo tan complejo como él. Dors, ¿nos dirigimos hacia un *jet*?

Ella se detuvo y se volvió a mirarle con expresión divertida.

—Si seguimos los símbolos de los *jets*, ¿crees que vamos a un campo de golf? ¿Te dan miedo los *jets*, como a tantos trantorianos?

—No, no. En Helicon volamos libremente y yo suelo utilizarlos con frecuencia. Lo que ocurre es que cuando Hummin me llevó a la

Universidad, evitó los vuelos comerciales, pues pensó que dejaríamos un rastro demasiado claro.

—En primer lugar, porque sabían dónde te encontrabas, Hari, y ya andaban tras de ti. En este momento, puede que no sepan dónde estás, así que vamos a utilizar un puerto desconocido y un *jet particular*.

—¿Quién hará de piloto?

—Un amigo de Hummin, me figuro.

—¿Crees que es de confianza?

—Tratándose de un amigo de Hummin, seguro que sí.

—Tienes una gran opinión de él —murmuró Seldon algo fastidiado.

—Y con razón —confesó Dors sin timidez—. Es el mejor.

El descontento de Seldon no se mitigó.

—Allí está el *jet* —anunció Dors.

Era una nave muy pequeña con unas alas de curiosa forma. Junto a él había un hombre, vestido con los habituales colores vibrantes de Trantor.

—Somos «psico» —anunció Dors.

—Y yo, «historia» —contestó el piloto.

Entonces lo siguieron hasta el interior.

—¿De quién fue la idea de las contraseñas? —preguntó Seldon.

—De Hummin.

El respingo de Seldon fue significativo.

—No sé por qué pensé que Hummin carecía de sentido del humor. Es tan solemne.

Dors se limitó a sonreír.

EL AMO DEL SOL

AMO DEL SOL CATORCE. — ... *Un dirigente del Sector Mycogenio del antiguo Trantor... Como ocurre con todos los dirigentes de este Sector congénito, se sabe muy poco de él. El hecho de que aparezca en esta historia se debe enteramente a su interrelación con Hari Seldon en el curso de La Huida...*

Enciclopedia Galáctica

35

Sólo había dos asientos detrás del compartimiento del piloto y cuando Seldon se acomodó sobre el tapizado, que cedió bajo su peso, de debajo surgió un tejido elástico que le envolvió las piernas, cintura y pecho, al tiempo que un capuchón caía sobre su frente y oídos. Se sintió aprisionado y cuando se volvió hacia su izquierda con enorme dificultad, pudo ver que Dors estaba envuelta de igual forma.

El piloto ocupó su asiento y comprobó sus instrumentos.

—Soy Endor Levanian, para servirles —les comunicó—. Están envueltos así porque habrá una enorme aceleración al despegar. Una vez arriba, y en vuelo, quedarán libres. No necesitan decirme sus nombres. No es cosa mía.

Se volvió en el asiento para sonreírles y su rostro de gnomo se arrugó al distender los labios.

—¿Alguna dificultad psicológica, jóvenes? —preguntó.

—Soy del Mundo Exterior y estoy acostumbrada a volar —contestó Dors.

—Lo mismo que yo —dijo Seldon con cierta altivez.

—Excelente, jóvenes. Desde luego, éste no es un *jet* ordinario y puede que no estén acostumbrados a volar de noche, pero confío en que sabrán soportarlo.

También él se hallaba sujeto por un envoltorio, pero Seldon se dio cuenta de que tenía los brazos enteramente libres.

Un ronroneo apagado resonó en el interior del *jet*, aumentando en intensidad hasta terminar en un zumbido estridente. Sin que resultara desagradable, por el momento, amenazaba con serlo, y Seldon hizo un gesto como sacudiendo la cabeza para apartar el ruido de sus oídos, pero un mero intento no hizo más que tensar la red que le sujetaba la cabeza.

El *jet* dio un salto (fue la única palabra que Seldon pudo encontrar para describir el momento) en el aire y se sintió empujado con fuerza contra el respaldo y el asiento de su butaca.

A través del parabrisas que el piloto tenía delante, Seldon vio, estremecido de horror, la superficie plana de una pared… y, después, una abertura redonda en esa misma pared. Era similar a la que se había abierto para el aerotaxi el día en que él y Hummin habían abandonado el Sector Imperial, pero aunque ésta era lo suficiente ancha para el cuerpo del *jet*, resultaba obvio que no dejaba espacio para las alas.

Seldon volvió la cabeza cuanto pudo hacia la derecha y lo hizo a tiempo de ver cómo el ala de su lado se encogía y desaparecía.

El *jet* penetró en la abertura, fue atraído por el campo electromagnético y lanzado después a lo largo de un túnel iluminado. La aceleración era constante y se percibían chasquidos ocasionales que Seldon imaginó podían producirse al paso de imanes individuales.

Después, en menos de diez minutos, el *jet* fue proyectado de cabeza a la atmósfera y a la súbita y envolvente oscuridad de la noche.

El aparato desaceleró al salir del campo magnético y Seldon volvió a sentirse aplastado contra su envoltura por espacio de unos segundos en que se quedó sin aliento.

Luego, la presión cedió y la envoltura desapareció por completo.

—¿Cómo estáis, jóvenes? —preguntó la animada voz del piloto.

—No lo sé —confesó Seldon, y se volvió hacia Dors—. ¿Estás bien?

—Por supuesto. Creo que Mr. Levanian ha exagerado un poco para ver si éramos realmente del Mundo Exterior. ¿No es así, Mr. Levanian?

—Hay personas a quienes les gusta lo excitante —comentó Levanian—. ¿Y a ustedes?

—Hasta cierto punto —respondió Dors.

Y Seldon, asintiendo, añadió:

—Como diría cualquier persona sensata: habría sido menos divertido para usted, señor, si hubiera arrancado las alas del *jet*.

—Imposible que ocurriera. Ya les dije que éste no era un *jet* corriente. Las alas están totalmente computarizadas. Cambian de longitud, anchura, curvatura y forma para adaptarse a la velocidad del *jet*, a la velocidad y dirección del viento, a la temperatura, y a media docena de variantes más. Las alas no se desprenderían a menos que el propio *jet* estuviera sometido a tal presión que se partiera.

Hubo una rociada de agua contra la ventanilla de Seldon y éste observó:

—Está lloviendo.

—Ocurre con frecuencia —contestó el piloto.

Seldon miró hacia fuera. En Helicon o en cualquier otro mundo se hubieran visto luces…, la iluminada obra del hombre. Sólo Trantor estaba a oscuras.

… Aunque no del todo. En un punto distante vislumbró el destello de la luz de un faro. Quizá los salientes más altos de *Arriba* tenían luces de aviso.

Como siempre, Dors se fijó en la inquietud de Seldon y le cogió la mano.

—Estoy segura de que el piloto sabe lo que hace, Hari —dijo.

—También yo intento estar seguro de ello, Dors, pero me gustaría que compartiera sus conocimientos con nosotros. —Seldon lo dijo en voz lo bastante alta para que el otro lo oyera.

—No me importa compartirlos —admitió el piloto—. En primer lugar, estamos subiendo y dentro de unos minutos nos encontraremos por encima del banco de nubes. Una vez allí, no habrá lluvia y podremos ver las estrellas.

Había calculado la respuesta perfectamente porque unas estrellas empezaron a brillar por entre los jirones de nubes que aún quedaban; luego, el resto, deslumbrante, apareció, mientras el piloto apagaba las luces del interior de la cabina. Sólo la tenue iluminación de su consola permanecía para competir, y el cielo resplandecía.

—Es la primera vez, después de dos años, que veo las estrellas. ¿No son maravillosas? Brillan de tal modo, ¡y hay tantas!

—Trantor es el que se encuentra más cerca del centro de la Galaxia, más que la mayoría de los mundos —aclaró el piloto.

Dado que Helicon estaba en un rincón de la Galaxia y su campo estelar era débil y poco impresionante, Seldon se encontró sin palabras.

—Qué silencioso se ha vuelto el vuelo —observó Dors.

—Oh, sí —asintió Seldon—. ¿Qué fuerza mueve al *jet*, Mr. Levanian?

—Un motor de microfusión y un ligero chorro de gas caliente.

—Ignoraba que tuviéramos motores de microfusión en los *jets*. Se hablaba de ello, pero…

—Hay unos pocos, pequeños, como éste. Hasta el momento, sólo los tenemos en Trantor y únicamente son utilizados por altos cargos del Gobierno.

—Los precios para estos viajes deben ser muy elevados.

—Muy elevados, señor.

—¿Cuánto le cobra, pues a Mr. Hummin?

—No se le cobra nada por este vuelo. Mr. Hummin es un buen amigo de la compañía propietaria de estos *jets*.

—¿Por qué no hay más *jets* de microfusión? —siguió preguntando Seldon.

—En primer lugar, porque son demasiado caros y con los existentes se cubren las demandas.

—¿No habría mayor demanda si fueran mayores?

—Tal vez sí, pero la compañía no ha conseguido fabricar motores de microfusión lo bastante resistentes para los grandes *jets*.

Seldon recordó a Hummin quejándose de que la innovación tecnológica había llegado a muy bajo nivel. «Decadencia», murmuró.

—¿Cómo dices? —preguntó Dors.

—Nada. Estaba recordando algo que Hummin me comentó una vez.

Miró hacia las estrellas y prosiguió:

—¿Nos dirigimos hacia el Oeste, Mr. Levanian?

—Sí, ¿cómo lo ha adivinado?

—Porque he pensado que si nos dirigíamos hacia el Este tendríamos que empezar a ver el amanecer.

Pero el alba, persiguiendo al planeta, acabó alcanzándoles y la luz del sol, *verdadera* luz solar, iluminó las paredes de la cabina. Aunque duró poco, ya que el *jet* giró hacia abajo y se metió entre las nubes. El oro y el azul desaparecieron y fueron sustituidos por un gris opaco. Tanto Seldon como Dors protestaron, decepcionados, al verse privados de aquellos pocos segundos de verdadera luz solar.

Cuando estuvieron debajo de las nubes, *Arriba* apareció inmediatamente a sus pies y su superficie, por lo menos en aquel punto, era una mezcla de grutas, bosques y manchones de hierba: lo que Clowzia había contado a Seldon que podía encontrarse *Arriba*.

Pero tampoco tuvieron demasiado tiempo para observarlo. Debajo de ellos apareció una abertura, bordeada por letras que decían MYCOGEN.

Se lanzaron dentro.

36

Aterrizaron en un *jetpuerto* que parecía desierto a los ojos asombrados de Seldon. El piloto, cumplida su misión, estrechó las manos de Hari y de Dors, y se elevó como un chorro metiéndose en el agujero que se abrió para él.

Parecía como si no tuvieran otra cosa que hacer más que esperar. Había bancos donde podían sentarse cien personas quizá, pero Seldon y Dors

Venabili eran las dos únicas allí. El puerto, rectangular, estaba rodeado de muros en los que debía haber muchos túneles que podían abrirse para recibir o devolver *jets*, pero ninguno salió después de que el suyo hubo partido ni tampoco llegó mientras esperaban.

No había gente que viajara, ni indicio alguno de vida; el propio latir de Trantor había enmudecido.

A Seldon se le hizo opresiva aquella soledad. Se volvió a Dors y preguntó:

—¿Qué es lo que debemos hacer aquí? —preguntó—. ¿Tienes alguna idea?

—Hummin me dijo que el Amo del Sol Catorce vendría a esperarnos. Es lo único que sé.

—¿Amo del Sol Catorce? ¿Qué será eso?

—Un ser humano, supongo. Sin embargo, por el nombre no puedo imaginar si será hombre o mujer.

—Un nombre curioso.

—Lo curioso se encuentra en la mente del que lo oye. A veces, los que no me conocen, suponen que soy un hombre.

—¡Qué idiotas! —observó Seldon, sonriendo.

—Nada de esto. Si juzgan por mi nombre, *tienen* razón. Parece ser que en muchos mundos es un nombre de varón.

—Nunca lo había oído.

—Porque no eres un gran viajero galáctico. El nombre «Hari» es bastante corriente en todas partes, aunque una vez conocí a una mujer llamada «Hare», pronunciado como tu nombre pero escrito con *e* final. Creo recordar que en Mycogen los nombres particulares son para las familias…, y están numerados.

—Pero, Amo del Sol parece excesivo.

—¿Qué importancia tiene presumir un poco? En Cinna, «Dors» procede de una antigua expresión local que significa «regalo de primavera».

—¿Porque naciste en primavera?

—No. Vi la luz del día en pleno verano de Cinna, pero a mi familia les pareció un nombre simpático, prescindiendo de la tradición y de su ya olvidado significado.

—En tal caso, quizás Amo del Sol…

Una voz profunda y severa anunció:

—Ése es mi nombre, miembros de la tribu.

Seldon, sobresaltado, miró a su izquierda. Sin que ellos se dieran cuenta un coche descubierto se les había acercado. Era cuadrado y arcaico, con aspecto de furgoneta de reparto. Sentado ante los controles se hallaba un hombre alto y viejo, vigoroso al parecer, a pesar de la edad. Altivo y majestuoso, bajó del coche.

Vestía una larga túnica blanca, de mangas voluminosas, sujetas a las muñecas. Por debajo de la túnica asomaban unas blandas sandalias de las que sobresalía el dedo gordo, mientras que su cabeza, maravillosamente formada, estaba completamente afeitada. Contempló calmosamente a los dos, con sus profundos ojos azules.

—Os saludo, miembros de la tribu —les dijo.

Seldon, maquinalmente correcto, respondió:

—Os saludamos, señor. —Y sinceramente desconcertado, preguntó—: ¿Por dónde habéis entrado?

—Por la entrada, que se ha cerrado detrás de mí. ¿No os habéis fijado?

—Supongo que no. Pero, claro, tampoco sabíamos qué podíamos esperar. Ahora ya lo sabemos.

—El miembro de la tribu, Chetter Hummin, informó a los Hermanos que llegarían dos miembros de las tribus. Me pidió que os cuidáramos.

—Así que conocéis a Hummin.

—Lo conocemos. Nos ha servido bien. Y porque él, un respetado miembro de la tribu, nos ha servido, vamos a hacer lo mismo, ahora, para él. Pocos son los que vienen a Mycogen, y muy pocos los que se van. Debo procurar que estéis a salvo, daros alojamiento y procurar que no se os moleste. Aquí os hallaréis seguros.

Dors inclinó la cabeza:

—Os estamos agradecidos, Amo del Sol Catorce.

El Amo del Sol se volvió a mirarla con despectiva indiferencia.

—No desconozco las costumbres de las tribus —dijo—. Sé que en ellas una mujer puede hablar antes de que se dirijan a ella. Por lo tanto, no me

siento ofendido. Yo le rogaría que tuviera cuidado con otros de los Hermanos que puedan estar menos enterados que yo del asunto.

—¡Vaya! —exclamó Dors, claramente ofendida, mientras que el Amo del Sol no lo estaba.

—Así es —prosiguió éste—. Tampoco es necesario utilizar mi identificación numérica cuando esté solo con vosotros. «Amo del Sol» bastará… Ahora, os ruego que vengáis conmigo a fin de abandonar este lugar, excesivamente tribal para mi tranquilidad.

—La tranquilidad es para todos —observó Seldon, en voz tal vez más fuerte de lo preciso—, y no nos moveremos de este lugar a menos que nos aseguréis que no se nos obligará por la fuerza a vuestras pretensiones, en contra de nuestras propias costumbres. Y una de éstas es que una mujer puede hablar siempre que tenga algo que decir. Si habéis aceptado mantenernos a salvo, esta seguridad debe ser tanto psicológica como física.

Amo del Sol miró a Seldon con fijeza.

—Eres atrevido, joven miembro de la tribu. ¿Cómo te llamas?

—Soy Hari Seldon, de Helicon. Mi compañera es Dors Venabili, de Cinna.

Amo del Sol se inclinó ligeramente al oír a Seldon pronunciar su propio nombre, pero no se movió al oír el de Dors.

—He jurado al miembro de la tribu, Hummin, que os mantendríamos a salvo —declaró—, así que también haré lo que pueda para proteger a tu compañera. Si desea ejercer su descaro, haré lo que pueda para que se le considere libre de culpa… Pero hay algo con lo que debéis conformaros.

Y señaló, con infinito desprecio, primero la cabeza de Seldon y luego la de Dors.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Seldon.

—Tu cabello cefálico.

—¿Qué tiene?

—No debe verse.

—¿Significa eso que debemos afeitarnos la cabeza como vos? ¡De ningún modo!

—Mi cabeza no está afeitada, miembro de la tribu Seldon. Fui depilado al entrar en la pubertad, como lo son todos los Hermanos y sus mujeres.

—Si se trata de depilación, la respuesta sigue siendo no…, jamás.

—Miembro de la tribu, no os pedimos ni afeitado, ni depilación. Sólo queremos que, cuando os encontréis con nosotros, vuestro cabello esté cubierto.

—¿Cómo?

—He traído unos gorros que se adaptarán a vuestros cráneos, junto con unas tiras que ocultarán vuestros cabellos superópticos (las cejas). Os lo pondréis cuando estéis entre nosotros. Y, naturalmente, el miembro Seldon, se afeitará a diario…, o con más frecuencia si fuera necesario.

—Pero, ¿por qué debemos hacerlo?

—Para nosotros, llevar cabello en la cabeza resulta obsceno y repugnante.

—De seguro que toda vuestra gente sabe que es costumbre para otros, en todos los mundos de la Galaxia, conservar su cabello cefálico.

—Lo sabemos. Y todos nosotros, como yo, debemos tratar con tribus de vez en cuando y ver su cabello. Lo conseguimos, pero es injusto pedírselo a los Hermanos, que suelen sufrir ante su vista.

—Muy bien, Amo del Sol —concedió Seldon—. Puesto que habéis nacido con cabello cefálico, como todos nosotros, y lo conserváis a la vista hasta la pubertad, ¿por qué es tan necesario erradicarlo? ¿Se trata sólo de una costumbre o es por alguna razón específica?

—Por la depilación —declaró el anciano mycogenio con orgullo—, demostramos al joven que él o ella ha llegado a ser adulto y los adultos, mediante la depilación, recordarán siempre quiénes son y jamás olvidarán que todos los demás no son sino miembros de una tribu.

No esperó ninguna respuesta (y a Seldon, en verdad, no se le ocurrió ninguna), sino que sacó, de algún oculto pliegue de su túnica, un puñado de finos retales de plástico de diferentes colores, mirando con fijeza a los dos rostros que tenía delante, sostuvo primero una tira, luego otra, junto a cada cara.

—Los colores deben casar, razonablemente —explicó—. Nadie se confundirá pensando que no lleváis un gorro, pero no tiene por qué resultar repulsivamente obvio.

Por fin, Amo del Sol entregó un retal a Seldon y le mostró cómo transformarlo en gorro.

—Póntelo, por favor, miembro de la tribu Seldon —rogó—. Lo encontrarás complicado al principio, pero ya te acostumbrarás.

Seldon intentó ponérselo, pero las dos primeras veces se le escurrió cuando trató de tirar hacia atrás para cubrirse el cabello.

—Empieza por encima de las cejas —aconsejó Amo del Sol. Se le escapaban los dedos, impacientes por ayudarle.

—¿Queréis hacerlo por mí? —preguntó Seldon, conteniendo una sonrisa.

Amo del Sol retrocedió, diciendo:

—Imposible —repuso, muy agitado—. No puedo tocar tu pelo.

Al fin, Seldon logró sujetarlo y, siguiendo los consejos de Amo del Sol, tiró de un lado y de otro, hasta que su cabello quedó cubierto. Los cubrecejas le resultaron más fáciles de colocar. Dors, que se había fijado con toda atención, se puso los suyos sin problemas.

—¿Cómo se quita? —preguntó Seldon.

—No tienes más que encontrar un extremo y se desprenderá con facilidad. Ambos lo encontraréis más fácil si os recortáis un poco el cabello.

—Prefiero esforzarme —repuso Seldon. Luego, se volvió hacia Dors y le murmuró—: Sigues estando guapa, Dors, pero tiende a que tu rostro pierda personalidad.

—La personalidad sigue debajo —le aseguró Dors—. Y me atrevería a suponer que te acostumbrarás a verme sin cabello.

En voz aún más baja, Seldon insistió:

—No quiero estar aquí lo suficiente para llegar a acostumbrarme.

Amo del Sol, que con visible altivez pretendía ignorar los murmullos de simples miembros de tribu, sugirió:

—Si entráis en mi coche, os llevaré a Mycogen ahora.

—Con franqueza —musitó Dors—, me cuesta creer que aún estoy en Trantor.

—Deduzco, pues, que nunca habías visto nada parecido —comentó Seldon.

—Sólo llevo dos años en Trantor y la mayor parte del tiempo la he pasado en la Universidad, así que no me siento, exactamente, una trotamundos. No obstante, he estado aquí y allá, y he oído esto y aquello, pero jamás vi ni oí nada parecido. ¡La *monotonía*…!

Amo del Sol conducía metódicamente y sin prisa indebida. Había otros vehículos del mismo tipo en el camino, todos ellos con calvos en los controles, con sus cabezas desnudas brillando a la luz.

A cada lado había estructuras de tres pisos, sin adornos, todas ellas rectilíneas, y todo de color gris.

—¡Lúgubre! —musitó Dors—. ¡Tan lúgubre!

—Igualitario —susurró Seldon—. Sospecho que ningún Hermano puede presumir de tener nada más que otro.

Había muchos peatones por los caminos que recorrieron. No se veían corredores mecánicos, ni se oía el ruido de un expreso cercano.

—Estoy imaginando que los grises son mujeres.

—Es difícil decirlo —comentó Seldon—. Las túnicas lo ocultan todo y una cabeza rapada es igual a otra cabeza rapada.

—Los grises van siempre por parejas o con un blanco. Los blancos pueden circular solos y Amo del Sol es un blanco.

—Puede que tengas razón. —Seldon levantó la voz—, Amo del Sol, tengo curiosidad…

—Si es así, pregunta lo que quieras, aunque no tengo por qué contestarte.

—Parece que estamos pasando por una zona residencial. No hay indicaciones de establecimientos comerciales, ni áreas industriales…

—Somos una comunidad enteramente dedicada a lo agropecuario. ¿De dónde procedéis que ignoráis esto?

—Sabéis que procedo del Mundo Exterior —contestó Seldon, envarado— y que sólo llevo dos meses en Trantor.

—Así y todo…

—Pero si sois una comunidad dedicada al trabajo de la tierra, Amo del Sol, ¿cómo no he visto ninguna granja al pasar?

—Están en niveles inferiores —respondió Amo del Sol con sequedad.

—Entonces, ¿es enteramente residencial este nivel de Mycogen?

—Éste y otros. Somos lo que ves. Cada Hermano y su familia viven en alojamientos equivalentes; cada cohorte en su comunidad equivalente; todos tenemos los mismos coches, y cada Hermano conduce el suyo. No hay sirvientes y nadie se siente cómodo a costa del trabajo de otro, ni puede presumir más que otro.

Seldon enarcó sus enfundadas cejas mirando a Dors.

—Pero algunas personas visten de gris y otras de blanco —comentó.

—Porque algunos son Hermanos y otros Hermanas.

—¿Y nosotros?

—Tú perteneces a una tribu y eres un huésped. Tú y tu… —se detuvo, mas continuó al instante— compañera no estaréis obligados por todo lo de Mycogen y su vida. Sin embargo, tú vestirás una túnica blanca y tu compañera una gris, y viviréis en un alojamiento de invitados igual a los nuestros.

—La igualdad para todos parece el ideal perfecto; sin embargo, ¿qué ocurre si vuestro número aumenta? ¿Cortáis, entonces, el pastel en trozos más pequeños?

—Nuestro número no aumenta. Si así fuera, se precisaría un área mayor, que las tribus circundantes no permiten, o un cambio de vida, para empeorar.

—Pero si… —insistió Seldon.

Amo del Sol lo cortó en seco.

—Ya basta, miembro de la tribu Seldon. Como te he advertido, no estoy obligado a contestarte. Nuestra obligación, como hemos prometido a nuestro amigo, miembro de la tribu Hummin, es manteneros a salvo siempre y cuando no violéis nuestra forma de vida. Cumpliremos nuestra promesa, nada más. La curiosidad os está permitida, mas si es demasiado persistente *acabará* con nuestra paciencia.

Algo en su tono no permitía seguir hablando y Seldon tuvo que aguantarse. Hummin, con su intención de ayudarle, había calculado mal.

No era seguridad lo que Seldon buscaba. Por lo menos, no sólo seguridad. También necesitaba información; sin ella no podía…, no quería quedarse allí.

38

Seldon, desesperado, contempló su alojamiento. Tenía una pequeña cocina individual y un cuarto de baño pequeño, también individual. Había dos camas estrechas, dos roperos, una mesa y dos sillas. En resumen, contenía todo lo necesario para dos personas que estuvieran dispuestas a vivir con estrechez.

—En Cinna teníamos una cocina y un baño individuales —empezó Dors, resignada.

—Yo no. Helicon puede que sea un mundo pequeño, pero yo vivía en una ciudad moderna. Cocinas y cuartos de baño comunitarios… ¡Qué despilfarro es esto! Se puede esperar de un hotel, donde uno se ve obligado a residir temporalmente, pero si todo el Sector es así, imagina la enorme cantidad de coches y baños duplicados.

—Será parte del igualitarismo, supongo —comentó Dors—. Así no hay problemas a causa de compartimientos mejores o servicios más rápidos. Igual para todos.

—Tampoco hay intimidad. No es que me importe mucho, Dors, pero quizás a ti sí, y no quiero dar la sensación de que me aprovecho. Deberíamos decirles claramente que deseamos tener habitaciones separadas…, juntas pero separadas.

—Seguro que no funcionaría. El espacio es un premio aquí, y pienso que están acostumbrados por su propia generosidad al darnos tanto. Nos arreglaremos, Hari. Ambos somos lo bastante mayorcitos para superarlo… No soy una doncella ruborosa y tú no podrás convencerme de que eres una bestia.

—De no ser por mí no te encontrarías metida en esto.

—¿Y qué? Es una aventura.

—Está bien. ¿Qué cama prefieres? ¿Por qué no te quedas la que está más cerca del baño? —Se dejó caer en la otra—. Hay algo más que me preocupa. Mientras estemos aquí, somos miembros de una tribu, tú y yo, incluso Hummin. Pertenecemos a *otras* tribus, no a sus propias cohortes, y la mayor parte de sus asuntos no nos competen a nosotros. Pero muchos asuntos sí *son* cosa mía. Por eso es por lo que he venido. Quiero saber algunas de las cosas que ellos saben.

—O creen saber —observó Dors con el típico escepticismo del historiador—. He oído que tienen leyendas que se suponen provenientes de los tiempos primitivos, pero no creo que puedan ser tomadas en serio.

—No lo sabremos hasta que descubramos cuáles son esas leyendas. ¿Existen documentos sobre ellas fuera de aquí?

—No, que yo sepa. Esta gente es terriblemente introvertida, casi psicótica en su introversión. Que Hummin haya podido romper sus barreras y conseguir que nos acepten, ya es sorprendente…, *realmente* sorprendente.

Seldon reflexionó.

—Debe de haber una salida por alguna parte. Amo del Sol se sorprendió…, en realidad, se enfadó, porque yo no sabía que Mycogen era una comunidad agrícola. Parece como si hubiera algo que quieren que se sepa.

—El caso es que no hay nada que ocultar. Se supone que «Mycogen» es una palabra arcaica que significa «productor de levadura». Al menos, eso es lo que me han dicho. No soy paleolingüista. En todo caso, cultivan todas las variedades de microalimentos…, levadura, claro está, junto con algas, bacterias, hongos multicelulares y demás.

—Eso es muy corriente. La mayor parte de los mundos tiene esa microcultura —explicó Seldon—. Incluso en Helicon tenemos algo.

—Pero no como en Mycogen. Es su especialidad. Emplean métodos tan arcaicos como el nombre de su Sector: fórmulas fertilizantes secretas, influencias ambientales secretas, ¿quién sabe qué? Todo es secreto.

—¿Todo interior?

—Y con rabia. Resumiendo: lo que producen es: proteínas y sutiles condimentos, de forma que su microalimento no se parece a ningún otro mundo. Conservan un volumen relativamente bajo y el precio altísimo.

Nunca lo he probado y seguro que tú tampoco, pero se venden grandes cantidades a la burocracia Imperial y a las clases superiores de otros mundos. Mycogen depende de tales ventas para su desarrollo económico; o sea, ellos desean que todo el mundo sepa que ellos son la fuente de tan valioso alimento. Eso, al menos, no es ningún secreto.

—Entonces, Mycogen debe ser muy rico.

—No son pobres, pero sospecho que no persiguen la riqueza, sino la protección. El Gobierno Imperial les protege porque, sin ellos, esos microalimentos, que añaden sabores sutiles, especies exquisitas, a cada plato, no existirían. Lo cual significa que Mycogen puede seguir con su peculiar forma de vida y mostrarse altanero con los vecinos, que, probablemente, los encuentran insoportables.

Dors miró en derredor.

—Viven con austeridad. He observado que no tienen holovisión, ni libro-películas.

—He visto uno en la parte de arriba del ropero. —Seldon tendió la mano y miró el título—: ¡Un libro de cocina! —exclamó, abiertamente disgustado.

Dors le ayudó a manipular las teclas. Tardaron un poco, porque el orden no era del todo ortodoxo, pero al fin consiguió iluminar la pantalla e inspeccionar las páginas. Dijo:

—Hay pocas recetas, pero en su mayor parte parece ser un conjunto de ensayos filosóficos sobre gastronomía.

Lo cerró y le dio la vuelta para mirarlo.

—Creo que se trata de una sola unidad. No veo cómo se puede expulsar la microtarjeta e insertar otra… ¿Un *scanner* para un sólo libro? ¡Bueno, esto sí que es *malgastar*!

—Quizá piensan que éste es el único ejemplar que la gente necesita. —Tendió la mano hacia la mesita que estaba entre las dos camas y recogió otro objeto—. Podría ser un micrófono, pero no hay pantalla.

—Tal vez consideren que basta con la voz.

—¿Cómo funcionará? —Seldon lo levantó y lo miró por distintos lados—. ¿Has visto algo parecido en tu vida?

—Una vez, en un museo…, suponiendo que se trate de lo mismo. Mycogen parece que quiera permanecer arcaico deliberadamente. Supongo que consideran que es otra forma de mantenerse alejados de los llamados hombres tribales que los rodean en gran número. Su arcaísmo y sus extrañas costumbres les hacen intratables, por así decirlo. Hay una especie de lógica perversa en todo ello.

Seldon, que seguía jugando con el aparatito, exclamó:

—¡Hurra! ¡Funciona! O se ha disparado algo. Pero no puedo oír nada.

Dors frunció el ceño y recogió un pequeño cilindro forrado de fieltro que seguía sobre la mesilla. Se lo acercó al oído.

—Hay una voz que sale de aquí. Toma, pruébalo —dijo a Seldon, entregándoselo.

—Oh, ha hecho «clic». —Escuchó un momento—. Sí, me ha hecho daño en el oído. Deduzco que pueden oírme… Sí, ésta es nuestra habitación… No, no sé el número. Dors, ¿tienes idea de cuál es nuestro número?

—Hay uno en el micrófono. Tal vez sirva —respondió Dors.

—Puede —asintió Seldon, y volviéndose al micrófono dijo—: El número del aparato es 6LT-3648A. ¿Vale…? Bien, ¿dónde puedo encontrar el modo de servirme del aparato como es debido, y cómo funciona la cocina…? ¿Qué quiere decir con eso de que «Todo funciona normalmente»…? No me sirve… Oiga, soy de una tribu, soy un huésped, y no conozco el sistema normal… Sí, lamento mi acento y me alegra que pueda reconocer a un forastero cuando lo oye… Mi nombre es Hari Seldon.

Hubo una pausa y Seldon miró a Dors con expresión de sufrida resignación.

—Dice que tiene que buscarme. Suponte que me diga que no me encuentra… Oh, ¿ya me tiene? ¡Bien! ¿En tal caso puede informarme…? Sí… Sí… Sí… ¿Y cómo puedo hablar con alguien de fuera de Mycogen…? Oh, ¿qué le parece si me pone en comunicación con Amo del Sol Catorce, por ejemplo…? Bien, pues con su adjunto, su ayudante, lo que sea. Oh, que ha… Gracias.

Dejó el micrófono, desprendió el auricular de su oído con cierta dificultad y lo desconectó todo.

—Verán de enviar a alguien que nos enseñe todo lo que debemos saber. No se puede llamar al exterior desde Mycogen…, por lo menos no con esto; así que si necesitamos a Hummin nos será imposible contactar con él. Y si deseamos hablar con Amo del Sol Catorce, hay que pasar por trámites complicados. Puede que ésta sea una sociedad igualitaria, pero me parece que hay ciertas excepciones que, estoy seguro, nadie admitirá abiertamente.

Miró su reloj.

—En todo caso, Dors, no voy a tocar el libro de cocina y los sabios ensayos mucho menos. Mi reloj me dice aún la hora de la Universidad, de modo que no sé si es la hora de acostarse oficial, aunque tampoco me importa. Llevamos despiertos la mayor parte de la noche y me gustaría dormir.

—Me parece perfecto. También yo estoy cansada.

—Gracias. Y cuando empiece un nuevo día, después de haber recuperado el sueño perdido, voy a solicitar que me den una vuelta por sus plantaciones de microcomida.

Dors se asombró.

—¿Te *interesan*?

—No, en realidad, pero si es algo de lo que están orgullosos deberían sentirse dispuestos a hablar sobre ello. Una vez les tenga lanzados a conversar, entonces, ejerciendo todo mi encanto, quizá pueda lograr que me hablen de sus leyendas. Personalmente, creo que será una estrategia inteligente.

—Así lo espero, aunque me temo que los mycogenios no caerán en la trampa con tanta facilidad.

—Veremos —murmuró Seldon, sombrío—. Estoy dispuesto a conseguir esas leyendas.

39

A la mañana siguiente, Hari volvió a dedicarse al aparato de llamar. Estaba furioso, sobre todo porque tenía hambre.

Su intento de ponerse al habla con Amo del Sol Catorce se frustró, pues alguien insistía en decir que no se le podía molestar.

—¿Y por qué no? —preguntó Seldon, airado.

—Obviamente no hay necesidad de contestar a esa pregunta —respondió una voz helada.

—No nos han traído aquí para ser prisioneros —protestó Seldon con igual frialdad—. Ni para morirnos de hambre.

—Aseguraría que su cocina contiene gran cantidad de comida.

—Sí, desde luego. Y no sé cómo funciona, ni cómo preparar la comida. ¿La comen cruda, frita, hervida, asada…?

—No puedo creerle tan ignorante en este asunto.

Dors, que estaba paseando arriba y abajo durante el coloquio, hizo ademán de coger el aparato, pero Seldon la apartó:

—Cortará la comunicación si una mujer trata de hablarle —murmuró. Entonces, con más firmeza que nunca, dijo al micrófono—: Lo que usted crea o no crea no me importa lo más mínimo. Envíenos a alguien…, a alguien que pueda hacer algo por remediar nuestra situación, o cuando pueda hablar con Amo del Sol Catorce, y lo haré más tarde, usted pagará por esto.

No obstante, pasaron dos horas antes de que alguien apareciera (para entonces, Seldon estaba hecho un salvaje y Dors se desesperaba tratando de calmarle).

El recién llegado era un joven cuya calva cabeza era ligeramente pecosa, lo que indicaba que, quizás, hubiera sido pelirrojo.

Llevaba varios recipientes y ya se disponía a explicarle su uso cuando, de pronto, pareció turbarse y, alarmado, volvió la espalda a Seldon.

—Miembro de la tribu —dijo, claramente descompuesto—. Tu cubrecabeza no está bien ajustado.

Seldon, cuya impaciencia había llegado al límite, estalló:

—¡Me tiene sin cuidado!

Pero Dors intervino.

—Deja que te lo ajuste, Hari —ofreció—. Lo llevas demasiado levantado del lado izquierdo.

—Puedes volverte, joven —barbotó Seldon después—. ¿Cuál es tu nombre?

—Soy Nube Gris Cinco —respondió el mycogenio, indeciso, al volverse y mirar a Seldon, cauteloso—. Soy un novicio. Os he traído una comida… —vaciló— de mi propia cocina, miembro de la tribu, donde mi mujer la cocinó.

Dejó los recipientes encima de la mesa. Seldon levantó la tapadera y olfateó el contenido con suspicacia. Sorprendido, alzó la vista hacia Dors.

—Sabes —dijo—, no huele nada mal.

—Tienes razón —asintió Dors—. Yo también la huelo.

—No está tan caliente como debiera —se excusó Nube Gris—. Se ha enfriado en el camino. Debéis tener vajilla y cubiertos en la cocina.

Dors portó lo necesario. Después de haber comido, mucho y un tanto golosamente, Seldon volvió a sentirse civilizado.

Dors, que se daba cuenta de que el joven se sentía angustiado al encontrarse a solas con una mujer e incluso más angustiado si ella le dirigía la palabra, descubrió que le incumbía a ella llevar los cacharros sucios a la cocina y fregarlos…, una vez hubo descifrado los mandos del dispositivo de lavado. Entretanto, Seldon preguntó la hora local.

—¿Quieres decir que estamos en mitad de la noche? —exclamó algo avergonzado.

—En efecto, miembro de la tribu —respondió Nube Gris—. Por eso hemos tardado un poco en satisfacer tus necesidades.

Seldon comprendió de pronto por qué no se podía molestar a Amo del Sol. Entonces pensó en la esposa de Nube Gris, teniendo que despertarse para prepararle una comida, y le remordió la conciencia.

—Debes perdonarme. No somos más que miembros de tribu y no sabíamos cómo utilizar la cocina, ni cómo preparar la comida. Por la mañana, ¿puedes hacer que venga alguien a instruirnos debidamente?

—Miembros de la tribu, lo mejor que puedo hacer es que os envíen a dos Hermanas —le tranquilizó Nube Gris—. Te pido perdón por las inconveniencias de tener que soportar una presencia femenina, pero son ellas las que saben esas cosas.

Dors, que había salido ya de la cocina, intervino en la conversación (antes de recordar su puesto en aquella sociedad masculina mycogenia).

—Magnífico, Nube Gris. Nos encantará conocer a las Hermanas.

Nube Gris la miró turbado e indeciso, mas no dijo nada.

Seldon, convencido de que el joven mycogenio se negaría, por principio, a dar por oído lo que una mujer le había dicho, le repitió la observación:

—Magnífico, Nube Gris. Nos encantará conocer a las Hermanas.

La expresión del joven varió al instante.

—Las mandaré tan pronto sea de día.

Cuando Nube Gris hubo salido, Seldon exclamó satisfecho:

—Las Hermanas son exactamente lo que necesitamos.

—¿De veras? ¿En qué aspecto, Hari?

—Bueno, de seguro que si las tratamos como si fueran seres humanos, estarán lo bastante agradecidas como para hablarnos de sus leyendas.

—Si las conocen —dijo Dors, escéptica—. No sé por qué, no confío en que los mycogenios se molesten en educar muy bien a sus mujeres.

40

Las Hermanas llegaron unas seis horas después de que Seldon y Dors hubieran dormido algo, con la esperanza de reajustar sus relojes biológicos.

Las Hermanas entraron en el apartamento, vergonzosas, casi de puntillas. Sus túnicas (que resultaron llamarse *kirtles* en dialecto mycogenio) eran de un tierno gris aterciopelado, cada una decorada solamente por un sutil diseño de un gris ligeramente más oscuro. Los *kirtles* no carecían de gracia, y, desde luego, eran de lo más eficaces cubriendo cualquier forma humana.

Por supuesto, sus cabezas eran calvas y sus rostros limpios de cualquier afeite. Lanzaban miradas fugaces y curiosas al breve trazo azul en la comisura de los ojos de Dors y el ligero tinte rojo de sus labios.

Por unos segundos, Seldon se preguntó cómo se podía estar seguro de que las Hermanas eran realmente *Hermanas*.

La respuesta la tuvo al instante, cuando las Hermanas saludaron formal y correctamente. Ambas gorjearon. Seldon, al recordar la voz grave del Amo del Sol y el tono de barítono, nervioso, de Nube Gris, sospechó que las mujeres, a falta de la obvia identificación de sexo, estaban obligadas a cultivar voces características y manierismos sociales.

—Soy Gota de Lluvia Cuarenta y Tres —gorjeó una de ellas— y ésta es mi hermana menor.

—Gota de Lluvia Cuarenta y Cinco —trinó la otra—. Hay muchas «Gotas de Lluvia» en nuestra cohorte. —Y se rió.

—Estoy encantada de conoceros a las dos —dijo Dors con gravedad—. Ahora, quiero saber cómo debo llamaros. No puedo decir solamente Gota de Lluvia, ¿verdad?

—No —convino Gota de Lluvia Cuarenta y Tres—. Si estamos las dos aquí, deberás decir el nombre completo.

—¿Qué os parece Cuarenta y Tres y Cuarenta y Cinco? —intervino Seldon.

Ambas le dirigieron una mirada rápida, pero no dijeron nada.

—Yo me arreglaré con ellas, Hari —observó Dors dulcemente.

Seldon dio un paso atrás. Era probable que fueran solteras, y, posiblemente, se suponía que no debían hablar a los hombres. La mayor parecía la más seria de las dos y quizá fuese la más puritana. Era difícil juzgar por las pocas palabras intercambiadas y una fugaz mirada, pero él tenía aquella impresión y estaba dispuesto a dejarse llevar por ella.

—El caso es, Hermanas —explicó Dors—, que nosotros, tribales, no sabemos servirnos de esta cocina.

—¿Quieres decir que no sabes cocinar? —Gota de Lluvia Cuarenta y Tres pareció sorprendida y escandalizada. Gota de Lluvia Cuarenta y Cinco disimuló una risita (Seldon decidió que su juicio inicial de ambas era correcto).

—Una vez tuve una cocina propia, y no era como ésta —aclaró Dors—. Además, tampoco conozco los alimentos, ni sé cómo prepararlos.

—Es muy fácil —respondió Gota de Lluvia Cuarenta y Cinco—. Podemos enseñarte.

—Te prepararemos una buena y nutritiva comida —ofreció Gota de Lluvia Cuarenta y Tres—. Bueno, la prepararemos…, para los dos —vaciló antes de añadir las últimas palabras. Le costaba un gran esfuerzo reconocer la presencia de un hombre.

—Si no os importa, me gustaría estar en la cocina con vosotras, y os agradecería que me lo fuerais explicando todo con exactitud. Después de todo, Hermanas, no puedo esperar que vengáis tres veces al día para cocinar por nosotros.

—Te lo enseñaremos todo —aseguró Gota de Lluvia Cuarenta y Tres con firmeza—. Sin embargo, puede ser difícil para una miembro de tribu aprenderlo. Te faltará el…, digamos, el instinto para ello.

—Lo intentaré —declaró Dors con una sonrisa amable.

Desaparecieron en la cocina. Seldon, se las quedó mirando y trató de desarrollar *in mente* la estrategia que pensaba seguir.

MICROGRANJA

MYCOGEN. — ... *Las microgranjas de Mycogen son legendarias, pero sobreviven hoy en día aunque sólo sea como referencia: «ricas como las microgranjas de Mycogen» o «sabrosa como la levadura de Mycogen». Dichos encomios tienden a intensificarse con el tiempo, claro, pero Hari Seldon visitó esas microgranjas en el curso de La Huida y hay referencias en sus memorias que tenderían a confirmar la opinión popular…*

Enciclopedia Galáctica

41

—¡Qué *bueno* estaba! —exclamó Seldon entusiasmado—. ¡Infinitamente mejor que la comida que nos trajo Nube Gris!

—Debes tener en cuenta que la mujer de Nube Gris tuvo que prepararla sin previo aviso y en mitad de la noche —comentó Dors, razonable, e hizo una pausa para añadir—: Me gustaría que dijeran *esposa*. Hacen que este *mujer* suene como una propiedad, como *mi casa* o *mi túnica*. Es degradante por completo.

—Lo sé. Resulta indignante. Pero también harían que *mi esposa* sonara lo mismo. Es su modo de vida y a las Hermanas no parece importarles. Tú y

yo vamos a cambiarlo dando conferencias… A propósito, ¿viste cómo lo hicieron las Hermanas?

—Sí, y consiguieron que todo pareciera muy fácil. Yo dudaba que pudiera recordar todo cuanto hicieron, pero insistieron en que *tendría* que conseguirlo. Yo podría defenderme limitándome a calentar los alimentos. Descubrí que el pan tenía algún microderivado, añadido al hornearlo, que levantaba la masa y le daba esa consistencia crujiente y su sabor cálido. ¿No crees que pudiera ser algo de pimienta?

—No sabría decirlo, pero fuera lo que fuese, me supo a poco. ¿Y la sopa? ¿Reconociste alguna de las verduras?

—No.

—¿Qué carne era la que estaba cortada a rodajas? ¿Lo sabes?

—En realidad, no creo que fueran rodajas de carne. Me recordó un plato de cordero que tenemos en Cinna.

—Pero no era cordero.

—Ya *he dicho* que no creí que se tratara de carne. Además, pienso que, fuera de Mycogen, nadie come así. Estoy segura de que ni siquiera el Emperador. No sé lo que los mycogenios venden, mas estoy dispuesta a apostar que venden lo peor de lo que producen. Guardan lo mejor para ellos. No nos quedemos mucho tiempo aquí, Hari. Si nos acostumbramos a comer así, *jamás* podremos volver a habituarnos a esas horribles cosas que sirven fuera… —Y se echó a reír.

Seldon también rió. Bebió otro sorbo de zumo de fruta, que sabía mucho mejor que cualquier zumo de fruta que hubiera bebido antes, y comentó:

—Oye, cuando Hummin me llevó a la Universidad, paramos en un comedor de carretera y tomamos algo que estaba fuertemente sazonado. Tenía sabor a… Bueno, el sabor no importa, pero entonces se me hacía inconcebible que los microalimentos tuvieran ese gusto. Ojalá las Hermanas siguieran aquí. Hubiera sido correcto darles las gracias.

—Creo que se dieron cuenta de lo que sentiríamos. Comenté sobre el maravilloso aroma que despedían los guisos y me dijeron, satisfechas, que el sabor sería aún mejor.

—De seguro que lo dijo la mayor.

—Sí, y la más joven se rió… Mañana volverán. Van a traerme un *kirtle*, a fin de que pueda salir de tiendas con ellas. Y también han dejado muy claro que deberé lavarme bien la cara si debo ser vista en público. Me enseñarán cómo comprar *kirtles* de buena calidad, para mí sola, y dónde puedo comprar comidas ya preparadas. Lo único que deberé hacer será calentarlas. Me explicaron que las Hermanas decentes no lo harían así, que lo cocinarían todo en casa. En realidad, parte de lo que prepararon para nosotros *fue* calentado y pidieron perdón por ello. Pero insinuaron que no podía esperarse de los tribales que apreciaran el verdadero arte de la cocina; es decir, la comida preparada y calentada serviría para nosotros… Sin embargo, dan por sentado que yo haré todas las compras y cocinaré.

—Como se suele decir: «Cuando estés en Trantor, haz lo que hacen en Trantor».

—Sí, estaba segura de cuál sería tu actitud en este caso.

—Soy humano —confesó Seldon.

—La excusa habitual —murmuró Dors con una sonrisa.

Seldon se recostó, con una sensación de satisfactorio bienestar.

—Hace dos años que vives en Trantor, Dors, y deberías comprender ciertas cosas que yo no entiendo. En tu opinión, ¿crees que este curioso sistema social de los mycogenios forma parte del punto de vista *supernaturalista* que tienen?

—¿Supernaturalista?

—Sí. ¿Lo habías oído decir?

—¿Qué quieres decir con «supernaturalista»?

—Lo que es obvio. Una creencia en entidades que son independientes de la ley natural, que no están obligadas por la conservación de la energía, por ejemplo, o por la existencia de una acción constante.

—Ya. Estás preguntando si Mycogen es una comunidad religiosa.

—¿Religiosa? —se asombró Seldon.

—Sí. Es un término arcaico, pero nosotros, los historiadores, lo empleamos… Nuestros estudios están repletos de términos arcaicos. «Religioso» no es que sea equivalente a «supernaturalista», aunque contiene ricos elementos supernaturalísticos… No podría, sin embargo, responder a tu pregunta específica porque nunca me he dedicado a una

especial investigación de Mycogen. Aunque, por lo poco que he visto del lugar y por mi conocimiento de las religiones en la Historia, no me sorprendería que la sociedad mycogenia fuera de carácter religioso.

—En tal caso, ¿te sorprendería que las leyendas mycogenias fueran también de carácter religioso?

—No, no me sorprendería.

—Y, por tanto, no estarán basadas en la Historia.

—No necesariamente. El núcleo de las leyendas podría ser auténticamente histórico, si dejamos aparte la distorsión y la mezcla naturalista.

—¡Ah! —se limitó a decir Seldon, aparentemente sumido en sus pensamientos.

Al fin Dors rompió el silencio.

—No es tan raro, ¿sabes? En muchos mundos hay un considerable elemento religioso. Se ha ido haciendo más fuerte en los últimos siglos, a medida que el Imperio se volvía más turbulento. En mi mundo de Cinna, una cuarta parte de la población, por lo menos, es triteísta.

Seldon volvió a sentirse dolorosa y lamentablemente consciente de su ignorancia de la Historia.

—¿Hubo tiempos en la historia pasada en que la religión fuese más relevante que hoy? —preguntó.

—Desde luego. Además, constantemente surgen nuevas variantes. La religión mycogenia, que desconozco, podría ser relativamente nueva y estar restringida al propio Mycogen. No sabría decírtelo sin hacer un estudio profundo.

—Pero estamos llegando a la cuestión, Dors. En tu opinión, ¿tienden las mujeres a ser más religiosas que los hombres?

Dors Venabili alzó las cejas.

—No estoy segura de que podamos asumir algo tan simple como esto… —Reflexionó un instante—. Sospecho que aquellos elementos de la población que tengan una menor participación en el mundo material, natural, tienden más a encontrar solaz en lo que tú llamas supernaturismo: los pobres, los desheredados, los pisoteados. Hasta donde el supernaturismo coincide con la Religión, puede que sean más religiosos. Es obvio que

habrá muchas excepciones en ambos campos. Muchos de los ricos, poderosos y satisfechos pueden tener una religión; muchos de los oprimidos, no tenerla.

—Pero, en Mycogen —terció Seldon—, donde las mujeres son tratadas como seres inferiores…, ¿no sería lógico suponer que practicarían la religión más que los hombres?, ¿que estarían más sometidas a esas leyendas que la sociedad ha conservado?

—No apostaría mi vida por ello, Hari, aunque estoy dispuesta a apostar la paga de una semana.

—Bien —aceptó Seldon, pensativo.

Dors le sonrió.

—He aquí un poco de tu psicohistoria, Hari. Regla número 47.854: los oprimidos son más religiosos que los satisfechos.

Seldon agitó la cabeza.

—No te burles de la psicohistoria, Dors —protestó—. Sabes que no voy a la zaga de pequeñas reglas sino de inmensas generalizaciones, y mediante la manipulación. No busco una religiosidad comparativa como resultado de cien reglas específicas. Quiero algo de lo que, una vez manipulado mediante algún sistema de lógica matemática, pueda decir: «Muy bien, este grupo de gente tenderá a ser más religioso que este otro siempre y cuando se sigan los siguientes criterios, y que, por consiguiente, cuando la Humanidad tropiece con estos estímulos, reaccione con estas respuestas.»

—¡Qué horrible! —exclamó Dors—. Estás describiendo a los seres humanos como simples aparatos mecánicos. Pulse este botón y conseguirá ese rictus.

—No, porque habrá muchos botones pulsados a un tiempo, en grados variables, y requerirán tantas respuestas de diferente tipo que las predicciones generales del futuro serán de naturaleza estadística, lo cual hará que el ser humano siga siendo un agente libre.

—¿Cómo puedes saberlo?

—*No lo sé* —confesó Seldon—. Lo *siento* así. Considero que es como las cosas *deben* ser. Si soy capaz de encontrar los axiomas, las Leyes Fundamentales de la Humanística, por así decirlo, y el necesario enfoque

matemático, habré encontrado mi psicohistoria. He demostrado que, en teoría, se puede…

—Pero no es práctica, ¿verdad?

—Siempre digo lo mismo.

Una sonrisa curvó los labios de Dors.

—¿Es eso lo que estás haciendo, Hari?, ¿buscando alguna solución a este problema?

—No lo sé. Te juro que no lo sé. Pero Chetter Hummin está tan impaciente por encontrar la solución, que, por alguna razón, estoy impaciente por complacerle. ¡Es un hombre tan persuasivo!

—Sí, lo sé.

Seldon dejó pasar el comentario, aunque su rostro se ensombreció.

—Hummin —prosiguió— insiste en la decadencia del Imperio, en que éste se derrumbará, que la psicohistoria es su única esperanza de salvación, o de mejora, y que, la Humanidad, sin ella, será destruida o, por lo menos, sufrirá una prolongada aflicción. Parece que me carga *a mí* la responsabilidad de evitarlo. Ahora bien, el Imperio me sobrevivirá, eso desde luego, pero si quiero seguir mi vida tranquilo, debo desprenderme de esta responsabilidad. Tengo que convencerme, y convencer a Hummin, de que la psicohistoria no es la salida práctica; que, pese a la teoría, no puede desarrollarse. Así que debo seguir todas las pistas que pueda y demostrar que cada una de ellas tiene algún fallo.

—¿Pistas? ¿Cómo retroceder en la Historia a la época en que la sociedad humana era más pequeña que ahora?

—Mucho más pequeña, y bastante menos compleja.

—Y demostrar que la solución sigue sin ser práctica.

—En efecto.

—¿Y quién va a describirte el mundo primitivo? Si los mycogenios tienen alguna imagen coherente de la primitiva Galaxia, Amo del Sol jamás se lo revelaría a un tribal. Ningún mycogenio lo haría. Ésta es una sociedad muy introvertida (¿cuántas veces lo he dicho ya?), y sus miembros sospechan de las tribus hasta la paranoia. No nos dirán nada.

—Tendré que hallar el modo de persuadir a algún mycogenio para que me hable. Las Hermanas, por ejemplo.

—Ni siquiera querrán *oírte*, macho que eres, como Amo del Sol no querrá escucharme a mí. Incluso si te hablaran, ¿qué sabrían ellas sino alguna frase que otra?

—Debo empezar por alguna parte.

—Bien, pensemos. Hummin dice que debo protegerte y yo lo interpreto en el sentido de que debo ayudarte cuanto pueda. ¿Qué sé yo de religión? No se parece en nada a mi especialidad. Siempre he tratado con fuerzas económicas más que con fuerzas filosóficas, pero la Historia no puede ser dividida en pequeñas y ordenadas divisiones independientes. Por ejemplo, las religiones tienden a acumular riqueza cuando la suerte las sonríe y esto tiende, a la larga, a falsear el desarrollo económico de una sociedad… Ahí, por incidencia, se encuentra una de las numerosas reglas de la historia humana que deberás deducir de tus Leyes Humanísticas Básicas, o como les llames. Pero…

La voz de Dors se apagó cuando ella se perdió en sus reflexiones. Seldon la observaba con atención. Los ojos de Dors se pusieron vidriosos como si mirara en lo más profundo de sí misma.

—No es una regla invariable —explicó ella al fin—, pero me parece que, en muchas ocasiones, una religión tiene un libro, o libros, de gran significado, libros que reflejan sus rituales, sus opiniones de la Historia, su poesía sagrada, y quién sabe cuántas cosas más. Esos libros suelen estar a disposición de todo el mundo y son un medio de hacer proselitismo. Otras veces, son secretos.

—¿Crees que hay libros de ese tipo en Mycogen?

—Para serte sincera, debo decirte que no he oído hablar de ninguno. De haber existido públicamente, yo lo sabría; lo cual significa que, o no existen o los mantienen secretos. En cualquier caso, me parece que no vas a verlos.

—Pero, al menos, es un punto de partida —concluyó Seldon.

42

Las Hermanas regresaron dos horas después de que Hari y Dors hubieran terminado el almuerzo. Las dos sonreían, y Gota de Lluvia

Cuarenta y Tres, la más seria, tendió un *kirtle* a Dors para su inspección.

—Es muy bonita —admitió Dors con una amplia sonrisa y moviendo la cabeza con cierta sinceridad—. Me gusta este inteligente bordado.

—No tiene importancia —gorjeó Gota de Lluvia Cuarenta y Cinco—. Es una de las mías y no te sentará muy bien porque eres más alta que yo. Pero, de momento, te servirá y te llevaremos a la mejor *kirtlería* para conseguir algunas que te vayan bien y concuerden con tus gustos. Ya verás.

Gota de Lluvia Cuarenta y Tres, sonriendo nerviosa, sin decir palabra y con la mirada fija en el suelo, tendió una *kirtle* blanca a Dors. Estaba primorosamente doblada. Dors ni siquiera intentó desdoblarla sino que se la pasó a Seldon.

—Por el color, yo diría que es para ti, Hari.

—Es de suponer, pero devuélvesela. No me la ha dado a mí.

—Oh, Hari —musitó Dors, sacudiendo la cabeza.

—No —dijo Seldon con firmeza—. No me la ha entregado *a mí*. Devuélvesela y esperaré a que ella me la dé.

Dors vaciló, luego inició el gesto de pasársela otra vez a Gota de Lluvia Cuarenta y Tres.

La Hermana escondió las manos a su espalda y se apartó con el rostro descompuesto. Gota de Lluvia Cuarenta y Cinco dirigió una fugaz mirada a Seldon, muy rápida, para acercarse a continuación a Gota de Lluvia Cuarenta y Tres y rodearla con sus brazos.

—Venga, Hari —dijo Dors—, estoy segura de que las Hermanas tienen prohibido hablar a los hombres no emparentados con ellas. ¿De qué te sirve atormentarla? No puede hacer otra cosa.

—No lo creo —insistió Seldon con dureza—. Si tal prohibición existe, será aplicable sólo a los Hermanos. Dudo mucho de que haya conocido algún otro miembro tribal.

Dors se dirigió a Gota de Lluvia Cuarenta y Tres.

—¿Habías conocido a otro miembro de tribu, varón o hembra, antes de ahora? —preguntó con dulzura.

Una vacilación interminable; luego, un lento movimiento negativo con la cabeza.

Seldon abrió los brazos.

—Ya lo ves. Si hay una regla de silencio, se debe aplicar solamente a los Hermanos. ¿Nos habrían enviado a estas jóvenes, estas Hermanas, para que se ocuparan de nosotros si hubiera alguna regla que les prohibiera hablar a los tribales?

—Tal vez, Hari, quisieran que hablaran conmigo para que yo te lo transmitiera.

—Bobadas. Ni lo creo, ni lo creeré. No sólo soy un miembro de la tribu, sino, además, un huésped de honor en Mycogen, a quien Chetter Hummin desea se trate como a tal y que ha llegado hasta aquí acompañado por el mismísimo Amo del Sol Catorce. No quiero que se me trate como si yo no existiera. Me pondré en comunicación con Amo del Sol Catorce y elevaré mi más severa protesta.

Gota de Lluvia Cuarenta y Cinco empezó a sollozar y Gota de Lluvia Cuarenta y Tres, sin perder su relativa pasividad se ruborizó.

Dors hizo como si apelara de nuevo a la comprensión de Seldon. Éste la detuvo con un breve y airado gesto de su brazo derecho y se quedó mirando, amenazador, a Gota de Lluvia Cuarenta y Tres.

Por fin, ésta habló, sin gorjear. Más bien le temblaba la voz, enronquecida, como si tuviera que forzarla para que sonara en dirección a un varón, como si lo hiciera en contra de todos sus más íntimos instintos y deseos.

—No debes quejarte de nosotras, miembro de la tribu. Sería una injusticia. Me obligas a quebrantar la costumbre de mi pueblo. ¿Qué es lo que deseas de mí?

Seldon sonrió, conciliador, y al momento le tendió la mano.

—Dame la prenda que me has traído; la *kirtle*.

Ella alargó el brazo en silencio y depositó la *kirtle* en su mano. Seldon se inclinó ligeramente.

—Gracias, Hermana —murmuró con cálida voz.

Después, dirigió una rápida mirada en dirección de Dors, como diciendo: «¿Lo ves?» Pero Dors desvió la suya, indignada.

La *kirtle* no tenía nada que la distinguiera, descubrió Seldon al desdoblarla (por lo visto, los bordados, su decoración, eran sólo para las

mujeres), aunque llevaba una faja terminada en borlas que era probable se colocara de un modo determinado. Ya lo descubriría.

—Pasaré al cuarto de baño —comentó— y me la pondré; no tardaré ni un minuto.

Entró en el pequeño recinto y se encontró con que no podía cerrar la puerta porque también Dors quería entrar con él. Cuando ambos estuvieron dentro, se pudo cerrar la puerta.

—¿Por qué lo has hecho? ¡Eres un bruto, Hari! —siseó Dors airada—. ¿Por qué has tratado así a la pobre mujer?

—Tenía que obligarla a hablarme —contestó Seldon impaciente—. Cuento con ella para informarme. Lo sabes de sobra. Siento haber tenido que mostrarme cruel…, ¿de qué otro modo podía haber disipado sus inhibiciones? —Después, le indicó que saliera.

Cuando abandonó el cuarto de baño, vio que Dors también había vestido su *kirtle*.

Ella, pese a la calvicie que le prestaba su cubrecabeza y la inherente austeridad de su *kirtle*, conseguía aparecer de lo más atractiva. El corte de la túnica sugería la figura sin revelarla lo más mínimo. Su faja, más ancha que la de él, tenía un tono de gris ligeramente distinto al de la *kirtle*. Y lo mejor era que iba sujeta delante por dos botones de brillante pedrería azul. «Las mujeres consiguen embellecerse incluso en circunstancias difíciles», pensó Seldon.

—Ahora pareces un verdadero mycogenio —comentó Dors, contemplando a Hari—. Ambos estamos a punto para que las Hermanas puedan llevarnos de compras.

—Sí, pero después quiero que Gota de Lluvia Cuarenta y Tres me lleve a dar una vuelta por las microgranjas.

Los ojos de Gota de Lluvia Cuarenta y Tres se desorbitaron y dio un paso atrás.

—Quiero verlas —insistió Seldon con toda tranquilidad.

Gota de Lluvia Cuarenta y Tres miró a Dors.

—Mujer tribal…

—Quizá no sabes nada de las granjas, Hermana —la interrumpió Seldon.

Pareció como si le hubiera pinchado el nervio. Levantó la barbilla con altivez aunque no se dirigió a él sino a Dors.

—He trabajado en las microgranjas. Todos los Hermanos y Hermanas lo hacemos en algún momento de nuestra vida.

—Bien, llévame entonces a visitarlas —ordenó Seldon—. Y no volvamos a discutir. No soy un Hermano con el que te esté prohibido hablar y con quien no puedas tener trato. Soy un miembro de tribu y un huésped de honor. Llevo este crubrecabeza y esta *kirtle* para no llamar la atención, pero soy un erudito y debo aprender mientras esté aquí. No puedo quedarme sentado en esta habitación contemplando la pared. Quiero ver la única cosa que tenéis y que el resto de la Galaxia no tiene…, vuestras microgranjas. Deberías sentirte *orgullosa* de mostrármelas.

—*Estamos* orgullosos de ellas —afirmó Gota de Lluvia Cuarenta y Tres, enfrentándose ahora a Seldon mientras le hablaba—. Yo te las mostraré, aunque no creas que vas a enterarte de nuestros secretos, si es eso lo que pretendes. Te mostraré las microgranjas mañana por la mañana. Lleva tiempo preparar una visita.

—Esperaré hasta mañana, por la mañana. ¿Me lo prometes? ¿Cuento con tu palabra de honor?

—Soy una Hermana y hago lo que digo —exclamó Gota de Lluvia Cuarenta y Tres, abiertamente despectiva—. Mantendré mi palabra aunque se la haya dado a un miembro de tribu.

Su voz se volvió glacial al pronunciar las últimas palabras, mientras sus ojos se agrandaban y parecían lanzar chispas. Seldon se preguntó qué estaría pasando por aquella mente, y se sintió incómodo.

43

Seldon pasó una noche inquieta. Para empezar, Dors había anunciado que debía acompañarle en su visita a las microgranjas y él había objetado con todas su fuerzas.

—Mi propósito es hacer que ella me hable con entera libertad; enfrentarla con un entorno desconocido para ella…, sola con un varón,

aunque se trate de un miembro tribal. Una vez quebrantadas las normas hasta ese punto, quebrantarlas un poco más no le resultará tan difícil. Si tú vienes, se dirigirá a ti y yo no conseguiré nada.

—¿Y si te ocurriera algo en mi ausencia, como sucedió en *Arriba*?

—No ocurrirá nada. ¡Por favor! Si quieres ayudarme, aléjate. Si no lo haces, no querré saber más de ti. Lo digo en serio, Dors. Es algo muy importante para mí. Por más afecto que sienta por ti, esto no te lo consiento.

Ella tuvo que aceptar sus condiciones aunque muy a regañadientes.

—Entonces, por lo menos, prométeme que serás amable con ella —se limitó a decir.

—¿A quién debes proteger, a mí o a ella? Te aseguro que no la he tratado con dureza por puro placer, y no pienso hacerlo en el futuro.

El recuerdo de esa discusión con Dors, su primera discusión, le mantuvo despierto gran parte de la noche; eso, junto con la obsesión de que las dos Hermanas podían no llegar por la mañana, a despecho de la promesa de Gota de Lluvia Cuarenta y Tres.

Sin embargo, llegaron poco después de que Seldon hubiera tomado un escaso desayuno (estaba decidido a no engordar por causa de la gula) y se hubiera vestido con la *kirtle*, la cual le quedaba a la perfección.

Gota de Lluvia Cuarenta y Tres, con algo de hielo en la mirada todavía, anunció:

—Si estás dispuesto, miembro de la tribu Seldon, mi hermana se quedará con la mujer tribal Venabili. —Su voz no era gorjeante ni bronca, como si durante la noche se hubiera hecho fuerte, practicando mentalmente, cómo hablar con alguien que, aunque varón, no era un Hermano.

Seldon se preguntó si habría perdido sueño.

—Estoy dispuesto —repuso él.

Media hora después, juntos Gota de Lluvia Cuarenta y Tres y Hari Seldon, iban bajando nivel tras nivel. Aunque según el reloj era de día, la luz resultaba escasa y más apagada que en Trantor.

No había razón alguna para que fuera así. La luz artificial que giraba lentamente alrededor de la esfera trantoriana, seguro que podía abarcar también al Sector Mycogen. «Los mycogenios deben quererlo así —pensó

Seldon— para no perder un hábito primitivo». Poco a poco, los ojos de Seldon se adaptaron a la penumbra circundante.

Trató de cruzar su mirada con los ojos de los transeúntes, Hermanos o Hermanas, serenamente. Supuso que él y Gota de Lluvia Cuarenta y Tres serían tomados por un Hermano y su esposa, y que nadie se fijaría en ellos, a menos que llamaran la atención.

Por desgracia, parecía como si Gota de Lluvia Cuarenta y Tres deseara que se fijaran en ella. Le dirigía pocas palabras, dichas en voz baja y entre dientes. Resultaba claro que la compañía de un varón no autorizado, aunque sólo ella lo supiera, destruía su confianza en sí misma. Seldon estaba seguro de que si él le pedía que se relajara, la pondría más nerviosa aún. Seldon se preguntó qué haría si se cruzaba con alguien que la conociera. Se sintió más tranquilo una vez hubieron llegado a los niveles más profundos, donde se encontraron con menos personas.

Tampoco hicieron el descenso en ascensor, sino manejando rampas escalonadas que funcionaban por parejas, una para subir y otra para bajar. Gota de Lluvia Cuarenta y Tres, al referirse a ellas, las llamó *escalators*. Seldon no estaba seguro de haber entendido bien la palabra porque era la primera vez que la oía.

A medida que bajaban más y más niveles, la aprensión de Seldon iba en aumento. Muchos mundos poseían microgranjas y muchos mundos producían sus propias variedades de microproductos. A veces, en Helicon, había comprado condimentos en las microgranjas, notando siempre un repugnante hedor que le revolvía el estómago.

A los que trabajaban en las microgranjas no parecía importarles. Incluso cuando algún visitante arrugaba la nariz, después parecía aclimatarse. Pero Seldon era siempre en extremo susceptible al olor. Lo había sufrido antes y contaba con sufrirlo en ese momento. Trató de consolarse con la idea de que estaba realizando un noble sacrificio de su comodidad en beneficio de su necesidad de información, pero con ello no podía evitar que se le hicieran nudos en el estómago, tanta era su aprensión.

Después de haber perdido la cuenta del número de niveles que llevaban bajados, pero con el aire todavía razonablemente fresco y limpio, preguntó:

—¿Cuándo llegaremos a los niveles de las microgranjas?

—Ya hemos llegado.

Seldon respiró profundamente.

—Pues no huele como si estuviéramos en ellas.

—¿Huele? ¿Qué quieres decir? —Gota de Lluvia estaba lo bastante ofendida para no darse cuenta de que había levantado la voz.

—En mi experiencia, siempre hay un olor putrefacto asociado con las microgranjas. Ya sabes, por los fertilizantes que las bacterias, levadura, hongos y saprofitos suelen necesitar.

—¿En tu experiencia? —repitió ella, aunque en esa ocasión bajó la voz —. ¿Dónde?

—En mi mundo de origen.

La Hermana contrajo su rostro con repugnancia.

—¿Y tu gente se revuelca en *gabelle*?

Seldon jamás había oído la palabra, pero por la expresión y tono, adivinó de qué se trataba.

—Bueno, una vez listos para el consumo, no huelen así —aclaró Seldon.

—Los nuestros no huelen mal en ningún momento. Nuestros biotécnicos han conseguido tipos perfectos. Las algas crecen bajo la luz más pura y en soluciones electrolíticas cuidadosamente equilibradas. A los saprofitos se les alimenta con magníficos combinados orgánicos. Las fórmulas y recetas son algo que los tribales jamás conoceréis. Bueno, ya hemos llegado. Olfatea cuanto quieras. No encontrarás nada ofensivo. Hay una razón por la que nuestros alimentos son solicitados en toda la Galaxia y por la que el Emperador, según hemos sabido, no come otra cosa; sin embargo, si quieres saber mi opinión, nuestros productos son demasiado buenos para los miembros de las tribus, aunque uno de ellos sea Emperador.

Lo dijo con una rabia que parecía directamente dirigida contra Seldon. Luego, como si temiera que él no lo hubiera advertido, añadió:

—O aunque se trate de un huésped de honor.

Salieron a un estrecho corredor, a ambos lados del cual había grandes depósitos de grueso cristal en los que se agitaba un agua verdosa llena de algas serpenteantes, movidas por la fuerza de las burbujas de gas que

penetraban a chorro entre ellas. Seldon pensó que serían ricas en dióxido de carbono.

Una luz cálida y rosada iluminaba los depósitos, una luz que era mucho más brillante que la de los corredores. Lo comentó.

—Por supuesto —le explicó la Hermana—. Estas algas se hacen mejor al extremo rojo del espectro.

—Me figuro que todo estará automatizado —dijo Seldon.

Ella se encogió de hombros y ni se molestó en contestarle.

—No se ven muchos Hermanos ni Hermanas —dijo Seldon, insistente.

—Sin embargo, hay mucho trabajo que hacer y lo realizan aunque tú no les veas trabajar. Los detalles no son para ti. No malgastes tu tiempo haciendo este tipo de preguntas.

—Espera. No te enfades conmigo. No espero que se me cuenten los secretos de Estado. Sigamos, querida. —Se le escapó la palabra.

La sujetó por el brazo al ver que ella estaba a punto de marcharse. No lo hizo, pero él percibió su estremecimiento y la soltó al instante, turbado.

—Lo digo porque me parece automatizado —observó.

—Interpreta como quieras lo que veas. No obstante, aquí hay lugar para el cerebro humano, y el juicio humano. Cada Hermano y Hermana tiene ocasión de trabajar aquí en una ocasión u otra. Algunos lo tienen como profesión.

Parecía hablar menos cohibida aunque, para mayor turbación de Hari, se dio cuenta de que su mano izquierda frotaba con disimulo el punto del brazo por donde él la había sujetado, como si le hubiera hecho daño.

—Esto continúa así varios kilómetros —explicó ella—. Si torcemos por aquí, podrás ver una parte de la sección de hongos.

Siguieron caminando. Seldon se fijó en lo limpio que se veía todo. El cristal resplandecía. El suelo de mosaico parecía estar mojado pero, cuando en un momento dado se inclinó para tocarlo, observó que estaba seco. No era resbaladizo…, a menos que sus sandalias (con el dedo gordo asomando al establecido estilo mycogenio) tuvieran suelas deslizantes.

Gota de Lluvia Cuarenta y Tres tenía razón en un punto. Aquí y allí un Hermano o una Hermana trabajaba en silencio, estudiando termómetros,

ajustando controles, a veces sumidos en algo tan sencillo como limpiar el equipo…; siempre absortos en lo que estuvieran haciendo.

Seldon tuvo buen cuidado de no preguntar cuál era su trabajo porque no quería humillar a la Hermana haciéndola contestar que lo ignoraba u obligarla a decirle que había cosas que él no debía saber.

Cruzaron una puerta oscilante y Seldon, de pronto, notó, aunque muy ligero, aquel olor característico que aún recordaba. Miró a Gota de Lluvia Cuarenta y Tres, pero ella parecía no percibirlo y Seldon, al poco rato, también se habituó a él.

La intensidad de la luz cambió de pronto. El tono rosado había desaparecido y la claridad con él. Todo estaba a media luz excepto donde el equipo aparecía iluminado por un foso, y dondequiera que hubiera uno de ellos parecía haber, también, un Hermano o Hermana. Algunos llevaban bandas de luz en la cabeza que despedían un resplandor nacarado. A cierta distancia, Seldon podía ver, en distintos puntos, pequeños destellos que parecían moverse sin rumbo fijo.

Mientras andaban, echó una rápida ojeada al perfil de la Hermana. Era lo único que realmente podía juzgar. En todo momento no podía dejar de tener presente el bulto de su calva cabeza, sus ojos desnudos, su rostro sin color. Todo eso ahogaba su personalidad y parecía volverle invisible. Pero ahora, de perfil, veía algo. Nariz, barbilla, labios generosos, regularidad, belleza. La penumbra suavizaba y dulcificaba la parte superior desierta. Sorprendido, pensó: «Podría ser muy hermosa si dejara que el cabello le creciera y se lo arreglara con gracia».

Pero a continuación pensó que ella *no podía* dejarse crecer el pelo. Sería calva toda la vida.

¿Por qué? ¿Por qué habían tenido que hacerle aquello? Amo del Sol le había explicado que era para que un mycogenio se conociera a sí mismo (o a sí misma) para toda la vida. ¿Por qué era tan importante que la maldición de la calva tuviera que ser aceptada como un distintivo o marca de identidad?

Entonces, al estar habituado a sopesar ambos extremos de los datos, pensó: «La costumbre es una segunda naturaleza. Acostumbrarse a una cabeza sin cabello, acostumbrarse lo suficiente haría que el pelo pareciera

monstruoso, provocaría náuseas». Él mismo se afeitaba la cara todas las mañanas, rasurando todo exceso de vello, incómodo por el menor rastro que le quedaba, no obstante, no pensaba en su rostro como calvo o anormal. Claro que, podía dejarse crecer el vello facial siempre que le viniera en gana…, pero no quería hacerlo.

Sabía que había mundos donde los hombres no se afeitaban; en algunos, ni siquiera se recortaban la barba o le daban forma, sino que dejaban que creciera salvaje. ¿Qué dirían si pudieran ver su cara lampiña, su barbilla, mejillas y labios sin pelo?

Entretanto, iba andando con Gota de Lluvia Cuarenta y Tres por un corredor, interminable al parecer. De vez en cuando, lo cogía del codo para guiarle y tuvo la impresión de que ella se había acostumbrado, porque no retiraba la mano apresuradamente. A veces la dejaba allí durante más de un minuto.

De pronto la oyó decir:

—¡Aquí! ¡Ven aquí!

—¿Qué es esto? —preguntó Seldon.

Estaban delante de una pequeña bandeja llena de pequeñas esferas, cada una de unos dos centímetros de diámetro. El Hermano que se ocupaba del área, y que acababa de dejar la bandeja, levantó la vista vagamente asombrado.

—Pídele unas cuantas —dijo Gota de Lluvia Cuarenta y Tres.

Seldon recordó que ella no podía dirigir la palabra a un Hermano si él no le hablaba.

—¿Podrías darnos unas cuantas, Her… Hermano? —preguntó indeciso.

—Coge un puñado, Hermano —accedió el otro de buen grado.

Seldon cogió una de las esferas y se disponía a entregársela a Gota de Lluvia Cuarenta y Tres cuando descubrió que ella había tomado la invitación como para sí y tenía dos puñados.

La esfera era brillante, suave. Al alejarse, Seldon preguntó a Gota de Lluvia Cuarenta y Tres:

—¿Son para comerlas? —Y acercó la esfera a la nariz.

—¡No huelen! —cortó ella vivamente.

—¿Qué son?

—Golosinas. Golosinas naturales para el mercado exterior. Las perfumamos de diferentes maneras, pero aquí en Mycogen, las comemos naturales, sin perfumar…, así sólo. —Y se metió una en la boca, comentando—: *Nunca* tengo bastante.

Seldon se metió una esfera en la boca y sintió cómo se disolvía y desaparecía rápidamente. Su boca, por un momento, se llenó de líquido, luego se deslizó, como por voluntad propia, garganta abajo.

Se quedó asombrado. Ligeramente dulzona, pese a ello, dejaba un regusto algo amargo, pero no encontraba el verdadero sabor.

—¿Puedo tomar otra? —pidió.

—Coge media docena —ofreció Gota de Lluvia Cuarenta y Tres tendiéndole un puñado—. Nunca parecen tener el mismo sabor dos veces seguidas y casi carecen de calorías; prueba.

Ella tenía razón. Seldon dejó que la golosina permaneciera un momento en la boca; trató de lamerla cuidadosamente; trató de darle un mordisco. Pero, pese al cuidado puesto en morder, se deshacía. Una vez separado un fragmento, el resto desaparecía al instante. Cada sabor era indefinible y no del todo parecido al anterior.

—Lo peor es que —explicó la Hermana, feliz—, muy de vez en cuando, encuentras una excepcional y jamás puedes olvidarla, pero tampoco vuelves a encontrar otra igual. Comí una cuando tenía nueve años… —Su expresión perdió su arrobo y dijo—: Es una gran cosa. Te enseña la brevedad de las cosas del mundo.

Seldon lo interpretó como una señal. Ya habían paseado bastante sin rumbo fijo. Se había acostumbrado a él y le hablaba. Y ahora la conversación había llegado a su punto. ¡Ahora!

44

—Vengo de un mundo que vive al aire libre, Hermana —dijo Seldon—, como todos los mundos, excepto Trantor. Llueve o no llueve, los ríos bajan perezosos o se desbordan, la temperatura es alta o baja. Eso significa que las cosechas son buenas o malas. No obstante, aquí, el ambiente está

realmente controlado. Las cosechas no tienen más remedio que ser buenas. Qué afortunado es Mycogen.

Esperó. Cabían diversas respuestas y su línea de acción dependería de la respuesta que obtuviera.

Ahora, ella le hablaba con plena libertad y parecía haber perdido la primitiva inhibición respecto de su masculinidad, así que el largo paseo había servido su propósito.

—El ambiente no es tan fácil de controlar —observó Gota de Lluvia Cuarenta y Tres—. En ocasiones, tenemos infecciones virales y, a veces, se presentan mutaciones inesperadas y no deseadas. En ocasiones, también hay cultivos enteros que se agostan o que no valen nada.

—Me sorprendes. ¿Y qué pasa entonces?

—Por lo general, no queda más remedio que destruir el cultivo estropeado, incluso aquellos que simplemente pueden ser susceptibles de estropearse. Bandejas y depósitos deben esterilizarse por completo e incluso eliminados a veces.

—Viene a ser como la cirugía —comentó Seldon—: cortáis el tejido dañado.

—Sí.

—¿Qué hacéis para evitar esas cosas?

—¿Qué podemos hacer? Llevamos a cabo una comprobación constantemente para evitar que puedan surgir mutaciones, que aparezcan nuevos virus, cualquier contaminación accidental o alteración del ambiente. Muy pocas veces detectamos algo malo, pero tomamos medidas drásticas si lo hacemos. El resultado es que los años malos son pocos e incluso éstos afectan sólo de manera fraccionada. El peor año que hemos tenido alcanzó una media de sólo un 1%, aunque fue suficiente para producir malestar. El problema estriba en que ni la más cuidadosa previsión, ni los más inteligentes programas de computadoras planteados pueden predecir lo que es esencialmente impredecible.

(Seldon sintió un involuntario estremecimiento. Era como si le estuviera hablando de psicohistoria…, sólo que le hablaba de los productos de las microgranjas de una pequeña fracción de la Humanidad, mientras que él

tenía presente todo el poderoso Imperio Galáctico en cada una de todas sus actividades).

—Seguro que no todo es inesperado, impredecible —observó, inevitablemente descorazonado—. Hay fuerzas que nos guían y que cuidan de todos nosotros.

La Hermana se envaró. Se volvió para mirarle, como si quisiera estudiarle con sus ojos de mirada penetrante. Pero lo único que dijo, fue:

—¿Cómo?

—Me parece que al hablar de virus y mutaciones, hablamos de lo natural, de fenómenos que están sometidos a leyes naturales. Esto deja de lado lo sobrenatural, ¿no? Deja fuera aquello que no está sometido a las leyes naturales y que, por tanto, la ley natural puede controlar.

La mujer continuó mirándole fijamente, como si, de pronto, él hubiera empezado a hablar un desconocido y lejano dialecto del Standard Galáctico. Y, esta vez, en un murmullo, volvió a decirle:

—¿Cómo?

Pero Seldon siguió pronunciando palabras desconocidas que casi conseguían avergonzarle:

—Debéis apelar a una esencia superior, a un gran espíritu, a…, bien, no sé cómo llamarle.

Gota de Lluvia Cuarenta y Tres le respondió con una voz que alcanzó un registro altísimo aun permaneciendo baja.

—Lo imaginé. *Pensé* que eso era lo que querías decir, pero no lo podía creer. Estás acusándonos de tener *religión*. ¿Por qué no lo confiesas? ¿Por qué no empleas la palabra? —Esperó una respuesta.

—Porque ésta no es una palabra que yo emplee —se limitó a decir Seldon, algo confuso ante el ataque—. Yo lo llamo «supernaturalismo».

—Llámalo como quieras. Es religión, y nosotros no la tenemos. La religión se queda para las tribus, para la esc…

La Hermana calló a fin de tragar saliva como si estuviera al borde de ahogarse y Seldon tuvo la seguridad de que la palabra que la había atragantado era «escoria». Pero ya se había recobrado. Y continuó hablando despacio y en un tono más bajo que el de su habitual soprano.

—No somos gente religiosa —declaró—. Nuestro reino es de esta Galaxia y lo ha sido siempre. Si tú tienes una religión…

Seldon se sintió cogido en la trampa. No había contado con aquello. Levantó la mano, como defendiéndose.

—En realidad, no. Soy un matemático y mi reino es también de esta Galaxia. Sólo que dada la rigidez de costumbres que tenéis, pensé que *vuestro* reino…

—No lo pienses, hombre de tribu. Si nuestras costumbres son rígidas se debe a que somos simples millones rodeados de miles de millones. De un modo u otro, debemos hacernos notar para no perdernos en medio de vuestras hordas y manadas. Debemos hacernos notar por nuestra falta de cabello, nuestros vestidos, nuestro comportamiento, nuestra forma de vida. Debemos saber quiénes somos y debemos estar seguros de que vosotros, los de las tribus, sepáis bien quiénes somos, cómo somos. Trabajamos en nuestras granjas a fin de adquirir valor a vuestros ojos y así asegurarnos de que nos dejéis en paz. Es lo único que os pedimos…, que nos dejéis en paz…

—No tengo la menor intención de hacerte daño a ti o a tu pueblo. Sólo busco conocimiento, aquí como en todas partes.

—¿Y por qué nos insultas preguntándonos sobre nuestra religión, como si alguna vez hubiéramos apelado a un misterioso e insustancial espíritu para que hiciera por nosotros lo que nosotros no podemos hacer?

—Hay mucha gente, muchos mundos que creen en el supernaturismo de una forma u otra de… religión, si prefieres esta palabra. De alguna manera, podemos no estar de acuerdo con ellos, aunque hay que reconocer algo: lo mismo podemos equivocarnos nosotros en nuestra incredulidad, como ellos en su creencia. En todo caso, la creencia no es vergonzosa, y mis preguntas no pretendían ser insultantes.

Pero ella no se calmaba.

—¡Religión! —exclamó rabiosa—. ¡No la necesitamos!

Los ánimos de Seldon, que se habían ido derrumbando en el transcurso de la conversación, tocaron fondo. Todo lo organizado, la expedición con Gota de Lluvia Cuarenta y Tres, no había servido para nada.

Pero, de pronto, oyó que ella le decía:

—Tenemos algo mucho mejor. Tenemos *historia*.
Los ánimos de Seldon rebrotaron de nuevo, y sonrió.

EL *LIBRO*

HISTORIA DE LA MANO EN EL MUSLO. — ... *Algo mencionado por Hari Seldon en un punto crucial de su búsqueda de un método para desarrollar la psicohistoria. Por desgracia, sus publicaciones no nos indican lo que era la «historia» y cualquier especulación respecto a ella (y hay muchas) es fútil. Sigue siendo uno de los muchos e integrantes misterios sobre la carrera de Seldon.*

Enciclopedia Galáctica

45

Gota de Lluvia Cuarenta y Tres se quedó mirando a Seldon, con ojos alocados y respiración jadeante.

—No puedo seguir aquí —dijo.

Seldon miró a su alrededor.

—Nadie nos molesta. Incluso el Hermano que nos ha dado las golosinas no ha comentado nada sobre nosotros. Pareció tomarnos por una pareja perfectamente normal.

—Porque no hay nada anormal en nosotros…, cuando estamos en penumbra, cuando mantienes la voz baja de modo que tu acento tribal se

nota menos, y cuando yo parezco tranquila. Pero ahora… —Su voz iba enronqueciendo.

—Ahora, ¿qué?

—Me siento nerviosa y tensa. Estoy… empapada en sudor.

—¿Quién se va a fijar? Relájate. Cálmate.

—No puedo relajarme aquí. No puedo calmarme en un sitio donde pueden verme.

—¿Adónde podemos ir, pues?

—Hay pequeños cobertizos para descansar. He trabajado aquí. Sé dónde están.

Echó a andar deprisa y Seldon la siguió. Subieron por una pequeña rampa, que a la escasa luz él no hubiera visto de no ser por ella, luego pasaron ante una hilera de puertas, ampliamente separadas.

—La del extremo —murmuró ella—. Está vacía.

Y así era, en efecto. Había un pequeño rectángulo luminoso que decía DESOCUPADO y la puerta aparecía abierta.

Gota de Lluvia Cuarenta y Tres miró rápidamente a su alrededor, indicó a Seldon que entrara y ella lo hizo a continuación. Cerró la puerta y, al cerrarla, una pequeña luz en el techo iluminó el interior.

—¿Hay algún medio de que el letrero de la puerta pueda indicar que no está libre? —preguntó Seldon.

—Automáticamente, al cerrarse la puerta y encenderse la luz, el letrero cambia.

Seldon percibía una suave corriente de aire que producía un leve sonido, pero, ¿en qué lugar de Trantor no se notaba lo mismo?

La estancia no era grande; tenía un camastro con un colchón firme y eficiente y sábanas muy limpias. Había una mesa y una silla, un pequeño refrigerador y algo que parecía una mesita caliente, quizás una pequeña placa para calentar comida.

Gota de Lluvia Cuarenta y Tres se sentó en la silla, muy tiesa, en un visible esfuerzo por relajarse.

Seldon, indeciso sobre cómo comportarse, permaneció de pie hasta que Gota de Lluvia le indicó, un poco impaciente, que se sentara en el camastro. Así lo hizo.

—Si alguna vez llegara a saberse que he estado aquí con un hombre, aunque sea de una tribu, me convertiré en una verdadera paria —murmuró Gota de Lluvia Cuarenta y Tres con dulzura, como si hablara consigo misma.

—Entonces, no nos quedemos aquí —exclamó Seldon poniéndose en pie de un salto.

—Siéntate. No puedo salir en el estado en que me encuentro. Me has estado preguntando sobre religión. ¿Qué *es* lo que buscas?

A Seldon le pareció que ella había cambiado por completo. La pasividad y el servilismo habían desaparecido. No quedaba nada de su timidez, de su torpeza ante un varón. Lo miraba, ardientemente, a través de los ojos entornados.

—Ya te lo he dicho. Conocimientos. Soy un estudioso. Mi profesión y mi deseo es *saber*. Quiero, en especial, comprender a la gente, así que necesito estudiar Historia. En muchos mundos, los antiguos documentos históricos, los *verdaderos* archivos históricos, se han transformado en mitos y leyendas, formando parte, con frecuencia, de una serie de creencias religiosas o supernaturalista. Pero si Mycogen no tiene una religión, entonces…

—Te he dicho que tenemos *Historia*.

—Por dos veces me lo has asegurado. ¿Muy antigua?

—Empieza hace veinte mil años.

—¿De verdad? Hablemos con franqueza. ¿Es Historia real o algo que ha ido degenerando en leyenda?

—Es verdadera Historia, desde luego.

Seldon estuvo en un tris de preguntarle cómo lo sabía, pero lo pensó mejor. ¿Existía la posibilidad de que la Historia llegara a los veinte mil años y fuera auténtica? Él no era historiador, así que tendría que consultarlo con Dors.

Pero sabía que en todos los mundos, las historias más antiguas eran mezclas de heroísmos y pequeños dramas, parecidos a representaciones morales, y no debían ser tomadas al pie de la letra. Era del todo seguro en cuanto a Helicon; sin embargo, no se encontraba un solo heliconiano que no jurara e insistiera en que todo lo que se contaba era Historia verdadera.

Aseguraban, como a tal, los relatos perfectamente ridículos sobre la primera exploración de Helicon y los encuentros con grandes y peligrosos reptiles voladores…, aun cuando nada parecido a reptiles voladores había sido encontrado en ningún mundo explorado y colonizado por seres humanos.

—¿Y dónde empieza la Historia? —preguntó él.

Una expresión soñadora apareció en los ojos de la Hermana, una mirada que no veía a Seldon ni nada más de aquella estancia.

—Empieza con un mundo…, *nuestro* mundo —musitó—. Un solo mundo.

—¿*Un* mundo? —repitió Seldon, y recordó que Hummin había hablado de leyendas de un mundo único, original, de la Humanidad.

—Un mundo. Después hubo otros. Mas el nuestro fue el primero. Un mundo con espacio, aire libre, con sitio para todos, campos fértiles, hogares acogedores y gente afectuosa. Habitamos allí durante miles de años, y luego tuvimos que marcharnos y malvivir en uno u otro lugar hasta que algunos de nosotros encontramos un rincón de Trantor donde aprendimos a cultivar un tipo de comida que nos proporcionó algo de libertad. Y aquí, en Mycogen, tenemos ahora nuestro modo de vida…, y nuestros sueños.

—¿Y vuestra Historia da detalles completos sobre el mundo original? ¿El mundo único?

—Oh, sí, todo está en un libro, y todos lo tenemos. Cada uno de nosotros. Lo llevamos siempre. No hay un solo momento en que uno de nosotros no pueda verlo, leerlo, recordar quiénes somos (y quiénes éramos) y llegar a pensar que algún día volveremos a recuperar nuestro mundo.

—¿Sabes dónde está ese mundo, y quiénes viven ahora en él?

Gota de Lluvia Cuarenta y Tres titubeó, luego, movió la cabeza violentamente.

—No lo sabemos, pero algún día lo descubriremos.

—¿Está ese libro ahora en tu poder?

—¡Por supuesto!

—¿Puedo verlo?

Una sonrisa perezosa cruzó el rostro de la Hermana.

—Así que esto es lo que quieres —dijo ella—. Sabía que buscabas algo cuando me pediste que te trajera a visitar las microgranjas, lo único es que

yo… —Parecía un poco desconcertada—. Nunca pensé que se tratara del *Libro*.

—Es lo único que quiero —insistió Seldon—. En realidad, no pensaba en nada más. Si me trajiste aquí porque creíste que…

Ella no le permitió terminar.

—Y aquí estamos. ¿Quieres o no quieres el *Libro*?

—¿Me ofreces dejarme que lo vea?

—Con una condición.

Seldon hizo una pausa, pensando en la posibilidad de graves problemas si había vencido la inhibición de la Hermana mucho más allá de lo que se había propuesto.

—¿Qué condición? —preguntó.

Gota de Lluvia Cuarenta y Tres se pasó rápidamente la lengua por los labios.

—Que te quites el cubrecabeza —pidió con voz temblorosa.

46

Estupefacto, Hari Seldon miró a Gota de Lluvia Cuarenta y Tres. Durante unos segundos, claramente perceptibles, no entendió de qué le estaba hablando. Se había olvidado de que llevaba la cabeza cubierta.

Luego, se llevó la mano a la cabeza y, por primera vez, conscientemente, sintió el cubrecabezas que llevaba. Era suave, aunque percibió la diminuta resistencia del cabello que estaba debajo. Poca, claro, porque, después de todo, lo llevaba corto y tenía poco cuerpo.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque lo quiero así. Porque ésta es la condición que te impongo si quieres ver el *Libro*.

—Bueno, si te empeñas. —Y con la mano tanteó en busca del borde para quitárselo.

—No —objetó ella—. Déjame a mí. Yo lo haré. —Lo miraba como si fuera a comérselo.

Seldon dejó caer las manos sobre las rodillas.

—Adelante.

La Hermana se puso en pie al instante y se sentó junto a él, sobre el camastro. Despacio, con cuidado, levantó el cubrecabezas por encima de la oreja. Otra vez, volvió a pasarse la lengua por los labios y él la notó jadeante mientras le retiraba el gorro de la frente y lo miraba. Entonces, se desprendió del todo y el cabello de Seldon, liberado, pareció agitarse encantado de su libertad.

—Mantener el cabello bajo el gorro me ha hecho sudar, probablemente, la cabeza —alegó, turbado—. Si es así, tendré el cabello húmedo. —Levantó la mano, como si quisiera comprobarlo, pero ella se la apartó.

—Quiero hacerlo yo. Forma parte de la condición. —Sus dedos, lentos, indecisos, rozaron el cabello, pero los retiró. Volvió a tocarle y lo acarició con dulzura—. Está seco —dijo—. Su tacto es… bueno…

—¿Habías tocado antes cabello cefálico?

—En los niños, a veces. Éste… es diferente. —Volvió a acariciarlo.

—¿En qué aspecto? —Seldon, pese a su embarazosa situación, no podía dejar de sentir curiosidad.

—No podría decirlo. Sólo… diferente.

—¿Te basta ya? —preguntó Hari pasado un rato.

—No. No me apresures. ¿Puedes conseguir que quede como tú quieras?

—Poco. Tiene su inclinación natural; además, necesitaría un peine para hacerlo, y no llevo ninguno.

—¿Un peine?

—Sí, un objeto con púas…, bueno, como un rastrillo, aunque las púas están más compactas y son algo más blandas en el peine.

—¿No puedes hacerlo con los dedos? —preguntó mientras pasaba los suyos por el cabello.

—En cierto modo sí, mas no queda muy bien.

—Por detrás está hirsuto.

—Porque lo llevo más corto ahí.

Gota de Lluvia pareció recordar algo.

—¡Las cejas! ¿No es así como las llamáis? —Arrancó las tiras que las cubrían y pasó los dedos por el suave arco ciliar, a contrapelo.

—¡Qué agradable! —exclamó riendo fuerte, de un modo parecido a la risita de su hermana pequeña—. ¡Qué monada!

—¿Hay algo más que forme parte, también de la condición? —preguntó Seldon, un poco impaciente.

Dio la sensación de que Gota de Lluvia iba a contestar afirmativamente, mas no dijo nada. En cambio, retiró las manos precipitadamente y se las llevó a la nariz. Seldon se preguntó qué estaría tratando de oler.

—¡Qué extraño! —musitó ella—. ¿Puedo…, puedo hacerlo otra vez?

—Si me dejas el *Libro* durante el tiempo necesario para estudiarlo, a lo mejor te dejo —ofreció Seldon, incómodo.

Gota de Lluvia Cuarenta y Tres metió la mano dentro de su túnica, y de una abertura que Seldon no había observado antes, de algún bolsillo secreto, sacó un libro encuadernado en un material flexible y resistente. Lo cogió al tiempo que se esforzaba por controlar *su* excitación.

Mientras Seldon reajustaba su cubrecabeza a fin de ocultar su cabello, Gota de Lluvia Cuarenta y Tres volvió a llevarse las manos a la nariz y entonces, rápida y suavemente, se chupó el dedo.

47

—¿Que te tocó el pelo? —exclamó Dors Venabili. Y contempló el cabello de Seldon como si también estuviera tentada de hacerlo. Seldon se apartó ligeramente.

—Por favor, no. Ella hizo que aquel gesto pareciera una perversión.

—Y supongo que lo era…, desde su punto de vista. ¿Te produjo algún placer?

—¿Placer? Hizo que se me pusiera la carne de gallina. Cuando por fin tuvo bastante, pude volver a respirar tranquilo. No dejaba de pensar: «¿Qué otras condiciones me pondrá?»

Dors se echó a reír.

—¿Tenías miedo de que te violara?, ¿o la esperanza de que lo hiciera?

—Te aseguro que no me atrevía ni a pensar. Sólo quería conseguir el *Libro*.

Se hallaban en su habitación y Dors conectó su distorsionador de campo para tener la plena seguridad de no ser oídos.

La noche mycogenia estaba a punto de empezar. Seldon se había despojado del gorro y la *kirtle* y se había bañado, lavándose cuidadosamente el cabello, que había enjabonado y aclarado por dos veces. Ahora, estaba sentado en su cama y se había puesto una especie de camisón que había encontrado colgado en su ropero.

—¿Sabía que tienes pelo en el pecho? —preguntó Dors con los ojos rebosando picardía.

—Deseaba con todas mis fuerzas que no se le ocurriera pensarlo.

—Pobre Hari. Todo fue perfectamente natural, ¿sabes? Es probable que yo hubiera sentido lo mismo de haberme encontrado a solas con un Hermano. Estoy segura de que habría sido mucho peor porque él creería, siendo lo que es la sociedad mycogenia, que yo, como mujer, no tenía más remedio que obedecer al instante sus órdenes sin protestar.

—No, Dors. Puedes creer que todo fue natural, pero tú no lo experimentaste. La pobre mujer era presa de una tremenda excitación sexual. Todos sus sentidos estaban al descubierto… Olía sus dedos, hasta se los lamió. Si hubiera podido oír cómo crece el pelo, habría escuchado con avidez.

—Por eso mismo he dicho que era «natural». Cualquier cosa que se haga, que esté prohibida, gana en atractivo sexual. ¿Estarías especialmente interesado por los senos de una mujer si vivieras en una sociedad en que los llevaran siempre al descubierto?

—Creo que sí.

—¿No te sentirías *más* interesado si siempre estuvieran cubiertos, como ocurre en la mayor parte de las sociedades…? Oye, déjame que te cuente algo que me ocurrió. Fue en Cinna, en un lugar de veraneo, junto a un lago… Supongo que también tenéis lugares así en Helicon, playas y demás, ¿no?

—Pues claro que sí —contestó Seldon, ligeramente molesto—. ¿Qué te has creído que es Helicon, un mundo de roca y montaña, con sólo agua del pozo para beber?

—No ha sido mi intención ofenderte, Hari. Sólo quería asegurarme de que situaras bien la historia. En nuestras playas de Cinna, somos bastante despreocupados sobre lo que llevamos…, o no llevamos.

—¿Playas nudistas?

—No se trata de eso, aunque supongo que si alguien se quitara toda la ropa, nadie se fijaría demasiado. Se acostumbraba a llevar un mínimo decente, pero debo admitir que lo que consideramos decente deja muy poco trabajo a la imaginación.

—En Helicon, tenemos unos niveles de decencia algo más elevados.

—Sí, lo deduzco por tu cuidadosa forma de tratarme, pero a cada uno lo suyo. Vamos al grano, yo estaba sentada en una pequeña playa junto al lago cuando un joven, con el que había hablado un poco antes, se me acercó. Era un chico decente y no tengo nada en contra de él. Se sentó en el brazo de mi butaca y, a fin de apoyarse, puso su mano derecha sobre mi muslo izquierdo, que, como es natural, estaba desnudo.

»Después de hablar unos minutos conmigo, dijo con cierto descaro: "Aquí estoy yo, apenas me conoces y sin embargo parece absolutamente natural que apoye la mano en tu muslo. Además, también debe parecértelo a ti, ya que no da la sensación de importarte que la deje ahí".

»Entonces fue cuando me di cuenta de que su mano estaba en mi muslo. La piel desnuda en público parece perder algo de su calidad sexual. Como te he dicho, lo crucial es lo que queda oculto a la vista… Y el muchacho lo sintió también porque al instante observó: "Si nos encontráramos en condiciones formales y llevaras un traje, ni se te ocurriría dejarme levantarte la falda para apoyar mi mano en tu muslo, en el mismo lugar en que la tengo ahora".

»Me eché a reír y seguimos hablando de una cosa y otra. Naturalmente, al joven, una vez me había llamado la atención sobre la posición de su mano, dejó de parecerle apropiado mantenerla allí y la retiró.

»Aquella noche, me vestí para la cena con más cuidado que en otras ocasiones y me puse un traje que parecía más formal de lo necesario en comparación con lo que otras mujeres llevaban. Me encontré con el joven en cuestión. Estaba sentado a una de las mesas. Me acerqué y lo saludé.

»—Aquí me tienes —le dije—, vestida, pero debajo del traje, mi muslo izquierdo sigue desnudo. Levanta la falda y pon tu mano sobre mi muslo izquierdo, como hiciste esta tarde.

»Lo intentó. Tengo que reconocer que lo intentó, pero todo el mundo nos miraba. Yo no se lo hubiera impedido y tengo la seguridad de que nadie lo habría hecho, mas no se atrevió. El lugar no era distinto de lo que había sido antes y, en ambos casos, las mismas personas estaban presentes. Resultaba muy claro que yo había tomado la iniciativa y que, por lo tanto, no tenía nada que objetar, pero no se decidió a violar las buenas maneras. Las condiciones que habían sido "mano-en-el-muslo" por la tarde, no eran "mano-en-el-muslo" por la noche y esto era más significativo de lo que la lógica podía decir.

—Yo sí habría puesto mi mano en tu muslo —dijo Seldon.

—¿Estás seguro?

—Por completo.

—¿Aunque tu nivel de decencia en la playa sea más alto que los nuestros?

—Sí.

Dors se sentó en su cama, luego, se echó con las manos cruzadas detrás de la cabeza.

—¿De modo que no te turba demasiado que lleve puesto un camisón con muy poco debajo?

—No estoy especialmente *escandalizado*. En cuanto a sentirme turbado, depende de la definición de la palabra. Me doy perfecta cuenta de cómo estás vestida.

—Bien, pero si vamos a estar encerrados aquí durante cierto tiempo, tendremos que aprender a ignorar todo eso.

—O aprovecharnos de ello —observó Seldon riendo—. Y me agrada tu cabello. Después de verte calva todo el día, me gusta tu pelo.

—Bueno, pero no lo toques. Todavía no me lo he lavado. —Entrecerró los ojos—. Es interesante. Has separado el nivel informal del formal de la respetabilidad. Lo que estás insinuando es que Helicon es más respetable en su nivel informal que Cinna, y menos respetable en el nivel formal. ¿Lo he dicho bien?

—En realidad, sólo hablaba del muchacho que puso su mano en tu muslo, y de mí. No sabría decirte lo representativos que son los de Cinna y los de Helicon respectivamente. Puedo imaginar a ciertos individuos perfectamente decentes en ambos mundos…, y algunos descarados, también.

—Estamos hablando de presiones sociales. No es que yo sea una viajera galáctica, pero he tenido que verme mezclada en mucha historia social. En el planeta de Derowd, hubo un tiempo en que las relaciones premaritales eran del todo libres. El sexo múltiple estaba autorizado para los solteros y sólo se censuraba el sexo en público si bloqueaban el tráfico. Sin embargo, después del matrimonio, la monogamia era absoluta, inquebrantable. Se partía de la teoría de que si se permitía uno todas las fantasías en un principio, después, uno encajaba perfectamente en el lado serio de la vida.

—¿Y funcionaba?

—Hace unos trescientos años se acabó, pero algunos de mis colegas dicen que cesó por las presiones exteriores de otros mundos que perdían beneficios turísticos en favor de Derowd. También existe la total presión social galáctica.

—O presión económica, como en este caso.

—Quizás. Además, estando en la Universidad, tengo la oportunidad de estudiar presiones sociales, sin ser una viajera galáctica. Conozco a gente de muchos sitios de dentro y fuera de Trantor. Una de las diversiones preferidas del departamento de Ciencias Sociales es la comparación de las presiones sociales.

»Aquí en Mycogen, por ejemplo, tengo la impresión de que el sexo se halla estrictamente controlado y sólo está permitido bajo las reglas más rígidas, tanto más duras cuanto que no se discuten nunca. En el Sector de Streeling, el sexo tampoco se discute, pero no es condenado. En el Sector de Jennat, donde pasé una semana investigando, el sexo se discutía de manera incesante, pero sólo para condenarlo. Me figuro que no hay dos sectores en Trantor, ni en otros dos mundos fuera de Trantor, en que la actitud hacia el sexo se duplique por completo.

—¿Sabes lo que haces que parezca? —preguntó Seldon—. Como…

—Te diré lo que parece —le interrumpió Dors—. Toda esta conversación sobre el sexo pone en claro una cosa: no voy a perderte de vista nunca más.

—¿Qué?

—Te he dejado suelto dos veces: la primera, por propio error; la segunda, porque te empeñaste en ello. Ambas, se trató de una terrible equivocación. Recuerda lo que te ocurrió la primera vez.

—Sí, pero no me ha ocurrido nada en la segunda —protestó Seldon indignado.

—Has estado en un tris de meterte en un gran lío. Supón que te hubieran pillado en una escapada sexual con una Hermana.

—No fue sexual…

—Tú mismo me has dicho que estaba con una gran excitación sexual.

—Pero…

—Estaba mal. Por favor, métete esto en la cabeza, Hari: de ahora en adelante, no irás a ninguna parte sin mí.

—Óyeme —cortó Seldon, glacial—, mi propósito era buscar algo sobre la historia de Mycogen y como resultado de mi seudoescapada sexual con una Hermana, tengo un libro…, el *Libro*.

—¡El *Libro*! Cierto, hay un libro. Veámoslo.

Seldon se lo pasó y Dors lo miró pensativa.

—Puede que no nos sirva, Hari. No parece que vaya a encajar en ningún proyector conocido. O sea, que no tendrás más remedio que pedir un proyector mycogenio y querrán saber para qué lo quieres. Entonces, descubrirán que tienes el *Libro* y te lo quitarán.

—Si tus suposiciones fueran correctas —sonrió Seldon—, tu conclusión sería irrebatible, pero resulta que éste no es el tipo de libro que piensas. No es para ser proyectado. Está impreso en sus páginas, y las mismas se van volviendo. Gota de Lluvia Cuarenta y Tres me lo fue explicando.

—¡Un libro *impreso*! —Era difícil decir si Dors estaba impresionada o divertida—. ¡Pero si esto es de la Edad de la Piedra!

—Pre-imperial, aunque no del todo. ¿Has visto alguna vez un libro impreso?

—¿Considerando que soy una historiadora? Pues claro, Hari.

—Ya. ¿Pero como éste?

Entregó el libro a Dors y ésta, sonriendo, lo abrió; luego, volvió la página, después, pasó otras.

—¡Si está en blanco! —exclamó.

—*Parece*, estarlo. Los mycogenios son obcecadamente primitivistas, aunque no en todo. No ponen objeciones a servirse de la tecnología moderna para modificar lo que les convenga. ¿Quién sabe?

—Puede que sí, Hari, pero no comprendo lo que me estás diciendo.

—Las páginas no están en blanco, sino cubiertas de microimpresión. Ven, dámelo. Si aprieto esta plaquita que hay en el borde interior de la cubierta…, ¡observa!

Al instante, la página por donde el libro estaba abierto se llenó de líneas impresas que se movían hacia arriba con lentitud.

—Puedes ajustar la velocidad del movimiento ascendente para que se adapte a tu ritmo de lectura torciendo ligeramente la plaquita a un lado o al otro —explicó Seldon—. Cuando las líneas llegan al borde superior, es decir, cuando tú llegues a tu última línea, vuelven a bajar y se detienen. Entonces, pasas a la página siguiente y continúas.

—¿De dónde sale la energía que hace todo esto?

—Lleva incluida una batería de microfusión que dura el tiempo que el libro dure.

—Entonces, cuando se acaba…

—Te deshaces del libro, que a lo mejor te reclaman antes de que se agote, por lo mucho que se utiliza, y te dan otro ejemplar. Nunca se cambia la batería.

Dors cogió el libro por segunda vez y lo miró por todos lados.

—Debo confesar que nunca había oído hablar de un libro como éste —dijo ella.

—Ni yo. En general, la Galaxia ha avanzado tanto en tecnología visual, que olvidó esa posibilidad.

—Esto *es* visual.

—Sí, pero no con efectos ortodoxos. Este tipo de libro tiene sus ventajas. Encierra mucho más de lo que suele contener un libro visual corriente.

—¿Dónde está el dispositivo…? Ah, veamos si sé hacerlo funcionar. —Dors lo abrió por una página al azar y puso las líneas en movimiento ascendente—. Me temo que no nos servirá de nada, Hari. Es pregaláctico. No quiero decir el libro, me refiero a la impresión…, al idioma.

—¿No puedes leerlo, Dors? Como historiadora…

—Como historiadora estoy acostumbrada a luchar con el lenguaje arcaico…, hasta cierto punto. Éste es demasiado antiguo para mí. Entiendo unas palabras aquí y otras allá, pero no las suficientes para que me sirvan de algo.

—Bien —exclamó Seldon—. Si es realmente antiguo, me servirá.

—No, si no puedo leerlo.

—Pero, yo sí puedo. Es bilingüe. No supondrás que Gota de Lluvia Cuarenta y Tres lee las lenguas antiguas, ¿verdad?

—Si está debidamente educada, ¿por qué no?

—Porque sospecho que las mujeres de Mycogen no se educan más allá de sus tareas domésticas. Algunos de los más cultos podrán leerlo, pero todos los demás necesitarán su traducción al galáctico. —Apretó otra plaquita—. Y esto nos lo proporciona.

Las líneas impresas pasaron al galáctico estándar.

—Delicioso —exclamó Dors admirada.

—Podríamos aprender de estos mycogenios, y no lo hacemos.

—No lo hacemos porque lo ignorábamos.

—No puedo creerlo. Ahora lo sé. Y tú también lo sabes. Debe de haber forasteros que vienen a Mycogen de vez en cuando, por comercio o política, o no habría cubrecabezas a disposición de quienes los necesiten. Así que, alguna vez, alguien ha tenido que echar un vistazo a este libro impreso y ver cómo funciona. Lo más probable es que lo haya desechado como objeto curioso que no vale la pena estudiar, simplemente porque es de Mycogen.

—¿Merece la pena estudiarlo?

—Desde luego que sí. Todo merece la pena, o debería merecerla. Probablemente Hummin señalaría que una falta tal de interés por estos libros es otro indicio de la degeneración del Imperio.

Levantó el libro y, en un arranque de entusiasmo, exclamó:

—Pero *yo* siento curiosidad y lo leeré. Tal vez me pueda señalar el camino de la psicohistoria.

—Así lo espero, aunque si aceptas mi consejo, primero dormirías y, descansado, lo empezarías mañana por la mañana. No aprenderás gran cosa si te duermes sobre él.

Seldon vaciló.

—¡Qué maternal eres! —comentó.

—Debo cuidar de ti.

—Ya tengo una madre, viva, en Helicon. Preferiría que fueras mi amiga.

—Respecto a eso, he sido tu amiga desde que te conocí.

Le sonrió, y Seldon titubeó como si no estuviera seguro de la respuesta apropiada.

—Entonces —concedió al fin—, aceptaré tu consejo, de amiga, y dormiré antes de leer.

Inició un gesto como para poner el libro sobre la mesita entre las dos camas, pero dudó, se dio la vuelta y lo guardó debajo de la almohada.

Dors Venabili rió por lo bajo.

—Creo que tienes miedo de que despierte durante la noche y lea algunas partes del libro antes de que tú tengas oportunidad de hacerlo. ¿No es así?

—Puede que sí —confesó Seldon, tratando de no parecer avergonzado —. Incluso la amistad tiene sus límites y éste es *mi* libro y *mi* psicohistoria.

—De acuerdo, te prometo que no pelearemos por eso. A propósito, ibas a decirme algo hace un momento cuando te interrumpí. ¿Lo recuerdas?

—No —afirmó Seldon después de pensarlo.

Ya a oscuras, sólo podía pensar en el *Libro*. Ni por asomo se acordó de la historia de la «mano-en-el-muslo». La verdad fue que se le había olvidado por completo, por lo menos de forma consciente.

48

Venabili despertó, y por su cinta horaria pudo decir que el período nocturno había llegado a la mitad. Al no oír roncar a Hari, dedujo que su

cama estaba vacía. Si no había salido del apartamento, debía encontrarse en el baño.

Llamó ligeramente a la puerta.

—¿Hari? —dijo en voz baja.

—Entra —respondió él, ausente.

La tapadera del retrete estaba bajada y Seldon, sentado encima, tenía el *Libro* abierto sobre las rodillas.

—Estoy leyendo —anunció sin necesidad.

—Sí, ya lo veo, ¿por qué?

—Lo siento. No podía dormir.

—Pero, ¿por qué aquí?

—Si hubiera encendido la luz, te hubiera despertado.

—¿Estás seguro de que el libro no puede iluminarse?

—Bastante seguro. Cuando Gota de Lluvia Cuarenta y Tres me explicó cómo funcionaba, no mencionó la iluminación. Además, me figuro que gastaría tanta energía que la batería no duraría tanto como el libro. —Parecía disgustado.

—Entonces, ya puedes salir —dijo Dors—. Ya que estoy aquí, voy a utilizar el retrete.

Cuando entró en la alcoba, lo encontró sentado en la cama con las piernas cruzadas, leyendo, con la estancia perfectamente iluminada.

—No pareces contento. ¿Te decepciona el *Libro*?

La miró, parpadeando.

—En efecto. He leído aquí y allá. Es lo único que he podido hacer. Esto es virtualmente una enciclopedia y el índice es casi por entero una lista de personas y lugares que resultan faltos de interés para mí. No tiene nada que ver con el Imperio Galáctico, ni con los reinos pre-imperiales. Habla casi por entero de un solo mundo, y por lo que puedo deducir de lo leído, se trata de una disertación interminable de política interior.

—Quizá menosprecias su antigüedad. Puede tratarse de un período en que realmente hubiera un solo mundo…, un mundo habitado.

—Lo sé. —Seldon parecía impaciente—. Esto es lo que yo quiero…, siempre y cuando pueda estar seguro de que sea Historia, no leyenda. Me pregunto si no quiero creerlo sólo porque *quiero* creerlo tanto.

—Bien, lo de un único mundo original se baraja mucho hoy en día. Los seres humanos son sólo una especie que se extendió por toda la Galaxia, así que debieron originarse en alguna parte. Por lo menos éste es el punto de vista actual. No puedes tener orígenes independientes produciendo la misma especie en mundos diferentes.

—Pero yo jamás he visto lo inevitable de este argumento. Si los seres humanos surgieron en un cierto número de mundos, como cierto número de especies diferentes, ¿por qué no pudieron haberse cruzado entre ellas y producido una sola especie intermedia?

—Porque las especies no pueden cruzarse. Eso es lo que las hace especies.

Seldon lo pensó un momento; luego, se encogió de hombros.

—Bueno —dijo—, lo dejaremos para los biólogos.

—Ellos son, precisamente, los más interesados en la hipótesis de la existencia de la Tierra.

—¿Tierra? ¿Es así como llaman a ese supuesto mundo original?

—Es el nombre *popular* que se le da, aunque no hay medio de saber cómo se llamaba en realidad, suponiendo que tuviera un nombre. Y nadie tiene la menor idea de dónde localizarlo.

—¡Tierra! —repitió Seldon torciendo los labios—. A mí me suena como un eructo. En todo caso, si este libro trata de ese mundo original, aún no lo he encontrado. ¿Cómo deletreas la palabra?

Dors se lo dijo y él buscó en el *Libro*.

—Ya lo ves, el nombre no aparece en el índice, ni con esta ortografía u otra alternativa razonable.

—¿De veras?

—Aunque se mencionan otros mundos, no se dan nombres y parece como si esos mundos no interesaran excepto porque chocan con el mundo local de que el *Libro* habla…, o por lo menos es lo que he sacado de lo leído. En un punto, hablan de «Los Cincuenta». No sé lo que significará. ¿Cincuenta dirigentes? ¿Cincuenta ciudades? Por un momento he pensado que podía tratarse de cincuenta mundos.

—¿Dan un nombre a su propio mundo, ese mundo que parece preocuparles por encima de todo? —preguntó Dors—. Si no lo llaman

Tierra, ¿cómo lo llaman?

—«El mundo» o «el planeta», como es de suponer. A veces le llaman el «Viejo» o «El Mundo del Amanecer», que tiene un significado poético, me figuro, pero que no está claro para mí. Pienso que uno debería leer el libro de cabo a rabo; así, algunas cosas tendrían más sentido. —Contempló con cierta repugnancia el libro que tenía en las manos—. Aunque hacerlo me llevaría mucho tiempo y no estoy seguro de que, al final, me sirviera de algo.

—Lo siento de verdad, Hari. Pareces tan decepcionado.

—Porque *me siento* decepcionado. La culpa es mía. Si no me hubiera hecho tantas ilusiones… Ahora recuerdo que, en un momento dado, se referían a su mundo como a «Aurora».

—¿Aurora? —repitió Dors, enarcando las cejas.

—Parece un nombre propio. Sin embargo, por lo que he visto, tampoco parece tener sentido. ¿Te dice algo?

—Aurora —murmuró Dors pensando en ello con el ceño fruncido—. No puedo decir que haya oído algo sobre un planeta de este nombre en el curso de la historia del Imperio Galáctico, o durante el período de su crecimiento, pero tampoco pretendo conocer el nombre de cada uno de los veinticinco millones de mundos. Podríamos mirarlo en la biblioteca de la Universidad…, si alguna vez regresamos a Streeling. Es inútil buscar una biblioteca aquí, en Mycogen. No sé por qué, tengo la impresión de que todos sus conocimientos se encierran en el *Libro*. Si algo no está en él, no les interesa.

Seldon bostezó.

—Creo que tienes razón. En todo caso, es inútil seguir leyendo, dudo que pueda mantener los ojos abiertos por más tiempo. ¿Te parece bien que apague la luz?

—Te lo agradeceré, Hari. Y levantémonos un poco más tarde mañana.

Y a oscuras, Seldon dijo a media voz:

—Claro que parte de lo que se dice en él es ridículo. Por ejemplo, habla de que, en su mundo, la duración de la vida es de entre tres y cuatro siglos.

—¿Siglos?

—Sí, cuentan su edad por décadas más que por años. Y eso te produce una curiosa sensación porque mucho de lo que dicen es tan normal que cuando hablan de algo que parece fuera de lo normal, te encuentras casi obligado a creerlo.

—Si sientes que estás empezando a creerlo, entonces, deberías darte cuenta de que muchas leyendas de orígenes primitivos suponen largas vidas para los primeros caudillos. Si los presentan como increíblemente heroicos, parece natural que la duración de sus vidas sea también excepcional.

—¿Lo crees así? —preguntó Seldon, con un nuevo bostezo.

—Sí. Y el remedio para la excesiva credibilidad es dormirse y dejar el análisis del caso para el día siguiente.

Y Seldon, parándose sólo el tiempo preciso para pensar que una larga vida podía ser una simple necesidad para cualquiera que tratara de entender a la gente de una Galaxia se quedó dormido.

49

A la mañana siguiente, Hari se sentía relajado, refrescado y dispuesto a empezar su estudio del *Libro*.

—¿Qué edad crees que tienen las hermanas Gota de Lluvia? —preguntó a Dors.

—No lo sé. ¿Veinte…, veintidós?

—Bien, supón que *viven* tres o cuatro siglos…

—Hari. Eso es ridículo.

—He dicho *supón*. En matemáticas decimos *supón* todo el tiempo, y vemos si podemos terminar con algo manifiestamente incierto o contradictorio. Una extensa duración de vida significaría, casi con toda seguridad, un extenso período de desarrollo. Podían parecer en la veintena y estar en los sesenta en realidad.

—Puedes intentar preguntarles qué edad tienen.

—Debemos contar con que mentirán.

—Comprueba sus certificados de nacimiento.

Seldon esbozó una sonrisa torcida.

—Te apuesto lo que quieras (un revolcón en la hierba, si te parece) a que asegurarán que no guardan los certificados o, si lo hacen, insistirán en que los certificados no están disponibles para los tribales.

—No apuesto —dijo Dors—. Y si es cierto, entonces, sería inútil intentar suponer nada sobre su edad.

—Oh, no. Míralo de esta forma. Si los mycogenios viven largas vidas, que equivalen a cuatro o cinco veces las de los seres humanos corrientes, no pueden dar a luz demasiados niños sin aumentar en exceso la población. Recuerda que Amo del Sol dijo algo sobre la *no* expansión de la población y, de inmediato, cortó furioso su comentario.

—¿Qué ibas a decirme?

—Cuando estuve con Gota de Lluvia Cuarenta y Tres, no vi ningún niño.

—¿En las microgranjas?

—Sí.

—¿Contabas con ver niños allí? Yo estuve con Gota de Lluvia Cuarenta y Cinco en tiendas y en niveles residenciales; te aseguro que vi infinidad de niños de todas las edades, incluso bebés. Y bastantes por cierto.

—¡Oh! —Seldon pareció alicaído—. Entonces, esto significaría que la duración de sus vidas no puede ser extensa.

—Siguiendo tu forma de razonar, yo diría que no. ¿Creíste de veras que era así?

—Bueno, en realidad, no. Pero tampoco puedes obsesionarte con ello sin comprobar otras alternativas.

—Pero así puedes perder mucho tiempo también, si no dejas de rebuscar en lo que, a primera vista, nos parece ridículo.

—Hay cosas que lo parecen y no lo son. Bueno, basta. Esto me recuerda que eres historiadora. ¿Has tropezado, en tu trabajo, alguna vez con objetos o fenómenos llamados «robots»?

—¡Vaya! Ahora te pasas a otra leyenda, y muy popular, por cierto. Hay varios mundos que imaginan la existencia de máquinas con forma humana, en tiempos prehistóricos. Eran llamadas «robots».

»Las historias sobre “robots” tienen su origen en una leyenda principal, porque el tema general es el mismo. Los robots fueron inventados, luego

crecieron en número y en habilidades hasta alcanzar el *status* de casi sobrehumanos. Amenazaban a la Humanidad y fueron destruidos. En cada uno de los casos, la destrucción tuvo lugar antes de la existencia de los verdaderos archivos históricos de que disponemos hoy en día. La idea general que tienen de la historia es una imagen simbólica de los riesgos y peligros de explorar la Galaxia cuando los seres humanos se extendieron fuera del mundo o mundos que fueron sus hogares originales. Siempre debió existir el miedo de encontrarse con otras, y superiores, inteligencias.

—Quizás ocurrió una vez por lo menos y eso dio pie a la leyenda.

—Excepto que en ningún mundo ocupado por humanos quedan datos o huellas de cualquier inteligencia prehumana o inhumana.

—Pero, ¿por qué «robots»? ¿Acaso tiene la palabra algún significado?

—No, que yo sepa. Aunque sé que equivale a la ya conocida de «autómatas».

—¿Autómatas? ¡Vaya!, ¿por qué no lo dicen?

—Porque la gente utiliza términos arcaicos para darle más color cuando se trata de una antigua leyenda. A propósito, ¿a qué vienen tantas preguntas?

—Porque en este viejo libro de Mycogen hablan de robots, y muy favorablemente, por cierto… Oye, Dors, ¿vas a salir otra vez con Gota de Lluvia Cuarenta y Cinco esta tarde?

—Lo supongo…, si aparece.

—Querrías hacerle unas preguntas y tratar de sonsacarle las respuestas?

—Puedo probar. ¿Qué preguntas son?

—Me gustaría averiguar, con la mayor discreción posible, si hay en Mycogen alguna estructura especialmente significativa, que tenga relación con el pasado, o posea cierto valor mítico que pueda…

Dors le interrumpió, esforzándose por no sonreír.

—Pienso que lo que estás tratando de preguntar es si hay algún templo en Mycogen.

E inevitablemente, Seldon pareció asombrarse.

—¿Qué es un templo? —preguntó.

—Otro término arcaico de origen incierto. Quiere decir todo lo que me has estado preguntando: significado, pasado, mito. De acuerdo, se lo

preguntaré. Sin embargo, es el tipo de cosa que ellos pueden encontrar difícil explicarles… a los tribales, por supuesto.

—No obstante, inténtalo.

SACRATORIUM

AURORA. — ... *Un mundo mítico, supuestamente habitado en tiempos primitivos, durante el amanecer de los viajes interestelares. Para algunos, es el igualmente mítico «mundo de origen» de la Humanidad, por otro nombre, «Tierra». Los habitantes de Mycogen (q.v.), Sector del antiguo Trantor, se decían descendientes de los habitantes de Aurora y hacían de ello el credo de su sistema de creencias, sobre las cuales no se sabe casi nada…*

Enciclopedia Galáctica

50

Las Hermanas Gotas de Lluvia llegaron a media mañana. Gota de Lluvia Cuarenta y Cinco parecía tan contenta como siempre, pero Gota de Lluvia Cuarenta y Tres se quedó en la puerta, con aspecto cansado y circunspecto. Mantuvo los ojos bajos y no dirigió ni una sola mirada a Seldon.

Éste, desconcertado, hizo una señal a Dors, quien habló con un tono de voz decidido y animado.

—Un momento. Hermanas —dijo—. Debo dar instrucciones a mi hombre o no sabrá qué hacer durante todo el día.

Ambos pasaron al cuarto de baño.

—¿Ocurre algo? —murmuró Dors.

—Sí. Gota de Lluvia Cuarenta y Tres está claramente destrozada. Por favor, dile que le devolveré el libro tan pronto como pueda.

Dors dedicó una larga mirada sorprendida a Seldon.

—Hari, eres una persona encantadora y considerada, pero no tienes ni el sentido común de una ameba. Si se me ocurre mencionar el libro a la pobre mujer, se dará cuenta de que me lo has contado todo y, entonces, sí que quedará *realmente* destrozada. Lo único que puedo hacer es tratarla exactamente como siempre.

—Supongo que tienes razón —asintió Seldon, abrumado.

Dors regresó a tiempo para la cena y se encontró con Seldon en su camastro, todavía hojeando el libro, pero con intensificada impaciencia. Cuando ella entró, la miró con enfado.

—Si vamos a quedarnos aquí por más tiempo —comentó enfurruñado —, necesitaremos un sistema para comunicarnos de un modo u otro. No tenía idea de cuándo volverías y estaba un poco preocupado.

—Pues, ya me tienes aquí —repuso Dors, al tiempo que se quitaba el gorro y lo miraba con asco—. Me encanta tu preocupación por mí. Pensé que estarías tan enfrascado en *tu* libro, que ni siquiera te darías cuenta de que yo había salido.

Seldon emitió un gruñido.

—En cuanto a sistemas de comunicación —continuó Dors—, dudo que no cueste trabajo conseguirlos en Mycogen. Significaría facilitar la comunicación con las tribus exteriores y sospecho que los dirigentes de Mycogen están determinados a cortar cualquier posible acción recíproca con el gran más allá.

—Sí —admitió Seldon apartando el libro—. Es de suponer, por lo que veo en el *Libro*. ¿Has descubierto algo sobre lo que tú llamas… el templo?

—Sí —respondió ella mientras iba arrancándose las tiras que le cubrían las cejas—. Existe. Hay cierto número de ellos repartidos por el Sector, y un edificio central que parece ser el principal… ¿Quieres creer que una mujer se fijó en mis pestañas y me dijo que no debería dejarme ver en público?

Tengo la impresión de que se proponía denunciarme por exposición indecente.

—¿Qué importa eso? —exclamó Seldon, impaciente—. ¿Sabes dónde está situado el templo central?

—Tengo la dirección, pero Gota de Lluvia Cuarenta y Cinco me advirtió que las mujeres no están autorizadas a entrar, excepto en ocasiones especiales, ninguna de las cuales está al caer. Se llama el *Sacratorium*.

—¿El qué?

—El *Sacratorium*.

—¡Qué palabra tan fea! ¿Qué significa?

Dors movió la cabeza negativamente.

—Es nueva para mí. Y ninguna de las Gotas de Lluvia conocía el significado. Para ellas, *Sacratorium* es como se llama al edificio. Lo que *es*. Preguntarles por qué lo nombran así era como preguntarles por qué una pared se llama pared.

—¿Hay algo que *sepan* acerca de él?

—Por supuesto, Hari. Saben para qué sirve. Es un lugar dedicado a algo más que a la vida en Mycogen. Está dedicado a otro mundo, un mundo anterior y mejor.

—El mundo donde antes vivían, quieres decir.

—Exactamente. Gota de Lluvia Cuarenta y Cinco casi me lo dijo, pero no del todo. No se atrevía a pronunciar palabra.

—¿Aurora?

—Ésa es la palabra, pero sospecho que si la pronunciaras en voz alta ante un grupo de mycogenios, se horrorizarían y escandalizarían. Cuando Gota de Lluvia Cuarenta y Cinco dijo: «El *Sacratorium* está dedicado a…», calló de repente y escribió con el dedo, cuidadosamente, en la palma de la mano, las letras, una a una. Estaba tan ruborizada que parecía hacer algo obsceno con su gesto.

—¡Qué extraño! Si el *Libro* es una guía exacta, Aurora es su recuerdo más preciado, su punto principal de unificación, el centro alrededor del cual todo Mycogen gira. ¿Por qué iba a considerarse una obscenidad el mencionarlo? ¿Estás segura de haber interpretado bien lo que la Hermana quería decir?

—Por completo. Y quizá no sea un misterio. Hablar demasiado sobre ese tema podría hacer que llegara a oídos de las tribus. La mejor forma de mantenerlo secreto es hacer que su mención sea tabú.

—¿Tabú?

—Sí. Se trata de un término antropológico especializado. Es una referencia a una presión social, seria y efectiva, para la prohibición de alguna acción. El hecho de que las mujeres no estén autorizadas a entrar en el *Sacratorium* tiene, probablemente, la fuerza de un tabú. Estoy segura de que una Hermana se mostraría horrorizada si se le sugiriera invadir el recinto.

—Y los detalles conseguidos para que yo pueda llegar solo al *Sacratorium*, ¿son de fiar?

—En primer lugar, Hari, no vas a ir solo. Yo te acompañaré. Creo haber discutido ya el asunto contigo y haber expuesto con toda claridad que no puedo protegerte a distancia…, ni de las tormentas de nieve, ni de las mujeres salvajes. En segundo lugar, no es práctico pensar en ir andando como si nada. Puede que Mycogen sea un Sector pequeño, si se lo compara con otros sectores, pero tampoco es *tan* pequeño.

—Un expreso, pues.

—En Mycogen no hay expresos que crucen el territorio. Esto favorecería el contacto entre mycogenios y tribus. Pero hay transportes públicos del tipo que se encuentran en planetas más pequeños, menos desarrollados. Y, en realidad, eso es Mycogen, un trozo de planeta subdesarrollado, incrustado como una espina en el cuerpo de Trantor que, por otra parte, es un conjunto de sociedades evolucionadas pegadas unas a otras. Hari, termina el libro de una vez. Es obvio que Gota de Lluvia Cuarenta y Tres corre peligro mientras tú lo tengas y lo correrá más si lo descubren.

—¿Quieres decir que su lectura por un miembro de tribu es tabú?

—Estoy segura.

—Bueno, no perdería gran cosa devolviéndoselo. Yo diría que un 95 por ciento es de un aburrimiento increíble: infinitas luchas internas entre grupos políticos, infinita justificación de políticas cuya prudencia yo no podría juzgar, infinitas homilías sobre temas éticos, los cuales, aun conociéndolos,

y no suelen serlos, están planteados con tal indignante tono virtuoso que casi obligan a su violación.

—Parece como si arrancándotelo de las manos te hiciera un gran favor.

—Excepto que queda el otro 5 por ciento que habla del inmencionable Aurora. No dejo de pensar que ahí puede haber algo, y que este algo puede serme útil. Por eso me interesaba saber sobre el *Sacratorium*.

—¿Esperas encontrar pruebas en el *Sacratorium* en favor del concepto de Aurora que aparece en el *Libro*?

—En cierto modo, sí. También estoy terriblemente interesado por lo que el libro tiene que decir sobre los autómatas, o robots, empleando su palabra. Me siento atraído por el concepto.

—No me digas que te lo tomas en serio.

—Casi. Si aceptas algunos pasajes del *Libro* al pie de la letra, entonces hay la implicación de que algunos robots tenían forma humana.

—Por supuesto. Si vas a construir un simulacro de ser humano, harás que *parezca* un ser humano.

—Sí, «simulacro» significa «imitación», pero una imitación puede ser muy burda. Un artista puede dibujar un palo y darte cuenta de que trata de representar un ser humano y lo reconoces: un círculo para la cabeza, un palo para el cuerpo, y cuatro líneas torcidas para brazos y piernas, y ya lo tienes. Pero me refiero a robots, que *realmente* son como seres humanos en todos sus detalles.

—Ridículo, Hari. Imagínate el tiempo que llevaría formar el metal del cuerpo en proporciones perfectas, con la curva suave de los músculos, palpable.

—¿Quién ha hablado de «metal», Dors? La impresión que he sacado es que dichos robots eran orgánicos, o casi orgánicos, que tenían piel. No podrías establecer distinciones entre ellos y los seres humanos, de ningún modo.

—¿Dice *eso* el *Libro*?

—No con las mismas palabras. Pero se entiende que…

—Tú entiendes, Hari. No puedes tomarlo en serio.

—Deja que lo intente. Encuentro cuatro cosas que puedo deducir de lo que el *Libro* dice sobre los robots…, y he seguido cada referencia dada en

el índice. Primero, como he dicho, ellos…, o algunos de ellos, eran exactos a los seres humanos; segundo, que su duración de vida era muy extensa, si quieres llamarlo así.

—Mejor decir «efectiva», o acabarás pensando en ellos como en seres humanos.

—Tercero —siguió diciendo Seldon, ignorándola—, que algunos, o por lo menos uno, continúan viviendo hoy en día.

—Hari, ésta es una de las leyendas más difundidas. El antiguo héroe no muere sino que permanece en animación suspendida, dispuesto a regresar para salvar a su pueblo en tiempo de gran necesidad. ¡Por *favor*, Hari!

—Cuarto —continuó Seldon sin darse por enterado—, hay algunas líneas que parecen indicar que el templo central, o el *Sacratorium* (si eso es lo que es, aunque la verdad es que no he encontrado la palabra en el *Libro*), contiene un robot. —Hizo una pausa, luego preguntó—: ¿Te das cuenta?

—No. ¿De qué tengo que darme cuenta?

—Si reunimos los cuatro puntos, tal vez un robot, exactamente igual a un ser humano, que todavía vive, y que, digamos, ha estado viviendo en los últimos veinte mil años, se encuentra en el *Sacratorium*.

—Venga, Hari, *no puedes* creer algo así.

—En realidad, no lo creo, pero tampoco dejo de creerlo. ¿Y si fuera cierto? ¿Y si es verdad, aunque sólo se trate de una posibilidad entre un millón?, lo confieso. ¿No comprendes lo útil que me resultaría? Podría *recordar* la Galaxia tal como era antes de que los archivos históricos existieran. *Podría* ayudarme a hacer posible la psicohistoria.

—Aun suponiendo que fuera verdad, ¿crees que los mycogenios te dejarían ver y entrevistar al robot?

—No intento pedir permiso. Puedo ir al *Sacratorium* y ver, primero, si hay algo que entrevistar.

—Ahora no. Mañana como muy pronto. Y si por la mañana no has cambiado de idea, *iremos*.

—Tú mismo me has dicho que no dejan que las mujeres…

—Pero les permiten mirar desde el exterior, estoy segura que no iremos más allá.

Y se mostró inflexible.

51

Hari Seldon estaba de acuerdo en dejar que Dors llevara la iniciativa. Había circulado por las avenidas de Mycogen y las conocía mejor que él.

A Dors Venabili, con la frente arrugada, la idea le gustaba muy poco.

—Podemos perdernos fácilmente, ¿sabes? —objetó.

—Con este folleto, no.

—Piensa en Mycogen, Hari —alegó ella, impaciente—. Deberíamos tener un computomapa, algo para consultar. Esta versión mycogenia no es sino un pedazo de plástico doblado. No puedo decirle a esta cosa dónde estoy. No puedo decírselo con palabras y ni siquiera puedo hacerlo apretando los botones necesarios. Y tampoco ella puede decirme nada. Es un *objeto* impreso.

—Entonces, lee lo que dice.

—Es lo que estoy intentando, pero está escrito para personas familiarizadas con el sistema. Tendremos que preguntar.

—No, Dors. Esto lo haremos como último recurso. No quiero llamar la atención. Preferiría que nos arriesgáramos y tratáramos de encontrar el camino, incluso aunque ello signifique perdernos un par de veces.

Dors hojeó el folleto con suma atención.

—Bueno, dedica toda tu atención al *Sacratorium* —acabó diciendo de mala gana—. Es lo natural. Presumo que todo el mundo en Mycogen quiere llegar allí en un momento u otro. —Después de concentrarse un poco más, añadió—. Te diré algo. No hay modo de encontrar un transporte desde aquí para llegar hasta allá.

—¿Cómo?

—No te excites. Por lo visto, hay un medio de ir de aquí a otro medio de transporte que nos *llevará* allí. Tendremos que pasar de uno al otro.

Seldon se relajó.

—Es natural. Ni en Trantor se puede tomar un expreso directo a la mayor parte de los sitios, hay que hacer transbordos.

Dors le dirigió una mirada impaciente.

—También yo lo sé. Es que estoy acostumbrada a tener *objetos* que me expliquen las cosas. Cuando cuentas con que debes encontrarlo por tus

propios medios, lo más sencillo se te escapa.

—Está bien, querida. No te sulfures. Si conoces ya el camino, dirige. Yo te seguiré con toda humildad.

Y así lo hizo hasta que llegaron a un cruce, donde se detuvieron.

Tres varones de blancas *kirtles* y dos hembras de gris estaban en el mismo cruce. Seldon esbozó una sonrisa general en su dirección, pero no consiguió más que una mirada indiferente, desviada de inmediato.

Por fin, el transporte llegó. Era una versión anticuada de lo que Seldon hubiera llamado un gravi-bus en Helicon. Dentro había una veintena de asientos corridos tapizados, con capacidad para cuatro personas cada uno. Cada banco tenía sus propias puertas a ambos lados del vehículo. Cuando paraba, los pasajeros se apeaban por el lado que les convenía. Seldon, por un momento, se sintió preocupado al ver que algunos se apeaban por el lado del tránsito, pero se fijó en que cada vehículo que se acercaba en una u otra dirección paraba al acercarse al gravi-bus. Ninguno se movía mientras éste no se pusiera en marcha.

Dors empujó a Seldon y éste se acercó a un banco en el que había dos asientos contiguos vacíos. Dors entró detrás de él (los hombres pasaban siempre delante, observó).

—Deja de estudiar a la humanidad —le advirtió Dors en un murmullo —. Fíjate en lo que te rodea.

—Lo intentaré.

—Por ejemplo… —dijo ella, señalando un espacio liso en el respaldo del banco, directamente delante de ellos. Tan pronto como el vehículo empezó a moverse, aparecieron palabras iluminadas, indicando la próxima parada y las estructuras o cruces cercanos.

—Ahora es probable que esto nos diga el trasbordo que necesitamos. Por lo menos, el Sector no es bárbaro del todo.

—Estupendo —exclamó Seldon. Luego, pasado un momento, se inclinó hacia Dors y murmuró—: Nadie nos mira. Parece que los límites artificiales están para proteger la intimidad individual en los lugares abarrotados. ¿Te has dado cuenta?

—Siempre lo he dado por sensato. Si esto va a ser una regla de tu psicohistoria, no creo que nadie se impresione.

Como Dors había supuesto, la placa direccional que había frente a ellos anunció, poco después, que se acercaban al punto de trasbordo para cambiar a la línea directa que los llevaría al *Sacratorium*.

Se apearon y también tuvieron que esperar. Varios gravi-buses ya habían dejado la intersección, pero otro gravi-bus se acercaba. Estaban en un trayecto bien comunicado, lo que no era sorprendente; el *Sacratorium* tenía que ser el centro neurálgico del Sector. Subieron al gravi-bus, y Seldon murmuró:

—¿No pagamos?

—Según el folleto, el transporte público es un servicio gratuito.

Seldon sacó el labio inferior.

—¡Qué civilizados! Supongo que todo funciona sin tropiezos, no son atrasados, ni bárbaros, ni nada.

Pero Dors le tocó con disimulo.

—Tu regla ha fallado —musitó—. Estamos siendo observados. El hombre, a tu derecha.

52

Los ojos de Seldon realizaron un movimiento fugaz. El hombre que se sentaba a su derecha era algo flaco y parecía bastante viejo. Tenía los ojos oscuros y la tez morena. Seldon estaba seguro de que si no lo hubieran depilado, su cabello habría sido negro.

Volvió a mirar ante sí, pensando. Aquel Hermano le resultaba algo atípico. Los pocos Hermanos en los que se había fijado eran bastante altos, de tez clara y ojos azules o grises. Desde luego, tampoco había visto tantos como para hacerse una idea general.

Notó un ligero roce en la manga derecha de su *kirtle*. Seldon se volvió, indeciso, y se encontró con una cartulina en la que estaba escrito: ¡CUIDADO, MIEMBRO DE TRIBU!

Seldon se sobresaltó y, en un gesto automático, se llevó la mano al cubrecabeza. El hombre sentado a su lado moduló en silencio: «Pelo».

La mano de Seldon lo localizó, unas pocas hebras sobre la sien. En un momento u otro del recorrido, debió habérsele desplazado el cubrecabeza. Tan rápida y disimuladamente como pudo, se lo encasquetó mejor y, simulando pasarse la mano por la cabeza, se aseguró de que estaba bien sujeto. Entonces, se volvió a su vecino de la derecha e inclinó imperceptiblemente la cabeza.

—Gracias —murmuró.

El otro le sonrió.

—¿Vais al *Sacratorium*? —preguntó en voz normal.

—En efecto —asintió Seldon.

—Era fácil adivinarlo. Yo también. ¿Bajamos juntos? —su sonrisa era amistosa.

—Estoy con mi…, mi…

—Tu mujer. Claro. ¿Vamos los tres juntos?

Seldon no sabía cómo reaccionar. Un vistazo en la otra dirección le mostró a Dors con los ojos fijos ante ella. Estaba demostrando que no se interesaba por la conversación masculina…, la actitud apropiada de una Hermana. No obstante, Seldon notó una leve presión en la rodilla que supuso (quizá sin demasiada justificación) quería decir: «Está bien».

En cualquier caso, su natural sentido de la cortesía le llevó a decir:

—Sí, por supuesto.

No hubo más conversación hasta que la placa direccional les indicó que estaban llegando al *Sacratorium* y el amigo mycogenio de Seldon se puso en pie para salir.

El gravi-bus dio un amplio giro por el perímetro de la explanada del *Sacratorium* y, cuando se detuvo, hubo un éxodo general con los hombres pasando delante de las mujeres para bajar primero. Ellas los siguieron.

—Es un poco pronto para almorzar…, amigos míos —anunció la voz del mycogenio, algo cascada por los años pero alegre—, pero os doy mi palabra de que dentro de poco todo estará lleno. ¿Queréis que compremos algo, ahora, y lo comamos ahí fuera? Estoy muy familiarizado con este lugar y conozco un buen sitio.

Seldon se preguntó si no sería una trampa para inducir a inocentes miembros de tribu a embarcarse en algo improcedente o costoso, mas, aun

así, decidió arriesgarse.

—Eres muy amable. Nosotros no estamos familiarizados con el lugar, y nos encantará seguir tus consejos.

Compraron el almuerzo, bocadillos y una bebida que parecía leche, en un puesto al aire libre. Como el día era precioso y ellos eran visitantes, dijo el viejo mycogenio, se acercarían a la explanada del *Sacratorium* y comerían al aire libre, para que se familiarizaran mejor con lo que les rodeaba.

Durante el trayecto, llevando el almuerzo, Seldon observó que, en pequeña escala, el *Sacratorium* se parecía al Palacio Imperial, y que el terreno en que se asentaba era casi idéntico, en miniatura, al que rodeaba el Palacio Imperial. Le costaba creer que los mycogenios admiraran las instituciones Imperiales, o quizá, las odiaban y despreciaban de verdad, mas la atracción cultural no podía evitarse.

—Es precioso —exclamó el mycogenio claramente orgulloso.

—Sí —afirmó Seldon—. ¡Y cómo brilla a la luz del día!

—El terreno que lo rodea imita el parque gubernamental de nuestro Mundo del Amanecer…, en miniatura, claro.

—¿Has visto alguna vez el parque donde se levanta el Palacio Imperial? —preguntó Seldon, cauteloso.

El mycogenio captó la intención de la pregunta y no pareció molestarle.

—*Ellos* copiaron lo mejor que supieron el Mundo del Amanecer —comentó.

Seldon lo puso muy en duda, pero se calló. Habían llegado a un asiento semicircular de piedra blanca, que brillaba a la luz lo mismo que el *Sacratorium*.

—Bien —dijo el mycogenio mientras sus oscuros ojos relucían de placer—. Nadie ha cogido mi sitio. Lo llamo mi sitio porque se trata de mi lugar favorito. Proporciona una vista magnífica de la pared lateral del *Sacratorium*, más allá de los árboles. Siéntate, por favor, te lo aseguro. Y tu compañera. Ella es bienvenida al asiento, también. Pertenece a la tribu, lo sé, y sus costumbres son diferentes. Ella puede…, puede hablar si lo desea.

Dors le dirigió una mirada penetrante y se sentó.

Seldon, comprendiendo que iban a estar un buen rato con el viejo mycogenio, le tendió la mano.

—Soy Hari —se presentó—, y mi compañera es Dors. Lo siento, pero no empleamos números.

—A cada uno…, o una…, lo suyo —dijo el anciano, expansivo—. Yo soy Mycelium Setenta y Dos. Somos una gran cohorte.

—¿Mycelium? —repitió Seldon, dubitativo.

—Pareces sorprendido. Veo que sólo has tenido tratos con los miembros de nuestras grandes familias. Usan nombres como Nube, Luz Solar y Noche Estrellada…; todos astronómicos.

—Confieso que… —empezó Seldon.

—Bien, pues conoce ahora a uno de la clase baja. Tomamos nuestros nombres de la tierra y de los microorganismos que cultivamos. Perfectamente respetables.

—No me cabe la menor duda —aseguró Seldon—, y te agradezco que me ayudaras con mis…, mi problema en el gravi-bus.

—Oye —advirtió Mycelium Setenta y Dos—, te he librado de un buen tropiezo. Si una Hermana te hubiera visto antes que yo, se hubiera puesto a chillar, no lo dudes, y los Hermanos más cercanos te habrían echado fuera del gravi-bus…, quizá sin esperar siquiera a que se detuviera.

Dors se inclinó para poder mirar a Seldon de frente.

—¿Y cómo no lo has hecho tú?

—¿Yo? Yo no siento animosidad hacia las tribus. Soy un erudito.

—¿Un erudito?

—El primero de mi cohorte. Estudié en la escuela del *Sacratorium* y saqué buenas notas. He aprendido todas las artes antiguas y tengo licencia para entrar en la Biblioteca tribal, donde se guardan todos los libro-películas y los libros de autores tribales. Puedo ver cualquier libro-película y leer el libro que desee. Incluso tenemos una biblioteca de referencia, computarizada, y también puedo consultarla. Todo eso ensancha la mente. Y no me importa que se vea asomar un poco de cabello. He visto muchas imágenes de hombres con cabello. Y también mujeres. —Y echó una rápida mirada a Dors.

Comieron en silencio durante un rato.

—Estoy viendo que cada Hermano que entra o sale del *Sacratorium* lleva una banda roja —comentó Seldon de pronto.

—Oh, sí. Por encima del hombro izquierdo y alrededor del lado derecho de la cintura, profusamente bordadas en general —explicó Mycelium Setenta y Dos.

—¿Y eso por qué?

—Se llama *obiah*. Simboliza la alegría que se siente al entrar en el *Sacratorium* y la sangre que uno derramaría para conservarlo.

—¿Sangre? —repitió Dors.

—Es un símbolo. Nunca he oído hablar de nadie que derramara sangre por el *Sacratorium*. Además, tampoco hay tanta alegría. En general, uno se postra y gime y llora por el Mundo Perdido… —Su voz bajó de tono y musitó—: Una tontería.

—¿No eres… un creyente? —preguntó Dors.

—Soy un erudito —declaró Mycelium obviamente orgulloso. Su rostro, que se arrugó al sonreír, advirtió un mayor aspecto de vejez.

Seldon se encontró preguntándose cuántos años tendría. ¿Varios siglos acaso…? No, esto ya se había acabado. No podía ser, pero…

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Seldon de pronto, involuntariamente.

Mycelium Setenta y Dos no pareció ofenderse por la pregunta, ni titubeó al contestar.

—Setenta y siete.

Pero la curiosidad acuciaba a Seldon: tenía que saber.

—He oído decir que vuestro pueblo cree que antiguamente todo el mundo vivía varios siglos.

Mycelium se le quedó mirando con expresión de curiosidad.

—¿De dónde habrán sacado eso? Alguien tiene que haberse ido de la lengua…, pero es verdad. Existe esa creencia. Sólo los no sofisticados lo creen, pero los Ancianos comentan la creencia porque demuestra nuestra superioridad. En realidad, nuestra esperanza de vida es algo mayor que la de otros mundos porque nos nutrimos mejor, pero es raro que se viva un siglo.

—Parece como si no consideraras superiores a los mycogenios.

—Los mycogenios están muy bien. Desde luego, no son inferiores. Sin embargo, yo creo que todos los hombres son iguales… Incluso las mujeres —terminó, mirando a Dors.

—Me temo que mucha de tu gente no estaría de acuerdo contigo.

—O mucha de la *tuya* —repuso Mycelium Setenta y Dos, vagamente resentido—. Pero yo lo creo así. Un erudito tiene que creerlo. He visto, e incluso leído, toda la gran literatura de las tribus. Entiendo vuestra cultura. He escrito artículos sobre ella. Puedo estar aquí sentado tan a gusto con vosotros como si fuerais…

—Pareces orgulloso de comprender las cosas de las tribus —le interrumpió Dors, con viveza—. ¿Has viajado alguna vez fuera de Mycogen?

Mycelium Setenta y Dos se apartó un poco.

—No.

—¿Por qué no? Podrías conocernos mejor.

—No me sentiría cómodo. Tendría que llevar peluca. Me daría vergüenza.

—¿Y por qué ponerte peluca? —exclamó Dors—. Podrías seguir calvo.

—No. No iba a ser tan loco. Sería maltratado por todos los peludos.

—¿Maltratado? ¿A santo de qué? —preguntó Dors—. En Trantor hay mucha gente, naturalmente, calva por todas partes, y en otros mundos también.

—Mi padre está calvo por completo —explicó Seldon con un suspiro—. Y temo que en las décadas futuras también yo lo estaré. Mi cabello ya no es abundante.

—Pero eso no es ser calvo —objetó Mycelium—. Tienes pelo alrededor y por encima de los ojos. Quiero decir *calvo*…, sin nada de pelo.

—¿En ninguna parte del cuerpo? —quiso saber Dors, interesada.

Esta vez, Mycelium Setenta y Dos pareció ofenderse y guardó silencio.

—Dime, Mycelium Setenta y Dos, ¿la gente de las tribus puede, entrar en el *Sacratorium* como espectadores? —preguntó Seldon, deseoso de mantener la conversación.

Mycelium sacudió vigorosamente la cabeza.

—Jamás. Sólo es para los Hijos del Amanecer.

—¿Sólo los hijos? —murmuró Dors.

Mycelium Setenta y Dos pareció escandalizado, y luego, generosamente, explicó:

—Pertenecéis a las tribus. Las Hijas del Amanecer entran en ciertos días y a ciertas horas. Así es como funciona esto. No digo que *yo* lo apruebe. Si dependiera de mí, les diría: «Entrad y disfrutad si podéis». Mejor otros que yo, la verdad.

—¿No entras nunca?

—Cuando era muy joven mis padres me llevaron, pero —y movió la cabeza— no había más que gente mirando el *Libro*, leyendo en él, y suspirando y llorando por los tiempos pasados. Muy deprimente. No se puede hablar. No se puede reír. Incluso no podemos mirarnos los unos a los otros. Hay que tener la mente completamente enfocada en el Mundo Perdido. Por completo —dijo, y agitó la mano como rechazándolo—. No es para mí. Soy un erudito y quiero que todo el mundo esté abierto para mí.

—Tienes razón —asintió Seldon—. Nosotros pensamos lo mismo. También somos eruditos, tanto Dors como yo.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? ¿Cómo lo sabes?

—Tenéis que serlo. Los únicos tribales tolerados en Mycogen son funcionarios Imperiales y diplomáticos, comerciantes importantes y eruditos… Para mí, vuestro aspecto es el de eruditos. Esto es lo que me ha hecho interesarme por vosotros. Eruditos reunidos… —y sonrió complacido.

—En efecto. Yo soy matemático; Dors, historiadora. ¿Y tú?

—Me especializo en… la cultura. He leído todas las grandes obras de la literatura de las tribus; Lissauer, Mentone, Novigor…

—Y nosotros hemos leído las grandes obras de vuestro pueblo, por ejemplo, he leído el *Libro*… Sobre el Mundo Perdido.

Mycelium abrió los ojos, sorprendido. Su tez olivácea pareció palidecer.

—¿Los has leído? ¿Cómo? ¿Dónde?

—En nuestra universidad tenemos copias que podemos leer si se nos autoriza.

—¿Copias *del Libro*?

—Sí.

—Quién sabe si los Ancianos están enterados.

—Y he leído sobre los robots —insistió Seldon.

—¿Robots?

—Sí. Es por lo que me gustaría entrar en el *Sacratorium*. Me gustaría ver al robot.

Dors dio una ligera patada a Seldon, pero éste la ignoró.

—No creo en estas cosas —dijo Mycelium Setenta y Dos, inquieto—. Los eruditos no creen en ello. —Pero, por su expresión, parecía como si temiera que lo oyeran.

—He leído que un robot se encuentra aún en el *Sacratorium*.

—No quiero seguir hablando de tanta tontería.

—Y si realmente *estuviera* en el *Sacratorium*, ¿dónde lo tendrían?

—Incluso suponiendo que hubiera uno, no podría decírtelo. No he entrado ahí desde que era niño.

—A pesar de ello, estarías enterado si hubiera un lugar especial, un escondrijo.

—Está el nido del águila de los Ancianos. Sólo los ancianos pueden subir. Pero allí no hay nada.

—¿Has estado alguna vez?

—No, claro que no.

—Entonces, ¿cómo lo sabes?

—No sé que no hay un granado allí. No sé que no hay un órgano-láser allí. No sé que no hay ni una muestra de un millón de cosas allí. ¿Acaso mi falta de conocimiento de su ausencia, demuestra que están presentes?

De momento, a Seldon no se le ocurrió nada que decir.

Una sonrisa dulcificó la expresión preocupada de Mycelium Setenta y Dos.

—Esto no es más que un razonamiento de erudito —dijo—. No soy un hombre fácil de embarullar; de todos modos, os aconsejaría que no intentarais subir al nido de los Ancianos. No creo que os gustara lo que os pasaría si encontraban un tribal dentro… Bien. Lo mejor del Amanecer para vosotros. —Se levantó de pronto, sin previo aviso, y desapareció apresuradamente.

Seldon lo contempló, pensativo, algo sorprendido.

—¿Qué le ha hecho dispararse así?

—Creo que porque alguien se acercaba —dijo Dors.

Y alguien se estaba acercando. Un hombre alto con una lujosa *kirtle* blanca y una no menos lujosa y adornada banda roja, se deslizaba con aire solemne hacia ellos. Tenía el aspecto inconfundible de alguien que está descontento.

53

Hari Seldon se puso en pie al acercarse el nuevo mycogenio. No tenía la menor idea de si aquél era el comportamiento correcto, pero tuvo la instintiva sensación de que no quedaría mal. Dors Venabili se levantó al mismo tiempo y mantuvo los ojos cuidadosamente bajos.

El desconocido se plantó ante ellos. También era un anciano, pero de una vejez más sutil que la de Mycelium Setenta y Dos. La edad parecía prestarle distinción a su rostro todavía hermoso. Su cabeza calva estaba perfectamente formada y sus ojos eran de un sorprendente tono azul, que contrastaba con el resplandeciente rojo de la banda.

—Veo que sois tribales —le dijo el recién llegado. Su voz era más aguda de lo que Seldon esperaba, pero hablaba despacio, como consciente del peso de su autoridad en cada palabra que pronunciaba.

—Eso somos —respondió Seldon, correcto pero con firmeza. No veía razón para no conocer la posición del otro, pero él no tenía intención de abandonar la suya.

—¿Vuestros nombres?

—Yo soy Hari Seldon, de Helicon. Mi compañera es Dors Venabili, de Cinna. ¿Y el tuyo, hombre de Mycogen?

Los ojos del desconocido se entrecerraron con disgusto, pero también sabía reconocer un aire de autoridad cuando se encontraba ante él.

—Soy Jirón de Cielo Dos —respondió, irguiendo la cabeza—, un Anciano del *Sacratorium*. ¿Y tu posición, hombre de tribu?

—*Nosotros* —y Seldon hizo hincapié en el pronombre— somos eruditos de la Universidad de Streeling. Yo soy matemático y mi compañera historiadora; nos hallamos aquí para estudiar las costumbres de Mycogen.

—¿Con permiso de quién?

—De Amo del Sol Catorce, que vino a recibirnos a nuestra llegada.

Jirón de Cielo Dos guardó silencio durante unos instantes y, después, una leve sonrisa iluminó su rostro, que adoptó una expresión casi benigna.

—El Gran Anciano —dijo—. Lo conozco bien.

—Como debe ser. ¿Algo más, Anciano?

—Sí —respondió, tratando de recobrar el terreno perdido—. ¿Quién era el hombre que estaba con vosotros y que se alejó cuando yo me acercaba?

—No le habíamos visto antes, Anciano. Y no sabemos nada de él. Le encontramos por pura casualidad y le preguntamos sobre el *Sacratorium*.

—¿Qué le preguntasteis?

—Dos cosas, Anciano. Le preguntamos si el edificio era el *Sacratorium* y si los tribales estaban autorizados a entrar. Contestó que sí a la primera pregunta y no a la segunda.

—Bien. ¿Qué interés tenéis en el *Sacratorium*?

—Señor, como estamos aquí para estudiar las costumbres de Mycogen, y el *Sacratorium* es el corazón y el cerebro de Mycogen…

—Es enteramente nuestro y nos está reservado a nosotros.

—¿Incluso si un Anciano, el Gran Anciano, nos consiguiera un permiso en vista de nuestra función erudita?

—¿Tenéis, en verdad, permiso del Gran Anciano?

Seldon vaciló unos segundos mientras los ojos de Dors lo miraban de soslayo. Decidió que no podía arriesgarse con una mentira de tal magnitud.

—No, todavía no.

—Ni nunca —afirmó el Anciano—. Estáis aquí en Mycogen, con permiso de la Autoridad, pero ni siquiera la máxima Autoridad puede ejercer un control absoluto sobre el público. Damos gran valor a nuestro *Sacratorium* y el populacho puede soliviantarse con gran facilidad por la presencia de tribales en Mycogen y, de manera muy especial, si se hallan cerca del *Sacratorium*. Bastaría el grito de un exaltado, un grito de «¡Invasión!», para que un pueblo tranquilo como éste se transformara en

una masa sedienta de destrucción, de vuestra destrucción. Y lo afirmo, literalmente. Por vuestro propio bien, incluso si el Gran Anciano os ha demostrado tolerancia, marchaos. ¡Ahora mismo!

—Pero el *Sacratorium*… —insistió Seldon, obcecado, a pesar de que Dors le tiraba suavemente de la *kirtle*.

—¿Qué hay en él que te pueda interesar? Ya lo ves. En su interior no hay nada para ti.

—Está el robot —repuso Seldon.

El Anciano se le quedó mirando, escandalizado y sorprendido; luego, acercó sus labios al oído de Seldon.

—Márchate ahora mismo —murmuró, fiero— o seré yo quien lance el grito de «¡Invasión!». Si no fuera por el Gran Anciano, ni siquiera te daría la oportunidad de desaparecer.

Dors, con fuerza inusitada, casi arrancó a Seldon del suelo, apartándose de allí apresuradamente. Lo arrastró hasta que él recobró el equilibrio y anduvo rápidamente tras ella.

54

Fue durante el desayuno del día siguiente, y no antes, cuando Dors planteó el asunto de una forma que Seldon encontró de lo más hiriente.

—Bien, lo de ayer supuso un buen chasco.

Seldon, que creía haberse librado de censuras, pareció malhumorado.

—¿Dónde estuvo el chasco?

—Nos echaron, así de sencillo. ¿Y por qué? ¿Qué sacamos en claro?

—Sólo la certeza de que allí hay un robot.

—Mycelium Setenta y Dos nos dijo que no había nada.

—Claro que lo dijo. Es un erudito, o cree serlo, y lo que él no sabe sobre el *Sacratorium* llenaría la biblioteca a donde va a leer. Ya viste la reacción del Anciano.

—Por supuesto que la vi.

—No habría reaccionado así si no hubiera un robot dentro. Estaba horrorizado de que nosotros lo supiésemos.

—Es pura suposición tuya, Hari. Pero, incluso si lo hubiera, no podríamos entrar.

—Pero sí intentarlo. Después del desayuno saldremos a comprar una banda para mí, una de esas *obiahs*. Me la pondré, mantendré los ojos devotamente bajos y entraré.

—¿Con cubrecabeza y todo? Te descubrirán en un micro-segundo.

—No, no lo harán. Entraremos en la biblioteca donde se guardan los datos tribales. De todos modos, me interesa verla. De la biblioteca, que es el anexo del *Sacratorium*, por lo que creo recordar, habrá una entrada a éste…

—Donde te cazarán al momento.

—En absoluto. Ya oíste lo que Mycelium Setenta y Dos nos dijo. Todos mantienen los ojos bajos y meditan sobre su gran Mundo Perdido, Aurora. Nadie mira a nadie. Probablemente, hacerlo sería una terrible infracción de disciplina. Entonces, buscaré el nido de los Ancianos…

—¿Y así de fácil?

—En un momento dado, Mycelium Setenta y Dos me aconsejó que no subiera al nido de los Ancianos. *Subiera*. Debe estar en alguna parte de esa torre del *Sacratorium*, la torre central.

Dors movió la cabeza.

—No recuerdo las palabras exactas del hombre y creo que tú tampoco. Nos basamos en una indicación demasiado débil para… Espera. —De pronto, calló, con el ceño fruncido.

—¿Y bien?

—Hay una palabra arcaica: «nido de águila», que significa «un lugar en lo alto de las rocas», ¡el nido de los Ancianos!

—¿Lo ves? Hemos aprendido cosas vitales como resultado de lo que tú llamas chasco. Y si puedo encontrar un robot que cuenta veinte mil años de edad, y si él puede decirme…

—Supón que semejante cosa exista, lo cual sobrepasa en mucho lo creíble, y que no es muy probable, ¿cuánto tiempo crees que podrás hablar con él antes de que tu presencia sea detectada?

—No lo sé, pero si puedo demostrar su existencia y puedo encontrarlo, entonces pensaré en la forma de hablarle. Ahora, bajo ninguna circunstancia puedo volverme atrás; es demasiado tarde. Hummin debió dejarme en paz

cuando yo pensaba que no conseguiría desentrañar la psicohistoria. Ahora, que parece que puedo lograrlo, no dejaré que nada me lo impida…, a menos que me maten.

—No, Hari. Mi obligación es cuidar de ti, y no puedo permitírtelo.

—Debes dejarme. Encontrar la solución a la psicohistoria es más importante que mi seguridad. Ésta lo es porque puedo resolver la psicohistoria. Impídeme que lo haga y tu misión pierde su sentido… Piénsalo bien.

Seldon se sentía imbuido de un renovado sentido de obligación. La psicohistoria, su nebulosa teoría, que poco tiempo atrás había creído que jamás probaría, se veía más cerca, más real. Ahora, *tenía* que creer en su posibilidad; lo sentía en sus entrañas. Las piezas iban encajando y, a pesar de que todavía no podía ver la imagen completa, estaba seguro de que el *Sacratorium* le proporcionaría una pieza más a su rompecabezas.

—Bien, entonces, te acompañaré, idiota, para poder sacarte de allí llegado el momento.

—Las mujeres no pueden entrar.

—¿Y qué indica que soy una mujer? Sólo está la *kirtle* gris. No puedes ver mis senos debajo de ella. No voy peinada como una mujer debajo de este cubrecabeza. Tengo el mismo rostro, lavado, sin marcas, que tiene un hombre. Los hombres, aquí, son barbilampiños. Lo único que necesito es una *kirtle* blanca, y una banda roja, que me permitirán entrar. Cualquier Hermana podría hacerlo si el tabú no se lo impidiera. Pero esto no reza conmigo.

—Pero sí conmigo. No te dejaré. Es demasiado peligroso.

—No más peligroso para mí que para ti.

—Pero *yo debo* arriesgarme.

—Yo también. ¿Por qué tu imperativo es mayor que el mío?

—Porque… —Y Seldon reflexionó.

—Métete esto en la cabeza —dijo Dors con voz dura como la piedra—. No permitiré que vayas sin mí. Si lo intentas, te dejaré inconsciente de un golpe y te amarraré. Si la idea no te gusta, abandona cualquier intención de ir solo.

Seldon vaciló y masculló algo entre dientes. Abandonó la discusión, momentáneamente.

55

Casi no había nubes en el cielo, que se veía de un color azul muy pálido, como si estuviera envuelto en leve bruma. Eso, en opinión de Seldon, no estaba mal pero echó en falta el sol. Nadie en Trantor veía el sol del planeta a menos que subiera a *Arriba*, e incluso entonces, sólo cuando la capa de nubes se rasgaba.

¿Echarían los trantorianos en falta el sol? ¿Pensaban en él alguna vez? Cuando uno de ellos visitaba otro mundo donde el sol natural estaba a la vista, ¿se lo quedaba mirando medio cegado, impresionado?

¿Por qué, se preguntó, había gente que pasaba sus vidas sin intentar encontrar respuesta a sus preguntas? ¿Ni siquiera pensando en sus preguntas? ¿Había algo mejor en la vida que buscar respuestas?

Su mirada bajó a nivel del suelo. La gran avenida estaba bordeada de edificios bajos, tiendas en su mayoría. Numerosos vehículos individuales circulaban a ras de suelo en ambas direcciones, cada uno de ellos ceñido a su derecha. Parecían una colección de antigüedades, pero estaban movidos por electricidad y no hacían el menor ruido. Seldon se preguntó si «antigüedad» era siempre una palabra de la que había que burlarse. ¿No compensaría el silencio la lentitud? Después de todo, ¿había algo en la vida que justificara la velocidad?

Muchos niños jugaban por la calle y Seldon apretó los labios, fastidiado. Resultaba muy claro que una larga duración de vida para los mycogenios era imposible a menos que se permitiera el infanticidio. Los niños de ambos sexos (aunque era difícil distinguir los niños de las niñas) llevaban *kirtles* que les llegaban hasta por debajo de las rodillas, permitiendo así la alocada actividad infantil.

Los niños también tenían cabello, de unos centímetros de longitud en su mayoría, pero los mayores llevaban capuchas acopladas a sus *kirtles* y las llevaban levantadas, cubriendo por completo la parte superior de la cabeza.

Era como si fueran lo bastante mayores para que su cabello ya pareciera obsceno…, o suficientemente mayores para desear ocultarlo, suspirando por el día del paso del rito en que serían depilados. De pronto, se le ocurrió una idea.

—Dors, cuando salías de compras, ¿quién pagaba, tú o las Hermanas Gota de Lluvia?

—Yo, naturalmente. Las Gotas de Lluvia jamás enseñaron su tabla de créditos. ¿Por qué iban a hacerlo? Lo que se compraba era para nosotros, no para ellas.

—Pero tú tienes una tabla de crédito trantoriana…, una tabla de crédito tribal.

—Pues claro, Hari, pero no hubo el menor problema. Los mycogenios pueden mantener su propia cultura, modos de pensar y hábitos de vida como les parezca. Pueden destruir su cabello cefálico y llevar *kirtles*. Sin embargo, deben utilizar los créditos del mundo. De no hacerlo así, pondrían fin al comercio y ninguna persona sensata haría algo como eso. Los créditos mandan, Hari. —Alzó la mano como si sostuviera una invisible tabla de crédito.

—¿Y aceptaron tu tabla?

—Sin rechistar. Ni dijeron nada sobre mi cubrecabeza. Los créditos lo sanean todo.

—Bien, magnífico. Así puedo comprar…

—No, las compras las haré yo. Los créditos pueden sanearlo todo, pero será más fácil con una mujer forastera. Están tan acostumbrados a prestar poca o ninguna atención a las mujeres que, automáticamente, harán lo mismo conmigo. Aquí está la tienda de ropa donde he estado comprando.

—Te esperaré fuera. Consígueme una bonita banda roja…, una que luzca impresionante.

—No hagas como que se te ha olvidado nuestra decisión. Compraré dos. Y otra *kirtle* blanca, también, a *mi* medida.

—¿No les parecerá raro que una mujer compre una *kirtle* blanca?

—Claro que no. Pensarán que la estoy comprando para un compañero varón, quien, por casualidad, tiene mis medidas. En realidad, no creo que se molesten en imaginar nada, siempre y cuando mi dinero sea bueno.

Seldon esperó, medio temiendo que alguien se le acercara y le saludara como a miembro de tribu o, más probable, lo denunciara como a tal, mas no ocurrió nada de eso. Los que pasaban por su lado lo hacían sin mirarle y los que miraban en su dirección seguían sin inmutarse. Las *kirtles* grises le ponían especialmente nervioso, sobre todo las que circulaban por parejas o, peor aún, las que iban con un hombre. Se las veía cansadas, ignoradas, despreciadas. ¿Cuánto mejor era ganar una pequeña notoriedad aunque sólo fuera chillando a la vista de un miembro de tribu? Incluso las mujeres pasaban de largo.

«No cuentan con ver a un miembro de la tribu —pensó Seldon—, así que no se fijan».

Esto, se dijo, era un buen augurio para su futura invasión del *Sacratorium*. ¡Qué poco podían esperar ver tribales allí y cuánto más, por consiguiente, dejarían de verles!

Cuando salió Dors lo encontró de bastante buen humor.

—¿Lo tienes todo?

—Todo.

—Entonces, volvamos a casa para que puedas cambiarte.

La *kirtle* blanca no le sentaba tan bien como la gris. Pero, claro, no había podido probársela o incluso el comerciante más obtuso se hubiera alarmado.

—¿Qué tal estoy, Hari?

—Como un muchacho. Ahora, probemos las fajas…, o, mejor dicho, *obiahs*. Será preferible que me acostumbre a llamarlas así.

Dors, sin el gorro, sacudía agradecida su melena. Advirtió vivamente:

—No te la pongas ahora —advirtió ella—. No vamos a circular por todo Mycogen con la banda puesta. Lo último que deseamos es llamar la atención.

—No, no. Sólo quiero ver cómo se pone.

—Bien, pero ésta no. La otra es de mejor calidad y más elaborada.

—Tienes razón, Dors. Tengo que atraer toda la atención sobre mí. No quiero que nadie descubra que eres una mujer.

—No pensaba en esto, Hari. Sólo quiero que estés guapo.

—Un millón de gracias, pero sospecho que eso es imposible. Ahora, veamos…, ¿cómo se pone esto?

Juntos, Hari y Dors, practicaron la disposición de sus *obiahs*, quitándoselas y poniéndoselas, una y otra vez, hasta que pudieron hacerlo en un sólo movimiento natural. Dors enseñó a Hari cómo debía ponérsela, tal como había visto hacerlo a un hombre el día anterior, delante del *Sacratorium*.

Cuando Hari la felicitó por sus dotes de observación, ella se ruborizó.

—No es nada, Hari —murmuró—, sólo me fijé.

—Entonces, eres un genio de la observación.

Satisfechos por fin, se separaron un poco, observándose mutuamente. La *obiah* de Hari resplandecía, tenía un dibujo parecido a un dragón de un rojo brillante sobre un fondo ligeramente más claro pero del mismo tono. El de Dors era algo menos atrevido, una sencilla línea en el centro y de un color algo más claro.

—Bien —suspiró, satisfecha—, lo bastante para demostrar buen gusto.

Y se la quitó.

—Ahora —dijo Seldon—, vamos a doblarla y guardarla en uno de los bolsillos interiores. Mi tabla de crédito (la de Hummin, en realidad) y la llave de la casa en este otro bolsillo, y aquí, a este lado, el *Libro*.

—¿El *Libro*? ¿Debes llevártelo?

—Sí. Supongo que cualquiera que vaya al *Sacratorium* debe llevarlo consigo. Puede que entonen cánticos, y tengan lecturas. Si fuera necesario, compartiremos el libro y tal vez nadie se fije. ¿Estás dispuesta?

—Nunca lo estaré, pero voy contigo.

—Será un trayecto aburrido. ¿Quieres comprobar mi cubrecabeza y asegurarte de que no asoma ni un cabello esta vez? Y no te rasques la cabeza.

—No lo haré. Estás muy bien.

—Tú también.

—Y pareces nervioso.

—¿Por qué será? —repuso Seldon, sarcástico.

Dors alargó la mano impulsivamente y apretó la de Hari, mas la retiró al instante como sorprendida por su arrebato. Se miró y enderezó los pliegues

de su *kirtle*. Hari, un poco sorprendido pero curiosamente complacido, se aclaró la garganta y anunció:

—Bien, vámonos.

AERIE[2]

ROBOT. — ... *Un término empleado en las antiguas leyendas de varios mundos para lo que se suele llamar «autómatas». Generalmente, los robots están descritos como de forma humana y fabricados en metal, aunque se supone que algunos han sido de naturaleza seudoorgánica. Se supone que Hari Seldon, en el curso de La huida, vio un verdadero robot, pero la historia es de origen dudoso. En ninguno de los abundantes escritos de Seldon se menciona un robot, aunque...*

Enciclopedia Galáctica

56

Nadie se fijó en ellos.

Hari Seldon y Dors Venabili repitieron el trayecto del día anterior y, esa vez, nadie se les quedó mirando por segunda vez. Tampoco los miraron por primera vez. En varias ocasiones, tuvieron que encoger las rodillas hacia un lado para dejar que alguien sentado en un asiento interior pasara ante ellos para salir. No tardaron en darse cuenta de que tenían que correrse si quedaba algún asiento libre junto a ellos cuando alguien entraba.

Esa vez, no tardaron en cansarse del olor de las *kirtles*, que no estaban lavadas, porque ya no estaban pendientes de lo que se veía en el exterior.

Poco más tarde llegaron.

—Esto es la biblioteca —anunció Seldon en voz baja.

—Eso creo. Por lo menos, éste es el edificio que Mycelium nos indicó ayer.

Y, sin apresurarse, se dirigieron hacia allí.

—Respira hondo —advirtió Seldon—. Ésta es la primera barrera.

La puerta que tenían delante estaba abierta, la luz que salía del interior era suave. Había cinco anchos peldaños de piedra que llevaban a la entrada. Pisaron el primero y esperaron un momento antes de darse cuenta de que su peso no los ponía en marcha hacia arriba. Dors hizo una mueca indicando a Seldon que subiera.

Juntos subieron la escalera, turbados por el atraso de los mycogenios. Después, pasaron una puerta donde, ante un pupitre ya en el interior, encontraron un hombre inclinado sobre la computadora más simple y primitiva que Seldon hubiera visto en su vida.

El hombre no levantó la cabeza para mirarle. De todo punto innecesario, se dijo Seldon. *Kirtle* blanca, cabeza calva…, todos los mycogenios eran tan parecidos que la vista resbalaba por ellos. Algo que, en ese momento, beneficiaba a los tribales.

El hombre que seguía, al parecer, estudiando algo en la consola preguntó:

—¿Eruditos?

—Eruditos —respondió Seldon.

El hombre señaló una puerta, con la cabeza.

—Pasen. Disfruten.

Entraron y, por lo poco que pudieron ver, eran los únicos en esta sección de la biblioteca. O la biblioteca no era un lugar demasiado popular o los eruditos eran muy pocos; aunque, posiblemente, serían ambas cosas.

—Pensaba que habría que presentar algún permiso o tarjeta de algún tipo —murmuró Seldon— y que tendría que alegar que se me había olvidado.

—Es probable que se halle encantado con nuestra presencia, tengamos o no permiso. ¿Habías visto alguna vez un lugar como éste? Si un lugar, al igual que una persona, pudiera estar muerto, nos encontraríamos dentro de un cadáver.

La mayor parte de los libros de aquella sección eran impresos, como el *Libro* que Seldon llevaba en el bolsillo. Dors circuló a lo largo de las estanterías, estudiándolas. Comentó:

—En su mayor parte son libros antiguos —comentó—. Clásicos. Los demás, carecen de valor.

—¿Libros de fuera? —preguntó Seldon—. Quiero, decir, ¿no mycogenios?

—Bueno, tienen sus propios libros, pero deben estar guardados en otra sección. Ésta es para la investigación externa por parte de los pobrecitos eruditos autoinstruidos como el de ayer… Éste es el departamento de Referencia y aquí está la Enciclopedia Imperial…, que debe contar más de cincuenta años como poco…, y una computadora.

Alargó la mano hacia el tablero, pero Seldon la detuvo a tiempo.

—Espera. Algo podría salir mal y nos retrasaría.

Señaló un discreto letrero colocado encima de una estantería independiente y en el que con cierto brillo se leía: AL SACR TORIUM. La segunda A de SACRATORIUM había dejado de existir, tal vez hacía poco tiempo, o quizá porque a nadie le importaba. «El Imperio —pensó Seldon —, está en decadencia. Todo él. Mycogen también.»

Miró a su alrededor. La pobre biblioteca, tan necesaria para el orgullo de Mycogen, quizá tan útil para los Ancianos que podían servirse de ella para encontrar las migajas que mantenían en alto sus creencias y se les presentaba como pertenecientes a los sofisticados tribales, parecía absolutamente vacía. Detrás de ellos no había entrado nadie más.

—Pasemos aquí, fuera de la vista del hombre que está con la computadora y pongámonos nuestras bandas.

Ya delante de la puerta, comprendieron de pronto que, una vez traspasada esa nueva barrera, ya no podrían volverse atrás.

—Dors, no entres conmigo —pidió Seldon.

—¿Por qué no?

—No lo veo seguro y no deseo que corras ningún riesgo.

—Estoy aquí para protegerte —insistió ella con firme dulzura.

—¿Qué clase de protección me puedes dar? Yo puedo cuidar de mí, solo, aunque no lo creas. Y me entorpecería tener que protegerte. ¿No te das cuenta?

—Por mí no debes preocuparte, Hari —insistió Dors—. La preocupación es cosa *mía*.

Y tiró de la banda donde cruzaba el espacio entre sus disimulados senos.

—¿Por qué Hummin te pidió que lo hicieras?

—Porque éstas son mis órdenes.

Sujetó a Seldon por encima de los codos y, como siempre, él se sorprendió por la fuerza de sus manos.

—Estoy en contra de esto, Hari —dijo ella con firmeza—, pero si crees que debes entrar, también entraré yo.

—Está bien. Pero si ocurre algo y ves que puedes escabullirte, sal corriendo. No te preocupes por mí.

—Estás malgastando tu aliento, Hari. Me estás insultando.

Seldon tocó el panel de entrada y el portal se deslizó. Juntos, casi al unísono, cruzaron el umbral.

57

Una estancia enorme, tanto más grande porque estaba vacía de todo lo que pudiera parecer mobiliario. Ni sillas, ni bancos, ni asientos de ningún tipo. Ni escenario, ni cortinajes, ni decoraciones.

Ni lámparas, sólo una tenue iluminación uniforme, sin fuente de luz aparente. Las paredes no estaban vacías del todo. A trechos, en un arreglo espaciado a distintas alturas y en un orden no repetitivo, había unas pequeñas, primitivas pantallas de televisión bidimensionales, todas ellas funcionando. Desde donde Dors y Seldon se encontraban, ni siquiera cabía la ilusión de una tercera dimensión, ni un asomo de auténtica holovisión.

Había gente. No mucha y por separado. Estaban solos y, al igual que los monitores televisivos, en un orden difícilmente repetible. Todos con *kirtle*

blanca, todos con sus bandas.

Había un cierto silencio. Nadie hablaba en sentido habitual. Algunos movían los labios, musitando por lo bajo. Los que andaban, lo hacían con sigilo, y la vista baja.

La atmósfera era puramente funeraria.

Seldon se inclinó hacia Dors, que al instante se llevó un dedo a los labios y señaló uno de los monitores de televisión. La pantalla mostraba un jardín idílico lleno de flores, por el que la cámara pasaba lentamente.

Anduvieron hacia el monitor imitando el modo de moverse de los otros…, pasos lentos, pisando con suma cautela.

Cuando estuvieron a menos de medio metro de la pantalla, oyeron una voz baja, insinuante:

—El jardín de Antennin, según reproducción de antiguas guías y fotografías, situado en los arrabales de Eos. Observen…

En voz baja, que Seldon casi no podía oír por encima del ruido del monitor, Dors explicó:

—Se pone en marcha cuando alguien se acerca y se apagará si nos alejamos unos pasos. Si nos acercamos lo bastante, podemos hablar, pero no me mires y cállate si alguien se acerca.

Seldon, con la cabeza inclinada y las manos cruzadas ante sí (había observado que ésa era la postura más común), musitó:

—Espero que, en cualquier momento, alguien empiece a gemir.

—Puede ser. Están llorando su Mundo Perdido —dijo Dors.

—Confío en que cambien la película de vez en cuando. Sería mortal estar viendo siempre la misma.

—Todas son diferentes —explicó Dors, mirando a uno y otro lado—. Puede que cambien periódicamente. No lo sé.

—¡Espera! —exclamó Seldon en voz demasiado alta. Pero la bajó y prosiguió—: Ven hacia aquí.

Dors arrugó la frente porque no entendía sus palabras, pero Seldon le señaló con la cabeza. Otra vez avanzaron sigilosamente, pero los pasos de Seldon se hicieron más largos, como si sintiera la necesidad de moverse más deprisa, y Dors, alcanzándole, tiró con fuerza aunque por breve tiempo, de su *kirtle*.

—¡Robots aquí! —le contuvo al amparo del sonido.

La imagen mostraba una vivienda con una extensión de césped, una línea de vallas en primer término y tres cosas que sólo podían describirse como robots. Eran aparentemente metálicos y de forma vagamente humana. La grabación explicaba: «Ésta es una vista, recientemente reconstruida, de la famosa finca “Vendome”, en el siglo tercero. El robot que pueden ver cerca del centro se llamaba Bendar, según la tradición, y sirvió durante veintidós años, como indican los archivos, antes de que fuese remplazado».

—Recientemente reconstruida —comentó Dors—. Así que deben cambiarlas.

—A menos que quieran decir «recientemente reconstruida durante los últimos mil años».

Otro mycogenio entró en el área de sonido de la escena.

—Saludos, Hermanos —dijo en voz baja, aunque no tanto como los murmullos entre Dors y Seldon.

Al hablar, no miró ni a Dors ni a Seldon, y éste, después de una mirada involuntaria y estremecida, mantuvo la cabeza apartada. Dors lo había ignorado todo. Seldon vaciló. Mycelium Setenta y Dos les había dicho que no se hablaba en el *Sacratorium*. Quizás había exagerado. Se notó que no había estado dentro desde que era niño. Desesperadamente, Seldon creyó que debía decir algo.

—A ti también, Hermano —murmuró.

No tenía la menor idea de si ésta era la fórmula correcta o si había otra, pero el mycogenio pareció encontrarla natural.

—Por ti en Aurora —respondió.

—Y por ti —añadió Seldon. Le pareció que el otro esperaba algo más, y añadió—: «En Aurora». —Notó una impalpable descarga de tensión, mientras que su frente quedaba en sudor.

—¡Precioso! No lo había visto antes —exclamó el mycogenio.

—Muy hábil —observó Seldon—. Una pérdida jamás olvidada —añadió en un arranque de atrevimiento.

El otro pareció sobresaltarse.

—En efecto, en efecto —murmuró, alejándose después.

—No te arriesgues —le censuró Dors—. No digas lo que no tengas que decir.

—Me pareció natural. En todo esto, esto *es* reciente. Pero estos robots resultan decepcionantes. Son lo que yo esperaría que fuese un autómata. Los que quiero ver son los orgánicos…, los humanoides.

—Caso de que existan —musitó Dors dubitativa—, no los utilizarían para trabajar en el jardín.

—Es verdad. Debemos encontrar el «Nido» de los Ancianos.

—*Si* existe. Me parece que en esta cueva oscura no hay sino otra cueva oscura.

—Investiguémoslo.

Caminaron a lo largo de la pared. Pasaban de pantalla en pantalla, y trataban de pararse ante cada una de ellas a intervalos irregulares, hasta que Dors agarró los brazos de Seldon. Ante dos pantallas había una línea que sugería un vago rectángulo.

—Una puerta —dijo Dors. A continuación, debilitó su aserto al añadir —: ¿No te parece?

Seldon miró con disimulo. Era conveniente que, de acuerdo con la atmósfera funeraria, cada rostro, cuando no miraba el monitor televisivo, estuviera inclinado hacia el suelo en triste concentración.

Seldon preguntó:

—¿Cómo crees que pueda abrirse? —preguntó él.

—Una placa de entrada.

—No veo ninguna.

—No está indicada, pero veo una leve diferencia de color ahí. ¿Lo notas? ¿Cuántos puntos? ¿Cuántas veces?

—Probaré. Vigila y dame con el pie si alguien mira hacia aquí.

Contuvo el aliento como distraído, tocó, pulsó el punto descolorido, no consiguió nada; después, apoyó toda la palma de la mano y presionó.

La puerta se abrió en silencio, sin un chasquido, si un crujido. Seldon la traspasó tan de prisa como pudo y Dors lo siguió. La puerta se cerró tras ellos.

—Lo que me preocupa es si alguien nos habrá visto —musitó Dors.

—Los Ancianos deben pasar esta puerta con frecuencia.

—Bien. ¿Creerá alguien que somos Ancianos?

Seldon esperó, y después dijo:

—Si hemos sido observados —dijo—, y alguien cree que está mal, la puerta hubiera vuelto a abrirse a los quince segundos de nuestra entrada.

—Es posible, aunque también es posible que no haya nada que ver o que hacer de este lado de la puerta y a nadie le importe nuestra entrada.

—Esto queda por ver —masculló Seldon.

La habitación estrecha donde habían entrado estaba algo oscura, pero al ir adentrándose en ella, la luz aumentó. Había sillones amplios y cómodos, mesitas, varios sofás, un gran refrigerador y armarios.

—Si esto es el «Nido» de los Ancianos —observó Seldon—, debo decir que están bien instalados, pese a la austeridad del propio *Sacratorium*.

—Así era de esperar. El ascetismo de la clase dirigente, excepto de cara al público, es muy raro. Escribe esto en tu libreta de notas para aforismos psicohistóricos. —Miró en derredor—. Y no hay ningún robot.

—Un nido es un lugar alto, recuérdalo, y el techo no lo es. Debe haber pisos más arriba. Ése debe ser el camino —indicó una escalera alfombrada.

Pero no avanzó hacia ella sino que miró vagamente. Dors adivinó lo que buscaba.

—Olvídate de los ascensores —le advirtió—. En Mycogen se cultiva el primitivismo, no lo habrás olvidado, ¿verdad? No va a haber ascensores y lo que es más, si ponemos nuestros pesos al pie de la escalera, *tampoco* se moverá hacia arriba. Vamos a tener que subirla andando. Quizá varios tramos.

—*¿Subirla?*

—De acuerdo con la naturaleza de las cosas, debe conducir al «nido»…, suponiendo que lleve a alguna parte. ¿Quieres verlo o no?

Juntos se dirigieron hacia la escalera y empezaron a subir.

Ascendieron tres pisos y, a medida que lo hacían, la luz iba disminuyendo perceptible y firmemente.

—Me considero estar en buena forma —dijo Seldon, respirando hondo —, pero odio esto.

—No estás acostumbrado a este determinado tipo de ejercicio físico — observó Dors; ella, en cambio, no acusaba ninguna molestia física.

Al final del tercer tramo, la escalera terminaba y otra puerta se encontraba ante ellos.

—¿Y si está cerrada con llave? —dijo más para sí que para Dors—. ¿Intentamos forzarla?

—¿Por qué iba a estar cerrada con llave precisamente ésta, cuando la de más abajo no lo estaba? Si es la que corresponde al «Nido» de los Ancianos, me figuro que habrá un tabú en todos los que entren, excepto en los Ancianos, y un tabú es mucho más fuerte que cualquier cerradura.

—Bueno, para aquellos que lo aceptan —observó Seldon, aunque no hizo el menor movimiento hacia la puerta.

—Todavía estamos a tiempo de retroceder, puesto que vacilas. En realidad, yo te aconsejaría que dieras la vuelta.

—Mi vacilación se debe a que desconozco qué encontraremos dentro. Si está vacío… —añadió con voz más fuerte—: Pues estará vacío. —Dio un paso adelante, y empujó la puerta.

Ésta cedió con silenciosa rapidez y Seldon dio un paso atrás, sorprendido por la gran claridad que había dentro.

Y allí, frente a él, con los ojos llenos de luz, los brazos a medio alzar, un pie más avanzado que el otro, resplandeciendo con un brillo metálico ligeramente amarillento, había una figura humana. Por un momento le pareció que vestía una túnica ceñida, pero al fijarse mejor se puso de manifiesto que la túnica formaba parte de la estructura del objeto.

—¡Es el robot! —exclamó Seldon, impresionado—, pero es metálico.

—Mucho peor que eso —dijo Dors, quien había pasado de un lado a otro—. Sus ojos no me siguen. Sus brazos no se mueven. No está vivo, si uno puede hablar de los robots como de objetos con vida.

Un hombre, indudablemente un hombre, salió de detrás del robot.

—Quizá no. Pero yo estoy vivo —aseguró el anciano.

Y casi automáticamente, Dors se adelantó y se colocó en su puesto, es decir, entre Seldon y el hombre que había aparecido de repente.

Seldon apartó a Dors a un lado, tal vez con más rudeza de la que él se proponía.

—No necesito protección. Es nuestro viejo amigo Amo del Sol Catorce.

El hombre que tenían delante, luciendo una banda doble que quizás era el emblema de su rango de Gran Anciano, contestó:

—Y tú eres el Miembro de Tribu Seldon.

—Desde luego —asintió Seldon.

—Y ésta, pese a su ropa masculina, es la miembro de tribu Venabili.

Dors guardó silencio.

—Tienes razón, hombre de tribu —le aseguró Amo del Sol Catorce—. No corres peligro de que te haga daño físicamente. Pero sentaos, los dos. Dado que no eres una Hermana, no precisas retirarte. Ahí tienes un asiento que, si sabes apreciar la distinción, eres la primera mujer que lo utiliza.

—No, no aprecio esa distinción —declaró Dors separando bien las palabras para darle mayor énfasis.

—Sea como deseas —asintió Amo del Sol Catorce—. Yo también me sentaré porque debo dirigiros unas cuantas preguntas y no quiero hacerlo de pie.

Estaban sentados en una esquina de la habitación. Los ojos de Seldon no podían apartarse del robot metálico.

—*Es* un robot —afirmó Amo del Sol.

—Lo sé.

—Sé que lo sabes —dijo Amo del Sol con la misma brevedad—. Y una vez confirmado esto, ¿por qué estáis aquí?

Seldon miró fijamente a Amo del Sol Catorce.

—Para ver el robot —contestó.

—¿Sabes que nadie, excepto un anciano, está autorizado a entrar en el «nido»?

—No lo sabía, aunque lo sospechaba.

—¿Sabes que los tribales jamás son autorizados a entrar en el *Sacratorium*?

—Me lo dijeron.

—Y tú has ignorado el hecho, ¿no es cierto?

—Como ya he dicho, queríamos ver el robot.

—¿Sabes que ninguna mujer, ni siquiera una Hermana, está autorizada a permanecer en el *Sacratorium* excepto en ciertas, raras y ya establecidas, ocasiones?

—También se me dijo.

—¿Sabes que ninguna mujer, en ningún momento, por ninguna razón, está autorizada a vestir ropas masculinas? Y esto, dentro de los límites de Mycogen, sirve lo mismo para tribales que para Hermanas.

—No se me dijo, pero tampoco me sorprende.

—Bien. Quiero que lo comprendáis. Ahora bien, ¿por qué querías ver el robot?

—Pura curiosidad —dijo Seldon encogiéndose de hombros—. Nunca había visto un robot, ni siquiera estaba enterado de que semejante objeto existiera.

—¿Cómo llegaste a enterarte de su existencia y, sobre todo, de su existencia aquí?

Seldon guardó silencio.

—No deseo contestar a esta pregunta —acabó por decir.

—¿Fue ésta la razón de que el miembro de tribu Hummin te enviase a Mycogen? ¿Para investigar los robots?

—No. El miembro de tribu Hummin nos trajo aquí a fin de que estuviéramos a salvo. Sin embargo, la doctora Venabili y yo somos eruditos. El conocimiento es nuestro campo y obtenerlo, nuestro propósito. Mycogen es poco comprendido fuera de sus límites y deseamos saber más sobre vuestras costumbres y métodos de pensamiento. Se trata de un deseo natural y, en nuestra opinión, inofensivo…, incluso digno.

—Ah, pero nosotros no queremos que las tribus exteriores y los mundos nos conozcan —repuso el anciano—. Es *nuestro* deseo natural y *nosotros* somos los jueces de lo que es o no inofensivo para nosotros. Así que vuelvo a preguntarte: ¿Cómo sabías que existía un robot en Mycogen y que se encontraba en esta estancia?

—El rumor general —terminó, al fin, Seldon.

—¿Insistes en ello?

—Rumor general. Insisto en ello.

Los vivos ojos azules de Amo del Sol Catorce se hicieron más penetrantes.

—Miembro de tribu Seldon —dijo sin levantar la voz—, hemos cooperado con el miembro de tribu Hummin durante largo tiempo. Pese a ser un hombre de tribu, nos pareció decente y digno de confianza. ¡Un hombre *tribal*! Cuando os trajo a los dos y os dejó bajo nuestra protección, lo aceptamos. Pero el tribal Hummin, sean cuales quieran sus virtudes, sigue perteneciendo a una tribu y entramos en sospechas. No estábamos seguros de lo que su verdadero propósito, o el vuestro, podían ser.

—Nuestro propósito era el conocimiento. Conocimiento académico. La doctora Venabili es historiadora y yo me intereso también por la historia. ¿Por qué no íbamos a sentir interés por la de Mycogen?

—En primer lugar, porque no deseamos ese interés… En todo caso, os enviamos a dos de nuestras más interesantes Hermanas. Debían cooperar con vosotros, tratar de descubrir lo que queríais, y (¿cuál es la frase que los tribales suelen emplear?) seguiros el juego. Pero no de modo que os dierais cuenta de lo que ocurría.

Amo del Sol Catorce sonrió, pero su sonrisa era implacable.

—Gota de Lluvia Cuarenta y Cinco fue de compras con Venabili —prosiguió Amo del Sol Catorce—, pero en aquellas salidas no ocurrió nada fuera de lo habitual. Por supuesto, recibíamos un informe completo. Gota de Lluvia Cuarenta y Tres te enseñó, Seldon, las microgranjas. Podía parecer sospechosa su disposición a acompañarte, sola, algo que es absolutamente impensable entre nosotros, pero le razonaste que lo que se aplicaba a los Hermanos no se aplicaba a los tribales y presumiste que aquel pobre razonamiento la ganara a tu causa. Consintió a tus deseos, a costa de su tranquilidad de espíritu. Y más tarde, le pediste el *Libro*. Habértelo entregado con demasiada facilidad hubiera despertado tus sospechas, así que simuló un deseo perverso que sólo tú podías satisfacer. Su sacrificio no será olvidado… Me figuro, miembro de tribu, que aún tienes el *Libro* y sospecho que lo llevas contigo. ¿Me lo das?

Seldon seguía sentado, sumido en amargo silencio.

La mano arrugada de Amo del Sol Catorce, permaneció extendida, visiblemente, al decirle:

—Cuánto mejor será que no tenga que arrancártelo a la fuerza.

Y Seldon lo entregó. Amo del Sol lo hojeó rápidamente como para asegurarse de que no había sufrido daños.

—Tendrá que ser cuidadosamente destruido —comentó con un breve suspiro—, según la costumbre aprobada. ¡Qué pena! Pero una vez con el libro en tu poder, no nos sorprendió, claro, que vinierais al *Sacratorium*. Os vigilamos en todo momento, porque no pensaréis que cualquier Hermano o Hermana, que no estuviera distraído, no os reconocería a primera vista como tribales. Sabemos lo que es un cubrecabezas cuando lo vemos y en Mycogen hay menos de setenta…; casi todos pertenecen a tribales con cargos oficiales que permanecen siempre en edificios seculares, pertenecientes al Gobierno, mientras están aquí. Así que fuisteis no sólo vistos, sino indiscutiblemente identificados, una y otra vez.

»El anciano Hermano que conocisteis tuvo buen cuidado de hablaros de la biblioteca, así como del *Sacratorium*, pero también tuvo buen cuidado de advertiros lo que os estaba prohibido hacer, porque no queríamos tenderos ninguna trampa. Jirón de Cielo Dos también os advirtió… con insistencia. Sin embargo, vosotros no renunciasteis.

»La tienda donde adquiriste la *kirtle* blanca y las dos bandas nos informó enseguida. Entonces dedujimos lo que pretendíais hacer. La biblioteca se mantuvo vacía y se advirtió al bibliotecario que mantuviera la vista baja, el *Sacratorium* se mantuvo medio inutilizado. El único Hermano que, distraído, vino a hablaros, casi lo descubre, pero cuando se dio cuenta de con quién estaba hablando se apresuró a alejarse. Después, subisteis.

»Veis, pues, que vuestra intención era subir y que no fuisteis de ningún modo atraídos hacia aquí. Habéis venido como resultado de vuestra propia acción, vuestro propio deseo, y lo que quiero preguntaros, una vez más, es: ¿por qué?

Fue Dors la que contestó esta vez, con la voz firme y ojos acerados.

—Volveremos a repetírtelo, mycogenio. Somos eruditos, que consideran sagrado el conocimiento, y sólo buscamos conocimiento. No nos habéis atraído aquí, eso desde luego, pero tampoco nos lo habéis impedido, como pudisteis hacer mucho antes de que nos acercáramos a este edificio. Nos habéis allanado el camino, nos lo habéis facilitado y esto podría ser

considerado como una atracción con señuelo. ¿Qué mal hemos hecho? No hemos perturbado en absoluto este edificio, o esta habitación, o a ti, o a *eso*. —Y señaló al robot.

»Es un pedazo de metal oculto aquí, y ahora sabemos que está muerto. Éste es el único conocimiento que buscábamos. Creímos que sería más significativo y nos sentimos decepcionados, pero ahora que sabemos qué es, nos retiraremos. Y, si lo deseas, abandonaremos Mycogen también.

Amo del Sol Catorce la escuchó sin la menor expresión en su semblante. Cuando ella hubo terminado, se volvió a Seldon.

—Este robot, es un símbolo, como has podido ver; un símbolo de todo lo que hemos perdido y de todo lo que ya no tenemos, de todo lo que, a través de millares de años, no hemos olvidado y a lo que pensamos regresar algún día. Porque es todo lo que nos queda, material y auténtico a la vez, y lo amamos…, aunque para tu mujer no sea más que un «pedazo de metal muerto». ¿Estás de acuerdo con ese juicio, Seldon?

—Somos miembros de sociedades que no se aferran a un pasado que cuenta millares de años —repuso Seldon—, y que no tienen contacto con lo que ha existido entre el pasado y nosotros. Vivimos en el presente, al que reconocemos como producto del pasado, de *todo* el pasado, y no de un momento perdido en el tiempo que estrechamos sobre nuestro pecho. Comprendemos, bajo el punto de vista intelectual, lo que un robot puede significar para vosotros y estamos dispuestos a que continúe siendo así. Pero *nosotros* sólo podemos verlo con nuestros ojos, como vosotros podéis verlo con los vuestros. Para *nosotros*, es un pedazo de metal muerto.

—Y ahora —concluyó Dors—, nos iremos.

—*No* os iréis. Al venir aquí, habéis cometido un crimen. Es un crimen ante *nuestros* ojos, como acabáis de indicar. —Sus labios se curvaron en una extraña sonrisa—. Pero éste es nuestro territorio y, dentro de él, nosotros marcamos las reglas. Y este crimen, según nuestras reglas, se castiga con la muerte.

—¿Vas a fusilarnos? —preguntó Dors con altivez.

La expresión de Amo del Sol fue de puro desprecio y siguió dirigiéndose a Seldon solamente.

—¿Qué has creído que somos, miembro de tribu Seldon? Nuestra cultura es tan antigua como la vuestra, tan compleja, civilizada y humana. No voy armado. Seréis juzgados y, como sois manifiestamente culpables, seréis ejecutados de acuerdo con la ley, con rapidez y sin dolor.

»Si intentarais iros ahora, yo no os lo impediría, pues abajo hay muchos Hermanos, muchos más de los que parecía haber cuando entrasteis en el *Sacratorium*, y airados por vuestra acción, podrían poneros las manos violentamente encima. En nuestra historia, ha ocurrido que unos tribales hayan muerto en manos de la chusma; no es una muerte agradable… y, ciertamente, nada placentera.

—Fuimos advertidos por Jirón de Cielo Dos —aclaró Dors—. No puedo decir, que ello hable mucho en favor de vuestra cultura compleja, civilizada y humana.

—La gente se deja llevar por la violencia en momentos de emoción, tribal Seldon —expuso plácidamente Amo del Sol Catorce sin hacer el menor caso a Dors—, por humanitarios que puedan comportarse en ocasiones de calma. Y esto es real en todas las culturas, como tu mujer, que se dice historiadora, sin duda conoce.

—Sigamos siendo razonables, Amo del Sol Catorce —dijo Seldon—. Tú serás la ley en Mycogen sobre asuntos locales, pero no eres la ley respecto de nosotros, y lo sabes. Ambos no somos ciudadanos de Mycogen, eso significa que pertenecemos al Imperio, y son el Emperador y sus funcionarios legales quienes deben hacerse cargo de toda ofensa capital.

—Puede que sea así en los estatutos, en los periódicos y en las pantallas de holovisión —alegó Amo del Sol Catorce—, pero ahora no hablamos de la teoría. Desde mucho tiempo atrás, el Gran Anciano tiene poder para castigar los crímenes de sacrilegio sin interferencias por parte del trono Imperial.

—*Si* los criminales pertenecen a vuestro pueblo. Sería diferente al tratarse de forasteros.

—En este caso concreto, lo dudo. Hummin os trajo aquí como fugitivos y no somos tan imbéciles en Mycogen que no sospechemos que sois fugitivos de las leyes del Emperador. ¿Por qué iba a objetar si hacemos el trabajo por él?

—Porque objetaría —insistió Seldon—. Aun suponiendo que fuéramos fugitivos de las autoridades imperiales, incluso si su deseo fuera sólo el de castigarnos, seguiría queriendo tenernos. Permitirte matar, por la razón que fuera o los medios que quieras, a personas no-mycogenias sin el debido proceso *imperial* sería igual que desafiar su autoridad y ningún Emperador puede permitir semejante precedente. Por ansioso que estuviera de ver que el comercio de microalimentos no se interrumpiera, seguiría considerando necesario reestablecer la prerrogativa imperial. ¿Deseas, en tu ansia por matarnos, que una división del Ejército Imperial arrase tus granjas y tus viviendas, profane tu *Sacratorium* y se tome libertades con las Hermanas? Piénsalo.

Amo del Sol Catorce volvió a sonreír pero no se enterneció.

—La verdad es que lo he pensado y existe una alternativa. Después de condenaros, podríamos retrasar vuestra ejecución para permitiros apelar al Emperador en una petición de revisar vuestro caso. Él agradecería esta prueba de nuestra sumisión a su autoridad; también, la posibilidad de apoderarse de vosotros, por alguna razón personal, y, con ello, Mycogen se beneficiaría. ¿Es eso lo que queréis? ¿Apelar al Emperador a su debido tiempo y que os entreguemos a él?

Seldon y Dors cruzaron sus miradas y guardaron silencio.

—Tengo la impresión —prosiguió Amo del Sol Catorce— de que preferiríais ser entregados al Emperador antes que morir; pero, ¿por qué creo que dicha preferencia lo es sólo por un escaso margen?

—En realidad —comentó una nueva voz—, pienso que ninguna de las dos alternativas es aceptable, y que deberíamos buscar una tercera.

59

Fue Dors la primera en identificar al recién llegado, quizá porque era ella quien lo había estado esperando.

—¡Hummin! —exclamó—. ¡Gracias a Dios que nos has encontrado! Me puse en contacto contigo tan pronto me di cuenta de que no iba a poder evitar que Hari… —alzó las manos en un amplio gesto— llegara a esto.

La sonrisa de Hummin era tan breve que no llegó a alterar su natural gravedad. Se notaba un sutil cansancio en él.

—Querida mía, estaba ocupado en otras cosas. No siempre puedo acudir al instante. Al llegar, he tenido, como vosotros dos, que buscarme una *kirtle* y una banda, por no hablar del cubrecabeza, y venir rápidamente. De haber estado antes aquí, hubiera podido evitar todo esto; a pesar de todo, creo que he llegado a tiempo.

Amo del Sol Catorce se había recobrado ya de lo que pareció haber sido una dolorosa impresión.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, miembro de tribu Hummin? —preguntó en una voz que carecía de su habitual y profunda severidad.

—No ha sido fácil, Gran Anciano, pero como la tribal Venabili gusta decir, soy una persona muy persuasiva. Alguno de los ciudadanos recordaron quién soy, lo que he hecho por Mycogen en el pasado y que sigo siendo un Hermano honorario. ¿Lo habías olvidado, Amo del Sol Catorce?

—No lo he olvidado —respondió el Anciano—, mas incluso la mejor memoria no puede sobreponerse a ciertos actos. ¡Un hombre y una *mujer* tribales aquí! ¡No hay mayor crimen! Todo lo que has hecho no pesa lo bastante para equilibrar este acto. Mi gente no es desagradecida. Te lo pagaremos de algún otro modo. Pero estos dos deben morir o ser entregados al Emperador.

—También yo me encuentro aquí —observó plácidamente Hummin—. ¿No es igualmente un crimen?

—Por ti —concedió Amo del Sol Catorce—, por ti, *personalmente*, como Hermano honorario, puedo… pasarlo por alto…, una vez. Pero no a estos dos.

—¿Acaso esperas una recompensa del Emperador? ¿Algún favor? ¿Quizás una concesión? ¿Ya te has puesto en contacto con él o con su Jefe de Estado Mayor, Eto Demerzel?

—Esto no es un tema a discutir.

—Que en sí ya es una confesión. Venga, no voy a preguntarte qué te ha prometido el Emperador, pero no puede ser gran cosa. En estos días de degeneración, no tiene mucho que dar. Deja que *yo* te haga una oferta. ¿Te han dicho estos dos que son eruditos?

—Me lo han dicho.

—Y lo son. No te han mentido. La mujer es historiadora y el hombre matemático. Juntos tratan de combinar sus talentos para hacer una matemática de la Historia; la combinación resultante se llama «psicohistoria».

—No sé nada de esa psicohistoria —protestó Amo del Sol Catorce—, ni me interesa saberlo. Así como tampoco me interesa ninguna otra faceta de vuestros conocimientos tribales.

—Sin embargo —cortó Hummin—, te sugiero que me escuches.

Hummin tardó quince minutos, en una concisa explicación, en describir la posibilidad de organizar las leyes naturales de la sociedad (algo que siempre mencionaba con audibles puntos de exclamación en su tono de voz) a fin de hacer posible anticipar el futuro con un grado sustancial de probabilidad. Cuando hubo terminado, Amo del Sol Catorce, que le había escuchado sin inmutarse, dejó caer:

—Una especulación altamente improbable, diría yo.

—Es posible, Gran Anciano, pero el Emperador no lo piensa así. Y al decir Emperador, que de por sí es un personaje amable, me refiero a Demerzel, sobre cuyas ambiciones no es preciso instruirte. A ambos les gustaría apoderarse de estos dos eruditos, causa por la que les traje aquí, para ponerles a salvo. No me imaginaba que harías el trabajo de Demerzel, entregando los eruditos al Emperador.

—Han cometido un crimen que…

—Sí, lo sabemos, Gran Anciano, pero sólo es un crimen porque tú prefieres llamarlo así. No han hecho el menor daño.

—Lo han hecho a nuestras creencias, a nuestro más profundo…

—Pues imagina el daño que se hará si la psicohistoria cae en manos de Demerzel. Sí, te concedo que tal vez nada salga de ello, pero supón, por un momento, que algo aparece y que el Gobierno Imperial hace uso de ello…, puedo decir lo que va a ocurrir…, puede tomar medidas gracias a ese preconocimiento que nadie más poseería…, puede tomar medidas, a decir verdad, enfocadas a encontrar una alternativa de futuro más de acuerdo con los gustos imperiales.

—¿Y bien?

—¿Te cabe la duda, Gran Anciano, de que el otro futuro más de acuerdo con los gustos imperiales sería uno de mayor y más fuerte centralización? Desde hace siglos, como bien sabes, el Imperio ha ido sufriendo una continuada descentralización. Muchos mundos, ahora, sólo guardan las formas respecto del Emperador y virtualmente se gobiernan solos. Incluso aquí, en Trantor, hay descentralización. Mycogen, por citar un ejemplo, está en gran parte libre de injerencia imperial. Tú gobiernas como Gran Anciano y no hay a tu lado ningún funcionario imperial que inspeccione tus actos y decisiones. ¿Cuánto crees que te va a durar con hombres como Demerzel adaptando el futuro a su conveniencia?

—Sigue siendo una mera especulación —insistió Amo del Sol—, pero reconozco que es muy turbadora.

—Por el contrario, si estos eruditos pueden completar su tarea, un improbable *si*, como tú dirías, pero un *si*… Entonces ten la seguridad de que se acordarán de que les ha tratado con clemencia cuando pudiste no hacerlo. Y no sería inconcebible que aprendan a arreglar un futuro, por ejemplo, que permitiera a Mycogen tener su propio mundo, un mundo que podría ser terraformado a imagen y semejanza del Mundo Perdido. E incluso si ellos dos olvidan tu bondad, yo estaré para recordárselo.

—Bien…

—Vamos —dijo Hummin—, no es difícil decidir lo que pasa por Demerzel. Y aunque la posibilidad de la psicohistoria sea pequeña (si no fuera sincero contigo, no lo admitiría) no es cero; y si trae el restablecimiento del Mundo Perdido, ¿qué más puedes desear? ¿Qué no serías capaz de arriesgar para una mínima posibilidad? Vamos…, te lo prometo, y mis promesas no se hacen a la ligera. Libera a estos dos y elige la mínima probabilidad de conseguir tu sueño, antes que quedarte sin nada.

Después de un silencio, Amo del Sol Catorce suspiró.

—No sé cómo lo haces, miembro de tribu Hummin, pero en todas las ocasiones en que nos vemos, me convences de que haga algo que, realmente, no quiero hacer.

—¿Te he aconsejado mal alguna vez, Gran Anciano?

—¿Me has ofrecido alguna vez la más mínima oportunidad?

—¿Y tan inmensa posible recompensa? Una equilibra la otra.

—Tienes razón —asintió Amo del Sol—. Llévate a estos dos, sácalos de Mycogen y no permitas que vuelva a verles nunca más, a menos que llegue el día en que… Pero, seguro que yo no lo veré.

—Quizá no, Gran Anciano. Pero tu pueblo lleva casi veinte mil años esperando, paciente. ¿Te importaría, pues, esperar, quizás, otros doscientos?

—Yo no querría esperar ni un instante, pero mi pueblo esperará todo lo que deba… —y se puso en pie—. Despejaré el camino. ¡Cógelos y márchate!

60

Por fin volvían a estar en un túnel. Hummin y Seldon ya habían viajado por uno cuando se trasladaron del Sector Imperial a la Universidad de Streeling. Ahora, se encontraban en otro túnel, yendo de Mycogen a…, Seldon no sabía dónde. No se atrevió a preguntar. El rostro de Hummin parecía tallado en granito y no parecía desear conversación.

Hummin estaba sentado delante, con nadie a su derecha. Seldon y Dors compartían el asiento trasero.

Seldon esbozó una sonrisa y miró a Dors que parecía malhumorada.

—Me encanta llevar ropas normales, ¿y a ti?

—Nunca más llevaré o miraré nada que se parezca a una *kirtle* —declaró Dors con sinceridad—. Y jamás, en ninguna circunstancia, me pondré un cubrecabeza. La verdad es que me sentiré incómoda siempre que vea a un hombre calvo, aunque sea calvo de por sí.

Y fue la propia Dors quien, finalmente, formuló la pregunta que Seldon no se había atrevido a hacer:

—Chetter —exclamó con petulancia—, ¿por qué no nos quieres decir dónde vamos?

Hummin se ladeó y miró a Dors y Seldon con gravedad:

—A un lugar donde os resulte difícil meteros en apuros…, aunque no estoy seguro de que exista tal lugar.

Dors se sintió apabullada.

—En realidad, Chetter, ha sido culpa mía. En Streeling, dejé que Seldon subiera a *Arriba* sin acompañarle. En Mycogen le acompañé, pero no debí haberle dejado entrar en el *Sacratorium*.

—Estaba decidido a entrar. No fue en absoluto culpa de Dors.

Hummin no hizo el menor esfuerzo por sumarse a la censura.

—Deduzco que querías ver el robot —dijo—. ¿Había alguna razón, para ello? ¿Puedes explicármelo?

Seldon sintió que se ruborizaba.

—Estaba equivocado a este respecto, Hummin. No vi lo que esperaba. De haber conocido el contenido del «nido», no me hubiera molestado en ir. Llámalo un completo chasco.

—Pero, bueno, Seldon, ¿qué era lo que esperabas ver? Por favor, dímelo. Tómate el tiempo que necesites. El trayecto será largo y estoy dispuesto a escucharte.

—El caso es, Hummin, que tenía la idea de que había habido robots, humanoides, de larga vida; que uno de ellos, por lo menos, podía seguir vivo y encontrarse en el «nido». Y sí que lo *había*, pero era metálico, estaba muerto, y era sólo un símbolo. De haber sabido…

—Lo sé. Si todos conociéramos todos los datos, las preguntas no serían necesarias, ni la investigación de cualquier tipo. ¿Dónde conseguiste la información sobre los robots humanoides? Dado que ningún mycogenio lo hubiera discutido contigo, sólo se me ocurre una fuente. El *Libro* mycogenio…, un poderoso libro-impreso en antiguo aurorano y galáctico moderno. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí.

—¿Cómo conseguiste un ejemplar?

—Es algo embarazoso —murmuró Seldon tras una corta pausa.

—No me turbo con facilidad, Seldon.

Éste se lo explicó, y Hummin permitió que una breve sonrisa iluminara su rostro.

—¿No se te ocurrió pensar que podía tratarse de una comedia? —observó Hummin—. Ninguna Hermana haría semejante cosa…, excepto si le había sido ordenado, y con mucha presión.

Seldon frunció el ceño.

—No está tan claro —respondió con cierta aspereza—. De vez en cuando, hay gente *pervertida*. Para ti es fácil sonreír. Ni Dors ni yo poseíamos la información que tú tienes. Si no querías que yo cayera en las trampas, podías haberme advertido de las existentes.

—De acuerdo. Retiro mi observación. En todo caso, estoy seguro de que ya no tienes el *Libro*.

—No. Amo del Sol Catorce me lo quitó.

—¿Cuánto leíste?

—Sólo una parte. No tuve tiempo. Es un libro enorme y debo confesarte, Hummin, que es muy aburrido.

—Sí, lo sé porque creo que he leído algo más que tú. No sólo resulta aburrido, sino que no puedes fiarte de él. Es parcial, es el punto de vista oficial de la historia de Mycogen, más empeñado en presentar dicho punto de vista que en razonar de manera objetiva. Es, incluso, deliberadamente oscuro sobre ciertos puntos; de modo que los extraños, suponiendo que pudieran leerlo, no supieran en realidad lo que están leyendo. Por ejemplo, ¿qué fue lo que creíste leer sobre los robots que te interesó?

—Ya te lo he dicho. Habla de robots humaniformes, robots que no podían distinguirse de los seres humanos en su aspecto externo.

—¿Y cuántos de ellos existirían? —preguntó Hummin.

—No lo dice… Por lo menos, no encontré ningún párrafo en el que se den cifras. Pudo haber sólo unos cuantos, pero a *uno* de ellos, el libro lo menciona como «Renegado». Parece tener un significado desagradable aunque no pude descubrir cuál era.

—No me hablaste de nada de esto —interrumpió Dors—. Si lo hubieras hecho, te habría podido decir que no es un nombre, sino otra palabra arcaica cuyo significado, más o menos, es el de «traidor» en galáctico. La palabra más antigua lleva consigo un aura de miedo. En cierto modo, un traidor se refugia en su traición, pero un renegado se jacta de ella.

—Dejaré la sutileza del lenguaje arcaico para ti, Dors —dijo Hummin —; en cualquier caso, si el *Renegado* existió y era un robot humaniforme, resulta claro que si se comportó como un traidor y un enemigo, no sería mencionado ni venerado en el «Nido» de los Ancianos.

—No conocía el significado de la palabra «renegado» —repuso Seldon—, mas, como he dicho, tuve la impresión de que se trataba de un enemigo. Pensé que pudo haber sido derrotado y conservado como un recuerdo del triunfo mycogenio.

—¿Había alguna indicación en el *Libro* de que el *Renegado* hubiese sido derrotado?

—No, pero pudo habérseme pasado esa parte…

—No es fácil. Cualquier victoria mycogenia hubiera sido inequívocamente mencionada y comentada una y otra vez.

—Había algo más que dijese sobre el *Renegado* —aventuró Seldon, titubeando—, mas no estoy del todo seguro de haberlo comprendido.

—Como te he dicho —comentó Hummin—, a veces es deliberadamente oscuro.

—Sin embargo, parecía dar a entender que el *Renegado* era capaz de modificar o intervenir en las emociones humanas…, influir en ellas.

—Cualquier político puede hacerlo —declaró Hummin con un encogimiento de hombros—. Se le llama carisma…, cuando funciona.

—Bueno, yo quería creer —suspiró Seldon—. Nada más. Hubiera dado cualquier cosa por encontrar un antiguo robot humaniforme, todavía activo, al que pudiera interrogar.

—¿Con qué fin? —preguntó Hummin.

—Para aprender los detalles de la primitiva sociedad galáctica cuando aún consistía en un puñado de mundos. La psicohistoria podría deducirse con mayor facilidad de una Galaxia pequeña.

—¿Y tienes la seguridad de poder admitir lo que oyeras? Después de muchos millares de años, ¿estarías dispuesto a confiar en los primeros recuerdos de un robot?, ¿a tener en cuenta toda la distorsión que hubiera en ellos?

—Hummin tiene razón —intervino Dors inesperadamente—. Sería como los datos computarizados de que te hablé, Hari. Poco a poco, esos recuerdos del robot se irían esfumando, se perderían, borrarían, serían distorsionados. Sólo se puede retroceder hasta un punto, y cuanto más lejos llegues, la información se vuelve menos fiable por más que te esfuerces.

—He oído mencionarlo como una especie de incierto principio de la información —asintió Hummin.

—¿No sería posible que *alguna* información, por razones especiales, se conservara intacta? —insistió Seldon, reflexivo—. Parte del libro mycogenio puede referirse a acontecimientos de veinte mil años atrás, y ser, no obstante, originales. Cierta información, cuanto más valiosa y más cuidadosamente conservada, más exacta y duradera puede ser.

—La palabra clave es «particular». Lo que el *Libro* procura preservar puede no ser lo que *tú* desearías que se hubiera preservado, y lo que el robot pueda recordar mejor tal vez sea lo que a ti te interesa que no recordara.

—En cualquier dirección que me vuelva en busca de una solución para mi psicohistoria, las cosas se arreglan para hacérmelo imposible. ¿Para qué luchar? —exclamó Seldon, exasperado.

—Puede parecerte imposible ahora —dijo Hummin sin inmutarse— pero dada la fuerza intelectual necesaria, puede encontrarse un camino hacia la psicohistoria que ninguno de nosotros concibe en este momento. Concédete más tiempo. Ahora, estamos llegando a un área de reposo. Detengámonos y cenemos.

Mientras comían cordero sobre un pan sin sabor (desagradable después de la calidad del de Mycogen), Seldon expuso:

—Pareces presumir, Hummin, que soy poseedor de la fuerza necesaria. Puedes no estar en lo cierto, ¿sabes?

—Tienes razón. Tal vez no sea así. No obstante, no conozco a un candidato mejor para el puesto, así que debo seguir aferrado a ti.

—Bien, lo intentaré —suspiró Seldon—, pero no tengo la menor chispa de esperanza. Posible pero no práctico, fue lo primero que te dije, y sigo más convencido que nunca de lo mismo.

HOYOS DE CALOR

AMARYL, YUGO. — ... *Un matemático que, junto con el propio Hari Seldon, puede ser considerado altamente responsable de descubrir los detalles de la psicohistoria. Él fue quien…*

... Sin embargo, las condiciones bajo las que empezó su vida son casi más dramáticas que sus logros matemáticos. Nacido en la más desesperada indigencia de la clase baja de Dahl, un Sector del antiguo Trantor, pudo haber pasado su vida en la más absoluta oscuridad a no ser por el hecho de que Seldon, por puro accidente, lo encontró en el curso de…

Enciclopedia Galáctica

61

El Emperador de toda la Galaxia se sentía cansado, físicamente cansado. Le dolían los labios debido a la amable sonrisa que había tenido que prender en su rostro a intervalos prudentes. Tenía el cuello tirante por haberlo inclinado tanto hacia un lado y hacia el otro en simulado despliegue de interés. Sus oídos acusaban el haberse visto obligado a escuchar tanto.

Todo su cuerpo palpitaba después de tanto levantarse y sentarse, y volverse, y tender la mano, y mover afirmativamente la cabeza.

Y nada más fue un acto oficial en donde tenía que conocer alcaldes, virreyes y ministros, con sus respectivas mujeres o maridos, de aquí y de allá de Trantor, y (peor aún) de un punto y otro de la Galaxia. Había cerca de mil personas, todas con trajes que iban de lo recargado a lo claramente foráneo, y había tenido que escuchar una babel de acentos diferentes, empeorados por el esfuerzo de hablar el galáctico Imperial como se hablaba en la Universidad Galáctica. Y lo peor de todo: había tenido que recordar evitar hacer promesas económicas, sustituyéndolas por la loción de palabras sin sustancia.

Todo había sido grabado, imagen y sonido, con gran discreción, y Eto Demerzel lo revisaría después para ver si Cleon, Primero de ese Nombre, se había portado bien. Esto era, por supuesto, como el Emperador se lo planteaba para sí. Demerzel diría seguramente que se limitaba a recoger datos sobre revelaciones no intencionadas por parte de los invitados. Y quizás era así.

¡Afortunado Demerzel!

Al Emperador no le estaba permitido abandonar el palacio ni su extenso parque, mientras que Demerzel podía recorrer la Galaxia si así lo deseaba. El Emperador estaba siempre en evidencia, siempre accesible, siempre obligado a tratar con visitantes, desde los más importantes a los simplemente entrometidos. Demerzel permanecía en el anonimato, nunca se dejaba ver dentro del recinto del palacio. Simplemente, era un nombre que inspiraba miedo, una presencia invisible (y por ello más temida).

El Emperador era el Hombre Interior, con todos los emblemas y gajes del poder. Demerzel era el Hombre Exterior, con nada evidente, ni siquiera un título formal, pero con los dedos y la mente tanteándolo todo sin pedir recompensa por su incansable labor, excepto una, la realidad del poder.

Al Emperador le divertía, con una diversión algo macabra, pensar que en cualquier momento, sin previo aviso, con una excusa inventada o con ninguna, podía hacer arrestar a Demerzel, encarcelarle, exiliarle, torturarle o ejecutarle. Después de todo, en aquellos siglos de continua inquietud, el Emperador podía tener dificultades en ejercer su voluntad sobre los

diversos planetas del Imperio, incluso sobre los distintos Sectores de Trantor, con su chusma de ejecutivos y legislaturas locales con los que estaba obligado a litigar en un laberinto de decretos, protocolos, obligaciones, tratados y legalidad interestelar en general…, pero, al menos, su poder seguía siendo absoluto sobre el palacio y sus tierras.

No obstante, Cleon sabía que sus sueños de poder eran inútiles. Demerzel había servido a su padre y Cleon no recordaba una sola vez en que aquél no recurriera a Demerzel para todo. Demerzel era quien lo sabía todo, lo decidía todo, lo hacía todo. Y más aún, si algo salía mal, podía achacársele a Demerzel. El propio Emperador estaba por encima de toda crítica y no tenía nada que temer, excepto, por supuesto, golpes palaciegos y asesinato por parte de sus más queridos y allegados. Era para evitar eso, sobre todo por lo que él confiaba en Demerzel.

El Emperador Cleon sintió un pequeño escalofrío ante la idea de prescindir de Demerzel. Había habido emperadores que gobernaron personalmente, con jefes de Estado Mayor sin talento, con incompetentes para los cargos desarrollados y los habían mantenido en su puesto. Esos emperadores se habían arreglado por un tiempo, en cierto modo.

Pero Cleon no podía. Necesitaba a Demerzel. De hecho, ahora que había pensado en el asesinato, en vista de la historia moderna del Imperio, era inevitable que se le ocurriera, y se daba perfecta cuenta de que le resultaba imposible deshacerse de Demerzel. No podía hacerlo. Por mucha inteligencia que él, Cleon, tratara de poner en el asunto, Demerzel se le anticiparía de un modo u otro (estaba seguro), se enteraría de lo que se le caía encima, y organizaría con superior inteligencia, un golpe palaciego. Cleon estaría muerto mucho antes de que Demerzel pudiera ser encadenado y sacado de allí. Otro Emperador, a quien Demerzel serviría (y dominaría), le sucedería.

¿O se cansaría Demerzel del juego y se convertiría a sí mismo en Emperador?

¡Jamás! El hábito del anonimato estaba demasiado arraigado en él. Si Demerzel se exponía al mundo, sus poderes, su sabiduría, su suerte (fuera la que fuese) lo abandonarían. Cleon estaba convencido de ello. Lo sentía más allá de cualquier controversia.

Así que mientras Cleon se portara bien, estaba seguro. Sin ambición personal, Demerzel lo serviría con fidelidad.

Y ahí llegaba Demerzel, vestido tan sobria y severamente que hacía sentir incómodo a Cleon con el exceso de adornos en su ropa de ceremonia, despojado de ella, por fortuna, con la ayuda de dos servidores. Desde luego, nunca, hasta que él se encontraba solo y desvestido, aparecía Demerzel.

—Demerzel —anunció el Emperador de toda la Galaxia—, ¡estoy cansado!

—Las recepciones oficiales son agotadoras, *Sire* —murmuró Demerzel.

—¿Por qué tengo que soportarlas todas las tardes?

—No *todas* las tardes, pero son esenciales. A los demás les gusta veros y que os fijéis en ellos. Ayuda a mantener el Imperio sobre ruedas bien engrasadas.

—El Imperio solía rodar sin tropiezos por el poder —protestó el Emperador, sombrío—. Ahora, hay que mantenerle con una sonrisa, un gesto de la mano, una palabra en voz baja, una medalla o una placa.

—Si todo esto sirve para mantener la paz, *Sire*, bienvenido sea. Y vuestro reinado continúa sin problemas.

—Ya sabes la razón: te tengo a mi lado. Mi único don real es darme cuenta de tu importancia… —murmuró mientras miraba de soslayo a Demerzel—. Mi hijo no necesita ser mi heredero. Es un muchacho sin talento. ¿Y si hiciera de ti mi heredero?

Demerzel le cortó en seco, glacial.

—Eso es impensable, *Sire*. Jamás usurparía el trono. Nunca se lo arrebataría a vuestro legítimo heredero. Además, si os he desagradado, castigadme con justicia. Estoy seguro de que nada de lo que haya hecho o podido hacer merece el castigo de hacer de mí un Emperador.

Cleon se echó a reír.

—Por esta declaración sincera del valor del Trono Imperial, Demerzel, abandono toda idea de castigarte. Vamos, hablemos sobre algo. Me gustaría dormir, pero no me veo aún con ánimo para aguantar la ceremonia con que me acuestan. Hablemos.

—¿De qué, *Sire*?

—De cualquier cosa… ¡Del matemático y su psicohistoria! ¿Sabes que pienso en él de vez en cuando? Hoy me vino a la mente a la hora de la cena. Me dije: «¿Y si un análisis psicohistórico predijera un método para hacer posible seguir siendo emperador sin todas estas interminables ceremonias?»

—Creo, *Sire*, que ni el más inteligente psicohistoriador podría conseguir algo así.

—Bueno, pues cuéntame las últimas noticias. ¿Está escondido aún entre aquellos peculiares calvos de Mycogen? Me prometiste que lo sacarías de allí.

—Lo hice, *Sire*, y actué en aquella dirección, pero lamento deciros que he fracasado.

—¿Fracasado? —El Emperador se permitió fruncir el ceño—. No me gusta.

—Ni a mí, *Sire*. Planeé hacer que se animara al matemático a cometer algún acto blasfemo (en Mycogen es fácil cometerlos, en especial un forastero…), uno que requiriera un severo castigo. Entonces, el matemático se vería obligado a apelar al Emperador y, como resultado, nos apoderaríamos de él. Lo preparé a costa de pequeñas concesiones por nuestra parte, importantes para Mycogen, sin la menor importancia para nosotros; además, decidí no participar directamente en el arreglo. Había que obrar con sutileza.

—En efecto —dijo Cleon—, y fracasaste. Acaso el alcalde de Mycogen…

—Se le llama el Gran Anciano, *Sire*.

—¡Déjate de títulos! ¿Se negó el Gran Anciano?

—Por el contrario, *Sire*, aceptó. El matemático Seldon cayó limpiamente en la trampa.

—¿Entonces?

—Se le permitió salir indemne.

—¿Por qué? —exclamó Cleon, indignado.

—No estoy seguro, *Sire*, pero sospecho que alguien se nos adelantó.

—¿Quién? ¿El alcalde de Wye?

—Es posible, *Sire*, aunque lo dudo. Tengo a Wye bajo vigilancia continua. Si hubieran conseguido al matemático, yo lo sabría.

El Emperador no se limitó a fruncir el ceño, se mostró claramente enfurecido.

—Demerzel, no me gusta. Estoy muy disgustado. Un fracaso como éste me hace pensar en que quizás has dejado de ser el hombre que eras. ¿Qué medidas vamos a tomar contra Mycogen por esta clara desobediencia a los deseos del Emperador?

Demerzel se inclinó profundamente ante la tormenta desatada.

—Cometeríamos un error al castigar a Mycogen ahora, *Sire* —dijo con tono cortante—. El malestar subsiguiente sería como hacerle el juego a Wye.

—¡Debemos hacer *algo*!

—Quizá no, *Sire*. No es tan malo como parece.

—¿Cómo puede no ser tan malo como parece?

—Recordaréis, *Sire*, que este matemático estaba convencido de que la psicohistoria no era práctica.

—Claro que lo recuerdo, pero eso no importa, ¿verdad? Para lo que nos proponemos…

—Puede que no. Pero si consiguiera hacerla práctica, serviría nuestros propósitos infinitamente mejor, *Sire*. Y por lo que me he enterado, el matemático está tratando ahora de conseguir que la psicohistoria sea práctica. He sabido que su acto blasfemo en Mycogen fue parte de un intento suyo por resolver el problema de la psicohistoria. Nos será más útil si lo prendemos cuando esté a punto de alcanzar su meta o la haya alcanzado ya.

—No, si Wye se apodera de él antes.

—Me ocuparé de que eso no ocurra.

—¿Del mismo modo que lograste sacar al matemático de Mycogen hace poco?

—La próxima vez no cometeré ningún error, *Sire* —afirmó fríamente Demerzel.

—Mejor que no lo olvides, Demerzel. No toleraré ningún otro fallo. —Y en tono malhumorado añadió—: Creo que no podré dormir esta noche, después de todo.

62

Jirad Tisalver, del Sector de Dahl, era bajo. Su cabeza llegaba a la altura de la nariz de Seldon. No obstante, no parecía que ese detalle le preocupara demasiado. Sus facciones eran regulares, hermosas, sonreía con facilidad, tenía los cabellos muy rizados y lucía un frondoso bigote negro.

Vivía con su esposa y una hija pequeña en un apartamento de siete pequeñas habitaciones, escrupulosamente limpias, pero vacías de mobiliario.

—Les ruego me perdonen —dijo Tisalver—, doctor Seldon y doctora Venabili, por no proporcionarles el lujo a que deben estar acostumbrados, pero Dahl es un Sector pobre y no me encuentro entre los más favorecidos de nuestro pueblo.

—Tanto más debemos excusarnos —respondió Seldon— por imponerles el peso de nuestra presencia.

—Ningún peso, doctor Seldon. El Maestro Hummin ha accedido a pagarnos generosamente por el uso de nuestra humilde vivienda y los créditos serían bien recibidos incluso si ustedes no fueran…, pero lo *son*.

Seldon recordó las palabras de despedida de Hummin, después, de que, por fin, llegaran a Dahl.

—Seldon —le había dicho—, éste es el tercer lugar que te he buscado como santuario. Los dos primeros estaban, eso era evidente, fuera del alcance del Imperio, lo que bien pudo haber llamado su atención; después de todo, eran lugares lógicos. Éste es diferente: pobre, insignificante y, en realidad, poco seguro, según se mire. No es un refugio natural para ti, de modo que el Emperador y su Jefe de Estado Mayor no pensarán buscarte en esta dirección. ¿Te importaría, por esta vez, no meterte en líos?

—Lo intentaré, Hummin —contestó Seldon, algo ofendido—. Por favor, te ruego que no pienses que me busco los problemas por las buenas. Estoy tratando de averiguar algo que puede muy bien llevarme treinta vidas aprender si voy a tener la más ligera oportunidad de organizar la psicohistoria.

—Lo comprendo —dijo Hummin—. Tus esfuerzos por aprender te llevaron a *Arriba* en Streeling y al «Nido» de los Ancianos en Mycogen y

quién sabe adónde aquí, en Dahl. En cuanto a ti, Dors, sé que te has esforzado por cuidar de Seldon, pero tienes que esforzarte mucho más. Métete en la cabeza que es la persona más importante de Trantor, o de la Galaxia si quieres, y que debe mantenerse a salvo a toda costa.

—Continuaré esforzándome —prometió Dors.

—En cuanto a la familia que os hospeda, tienen sus peculiaridades, pero, en esencia, son unas buenas personas con quienes he tenido tratos anteriormente. Procurad no complicarles la vida.

Pero, Tisalver, por lo menos, no parecía anticipar problemas de ningún tipo por parte de sus nuevos inquilinos y el placer expresado por su compañía, aparte de los créditos de alquiler que recibiría a cambio, parecía sincero.

Nunca había salido de Dahl y su hambre de historias de lugares lejanos era enorme. También su esposa, ceremoniosa y sonriente, escuchaba, mientras que la niña, con un dedo en la boca, asomaba sus ojos, curiosos, por detrás de la puerta.

Por lo general, después de la cena, con toda la familia reunida, era cuando Seldon y Dors les hablaban del mundo exterior. La comida, abundante, resultaba sosa y, a veces, dura. Al tomarla con tan poco tiempo transcurrido después de los gustosos alimentos de Mycogen, resultaba intragable. La «mesa» era una larga estantería adosada a la pared y ellos comían de pie.

Un discreto interrogatorio por parte de Seldon aclaró que ésa era la forma habitual de comer entre los dahlitas y no algo debido a inexplicable pobreza. Claro que, explicó Mrs. Tisalver, estaban los que tenían altos cargos del Gobierno en Dahl y que gustaban de imitar las inútiles costumbres, como las sillas, que ella llamaba «estanterías del cuerpo», pero esto era considerado de mal efecto entre la sólida clase media.

Los Tisalver reprobaban tanto el lujo innecesario como les entusiasmaba oír hablar de él. Escuchaban atentamente y armaban una auténtica tormenta de chasquidos de lengua cuando se enteraban de los colchones levantados sobre patas, las cómodas y roperos tallados, y lo superfluo de los cubiertos.

También quedaron arrobados ante una descripción de las costumbres mycogenias, mientras Jirad Tisalver acariciaba complaciente su propio cabello, lo que expresaba sin lugar a dudas que antes pensaría en la castración que en la depilación. Mrs. Tisalver se enfurecía ante cualquier mención de servilismo femenino y se negó de manera tajante a creer que las Hermanas lo aceptaran con toda tranquilidad.

No obstante, lo que más les impresionó fueron las referencias casuales de Seldon a los jardines imperiales. Cuando, al ser interrogado al respecto, descubrieron que Seldon había visto al Emperador en persona, una manta de temor reverencial pareció envolver a la familia. Tardaron un buen rato antes de atreverse a preguntar nada y Seldon encontró que no podía satisfacerles. Después de todo, no había visto gran cosa de los jardines, y menos aún del interior del palacio.

Esto decepcionó a los Tisalver, que se mostraron incansables en sus intentos de averiguar más. Habiendo oído la aventura imperial de Seldon, les costó creer la afirmación de que Dors, por su parte, jamás había estado cerca de los jardines imperiales. Se negaron a creer, sobre todo, el comentario de Seldon de que el Emperador había hablado y se había comportado como cualquier otro ser humano corriente. Eso les pareció absolutamente imposible a los Tisalver.

Después de tres veladas de este ejercicio, Seldon empezó a cansarse. En un principio, le había agradado la idea de no hacer nada durante un tiempo (el día por lo menos) excepto mirar los libro-películas de historia que Dors le había recomendado. Los Tisalver prestaron su visor de libros a sus huéspedes durante el día, de buen grado, aunque la niña parecía disgustada por ello y la enviaron al apartamento de unos vecinos para que usara el de ellos con los deberes.

—No me sirve —dijo Seldon con inquietud, desde la seguridad de su habitación después de haber conectado algo de música a fin de quitarles las ganas de escuchar en la puerta—. Comprendo que te fascine la Historia, pero no es más que una serie interminable de detalles; una montaña…; no, un montón galáctico de datos entre los que no puedo encontrar la organización básica.

—Supongo —observó Dors— que debió haber un tiempo en que los seres humanos no vieron organización en las estrellas del cielo, aunque, más tarde, acabaron por descubrir la estructura galáctica.

—Y yo estoy seguro de que tardaron generaciones, no semanas. Tuvo que haber un momento en que la física parecería una masa de observaciones desconectadas entre sí, antes de que las leyes naturales centrales fueran descubiertas y *eso* llevó generaciones… ¿Y qué te parecen los Tisalver?

—¿Qué? Me parecen muy simpáticos.

—Los encuentro muy curiosos.

—Es cierto, aunque, ¿no lo serías tú de hallarte en su lugar?

—¿Crees que sólo se trata de curiosidad? Demuestran un voraz interés en mi entrevista con el Emperador.

—Otra vez… —Dors pareció impacientarse—. Es sólo natural. ¿No lo estarías tú…, si la situación fuera a la inversa?

—Me ponen nervioso.

—Hummin nos trajo aquí.

—Sí, pero él no es perfecto. Me llevó a la Universidad y me atrajeron a *Arriba*. Nos llevó junto a Amo del Sol Catorce, que nos tendió una trampa. Sabes que así fue. Gato escaldado, ya sabes… Estoy cansado de que me interroguen.

—Entonces, dale la vuelta, Hari. ¿No te interesa Dahl?

—Por supuesto que me interesa. ¿Qué sabes *tú* de este lugar?

—Nada. Es uno más de los ochocientos Sectores y llevo en Trantor poco más de dos años.

—Eso es. Y hay veinticinco millones de otros mundos, y yo estoy metido en este problema desde hace sólo dos meses… Te voy a decir algo: quiero volver a Helicon y dedicarme al estudio de las matemáticas de la turbulencia que era mi tesis doctoral y olvidar que vi, o creí ver, que la turbulencia me ofrecía una visión interna de la sociedad humana.

Pero aquella noche habló con Tisalver.

—Mr. Tisalver, nunca me ha dicho qué hace usted, cuál es la naturaleza de su trabajo.

—¿Yo? —Tisalver apoyó los dedos sobre su camiseta sin mangas, blanca y sencilla, bajo la que no llevaba nada, y que parecía ser el uniforme

masculino de Dahl—. Poca cosa. Trabajo en la estación local de holovisión como programador. Es muy aburrido, pero así me gano la vida.

—Y es honorable —corroboró Mrs. Tisalver—. Quiero decir, que no tiene que trabajar en los hoyos de calor.

—¿Hoyos de calor? —repitió Dors, levantando las cejas al tiempo que simulaba una enorme fascinación.

—Bueno —explicó Tisalver—, Dahl es conocido por ello. No se crean que es gran cosa pero cuarenta millones de personas en Trantor necesitan energía y nosotros les proporcionamos la mayor parte. No nos lo agradecen y a mí me gustaría ver qué harían sin ella los Sectores más elegantes.

Seldon pareció confuso.

—¿Es que Trantor no obtiene su energía de las estaciones solares en órbita?

—Parte de ella —respondió Tisalver—, y algo de las estaciones de fusión nuclear situadas en las islas, como también de los motores de microfusión, y de estaciones eólicas en *Arriba*, pero la *mitad*. —Alzó un dedo con gesto enfático y su rostro adquirió una expresión de inusitada gravedad—. La mitad he dicho, procede de los hoyos de calor. Hay hoyos de calor en muchos sitios, pero ninguno, *ninguno* de ellos es tan rico como los de Dahl. ¿Dice en serio que no estaba enterado de los hoyos de calor? Aquí sentado y mirándome fijamente.

—Recuerde que somos forasteros —se apresuró Dors a explicar (por poco se le escapa «tribales», pero calló a tiempo)—. Sobre todo el doctor Seldon, que sólo lleva un par de meses en Trantor.

—¿De veras? —se asombró Mrs. Tisalver. Era un poquito más baja que su marido, llenita, sin estar gorda, llevaba el cabello negro tirante, sujeto en un moño, y tenía hermosos ojos oscuros. Lo mismo que su marido, parecía estar en la treintena.

Después de la temporada pasada en Mycogen, no larga pero sí muy intensa, a Dors le parecía raro que una mujer interviniera en la conversación cuando quisiera. «Cuán rápidamente se establecen los modos y maneras», pensó. Tomó nota mental de comentarlo con Seldon…; un dato más para su psicohistoria.

—Oh, sí —respondió Dors—. El doctor Seldon procede de Helicon.

Mrs. Tisalver mostró ignorancia.

—¿Y dónde se encuentra eso?

—Pues… —empezó Dors, y volviéndose a Hari—: ¿Dónde está, Hari?

Seldon pareció abrumado.

—Con sinceridad, debo decirles que no creo poder localizarlo fácilmente en un modelo galáctico sin buscar antes las coordenadas. Lo único que puedo decirles es que se halla del otro lado del agujero negro central, frente a Trantor; que se llega a él por hipernave y que es muy pesado.

—No creo que Jirad y yo viajemos alguna vez en hipernave.

—Quizá, Casilia, lo hagamos algún día —la animó Tisalver—. Pero, háblenos de Helicon, doctor Seldon.

Éste movió la cabeza.

—Para mí, resulta muy aburrido. Sólo es un mundo como cualquier otro. Sin embargo, Trantor es distinto de los demás. No hay hoyos de calor en Helicon, y es probable que en ningún otro lugar, si exceptuamos Trantor. Hábleme de ellos.

«Sin embargo, Trantor es distinto de los demás». La frase se repitió en la mente de Seldon y, por un momento, se aferró a ella. También por algún motivo, la historia de la-mano-en-el-muslo de Dors se repitió pero Tisalver estaba hablando y la idea se esfumó de la mente de Seldon tan deprisa como había surgido.

—Si se interesa realmente por los hoyos de calor —estaba diciendo Tisalver— puedo enseñárselos. —Se volvió a su esposa—. Casilia, ¿te importaría que mañana por la noche llevara al doctor Seldon a los hoyos de calor?

—Y a mí también —se apresuró a pedir Dors.

—¿Y a la doctora Venabili?

Su mujer arrugó la frente.

—No me parece una buena idea —repuso con aspereza—. Nuestros huéspedes lo encontrarán aburrido.

—No lo creo, señora. Nos gustará mucho ver los hoyos de calor. Nos encantaría que nos acompañara…, y su hijita, si le apetece.

—¿A los hoyos de calor? —exclamó Mrs. Tisalver indignada—. No es lugar para una mujer decente.

A Seldon le turbó su metedura de pata y trató de congraciarse con ella.

—No era mi intención ofenderla, señora.

—Y no la ha ofendido —le tranquilizó Tisalver—. Casilia cree que nos rebajaría y así es, pero mientras no se trabaje allí, no molesta ir de visita y mostrárselo a los invitados. Lo malo es que resulta muy incómodo y jamás conseguiría que Casilla se vistiera de modo adecuado.

Se levantaron de su posición de cuclillas. Las «sillas» dahlitas eran asientos de plástico moldeados montados sobre pequeñas ruedas que anquilosaban las rodillas de Seldon y parecían escabullirse al menor movimiento de su cuerpo. Los Tisalver, sin embargo, habían dominado el arte de mantenerse firmes en su asiento, y se levantaban sin problemas, no necesitaban ayudarse con los brazos como Seldon tenía que hacer. También Dors se levantaba sin gran esfuerzo, y Seldon se maravillaba de nuevo por su gracia natural.

—¿Estás segura de no saber nada sobre los hoyos de calor? —preguntó Seldon a Dors antes de separarse para retirarse a sus diferentes dormitorios —. La mujer de Tisalver los presenta como muy desagradables.

—No puede serlo *tanto* o Tisalver no hubiera sugerido llevarnos de visita. Conformémonos con estar sorprendidos.

63

—Necesitarán ropas adecuadas —advirtió Tisalver. Su esposa, al fondo, hizo un ruido significativo.

Seldon, que pensaba en *kirtles* con cierto desasosiego, preguntó con cautela:

—¿Qué quiere decir con ropas adecuadas?

—Algo ligero, como lo que yo llevo. Una camiseta sin mangas, pantalones holgados y calzoncillos holgados, calcetines y sandalias muy abiertas. Tengo todo lo necesario.

—Bien. No parece incómodo.

—Para la doctora Venabili tengo lo mismo, espero que le siente bien.

La ropa proporcionada por Tisalver (que le pertenecía) para cada uno de ellos les sentaba bien…, aunque algo ajustada. Cuando estuvieron listos, se despidieron de Mrs. Tisalver y ella, con expresión de resignada censura, les estuvo contemplando desde la puerta mientras se alejaban.

Era última hora de la tarde, y el crepúsculo resultaba muy bello. Por lógica, las luces de Dahl no tardarían en encenderse. La temperatura, tibia, y casi no se veían vehículos: todo el mundo iba a pie. En la distancia, se oía el sempiterno zumbido de un expreso y podía distinguirse el brillo intermitente de sus luces.

Los dahlitas, observó Seldon, no parecían dirigirse a ningún lugar determinado. Más bien daban la sensación de ir dando un paseo, de andar por placer. A lo mejor, si Dahl era un Sector pobre, como Tisalver había dado a entender, privaba el pasatiempo barato, ¿y qué había más agradable y más barato que un paseo nocturno?

Seldon se encontró adoptando maquinalmente aquel paso carente de prisa y experimentó la calidez amistosa que lo rodeaba. La gente se saludaba al cruzarse e intercambiaban algunas palabras. Los bigotes negros de diferente forma y espesor aparecían por doquier y parecían un requisito del varón dahlita, tan omnipresentes allí como las calvas de los Hermanos en Mycogen.

Era un rito del atardecer, un medio para asegurarse de que otro día había transcurrido sin problemas, y que los amigos seguían bien y felices. No tardó en hacerse aparente que Dors atraía toda la atención. A la media luz crepuscular, el color rojizo de su cabello se hacía más intenso y resaltaba sobre el mar de cabezas morenas (excepto algún gris ocasional) como una moneda de oro resaltaría con su brillo en un montón de carbón.

—Es muy agradable —comentó Seldon.

—Lo es. Normalmente, salgo con mi esposa y ella se encuentra en su elemento. No hay una sola persona en un kilómetro a la redonda que ella no conozca por su nombre, ocupación y amistades. Yo no puedo. Ahora mismo, la mitad de la gente que me ha saludado… Bueno, pues sería incapaz de decirles sus nombres. Pero, de todos modos, no deberíamos ir

tan despacio. Tenemos que llegar al ascensor. Los niveles inferiores son un mundo distinto y ocupado.

Una vez en el ascensor, mientras bajaban, Dors observó:

—Imagino, Mr. Tisalver, que los hoyos son lugares donde el calor interno de Trantor es utilizado para producir un vapor que mueva las turbinas y conseguir, así, la electricidad.

—Oh, no. Unas eficaces termopilas a gran escala producen la electricidad directamente. No me pregunte detalles, por favor. Yo no soy más que un programador de holovisión. A decir verdad, no pregunte detalles a nadie, aquí abajo. El conjunto no es más que una gran caja negra. Funciona, pero nadie sabe cómo.

—¿Y si algo falla?

—No suele ocurrir, pero, de ser así, algún experto viene de alguna parte. Alguien que entiende de computadoras. Todo está altamente computarizado, por supuesto.

El ascensor se detuvo y salieron. Una oleada de calor les envolvió.

—¡Qué calor! —exclamó Seldon al momento.

—Mucho —dijo Tisalver—. Esto es lo que hace a Dahl tan valioso como fuente de energía. La capa de magma se halla muy cerca de la superficie, mucho más aquí que en cualquier parte del mundo. Por eso, hay que trabajar en medio del calor.

—¿Y si acondicionaran el aire? —preguntó Dors.

—Existe el acondicionamiento de aire, pero resulta demasiado costoso. Ventilamos, secamos la humedad y refrescamos, pero si exageramos, gastamos demasiada energía y todo el proceso resulta excesivamente caro.

Tisalver se detuvo ante una puerta e hizo una señal. Al abrirse una bocanada de aire más fresco salió por ella.

—Deberíamos intentar encontrar a alguien que nos muestre el lugar —murmuró— y que sepa controlar los comentarios que la doctora Venabili tendrá que soportar…, por parte de los hombres.

—Los comentarios no me turbarán —declaró Dors.

—Pero a mí sí —afirmó Tisalver.

Un joven salió de la oficina y se presentó como Hano Lindor. Se parecía muchísimo a Tisalver, pero Seldon decidió que hasta que se habituara a la

casi universal talla baja, color de piel y cabellos y bigotes exuberantes, no distinguiría las diferencias individuales con facilidad.

—Me encantará mostrarles cuanto hay que ver —les aseguró Lindor—, mas no es nada espectacular. —Se dirigía a todos, pero sus ojos estaban fijos en Dors—. No va a ser cómodo. Les sugiero que se quiten las camisetas.

—Aquí se está bien y fresco —observó Seldon.

—Claro, porque somos ejecutivos. El rango tiene sus privilegios. Fuera de aquí, no podemos mantener el aire acondicionado al mismo nivel. Por eso cobran más que nosotros. En realidad, ésos son los puestos mejor pagados de Dahl, y ésa es la única razón de que trabajen aquí. Así y todo, cada vez es más difícil conseguir boyeros de calor… —Respiró profundamente—. Bien, metámonos en la sopa.

Se quitó la camiseta y se la colgó del cinturón. Tisalver hizo lo mismo y Seldon los imitó. Lindor echó una mirada a Dors.

—Para su mayor comodidad, señora, aunque no es obligatorio…

—De acuerdo. —Ella se quitó la camiseta también.

Su sostén era blanco, sencillo y muy escotado.

—Señora —protestó Lindor—, eso no… —Reflexionó un instante, se encogió de hombros y terminó—: Bien, vámonos.

Al principio, Seldon vio sólo computadoras y maquinaria, grandes tuberías, luces parpadeantes y pantallas deslumbrantes.

La luz general era relativamente baja, aunque las secciones individuales de la maquinaria estaban iluminadas. Seldon elevó la mirada a la casi oscuridad.

—¿Por qué no hay mejor iluminación? —preguntó.

—La iluminación está bien…, como debe estarlo. —La voz de Lindor era bien modulada, y hablaba deprisa, aunque tajante—. La iluminación general se mantiene baja por razones psicológicas. Si la luz es muy potente, mentalmente, la transforman en calor. Nos llegan quejas cuando aumentamos la luz, incluso aunque disminuyamos la temperatura.

—La computerización parece perfecta —observó Dors—. No entiendo por qué todas las operaciones no son confiadas a la computadora. Este tipo de ambiente está hecho para la inteligencia artificial.

—Tiene toda la razón —asintió Lindor—, pero tampoco podemos arriesgarnos a tener fallos. Necesitamos gente en el punto donde puede presentarse alguno. Una computadora que deja de funcionar bien puede crear problemas a dos mil kilómetros de distancia.

—También puede hacerlo el error humano, ¿no es verdad? —sugirió Seldon.

—Sí, pero con computadoras y seres humanos trabajando a un tiempo en lo mismo, el error de la computadora puede ser detectado y corregido rápidamente por las personas, y a la inversa, el error humano puede ser detectado de inmediato por las computadoras. Todo ello se resume en que no puede ocurrir nada grave a menos que el error humano y el de la computadora tenga lugar en el mismo instante. Y eso es prácticamente imposible que ocurra.

—Casi nunca, pero nunca… Las computadoras no son lo que solían, y la gente tampoco.

—Eso es lo que parece siempre —rió Seldon.

—No, no. No hablo por hablar. No me refiero a los buenos viejos tiempos. Estoy hablando de estadísticas.

Seldon recordó entonces que Hummin le había hablado de la degeneración de los tiempos.

—¿Ve a lo que me refiero? —dijo Lindor bajando la voz—. Allí hay un grupo de personas, que por su aspecto parecen de nivel C.3, bebiendo. Ni uno solo de ellos está en su puesto.

—¿Qué están bebiendo? —preguntó Dors.

—Fluidos especiales para remplazar la pérdida electrolítica. Zumo de frutas.

—Entonces, no puede censurarles, ¿verdad? —exclamó Dors, indignada —. Con tanto calor seco, es necesario beber.

—¿Sabe cuánto tiempo pierde un especialista C-3 con la bebida? Y no podemos hacer nada. Si los autorizáramos a beber pero los atosigáramos para que no se agruparan todos al mismo tiempo, provocaríamos una rebelión.

Entretanto, iban acercándose al grupo. Había hombres y mujeres (la sociedad de Dahl parecía más o menos ambisexual) y ambos sexos iban sin

camisa. Las mujeres llevaban unas prendas que podían llamarse sostenes, pero que eran estrictamente funcionales. Servían para elevar los senos, lo que facilitaba la respiración y limitaba el sudor, mas no servían para cubrir nada.

—Eso es sensato —dijo Dors a Seldon en un aparte—. Yo ya estoy empapada.

—Quítate el sostén, si así lo deseas. Yo no levantaré un dedo para impedírtelo.

—Me figuraba que iba a ser así —murmuró ella, y dejó el sostén donde estaba.

Cuando se encontraban junto al grupo de personas congregadas…, una docena más o menos, Dors advirtió:

—Si alguno de ellos hace un comentario grosero, dejadle, sobreviviré.

—Gracias —susurró Lindor—. No puedo prometerle que no lo hagan… Pero no tendré más remedio que presentarles. Si llegaran a imaginar que ambos son inspectores acompañados por mí, se desmandarían. Los inspectores fisgan por su cuenta sin que nadie de la Dirección los supervise. —Levantó los brazos y anunció—: Caloreros, he de presentarles a dos personas. Tenemos visitantes de fuera… Dos eruditos procedentes del mundo exterior. Sus mundos poseen poca energía y han venido para ver cómo lo hacemos en Dahl. Creen que podrán aprender algo.

—¡Aprenderán a sudar! —gritó un calorero y fue coreado por las risas de los demás.

—*Ella* tiene el pecho empapado de sudor cubierta como va —gritó también una mujer.

Dors, también a gritos, respondió:

—¡Me lo destaparía, pero no puedo competir con vosotras!

Entonces, las risas se volvieron bien intencionadas.

Un muchacho dio unos pasos hacia delante mirando a Seldon intensamente, con el rostro contraído, grave.

—¡Lo conozco! ¡Usted es el matemático!

Y se adelantó corriendo, mirando el rostro de Seldon con ansiosa solemnidad. En un gesto automático, Dors se colocó delante de Seldon y Lindor delante de ella, gritando:

—¡Atrás, calorero! ¡Cuida tus modales!

—¡Espere! Deje que me hable —exclamó Seldon—. ¿Por qué está todo el mundo delante de mí?

—Si alguno de ellos se acerca —respondió en voz baja Lindor—, descubrirá que no huelen como flores de invernadero.

—Lo aguantaré —cortó Seldon—. Joven, ¿qué es lo que desea?

—Me llamo Amaryl. Yugo Amaryl. Le he visto a usted en holovisión.

—Tal vez sí, ¿y qué?

—No recuerdo su nombre.

—Ni falta que le hace.

—Habló de algo llamado la psicohistoria.

—No sabe cuánto he deseado no haberlo hecho.

—¿Cómo?

—Nada. ¿Qué quiere?

—Deseo hablar con usted. Sólo un momento. Ahora.

Seldon miró a Lindor, quien sacudió la cabeza.

—No, mientras está en su turno de trabajo.

—¿Cuándo empieza su turno, Amaryl? —preguntó Seldon.

—A las dieciséis.

—¿Puede visitarme mañana a las catorce?

—Ya lo creo. ¿Dónde?

Seldon se volvió a Tisalver.

—¿Me permitirá que lo vea en su casa?

—No es necesario —repuso Tisalver, que parecía muy disgustado—. No es más que un calorero.

—Me ha reconocido. Sabe algo de mí. No puede ser un *cualquiera*. Lo recibiré en mi habitación. *Mi* habitación —repitió, al ver que el rostro de Tisalver seguía preocupado—, por la que usted recibe un alquiler. Además, a esa hora estará en su trabajo, fuera de casa.

—No es por mí, doctor Seldon —confesó en voz baja Tisalver—. Es por mi mujer, por Casilia. Ella no lo permitirá.

—Yo le hablaré. Tendrá que permitirlo.

64

Casilia Tisalver desorbitó los ojos.

—¿Un calorero? En *mi* casa, no.

—¿Por qué no? Además, vendrá a *mi* habitación. A las catorce en punto.

—¡No pienso tolerarlo! —insistió Mrs. Tisalver—. Esto es lo que ocurre por bajar a los hoyos de calor. Jirad es un imbécil.

—En absoluto, señora. Bajamos porque yo lo pedí y nos quedamos fascinados. Debo ver a ese joven, pues es necesario para mi trabajo de erudición.

—Siento que sea así, pero no lo permitiré.

Dors Venabili alzó la mano.

—Hari, deja que lo resuelva yo. Mrs. Tisalver, si el doctor Seldon debe ver a alguien esta tarde, en su habitación, la persona de *más* implica un pago adicional. Nos damos cuenta. Por hoy, pues, el alquiler de la habitación del doctor Seldon, costará el doble.

Mrs. Tisalver pareció reflexionar.

—Bueno, es muy considerado por su parte, pero no sólo se trata de dinero. Hay que tener en cuenta los vecinos. Un calorero sudado y maloliente…

—Dudo de que, a las catorce, él venga sudado y oliendo mal, señora, pero déjeme continuar. Puesto que el doctor Seldon *tiene* que verle, si no puede recibirle aquí, tendrá que ir a otra parte, y no podemos andar corriendo de un lugar a otro. Sería un gran inconveniente para nosotros. Por tanto, lo que vamos a hacer es buscar una habitación en otra parte. No será fácil, ni nos gustará hacerlo, pero no tendremos más remedio. Así que le pagaremos hasta hoy y nos iremos, y, desde luego, tendremos que explicarle a Mr. Hummin la razón que nos ha obligado a modificar el arreglo que con tanta amabilidad gestionó para nosotros.

—Espere. —El rostro de la mujer era la imagen del cálculo—. No nos gustaría desagradar a Mr. Hummin…, o a ustedes dos. ¿Cuánto tiempo permanecerá ese individuo aquí?

—Llegará a las catorce. Empieza su trabajo a las dieciséis. Por lo tanto, estará menos de dos horas, tal vez mucho menos. Le esperaremos fuera,

ambos, y le acompañaremos a la habitación del doctor Seldon. Cualquier vecino que nos vea pensará que es un amigo nuestro, un forastero.

La mujer movió la cabeza afirmativamente.

—Sea como usted dice. Doble alquiler, hoy, por la habitación del doctor Seldon y el calorero lo visitará, mas sólo por hoy.

—Sólo esta vez —aseguró Dors.

Poco después, cuando Seldon y Dors estaban sentados en la alcoba de ésta, ella le preguntó:

—¿Por qué *tienes* que verle, Hari? ¿Entrevistar a un calorero es también importante para la psicohistoria?

Seldon creyó detectar un ligero sarcasmo en la voz de Dors.

—No tengo por qué basarlo todo en mi inmenso proyecto —se apresuró a protestar él—, en el que tengo puesta muy poca esperanza. También soy un ser humano con curiosidad humana. Hemos estado horas allá abajo, en los hoyos de calor y pudiste ver cómo eran los obreros. Gente, obviamente, sin educación. Individuos de bajo nivel (que conste que no estoy haciendo un juego de palabras); no obstante, uno de ellos me reconoció. Debió haberme visto en holovisión, cuando la Convención Decenal, y recordaba la palabra «psicohistoria». No me parece normal, está por completo fuera de lugar…, y me gustaría hablarle.

—¿Porque agrada a tu vanidad ser conocido incluso por los caloreros de Dahl?

—Sí…, quizá. Pero también porque despierta mi curiosidad.

—¿Cómo sabes que no ha sido manipulado y que se propone comprometerte igual que ha ocurrido en otras ocasiones?

—No dejaré que pase sus dedos por mi cabello. En todo caso, nos hallamos más preparados, ahora, ¿verdad? Además, estoy seguro de que te quedarás conmigo. Quiero decir, aunque me dejaste subir solo a *Arriba*, y me dejaste ir solo a las microgranjas con Gota de Lluvia Cuarenta y Tres, no vas a dejarme solo ahora, ¿verdad?

—Puedes estar absolutamente seguro de que no lo haré —prometió Dors.

—Muy bien, yo hablaré con el muchacho, y tú vigilarás las posibles trampas. Gozas de toda mi confianza.

65

Amaryl llegó unos minutos antes de las catorce, un poco temeroso. Iba bien peinado y su frondoso bigote aparecía cepillado y un poco retorcido en las puntas. Su camiseta era de un blanco deslumbrante. *Olía*, pero era un olor a fruta, que, sin duda, procedía del uso, ligeramente entusiasta, de perfume. Llevaba una bolsa.

Seldon, que le había estado esperando fuera, lo cogió de un brazo, Dors del otro, y los tres entraron rápidamente en el ascensor. Habiendo llegado al nivel correcto, cruzaron el apartamento y entraron en la habitación de Seldon.

—Nadie en casa, ¿eh? —comentó Amaryl con voz algo avergonzada.

—Todo el mundo trabaja —respondió Seldon, imperturbable, y le indicó el único asiento de la estancia, un almohadón en el suelo.

—No —protestó Amaryl—, no lo necesito. Uno de ustedes dos puede usarlo. —Se sentó en el suelo con un gracioso movimiento.

Dors lo imitó, sentándose al borde de la colchoneta de Seldon, pero éste se dejó caer con torpeza, teniendo que ayudarse con las manos, incapaz de encontrar una postura cómoda para las piernas.

—Bien, joven, ¿para qué quería verme? —preguntó Seldon.

—Porque es usted un matemático. Es el primer matemático que he visto en mi vida, de cerca, pudiendo casi tocarle.

—Los matemáticos son como los demás.

—No para mí, doctor…, doctor… Seldon.

—Así me llamo.

Amaryl parecía encantado.

—Por fin lo he recordado… Verá, yo también quiero ser matemático.

—Está bien. ¿Qué te lo impide?

—¿Habla en serio? —preguntó ceñudo.

—Presumo que *algo* te lo impide. Sí, hablo en serio.

—Lo que me lo impide es haber nacido en Dahl, ser un calorero en Dahl. No tengo dinero para pagarme una educación ni puedo conseguir créditos para lograrlo. Me refiero a una educación de *verdad*. Lo único que me enseñaron fue a leer, a contar y a utilizar una computadora. Con eso, ya

sabía lo suficiente para ser calorero. Pero yo quería algo más. Así que aprendí solo.

—En cierto modo, es el mejor tipo de enseñanza. ¿Cómo lo hiciste?

—Conocía una bibliotecaria. Estaba dispuesta a ayudarme. Era una mujer muy buena y me mostró cómo servirme de las computadoras para aprender matemáticas. Me preparó un sistema de *software* que podía conectarme con otras bibliotecas. Iba todos los días libres y por las mañanas, después de mi turno. A veces, dejaba que me encerrara en su despacho para que la gente que entraba y salía no me molestara, o me dejaba entrar cuando la biblioteca ya estaba cerrada al público. Ella no sabía matemáticas, pero me ayudó todo lo que pudo. Era ya mayor, viuda. Quizá me consideraba como un hijo o algo así. Ella no tenía familia.

«Tal vez —pensó Seldon— intervenían otras emociones». Apartó esa idea. No era asunto suyo.

—Me gustaba la teoría de la numeración —explicó Amaryl—. Resolví algo de lo que aprendí por la computadora y libros-película que servían para aprender matemáticas. Y hallé cosas nuevas que no estaban en los libros.

Seldon enarcó las cejas.

—Muy interesante. ¿Como qué?

—He traído algo para que lo vea. Nunca se lo he enseñado a nadie. La gente que me rodea… —Se encogió de hombros—. Se reirían de mí o se enfadarían. *Una vez* intenté explicárselo a una chica que conocía, pero dijo que eran cosas de brujería y no quiso volver a verme. ¿Le parece bien que se lo enseñe?

—Muy bien, puedes creerme.

Seldon tendió la mano y Amaryl, después de vacilar, le entregó la bolsa que había llevado consigo.

Durante un buen rato, Seldon revisó los papeles de Amaryl. El trabajo era de una gran ingenuidad, mas él no dejó escapar la menor sonrisa. Repasó las demostraciones, ninguna de las cuales era nueva, claro…, o casi nueva, o mínimamente importante.

Pero eso no tenía la menor importancia. Seldon levantó la mirada.

—¿Lo has hecho tú solo todo esto?

Amaryl, con expresión más que asustada, asintió con la cabeza. Seldon seleccionó unas páginas.

—¿Qué te hizo pensar en esto? —Con el dedo señaló una línea de razonamiento matemático.

Amaryl miró, frunció el ceño y reflexionó. Después, explicó lo que había pensado.

Seldon lo escuchó con atención.

—¿Leíste un libro de Anat Bigell? —preguntó.

—¿Sobre la teoría de la numeración?

—Su título era *Deducción Matemática*. No trataba de manera especial de la teoría de la numeración.

Amaryl sacudió la cabeza negativamente.

—Jamás oí hablar de él. Lo siento.

—Hace trescientos años resolvió tu teorema.

—No lo sabía —repuso Amaryl, que pareció abrumado.

—Claro que no lo sabías. Pero lo resolviste muy bien. No es riguroso, pero…

—¿Qué quiere decir «riguroso»?

—No importa —respondió Seldon, que reunió todos los papeles y volvió a meterlos en la bolsa—. Haz varias copias de todo esto. Separa una de ellas, séllala en una computadora oficial y colócala bajo custodia computarizada. Mi amiga, la doctora Venabili, puede meterte en la Universidad de Streeling sin previo examen y con algún tipo de beca. Tendrás que empezar por el principio y seguir cursos sobre otros temas además de las matemáticas, pero…

Amaryl ya había recobrado el aliento.

—¿La Universidad de Streeling? ¡No me admitirán! —exclamó.

—¿Por qué no? Dors, ¿podrás arreglarlo?

—Estoy segura de que sí.

—¡No, no podrá! —exclamó Amaryl, sofocado—. No me admitirán. Soy de Dahl.

—¿Y bien?

—No quieren aceptar gente de Dahl.

—¿De qué está hablando? —preguntó Seldon a Dors.

—No lo sé.

—Viene de otro mundo, señora. ¿Cuánto tiempo lleva en Streeling?

—Algo más de dos años, Amaryl.

—¿Ha visto dahlitas allí alguna vez? ¿Bajitos, cabello rizado y negro, grandes bigotes…?

—Hay estudiantes de todo tipo.

—Pero no dahlitas. Fíjese bien la próxima vez que vaya.

—¿Por qué no? —preguntó Seldon.

—No les gustamos. Nuestro aspecto es diferente. Nuestros bigotes no les agradan.

—Puedes afeitártelo… —La voz de Seldon se apagó ante la mirada furiosa del muchacho.

—¡Nunca! ¿Por qué iba a hacerlo? Mi bigote es mi virilidad.

—Sin embargo, te afeitas la barba. Y también es un signo de tu virilidad.

—Para mi pueblo lo es el bigote.

Seldon se quedó mirando a Dors.

—Calvas, bigotes…, ¡qué locura! —murmuró.

—¿Cómo? —preguntó Amaryl, furioso aún.

—Nada. Dime qué otra cosa no les gusta de los dahlitas.

—Inventan cosas desagradables: que olemos mal, que somos sucios. Dicen que robamos, que somos violentos. Dicen que somos *tontos*.

—¿Y por qué dicen todo eso?

—Porque no les cuesta nada decirlo y les hace *sentirse* mejores. Claro que trabajando en los hoyos de calor nos ensuciamos y olemos. Si somos pobres y se nos reprime, algunos roban y se ponen violentos. Pero no ocurre igual con todos. ¿Qué me dice de esos rubiales del Sector Imperial que se creen los amos de la Galaxia…, no, que *son* los amos de la Galaxia? ¿No se enfurecen nunca? ¿No roban a veces? Si trabajaran en mi puesto, olerían como yo. Si tuvieran que vivir como yo, también se ensuciarían.

—¿Quién niega que haya gente de todo tipo en todas partes? —dijo Seldon.

—Nadie lo niega. Lo dan por sentado. Doctor Seldon, tengo que alejarme de Trantor. Aquí no voy a tener ninguna oportunidad, no podré

ganar dinero, ni conseguir educarme, ni hacerme buen matemático, ni llegar a ser nada más que lo que dicen que soy…, algo que no vale nada.

Esto último lo dijo frustrado…, desesperado. Seldon trató de razonar con él.

—La persona a quien alquilo estas habitaciones es un dahlita. Tiene un trabajo limpio. Es un hombre educado.

—¡Claro! —exclamó Amaryl con pasión—. Hay algunos. Se lo permiten a algunos para permitirse el lujo de decir luego que puede conseguirse. Y estos pocos pueden vivir limpiamente mientras no se muevan de Dahl. Deje que salgan y verá cómo los tratan. Mientras están aquí, piensan que son mejores que nadie, y a los demás nos tratan como si fuéramos basura. Eso les hace sentirse rubiales a sus propios ojos. ¿Qué hizo esa persona educada, la que le alquila estas habitaciones, cuando le dijo que iba a traer un calorero? ¿Cómo le dijo que iba a ser yo? No están en casa ahora… No han querido encontrarse en el mismo lugar que yo.

Seldon se humedeció los labios.

—No me olvidaré de ti. Haré que puedas salir de Trantor para ingresar en mi propia Universidad de Helicon…, tan pronto como yo vuelva allí.

—¿Me lo promete? ¿Me da su palabra de honor? ¿Aunque sea yo un dahlita?

—El hecho de que seas un dahlita carece de importancia para mí. Lo que sí tiene importancia es que ya seas un matemático. Pero aún me cuesta entender lo que me estás diciendo. Me parece imposible creer que exista ese insensato sentimiento contra personas inofensivas.

—Porque usted nunca ha tenido la ocasión de interesarse por estas cosas —se lamentó Amaryl—. Puede pasar todo bajo sus propias narices y no olería nada debido a que no *le* afecta.

—Amaryl —cortó Dors—, el doctor Seldon es un matemático como tú y, a veces, su cabeza está en las nubes. Debes comprenderlo. En cambio, yo soy historiadora y sé que no es improbable que un grupo de gente mire a otro con desprecio. Existen odios curiosos, casi rituales, que carecen de justificación racional y que pueden tener una grave influencia histórica. Es terrible.

—Decir de algo que «es terrible» resulta fácil. Según me ha dicho, usted no lo aprueba, y eso la convierte en una buena persona, pero después se va a sus cosas y deja de interesarse. Es mucho peor que «terrible». Va en contra de todo lo decente y natural. Todos somos iguales, rubiales y morenos, altos y bajos, orientales y occidentales, del sur o de otros mundos. Todos somos iguales, usted y yo, e incluso el propio Emperador. Todos descendemos de los habitantes de la Tierra, ¿no es verdad?

—¿Descendemos de *qué*? —exclamó Seldon, volviéndose para mirar a Dors con los ojos muy abiertos.

—¡De la gente de Tierra! —gritó Amaryl—. ¡El único planeta donde se originaron los humanos!

—¿Un planeta? ¿*Un* solo planeta?

—El único planeta. Claro. ¡Tierra!

—Cuando dices Tierra te refieres a Aurora, ¿verdad?

—¿Aurora? ¿Qué es eso? Cuando digo Tierra, quiero decir Tierra. ¿No ha oído hablar nunca de la Tierra?

—No —contestó Seldon—. En realidad, no.

—Es un mundo mítico —empezó Dors— que…

—Nada de mítico. Era un planeta real.

—He oído todo eso antes —suspiró Seldon—. Veamos, volvamos de nuevo al tema. ¿Hay algún libro dahlita que hable de la Tierra?

—¿Qué?

—¿Datos en alguna computadora?

—No sé de qué me habla.

—Joven, ¿dónde oíste hablar de la Tierra?

—Mi padre me lo contó. Todo el mundo lo sabe.

—¿Hay alguien que lo sepa de manera especial? ¿Te lo enseñaron en la escuela?

—Allí jamás nos dijeron una palabra de eso.

—Entonces, ¿cómo lo sabe la gente?

Amaryl se encogió de hombros, con expresión de verse presionado por nada.

—Simplemente, lo saben. Si quiere enterarse de más historias, está Mamá Rittah. No sé que haya muerto.

—¿Tu madre? No sabrías…

—Ella no es *mi* madre. Se la llama así: Mamá Rittah. Es muy vieja. Vive en Billibotton…, o solía vivir allí.

—¿Dónde está eso?

—Por allá —respondió Amaryl con un gesto vago.

—¿Y cómo puedo ir?

—¿Ir allí? Usted no puede ir allí. Jamás regresaría.

—¿Por qué no?

—Créame. No querría ir allí.

—Pero me gustaría ver a Mamá Rittah.

—¿Sabe usted usar una navaja? —preguntó Amaryl.

—¿Para qué? ¿Qué clase de navaja?

—Una navaja de muelle. Como ésta. —Amaryl bajó la mano al cinturón que sujetaba sus pantalones. Una parte se desprendió y del extremo surgió una hoja fina, brillante, mortífera.

La mano de Dors cayó de inmediato sobre la mano derecha del joven.

Amaryl se echó a reír.

—No pensaba utilizarla. Sólo se la enseñaba. Necesitará una igual para defenderse. Si no la tiene, o si la tiene y no sabe servirse de ella, jamás saldrá vivo de Billibotton. Pero, bueno, doctor Seldon, ¿dice en serio que me ayudará a llegar a Helicon? —preguntó con grave intensidad.

—Completamente en serio. Te lo prometo. Escribe tu nombre y dónde puedo localizarte por hipercomputadora. Tendrás un código, me figuro.

—Lo tiene mi turno en los hoyos de calor, ¿bastará?

—Sí.

—Bueno, esto quiere decir que todo mi futuro depende de usted, doctor Seldon, así que, *por favor*, no vaya a Billibotton. No puedo perderle, ahora… —Volvió su mirada suplicante hacia Dors y musitó—: Doctora Venabili, si él le hace caso, pídale que no vaya. *Se lo suplico*.

BILLIBOTTON

DAHL. — … *Curiosamente, el aspecto mejor conocido de este sector de Billibotton, un lugar casi legendario sobre el que se cuentan innumerables historias. De hecho, existe una rama de la literatura en la que héroes y aventureros (y víctimas) tienen que enfrentarse al peligro cuando cruzan Billibotton. Se han estilizado de tal forma dichas historias, que una de ellas, famosa y, presumiblemente, auténtica, es la del viaje de Hari Seldon y Dors Venabili, el cual se nos aparece fantástico por simple asociación…*

Enciclopedia Galáctica

66

—¿Te propones realmente visitar a esa «Mamá»? —preguntó Dors, pensativa, cuando ella y Seldon se encontraron solos.

—Lo estoy meditando, Dors.

—Qué raro eres, Hari. Da la sensación de que vas de mal en peor. Subiste a *Arriba*, lo que parecía algo inocente, cuando estuviste en Streeling por un motivo razonable. Después, en Mycogen, penetraste en el «Nido» de los Ancianos, una tarea mucho más peligrosa, por un motivo sin sentido. Y

ahora, en Dahl, quieres ir a un lugar; un viaje que ese muchacho considera como un simple suicidio, por un motivo totalmente irrazonable.

—Esa referencia a la Tierra ha despertado mi curiosidad, y debo saber qué hay de cierto en ella.

—Es una leyenda y ni siquiera resulta interesante. Pura rutina. Los nombres cambian de planeta a planeta, pero el contenido de la leyenda es idéntico. Siempre la historia del mundo original, y una edad de oro. Hay nostalgia por un pasado, simple y virtuoso en apariencia, que es casi universal entre la gente de una sociedad viciosa y compleja. De un modo u otro, esto resulta cierto en cualquier sociedad, puesto que todo el mundo imagina la suya propia demasiado compleja y viciosa, por sencilla que sea. Apunta *esto* para tu psicohistoria.

—No importa —insistió Seldon—. Tengo que considerar la posibilidad de que una vez existió un mundo. Aurora…, Tierra…, el nombre carece de importancia. En realidad… —De pronto, guardó silencio.

—¿Qué hay? —preguntó Dors.

—¿Te acuerdas de la historia de la-mano-en-el-muslo que me contaste en Mycogen? Fue inmediatamente después de conseguir el *Libro* de Gota de Lluvia Cuarenta y Tres… Bueno, una noche, de pronto, la recordé hace muy poco, hablando con los Tisalver. Dije algo que me recordó, por un instante…

—Te recordó ¿qué?

—No me acuerdo. Pasó por mi cabeza y volvió a salir, pero todas las veces que pienso en la idea del mundo único, me parece tener algo en la punta de los dedos, muy cerca, y después lo pierdo.

Dors miró a Seldon, sorprendida.

—No sé qué podría ser. La historia de la-mano-en-el-muslo no tiene nada que ver con Aurora o Tierra.

—Lo sé, pero esto…, la idea que asoma al borde de mi mente parece relacionada con este mundo único y tengo la sensación de que *debo* averiguar más sobre él, a cualquier precio. Esto…, y los robots.

—¿También los robots? Creí que el «Nido» de los Ancianos había terminado con ellos.

—En absoluto. No dejo de pensar en ese asunto. —Se quedó mirando a Dors largo rato, turbado—. Pero no estoy seguro.

—¿Seguro de qué, Hari?

Seldon se limitó a mover la cabeza y no dijo nada más. Dors arrugó la frente.

—Hari, déjame decirte algo. En la Historia desapasionada, y, créeme, sé lo que estoy hablando, no se hace mención de un mundo de origen. Admito que es la creencia popular y no sólo entre los pocos sofisticados seguidores del folklore, como los mycogenios o los caloreros dahlitas, sino que hay biólogos que insisten en que tuvo que haber un mundo de origen por razones que escapan a mi área de conocimientos, y también están los historiadores místicos que tienden a especular sobre ello. Y tengo entendido que entre los intelectuales pertenecientes a la clase más desahogada, estas especulaciones se están poniendo de moda. Sin embargo, la Historia erudita nada sabe sobre ello.

—Otro motivo más, quizá, para ir más allá de esa última Historia que dices. Lo único que quiero es algo que simplifique la psicohistoria para mí, como cualquier truco histórico, o algo totalmente imaginario. Si el joven con el que acabamos de hablar hubiera tenido una mejor preparación, le habría dedicado a resolver el problema. Su pensamiento está marcado por considerable ingenio y originalidad.

—¿Vas a ayudarle de verdad? —preguntó Dors.

—En todo. Tan pronto como esté en situación de hacerlo.

—¿Crees que es justo hacer promesas que no estás seguro de poder cumplir?

—*Quiero* cumplirla. Si eres tan dura acerca de cumplir promesas imposibles, piensa que Hummin dijo a Amo del Sol Catorce que yo me serviría de la psicohistoria para devolver su mundo a los mycogenios. Hay cero probabilidades de hacerlo. Incluso si desentraño la psicohistoria, ¿quién sabe si puede utilizarse para un propósito tan endeble y especializado? Éste es un caso *real* de prometer lo que uno no puede dar.

—Chetter Hummin trataba de salvar nuestras vidas —protestó, acalorada, Dors—, de arrancarnos de las manos de Demerzel y del

Emperador. ¡No lo olvides! Y creo que, de verdad, le gustaría ayudar a los mycogenios.

—Y yo quisiera ayudar a Yugo Amaryl. Es mucho más fácil ayudarle a él que a los mycogenios, así que si puedes justificar lo segundo, por favor, deja de criticar lo primero. Y lo que es más, Dors —continuó, con los ojos brillantes, enfurecidos—, quiero encontrar a Mamá Rittah, y estoy dispuesto a ir solo.

—Jamás. Si tú vas, yo también.

67

Una hora después de que Amaryl se fuera hacia su turno, Mrs. Tisalver regresó con su hija a remolque. No dijo nada ni a Seldon ni a Dors, pero hizo un breve gesto de cabeza cuando ellos la saludaron. Después miró vivamente a la habitación, como si comprobara que el calorero no había dejado huellas. Luego, olfateó el aire y miró a Seldon, acusadora, antes de cruzar el cuarto de estar y meterse en la habitación familiar.

El propio Tisalver llegó a casa después y, cuando Seldon y Dors se acercaron a la mesa para cenar, Tisalver aprovechó que su mujer estuviera aún ocupada en ordenar detalles de última hora relacionados con la cena para hablarles en voz baja.

—¿Ha venido esa persona?

—Y se ha ido —respondió Seldon con solemnidad—. Su esposa no se encontraba en la casa.

Tisalver asintió.

—¿Tendrán que hacer lo mismo otro día? —preguntó.

—No lo creo.

—Bien.

La cena transcurrió en silencio. Después, la niña se fue a la cama en busca del dudoso placer de practicar con el ordenador.

—Hábleme de Billibotton —pidió Seldon, recostándose.

Tisalver se asombró tanto al oír la petición, que su boca se movió sin emitir sonido alguno. Sin embargo, Casilia era más difícil de reducir al

silencio.

—¿Es allí donde vive su nuevo amigo? ¿Va usted a devolverle la visita?

—Hasta ahora —dijo Seldon sin inmutarse—, sólo he preguntado sobre Billibotton.

—Es un barrio miserable —cortó Casilia, tajante—. La hez vive allí. Nadie va, excepto la basura que tiene allí su vivienda.

—Tengo entendido que una tal Mamá Rittah vive allí.

—Jamás he oído hablar de ella —dijo Casilia, y cerró la boca de golpe. Era obvio que tenía intención de no conocer a nadie por el nombre, si esta persona vivía en Billibotton.

Tisalver dirigió una mirada incómoda a su mujer.

—He oído hablar de ella —respondió él—. Es una vieja loca que se supone adivina el porvenir.

—¿Y vive realmente en Billibotton?

—No lo sé, doctor Seldon. Nunca la he visto. Alguna vez es mencionada en las holonoticias, cuando ha hecho alguna predicción.

—¿Y se realizan esas predicciones?

—¿Se cumplen alguna vez las predicciones? —rezongó Tisalver—. Las de ella ni siquiera tienen sentido.

—¿Habla alguna vez de Tierra?

—Lo ignoro. No me sorprendería.

—La mención de la palabra Tierra no le ha desconcertado. ¿Qué sabe usted de Tierra?

Esta vez Tisalver pareció sorprendido.

—Al parecer es el mundo de donde todo el mundo procede, doctor Seldon.

—¿Al parecer? ¿No cree en ello?

—¿Yo? Yo soy un hombre culto. Pero muchos ignorantes creen en ello.

—¿Y hay libros sobre Tierra?

—Los libros de cuentos para niños mencionan, a veces, a la Tierra. Me acuerdo de que cuando era pequeño, mi cuento favorito empezaba así: «Hace muchos años, érase una vez en la Tierra, cuando la Tierra era el único planeta…» ¿Recuerdas, Casilia? También a ti te gustaba.

Casilia se encogió de hombros y no pareció estar dispuesta a ceder… aún.

—Me gustaría verlo algún día —dijo Seldon—, pero me refiero a *verdaderos libros*-película…, cultos…, o películas…, o láminas.

—No he oído hablar de ninguno, pero la biblioteca…

—Lo buscaré… ¿Hay algún tabú sobre el tema de Tierra?

—¿Qué es un tabú?

—Bueno, es algo así como una arraigada costumbre de que no se habla de Tierra, o que los forasteros pregunten sobre ella.

Tisalver dio la impresión de tan sincero asombro que parecía inútil esperar una respuesta. Dors, entonces, intervino.

—¿Hay alguna prohibición de que los forasteros vayan a Billibotton?

—Ninguna *prohibición*, pero no es buena idea para *cualquiera* el ir allí. *Yo* no iría.

—¿Por qué? —preguntó Dors.

—Es peligroso. ¡Violento! Todo el mundo está armado… Bueno, Dahl es un lugar armado, pero en Billibotton *utilizan* las armas. Quédese en este vecindario. Es más seguro.

—Hasta ahora —dejó caer Casilla, ceñuda—. Sería mucho mejor que nos fuéramos. Hoy en día, los caloreros van a todas partes. —Y dirigió otra mirada torva en dirección a Seldon.

—¿Qué quiere decir con eso de que Dahl es un lugar armado? Las reglas Imperiales contra las armas son muy severas.

—Ya lo sé —repuso Tisalver—. Aquí no hay pistolas que aturdan, ni porras, ni Sondas Psíquicas, ni nada parecido. Pero hay navajas. —Pareció abrumado.

—¿Lleva usted una navaja, Tisalver? —preguntó Dors.

—¿Yo? —Él pareció realmente horrorizado—. Soy hombre de paz y este barrio es tranquilo.

—Tenemos un par de ellas en casa —confesó Casilia—. No estamos *tan* seguros de que el vecindario sea tranquilo.

—¿Tienen todos navajas? —insistió Dors.

—Casi todo el mundo, doctora Venabili —afirmó Tisalver—. Es la costumbre. Aunque eso no significa que las utilicen.

—Pero, en Billibotton, sí, me figuro —continuó Dors.

—A veces, cuando se excitan, hay reyertas.

—¿El Gobierno lo permite? Me refiero al Gobierno Imperial, claro.

—A veces; intentan limpiar Billibotton, pero las navajas son demasiado fáciles de ocultar, y la costumbre está demasiado arraigada. Además, los que mueren son dahlitas casi siempre y no creo que el Gobierno Imperial se disguste por ello.

—¿Y si el que muere es forastero?

—Si se informara de ello, los Imperiales se excitarían. Lo que ocurre es que nadie ha visto nada, nadie sabe nada. Los Imperiales hacen redadas generales por principio, aunque jamás encuentran nada. Supongo que pensarían que la culpa la tenía el forastero por estar allá… Así que, no vaya a Billibotton, aunque tenga una navaja.

Seldon movió la cabeza, obcecado.

—No llevaría una navaja. No sé utilizarla con la debida habilidad.

—Entonces, lo más sencillo, doctor Seldon, es: no vaya. —La voz de Tisalver sonó grave—. Manténgase fuera.

—Tal vez no pueda hacerlo —porfió Seldon.

Dors le dirigió una furibunda mirada, claramente fastidiada.

—¿Dónde se puede comprar una navaja? —preguntó a Tisalver—. ¿O pueden prestarnos una de las de ustedes?

—No se prestan las navajas —saltó Casilia—. Tienen que comprarse las suyas.

—Hay tiendas de navajas por todas partes —contestó Tisalver—. Se supone que no debieran existir. En teoría, son ilegales, ¿sabe? Pero las venden en cualquier tienda. Si ve una lavadora en el escaparate, no falla, allí las encontrará.

—¿Cómo se llega a Billibotton? —preguntó Seldon.

—Por expreso. —Tisalver miró a Dors con expresión dubitativa y preocupada.

—¿Y una vez estemos en el expreso? —insistió Seldon.

—Sitúense en el lado que va en dirección este y vigile los letreros. Pero si usted tiene que ir, doctor Seldon… —Tisalver titubeó—, no lleve a la doctora Venabili. Las mujeres, a veces…, son tratadas… peor.

—No irá —declaró Seldon.
—Me temo que sí —afirmó Dors con imperturbable decisión.

68

El bigote del encargado de la tienda de electrodomésticos debía ser tan frondoso como lo había sido en su juventud, pero se había vuelto gris, aunque su cabello seguía siendo negro. Se atusó el bigote por puro hábito mientras contemplaba a Dors y se lo cepilló hacia cada lado.

—Usted no es dahlita —afirmó él.

—No, pero sigo queriendo una navaja.

—Va contra la ley vender navajas.

—Pero yo no soy ni policía ni agente del Gobierno —repuso Dors—. Simplemente, voy a Billibotton.

Él la contempló pensativo.

—¿Sola?

—Con mi amigo. —Señaló con el dedo por encima del hombro en dirección a Seldon, que la esperaba fuera, taciturno.

—¿La compra para él? —Miró hacia Seldon y no tardó en decidir—: Tampoco es de aquí. Déjele que entre y se la compre solito.

—Tampoco es agente del Gobierno. Y la compro para mí.

—Los forasteros están locos —dijo el comerciante, moviendo la cabeza —. *Pero* si usted quiere gastar unos créditos, se los aceptaré. —Buscó debajo del mostrador y sacó un mango, lo giró con un experto movimiento, y la hoja salió disparada.

—¿Es la mayor que tiene?

—Es la mejor navaja para mujer que se hace.

—Muéstreme una navaja para hombre.

—¿No querrá una que sea demasiado pesada? ¿Sabe cómo se usa una de estas cosas?

—Lo aprenderé, y no me preocupa el peso. Enséñeme una navaja de hombre.

—Bien, si quiere ver una… —Sonrió, buscó por otra parte del mostrador y sacó un mango más grueso. Lo giró, y lo que apareció era muy similar a una cuchilla de carnicero. Se la tendió, por el mango, sin dejar de sonreír.

—Enséñeme cómo hace ese giro.

Él lo hizo con otra navaja, girándola despacio hacia un lado para que la hoja apareciera; luego, en sentido contrario, para hacerla desaparecer.

—Tuerza y apriete —dijo.

—Vuelva a hacerlo, señor.

El comerciante la obedeció.

—Muy bien. Ahora, ciérrela y láncemela por el mango.

Él lo hizo, en un lanzamiento lento hacia arriba.

Dors la cogió en el aire y se la devolvió.

—Más rápido —pidió.

Él enarcó las oscuras cejas y entonces, sin previo aviso, la lanzó con fuerza hacia el lado izquierdo de Dors. Ésta no hizo el menor esfuerzo por cogerla con la mano derecha, sino que alargó la izquierda e hizo que la hoja apareciera a la vez; después, desapareció. El comerciante se quedó con la boca abierta.

—¿Y es ésta la mayor que tiene?

—Sí. Si se trata de utilizarla, la agotará.

—Respiraré hondo. Me llevaré otra.

—¿Para su amigo?

—No. Para mí.

—¿Se propone utilizar *dos* navajas?

—Tengo dos manos.

El comerciante suspiró.

—Señora, *por favor*, permanezca lejos de Billibotton. Usted no sabe lo que hacen allí con las mujeres.

—Puedo imaginarlo. ¿Cómo me coloco ambas navajas en el cinturón?

—No en el que lleva puesto, señora. Ése no sirve para llevar navajas. Pero puedo venderle uno.

—¿Sujetará las dos?

—Creo que tengo uno doble en alguna parte. No tienen mucha salida.

—Pues a mí me interesa.

—Tal vez no sea de su talla.

—Entonces, lo recortaremos un poco.

—Le va a costar muchos créditos.

—Mi tarjeta de crédito bastará.

Cuando ella salió al fin, Seldon protestó con acritud:

—Estás ridícula con este abultado cinturón.

—¿De veras, Hari? ¿Demasiado ridícula para acompañarte a Billibotton? Entonces, volvamos al apartamento.

—No. Iré solo. Estaré más seguro yendo solo.

—Es inútil decir todo esto, Hari. O retrocedemos los dos, o vamos los dos. Bajo ninguna circunstancia voy a separarme de ti.

La mirada firme de sus ojos azules, sus labios apretados y la forma en que sus manos cayeron sobre los mangos que sobresalían del cinturón, convencieron a Seldon de que hablaba en serio.

—Está bien. Pero si sobrevives y vuelvo a ver a Hummin, mi precio por continuar el trabajo sobre psicohistoria, por más afecto que sienta por ti, será que te retire de esto. ¿Lo has entendido?

Dors sonrió de pronto.

—Olvídalo. No hagas prácticas de cortesía conmigo. *Nada* me retirará. ¿Lo entiendes *tú*?

69

Se apearon del expreso donde la señal, brillando al aire, decía: BILLIBOTTON. Quizá como indicación de lo que podía esperarse, la segunda I estaba sucia, un simple borrón a la escasa luz.

Emprendieron el camino desde el coche, y bajaron a la avenida que veían a sus pies. Era por la tarde, temprano, y, a primera vista, Billibotton se parecía mucho a la parte de Dahl que habían dejado. No obstante, el aire tenía un aroma desagradable y el suelo aparecía cubierto de basura. Uno podía asegurar que los barrenderos mecánicos no debían encontrarse por los alrededores.

Aunque la avenida daba sensación de normalidad, la atmósfera era desagradable y tan tensa como un muelle demasiado comprimido.

Tal vez se trataba de la gente. «Parecía haber un número normal de peatones, pero no eran peatones como los de otras partes», pensó Seldon. Generalmente, abrumados por los negocios, los peatones iban absortos en sus cosas, y en las infinitas multitudes de las interminables vías de Trantor, la gente podía sobrevivir, psicológicamente, sólo si se ignoraban unos a otros. Los ojos se desviaban. Los cerebros se desconectaban. Había una intimidad artificial con cada persona encerrada en una niebla aterciopelada que cada uno se creaba. O bien, la amistosa comunicación ritual de un paseo al anochecer en aquellos barrios que se permitían semejantes cosas.

Pero ahí, en Billibotton, ni había comunicación amistosa, ni rechazo neutral. Por lo menos, no en lo relativo a forasteros. Cada persona que pasaba, en una u otra dirección, se volvía a mirar a Seldon y Dors. Cada par de ojos, como atraídos por cables invisibles atados a los dos forasteros, los seguían con mala voluntad.

La ropa de los billibottonianos tendía a ser sucia, vieja y, a veces, rota. Había una pátina de mal lavada pobreza sobre todos ellos y Seldon se sentía incómodo por lo impecable de sus trajes nuevos.

—¿Dónde crees que vivirá Mamá Rittah en Billibotton? —preguntó a Dors.

—Ni idea. Tú nos has traído, piénsalo tú. Yo me propongo limitarme a la tarea de protección, y creo que va a ser más que necesario que no piense en otra cosa.

—Supuse que sólo necesitaríamos pedir la dirección a cualquier transeúnte, pero, no sé por qué, no me siento muy inclinado a hacerlo.

—No puedo censurarte por ello. No creo que encuentres a nadie que se preste a ayudarte.

—En cambio, hay bastantes jovenzuelos —dijo, señalando a uno con un breve ademán. Un chiquillo, que parecía tener unos doce años (en todo caso, lo bastante joven para no llevar el universal bigote del adulto), se les había plantado delante y los miraba fijamente.

—¿Imaginas que un chiquillo de esta edad no habrá desarrollado aún la repulsión billibottiana hacia los forasteros? —observó Dors.

—En todo caso, imagino que es lo bastante mayor para que se haya desarrollado en él la afición a la violencia. Supongo que puede echar a correr y cubrirnos de insultos desde lejos si tratamos de acercarnos a él, pero dudo que nos ataque.

—Joven —llamó Seldon, levantando la voz.

El muchacho dio un paso atrás y siguió mirándoles.

—Acércate —le dijo Seldon.

—¿Pa qué, tío? —preguntó el muchacho.

—Para que nos digas unas direcciones. Acércate y no tendré que gritar.

El niño dio dos pasos adelante. Llevaba la cara sucia, pero sus inteligentes ojos brillaban. Sus sandalias eran desparejadas y llevaba un gran remiendo en una pernera de sus pantalones.

—¿Qué direcciones? —preguntó.

—Tratamos de encontrar a Mamá Rittah.

Los ojos del niño parpadearon.

—¿Pa qué, tío?

—Soy un erudito. ¿Sabes lo que es un erudito?

—¿Fuiste a la escuela?

—Sí. ¿Y tú?

El muchacho escupió, despectivo.

—¡Ca!

—Quiero que Mamá Rittah me aconseje…, si tú me llevas junto a ella.

—¿Quieres saber el futuro? Vienes a Billibotton, tío, con tus endomingás ropas…, *yo* te digo el futuro. Malo.

—¿Cómo te llamas, joven?

—¿Qué t’ importa?

—Para poder hablar mejor contigo. Y para que puedas llevarme a donde Mamá Rittah vive. ¿Sabes dónde es?

—Pué que sí, pué que no. Me llamo Raych. ¿Qué habrá para mí si te llevo?

—¿Qué te gustaría, Raych?

Los ojos del chico se fijaron en el cinturón de Dors.

—La señora tié un par de navajas —dijo el chico—. Dame una y te llevaré a Mamá Rittah.

—Estas navajas son de persona mayor, Raych. Tú eres demasiado joven para llevarlas.

—Entonces, también soy demasiado joven para saber dónde vive Mamá Rittah.

Y les lanzó una astuta mirada por entre la pelambrera que caía sobre sus ojos.

Seldon se iba impacientando. Era posible que atrajeran a la gente. Varios hombres se habían detenido ya, pero habían seguido andando al ver que no parecía ocurrir nada importante. Sin embargo, si el niño se enfurecía y les atacaba de palabra o de hecho, la gente los rodearía.

—¿Sabes leer, Raych? —preguntó sonriendo.

Raych volvió a escupir en el suelo.

—¡Na! ¿Quién quié leer?

—¿Sabes usar un ordenador?

—¿Un ordenador parlante? Claro. Todos saben.

—Entonces, voy a decirte algo. Llévame a la tienda de ordenadores que esté más cerca y te compraré uno pequeño para ti solo, y *software* para que aprendas a leer. En pocas semanas sabrás leer.

A Seldon le pareció que los ojos del pequeño resplandecían ante la idea, pero…, no, de pronto se endurecieron.

—¡Ca! Navaja, o nada.

—Vamos, Raych. Aprendes a leer y no se lo cuentas a nadie. Luego, vas y les sorprendes a todos. Después de un tiempo, apuesta con ellos a que sabes leer. Apuesta cinco créditos, digamos. Así, ganarás algo de dinero y podrás comprarte tu propia navaja.

El muchacho titubeó.

—¡Ca! Nadie apostará contra mí. Nadie tiene créditos.

—Si sabes leer, puedes encontrar un empleo en una tienda de navajas, ahorrar de tu sueldo y comprarte una navaja rebajada. ¿Qué te parece?

—¿Cuándo me vas a comprar el ordenador que habla?

—Ahora mismo. Te lo daré cuando vea a Mamá Rittah.

—¿Tienes dinero?

—Tengo una tarjeta de crédito.

—Vamos a ver cómo me lo compras.

Llevaron a cabo la transacción, pero cuando el muchacho tendió la mano, Seldon movió la cabeza y guardó el ordenador en su bolsa.

—Primero, llévame junto a Mamá Rittah. ¿Estás seguro de que sabes dónde vive?

Raych se permitió una mirada despectiva.

—Claro que lo sé. Voy a llevarte, pero será mejor que al llegar me des el ordenador o iré en busca de unos tíos que conozco que os buscarán, así que mejor será que no me engañéis.

—No tienes que amenazarnos —dijo Seldon—. Cumpliremos nuestra parte del trato.

Raych les condujo rápidamente por la avenida, ante las miradas curiosas de los peatones. Seldon y Dors guardaron silencio durante el trayecto. A pesar de eso, Dors no estaba sumida en sus pensamientos y en ningún momento perdió de vista a la gente que, en todo momento, los rodeaba. Siguió devolviendo con mirada fija las ojeadas de algunos transeúntes curiosos. En una ocasión, al notar pasos tras ellos, se volvió en redondo con expresión concentrada. Al poco rato, Raych se detuvo.

—Aquí tiene casa, ¿saben? —anunció.

Le siguieron a un edificio de apartamentos y Seldon, que tenía la intención de fijarse en su camino para saber cómo regresar, no tardó en perderse.

—¿Cómo te las arreglas para encontrar el camino en medio de tantos pasadizos, Raych? —preguntó.

El muchacho se encogió de hombros.

—He andao por aquí desde que era pequeño —respondió el muchacho —. Además, los apartamentos están numerados…, cuando los números no se han caído…, y hay flechas y cosas. No puede perderse si conoce los trucos.

Raych conocía bien los trucos al parecer, porque fueron adentrándose cada vez más en el complejo. Por todas partes se notaba un aire de abandono: escombros olvidados, gente que se cruzaba con ellos, claramente resentida por la invasión de forasteros, chiquillos desarrapados corrían por los pasadizos metidos en un juego u otro; algunos incluso les gritaron: «¡Eh,

largaos!», cuando la pelota que habían lanzado no golpeó a Dors de milagro.

Y, por fin, Raych se detuvo ante una puerta deslucida en la que el número 2782 resaltaba hábilmente.

—¡Aquí es! —dijo, y alargó la mano.

—Primero, veamos quién vive en este lugar —repuso Seldon a media voz. Pulsó el botón señalizador, pero no ocurrió nada.

—No funciona —explicó Raych—. Tiés que golpear. Con fuerza. Ella no oye bien.

Seldon golpeó la puerta con el puño y fue recompensado con movimiento en el interior.

—¿Quién busca a Mamá Rittah? —preguntó una voz estridente.

—Dos universitarios —gritó Seldon en respuesta.

Tiró el pequeño ordenador, junto con su paquete de *software*, a Raych, que lo cogió al vuelo, sonrió y se alejó corriendo. Seldon se volvió al tiempo que la puerta de Mamá Rittah se abría.

70

Mamá Rittah tendría bien cumplidos los setenta, pero su rostro era de los que engañan a primera vista. Mejillas redondas, boca chiquita, una barbilla ligeramente doble. Era bajita, no mediría ni el metro y medio, y su cuerpo más bien grueso.

Junto a los ojos se veían finas arrugas, y cuando sonrió al verles, se formaron otras arrugas en su rostro. Se movía con dificultad.

—Pasen, pasen —les dijo con voz dulce y atiplada, fijándose en ellos como si la vista le estuviera fallando—. Forasteros…, de otros mundos, tal vez. ¿Tengo razón? No parecen impregnados del olor de Trantor.

Seldon deseó que no hubiera mencionado el olor. El apartamento, repleto de pequeñas posesiones que lo llenaban todo, oscuras y polvorientas, olía a restos de comida vieja y rancia. El aire era tan pesado y pegajoso, que estaba seguro de que sus ropas olerían a demonios cuando salieran de allí.

—Tiene razón, Mamá Rittah —asintió Seldon—. Yo soy Hari Seldon, de Helicon, y mi amiga es Dors Venabili, de Cinna.

—Ah, ya —respondió ella mientras buscaba un lugar libre en el suelo, donde pudiera invitarles a sentarse, pero sin encontrarlo.

—No nos importa quedarnos de pie, Mamá Rittah —dijo Dors.

—¿Cómo? —preguntó la anciana, mirándola—. Tienes que hablar fuerte, mi niña. Mi oído no es lo que era cuando yo tenía tus años.

—¿Por qué no se provee de un aparato para oír? —preguntó Seldon.

—No serviría de nada, doctor Seldon. Parece que algo no está bien en el nervio, y no tengo dinero para reconstruirlo… ¿Han venido a pedir a la vieja Mamá Rittah que les descubra el futuro?

—No del todo —dijo Seldon—. He venido a preguntarle por el pasado.

—¡Excelente! Decidir lo que la gente quiere oír requiere un esfuerzo enorme.

—Debe ser todo un arte —observó Dors, sonriendo.

—Parece fácil, pero hay que mostrarse debidamente convincente. Yo me gano mis honorarios así.

—Si usted tiene una cuenta, le ingresaré unos honorarios razonables en el caso de que nos hable sobre la Tierra…, sin inventar inteligentemente lo que vaya a decirnos para que oigamos lo que queremos oír. Deseamos que nos diga la verdad pura y simple.

La anciana, que había estado moviéndose por la estancia, arreglando una cosa u otra, como para que todo pareciera más bonito y apropiado para visitantes importantes, se quedó clavada.

—¿Qué quieren saber de la Tierra?

—En primer lugar, ¿qué es la Tierra?

La vieja se volvió y pareció sumida en la contemplación del espacio. Cuando al fin habló, su voz era baja y firme.

—Es un mundo, un planeta muy viejo. Está olvidado y perdido.

—No forma parte de la Historia. Eso lo sabemos —observó Dors.

—Es que es anterior a la Historia, mi niña —declaró Mamá Rittah, solemne—. Existió en el amanecer de la Galaxia y antes de ese amanecer. Era el único mundo con humanos. —Y movió la cabeza como afirmándolo.

—¿Tenía la Tierra otro nombre…, Aurora? —preguntó Seldon.

El rostro de Mamá Rittah se contrajo.

—¿De dónde ha sacado eso?

—De mis vagabundeos. He oído hablar de un mundo olvidado, llamado Aurora, en el que la Humanidad vivió originalmente en paz.

—¡Es una *mentira*! —exclamó, y se secó la boca de un manotazo, como si quisiera arrancarse el regusto de lo que acababa de oír—. Ese nombre que acaba de pronunciar no debe ser *nunca* mencionado, excepto como lugar del Mal. La Tierra estaba sola hasta que el Mal llegó junto con sus mundos hermanos. El Mal casi destruyó a la Tierra, pero ella se alzó y destruyó el Mal…, ayudada por los héroes.

—¿La Tierra fue antes que el Mal? ¿Está segura de ello?

—Mucho antes. La Tierra estuvo sola en la Galaxia durante millares de años, *millones* de años.

—¿Millones de años? ¿La Humanidad existió en la Tierra durante millones de años, sin nadie más de ningún otro mundo?

—Es cierto. Es cierto. ¡Es cierto!

—Pero, ¿cómo sabe todo eso? ¿Está, acaso, en un programa de ordenador o impreso? ¿Tiene algo que yo pueda leer?

Mamá Rittah sacudió la cabeza.

—He oído las viejas historias de boca de mi madre, que las oyó de la suya, y así hacia atrás. No tengo hijos, así que cuento la historia a otros, pero puede que se acabe. En esta época ya no se cree en nada.

—No del todo, Mamá Rittah —dijo Dors—. Hay personas que especulan sobre la época prehistórica y que estudian algunas de las historias de los mundos perdidos.

Mamá Rittah hizo un movimiento con el brazo, como si quisiera apartar algo.

—Porque lo miran con frialdad. Como eruditos. Tratan de hacerlo encajar en sus conocimientos. Podría contarles historias, durante un año entero, del gran héroe *Ba-Lee*, pero ustedes no dispondrían de tiempo suficiente para escucharme, y yo he perdido la fuerza de contar.

—¿Ha oído hablar de robots? —preguntó Seldon.

La anciana se estremeció y su voz fue como un alarido.

—*¿Por qué me pregunta estas cosas?* Eran seres humanos artificiales, malos de por sí y obra de los mundos del Mal. Fueron destruidos y jamás deben ser mencionados.

—Pero hubo un robot especial que los mundos del Mal odiaban, ¿no es cierto?

Mamá Rittah se acercó, con dificultad, a Seldon y le miró a los ojos. Él sintió su cálido aliento en el rostro.

—¿Ha venido a burlarse de mí? ¿Sabe todas esas cosas y viene a preguntarme? ¿Por qué me pregunta?

—Porque deseo saber.

—Hubo un ser humano artificial que ayudó a la Tierra. Era *Da-Nee*, amigo de *Ba-Lee*. No murió jamás y vive en alguna parte, esperando su hora de regresar. Nadie sabe cuándo será eso, pero vendrá algún día, restablecerá los grandes días de antaño y erradicará toda crueldad, injusticia y miseria. Ésta es la promesa.

Al terminar, cerró los ojos y sonrió, como si recordara…

—Gracias, Mamá Rittah. Me ha servido de gran ayuda. ¿Cuáles son sus honorarios?

—Estoy encantada de conocer a gente de otros mundos —respondió la anciana—. Serán diez créditos. ¿Puedo ofrecerles algún refresco?

—No, muchas gracias —repuso Seldon—. Por favor, acepte veinte créditos. Sólo necesitamos saber cómo regresar desde aquí al expreso… Y, Mamá Rittah, si puede conseguir grabar alguna de sus historias sobre la Tierra en un disco de ordenador… Le pagaré muy bien por ellas.

—Necesitaré muchas fuerzas. Muy bien, ¿cuánto?

—Depende de lo larga que sea la historia y lo bien que la cuente. Podría incluso pagarle mil créditos.

Mamá Rittah se humedeció los labios.

—¿Mil créditos? ¿Y cómo podré encontrarle cuando haya grabado la historia?

—Le daré el número de código del ordenador donde puede localizarme.

Después de que Seldon entregara a Mamá Rittah el número de código, él y Dors salieron, agradecidos, al olor relativamente limpio del corredor

exterior. Una vez fuera, echaron a andar rápidamente en la dirección indicada por la anciana.

71

—No ha sido una entrevista muy larga, Hari —observó Dors.

—Ya lo sé. Pero el ambiente era en extremo desagradable y sentí que con lo que había oído me bastaba. Es asombroso cómo estos narradores folklóricos desorbitan las cosas.

—¿Qué quieres decir con que desorbitan?

—Pues que los mycogenios llenan su Aurora de seres humanos que vivieron siglos, y los dahlitas llenan su Tierra de una humanidad que vivió millones de años. Y ambos pueblos mencionan un robot eterno. En todo caso, hace que uno reflexione sobre todo ello.

—En cuanto a los millones de años, hay espacio para… Oye, ¿adónde vamos?

—Mamá Rittah dijo que anduviéramos en esta dirección hasta alcanzar un área de descanso; una vez allí, tenemos que seguir el cartel de AVENIDA CENTRAL, en dirección izquierda, y continuar adelante. ¿Pasamos por un área de descanso al venir?

—A lo mejor seguimos por una vía distinta a la de llegada. No recuerdo ninguna área de descanso, aunque tampoco me preocupé por el camino. Tenía la vista puesta en la gente que se cruzaba con nosotros y…

Su voz se apagó. Frente a ellos, la avenida se ramificaba a uno y otro lado. Seldon sí recordó; *habían* pasado por allí. Se había fijado en que había un par de viejas colchonetas tiradas en el suelo. Sin embargo, ahora no hacía falta que Dors vigilara a los transeúntes, como había hecho antes. No había transeúntes. Pero ante ellos, en el área de descanso, divisaron a un grupo de hombres, bastante fornidos para ser dahlitas, con los bigotes erizados y los brazos desnudos y musculosos reluciendo a la luz amarillenta del camino.

Era obvio que esperaban a los forasteros y, casi automáticamente, Seldon y Dors se detuvieron. Por espacio de unos segundos, la imagen se

mantuvo fija. Después, Seldon lanzó una mirada a su espalda. Dos o tres hombres más habían aparecido a la vista.

—Hemos caído en una trampa —murmuró él entre dientes—. No debí dejarte venir, Dors.

—Todo lo contrario. Por esto es por lo que estoy aquí; pero, ¿te ha merecido la pena ver a Mamá Rittah?

—Sí, si salimos bien de este lío. —Entonces, alzando la voz, pidió—: ¿Nos permiten pasar?

Uno de los hombres que tenían delante dio un paso al frente. Debía medir lo mismo que Seldon, 1,73, pero era más ancho de espalda y más musculoso. Un poco fofo de cintura, observó Seldon.

—Soy Marron —dijo, satisfecho de su importancia, como si el nombre tuviera que significar algo para ellos—. Estoy aquí para deciros que no nos gusta ver gente de otros mundos en nuestro distrito. Os empeñáis en venir, muy bien…, pero si queréis marcharos, tenéis que pagar.

—Bien, ¿cuánto?

—Todo lo que llevéis. Vosotros, los forasteros ricos, tenéis tablas de crédito, ¿no? ¡Entregádnoslas!

—No.

—Es inútil decir no. Las cogeremos de todas formas.

—No podréis cogerlas sin matarme o herirme, y no funcionan sin mi huella hablada. Mi huella hablada *normal*.

—Nada de eso, amo…, mira, soy educado…, podemos quitártelas sin hacerte *demasiado* daño.

—¿Cuántos de vosotros vais a ser necesarios? ¿Nueve? No. —Seldon contó rápidamente—. Diez.

—Uno solo bastará. Yo.

—¿Sin ayuda?

—Sólo yo.

—Pues, si los demás quieren apartarse y dejarnos sitio, me encantará comprobar cómo lo haces, Marron.

—No tienes navaja, amo. ¿Quieres una?

—No, utiliza la tuya para equilibrar el combate. Yo lucharé sin nada.

Marron miró a los demás.

—Este tío es un valiente —rezongó—. Ni siquiera parece asustado. Estupendo. Sería una pena hacerle daño… Te diré una cosa, amo. Me llevaré a la chica. Si deseas impedírmelo, entrégame tus dos tablas de crédito y servíos de vuestras voces para activarlas. Si dices que no, después, cuando termine con la chica… y eso va a llevarme algún tiempo. —Soltó una risotada—. No tendré más remedio que hacerte daño.

—No —dijo Seldon—. Deja marchar a la chica. Yo te he retado a una pelea…, tú y yo solos; tú con la navaja, yo sin ella. Si lo prefieres más difícil, lucharé con dos de vosotros, pero dejad que ella se marche.

—¡Basta, Hari! —gritó Dors—. Si me quiere, que venga a buscarme. Quédate donde estás, Hari, y no te muevas.

—¿Habéis oído esto? —exclamó Marron, riéndose—. «¡Quédate donde estás, Hari, y no te muevas!» Creo que la damita me desea. Vosotros dos, sujetadle.

Ambos brazos de Seldon quedaron inmovilizados por unas garras de hierro y sintió la punta de una navaja en la espalda.

—No te muevas —dijo una voz áspera en su oído— y podrás mirar. A la señora, seguramente le gustará. Marron es muy bueno en este trabajo.

—¡No te muevas, Hari! —volvió a gritar Dors.

Entonces, se volvió para enfrentarse a Marron, vigilante, con ambas manos preparadas cerca de su cinturón.

Él se acercó, decidido, y Dors esperó hasta que le tuvo a tres palmos de distancia. En ese momento, de pronto, sus brazos se dispararon y Marron se encontró frente a dos enormes navajas.

De momento se echó hacia atrás, y luego se rió.

—La damita tiene dos navajas…, dos navajas grandes como las de los hombrecitos. Y yo sólo tengo una. Pero me basta. —Su hoja apareció como un destello—. Lamento tener que cortarte, pequeña dama, porque será más divertido para los dos si no lo hago. Quizá pueda hacer que se te caigan de las manos, ¿eh?

—Y yo no quiero matarte —respondió Dors—. Haré cuanto pueda para evitarlo. En todo caso, os pongo a todos por testigos: si llego a matarle, sólo lo haré para proteger a mi amigo, a lo que estoy obligada por mi honor.

Marron simuló estar aterrorizado.

—¡Oh, por favor, no me mates, pequeña dama! —Y se echó a reír, coreado por los demás dahlitas presentes.

Marron se lanzó con la navaja, mas no dio en el blanco. Volvió a intentarlo de nuevo, y luego una tercera vez, pero Dors ni se había movido siquiera. No hizo el menor intento de parar cualquier golpe que no fuera realmente dirigido contra ella.

La expresión de Marron se ensombreció. Intentaba provocar su pánico y hacer que reaccionara, pero lo único que conseguía era parecer ineficaz. El ataque siguiente fue dirigido directamente contra ella. La hoja izquierda de Dors lanzó un destello y le pegó con tal fuerza que le desvió el brazo. Con la hoja de su mano derecha entró hacia el cuerpo y le cortó la camisa en diagonal. Una línea sanguinolenta marcó la oscura piel del pecho.

Marron se miró, impresionado, al oír el respingo de los sorprendidos espectadores. Seldon notó que la presión en sus brazos se aflojaba al comprender, los dos que lo sujetaban, que la pelea era una lucha ligeramente distinta de lo que ellos habían esperado. Él se tensó.

Marron volvió a lanzarse y, esa vez, su mano izquierda avanzó con la intención de sujetar la muñeca derecha de Dors. Ésta, de nuevo, con su navaja de la izquierda, paró al otro y le mantuvo la navaja inmóvil, mientras que su mano derecha le retorcía ágilmente y bajaba en el instante en que la mano izquierda de Marron se cerraba sobre ella. Pero no le agarró la mano, sino la hoja de la navaja, y cuando abrió la mano, una línea sangrienta apareció en la palma.

Dors dio un salto atrás y Marron, consciente de la sangre en el pecho y en la mano, rugió medio ahogándose:

—¡Que alguien me tire otra navaja!

Hubo cierta vacilación hasta que uno de los mirones le lanzó su propia navaja por lo bajo. Marron quiso cogerla, pero Dors fue más rápida. La hoja de su mano derecha golpeó la navaja lanzada y la proyectó hacia atrás, haciéndola girar en el aire.

Seldon sintió que la presión se aflojaba aún más. De repente, alzó los brazos en alto y adelante, y se vio libre. Sus dos guardianes se volvieron de nuevo hacia él con un grito, pero a uno le pegó un rodillazo en la ingle y al otro un derechazo en el plexo solar. Ambos rodaron por el suelo.

Se arrodilló para quitarles las navajas a ambos y se puso en pie doblemente armado, como Dors. Pero, al contrario que ella, no sabía manejarlas, aunque comprendió que los dahlitas no se darían cuenta.

—Sólo mantenlos a raya, Hari —ordenó Dors—. No ataques aún… Marron, mi nuevo golpe no va a ser un arañazo.

Marron, cegado por la ira, rugió incoherente, y atacó a ciegas, tratando de dominar a su enemiga por sólo pura energía cinética. Dors saltó hacia un lado, se agachó y pasó por debajo del brazo derecho de Marron. Le dio un puntapié en el tobillo derecho, y el hombrón se derrumbó al tiempo que la navaja se le escapaba de entre las manos.

Entonces, Dors se arrodilló y le apoyó la punta de una hoja contra la nuca y la otra contra la garganta.

—¡Ríndete! —ordenó.

Con otro rugido, Marron la golpeó con el brazo, la hizo a un lado de un empellón y trató de ponerse en pie.

Aún no estaba incorporado, cuando Dors se le echó encima, bajó la navaja y le cortó una parte del bigote. Esta vez, él lanzó un aullido de animal herido, sujetándose el rostro con la mano. Al apartarla, chorreaba sangre.

—No volverá a crecerte, Marron —gritó Dors—. Con el bigote me he llevado parte del labio. Atácame una vez más y eres hombre muerto.

Esperó, pero Marron ya había tenido bastante. Se alejó, tambaleándose, gimiendo, dejando un rastro de sangre tras de sí.

Dors se volvió hacia los otros. Los dos que Seldon había derribado seguían en el suelo, desarmados y reacios a levantarse. Se inclinó hacia ellos, les cortó los cinturones con una de las navajas y les rasgó los pantalones.

—Así tendréis que sujetároslos mientras vais andando —les dijo.

Después, miró a los siete restantes que seguían allí, de pie, contemplándola con aterrorizada fascinación.

—¿*Quién* de vosotros le lanzó la navaja?

Silencio.

—No me importa. Venid de uno en uno o todos a la vez, pero tened en cuenta que, a cada navajazo, uno morirá.

De común acuerdo, los siete dieron media vuelta y se alejaron.

Dors enarcó las cejas.

—Esta vez, por lo menos, Hummin no puede quejarse de que no te haya protegido —dijo a Seldon.

—Aún no me puedo creer lo que he visto. Ignoraba que supieras hacer algo así…, o hablar así.

Dors se limitó a sonreír.

—También tú tienes tus talentos. Hacemos una buena pareja. Venga, recoge todas tus navajas y guárdalas en tu bolsa. Creo que la noticia correrá a toda velocidad y podremos salir de Billibotton sin temor a que nos lo impidan.

Y estaba en lo cierto.

A CUBIERTO

DAVAN. — ... *En los días inquietos que marcaron los últimos siglos del Primer Imperio Galáctico, las típicas fuentes de inquietud surgieron del hecho de que los jefes políticos y militares luchaban por el poder «supremo» (una supremacía que pierde valor con cada década). Muy rara vez había algo que pudiera ser llamado movimiento popular anterior al advenimiento de la psicohistoria. Relacionado con esto, un ejemplo desconcertante involucra a Davan, de quien se sabe muy poco, pero que pudo haber conocido a Seldon en un tiempo en que...*

Enciclopedia Galáctica

72

Tanto Hari Seldon como Dors Venabili se habían dado unos perezosos baños, sirviéndose de las instalaciones, algo primitivas, de que disponían en el hogar de los Tisalver. Se habían cambiado de ropa y se encontraban en la alcoba de Seldon cuando Tirad Tisalver regresó aquella noche. Su llamada a la puerta fue (o eso pareció) algo tímida. El zumbido duró muy poco.

Seldon le abrió la puerta y le saludó con cordialidad.

—Buenas noches, señores Tisalver.

Ella estaba detrás de su marido, con el ceño fruncido y la expresión desconcertada. Tisalver preguntó, dubitativo, como si no estuviera seguro de la situación:

—¿Están bien los dos? —Movió afirmativamente la cabeza como si tratara de conseguir una respuesta afirmativa mediante esa expresión corporal.

—Muy bien —respondió Seldon—. Entramos y salimos de Billibotton sin problemas, y ya estamos lavados y cambiados. No nos queda ningún resto de hedor. —Seldon, al decirlo, levantó la barbilla, sonriendo, lanzando la frase por encima del hombro de Tisalver, a la mujer de éste.

Ella lanzó un ruidoso suspiro y aspiró con fuerza, como si tratara de comprobar la afirmación.

—Se dice que hubo una pelea de navajas —comentó Tisalver con el mismo tono de antes.

—¿Eso se dice?

—Usted y la señora contra cien matones, eso nos contaron, y que usted les mató a todos. ¿Fue así? —Se notaba un involuntario tono de profundo respeto en su voz.

—En absoluto —intervino Dors, disgustada—. Es ridículo. ¿Qué se han creído que somos? ¿Asesinos de masas? ¿Creen ustedes que cien matones hubieran permanecido quietos, esperando el tiempo considerable que me hubiera…, nos hubiera llevado matarlos a todos? *Piensen* un poco sobre ello.

—Eso es lo que estaban comentando —declaró Casilia Tisalver con firme estridencia—. No podemos tolerar semejante conducta en esta casa.

—En primer lugar —dijo Seldon—, no ocurrió en esta casa. En segundo lugar, no había cien hombres, sino diez. En tercer lugar, no se mató a nadie. Hubo un altercado entre nosotros. Después, ellos se fueron y nos dejaron vía libre.

—¡Les dejaron vía libre! ¿Y esperan que nos lo creamos, forasteros? —saltó Mrs. Tisalver, beligerante.

Seldon suspiró. A la menor tensión, los seres humanos parecían dividirse en grupos antagónicos.

—Bueno —contemporizó—, confieso que uno de ellos recibió un poco. Pero nada grave.

—¿Y a ustedes no les ocurrió nada? —preguntó Tisalver. La admiración en su voz era cada vez más acusada.

—Ni un arañazo —contestó Seldon—. La doctora Venabili maneja las dos navajas maravillosamente bien.

—No lo dudo —murmuró Mrs. Tisalver, bajando la vista al cinturón de Dors—, y no voy a permitir que eso ocurra aquí.

—Mientras nadie nos ataque aquí —declaró Dors secamente—, eso es lo que *no* va a ocurrir.

—Pero, por su culpa —insistió la mujer—, tenemos a la chusma delante de nuestra puerta.

—Mi amor —quiso tranquilizarla Tisalver—, no vayamos a disgustar a…

—¿Y por qué no? —escupió ella, despectiva—. ¿Es que tienes miedo de sus navajas? Me gustaría ver cómo las maneja aquí.

—No tengo la menor intención de hacer nada por el estilo —bufó Dors con el mismo ruido que cualquiera de los emitidos por Mrs. Tisalver—. ¿Qué es ésa chusma de la que nos habla?

—Lo que quiere decir mi mujer es que un pillete de Billibotton, o lo parece a juzgar por su aspecto, desea verles y no estamos acostumbrados a este tipo de visitas en el vecindario. Degrada nuestra posición social. —Su tono era apologético.

—Bien, Tisalver, saldremos, averiguaremos de qué se trata y lo despacharemos tan rápidamente como…

—No. Espera —pidió Dors—. Éstas son *nuestras habitaciones*. Pagamos por ellas. *Nosotros* decidimos quién nos visita y quién no. Si en la calle hay un joven de Billibotton, no deja de ser un dahlita. Más importante, es un trantoriano. Todavía mucho más importante, se trata de un ciudadano del Imperio y un ser humano. Y, por encima de todo, al desear vernos, pasa a ser nuestro huésped. Por lo tanto, nosotros le invitamos a que entre.

Mrs. Tisalver no se movió. Su propio marido parecía indeciso.

—Puesto que se dice que maté a cien matones en Billibotton —dijo Dors—, no van a creer que tengo miedo de un muchacho, o para el caso, de

ustedes dos.

Y su mano derecha cayó, casualmente, sobre su cinturón.

Tisalver, súbitamente enérgico, protestó:

—Doctora Venabili, nuestra intención no es ofenderles. Por supuesto, esas habitaciones son suyas y pueden recibir a quien gusten. —Y dio un paso atrás, al tiempo que tiraba de su indignada esposa, haciendo gala, así, de una determinación por la que quizá tuviera que pagar más tarde.

Dors les observaba con severidad.

—Vaya, Dors, no pareces la misma —observó Seldon, sonriendo con sequedad—. Pensé que yo era quien se metía quijotescamente en líos y que tú eras la tranquila y práctica cuya única misión era la de evitar problemas.

—No puedo tolerar que se hable con desprecio de un ser humano sólo por la clase de grupo a la que pertenece…, aunque lo haga otro ser humano. Son estas personas de aquí, que se dicen respetables, los que crean a esos gamberros de allá.

—Y otros respetables —añadió Seldon— los que crean a estos respetables. Esas animosidades mutuas son las que forman parte de la Humanidad…

—Entonces, debes tratar de ello en tu psicohistoria, ¿verdad?

—Desde luego, siempre y cuando consiga una psicohistoria en la que tratar de algo… Ah, ahí viene ese pillete. Se trata de Raych, lo que no me sorprende en absoluto.

73

Entró Raych, mirando a su alrededor, claramente intimidado. El índice de su mano derecha se alzó hasta su labio superior como si quisiera sentir la suavidad del primer bozo.

Se volvió a la ofendida dueña de la casa y se inclinó con torpeza ante ella.

—Gracias, señora. Tié un bonito local.

Después, al oír el portazo tras él, se volvió a Seldon y Dors.

—Bonito lugar, tíos —comentó con expresión de experto.

—Me alegro de que te guste —respondió Seldon con gravedad—. ¿Cómo supiste que estábamos aquí?

—Los seguí. ¿Qué se creen? Eh, señora… —Se volvió a Dors—. Usted no pelea como una señora.

—¿Has visto luchar a muchas señoras? —le preguntó Dors.

—No, nunca he visto ninguna —dijo, frotándose la nariz—. Es que no llevan navajas, excepto unas pequeñas pa asustar a los niños. Pero a mí nunca me han asustao.

—Estoy segura de que no. ¿Qué les haces para que las señoras saquen sus navajas?

—Yo, nada. Sólo las molesto un poco. Se grita: «¡Eh, señora!, ¿me deja…?» —Pensó un instante y terminó—: Nada.

—Bien, pues no lo intentes conmigo —le advirtió Dors.

—¿Se burla de mí? ¿Después de lo que le hizo a Marron? Eh, señora, ¿dónde aprendió a luchar así?

—En mi mundo.

—¿Pué enseñarme?

—¿Es por eso por lo que has venido a vernos?

—La verdad, no. He venío con un encargo.

—¿De alguien que quiere luchar conmigo?

—Nadie quiere hacerlo con usted. Óigame, señora, ahora usted tié fama. To el mundo la conoce. Pasee por donde quiera en el viejo Billibotton y toos los tíos se harán a un lado, la dejarán pasar, le sonreirán y se asegurarán de no mirarla mal. ¡Oh, señora, se lo ha ganao! Por eso *él* quiere verla.

—Raych, *¿quién* quiere vernos exactamente? —preguntó Seldon.

—Un tío llamado Davan.

—¿Y quién es?

—Un tío. Vive en Billibotton y no lleva navaja.

—¿Y sigue vivo, Raych?

—Lee mucho y ayuda a los tíos cuando se meten en líos con el Gobierno. Le dejan más o menos en paz. No necesita ninguna navaja.

—¿Por qué no ha venido él, pues? —preguntó Dors—. ¿Por qué te ha enviado a ti?

—Este sitio no le gusta. Dice que le pone malo. Dice que toa la gente de aquí son unos lame… del Gobierno. —Calló, miró indeciso a los dos forasteros de otros mundos, y añadió—: De toos modos no vendría. Dijo que me dejarían pasar porque soy un niño. —Sonrió—. Y por poco no me dejan, ¿eh? Quiero decir, la mujer que parecía que siempre estuviera oliendo algo.

Calló de pronto, como avergonzado, y se miró.

—De donde vengo, no tenemos muchas oportunidades de lavarnos.

—No importa —le sonrió Dors—. ¿Dónde se supone que debemos encontramos, ya que él no vendrá aquí? Después de todo, si no te importa que lo diga…, no nos apetece volver a Billibotton.

—Ya se lo he dicho a ustés —exclamó Raych, indignado—. Harán lo que quieran en Billibotton, se lo juro. Además, donde él vive, nadie les molestará.

—¿Dónde está? —preguntó Seldon.

—Puedo llevarles. No está lejos.

—¿Y por qué quiere vernos? —preguntó Dors.

—No sé. Pero dice así… —Raych entrecerró los ojos en su esfuerzo por recordar—: «Diles que quiero ver al hombre que habló con un calorero dahlita como si fuera un ser humano y a la mujer que derrotó a Marron con las navajas y no lo mató aunque pudo hacerlo». Creo que lo he dicho bien.

—Eso creo yo —sonrió Seldon—. ¿Podemos verle ahora?

—Está esperando.

—Entonces, iremos contigo —repuso Seldon, que miró a Dors, inquisitivo.

—De acuerdo. Estoy dispuesta. Puede que no se trate de ninguna trampa. La esperanza es una eterna primavera…

74

Al salir, la luz del atardecer tenía un amable resplandor, un ligero tono violeta con un borde rosado que simulaba nubes de puesta de sol deslizándose con el aire. Dahl podía quejarse por el trato que recibía de los

gobernantes imperiales de Trantor, pero seguro que no tenían nada que objetar al tiempo que los ordenadores les proporcionaban.

—Parecemos gente célebre —murmuró Dors—. No cabe la menor duda.

Seldon apartó los ojos del supuesto cielo y de inmediato se dio cuenta de una concentración de gente rodeando la casa donde los Tisalver vivían.

Todos los que formaban el grupo se les quedaron mirando fijamente. Cuando quedó bien sentado que ambos forasteros se habían dado cuenta de la atención, un murmullo sordo recorrió el grupo que parecía estar a punto de romper en aplausos.

—Ahora comprendo por qué Mrs. Tisalver encuentra esto molesto —observó Dors—. Debí haberme mostrado más simpática.

La multitud iba, en su mayor parte, pobremente vestida y no era difícil adivinar que muchos de ellos procedían de Billibotton. Impulsivamente, Seldon sonrió y elevó la mano en un breve saludo que levantó aplausos.

—¿Pué la señora enseñarnos trucos con la navaja? —gritó una voz, perdida en el anonimato.

Y cuando Dors, como respuesta, les gritó:

—No, sólo la saco cuando estoy furiosa —la risa fue general.

Un hombre dio un paso adelante. Era obvio que no procedía de Billibotton, y también que no era un dahlita. Su bigote, pequeño, no era negro, sino castaño.

—Soy Marlo Tanto, de las *Noticias H.V.* trantorianas —dijo, presentándose—. ¿Podemos enfocarles un poco para la holovisión de esta noche?

—¡No! —respondió Dors, tajante—. ¡Y nada de entrevistas!

El periodista no se movió.

—Tengo entendido que sostuvo una pelea con muchos hombres de Billibotton…, y que les ganó. —Sonrió—. Es una gran noticia.

—No es cierto. Tropezamos con unos hombres en Billibotton, les hablamos y seguimos adelante. Es lo único que pasó, y la única noticia que va a conseguir.

—¿Cómo se llama? No parece trantoriana.

—No tengo nombre.

—¿Y el de su compañero?

—Tampoco tiene nombre.

El periodista pareció molesto.

—Oiga, señora. Usted es noticia y yo estoy tratando de hacer mi trabajo.

Raych tiró de la manga de Dors. Ésta se inclinó y escuchó lo que el muchacho le murmuraba con fuerza. Dors asintió y volvió a erguirse.

—No creo que usted sea periodista, Mr. Tanto. Creo que es un agente Imperial y que trata de provocar malestar en Dahl. No hubo lucha, y no intente fabricar noticias sobre una pelea como medio de justificar una expedición Imperial a Billibotton. Si yo fuera usted, no me quedaría por aquí. No creo que sea muy popular entre toda esta gente.

Al oír las primeras palabras de Dors, la multitud empezó a murmurar. Creció el tono y empezaron a acercarse despacio, con aire amenazador, hacia Tanto. Éste miró, nervioso, a su alrededor y empezó a alejarse.

—Dejad que se vaya —gritó Dors—. Que nadie lo toque. No le proporcionéis el pretexto de alegar e informar violencia.

Todos le abrieron paso.

—Oh, señora, debió dejar que le pegaran un poco —comentó Raych.

—Muchacho sanguinario —dijo Dors—, llévanos junto a tu amigo.

75

Conocieron al hombre que se llamaba Davan en una habitación detrás de un ruinoso vagón-comedor. Detrás, pero lejos.

Raych abría la marcha, demostrando de nuevo que se encontraba tan en su elemento en las callejas de Billibotton como un topo en los túneles subterráneos de Helicon. La cautela de Dors Venabili fue la primera que se manifestó. Se detuvo.

—Vuelve, Raych —ordenó—. Dime, con toda exactitud, adónde vamos.

—A ver a Davan —respondió Raych exasperado—, ya se lo he dicho.

—Pero ésta es un área desierta. Aquí no vive nadie. —Miró con repugnancia a su alrededor. Todo aquello carecía de vida y los paneles luminosos que se veían no tenían luz…, o casi nada.

—Así le gusta a Davan —explicó Raych—. Siempre está cambiando de sitio, quedándose aquí o allí. Ya sabe…, variando.

—¿Por qué? —preguntó Dors.

—Está más a salvo, señora.

—¿De quién?

—Del Gobierno.

—¿Para qué va a querer el Gobierno a Davan?

—No lo sé. Le diré lo que haremos: les explicaré dónde está y les diré cómo se llega, y ustedes van solos…, si no quieren que yo les lleve.

—No, Raych —dijo Seldon—, estoy seguro de que nos perderíamos sin ti. La verdad es que será mejor que esperes a que terminemos para que nos acompañes de vuelta.

—¿Y yo, qué? —saltó Raych al momento—. ¿Cuentan con que siga esperando cuando tenga hambre?

—Tú esperas y tienes hambre, Raych, y cuando terminemos, te compraré una buena cena. Lo que tú quieras.

—Eso dice *ahora*, señor. ¿Cómo sabré que es verdad?

La mano de Dors saltó. Una navaja, con la hoja al descubierto, aparecía en su mano.

—No nos estarás llamando embusteros, ¿verdad, Raych?

Los ojos de Raych se desorbitaron. No parecía asustado por la amenaza.

—¡Oh, no lo había visto! —observó—. Hágalo otra vez.

—Lo haré después, si sigues aquí. Si no —amenazó Dors, ceñuda—, te perseguiremos.

—Vaya, venga, señora. Que no va a perseguirme. Usted no es de esa clase. Pero me quedaré. —Y adoptó una postura—. Les doy mi palabra.

Siguió guiándoles en silencio, aunque el eco de sus zapatos sonaba hueco en los pasadizos vacíos.

Davan levantó la mirada cuando entraron, una mirada salvaje que se dulcificó cuando vio a Raych. Inquisitivo, hizo unos gestos rápidos hacia los otros.

—Éstos son ellos —anunció Raych. Después, sonrió y se fue.

—Soy Hari Seldon. La joven es Dors Venabili.

Seldon contempló a Davan con curiosidad. Era moreno y tenía el grueso bigote negro del varón dahlita, pero, además, lucía un principio de barba. Era el primer dahlita que veía Seldon que no estuviera meticulosamente rasurado. Incluso los matones de Billibotton tenían las mejillas y la barbilla limpias.

—¿Cuál es su nombre, señor? —preguntó Seldon.

—Davan. Raych debió habérselo dicho.

—Su apellido.

—Sólo soy Davan. ¿Les han seguido hasta aquí, doctor Seldon?

—No. Estoy seguro de que no. De haberlo hecho, supongo que Raych les hubiera visto u oído. Y si él no lo hubiera notado, la doctora Venabili se habría dado cuenta.

—Confías en mí, Hari —sonrió levemente Dors.

—Cada vez más —respondió él, pensativo.

Davan se revolvió, inquieto.

—Pero ya les han descubierto —anunció.

—¿Descubierto?

—Sí. Me he enterado de lo de ese supuesto periodista.

—¿Ya? —Seldon pareció estupefacto—. Sospecho que, en realidad, era un periodista…, e inofensivo, además. Le llamamos agente imperial a instancias de Raych, y fue una buena idea. La gente que lo rodeaba se mostró amenazadora y así nos libramos de él.

—No —declaró Davan—. Él era lo que ustedes le llamaron. Mi gente le conoce y *trabaja*, en efecto, para el Imperio… Pero tampoco ustedes hacen lo que yo. No utilizan nombre falso ni cambian de residencia. Se mueven con sus propios nombres y no hacen el menor esfuerzo por permanecer a cubierto. Usted es Hari Seldon, el matemático.

—En efecto, lo soy. ¿Por qué iba a inventarme un nombre falso?

—El Imperio le busca, ¿no es así?

Seldon se encogió de hombros.

—Me quedo en sitios donde el Imperio no puede apoderarse de mí.

—Abiertamente, no. Pero el Imperio no tiene por qué obrar abiertamente. Yo le instaría a que desapareciera, que desapareciera realmente.

—Lo mismo que usted…, tal como dice —comentó Seldon mirando en derredor suyo con cierto asco. La habitación estaba tan muerta como los pasadizos por los que habían ido. Sucia y polvorienta, y sumamente deprimente.

—Sí —dijo Davan—. Podría sernos útil.

—¿De qué modo?

—¿Habló con un joven llamado Yugo Amaryl?

—En efecto.

—Amaryl me dijo que usted puede predecir el futuro.

Seldon suspiró, abrumado. Comenzaba a cansarse de permanecer de pie en aquella habitación vacía. Davan estaba sentado en un almohadón y había otros disponibles, pero parecían sucios. Tampoco deseaba apoyarse en la pared, cubierta de moho.

Seldon dijo:

—O usted no comprendió a Amaryl, o él no me entendió a mí —protestó Seldon—. Lo que he hecho es demostrar que es posible elegir condiciones de arranque de las que no desciende la previsión histórica en estados caóticos, sino que puede ser predecible dentro de unos ciertos límites. Sin embargo, lo que estas condiciones de arranque pueden ser, lo ignoro, y tampoco estoy seguro de que puedan ser encontradas por una sola persona, o por varias en un tiempo finito. ¿Me comprende?

—No.

Seldon volvió a suspirar.

—Deje que lo intente de nuevo. Es posible predecir el futuro, pero puede ser imposible descubrir cómo sacar partido de esa posibilidad. ¿Lo entiende?

Davan miró a Seldon, sombrío; luego, a Dors.

—Entonces, *no puede* predecir el futuro —declaró al fin.

—Ahora lo ha captado, Mr. Davan.

—Llámeme sólo Davan. Pero algún día puede aprender a predecir el futuro.

—Es concebible.

—Ésta es la razón por la que el Imperio le busca.

—No —cortó Seldon, levantando un dedo con un gesto didáctico—. Mi idea es que ésta es la razón por la que el Imperio *no hace* grandes esfuerzos para apoderarse de mí. Les gustaría tenerme si pudieran cogerme sin esfuerzo, pero están al corriente de que *ahora mismo* no sé nada y que, por consiguiente, no merece la pena desbaratar la delicada paz de Trantor interfiriendo con los derechos locales de éste u otro Sector. Ésta es la razón de que pueda circular con mi propio nombre con razonable seguridad.

Por un momento, Davan hundió la cabeza entre sus manos.

—Esto es una locura —murmuró; luego, abatido, miró a Dors—. ¿Es usted la esposa del doctor Seldon?

—Soy su amiga y protectora —respondió Dors, imperturbable.

—¿Lo conoce bien?

—Llevamos varios meses juntos.

—¿Nada más?

—Nada más.

—En su opinión, ¿dice la verdad?

—Sé que dice la verdad. Oiga, ¿por qué motivo iba usted a confiar en mí si no confía en él? Si Hari le mintiera por alguna razón, ¿por qué no iba yo a mentirle también, a fin de apoyarlo?

Davan, desalentado, miró de uno a otro.

—En cualquier caso, ¿estarían dispuestos a ayudarnos? —preguntó.

—¿Quiénes son ustedes, y de qué forma necesitan ayuda?

—Ya conoce la situación de Dahl —explicó Davan—. Estamos oprimidos. Usted debe saberlo ya y, por la forma como trató a Yugo Amaryl, no puedo creer que no simpatice con nosotros.

—Simpatizamos del todo.

—¿Y sabe cuál es la fuente de la opresión?

—Va a decirme que es el Gobierno Imperial, supongo, y apuesto a que representa bien su papel. Por el contrario, observo que existe una clase media en Dahl que desprecia a los caloreros y una clase criminal que aterroriza al resto del Sector.

Davan apretó los labios, pero no se inmutó.

—Es cierto —reconoció—. Pero el Imperio favorece esta situación por principio. Dahl posee el potencial de crear grandes disturbios. Si los

caloreros hicieran huelga, Trantor sufriría, de inmediato, una enorme falta de energía…, con todo lo que ello traería implicado. Sin embargo, la propia clase alta de Dahl es capaz de gastar un montón de dinero en alquilar a los matones de Billibotton, y de otros lugares, para que luchen contra los caloreros y parar así la huelga. Ha ocurrido otras veces. El Imperio permite a ciertos dahlitas que prosperen, de una forma relativa, a fin de convertirles en lacayos imperialistas, al tiempo que rehúsa cumplir la ley de control de armas lo suficiente para debilitar al elemento criminal. El Gobierno Imperial hace lo mismo en todas partes, y no solamente en Dahl. No puede ejercer la fuerza para imponer su voluntad como en los viejos tiempos, cuando gobernaban con brutalidad. Hoy en día, Trantor se ha hecho tan complejo y se altera, con tanta facilidad, que las fuerzas imperiales deben mantenerse al margen…

—Una forma de degeneración —murmuró Seldon, recordando las quejas de Hummin.

—¿Cómo dice? —preguntó Davan.

—No, nada —dijo Seldon—. Continúe.

—Las fuerzas imperiales deben mantenerse al margen, pero, así y todo, pueden hacer algo. Cada Sector es animado a sospechar de sus vecinos. Y las clases económicas y sociales son empujadas a pelear entre sí. El resultado es que en todo Trantor no se puede conseguir que la gente actúe unida. Por todas partes, la población preferiría luchar entre sí que formar un frente común contra la tiranía central y las leyes del Imperio sin tener que emplear la fuerza.

—¿Y qué cree usted que pueda hacerse? —preguntó Dors.

—Durante años, he intentado crear un sentimiento de solidaridad entre la gente de Trantor.

—Sólo me cabe suponer —observó Seldon— que ha encontrado en ello una tarea desagradecida y de enorme dificultad.

—Supone correctamente, pero el pequeño grupo se está haciendo más fuerte. Muchos de nuestros navajeros han llegado al convencimiento de que las navajas están mejor cuando no se usan para luchar entre ellos. Los que les atacaron en los pasadizos de Billibotton son un ejemplo de los no convertidos. No obstante, los que les apoyan ahora, los que estaban

dispuestos a defenderles contra el agente que creyeron un periodista, son gente mía. Yo vivo aquí entre ellos. No es un modo de vida atractivo, pero estoy a salvo. Tenemos partidarios en los Sectores vecinos y crecemos día a día.

—Pero, ¿en qué podemos participar? —preguntó Dors.

—En primer lugar, ambos proceden de otros mundos, son eruditos. Necesitamos gente como ustedes entre nuestros dirigentes. Nuestra mayor fuerza la forman los pobres y los analfabetos porque son los que más sufren, pero son los que no pueden dirigir. Una persona como uno de ustedes dos vale por un centenar de ellos.

—Es una extraña estimación por parte de alguien que quiere salvar a los oprimidos —observó Seldon.

—No me refiero en cuanto a la persona en sí; es la parte correspondiente al liderazgo la que me preocupa. El partido debe contar con hombres y mujeres de fuerza intelectual entre sus dirigentes.

—Quiere decir que personas como nosotros son necesarias para dar un barniz de respetabilidad a su partido.

—Siempre se puede introducir algo noble, aunque sea bajo mano, si se intenta. Pero usted, doctor Seldon, es más que respetable, es más que un intelectual. Incluso si no quiere admitir la posibilidad de penetrar en las brumas del futuro…

—Por favor, Davan, no se me ponga poético y no emplee un tono condicional. No se trata de admitir. No *puedo* prever el futuro. No son brumas lo que bloquea mi visión, sino barreras de acero cromado.

—Déjeme terminar. Incluso si no puede predecir el futuro con, ¿cómo le llama?, exactitud psicohistórica, ha estudiado Historia y puede tener un cierto sentido intuitivo por las consecuencias. ¿Qué? ¿No es así?

Seldon sacudió la cabeza.

—Puedo tener cierta comprensión intuitiva merced a las probabilidades matemáticas, pero hasta dónde puedo llegar traduciendo esto en algo de significado histórico, es totalmente incierto. En realidad, *no* he estudiado Historia. Ojalá lo hubiera hecho. Acuso intensamente esta carencia.

—Soy yo la historiadora, Davan, y puedo decirle alguna cosa, si lo desea.

—Le ruego que lo haga —dijo Davan en un tono a medias cortesía, a medias reto.

—En primer lugar, ha habido muchas revoluciones en la historia galáctica que han derribado tiranías, a veces en un solo planeta, otras en grupos de ellos, en el propio Imperio en alguna ocasión o en los Gobiernos regionales pre-imperiales. Con frecuencia, esto ha significado un cambio de tiranía nada más. En otras palabras, una clase gobernante ha sido sustituida por otra clase gobernante. Algunas veces por la más eficiente y, por tanto, más *capaz* de mantenerse en el poder, mientras que los pobres, los maltratados, los más oprimidos, siguen siendo pobres, maltratados, oprimidos o todavía están peor.

—Me doy cuenta de ello —comentó Davan, que escuchaba atentamente —. Todos nos damos cuenta. Quizá podamos aprender del pasado y saber mejor lo que hay que evitar en el futuro. Además, la tiranía que existe ahora es una tiranía *real*. La que exista en el futuro será sólo potencial. Si siempre retrocedemos ante el cambio, con la idea de que el cambio puede ser peor, no queda esperanza alguna de escapar algún día de la injusticia.

—En segundo lugar —dijo Dors—, lo que debe recordar es que aun con la razón de su parte, incluso si la justicia clama la condena, suele ser el tirano existente el que dispone el equilibrio de fuerzas de su parte. No hay nada que sus navajeros puedan hacer en cuanto a alzamiento o demostración, que produzca efectos permanentes mientras del otro lado haya un ejército equipado con armas quinéticas, químicas y neurológicas dispuesto a utilizarlas contra ellos. Usted puede tener a todos los maltratados e incluso a todos los responsables de su parte, pero, de algún modo, debe ganarse a las fuerzas de seguridad y al Ejército Imperial o, por lo menos, debilitar seriamente su lealtad a los dirigentes.

—Trantor es un mundo multigubernamental —alegó Davan—. Cada Sector tiene sus propios dirigentes y algunos de ellos son anti-imperiales de por sí. Si podemos conseguir un Sector fuerte de nuestra parte, la situación cambiaría, ¿verdad? Entonces, dejaríamos de ser desarrapados luchando con navajas y piedras.

—¿Significan sus palabras que *tienen* un Sector fuerte de su parte, o, simplemente, que ambicionan tenerlo?

Davan guardó silencio.

—Voy a imaginar que está pensando en el alcalde de Wye —prosiguió Dors—. Si el alcalde está dispuesto a servirse del descontento popular como medio para mejorar sus posibilidades de derrotar al Emperador, ¿no le llama la atención que el fin previsto por el alcalde sea el de la sucesión al trono imperial? ¿Por qué iba el alcalde a arriesgar su actual y considerable posición por algo inferior? ¿Sólo por las ventajas de la justicia, y el trato decente a la gente, en los que no tendrá mayor interés?

—¿Quiere decir que cualquier jefe poderoso que se muestre dispuesto a ayudarnos, puede traicionarnos después? —dijo Davan.

—Es un hecho más que común en la historia galáctica.

—Si estuviéramos prevenidos, ¿no podríamos *nosotros* traicionarle a *él*?

—¿Se refiere a servirse de él y después, en algún momento crucial, subvertir al jefe de sus fuerzas, o a un dirigente en todo caso, y hacerle asesinar?

—No de esa forma, pero tiene que existir algún medio de eliminarle, caso de que fuera necesario.

—Entonces, tendríamos un movimiento revolucionario en el que los principales encausados deberían estar dispuestos a traicionarse mutuamente, cada uno limitándose a esperar la oportunidad de hacerlo. Parece una receta para provocar el caos.

—Entonces, ¿no nos ayudarán? —preguntó Davan.

Seldon había estado pendiente del intercambio entre Dors y Davan, con expresión de desconcierto.

—No es algo que pueda plantearse con tanta simplicidad —dijo, manteniendo la misma expresión—. Nos gustaría ayudarles. Estamos de su parte. Me parece que ningún hombre sensato desea mantener un sistema imperial que se mantiene en el poder fomentando sospechas y odios mutuos. Aun cuando parece que funciona, sólo puede ser descrito como meta-estable; es decir, demasiado propenso a caer en la inestabilidad en una dirección u otra. La cuestión es: ¿*Cómo* podemos ayudar? Si yo dispusiera de la psicohistoria, si pudiera decir lo que es más probable que ocurra, o si pudiera decir qué acción entre un número de posibilidades alternativas, produciría una consecuencia feliz en apariencia, entonces, pondría mi

habilidad a su disposición… Pero no tengo nada. Como mejor puedo ayudarle es tratando de desarrollar la psicohistoria.

—¿Cuánto tardará?

—No puedo saberlo —respondió Seldon con un encogimiento de hombros.

—¿Cómo puede pedirnos que esperemos indefinidamente?

—¿Qué otra alternativa tengo, ya que no le sirvo de nada tal como soy? Pero voy a decirle una cosa: hasta hace muy poco tiempo, yo estaba absolutamente convencido de que la psicohistoria era de todo punto imposible. Ahora, no estoy tan seguro.

—¿Quiere decir que tiene una solución *in mente*?

—No. Sencillamente, la sensación intuitiva de que es posible una solución. Aún no he podido dilucidar qué ha ocurrido para que yo tenga esta sensación. Puede que sea una ilusión, pero lo intentaré. Deje que siga intentándolo… Quizá volvamos a encontrarnos.

—O quizá —advirtió Davan—, si regresa al lugar donde vive ahora, caiga, en cualquier momento, en una trampa imperial. Puede pensar que el Imperio le dejará en paz, mientras se debate con la psicohistoria, pero estoy seguro de que el Emperador y su diabólico Demerzel no están de humor para esperar eternamente, como tampoco yo.

—No les servirá de nada precipitarse, ya que no estoy de su parte —observó Seldon, tranquilo—, como sí lo estoy de la suya. Vámonos, Dors.

Salieron dejando a Davan solo, sentado en aquella estancia miserable, y encontraron a Raych esperándoles fuera.

76

Raych estaba comiendo. Al acabar, se chupó los dedos y arrugó la bolsa en que había estado la comida. Un fuerte olor a cebolla perfumaba el aire…, pero era un olor diferente, con algo de levadura tal vez. Dors retrocedió un poco ante el mal olor.

—¿De dónde has sacado la comida, Raych? —preguntó.

—Los hombres de Davan me la trajeron. Davan está muy bien.

—Entonces, no tenemos que comprarte cena, ¿verdad? —preguntó Seldon, que se notaba el estómago vacío.

—*Algo* me deben —contestó Raych, mirando, ansioso, en dirección de Dors—. ¿Qué hay de la navaja, señora? Una de ellas.

—Nada de navaja —contestó Dors—. Nos dejas en casa sanos y salvos, y te daré cinco créditos.

—No puedo comprarme una navaja con cinco créditos —protestó.

—No tendrás ninguna otra cosa que no sean cinco créditos —aseguró Dors.

—Es usted una dama roña, señora —dijo Raych.

—Soy una dama roña con navaja rápida, Raych, así que, andando.

—Está bien. No s'acalore. —Y Raych agitó la mano—. Por aquí.

Fue cuando, al regresar por los pasadizos vacíos, Dors, mirando a uno y otro lado, se detuvo en seco.

—Espera, Raych. Alguien nos sigue.

Raych pareció exasperado.

—No tenía que haberles oído.

Seldon inclinó la cabeza a un lado y escuchó.

—Yo no oigo nada.

—Yo, sí —afirmó Dors—. Óyeme, Raych, no quiero tonterías. Dime ahora mismo lo que está sucediendo, o te sacudiré tan fuerte en la cabeza, que estarás una semana sin poder ver. Y lo digo en serio.

Raych alzó un brazo como para defenderse.

—A ver si es capaz, asquerosa señora. A ver si se atreve… Son los tíos de Davan. Cuidan de nosotros por si apareciera algún navajero.

—¿Los tíos de Davan?

—Sí. Nos siguen por los pasadizos de servicio.

La mano derecha de Dors saltó inesperadamente y agarró a Raych por el cuello de su vestimenta. Lo alzó y él, pataleando, empezó a gritar:

—¡Eh, señora, eh!

—Dors, no te ensañes con él —medió Seldon.

—Lo haré, y con dureza, si descubro que miente. Estás a mi cargo, Hari, y no al de él.

—No miento —protestó Raych, debatiéndose—. No miento.

—Seguro que no —corroboró Seldon.

—Bueno, ya veremos, Raych, diles que salgan para que podamos verles.

Le soltó y se frotó las manos.

—¡Usted está chalá, señora! —murmuró Raych, ofendido. Luego, alzando la voz—: ¡Eh, Davan! ¡Que salga alguno de vosotros!

Hubo un tiempo de espera y después, de una abertura oscura en el corredor, dos bigotudos aparecieron, uno de ellos con una cicatriz que le partía la mejilla. Llevaban sendas navajas en la mano, con la hoja escondida.

—¿Cuántos de ustedes andan por ahí? —preguntó Dors con voz dura.

—Varios —respondió uno de los recién aparecidos—. Tenemos órdenes. Les escoltamos a ustedes. Davan los quiere a salvo.

—Gracias. Procuren hacer menos ruido. Raych, sigue andando.

—Me ha maltratado y yo le decía la verdad —masculló el muchacho entre dientes.

—Tienes razón —dijo Dors—. Al menos, creo que tienes razón…, y te pido perdón por ello.

—No sé si aceptarlo —comentó Raych haciéndose el hombre—. Pero, está bien, por esta vez… —Y emprendió la marcha.

Cuando llegaron a la avenida, los invisibles guardianes desaparecieron. O, por lo menos, el fino oído de Dors no los percibía. Pero, claro, ellos estaban entrando en la parte respetable del Sector.

—Me parece que no tenemos nada que te siente bien, Raych —murmuró Dors, pensativa.

—¿Por qué quieren que su ropa me siente bien, señora? —(Aparentemente, la respetabilidad parecía invadir a Raych, una vez fuera de los pasadizos)—. Ya tengo la mía.

—Pensé que te gustaría venir a nuestra casa y darte un baño.

—¿Pa qué? Ya me lavaré uno de estos días. Y me pondré la otra camisa… —Observó a Dors con mirada astuta—. Le pesa haberme sacudido y trata de hacer las paces, ¿eh?

—Sí. Más o menos —sonrió Dors.

Raych hizo un ademán majestuoso con la mano.

—Déjelo. No me ha hecho daño. Oiga, usted es fuerte para ser una mujer. ¡Me levantó como si nada!

—Estaba enfadada, Raych. Tengo que preocuparme por el doctor Seldon.

—¿Es algo así como su guardaespaldas? —Raych miró, inquisitivo, a Seldon—. ¿Tiene a una señora de guardaespaldas?

—No puedo evitarlo —contestó Seldon con sonrisa enigmática—. Insiste. Y hace bien su trabajo.

—Piénsalo bien, Raych —les interrumpió Dors—. ¿Estás seguro de no querer bañarte? Un estupendo baño caliente.

—No podría. ¿Piensa usté que aquella mujer volverá a dejarme entrar en su casa?

Dors levantó la mirada y vio a Casilia Tisalver frente a la entrada principal del complejo de apartamentos. Su mirada iba de la forastera al muchacho de los bajos fondos. Habría sido imposible decir a quién de los dos miraba con más rabia.

Raych se despidió.

—Bueno, hasta la vista, señor y señora. No sé si les dejará entrar en la casa. —Se metió las manos en los bolsillos y se alejó contoneándose, en un bello alarde de despreocupada indiferencia.

—Buenas noches, Mrs. Tisalver —saludó Seldon—. Es algo tarde, ¿verdad?

—Es muy tarde. Hoy ha habido casi un motín frente a este edificio por causa del periodista al que ustedes le azuzaron la chusma.

—Nosotros no azuzamos a nadie contra nadie —declaró Dors.

—Yo estaba allí —insistió la mujer, intransigente—. Y lo vi todo.

Se apartó a un lado para dejarles pasar, pero tardó lo suficiente en hacerlo para que ellos captaran bien su antipatía.

—Se comporta como si ésta fuera la última gota —murmuró Dors mientras ella y Seldon se dirigían a sus habitaciones.

—¡Ah! ¿Y qué podemos hacer al respecto? —preguntó Seldon.

—Me gustaría saberlo —musitó Dors.

OFICIALES

RAYCH. — ... *Según Hari Seldon, su original encuentro con Raych fue enteramente accidental. Era un simple chaval del arroyo al que Seldon pidió una dirección. Pero su vida, a partir de aquel momento, continuó entrelazada con la del gran matemático hasta…*

Enciclopedia Galáctica

77

A la mañana siguiente, Seldon, vestido de cintura para abajo, lavado y afeitado, llamó a la puerta que conducía a la alcoba de Dors.

—Abre la puerta, Dors —pidió sin alzar la voz.

Ella así lo hizo. Los rizos cortos de su cabello dorado-rojizo estaban aún mojados. También ella iba vestida sólo de cintura para abajo. Seldon dio un paso atrás, alarmado. Dors se miró los turgentes senos con indiferencia y se envolvió la cabeza con una toalla.

—¿Qué quieres?

Seldon continuó mirando hacia otro lado.

—Venía a preguntarte sobre Wye —dijo él.

—¿Sobre qué, y en relación con qué? —preguntó Dors con naturalidad —. Y, por favor, no me hagas hablarle a tu perfil. Seguro que ya no eres

virgen.

—Estoy tratando de ser correcto —contestó Seldon, dolido—. Si a *ti* no te importa, a *mí* tampoco, en absoluto. Y no se trata de qué sobre qué. Quisiera que me hablaras del Sector de Wye.

—¿Por qué? O, si lo prefieres, ¿por qué precisamente de Wye?

—Mira, Dors, te hablo en serio. De tanto en tanto, el Sector de Wye es mencionado, aunque, en realidad, es mencionado el alcalde de Wye. Hummin habló de él, tú lo hiciste, Davan también. Y yo no sé absolutamente nada ni del Sector, ni del alcalde.

—Yo tampoco soy trantoriana de nacimiento, Hari. No estoy enterada de gran cosa, pero te contaré lo que sé. Wye se encuentra cerca del polo Sur… Es grande, populoso…

—¿Cómo puede ser populoso en el polo Sur?

—No estamos en Helicon, Hari, ni en Cinna. Esto es Trantor. Todo es subterráneo y, subterráneo referido a los polos o al ecuador, es más o menos lo mismo. Desde luego, supongo que la organización del día y la noche será diferente…: días largos en verano, noches largas en invierno, más o menos como sería en la superficie. La diferencia es pura afectación; están orgullosos de ser polares.

—Pero, en *Arriba*, la verdad, debe hacer mucho frío.

—Oh, sí. El *Arriba* de Wye es nieve y hielo, pero no tan espeso como podrías imaginar. Si fuese así, aplastaría las cúpulas, pero eso no ocurre y ahí radica la razón básica del poder de Wye.

Se volvió a su espejo, se quitó la toalla de la *cabeza* y se colocó la red secadora sobre el cabello que, a los pocos segundos, había adquirido un brillo delicioso.

—No tienes idea de lo feliz que soy no teniendo que llevar un cubrecabeza —le comentó al tiempo que se ponía la parte superior de su vestido.

—¿Qué tiene que ver el grosor de la capa de hielo con el poder de Wye?

—Piensa un poco. Cuarenta mil millones de personas gastan gran cantidad de energía y cada caloría de la misma acaba transformándose en calor, del que hay que deshacerse. Lo canalizan a los polos, en especial al polo Sur, que es el más desarrollado de los dos, y es descargado al espacio.

En el proceso, gran parte del hielo se funde, y estoy segura de que eso provoca las nubes y las lluvias de Trantor, por más que quienes se dedican a la meteorología insistan en que todo es mucho más complicado que esto.

—¿Utiliza Wye dicha energía antes de descargarla?

—Puede que sí. En cambio, no tengo la menor idea sobre la tecnología empleada para deshacerse del calor, pero yo hablaba del poder político. Si Dahl dejara de producir energía utilizable, causaría un grave inconveniente a Trantor, pero hay otros Sectores que producen energía y que pueden aumentar su producción y, naturalmente, hay energía almacenada de una forma u otra. En cualquier momento, Dahl sería llamado al orden, pero habría tiempo. Por el contrario, Wye…

—¿Sí?

—Wye se desprende de por lo menos el 90 por ciento de todo el calor producido en Trantor y no puede sustituirlo. Si Wye bloqueara su emisión de calor, la temperatura empezaría a subir en todo Trantor.

—Y también en Wye.

—Ya, pero como Wye está en el polo Sur, puede organizar una entrada de aire frío. No serviría de gran cosa, pero Wye duraría más que el resto de Trantor. La cuestión es, pues, que Wye representa un problema espinoso para el Emperador y que el alcalde de Wye es, o puede llegar a ser, sumamente poderoso.

—¿Y qué clase de persona es el actual alcalde de Wye?

—No lo sé. Por lo que he oído alguna vez, parece que es muy viejo, lleva una vida de reclusión; es duro como el casco de una hipernave y todavía intriga con mucha inteligencia en pos del poder.

—¿Por qué lo hará? Si es tan viejo, no conservaría el poder durante mucho tiempo.

—Quién sabe, Hari. Me figuro que debe ser la obsesión de toda una vida. O bien es el juego de *maniobrar* el poder, sin verdadera ansia del poder en sí. Probablemente, si dispusiera del poder y ocupara el lugar de Demerzel o incluso el trono imperial, se sentiría decepcionado porque el juego habría terminado. Desde luego, si sigue vivo, podría empezar el juego subsiguiente de *conservar* el poder, lo que le resultaría lo mismo de difícil e igual de satisfactorio.

Seldon sacudió la cabeza.

—Me asombra que alguien quiera ser Emperador.

—Ninguna persona sensata lo desearía, de acuerdo, pero la «voluntad imperial», como se llama con frecuencia, es una infección que, una vez contraída, te vuelve loco. Y cuanto más cerca estás del poder, más probabilidades tienes de contagiarte. Con cada siguiente promoción…

—La enfermedad se agudiza. Sí, lo veo claro. Pero también me parece que siendo Trantor un mundo tan grande, tan interligado en sus necesidades y tan conflictivo en sus ambiciones, debe resultar el lugar más difícil de gobernar por parte del Emperador. ¿Por qué no se va de Trantor, sin más, y se establece en un mundo más simple?

Dors se echó a reír.

—No me harías semejante pregunta si conocieras la historia. Trantor ha sido y es el imperio después de millares de años de costumbre. Un emperador que no resida en el Palacio Imperial, no lo es. El Emperador es más un lugar que una persona.

Seldon se refugió en el silencio, con el rostro rígido. Pasado un buen rato, Dors le preguntó:

—¿Qué te ocurre, Hari?

—Estoy pensando —respondió él con voz ahogada—. Desde que me contaste la historia de la-mano-en-el-muslo, he tenido pensamientos fugaces que… Ahora, tu observación de que el Emperador es más un lugar que una persona, ha despertado un eco.

—¿Qué clase de eco?

Seldon movió la cabeza.

—Todavía estoy pensándolo. Puede que me equivoque. —Su mirada hacia Dors se agudizó y se fijó—. Bueno, en todo caso, deberíamos bajar a desayunar. Llegaremos tarde y no creo que la patrona esté de un humor lo bastante bueno para hacer que nos lo suban.

—¡Qué optimista! —comentó Dors—. Lo que yo pienso es que su humor no es lo bastante bueno para querer que nos quedemos…, con o sin desayuno. Nos quiere fuera de aquí.

—Puede ser, pero le estamos pagando el alquiler.

—Sí, desde luego, aunque, a pesar de eso, sospecho que nos odia de tal forma que no le importan nuestros créditos.

—Quizá su marido sienta algo más de cariño por el alquiler.

—Si puede decir una sola palabra, Hari, la única persona más sorprendida que yo, sería su mujer. Está bien, ya he terminado.

Y bajaron la escalera hacia la sección Tisalver del apartamento para encontrarse con una señora que les esperaba con bastante menos que un desayuno…, y, también, considerablemente más.

78

Casilia Tisalver esperaba tiesa como un palo, con los ojos centelleantes y una sonrisa de circunstancias en su rostro redondo. Su marido se reclinaba, indolente, contra la pared. En el centro de la habitación, había dos hombres de pie, envarados, como si hubieran visto los almohadones en el suelo y los despreciaran.

Ambos tenían el cabello oscuro y rizado y el frondoso bigote que se esperaba de los dahlitas. Los dos eran delgados y vestían ropas oscuras, tan semejantes entre sí, que debían ser sus uniformes. Por los hombros y en los lados de los pantalones, había un ribete blanco. Ambos llevaban sendas insignias sobre el lado derecho de su pecho (una oscura nave espacial y el Sol, el símbolo del Imperio Galáctico de cada mundo habitado de la Galaxia con una oscura «D» en el centro del Sol).

Seldon comprendió al instante que aquéllos eran dos miembros de las Fuerzas de Seguridad dahlitas.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Seldon con acritud.

Uno de los hombres dio un paso adelante.

—Soy un oficial de Sector, Lanel Russ. Éste es mi compañero, Gebore Astinwald.

Ambos presentaban brillantes tarjetas holográficas de identificación. Seldon no se molestó en mirarlas.

—¿Qué es lo que desean?

—¿Es usted Hari Seldon, de Helicon? —preguntó el llamado Russ, con calma.

—Sí.

—¿Y usted Dors Venabili, de Cinna?

—Sí —contestó Dors.

—Estoy aquí para investigar una queja de que un tal Hari Seldon provocó un tumulto en el día de ayer.

—No hice tal cosa.

—Según nuestra información —expuso Russ, mirando la pequeña pantalla de un ordenador de bolsillo—, usted acusó a un periodista de ser un agente imperial, instigando así un motín del populacho contra él.

—Fui yo quien dijo que era un agente imperial oficial —intervino Dors —. Tenía razones para pensar de ese modo. No creo que expresar la propia opinión sea un crimen. En el Imperio hay libertad de expresión.

—Esa libertad no cubre una opinión deliberadamente formulada a fin de instigar al motín.

—¿Cómo puede decir que lo era, oficial?

En este punto, Mrs. Tisalver intervino:

—*Yo* puedo decirlo, oficial —se exaltó—. Vi que había una multitud presente, una muchedumbre barriobajera que estaba *buscando* camorra. Deliberadamente, ella les dijo que era un agente imperial cuando, en realidad, no sabía nada de nada, y se lo gritó a la multitud para azuzarla. Era obvio que sabía lo que hacía.

—Casilia —suplicó su marido, pero ella le lanzó una dura mirada y ya no dijo más.

Russ se volvió hacia ella.

—¿Presentó usted la denuncia, señora?

—Sí. Estos dos han estado viviendo aquí durante unos días y no han hecho más que complicarnos la vida. Han invitado a gente de mala reputación a *mi* apartamento, rebajando mi reputación ante mis vecinos.

—¿Es contrario a la ley, oficial —preguntó Seldon—, invitar a gente de Dahl, limpia y tranquila, a nuestras habitaciones? Las dos habitaciones de arriba son nuestras. Las hemos alquilado y pagado. ¿Es un crimen, en Dahl, hablar con los dahlitas, oficial?

—No, no lo es. Pero esto no forma parte de la denuncia. ¿Qué le dio motivo, doctora Venabili, para suponer que la persona acusada por usted era, en realidad, un agente imperial?

—Llevaba un bigotito castaño, por lo que deduje que no era dahlita, sino un agente imperial.

—En cualquier caso, no hubo motín alguno —se apresuró a afirmar Seldon—. Pedimos a la gente que no atacaran al supuesto periodista y estoy seguro de que no lo hicieron.

—¿Dice que está seguro? La información que tenemos es de que se marcharon inmediatamente después de acusarle. ¿Cómo pudo usted saber lo que ocurrió después de irse?

—No pude —dijo Seldon—, pero déjeme preguntarle: ¿Ha muerto el hombre? ¿Está herido?

—El hombre ha sido interrogado. Niega ser un agente imperial y no tenemos información de que mienta. También asegura que fue maltratado.

—Y también puede que esté mintiendo en ambos conceptos. Yo sugeriría una prueba psíquica.

—No se le puede hacer a la víctima de un crimen —explicó Russ—. El Gobierno del Sector es muy rígido en eso. Podría llevarse a cabo si ustedes dos, como los *criminales* en este caso, se sometieran por separado a una prueba psíquica. ¿Les gustaría que se la hiciéramos?

Seldon y Dors se miraron por un instante.

—No, claro que no —dijo Seldon.

—*Claro* que no —repitió Russ con un tono de sarcasmo en la voz—; en cambio, están dispuestos a que otro la sufra.

El segundo oficial, Astinwald, que hasta ese momento no había abierto la boca, sonrió.

—También estamos informados —prosiguió Russ— de que hace un par de días participaron en una pelea con navajas en Billibotton y que hirieron de gravedad a un ciudadano dahlita llamado… —pulsó un botón de su ordenador y leyó lo que aparecía en la pantalla—. Elgin Marron.

—¿Dice también su información cómo empezó la pelea? —preguntó Dors.

—Eso es, por ahora, irrelevante, señora. ¿Niega que la lucha tuvo lugar?

—Claro que no negamos que la pelea tuvo lugar —exclamó Seldon, indignado—, pero sí negamos que la instigáramos nosotros. Fuimos *atacados*. Ese Marron agarró a la doctora Venabili y era obvio que intentaba violarla. Lo que ocurrió después fue pura defensa propia. ¿Acaso está permitida la violación en Dahl?

—¿Dice que fueron atacados? —preguntó Russ sin cambiar su tono de voz—. ¿Por cuántos?

—Diez hombres.

—¿Y usted solo…, con una mujer, se defendió contra diez hombres?

—La doctora Venabili y yo nos defendimos, sí.

—¿Cómo, pues, ninguno de los dos muestra la menor huella? ¿Alguno de ustedes está herido o lastimado donde no pueda verse ahora?

—No, oficial.

—¿Cómo puede ser que en la lucha de uno, más una mujer, contra diez hombres no esté herido ninguno de los dos y que el denunciante, Elgin Marron, haya tenido que ser hospitalizado por sus heridas y que haga falta un trasplante de piel en su labio superior?

—Luchamos muy bien —informó Seldon, sombrío.

—De forma increíble, desde luego. ¿Y si yo les dijera que tres hombres han declarado que usted y su amiga atacaron a Marron sin ser provocados?, ¿qué opinarían?

—Diría que es increíble pensar que lo hiciéramos. Estoy seguro de que Marron tiene un historial como matón y navajero. Le he dicho que allí había diez hombres. Por lo visto, seis rehusaron participar en una mentira. ¿Han explicado los otros tres por qué no acudieron en ayuda de un amigo si vieron que era atacado sin que mediara provocación alguna y que su vida corría peligro? Debe ser claro, incluso para ustedes, que están mintiendo.

—¿Sugiere una prueba psíquica para ellos?

—Sí, y antes de que me lo pregunte, sigo negándome a una para nosotros.

—También hemos recibido información de que ayer, después de abandonar la escena del motín, se entrevistaron con un tal Davan, un conocido subversivo, buscado por la Policía de seguridad. ¿Es cierto?

—Tendrán que demostrarlo sin nuestra ayuda —declaró Seldon—. No vamos a contestar más preguntas.

Russ guardó su bloc-ordenador.

—Tengo que pedirle que venga con nosotros a Jefatura para seguir interrogándole.

—No creo que sea necesario, oficial. Pertenecemos a otros mundos y no hemos cometido ningún acto criminal. Tratamos de esquivar a un periodista que nos molestaba sin razón; nos defendimos de una violación, y posible asesinato, en una parte del Sector sobradamente conocida por su alto grado de delincuencia y hemos hablado con varios dahlitas. No vemos nada que justifique este enconado interrogatorio. Un interrogatorio que muy bien podría ser considerado como acosamiento.

—Somos nosotros los que tomamos las decisiones —dijo Russ—, no usted. Por favor, ¿quieren seguirnos?

—No, no lo haremos —afirmó Dors.

—¡Cuidado! —gritó la señora Tisalver—. Tiene dos navajas.

El oficial Russ suspiró y asintió.

—Gracias, señora, pero ya lo sabemos. —Se volvió hacia Dors—. ¿Sabe que es un grave delito llevar navaja sin permiso en este sector? ¿Tiene usted permiso?

—No, oficial, no lo tengo.

—Entonces, queda claro que asaltó a Marron con un arma ilegal. ¿Se da cuenta de que esto aumenta la gravedad de su crimen?

—No hubo crimen, oficial. Compréndalo bien. Marron tenía también una navaja y supongo que, al igual que yo, sin permiso.

—No hay evidencias al respecto. Entretanto, Marron tiene heridas de navaja, y ustedes ninguna.

—Claro que llevaba una navaja, oficial. Si ignora que cada hombre en Billibotton, y la mayoría de los hombres en el resto de Dahl, llevan navajas para las que seguramente carecen de permiso, es usted el único hombre de Dahl que no lo sabe. Por todas partes hay tiendas que venden las navajas abiertamente. ¿Lo sabía?

—No importa lo que yo sepa o deje de saber. Ni importa que otras personas quebranten la ley o cuántas lo hagan. Lo que me importa en este

momento es que la doctora Venabili está quebrantando la ley antinavaja. Debo pedirle que me entregue ahora mismo dichas navajas, señora, y que me acompañen a Jefatura.

—En tal caso, quítemelas usted mismo.

Russ suspiró.

—No debe creer, señora, que las navajas son las únicas armas que hay en Dahl o que yo vaya a iniciar una lucha con usted. Tanto mi compañero como yo tenemos desintegradores que la destruirían en un momento, antes de que usted pudiera bajar las manos al cinturón…, por muy rápida que sea. No vamos a utilizar el desintegrador, desde luego, porque no estamos aquí para matarla. Sin embargo, ambos llevamos látigo neurónico, que podemos usar con plena libertad. Confío en que no nos pidan una demostración. Ni les matará, ni causará daños permanentes, ni dejará marcas…, pero el dolor será espantoso. Mi socio tiene ya el suyo en la mano y, ahora mismo, les está apuntando. Y he aquí el mío… Bien, entréguenos las navajas ahora, doctora Venabili.

Hubo una pausa.

—Es inútil, Dors, entrégales tus navajas —dijo Seldon.

Y en aquel momento, hubo un loco golpear en la puerta y todos oyeron una voz alzada en estridente protesta.

79

Raych no había abandonado el vecindario después de que les hubo acompañado de vuelta a su apartamento.

Mientras esperaba que la entrevista con Davan terminara, había comido bien y dormido luego un poco, después de encontrar un lavabo que más o menos funcionaba. En realidad, ahora que todo había terminado, no sabía a dónde ir. Tenía una especie de hogar y una madre que no sufriría ni se preocuparía demasiado si tardaba en llegar. Nunca le importaba.

Ignoraba quién era su padre y pensaba, a veces, si lo habría tenido. Le habían asegurado que sí y las razones aducidas para que se lo creyera le

habían sido expuestas con bastante crudeza. Se preguntaba si debía creer semejante cuento, pero encontraba los detalles divertidos.

Pensó en eso en relación con la señora. Era vieja, por supuesto, mas era guapa, y sabía luchar como un hombre…, mejor que un hombre. Esa idea le hacía sentir extrañas sensaciones.

Además, ella le había dicho que podría darse un baño. A veces, él nadaba en la piscina de Billibotton, cuando tenía algún crédito o podía escabullirse sin pagar. Ésas fueron las únicas veces que se mojó por entero, pero hacía frío y tenía que esperar a secarse.

Darse un baño sería distinto. Habría agua caliente, jabón, toallas y aire tibio. No sabía bien lo que le parecería, excepto que sería estupendo si *ella* estaba allí.

Él era un vagabundo lo bastante entrenado como para conocer lugares donde guarecerse, por ejemplo, en algún callejón cercano a la avenida que tuviera un lavabo cerca y no muy lejos del lugar en que ella vivía, pero donde no lo encontraran y le hicieran huir.

Toda la noche le acosaron pensamientos extraños. Si aprendiera a leer y escribir, ¿le serviría para algo? No estaba muy seguro, para qué, pero tal vez *ella* pudiera decírselo. Tenía la vaga idea de que se recibía dinero por hacer cosas, que él no sabía hacer, aunque tampoco estaba enterado de qué clase de cosas podían ser ésas. Necesitaba que se lo explicaran. ¿Cómo conseguiría que alguien lo hiciera?

Tal vez quedándose con el hombre y la señora, ellos pudieran ayudarle. ¿Y para qué iban a querer que se quedara con ellos?

Se adormiló, aunque se despertó un poco más tarde. La causa no había sido el aumento de luz, sino su aguzado oído: había captado cómo los ruidos procedentes de la avenida se habían incrementado a medida que las actividades diarias empezaban.

Había aprendido a identificar cada variedad de sonido, porque si uno quería sobrevivir con la mínima comodidad en el laberinto subterráneo de Billibotton, tenía que caer en la cuenta de los acontecimientos antes de verlos. Y había algo peculiar en el ruido de un motor de coche que estaba oyendo que le indicaba peligro. Era un sonido oficial, un sonido hostil…

Se desperezó y avanzó en silencio y sin ruido hacia la avenida. No tuvo necesidad de ver la nave espacial y el sol pintados en el coche. La forma de éste le bastó. Sabía que habían ido a detener al hombre y a la señora porque se habían entrevistado con Davan. No se entretuvo en cuestionar sus pensamientos, ni en analizarlos. Echó a correr, abriéndose paso a través del tráfico diario.

Tardó menos de quince minutos en llegar. El coche seguía aún allí y había curiosos y cautelosos mirones contemplándolo por todas partes, aunque se mantenían a respetuosa distancia. Pronto habría más gente. Subió a saltos la escalera mientras trataba de recordar en qué puerta debía llamar. No disponía de tiempo para coger el ascensor. Encontró la puerta…, o creyó haberla encontrado, y empezó a golpearla, gritando desesperado:

—¡Señora! ¡Señora!

Estaba demasiado excitado para recordar su nombre, pero se acordó de una parte del nombre de aquel hombre:

—¡Hari! —chilló—. ¡Déjame entrar!

La puerta se abrió y se precipitó…, *intentó* precipitarse dentro. La mano fuerte de un oficial lo agarró del brazo.

—Calma, chico. ¿Adónde crees que vas?

—¡Suelta! ¡No he hecho nada! —Miró en derredor—. Eh, señora, ¿qué les hacen?

—Nos detienen —contestó Dors, sombría.

—¿Por qué? —preguntó Raych, jadeante y debatiéndose—. ¡Eh, suelte, insignia solar! ¡No vaya con él señora! ¡No tiene obligación de ir con él!

—¡Lárgate, tú! —gritó Russ, al tiempo que zarandeaba al chiquillo con vehemencia.

—No, no me largo. Ni tú tampoco, Solar. Mi pandilla viene hacia aquí. No vais a poder marcharos a menos que soltéis a estos tíos.

—¿De qué pandilla hablas? —preguntó Russ, ceñudo.

—Están ahí mismo, fuera. Lo más probable es que se encuentren desmontando su coche. Después, les desmontarán a *ustedes*.

Russ se volvió a su compañero.

—Llama a Jefatura. Pide que envíen un par de camiones con «Macros».

—¡No! —chilló Raych, soltándose con violencia y precipitándose sobre Astinwald—. ¡No llames!

Russ alzó su vara neurónica y disparó.

Raych gritó, se agarró el hombro derecho, y cayó, retorciéndose desesperadamente, de dolor.

Russ no había tenido tiempo de volverse hacia Seldon, cuando éste le cogió por la muñeca, le hizo lanzar al aire la vara neurónica; luego, le retorció el brazo hacia atrás y, finalmente, le pisó para mantenerle relativamente inmovilizado. Hari notó cómo crujía el hombro de Russ al tiempo que éste exhalaba un enronquecido grito de dolor.

Al instante, Astinwald levantó su desintegrador, pero el brazo izquierdo de Dors le rodeó el cuello desde atrás, y la punta de la navaja que ella sostenía en la mano derecha se apoyó en la garganta del oficial.

—¡Quieto! Si cualquier parte de su cuerpo se mueve solamente un milímetro, le atravesaré el cuello hasta el espinazo… Suelte el desintegrador. ¡Suéltelo! Y también el látigo neurónico.

Seldon levantó a Raych, que seguía gimiendo, y lo estrechó contra su pecho. Después se volvió a Tisalver.

—Ahí fuera hay gente —dijo Seldon—. Gente furiosa. Entrarán aquí y romperán todo lo que tiene. Derribarán las paredes. Si no quiere que algo así ocurra, recoja estas armas y échelas a la otra habitación. Recoja también las armas del agente de seguridad que está caído en el suelo y haga lo mismo con ellas. ¡Pronto! Que su esposa le ayude. La próxima vez, lo pensarán dos veces antes de denunciar a personas inocentes… Dors, el que está en el suelo no hará nada durante un buen rato. Inutiliza al otro, pero no lo mates.

—De acuerdo. —Dors, con el mango de la navaja, le golpeó con fuerza en la cabeza. El oficial se desplomó. Dors hizo una mueca al comentar—: *Odio* hacer esto.

—Dispararon contra Raych —dijo Seldon, mientras trataba de ocultar su propio disgusto por lo que había ocurrido.

Salieron apresuradamente del apartamento y, una vez en la calle, se la encontraron abarrotada de gente, casi todos eran hombres que gritaron al

unísono al verles salir. Se les acercaron y el olor a humanidad mal lavada les resultó casi irresistible.

—¿Dónde están los Solares? —preguntó alguien.

—Dentro —respondió Dors con fuerza—. Déjenlos en paz. No podrán valerse por un rato, pero luego pedirán refuerzos, o sea, mejor será que se marchen lo más deprisa posible.

—¿Y ustedes? —gritaron una docena de gargantas.

—También nos vamos. Y no volveremos por aquí.

—Yo me hago cargo de ellos —chilló Raych, debatiéndose en los brazos de Seldon y poniéndose de pie. Se frotaba desesperadamente el hombro derecho—. Ya puedo andar. Déjenme pasar.

La multitud abrió paso para él.

—Señor, señora, vengan conmigo. ¡Rápido! —ordenó Raych.

Varias docenas de hombres les acompañaron avenida abajo. Raych, de pronto, señaló una abertura.

—Aquí, tíos —murmuró—. Os llevaré a un sitio donde nadie os encontrará. Probablemente, ni siquiera Davan lo conoce. Lo único malo es que debemos bajar al nivel de las cloacas. Nadie nos verá allí, pero huele muy mal…, ¿me entienden?

—Supongo que sobreviviremos —masculló Seldon.

Entonces, comenzaron a bajar por una estrecha rampa de caracol y, poco a poco, un nauseabundo olor fue subiendo a su encuentro.

80

Raych les encontró un escondrijo. Para ello, tuvieron que subir los barrotes metálicos de una escalera que les condujo a una gran estancia con aspecto de desván, cuya utilidad Seldon fue incapaz de adivinar. Estaba llena de grandes y silenciosas piezas de un equipo, cuya función era igualmente un misterio. La estancia aparecía relativamente limpia y sin polvo y una corriente de aire continua explicaba por qué el polvo no lo cubría todo y, además, y más importante aún, parecía rebajar el mal olor.

Raych daba la sensación de estar encantado.

—¿No es bonito? —preguntó. Seguía frotándose el hombro y hacía una mueca de dolor cuando se lo frotaba con demasiada fuerza.

—Podría estar peor —dijo Seldon—. ¿Sabes para qué sirve este cuarto, Raych?

Éste se encogió de hombros o intentó hacerlo, y tuvo que desistir.

—No, no lo sé —respondió, y añadió con su habitual desenfado—: ¿A quién le importa?

Dors, que se había sentado en el suelo, después de haberlo barrido con la mano, mirándose a continuación la palma con suspicacia, declaró:

—Si me permitís intentar adivinarlo, yo diría que forma parte de un complejo dedicado a la destoxificación y al reciclaje de los desperdicios. Me figuro que los transformarán en fertilizantes.

—Entonces —adujo Seldon—, los que dirigen el complejo pasarán por aquí de manera periódica y, por lo que sabemos, pueden llegar en cualquier momento.

—He estado aquí antes —observó Raych— y nunca vi a nadie.

—Supongo que Trantor está profundamente automatizado, siempre que sea posible, y si hay algo que clame la automatización es el procesamiento de los desperdicios —dijo Dors—. Puede que estemos seguros…, por un tiempo.

—No por mucho tiempo. Tendremos hambre y sed, Dors.

—Yo puedo ir en busca de comida y agua —ofreció Raych—. Uno tiene que saber desenvolverse cuando vive en el arroyo.

—Gracias, Raych —repuso Seldon, que parecía distraído—. Ahora mismo no tengo nada de hambre. —Olfateó—. Y puede que no vuelva a tenerla nunca más.

—Ya lo creo que la tendrás —le aseguró Dors—, e incluso aunque pierdas el apetito por cierto tiempo, vas a tener sed. Por lo menos, las necesidades fisiológicas no supondrán problema alguno. Nos hallamos viviendo prácticamente sobre lo que es una cloaca abierta.

Hubo un silencio prolongado. La luz era escasa y Seldon se preguntó por qué los trantorianos no la apagaban del todo. Después, cayó en la cuenta de que nunca se había encontrado en absoluta oscuridad en áreas públicas. Era probable que se tratase de una costumbre en una sociedad rica en

energía. Resultaba extraño que un mundo de cuarenta mil millones fuera rico en energía, aunque con la energía interna del planeta a su disposición, por no mencionar la energía solar, y las plantas de fusión nuclear ubicadas en el espacio, así era. En realidad, si lo pensaba bien, no existían planetas pobres en energía en el Imperio. ¿Quizás hubo una época, en otros tiempos muy lejanos, en que la tecnología fue tan primitiva que hizo posible la pobreza energética?

Se apoyó contra un grupo de tuberías por las que, tal vez, corrían los desagües. Se apartó de ellas tan pronto como se le ocurrió aquella idea y fue a sentarse junto a Dors.

—¿Hay algún medio de ponernos en contacto con Chetter Hummin?

—A decir verdad, le he enviado un mensaje —respondió ella—, aunque he sentido en el alma tener que hacerlo.

—¿Que lo has sentido?

—Mis órdenes son las de protegerte. Cada vez que me pongo en contacto con él, es señal de que he fracasado.

Seldon la contempló con los ojos semicerrados.

—¿Cómo te sientes culpable, Dors? No puedes protegerme contra los agentes de Seguridad de todo un Sector.

—Supongo que no. Podemos lisiar algunos…

—Lo sé. Y lo hemos hecho. Pero ellos enviarán refuerzos: carros blindados…, cañones neurónicos…, nieblas somníferas. No estoy muy seguro de lo que tienen, pero van a volcarse con todo su armamento. Estoy seguro de ello.

—Es probable que tengas razón —confesó Dors apretando los labios.

—No la encontrarán, señora —saltó Raych de pronto. Sus ojos inteligentes pasaron de uno a otro mientras hablaban—. Nunca encontraron a Davan.

Dors sonrió sin alegría y le revolvió el cabello, mirándose después la palma de la mano, desalentada.

—No estoy segura de que debas quedarte con nosotros, Raych —dijo al fin—. No quiero que *te* encuentren.

—No me encontrarán, señora; además, si me marcho, ¿quién les traerá comida y agua? ¿Y quién les encontrará escondrijos nuevos para que los

Solares no sepan por dónde buscar?

—No, Raych, nos encontrarán. En realidad, a Davan le buscaron poco. Aunque él les molesta, sospecho que no lo toman muy en serio. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Pues que es como un grano en… el cuello, y ellos piensan que no merece la pena buscarle por todas partes.

—Eso es lo que quiero decir. Sin embargo, nosotros hemos lastimado seriamente a dos funcionarios y no van a dejar que nos escabullamos. Si es preciso, utilizarán toda su fuerza, aunque tengan que barrer cada rincón escondido o cada pasadizo desierto del Sector… Y llegarán hasta nosotros.

—Esto me hace sentir como…, como *nada* —exclamó Raych—. Si yo no hubiera entrado allí, si no me hubieran disparado, ustedes no se habrían revuelto contra los funcionarios y no estarían metidos en este lío.

—No; más pronto o más tarde hubiéramos tenido que…, bueno, deshacernos de ellos. ¿Quién sabe? Tal vez tengamos que hacer lo mismo con otros.

—Bueno, pero lo hicieron «guapo» —se entusiasmó Raych—. Si no me hubiera dolido todo tanto, hubiese podido mirar más y disfrutar con ello.

—No nos serviría de nada luchar contra todo el sistema de seguridad —observó Seldon—. La cuestión es: ¿qué nos harán cuando nos tengan? Nos meterán en la cárcel, seguro.

—Oh, no. Si es necesario, podemos apelar al Emperador —alegó Dors.

—¿Al Emperador? —repitió Raych con los ojos muy abiertos—. ¿Conocen al Emperador?

—Cualquier ciudadano galáctico —explicó Seldon al muchacho— puede apelar al Emperador. Aunque no me parece una decisión acertada, Dors —añadió—. Desde que Hummin y yo abandonamos el Sector Imperial, estamos *escapando* del Emperador.

—Pero no hasta el extremo de que nos encierren en una cárcel dahlita. La apelación imperial será un compás de espera…, una diversión, en todo caso, y quizás en el curso de la espera podamos pensar en algo más.

—Tenemos a Hummin.

—Sí, en efecto —asintió Dors—, pero no podemos considerarle el *factotum*. En primer lugar, aunque haya recibido mi mensaje e incluso si

estaba en condiciones de correr hacia Dahl, ¿cómo podría encontrarnos aquí? Y, suponiendo que nos encontrara, ¿qué podría hacer contra la fuerza de seguridad de Dahl entera?

—En este caso —murmuró Seldon—, tendremos que empezar a pensar en algo que podamos hacer antes de que nos encuentren.

—Si me siguen —ofreció Raych—, puedo mantenerles siempre por delante. Yo me conozco todos los rincones que hay por aquí.

—Puedes mantenernos por delante de una persona, pero habrá muchas, y moviéndose por todos los corredores. Escaparemos de un grupo para caer en manos de otro.

Un silencio, tenso, se adueñó del lugar un buen rato, enfrentados cada uno de ellos con lo que parecía ser una situación desesperada. De pronto, Dors Venabili se movió.

—Ya están aquí. Los estoy oyendo —dijo en un murmullo angustiado.

Por unos minutos se esforzaron por oír; entonces, Raych se levantó de un salto.

—Vienen por aquí —musitó—. Tenemos que ir por allá.

Seldon, confuso, no captaba nada; pero estaba dispuesto a confiar en el magnífico oído de los otros dos. Cuando Raych empezaba a andar, silencioso, en dirección contraria a la de los pasos que se acercaban, una voz resonó entre las paredes de la cloaca:

—No se muevan. ¡No se muevan!

—Es Davan —exclamó Raych—. ¿Cómo *ha sabido* que estábamos aquí?

—¿Davan? —repitió Seldon—. ¿Estás seguro?

—Seguro. Él nos ayudará.

81

—¿Qué ocurrió? —preguntó Davan.

Seldon sintió un mínimo alivio. La presencia de Davan apenas contaba contra la fuerza de Dahl entera, más él controlaba también un número de personas que podían crear la suficiente confusión para…

—Debería saberlo, Davan —contestó Seldon—. Sospecho que muchos de los que esta mañana estaban delante de la casa de Tisalver eran de los suyos.

—Sí, algunos, sí. La historia que circula es que les estaban arrestando y que ustedes maltrataron a un escuadrón de Solares. ¿*Por qué* les arrestaban?

—Fueron dos —dijo Seldon, levantando los dedos—, dos Solares. Y ya eso es bastante malo. Parte del motivo por el que nos detenían era que habíamos ido a visitarle a usted.

—No es causa suficiente. En general, los Solares me molestan poco. —Y añadió con amargura—: Me subestiman.

—Tal vez —dijo Seldon—, pero la mujer a la que alquilamos nuestras habitaciones nos denunció por, según ella, iniciar un motín a causa del periodista con el que tropezamos cuando fuimos a verle a usted. Bueno, ya lo sabe. Con sus hombres en escena ayer, y esta mañana, y con dos funcionarios malheridos, tal vez decidan limpiar estos pasadizos… Eso significa que *usted* sufrirá. Lo siento de veras. No tenía intención ni esperaba ser la causa de todo esto.

Pero Davan sacudió la cabeza.

—No, usted no conoce a los Solares. Tampoco ésa es causa suficiente. Ni siquiera quieren encontrarme. Se sienten más que felices dejándonos que nos pudramos en Billibotton y en los otros barrios bajos. No, ellos andan sólo detrás de *ustedes*, ¡de *ustedes*! ¿Qué les han hecho?

Dors intervino, impaciente:

—No les hemos hecho nada y, en cualquier caso, ¿qué importa ya? Si no van detrás de *usted* y nos persiguen a *nosotros*, llegarán hasta aquí para hacernos salir. Si usted se interpone, se encontrará implicado en este asunto.

—No, yo no. Tengo amigos…, amigos poderosos —protestó Davan—. Se lo dije anoche. Y pueden ayudarles lo mismo que a mí. Cuando se negó abiertamente a ayudarnos, me puse en contacto con ellos. Saben quién es usted, doctor Seldon: un hombre famoso. Están en situación de hablar con el alcalde de Dahl y conseguir que le dejen en paz, con independencia de lo que haya hecho. Pero tendrán que sacarle a usted fuera de Dahl.

Seldon sonrió. El alivio lo embargó.

—Conoce a alguien poderoso, ¿no es así, Davan? —preguntó Seldon—. Alguien que responde al instante a su aviso, que tiene capacidad para hablar con el Gobierno de Dahl a fin de que deje de tomar medidas drásticas, y que puede sacarnos de aquí. Magnífico. No me sorprende. —Se volvió a Dors, sonriendo—. Otra vez lo mismo que en Mycogen. ¿Cómo puede Hummin hacerlo?

Pero Dors sacudió la cabeza, dubitativa.

—Demasiado rápido… No lo comprendo.

—Yo creo que él puede hacer cualquier cosa.

—Lo conozco mejor que tú, desde hace más tiempo, y *no puedo* creerlo.

—No le subestimes —sonrió Seldon. Y, como si no quisiera seguir con el tema, se volvió a Davan—. ¿Cómo ha podido encontrarnos? —preguntó —. Raych nos dijo que no conocía este lugar.

—¡No lo conoce! —protestó Raych, indignado—. Esto es todo mío. Yo lo encontré.

—Jamás he estado antes aquí —aseguró Davan mirando a su alrededor —. Es un sitio interesante. Raych es una criatura de los pasadizos, perfectamente a sus anchas en este laberinto.

—Sí, Davan, eso es lo que hemos deducido. Pero, ¿cómo nos ha encontrado *usted*?

—Con un indicador de calor. Tengo un aparato que detecta radiaciones infrarrojas, la huella termal que se produce a treinta y siete grados Celsius. Reaccionará en presencia de seres humanos y no ante otras fuentes de calor. Ha reaccionado ante ustedes tres.

Dors frunció el ceño.

—¿De qué sirve eso en Trantor, donde hay seres humanos por todas partes? Los tienen en otros mundos, pero…

—Pero no en Trantor, ya lo sé. Sin embargo, son útiles en los barrios bajos, en los pasadizos olvidados, en los abandonados, y en los caminos.

—¿Dónde lo consiguió? —preguntó Seldon.

—Basta con que lo tenga —contestó Davan—. Pero tenemos que sacarle de aquí, doctor Seldon. Demasiada gente le está buscando y yo quiero que sea mi poderoso amigo quien le tenga a usted.

—¿Y dónde se halla ese poderoso amigo suyo?

—Viene hacia acá. Por lo menos, una nueva fuente de treinta y siete grados está siendo registrada y no creo que pueda ser nadie más.

El recién llegado cruzó la entrada, mas la alegre exclamación de Seldon murió en sus labios. No se trataba de Chetter Hummin.

WYE

WYE. — ... *Un Sector de la ciudad-mundo de Trantor... En los últimos siglos del Imperio Galáctico, Wye era la parte más fuerte y más estable de la ciudad-mundo. Sus gobernantes llevaban tiempo aspirando al trono Imperial, justificándose por el hecho de ser descendientes de los primeros Emperadores. Bajo Mannix IV, Wye fue militarizado y (clamaron las autoridades Imperiales) estuvo planeando un golpe de alcance planetario...*

Enciclopedia Galáctica

82

El recién llegado era alto y musculoso. Tenía un gran bigote rubio retorcido en las puntas y una cabellera que le bajaba por los lados de su rostro y por debajo de la barbilla. Llevaba la cabeza tan bien moldeada y su cabello era de un color tan claro que, durante un momento desagradable, Seldon pensó en Mycogen.

El recién llegado llevaba lo que era, indudablemente, un uniforme en rojo y blanco, con una amplia faja decorada de clavos de plata rodeándole la cintura.

Cuando habló, su voz fue de un bajo resonante y su acento no se parecía a ninguno que Seldon hubiera oído antes. Muchos acentos desconocidos sonaban ordinarios en la experiencia de Seldon, pero éste parecía casi musical, quizá por la riqueza de su tono bajo.

—Soy el sargento Emmer Thalus —resonó su voz en lenta sucesión de sílabas—. He venido en busca del doctor Hari Seldon.

—Yo soy. —Se adelantó Seldon, y, en un aparte, murmuró a Dors—: Si Hummin no podía venir personalmente, desde luego ha enviado un ejemplar magnífico para representarle.

El sargento dirigió a Seldon una imperturbable y prolongada mirada.

—Sí —dijo a continuación—. Su aspecto es como me ha sido descrito. Por favor, venga conmigo, doctor Seldon.

—Le sigo —asintió Seldon.

El sargento dio un paso atrás. Dors Venabili y Seldon se adelantaron. Entonces, aquél se detuvo y alzó su manaza, con la palma en dirección a Dors.

—Se me ha ordenado que llevara conmigo al doctor Seldon. No he recibido instrucciones de llevar a nadie más.

Por un momento, Seldon lo observó sin comprender. Luego, su sorprendida mirada se volvió airada.

—¡Es imposible que le hayan dicho esto, sargento! La doctora Dors Venabili es mi asociada y compañera. *Tiene* que venir conmigo.

—Eso no concuerda con mis instrucciones, doctor.

—Sus instrucciones me importan un bledo, sargento Thalus. Yo no me moveré de aquí sin ella.

—Y hay algo más —intervino Dors—. *Mis* instrucciones son las de proteger al doctor Seldon en todo momento. No podré cumplirlas a menos que esté con él. Por tanto, donde él vaya, yo iré.

El sargento pareció desconcertado.

—Mis instrucciones son estrictas: procurar que no le ocurra nada a usted, doctor Seldon. Si no viene por propia voluntad, tendré que llevarle hasta mi vehículo. Trataré de hacerlo con suavidad.

Extendió ambos brazos como si fuera a coger a Seldon por la cintura y cargárselo al hombro.

Seldon saltó hacia atrás, fuera de su alcance. Al hacerlo, el borde de su mano derecha cayó sobre el brazo derecho del sargento, donde los músculos eran más escasos, y le golpeó en el hueso.

El sargento lanzó un hondo suspiro y pareció que se sacudía, pero se volvió, con rostro inexpresivo, y avanzó de nuevo. Davan, observándoles, permaneció donde estaba, inmóvil; Raych, sin embargo, se colocó detrás del sargento.

Seldon repitió el golpe por segunda vez, y una tercera, mas esa vez, el sargento anticipó el golpe, y bajó el hombro para que le diera sobre el músculo endurecido. Entretanto, Dors había sacado sus navajas.

—¡Sargento! —gritó con fuerza—. ¡Vuélvase en esta dirección! Quiero que comprenda que me puedo ver obligada a herirle si persiste en su intento de llevarse al doctor Seldon contra su voluntad.

El sargento hizo una pausa, y contempló solemnemente las ondulantes navajas.

—Según mis instrucciones —dijo—, al único que no debo lastimar es al doctor.

Entonces, en un rápido movimiento, su mano derecha bajó hacia la vara neurónica que llevaba en la cadera. Dors se adelantó, con la misma rapidez, con sus relampagueantes navajas.

Ni el uno ni la otra completaron el movimiento.

Con un salto, Raych había empujado al sargento por la espalda, retirando al mismo tiempo, el arma de su funda con la mano derecha. Dio unos pasos atrás con idéntica rapidez, mientras sostenía la vara neurónica con ambas manos.

—¡Levante las manos, sargento, o recibirá!

El sargento se volvió y una expresión nerviosa cruzó su rostro sofocado. Fue el único momento en que su impasibilidad cedió.

—Déjalo, hijo —gruñó—. No sabes cómo funciona.

Raych gritó:

—Pero sé dónde lleva el seguro —gritó Raych de nuevo—. Está quitado, y este bicho puede dispararse. Y lo dispararé si trata de atacarme.

El sargento se quedó helado. Sabía perfectamente lo peligroso que podía resultar que un chiquillo de doce años tuviera un arma poderosa en las

manos. Tampoco Seldon se sentía tranquilo.

—Cuidado, Raych —advirtió—. No dispares. Aparta el dedo del gatillo.

—¡No voy a dejar que me ataque!

—No lo hará… Sargento, por favor, no se mueva. Pongamos las cosas en claro. Le ordenaron que me sacara de aquí, ¿no es verdad?

—Así es —asintió el otro, con los ojos ligeramente desorbitados y fijos en Raych (cuya mirada estaba clavada en los ojos del sargento).

—Pero no le ordenaron que no llevara a nadie más, ¿no es así?

—No, no me lo dijeron, doctor —admitió. Ni siquiera la amenaza de una vara neurónica iba a amilanarle. Estaba claro.

—Muy bien, entonces, sargento, escúcheme. ¿Le dijeron que *no* llevara a nadie más?

—Acabo de decirle…

—No, no, sargento. Hay una notable diferencia. ¿Sus instrucciones fueron simplemente: «Traiga al doctor Seldon»? ¿Fue ésta la orden entera, sin mencionar a nadie más, o fueron más específicos; por ejemplo: «Traiga al doctor Seldon y a nadie más»?

El sargento lo pensó bien.

—Se me dijo que le llevara a usted, doctor Seldon —respondió.

—Entonces, no se mencionó a nadie más, de una forma u otra, ¿no es verdad?

Una pausa.

—No.

—No le dijeron que llevara a la doctora Venabili, pero tampoco le ordenaron que no la llevara, ¿verdad?

Pausa.

—Así es.

—¿O sea, que lo mismo puede llevarla o no llevarla, según le parezca a usted?

Una pausa muy larga.

—Lo supongo.

—Ahora bien, aquí tenemos a Raych, el muchacho tiene una vara neurónica apuntándole, la vara neurónica *de usted* precisamente, recuérdelo, y está impaciente por usarla.

—¡Sííí! —gritó Raych.

—Aún no, Raych. Aquí está la doctora Venabili con dos navajas que sabe manejar como una verdadera experta. Y aquí estoy yo mismo, que puedo, si tengo la oportunidad, romperle la nuez con una mano, de modo que no volvería a hablar más que en un murmullo. Ahora bien, ¿quiere o no llevar a la doctora Venabili? Sus órdenes le permiten una cosa u otra.

—Llevaré a la mujer —dijo el sargento, con voz vencida.

—Y al niño, Raych.

—Y al niño.

—Bien. ¿Me da su palabra de honor, su palabra de honor de soldado, que cumplirá lo que acaba de decirme, sinceramente?

—Le doy mi palabra de honor de soldado —afirmó el sargento.

—Bien. Raych, devuélvele el arma… ¡Ahora mismo! No me hagas esperar.

Raych, con una mueca de pena, miró a Dors, la cual vaciló y, finalmente, movió la cabeza en un gesto de aquiescencia. Su expresión reflejaba la misma pena que la de él.

Raych tendió el arma al sargento.

—Me *mandan* hacerlo, especie de… —exclamó, aunque su última palabra fue ininteligible.

—Guarda tus navajas, Dors —ordenó Seldon.

Dors movió la cabeza, mas acabó por guardarlas.

—¿Y bien, sargento? —preguntó Seldon.

Él miró la vara neurónica; luego, a Seldon.

—Es usted una persona honorable, doctor Seldon —dijo—. Yo mantendré mi palabra de honor. —Y con precisión militar enfundó su arma.

Seldon se volvió a Davan.

—Por favor, Davan —le dijo—, olvide lo que usted ha visto aquí. Los tres vamos a ir voluntariamente con el sargento Thalus. Dígale a Yugo Amaryl cuando le vea que no le olvidaré y que, una vez todo esto haya terminado y yo esté en libertad de actuar, me ocuparé de que ingrese en una Universidad. Y si alguna vez hay algo razonable que usted crea, Davan, que yo puedo hacer por su causa, lo haré… Ahora, sargento, vámonos.

83

—¿Habías viajado antes en algún jet, Raych? —preguntó Hari Seldon.

Raych movió la cabeza negativamente, sin decir palabra. Contemplaba la extensión de *Arriba*, que aparecía por debajo de ellos, asustado, impresionado.

Seldon volvió a fijarse en lo mucho que Trantor era un mundo de túneles y expresos. Incluso los viajes largos eran hechos bajo tierra por la población en general. El viaje aéreo, aunque popular en los demás mundos, era un lujo en Trantor y un jet así…

«¿Cómo lo había conseguido Hummin?», se preguntó Seldon.

Miró por la ventanilla las ondulaciones de las cúpulas, la gran extensión verde de aquella área del planeta, las ocasionales manchas de lo que eran poco menos que junglas, los brazos de mar que sobrevolaban a veces, con su agua de color plomizo, lanzando breves destellos cuando el sol asomaba momentáneamente por entre la espesa capa de nubes.

Después de una hora, más o menos, de vuelo, Dors, que hojeaba una nueva novela histórica sin aparente placer, la cerró de pronto.

—¡Ojalá supiera adónde vamos! —exclamó.

—Si tú no lo sabes —dijo Seldon—, yo mucho menos. Tú has estado más tiempo en Trantor que yo.

—Sí, pero en el interior —contestó Dors—. Aquí, con sólo *Arriba* por debajo de mí, me siento tan perdida como un recién nacido.

—Sí, bueno…, puede ser, Hummin sabe lo que hace.

—No me cabe la menor duda —comentó ella vivamente—, pero eso puede que no tenga nada que ver con la situación actual. ¿Por qué sigues suponiendo que algo de todo esto pueda ser iniciativa suya?

Seldon enarcó las cejas.

—Ahora que lo preguntas, no sé. Me lo supongo, nada más. ¿Por qué no va a ser cosa suya?

—Porque, quienquiera que lo organizara, no especificó que yo fuera recogida al mismo tiempo que tú. Lo único que ocurre es que no acabo de ver a Hummin olvidándose de mi existencia. Además, ¿por qué no vino él en persona, como hizo en Streeling y en Mycogen?

—No vas a esperar que siempre esté dispuesto, Dors. Tal vez se hallaba ocupado. No me asombra que no haya venido en esta ocasión, sino que pudiera hacerlo en las anteriores.

—Suponiendo que le hubiera sido imposible acudir, ¿crees que enviaría un palacio volante tan conspicuo y lujoso? —preguntó, señalando el gran jet de lujo.

—Pudo estar disponible en ese momento. O haber razonado que nadie sospecharía que un objeto tan llamativo pudiera estar transportando unos fugitivos que trataban desesperadamente de evitar ser detenidos. Ésa es una maniobra de sobras conocida.

—Demasiado conocida, en mi opinión. ¿Y crees que él nos mandaría a un idiota como el sargento Thalus para remplazarle?

—El sargento no tiene nada de idiota. Sencillamente, ha sido entrenado para obedecer a ciegas. Con las instrucciones apropiadas podría ser digno de la mayor confianza.

—Ahí está el detalle, Hari. Volvemos a lo mismo. ¿Por qué no recibió instrucciones apropiadas? Resulta inconcebible para mí que Chetter Hummin le ordenara sacarte *a ti* de Dahl y no le dijera una palabra sobre mí. Inconcebible por completo.

Seldon no supo qué contestar a eso, y se le cayó el alma a los pies.

Una hora más tarde, Dors observó:

—Parece como si afuera empezara a hacer más frío. El verde de *Arriba* se está volviendo pardo y creo que han puesto los calentadores en marcha.

—¿Qué puede significar eso?

—Dahl se encuentra en la zona tropical; por lo tanto, está muy claro que nos dirigimos al Norte o al Sur, y a distancia considerable también. Si yo tuviera noción de la dirección de la línea nocturna, podría decirte a dónde vamos.

En esos momentos sobrevolaban una sección de playa en la que se veía una capa de hielo sobre las cúpulas donde el mar las bordeaba. Entonces, de forma inesperada, el jet se inclinó hacia abajo.

—¡Vamos a estrellarnos! ¡Vamos a estrellarnos! —gritó Raych.

Los músculos abdominales de Seldon se atirantaron y se agarró a los brazos de su asiento con fuerza.

A Dors pareció no afectarle aquel brusco movimiento.

—Los pilotos no dan muestras de alarma —comentó—. Seguro que vamos hacia un túnel.

Y mientras pronunciaba esas palabras, las alas del jet se doblaron hacia atrás y hacia abajo, y como una bala se lanzó dentro de un túnel. La oscuridad los envolvió al instante y, un momento después, el sistema de iluminación del túnel se encendió. Las paredes desfilaron a ambos lados del jet.

—Me figuro que nunca llegaré a averiguar cómo saben que el túnel no está ocupado —murmuró Seldon.

—Estoy segura de que tienen aviso de «túnel libre» a varias docenas de kilómetros de antelación —observó Dors—. En todo caso, presumo que ésta es la última etapa del viaje y que pronto sabremos dónde nos encontramos. —Hizo una pausa y añadió—: Además, presumo que, cuando lo sepamos, no va a gustarnos en absoluto.

84

El jet salió del túnel a una larga pista con un techo tan alto que se parecía más a la auténtica luz del día que nada de lo que Seldon había tenido ocasión de ver desde que abandonara el Sector Imperial.

Se detuvieron en menos tiempo del que Seldon hubiera imaginado, pero a costa de una incómoda presión hacia delante. Sobre todo Raych, quien, aplastado contra el asiento que tenía delante, tenía problemas para respirar bien hasta que Dors le puso la mano en el hombro y tiró ligeramente de él hacia atrás.

El sargento Thalus, erguido e imponente, abandonó el jet y se acercó a la trasera del vehículo, donde abrió la puerta de pasajeros y ayudó a bajar a los tres, uno por uno.

Seldon fue el último en salir. Al pasar, se volvió a medias hacia el sargento.

—Ha sido un viaje agradable, sargento —murmuró.

Una lenta sonrisa iluminó el ancho rostro del sargento, levantando su embigotado labio superior. Se llevó un dedo a la visera de su casco, lo que pareció un medio saludo.

—Gracias de nuevo, doctor —contestó. Luego, los acompañó hasta los asientos traseros de un coche de extraordinario diseño, se metió en el asiento delantero y condujo el vehículo con sorprendente ligereza.

Pasaron por anchas carreteras, flanqueadas por altos y bien proyectados edificios, todos ellos resplandecientes a la luz del día. Igual que en todas partes de Trantor, les llegó el zumbido distante de los expresos. Las calles estaban llenas de gente bien vestida en su mayor parte. Todo el entorno era sorprendente, casi excesivamente limpio.

La sensación de seguridad de Seldon iba desvaneciéndose. Las sospechas de Dors sobre su destino le parecían, ahora, justificadas.

Se inclinó hacia ella.

—¿Crees que hemos vuelto al Sector Imperial? —murmuró.

—Oh, no. Los edificios son más rococó en el Sector Imperial, y hay menos jardinería Imperial en este Sector…, no sé si me comprendes.

—Entonces, Dors, ¿dónde estamos?

—Me temo, Hari, que tendremos que preguntarlo.

No fue un trayecto largo y pronto se metieron en un garaje que flanqueaba una imponente estructura de cuatro pisos. Un friso de animales imaginarios recorría la parte superior, decorada con tiras de piedra rosada. Era una impresionante fachada de diseño encantador.

—*Esto*, desde luego, no puede ser más rococó —comentó Seldon.

Dors, desconcertada, se encogió de hombros.

Raych emitió un silbido.

—Eh, miren qué sitio tan divertido —comentó, en un vano intento de aparentar que no estaba impresionado.

El sargento Thalus hizo una señal a Seldon indicándole que debía seguirle. Seldon se hizo el remolón y, confiando también en el lenguaje de los signos, tendió ambos brazos, abarcando con ellos a Dors y a Raych.

El sargento dudó, como avergonzado ante la impresionante entrada rosada. Su bigote pareció desmayarse. Finalmente, aceptó con expresión malhumorada.

—Los tres, de acuerdo. Mi palabra de honor se mantiene… Sin embargo, hay otros que podrán no sentirse obligados por mi promesa, ¿sabe?

Seldon asintió.

—Sólo le consideraré responsable de sus propias acciones, sargento.

El suboficial estaba claramente emocionado y, por un instante, su rostro se iluminó como si estuviera considerando la posibilidad de estrechar la mano de Seldon o de expresarle de algún otro modo, igualmente afectuoso, su aprobación. No obstante, decidió abstenerse y pisó el primer peldaño de la escalera que conducía a la puerta. La escalera se puso majestuosamente en marcha en un movimiento ascendente.

Seldon y Dors lo siguieron y mantuvieron el equilibrio sin demasiado trabajo. Raych, momentáneamente estupefacto, saltó a la escalera móvil, después de una carrerita, se metió las manos en los bolsillos, y se puso a silbar con despreocupación.

La puerta se abrió y dos mujeres salieron, una a cada lado, situadas simétricamente. Eran jóvenes y atractivas. Sus trajes, con el cinturón apretando la cintura, largos hasta los tobillos, caían en pliegues rígidos y crujían al andar. Ambas llevaban el cabello castaño enroscado en gruesas trenzas a uno y otro lado de la cabeza. (A Seldon le pareció atractivo, pero se preguntó cuánto tiempo tardarían cada mañana en peinárselo y colocárselo de esa forma. No se había fijado en ningún peinado tan complicado de las mujeres que se habían cruzado con él en las calles). Las dos mujeres miraron a los recién llegados con clara expresión de desprecio. A Seldon no le sorprendió. Después de los acontecimientos del día, él y Dors aparecían tan andrajosos como Raych.

Sin embargo, ambas mujeres consiguieron una decorosa inclinación; luego, dieron media vuelta y señalaron hacia dentro perfectamente al unísono y con una simetría mantenida con todo cuidado. (¿Ensayarían esas cosas?) Quedaba clarísimo que los tres debían entrar.

Cruzaron una estancia recargada, repleta de muebles y objetos decorativos, cuya utilidad Seldon no comprendió de momento. El suelo era de color claro, elástico, y luminiscente. Seldon notó, con un principio de vergüenza, que sus zapatos dejaban marcas polvorientas en él.

Entonces, se abrió una puerta interior y otra mujer apareció en ella. Era claramente mayor que las dos primeras (que hicieron una profunda inclinación cuando entró, cruzando sus piernas de una forma tan simétrica que a Seldon le maravilló ver que pudieran mantener un equilibrio que, indudablemente, requería mucha práctica).

Seldon se preguntó si también se esperaba de él que hiciera gala de aquella forma ritualizada de respeto, pero como no tenía la menor idea de en qué podía consistir, se limitó a inclinar ligeramente la cabeza. Dors permaneció erguida, y, según le pareció a Seldon, displicente. Raych miraba boquiabierto en todas direcciones y parecía como si ni siquiera hubiera visto a la mujer que acababa de entrar.

Estaba llenita…, no gorda, aunque de carnes prietas. Llevaba el cabello peinado como las otras dos jóvenes y su traje era del mismo estilo, pero más ricamente adornado…, en exceso para satisfacer las nociones estéticas de Seldon.

De edad mediana, algunas canas brillaban en su cabello, pero los hoyuelos de sus mejillas le prestaban un aspecto más juvenil. Sus ojos, castaño oscuro, eran alegres y, en conjunto, parecía más maternal que vieja.

—¿Cómo estáis? Los tres —preguntó (no demostró la menor sorpresa ante la presencia de Dors y Raych, y les incluyó sin dificultad en su saludo) —. Hace tiempo que te espero y casi te conseguí en Streeling, *Arriba*. Tú eres el doctor Hari Seldon y llevo tiempo esperando conocerte. Y tú debes ser la doctora Dors Venabili, porque he sido informada de que lo acompañabas. Al muchacho, me temo que *no* lo conozco, aunque estoy encantada de verle. Sin embargo, no debemos pasar el tiempo hablando, porque estoy segura de que querréis descansar primero.

—Y bañarnos, *Madam* —dijo Dors con insistencia—. Cada uno de nosotros necesita una buena ducha.

—Por supuesto, y ropa de recambio. En especial el muchacho. —Miró a Raych sin el menor asomo de desprecio y rechazo, como habían demostrado las dos jóvenes—. ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Raych —contestó el chiquillo con voz ahogada, impresionada—, señora —añadió, por si acaso.

—¡Qué extraña coincidencia! —exclamó la mujer, con ojos resplandecientes—. ¿O es un presagio? Yo me llamo Rashelle. ¿No es curioso? Pero, ven, voy a ocuparme de todos vosotros. Luego, tendremos tiempo de sobra para cenar y conversar.

—Un momento, *Madam* —dijo Dors—. ¿Puedo preguntar dónde estamos?

—Wye, querida. Y, por favor, llamadme Rashelle, cuando os sintáis más tranquilizados. A mí siempre me ha gustado la llaneza.

Dors se envaró.

—¿Le sorprende que preguntemos? ¿No es natural que deseemos saber dónde nos encontramos?

Rashelle rió de un modo agradable y cantarín.

—Realmente, doctora Venabili, habrá que hacer algo con el nombre de este lugar. No te preguntaba el porqué, sino que respondía a tu pregunta. Me has preguntado dónde estabais y yo te lo he contestado: Wye. Están en el Sector de Wye.

—¡En Wye! —exclamó Seldon.

—En efecto, doctor Seldon. Te queremos desde el día en que hablaste en la Convención Decenal. Nos alegra tenerte por fin con nosotros aquí.

85

En realidad, tardaron un día completo en descansar y normalizarse (lavarse y sentirse limpios; conseguir ropa nueva, satinada y suelta al estilo de Wye, y dormir cuanto pudieron).

En su segundo día en Wye fue cuando tuvo lugar la cena que *Madam* Rashelle les había prometido.

La mesa era enorme, demasiado grande, si se consideraba que sólo cenaban cuatro personas: Hari Seldon, Dors Venabili, Raych y Rashelle. Las paredes y el techo aparecían con una suave iluminación y los colores cambiaban a un ritmo que, aunque el ojo lo percibía, no perturbaban la mente. El propio mantel, que no era de tela (Seldon todavía no había podido adivinar de qué material podía ser), parecía centellear.

Había muchos sirvientes, todos muy silenciosos. Una de las veces que la puerta se abrió, Seldon creyó vislumbrar soldados, armados y alerta, en el exterior. La habitación era como un guante de terciopelo, pero la mano de hierro no estaba lejos.

Rashelle se mostraba amable y amistosa, y era obvio que sentía un afecto especial por Raych, el cual, insistió, debía sentarse junto a ella.

Raych, frotado, pulido y resplandeciente, irreconocible dentro de su ropa nueva, con el cabello recortado, lavado y cepillado, apenas se atrevía a decir palabra. Era como si presintiera que su forma de expresarse no encajaba ya con su aspecto. Se sentía penosamente incómodo y observaba a Dors con gran atención al verla cambiar de cubierto a cubierto, tratando de imitarla exactamente en todo.

La comida resultaba gustosa, aunque sobrecargada de especias, tanto, que Seldon se vio incapaz de reconocer la naturaleza de los platos.

Rashelle, con su llenito rostro feliz, iluminado por su dulce sonrisa y sus deslumbrantes dientes blancos, observó:

—A lo mejor pensáis que ponemos aditivos mycogenios en la comida, pero no es así. Todo lo cultivamos aquí, en Wye. No hay otro Sector en el planeta más autosuficiente que Wye. Trabajamos duro para mantenerlo así.

Seldon asintió gravemente.

—Todo lo que nos han servido es de primera calidad, Rashelle —dijo —. Se lo agradecemos.

Mas, en su interior, pensó que la comida no podía compararse a la de Mycogen y sentía, incluso, como le había comentado a Dors poco antes, que estaba celebrando su propia derrota. O la derrota de Hummin, en todo caso, y le parecía más o menos lo mismo.

Después de todo había sido capturado por Wye, aquella posibilidad que tanto preocupó a Hummin cuando el incidente de *Arriba*.

—Quizás, en mi papel de anfitriona —empezó a decir Rashelle—, se me perdonará si hago preguntas personales. ¿Estoy en lo cierto al suponer que los tres no formáis una familia? ¿Que tú, Hari, y tú, Dors, no estáis casados y que Raych no es vuestro hijo?

—Entre nosotros tres no existe el menor parentesco —respondió Seldon —. Raych nació en Trantor, yo en Helicon y Dors en Cinna.

—¿Y cómo os reunisteis, pues?

Seldon se lo explicó con brevedad, y tan pocos detalles como pudo, y concluyó:

—No hay nada romántico o significativo en nuestra reunión.

—No obstante, me han dicho que planteaste ciertas dificultades con mi ayudante personal, el sargento Thalus, cuando quiso sacarte sólo a ti de Dahl.

—Siento gran afecto por Dors y Raych. Por eso no deseaba separarme de ellos.

—Eres un sentimental, ya lo veo —comentó Rashelle con una sonrisa.

—Sí, lo soy. Sentimental, y perplejo, además.

—¿Perplejo?

—Pues, sí. Y como ha sido tan amable de formularnos preguntas personales, ¿puedo yo preguntarle algo a mi vez?

—Por supuesto, querido Hari. Pregunta todo lo que quieras.

—Tan pronto como llegamos, me dijo que Wye quiso tenerme desde el día en que hablé en la Convención Decenal. ¿Por qué razón?

—De seguro que no eres tan simple que no lo entiendas. Te queremos por tu psicohistoria.

—Hasta aquí lo comprendo. Ahora, dígame, ¿qué le hace pensar que tenerme a mí significa que también tiene la psicohistoria?

—Porque no habrás sido tan remiso que la hayas perdido.

Los hoyuelos de Rashelle reaparecieron.

—En tu conferencia dijiste que la tenías. Y no creas que yo entendí lo que dijiste. No soy matemática. Odio los números. Pero tengo matemáticos trabajando para mí que me han explicado todas tus palabras.

—En tal caso, querida Rashelle, debe intentar escuchar mejor. Imagino que le dijeron que he demostrado que las predicciones psicohistóricas son concebibles, pero seguro que también le informarían que no son prácticas.

—No puedo creerlo, Hari. Al día siguiente fuiste llamado en audiencia por el pseudo-Emperador, Cleon.

—¿El pseudo-Emperador? —repitió Dors con ironía.

—¡Pues sí! —replicó Rashelle, como si respondiera a una cuestión muy seria—. Pseudo-Emperador. No tiene verdadero derecho al trono…

—Rashelle —la interrumpió Seldon, impaciente—. A Cleon le dije exactamente lo mismo que acabo de decirle ahora, y él dejó que me fuera.

Rashelle dejó de sonreír. Su voz se hizo algo cortante:

—Sí, dejó que te fueras, como el gato de la fábula deja irse al ratón. Te ha estado persiguiendo desde entonces: en Streeling, en Mycogen, en Dahl. Y te perseguiría hasta aquí si se atreviera. Pero, bueno…, nuestra conversación es demasiado seria. Disfrutemos. Oigamos música.

Y, al pronunciar estas palabras, una melodía instrumental suave pero alegre se dejó oír. Se inclinó hacia Raych y le dijo dulcemente:

—Muchacho, si no sabes manejar el tenedor —le dijo con dulzura—, usa la cuchara o los dedos. No me importará.

—Sí, *Madam* —contestó Raych tragando con fuerza, pero Dors interceptó su mirada y sus labios modularon en silencio: «Tenedor».

Él conservó su tenedor.

—Esta música es preciosa, *Madam* —Dors se negaba categóricamente a utilizar la forma más familiar de dirigirse a ella—, pero no debemos dejar que nos distraiga. Tengo el convencimiento de que quien nos perseguía en todos esos sitios podía pertenecer al Sector de Wye. Usted no estaría tan enterada de los acontecimientos si Wye no se hallara implicado.

Rashelle lanzó una carcajada.

—Wye tiene ojos y oídos en todas partes, claro, pero no fuimos los perseguidores. De haberlo sido, os habríamos cogido sin fallar, como ha ocurrido al fin en Dahl, cuando sí que *éramos* nosotros los perseguidores. No obstante, si hay una persecución que fracasa, una mano que no alcanza, podéis estar seguros que se trata de Demerzel.

—¿En tan poca estima tiene a Demerzel? —murmuró Dors.

—Sí. ¿Te sorprende? Le hemos derrotado.

—¿Usted? ¿O el Sector de Wye?

—El Sector, por supuesto, pero en tanto y en cuanto Wye sea el vencedor, entonces, yo soy quien ha vencido.

—Qué raro —observó Dors—. En todo Trantor parece prevalecer la opinión de que los habitantes de Wye no tienen nada que ver con victorias, derrotas, o lo que sea. Se intuye que no hay más que una voluntad, un puño

férreo en Wye, que son los del Alcalde. Ni usted ni ningún otro wyeiano… cuentan nada en comparación.

La sonrisa de Rashelle se ensanchó, se puso a mirar a Raych con benevolencia y le pellizcó la mejilla.

—Si creéis que nuestro alcalde es un autócrata y que no hay más que una voluntad que pese en Wye, quizá tengáis razón. Pero, de todos modos, yo puedo seguir haciendo uso del pronombre personal, porque mi voluntad cuenta.

—¿Por qué la suya? —preguntó Seldon.

—¿Y por qué no? —preguntó Rashelle a su vez, mientras los sirvientes empezaban a levantar la mesa—. ¡*Yo* soy el Alcalde de Wye!

86

Raych fue el primero en reaccionar ante esa declaración. Olvidándose por completo del barniz de corrección que tan incómodo le hacía sentir, lanzó una risotada.

—¡Eh, señora, no pué ser alcalde! —exclamó—. Los alcaldes son tíos.

Rashelle lo miró, divertida, y respondió, imitando a la perfección su tono de voz:

—¡Eh, chico! Algunos alcaldes son tíos y otros son tías. Métete esto en el caldero y déjalo que cueza.

Los ojos de Raych se desorbitaron y se quedó estupefacto.

—Eh, así se habla, mujer —consiguió sonriendo.

—Vaya acento que ha sacado, Rashelle —comentó Seldon tras aclararse la garganta.

Rashelle echó la cabeza ligeramente hacia atrás.

—Hace muchos años que no he tenido ocasión de sacarlo a relucir; sin embargo, uno no lo olvida nunca. Una vez tuve un amigo, un buen amigo, que era dahlita…, cuando yo era muy joven. —Suspiró—. No se expresaba de ese modo, claro (era muy inteligente), aunque sabía hablar así si se lo proponía y me enseñó. Me divertía mucho charlar de esta forma con él. Creábamos un mundo que excluía todo lo que nos rodeaba. Fue

maravilloso. E imposible también. Mi padre lo expuso con toda claridad. Y ahora llega este chiquillo, Raych, para recordarme aquellos días lejanos. Tiene el mismo acento, los ojos, el aspecto descarado…, y dentro de seis años, más o menos, será el encanto y el terror de las jovencitas. ¿No es así, Raych?

Raych contestó:

—No lo sé, señ…, hum, *Madam*.

—Yo estoy segura de que sí y de que te parecerás mucho a mi…, a mi viejo amigo. Entonces, no verte será más cómodo para mí. Y ahora, la cena ha terminado y es hora de que te vayas a tu habitación, Raych. Si quieres, puedes ver un rato la holovisión. Supongo que no sabes leer.

Raych se ruborizó.

—Pero pronto sabré. El doctor Seldon dice que lo haré.

—Entonces, estoy segura de que lo conseguirás y leerás muy bien.

Una joven se acercó a Raych; y se inclinó, respetuosa, en dirección a Rashelle. Seldon no pudo adivinar cuándo se hizo la señal que la reclamó.

—¿No puedo quedarme con el doctor Seldon y la señora Venabili? —protestó Raych.

—Los verás después —repuso Rashelle con dulzura—. Ahora tengo que hablar con ellos… Así que, debes irte.

Dors le hizo una seña silenciosa de que se fuera, y Raych, con una mueca, bajó de la silla y siguió a la doncella.

Una vez el niño hubo salido, Rashelle se volvió hacia Seldon y Dors.

—El chiquillo estará seguro, por supuesto, y bien atendido —les dijo—. Por favor, no temáis por él. También yo estoy segura. Lo mismo que mi servidora ha venido ahora mismo, de igual manera lo harían una docena de hombres armados, y con mayor rapidez, al llamarles. Quiero que lo entendáis bien.

—No se nos ha ocurrido pensar en atacarla —declaró Seldon sin inmutarse—, Rashelle…, ¿o debo decir Señora Alcaldesa?

—Sigue con Rashelle. Tengo entendido que eres un buen luchador, Hari, y que tú, Dors, tienes gran habilidad con las navajas, que, por cierto, hemos retirado de tu habitación. No deseo que confíes inútilmente en tus habilidades, dado que quiero a Hari vivo, ileso y amistoso.

—Siempre he entendido a la perfección, Señora Alcaldesa —dijo Dors, con su falta de cordialidad bien patente—, que el auténtico gobernante de Wye, ahora y en los últimos cuarenta años, es Mannix, cuarto de su nombre, y que sigue vivo y en plena posesión de sus facultades. Entonces, yo me pregunto: ¿Quién es usted en realidad?

—Exactamente quien digo que soy, Dors. Mannix IV es mi padre. Está, como dices, vivo y en posesión de sus facultades. Ante los ojos del Emperador y de todo el Imperio, él es el Alcalde de Wye, pero se encuentra agotado por la tensión del poder y ha decidido, por fin, dejarlo en mis manos, que se encuentran, igualmente, dispuestas a recibirlo. Soy su única hija y se me ha educado para gobernar. Mi padre es, por lo tanto, el Alcalde, legalmente y de nombre; yo lo soy de hecho. Es a mí, ahora, a quien las Fuerzas Armadas han jurado lealtad, y, en Wye, eso es lo único que cuenta.

Seldon asintió.

—Sea como dice. Pero, de todos modos, que sea Mannix IV o Rashelle I, porque supongo que *es* la primera del nombre, no tienen por qué retenerme. Ya le he dicho que mi psicohistoria no es práctica y pienso que ni yo ni ningún otro llegaremos a conseguirla. Así se lo dije al Emperador. No puedo servirle ni a usted, ni a él.

—Qué ingenuo eres. ¿Conoces la historia del Imperio?

Seldon sacudió la cabeza.

—Hace poco tiempo he llegado a desear conocerla mejor.

—*Yo* conozco bien la Historia Imperial —le interrumpió Dors—, aunque la época pre-imperial es mi especialidad, Señora Alcaldesa. Sin embargo, ¿qué importa que la conozcamos o no?

—Si conoces tu Historia, sabrás que la Casa de Wye es antigua y honorable, descendiente de la dinastía Dacian.

—Los dacianos gobernaron hace cinco mil años —observó Dors—. El número de descendientes en las ciento cincuenta generaciones que han vivido y muerto desde entonces puede sumar la mitad de la población de la Galaxia, si todas las reclamaciones genealógicas, por descaradas que sean, son aceptadas.

—Nuestras reclamaciones genealógicas, doctora Venabili —repuso ella, y el tono de voz de Rashelle fue, por primera vez, glacial y hostil, y la

mirada de sus ojos, acerada—, no son descaradas. Están perfectamente documentadas. La Casa de Wye se ha mantenido en el poder a lo largo de todas esas generaciones y ha habido ocasiones en que *nosotros* hemos ocupado el trono Imperial y gobernado como Emperadores.

—La Historia suele referirse a los gobernantes de Wye como «anti-Emperadores», jamás reconocidos por el conjunto del Imperio.

—Depende de quién escriba la Historia. En el futuro, nosotros lo haremos, porque el trono, que fue nuestro, volverá a nuestras manos de nuevo.

—Para conseguir eso tienen que provocar una guerra civil.

—Es un riesgo que no correremos —afirmó Rashelle, al tiempo que volvía a sonreír—. Esto es lo que debo explicaros para que sepáis por qué quiero la ayuda del doctor Seldon, a fin de evitar dicha catástrofe. Mi padre, Mannix IV, ha sido un hombre de paz toda su vida. Leal a quienquiera que estuviera gobernando en el Palacio Imperial, ha mantenido a Wye como un pilar fuerte y próspero de la economía trantoriana para bien del Imperio.

—Tengo entendido que el Emperador no ha confiado más en él porque haya sido así —observó Dors.

—Tenlo por seguro que no. Los Emperadores que han ocupado el Palacio en vida de mi padre saben que son unos usurpadores, pertenecientes a un linaje de usurpadores. Los usurpadores no pueden permitirse confiar en los verdaderos gobernantes. A pesar de eso, mi padre ha mantenido la paz. Por supuesto, él ha formado y entrenado unas magníficas Fuerzas de Seguridad para así poder mantener la paz, prosperidad y estabilidad del Sector. Las autoridades Imperiales se lo han permitido porque querían un Wye pacífico, próspero, estable…, y leal.

—¿Y es leal? —preguntó Dors.

—Al verdadero Emperador, desde luego, y ahora hemos llegado al punto en que nuestra fuerza es tal que podemos apoderarnos del Gobierno rápidamente, en una acción relámpago, a decir verdad… De tal forma, que antes de que nadie pueda decir siquiera «guerra civil», habrá un verdadero Emperador, o Emperatriz, si lo prefieren, y Trantor seguirá tan pacífico como antes.

Dors sacudió la cabeza.

—¿Puedo, como historiadora, aclarar unos puntos?

—Siempre estoy dispuesta a escuchar —respondió Rashelle, e inclinó la cabeza hacia Dors.

—Por importantes que sean sus Fuerzas de Seguridad, por bien entrenadas y equipadas que estén, no pueden, en modo alguno, compararse en número y resistencia a las Fuerzas Imperiales, respaldadas por veinticinco millones de mundos.

—Ah, pero tú misma acabas de señalar el punto débil del usurpador, doctora Venabili. Hay veinticinco millones de mundos, con las Fuerzas Imperiales desperdigadas entre todos ellos. Esas fuerzas están repartidas sobre incalculable espacio, mandadas por infinidad de oficiales, ninguno de los cuales ha sido especialmente preparado para cualquier acción ajena a sus propias provincias, y muchos de ellos dispuestos a actuar más en interés propio que en el del Imperio. Nuestras fuerzas, por el contrario, están todas aquí. Todas en Trantor. Podemos actuar y concluir antes de que lejanos generales y almirantes puedan conseguir entender que se les necesita.

—Pero la respuesta llegará en cualquier momento y con fuerza irresistible.

—¿Estás segura? Accederemos al trono. Trantor será nuestro y habrá paz. ¿Por qué iban a actuar las Fuerzas Imperiales si, manteniéndose al margen, cada jefecillo militar puede tener su propio mundo que gobernar, su propia provincia?

—¿Es eso lo que desea en realidad? —preguntó Seldon, desconcertado—. ¿Me está diciendo que ansía gobernar un Imperio que se dividirá?

—Exactamente —afirmó Rashelle—. Gobernaría Trantor, sus colonias espaciales circundantes, y algún pequeño sistema planetario que forma parte de la provincia trantoriana. Preferiría ser Emperador de Trantor, antes que Emperador de la Galaxia.

—¿Se conformaría sólo con Trantor? —insistió Dors, con profunda incredulidad en su tono de voz.

—¿Y por qué no? —saltó Rashelle, súbitamente iluminada. Se inclinó hacia delante, con las palmas de las manos presionando sobre la mesa—. Eso es lo que mi padre ha estado planeando durante cuarenta años. Ahora, se agarra a la vida sólo para ver cómo se cumple. ¿Para qué necesitamos

millones de mundos, mundos distantes que no significan nada para nosotros, que nos debilitan, se llevan a nuestras Fuerzas Armadas lejos de aquí, perdidas en insensatos *parsecs* cúbicos de espacio; nos ahogan en un caos administrativo, nos arruinan con sus incesantes peleas y problemas, cuando no son otra cosa que vacíos distantes por lo que a nosotros se refiere? Nuestro propio y populoso mundo, nuestra propia ciudad planetaria, es suficiente Galaxia para nosotros. Tenemos todo lo que necesitamos para mantenernos. En cuanto al resto de la Galaxia, que se divida. Cada jefecillo militar podrá tener su propia astilla. No necesitan luchar. Habrá suficiente para todos.

—Pero, así y todo, *lucharán* —aseguró Dors—. Cada uno rehusará sentirse satisfecho con su provincia. Cada uno temerá que su vecino no esté satisfecho con *su* provincia. Cada uno se sentirá inseguro y soñará con un gobierno galáctico como única garantía de su seguridad. Téngalo por seguro, Señora Emperadora de Nada. Habrá guerras interminables a las que usted y Trantor habrán contribuido y en las que se verán mezclados…, constituyendo la ruina para todos.

—Así podría parecer, si una no pudiera ver más lejos que tú, si una confiara en las lecciones corrientes de la Historia —repuso Rashelle con claro desprecio en su voz.

—¿Y qué se puede ver más allá? —replicó Dors—. ¿En qué puede una confiar más allá de las lecciones de la Historia?

—¿Me preguntas qué hay más allá? —exclamó Rashelle—. ¡Está *él*!

Y su brazo saltó hacia delante, con el dedo índice señalando a Seldon.

—¿Yo? —dijo Seldon—. Ya le he dicho que la psicohistoria…

—No me repitas lo que ya has dicho, mi buen doctor Seldon —le interrumpió Rashelle—. No ganamos nada con ello… ¿Supones, doctora Venabili, que mi padre no se dio cuenta del peligro de una interminable guerra civil? ¿Crees que no doblegó su brillante mente para encontrar algún medio de evitarla? En estos últimos diez años ha estado preparado, en todo momento, para apoderarse del Imperio en un día. Sólo precisaba que le confirmaran la seguridad después de la victoria.

—Algo que no puede tener —observó Dors.

—Algo que tuvimos en el momento en que oímos al doctor Seldon en su comunicación en la Convención Decenal. Al instante comprendí que eso era lo que necesitábamos. Mi padre es demasiado viejo para ver el significado. Pero, cuando se lo expliqué, él lo vio también y fue entonces cuando, de manera oficial, él me traspasó sus poderes. Así que de ti depende, Hari, que yo tenga este cargo, y a ti deberé mi superior posición en el futuro.

—Le estoy diciendo que no se puede… —empezó Seldon, molesto.

—No importa lo que se pueda o no se pueda hacer. Lo que en realidad importa es lo que la gente crea o no crea que puede hacerse. Ellos *te creerán*, Hari, cuando les expliques que la predicción prehistórica es que Trantor puede autogobernarse y las provincias transformarse en reinos que, juntos, vivirán en paz.

—No haré semejante predicción —dijo Seldon— en ausencia de la verdadera psicohistoria. No quiero hacer de charlatán. Si usted desea algo como eso, dígaselo *usted*.

—Hari, a mí no querrán creerme. Es a ti a quien creerán: al gran matemático. ¿Por qué no darles gusto?

—Resulta que también el Emperador quiso utilizarme como fuente de útiles profecías a su servicio. Y me negué a hacerlo para él, ¿cómo cree que puedo aceptar hacerlo por usted?

Rashelle guardó silencio durante unos instantes, y cuando habló de nuevo, su voz había perdido su intensa excitación, volviéndose casi suplicante.

—Hari —dijo ella—, piensa un poco en la diferencia entre Cleon y yo. Lo que, indudablemente, Cleon quería de ti era propaganda para conservar su trono. Sería una tontería dársela porque el trono no puede conservarse. ¿No sabes que el Imperio Galáctico está en plena decadencia, que no puede durar mucho más? El propio Trantor se está arruinando a causa del peso, cada vez mayor, de la administración de veinticinco millones de mundos. Lo que tenemos ante nosotros es dolor y guerra civil, no importa lo que tú hagas por Cleon.

—He oído decir algo parecido a eso. Tal vez sea cierto, pero, ¿qué nos queda entonces? —murmuró Seldon.

—Ayudar a romperlo en fragmentos *sin* ninguna guerra. Ayúdame a quedarme con Trantor. Ayúdame a establecer un Gobierno fuerte sobre un reino lo bastante pequeño para que sea gobernado con eficacia. Déjame liberar al resto de la Galaxia, que cada porción siga su camino según sus costumbres y cultura propias. La Galaxia se transformará de nuevo en un todo que volverá a trabajar a través de las agencias de comercio libres, de turismo, y de comunicaciones, y el destino de sumirse en el desastre bajo el mandato actual, que apenas lo mantiene unido, podrá evitarse. En realidad, mi ambición es moderada; un mundo, no millones; paz, nada de guerra; libertad, no esclavitud. Piensa en todo y ayúdame.

—¿Por qué iba la Galaxia a creerme a mí, más de lo que la creen a usted? —preguntó Seldon—. No me conocen, ¿y quiénes de nuestros comandantes de la flota se impresionarán por la mera palabra «psicohistoria»?

—No serás creído *ahora*, pero yo no pido una acción ahora. La Casa de Wye, que ha esperado millares de años, puede muy bien esperar millares de días más. Coopera conmigo y haré que tu nombre sea famoso. Te prometo que la psicohistoria resplandecerá en todos los mundos y, a su debido tiempo, cuando yo juzgue que el movimiento está en su momento electo, pronunciarás tu predicción y daremos el golpe. Entonces, en un punto de la historia, la Galaxia existirá bajo un Nuevo Orden que la hará estable y feliz por eones. Vamos, Hari, ¿cómo puedes negarte?

CAÍDA

THALUS, EMMER. — ... *Un sargento de las Fuerzas de Seguridad Armadas del Sector de Wye, en el antiguo Trantor…*

... Aparte de estas estadísticas sin importancia vital, nada se sabe del hombre, excepto que, en cierta ocasión, tuvo en sus manos el destino de la Galaxia.

Enciclopedia Galáctica

87

A la mañana siguiente, el desayuno se sirvió en un gabinete cercano a las habitaciones de los tres cautivos y fue espléndido de verdad. Había enorme variedad de comida y más que suficiente de todo.

Seldon tenía ante sí una montaña de salchichas especiales, ignorando las oscuras predicciones de Dors Venabili sobre estómagos y cólicos.

—La mujer… —dijo Raych—, la Señora Alcaldesa, cuando vino a verme anoche, me…

—¿Vino a verte? —le interrumpió Seldon.

—Sí. Dijo que quería asegurarse de que estaba cómodo. También me prometió que, cuando pudiera, me llevaría a un zoológico.

—¿A un zoológico? —Seldon miró a Dors—. ¿Qué clase de «zoo» pueden tener en Trantor? ¿Gatos y perros?

—Hay algún animal aborigen —explicó Dors—, y me imagino que importan aborígenes de otros mundos. También están los animales compartidos que hay en todos los mundos…, otros mundos que tienen más que Trantor. En realidad, Wye posee un zoológico famoso, quizás el mejor del planeta, después del propio «zoo» Imperial.

—Es una vieja señora estupenda —observó Raych.

—No *tan* vieja —dijo Dors—, y nos alimenta bien.

—Algo es algo —comentó Seldon.

Cuando terminaron de desayunar, Raych se fue de exploración.

Una vez se hubieron retirado a la habitación de Dors, Seldon observó con marcado descontento:

—No sé por cuánto tiempo nos dejarán tranquilos. Seguro que ha estado tramando formas de ocupar nuestro tiempo.

—En realidad, no podemos quejarnos por el momento. Estamos mucho más cómodos aquí que en Mycogen o en Dahl.

—Dors, ¿no te habrás dejado embaucar por esta mujer?

—¿Yo? ¿Por Rashelle? Pues claro que no. ¿Cómo puedes pensar semejante cosa?

—Bueno, estás bien instalada. Bien alimentada. Sería natural bajar la guardia y aceptar lo que la fortuna nos depara.

—Sí, muy natural. ¿Y por qué no hacerlo?

—Mira, anoche estuviste diciendo lo que va a ocurrir si ella gana. Puede que yo no tenga mucho de historiador, pero estoy dispuesto a creerte, porque tus palabras eran muy sensatas, incluso para el que no es historiador. El Imperio se hará pedazos y sus astillas lucharán unas con otras por…, por…, indefinidamente. Tiene que ser detenida.

—De acuerdo —asintió Dors—. Hay que detenerla. Lo que no acabo de ver es cómo podemos hacer esta insignificancia ahora mismo, en este momento… —Miró fijamente a Seldon—. Hari, anoche no dormiste, ¿verdad?

—¿Y *tú*? —Era obvio que no había dormido.

Dors se quedó mirando, con el rostro ensombrecido por la preocupación.

—¿Has estado despierto pensando en la destrucción galáctica a causa de lo que dije?

—Por eso y por otras cosas. ¿Puedes ponerte en contacto con Chetter Hummin? —Esto último lo preguntó en un murmullo.

—Intenté ponerme en contacto con él cuando tuvimos que esquivar la detención, en Dahl. Y no vino. Estoy segura de que recibió el mensaje, aunque no acudiese. Puede ser que, por diversas razones, no pudiera hacerlo, pero lo hará tan pronto como le sea posible.

—¿Supones que puede haberle ocurrido algo?

—No —respondió Dors, paciente—. No lo creo.

—¿Cómo podemos saberlo?

—De un modo u otro su aviso me llegaría. Estoy segura. Y no me ha llegado nada.

Seldon frunció el ceño.

—No tengo tanta confianza como tú —insistió—. La verdad, es que no tengo la menor confianza. Incluso si Hummin viniera, ¿qué puede hacer en este caso? No puede luchar contra todo Wye. Si tienen, como Rashelle presume, el Ejército mejor organizado de Trantor, ¿qué podría hacer él contra esas Fuerzas?

—Es inútil discutirlo. ¿Crees que podrías convencer a Rashelle, meterle en la cabeza, de un modo u otro, que no tienes aún la psicohistoria?

—Estoy seguro de que sabe que no la tengo aún y de que voy a tardar muchos años en conseguirla…, suponiendo que la consiga. Pero ella *dirá* que la tengo, y si lo hace con suficiente habilidad, la gente la creerá y, con el tiempo, obrarán de acuerdo con lo que les comunique como mis predicciones y pronunciamientos…, incluso si yo no digo una sola palabra.

—Pero tardará cierto tiempo. No puede montar tu tinglado en una noche. Ni en una semana. Para hacerlo como es debido, debería tardar un año.

Seldon paseaba de una punta a otra de la habitación, girando bruscamente sobre los talones y volviendo a repetir el paseo.

—Puede que sí —musitó—, pero no lo sé. La presionarán para que haga las cosas deprisa. No me parece el tipo de mujer que haya cultivado el hábito de la paciencia. Y su anciano padre, Mannix IV, estará más impaciente aun. Debe presentir la cercanía de la muerte y, si toda su vida ha luchado por esto, preferirá verlo conseguido una semana antes de su muerte, que una semana después. Además… —Hizo una pausa y miró a su alrededor.

—Además, ¿qué? —preguntó Dors.

—Pues que *necesitamos* tener nuestra libertad. Verás, he resuelto el problema de la psicohistoria.

Dors abrió los ojos.

—¿De veras? ¡Lo has resuelto!

—No lo he resuelto del todo. Pero ahora sé que es práctica, no teórica. Sé que puede hacerse, así que necesito disponer de tiempo, de paz y de tranquilidad para trabajar. El Imperio debe mantenerse unido hasta que yo, o posiblemente mis sucesores, aprendan cómo mejor conservarlo, o cómo minimizar el desastre si se divide pese a nuestros esfuerzos. La idea de tener que empezar mi trabajo y no ver cómo podía hacerlo, fue lo que me mantuvo despierto anoche.

88

Era su quinto día en Wye, por la mañana, y Dors ayudaba a Raych a vestirse con ropa de ceremonia, con la que ni uno ni otra estaban familiarizados.

Raych se contempló dubitativo en el holoespejo y vio una imagen reflejada en él que lo miraba fijamente, imitando todos sus movimientos, aunque sin ninguna inversión de derecha o izquierda. Raych nunca hasta entonces se había servido de un holoespejo y se sentía incapaz de evitar tocarlo, luego se reía, casi avergonzado, cuando la mano de la imagen trataba inútilmente de llegar a su cuerpo real.

—Estoy raro —dijo al fin.

Miró su casaca, hecha de un material muy flexible, con un fino cinturón de filigrana; luego, pasó las manos por un cuello tieso que se alzaba como una corola más allá de las orejas, por ambos lados.

—Mi cabeza parece una pelota dentro de un bol.

—Pero éste es el tipo de ropa que llevan los niños ricos de Wye. Todo el que te vea te admirará y te envidiará.

—¿Con mi cabello todo aplastado?

—Claro. Llevarás este sombrero redondo.

—Mi cabeza se parecerá aún más a una pelota.

—No dejes que nadie te la golpee. Ahora, recuerda bien lo que te he dicho. No pierdas la calma y no te portes como un niño.

—Pero si *soy* un niño —protestó, mirándola con expresión inocente.

—Me sorprende oírtelo decir. Estoy segura de que te consideras un adulto de doce años.

Raych se rió.

—Está bien. Seré un buen espía.

—Eso no es lo que te he pedido. No te arriesgues. No te escondas detrás de las puertas para escuchar. Si te atraparan, no ayudarías a nadie…, en especial a ti mismo.

—¡Bah, venga, señora! ¿Qué se ha creído que soy? ¿Un niño o algo así?

—Tú mismo lo has dicho hace un momento, ¿no es así, Raych? Debes escuchar todo lo que se dice sin parecer que lo haces. Y acuérdate bien de lo que oigas. Y cuéntanoslo después. Es bastante fácil.

—Bastante fácil para usted decirlo, doctora Venabili —dijo Raych con un guiño—, y bastante fácil para mí hacerlo.

—Ten cuidado.

Raych le guiñó un ojo.

—¡Y que lo diga!

Un lacayo (tan fríamente y mal educado como sólo un lacayo arrogante puede serlo) acudió a recoger a Raych para acompañarlo a donde Rashelle lo esperaba.

Seldon los vio alejarse, pensativo.

—Probablemente no verá el zoológico, sino que lo escuchará todo sin perder palabra. No sé si está bien que metamos al niño en semejante

peligro.

—¿Peligro? Lo dudo. Recuerda que Raych se ha criado en el arroyo de Billibotton. Supongo que tiene más recursos que tú y yo juntos. Además, Rashelle le tiene un cariño especial e interpretará a su favor todo lo que él haga… Pobre mujer.

—¿Acaso la *compadeces*, Dors?

—¿Quieres decir que no merece simpatía por el hecho de ser hija de un alcalde, considerarse alcaldesa por derecho propio, y estar decidida a destruir el Imperio? Quizá tengas razón, pero, pese a todo, hay aspectos en ella por los que uno puede mostrar simpatía. Por ejemplo, tuvo un amor desgraciado. Eso es evidente. Indudablemente, se le partió el corazón…, durante un cierto tiempo, por lo menos.

—¿Has tenido alguna vez un amor desgraciado, Dors?

Dors lo estuvo pensando.

—Creo que no —respondió—. Estoy demasiado sumida en mi trabajo para que se me parta el corazón.

—Ya me lo figuraba.

—Entonces, ¿por qué me lo has preguntado?

—Podía haberme equivocado.

—Han pasado cinco días —dijo Seldon, después de una pausa— y no hemos sabido nada.

—Excepto que nos tratan muy bien, Hari.

—Si los animales pudieran hablar y pensar, dirían que están bien tratados cuando, en realidad, están siendo engordados para ser sacrificados.

—Admito que ella está cebando al Imperio para la matanza.

—Pero, ¿cuándo?

—Supongo que lo hará cuando ella se crea preparada.

—Presumió de que no tenía problema para completar el golpe en un día, y la impresión que a mí me dio fue que podía llevarlo a cabo en *cualquier* día.

—Incluso si eso fuera cierto, ella querría estar segura de poder cortar de raíz la reacción Imperial, y eso tiene que llevarle algún tiempo.

—¿Cuánto tiempo? Pretende impedir esa reacción Imperial, pero no hace ningún esfuerzo por conseguirlo. No hay indicios de que me esté

dando ninguna importancia ante los demás. Vaya por donde vaya en Wye, nadie me reconoce. No hay masas de gente que me vitoreen. Nada sobre mí en las holonoticias.

Dors sonrió.

—Uno podría llegar a suponer que te duele que no te consideren famoso. Eres un ingenuo, Hari. O no eres historiador, lo cual viene a ser casi lo mismo. Creo que deberías sentirte más contento de que el estudio de la psicohistoria hará de ti un historiador, que de poder salvar al Imperio. Si todos los seres humanos comprendieran la Historia, podrían dejar de cometer los mismos estúpidos errores una y otra vez.

—¿Por qué dices que soy un ingenuo? —preguntó Seldon mirándola por encima de la nariz.

—No te ofendas, Hari. Creo que, en realidad, es uno de tus mayores atractivos.

—Lo sé. Despierta tu instinto maternal y además *se te* ha pedido que cuides de mí. ¿En qué soy un ingenuo?

—Al pensar que Rashelle trataría de hacer propaganda entre la gente del Imperio, en general, para que te aceptaran como vidente. De ese modo, ella no conseguiría nada. Es muy difícil poner rápidamente en marcha a cuatrillones de personas. Existe una inercia social y psicológica, así como una inercia física. Y, mostrándose a descubierto, no haría sino alertar a Demerzel.

—Entonces, ¿qué está haciendo?

—Sospecho que la información sobre ti (debidamente exagerada y glorificada) es servida a unos pocos importantes: a los virreyes de Sectores, almirantes de las flotas, esas personas influyentes por las que ella se cree mirada con estimación…, o que miran malignamente al Emperador. Un centenar, más o menos, de los que pueda fiarse lograran causar confusión entre los leales el tiempo necesario para que Rashelle I se permita montar su Nuevo Orden con la suficiente firmeza para resistir cualquier oposición que pudiera surgir. Por lo menos, así es como creo que ella razona.

—Entretanto, nada sabemos de Hummin.

—Pero tengo la seguridad de que estará haciendo algo. Esto es demasiado importante para ignorarlo.

—¿No has pensado que pudiera estar muerto?

—Es una posibilidad, pero no lo creo. Si lo estuviera, me habría llegado la noticia.

—¿Aquí?

—Incluso aquí.

Seldon levantó las cejas, pero no dijo nada.

Raych volvió a última hora de la tarde, feliz y excitado, con descripciones de monos y de seres bakarianos, y acaparó la conversación durante toda la cena.

Sólo después, cuando ya estuvieron en sus habitaciones, Dors preguntó:

—Ahora, cuéntame lo que ocurrió con la Señora Alcaldesa, Raych. Dime todo lo que hizo o dijo que tú creas que debemos saber.

—Una cosa… —exclamó Raych, iluminándosele el rostro—, y apuesto a que por eso no ha venido a cenar.

—¿Qué cosa?

—El zoo estaba cerrado, excepto para nosotros. Había mucha gente… Rashelle y yo, y toda clase de tíos de uniforme y mujeres muy elegantes y así. Entonces, un tío de uniforme…, un tío diferente, que no estaba allí antes, llegó hacia el final y dijo algo a Rashelle en voz baja, y ella se volvió a la gente y con la mano les indicó que no tenían que moverse, y la gente no lo hizo. Y se apartó un poco con ese tío nuevo, para hablar con él y que nadie los oyera. Sólo que yo me hice el distraído, seguí mirando las jaulas y me acerqué a Rashelle, así pude oír lo que decía: «¿Cómo se atreven?», preguntaba, como si estuviera furiosa. Y el tío de uniforme parecía nervioso. Yo sólo los veía de refilón porque figuraba que estaba contemplando a los animales, así que lo más que oí fueron palabras sueltas. Él dijo que alguien, no me acuerdo del nombre, pero era un general o algo así… Dijo que ese general dijo a los oficiales que él había jurado religión al viejo, al padre de Rashelle…

—Adhesión —le corrigió Dors.

—Algo así, y que ellos estaban nerviosos por hacer lo que la mujer decía. Dijo que querían al viejo, o nada. Que si estaba demasiado enfermo para ser Alcalde, buscaran a otro, pero que no querían a una mujer.

—¿*No* una mujer? ¿Estás seguro?

—Eso es lo que él dijo. Se lo contó en un murmullo. Estaba muy nervioso, y ella tan furiosa, que casi no podía hablar. Entonces ella gritó: «Me lo cargaré». Mañana todos le jurarán fidelidad y el que se niegue, sea quien sea, «lo lamentará antes de que haya pasado una hora». Es exactamente lo que ella dijo. Y se acabó el paseo, y volvimos todos, y no volvió a hablarme en todo el tiempo. Permaneció sentada, enfadada y furiosa.

—Bien —dijo Dors—. No le cuentes esto a nadie, Raych.

—Claro que no. ¿Es lo que usted quería?

—Precisamente, lo que yo quería. Lo has hecho muy bien, Raych. Ahora, vete a tu cuarto y olvídate de todo. Ni siquiera pienses en ello.

Una vez Raych hubo salido, Dors se volvió hacia Seldon.

—Muy interesante —comentó ella—. Las hijas han sucedido a los padres, o a las madres, y han sido alcaldesas u otros cargos importantes en diferentes ocasiones. Ha habido Emperatrices reinantes, como indudablemente sabes, y no recuerdo que en toda la Historia se haya cuestionado nunca si las servían o no. Y eso me hace pensar, ¿por qué, precisamente ahora, en Wye, surge el problema?

—¿Por qué no? —observó Seldon—. Hace poco hemos estado viviendo en Mycogen, donde las mujeres no cuentan para nada y no pueden ostentar cargos ni dignidades por insignificantes que éstos sean.

—Sí, por supuesto, pero eso representa una excepción. Hay otros lugares en los que las mujeres dominan. No obstante, en su mayor parte, el Gobierno y el poder han estado más o menos equilibrados entre ambos sexos. Si hay más hombres que tienden a ocupar altos cargos, suele ser debido a que las mujeres tienden a verse más sujetas, biológicamente, a los hijos.

—Pero, ¿cuál es la situación de Wye?

—Equisexual, por lo que yo sé. Rashelle no dudó en asumir el poder mediante la Alcaldía, y me imagino que el viejo Mannix no vaciló en cedérselo. Y ahora se ha sentido sorprendida y furiosa al encontrarse con la oposición de los hombres. No podía esperar algo así.

—Estás encantada con todo esto, ¿verdad? —preguntó Seldon—. ¿Por qué?

—Muy sencillo. Se trata de algo tan poco natural, que debe ser provocado, y me imagino que Hummin tiene algo que ver con esa provocación.

—¿Piensas eso?

—Sí.

—¿Sabes una cosa?, yo también.

89

Era su décimo día en Wye y por la mañana. La señal de la puerta de Hari Seldon sonó mientras la voz excitada de Raych gritaba del otro lado:

—¡Señor, señor! ¡Es la guerra!

Seldon tardó unos segundos en despejarse, despertar del todo y saltar de la cama. Temblaba ligeramente (los wyeianos preferían sus domicilios más bien fresquitos, lo había descubierto a poco de llegar), cuando fue a abrir la puerta.

Raych entró de un salto, con los ojos muy abiertos, excitado.

—¡Doctor Seldon, tienen a Mannix, el viejo alcalde! ¡Ellos tienen…!

—¿*Quiénes* tienen, Raych? —le interrumpió Seldon.

—Los Imperiales. Sus *jets* llegaron anoche de todas partes. Las holonoticias están diciéndolo todo ahora. Las hemos oído en el cuarto de la señora. Dijo que le dejara dormir, pero yo he pensado que usted querría saberlo.

—Y tenías razón —declaró Seldon, entreteniéndose sólo para echarse un albornoz por encima y precipitarse a la habitación de Dors.

Ella se encontraba vestida del todo y contemplaba el holoproyector.

Sentado al otro lado de una mesa, había un hombre, con la insignia de la Nave y el Sol en la parte izquierda de su guerrera. A ambos lados suyos, dos soldados, también con la misma insignia, se mantenían de pie, armados. El oficial iba diciendo:

—… Se halla bajo control pacífico de su Majestad Imperial. El Alcalde Mannix está a salvo, bien y en plena posesión de sus funciones de alcalde bajo la protección de las tropas Imperiales. No tardará en encontrarse ante

vosotros para tranquilizar a todos los habitantes de Wye y pedir a sus tropas que depongan las armas.

Había otras holonoticias por parte de periodistas con voces indiferentes, todos ellos con la insignia Imperial en los brazaletes. Las noticias eran siempre las mismas: la rendición de ésta u otra unidad de las Fuerzas de Seguridad de Wye, tras disparar unas pocas ráfagas para que quedara patente… Otras veces, sin ninguna resistencia. Ese centro ciudadano y aquel otro estaban ocupados… Y mostraban repetidas vistas de la muchedumbre contemplando, sombría, cómo las Fuerzas Imperiales desfilaban por las calles.

—Ha sido perfectamente ejecutado, Hari —comentó Dors—. Una sorpresa completa. No han tenido ni la oportunidad de resistirse y no se ha presentado ninguna de las consecuencias.

El alcalde, Mannix IV, apareció en la pantalla, tal como les habían prometido. Se mantenía erguido y, tal vez para salvar las apariencias, no había Imperiales a la vista, aunque Seldon estaba casi seguro de que un número adecuado de ellos se encontraba presente, fuera del alcance de la cámara.

Mannix era viejo, pero su fuerza, aunque disminuida, seguía siendo aparente. Sus ojos no miraron a la holocámara y sus palabras fueron pronunciadas como si alguien le estuviera obligando, mas, de acuerdo con lo prometido, aconsejó a los habitantes de Wye que mantuvieran la calma, que no ofrecieran resistencia, que mantuvieran Wye a salvo de cualquier daño y que cooperaran con el Emperador, quien, era de esperar, seguiría en el trono durante mucho tiempo.

—No ha mencionado a Rashelle —comentó Seldon—. Es como si su hija no existiera.

—Nadie la ha mencionado y este lugar, que es después de todo, su residencia, o una de ellas, no ha sido atacado. Incluso si consigue huir y refugiarse en algún Sector vecino, dudo que se encuentre a salvo en Trantor por mucho tiempo.

—Tal vez no —oyeron que decía una voz—, pero creo que seguiré aquí a salvo por un tiempo.

Rashelle entró. Iba correctamente vestida, y parecía muy tranquila. Incluso sonreía, aunque no era una sonrisa alegre, sino más bien un rictus que dejaba los dientes al descubierto.

Los tres la miraron sorprendidos durante unos segundos, y Seldon se preguntó si le quedaría alguno de sus sirvientes o si habían desertado al menor signo de adversidad.

—Veo, Señora Alcaldesa —dijo Dors con cierta frialdad—, que sus esperanzas de un golpe de Estado no han podido cumplirse. En apariencia, ellos se le han adelantado.

—No se me han adelantado. Me han traicionado. Mis oficiales han sido manejados y, contra toda la Historia, y todo lo racional, se han negado a luchar por una mujer, y sí por su anciano amo. Y, traidores como son, han dejado que su anciano amo fuera apresado de forma que no pueda dirigirles en la resistencia.

Buscó una silla y se sentó.

—Y, ahora, el Imperio continuará su decadencia y acabará muriendo, mientras que yo estaba preparada para darle nueva vida.

—Creo —observó Dors— que el Imperio ha evitado un período indefinido de inútil lucha y destrucción. Que esto le sirva de consuelo, Señora Alcaldesa.

Pero Rashelle pareció no oírle.

—Tantos años de preparación destruidos en una noche. —Se quedó allá sentada, vencida, descorazonada, como si hubiera envejecido veinte años.

—No puede haber sido hecho en una sola noche —dijo Dors—. Sobornar a sus oficiales, si ocurrió así, tuvo que ser labor de mucho tiempo.

—En eso, Demerzel es un maestro y ha quedado claro que le subestimé. ¿Cómo lo hizo? Lo ignoro. Quizá por medio de amenazas, dinero, argumentos falsos y suaves… Es un maestro en el arte de la traición y el disimulo… Yo hubiera debido darme cuenta. —Calló durante unos instantes y, después, prosiguió—: Si, por su parte, sólo hubiera empleado la fuerza, yo no hubiera tenido problemas para destruir todo cuanto se nos opusiera. ¿Quién podía pensar que Wye sería traicionado, que un juramento de lealtad podía olvidarse con tanta facilidad?

Seldon, maquinalmente racional, objetó:

—Pero supongo que el juramento fue hecho a su padre no a usted.

—¡Tonterías! —protestó Rashelle vigorosamente—. Cuando mi padre me cedió la alcaldía, como dentro de la legalidad podía hacer, automáticamente, me traspasó todos los juramentos de lealtad que se le habían hecho a él. Existe un amplio precedente de ello. Es costumbre que el juramento se repita ante el nuevo gobernante, pero no es más que una ceremonia y no un requisito legal. Mis oficiales lo sabían; sin embargo, han preferido olvidarlo. Emplean el hecho de que yo sea una mujer como excusa porque tiemblan de miedo ante la venganza imperial, la cual nunca les habría alcanzado si se hubieran mantenido firmes, o se estremecen en espera de las recompensas prometidas, recompensas que jamás verán…, si conozco a Demerzel.

De repente, se volvió hacia Seldon.

—Es a *ti* a quien quiere, ¿sabes? Demerzel nos atacó por *ti*.

—¿Por qué por mí? —preguntó Seldon, sobresaltado.

—¡No seas tonto! Por la misma razón que te quería yo: para utilizarte como instrumento, desde luego —suspiró—. Al menos, no he sido traicionada del todo. Todavía me quedan soldados leales… ¡Sargento!

El sargento Thalus entró con paso cauto y silencioso que parecía incongruente, dado su tamaño. Su uniforme aparecía impecable; su largo bigote rubio, perfectamente rizado.

—Señora Alcaldesa —dijo, cuadrándose. Seguía siendo en su aspecto un pedazo de carne con ojos, como Seldon le había calificado… Un hombre que obedecía las órdenes ciegamente, ajeno por completo al nuevo y cambiado estado de cosas.

Rashelle sonrió a Raych con tristeza.

—Y ahora tú, pequeño Raych. Pensaba poder hacer algo de ti. Al parecer, ya no podré hacerlo.

—Hola, seň… *Madam* —dijo Raych, turbado.

—Y también quise hacer algo por ti, doctor Seldon, y también debo pedirte perdón. No podré.

—Por mí, *Madam*, no debe tener remordimientos.

—Pues los tengo. No puedo dejar que Demerzel se apodere de ti. Sería una victoria más para él, pero hay algo que tal vez lo remedie.

—Nunca trabajaría para él, *Madam*, se lo aseguro, como tampoco hubiera trabajado para usted.

—No es cuestión de trabajar para él. Es permitir que te utilice. Adiós, doctor Seldon… ¡Sargento, desintégrelo!

El sargento sacó su desintegrador al momento y Dors, con un grito, saltó hacia delante…, pero Seldon pudo conseguir cogerla por el codo. La sujetó, desesperado.

—¡Atrás, Dors! —gritó—. A ti te matará. A mí, no. Raych, tú retrocede también. No te muevas.

Seldon se encaró con el sargento.

—Vacila, sargento, porque sabe que no puede dispararme. Pude haberle matado hace diez días, pero no lo hice. En aquel momento, usted me dio su palabra de honor de que me protegería.

—¿Qué estás esperando? —gritó Rashelle—. He dicho que le dispares, sargento.

Seldon no habló nada más. Se quedó quieto mientras el sargento, con ojos desorbitados, mantenía su desintegrador apuntando con firmeza a la cabeza de Seldon.

—¡Te he dado una orden! —chilló Rashelle.

—Tengo su palabra —dijo Seldon.

—De un modo u otro estoy deshonrado —exclamó el sargento Thalus con voz entrecortada. Luego, bajó la mano y el desintegrador cayó al suelo.

—Entonces, ¡también tú me traicionas! —gritó Rashelle.

Antes de que Seldon pudiera moverse o Dors librarse de su mano, Rashelle se apoderó del arma, se volvió al sargento y apretó el botón de contacto.

Seldon jamás había visto a nadie desintegrado. De un modo u otro, a juzgar por el nombre del arma, esperaba un ruido fuerte, una explosión de carne y sangre. Este desintegrador, al menos, no hacía nada parecido. De los órganos internos desintegrados dentro del cuerpo del sargento, Seldon no podía saber nada, pero el sargento, sin un cambio de expresión, sin un rictus de dolor, se desplomó muerto, sin la menor duda, sin la menor esperanza.

Y Rashelle volvió el desintegrador hacia Seldon con tal firmeza, que eliminó cualquier esperanza que éste hubiera podido tener de seguir con

vida. Pero Raych saltó en el momento en que el sargento cayó al suelo. Se precipitó entre Rashelle y Seldon, mientras agitaba las manos como un loco.

—¡Señora, señora, no dispare! —gritó.

Por un segundo, Rashelle pareció confusa.

—Apártate, Raych, no quiero hacerte daño.

Aquel segundo de vacilación fue lo único que Dors necesitó. Se soltó violentamente, y se lanzó sobre Rashelle. Ésta cayó con un grito, y el desintegrador fue a parar al suelo por segunda vez.

Raych lo recuperó.

—Dámelo, Raych —murmuró Seldon, con un hondo suspiro.

Pero el muchachito retrocedió.

—No irá a matarla, ¿verdad, doctor Seldon? Ha sido buena conmigo.

—No pienso hacerlo, Raych. Ella mató al sargento y me hubiera matado a mí, pero no disparó por no hacerte daño a ti, y por eso dejaremos que viva.

Fue Seldon quien se sentó ahora, con el desintegrador en la mano, mientras Dors retiraba el látigo neurónico de la otra funda del sargento muerto.

Una nueva voz se oyó resonar:

—Yo me ocuparé de ella ahora, Seldon.

Éste levantó la mirada y exclamó con alegría:

—¡Hummin! ¡Por fin!

—Lamento haber tardado tanto, Seldon. Tenía mucho que hacer. ¿Qué tal, doctora Venabili? Deduzco que ésta es Rashelle, la hija de Mannix. Pero, ¿quién es el chico?

—Raych es un pequeño dahlita amigo nuestro.

Entraron unos soldados que, a un gesto de Hummin, levantaron a Rashelle respetuosamente.

Dors, al fin libre de su intensa vigilancia de la otra mujer, se arregló las ropas con la mano y se alisó la blusa. De pronto, Seldon se dio cuenta de que todavía iba en albornoz.

Rashelle, liberándose de los soldados con un gesto de desprecio, preguntó a Seldon, señalando a Hummin:

—¿Quién es éste?

—Chetter Hummin, un amigo mío y protector en este planeta.

—¿Tu *protector*? —Rashelle lanzó una carcajada de loca—. ¡Idiota! ¡Insensato! Este hombre es Demerzel, y si te fijas en tu compañera Venabili, verás por su expresión que está perfectamente enterada de ello. ¡Has caído de lleno en la trampa, estarás mucho peor de lo que estabas conmigo!

90

Hummin y Seldon se sentaron a almorzar aquel día, completamente solos, pero un gran silencio pesaba sobre ellos.

Hacia el final de la comida, Seldon pareció despertar de su marasmo.

—Bien, señor, ¿cómo debo dirigirme a usted? —preguntó con vivacidad—. Para mí, es Chetter Hummin todavía, pero si bien lo acepto como otra persona, no puedo dirigirme a usted como «Eto Demerzel». En calidad de ello, usted tiene un título y desconozco el tratamiento apropiado. Por favor, instrúyame.

—Llámame Hummin, si no te importa —respondió gravemente el otro—. O Chetter. Sí, soy Eto Demerzel, pero para ti seguiré siendo Hummin. En realidad, ambos no son distintos. Te dije que el Imperio se está desintegrando y acabando. Yo, en ambas calidades, creo que es cierto. Te dije que quería la psicohistoria para evitar la degeneración y el fracaso, o para llevar a cabo una renovación y revigorización si ambas, la degeneración y el fracaso, siguen adelante. Lo creo también en mis dos calidades de persona.

—Pero ya me tuviste en tus manos… Supongo que te hallabas cerca cuando visité a Su Majestad Imperial.

—A Cleon. Sí, desde luego.

—Y pudiste haberme hablado entonces, exactamente igual que hiciste más tarde como Hummin.

—¿Y lograr qué? Como Demerzel, tengo un trabajo inmenso. Debo manejar a Cleon, un gobernante bien intencionado pero no muy capaz, y evitar, en lo que yo pueda que cometa errores. Tengo, no sólo que gobernar

Trantor, sino también el Imperio. Y, como ves, necesito dedicar mucho tiempo a evitar que Wye haga daño.

—Lo sé —murmuró Seldon.

—No fue fácil y casi perdí. He pasado años lidiando cuidadosamente con Mannix, aprendiendo su forma de pensar y planeando una finta a cada uno de sus movimientos. En ningún momento pensé que traspasaría sus poderes a su hija en vida. Yo no la había estudiado y no estaba preparado para su absoluta falta de prudencia. Al contrario que su padre, fue educada para hacerse cargo del poder, dándolo por sentado, sin tener una idea clara de sus limitaciones. Así que se apoderó de ti y me obligó a actuar antes de que estuviera completamente preparado.

—Y, como resultado, por poco me pierdes. Me encontré por dos veces ante un desintegrador.

—Lo sé —asintió Hummin—. Y también pudimos haberte perdido en *Arriba*…, otro accidente que no pude prever.

—De acuerdo; sin embargo, no has contestado realmente a mi pregunta. ¿Por qué me enviaste huyendo por todo Trantor para escapar de Demerzel, cuando tú mismo eras Demerzel?

—Le dijiste a Cleon que la psicohistoria era un concepto puramente teórico, una especie de juego matemático sin sentido práctico. Eso pudo muy bien ser cierto, pero si me acercaba a ti de forma oficial, yo estaba seguro de que mantendrías tu punto de vista. No obstante, la idea de la psicohistoria me atraía. Me pregunté si, después de todo, no sería sino un juego. Debes comprender que no sólo pretendía utilizarte, quería una psicohistoria real y práctica.

»Así que te envié, como bien has dicho, huyendo por toda la faz de Trantor con el temido Demerzel pisándote los talones en todo momento. Esto, pensé, haría que tu mente se concentrara con fuerza. Haría de la psicohistoria algo excitante, mucho más que un juego matemático. Te esforzarías por resolverlo para el sincero idealista Hummin, cosa que no hubieras hecho para el lacayo imperial, Demerzel. También, así conocerías diferentes aspectos de Trantor y eso te ayudaría…, mucho más, por supuesto, que vivir en una torre de marfil, en un planeta lejano, rodeado

únicamente de colegas matemáticos. ¿Tuve razón? ¿Has hecho algún progreso?

—¿En psicohistoria? Sí, lo he hecho, Hummin. Pensé que ya lo sabías.

—¿Cómo iba a saberlo?

—Se lo dije a Dors.

—Pero no a mí. No obstante, me lo estás comunicando ahora. Es una buena noticia.

—No del todo —objetó Seldon—. No he llegado a más que un simple principio. Sin embargo, *es* un principio.

—¿La clase de principio que puede explicarse a un no-matemático?

—Creo que sí. Verás, Hummin, desde el principio, he visto la psicohistoria como una ciencia que depende de la interacción de veinticinco millones de mundos, cada uno con su población media de cuatro mil millones. Es demasiado. Resulta de todo punto imposible manejar algo tan complejo. Si fuera a tener éxito, si hubiera algún modo de encontrar una psicohistoria útil, tendría, primero, que encontrar un sistema más simple. Así que decidí retroceder en el tiempo y empezar a tratar con un solo mundo, un mundo que fuera el único ocupado por la Humanidad en el oscuro pasado anterior a la colonización de la Galaxia. En Mycogen, me hablaron del mundo original de Aurora, y en Dahl del mundo original Tierra. Pensé que pudiera tratarse del mismo planeta bajo nombres distintos, pero había un punto clave en el que se diferenciaban lo bastante, por lo menos, para que aquello fuera imposible. No tenía la menor importancia. Se sabía tan poco de ambos, y ese poco estaba tan oscurecido por el mito y la leyenda, que no cabía la esperanza de servirme de la psicohistoria en conexión con ellos.

Se calló para tomar un sorbo de zumo fresco, sin apartar los ojos del rostro de Hummin.

—Bien, ¿qué más? —insistió Hummin.

—Entretanto, Dors me había contado algo que yo llamo la historia de la-mano-en-el-muslo. No tenía un significado innato, era, simplemente, un cuento humorístico y trivial. Pero, como resultado, Dors mencionó las diferentes costumbres sexuales en los diversos mundos y en los varios Sectores de Trantor. Tuve la impresión de que trataba a los diferentes

Sectores trantorianos como si fueran mundos separados. Pensé, distraído, que tendría que manejar veinticinco millones, más ochocientos. Me pareció una diferencia trivial y dejé de pensar en ello.

»Pero, al viajar del Sector Imperial a Streeling, de éste a Mycogen, a Dahl y a Wye, observé por mí mismo lo diferentes que eran cada uno de ellos entre sí. La idea de Trantor, no como un mundo, sino como un complejo de mundos, fue creciendo en mi mente, aunque todavía no descubría el punto crucial.

»Fue al escuchar a Rashelle… Verás, no estuvo mal que Wye me capturara al fin, y fue bueno que el atrevimiento de Rashelle la empujara a planes grandiosos que me confió… Cuando oí a Rashelle, como he dicho, me dijo que lo único que quería era Trantor y algunos de los mundos inmediatamente adyacentes. Era un Imperio en sí, aseguró, y desechaba los mundos exteriores como "vacíos y distantes".

»Entonces, de improviso, fue cuando vi lo que había estado guardado oculto en mis pensamientos durante un tiempo considerable. Por un lado, Trantor poseía un sistema social extremadamente complejo, dado que se trataba de un mundo populoso formado por ochocientos pequeños mundos. Era, en sí, un sistema lo bastante complejo para dar sentido a la psicohistoria y, sin embargo, lo bastante simple, comparado con todo el Imperio, para hacer que la psicohistoria fuera, quizá, práctica.

»Y los Mundos Exteriores, los veinticinco millones de ellos, eran "vacíos o la nada, distantes". Desde luego, afectaban a Trantor, y Trantor les afectaba a ellos, pero todo eso eran efectos secundarios. Si pudiera hacer funcionar la psicohistoria como primera aproximación, sólo para Trantor, entonces, los efectos menores de los Mundos Exteriores podrían añadirse como modificaciones posteriores. ¿Comprendes lo que quiero decir? Yo buscaba un solo mundo en el que establecer una ciencia práctica de psicohistoria, y lo buscaba en el pasado lejano, cuando todo el tiempo el mundo único que yo quería se encontraba, *ahora*, bajo mis pies.

—¡Maravilloso! —exclamó Hummin, claramente aliviado y complacido.

—Pero está todo por hacer, Hummin. Debo estudiar Trantor con suficiente detalle. Debo discurrir las necesarias matemáticas con que

tratarlos. Si tengo suerte y vivo una larga vida, puedo obtener las respuestas antes de morir. Si no, mis sucesores tendrán que seguirme. Tal vez el Imperio se derrumbe y se deshaga antes de que la psicohistoria sea una técnica útil.

—Haré cuanto pueda por ayudarte.

—Lo sé —reconoció Seldon.

—¿Confías en mí, pues, pese a que soy Demerzel?

—Por completo. Absolutamente. Pero que conste que lo hago porque tú *no eres* Demerzel.

—Lo soy —insistió Hummin.

—No lo eres. Tu personificación como Demerzel está tan lejos de la verdad, como tú lo estás de Hummin.

—¿Qué quieres decir? —Hummin abrió mucho los ojos y se separó ligeramente de Seldon.

—Quiero decir que es probable que eligieras el nombre de Hummin por un curioso sentido de honestidad. Hummin es parecido a «humano», ¿no es cierto?

Hummin no contestó. Continuó mirando a Seldon fijamente. Y éste dijo, por fin:

—Porque no eres humano, ¿no es verdad, Hummin-Demerzel? Tú eres un robot.

DORS

SELDON, HARI. — ... *Es costumbre pensar en Hari Seldon sólo en relación con la psicohistoria; verle como matemático y cambio social, personificados. Es indudable que él mismo favoreció esta idea, porque, en ningún momento de sus publicaciones serias, dio la menor explicación sobre cómo llegó a resolver los diversos problemas de la psicohistoria. Por lo que nos dice, sus saltos mentales pudieron ser captados en el aire. Tampoco nos habla de los callejones sin salida con que se encontró o los caminos equivocados que pudo haber tomado.*

... En cuanto a su vida privada, está en blanco. Sobre sus padres y familiares, conocemos un montón de hechos sueltos, nada más. Su único hijo, Raych Seldon, se sabe que fue adoptado, pero también se desconoce cómo ocurrió. Sobre su esposa, sólo sabemos que existió. Es obvio que Seldon quería ser un número, excepto en lo concerniente a la psicohistoria. Fue como pensar que sintió, o que quería que se sintiera, que no vivió, sino que, simplemente, psicohistorificó.

Enciclopedia Galáctica

91

Hummin siguió sentado, tranquilo, sin mover un solo músculo, sin apartar la vista de Seldon, mientras que éste, por su parte, esperaba. Pensaba que era él, Hummin, quien debía hablar primero.

Así lo hizo Hummin, que se limitó a decir:

—¿Un robot? ¿Yo? Por robot, supongo que te refieres a un ser artificial tal como el objeto que viste en el *Sacratorium* de Mycogen.

—No del todo.

—¿No de metal? ¿No bruñido? ¿No un simulacro sin vida? —fue preguntando Hummin, sin el menor asomo lúdico.

—No. Tener vida artificial no es ser de metal necesariamente. Hablo de un robot indistinguible, en apariencia, de un ser humano.

—Si es indistinguible, Hari, ¿cómo puedes distinguirlo?

—No por su *aspecto*.

—Explícamelo.

—Hummin, en el curso de mi huida de ti como Demerzel, oí hablar de dos antiguos mundos, ya te lo he dicho: Aurora y Tierra. Cada uno parecía ser considerado como el primero y único mundo. En ambos casos, se habló de robots, pero con una diferencia.

Seldon miraba pensativo al hombre que tenía sentado delante, preguntándose si, de un modo u otro, daría signos de que era menos que un hombre…, o más.

—Cuando se trataba de Aurora —siguió diciendo—, se hablaba de un robot, un renegado, un traidor, alguien que había desertado de la causa. Cuando se trataba de Tierra, se hablaba de un robot como de un héroe, uno que representaba la salvación. ¿Es mucho suponer que se trataba del mismo robot?

—¿Lo era? —murmuró Hummin.

—Eso fue lo que pensé, Hummin. Pensé que Tierra y Aurora eran dos mundos separados, coexistentes en el tiempo. Ignoro cuál precedió al otro. Por la arrogancia y el consciente sentido de superioridad de los mycogenios, yo podía suponer que Aurora había sido el mundo original y

que allí despreciaban a los terrícolas que emanaban de ellos…, o que degeneraban de ellos.

»Por el contrario, Mamá Rittah, que me habló de Tierra, estaba convencida de que éste fue el mundo original de la Humanidad y, ciertamente, la pequeña y aislada posición de los mycogenios en una galaxia de cuatrillones de gente que carece del extraño carácter de los mycogenios, podría significar que Tierra fue, en verdad, el mundo original y Aurora, su vástago aberrante. No puedo decirlo, pero te paso mi pensamiento para que tú puedas comprender mi conclusión final.

—Comprendo lo que estás haciendo —asintió Hummin—. Por favor, continúa.

—Ambos mundos eran enemigos. Así nos lo dio a entender Mamá Rittah. Cuando comparo los mycogenios que parecen representar a los auroranos, con los dahlitas que parecen representar a los terrícolas, imagino que Aurora, ya fuera primera o segunda, fue, no obstante, la más avanzada, la que pudo producir robots más complicados, incluso los indistinguibles de los seres humanos, en apariencia. Ese robot fue diseñado y confeccionado en Aurora. Para la gente de Tierra, fue un héroe, así que debió haberse unido a los terrícolas. ¿Por qué hizo él esto? ¿Qué motivos le impulsaron a ello? Esto es lo que no puedo decir.

—¿Querrás decir por qué ello[3] hizo esto? ¿Qué motivos lo impulsaron a ello? —murmuró Hummin.

—Tal vez sí, no lo sé bien. Teniéndote sentado frente a mí —dijo Seldon— encuentro difícil servirme de un pronombre inanimado. Mamá Rittah estaba convencida de que el robot heroico, *su* robot heroico, existía aún, y que él volvería cuando se le necesitara. Tuve la impresión de que no había nada imposible en la idea de un robot inmortal o, por lo menos, uno que fuera inmortal mientras sus circuitos y piezas de recambio se mantuvieran en buen uso.

—¿Incluso el cerebro? —preguntó Hummin.

—Incluso el cerebro. En realidad, no sé nada sobre robots, pero supongo que un cerebro nuevo podría ser grabado de nuevo partiendo del viejo… Y Mamá Rittah sugirió extraños poderes mentales. Entonces, yo pensé: así debe ser. En ciertos aspectos, puedo parecer un romántico, pero

no lo soy tanto como para pensar que un solo robot, pasando de un mundo a otro, pueda llegar a alterar el curso de la Historia. Un robot no podía asegurar la victoria de Tierra, ni la derrota de Aurora…; a menos que hubiera algo peculiar, algo extraño, en el robot.

—¿Te has parado a pensar, Hari, que tratas con leyendas, leyendas que han sido distorsionadas a lo largo de los siglos y los milenios, hasta el extremo, incluso, de extender un velo sobrenatural sobre acontecimientos totalmente corrientes? ¿Puedes llegar a creer en un robot que no sólo parezca humano, sino que también viva eternamente y tenga poderes mentales? ¿No estás, acaso, empezando a creer en lo superhumano?

—Conozco muy bien lo que son las leyendas y no soy propenso a dejarme dominar por ellas y creer en cuentos de hadas. Pero cuando están respaldadas por ciertos hechos extraños que yo he visto, e incluso experimentado…

—¿Como cuáles?

—Hummin, te conocí y confié en ti desde el primer momento. Sí, me ayudaste contra aquel par de matones cuando no necesitabas hacerlo, y eso fue algo que me predispuso en tu favor, porque, en aquel momento, no me di cuenta de que estaban a tu servicio, haciendo lo que tú les habías ordenado que hicieran… Pero, dejemos esto.

—No —dijo Hummin con, por fin, un tono de voz divertido.

—Confié en ti. Fui convencido con suma facilidad de no regresar a casa, a Helicon, y de convertirme en un vagabundo sobre la faz de Trantor. Creí, sin discutirlo, cuanto tú me dijiste. Me puse por entero en tus manos. Ahora, volviendo la vista atrás, me veo como si yo *no* fuera yo. No soy persona que se deje arrastrar con facilidad; sin embargo, me arrastraste. Y lo peor es que ni siquiera me pareció raro comportarme de un modo tan contrario a mi forma de ser.

—Tú te conoces mejor, Hari.

—Y no hablemos sólo de mí. ¿Cómo te explicas que Dors Venabili, una bella mujer, con carrera propia, lo abandonara todo a fin de unírseme en la huida? ¿Cómo es que arriesgaba su vida para salvar la mía pareciendo adoptar, como una especie de deber sagrado, la tarea de protegerme, y con sólo esa idea en la cabeza? ¿No ocurrió así porque tú se lo pediste?

—Sí, yo se lo pedí, Hari.

—No obstante, no me parece el tipo de persona que cambie tan radicalmente su vida sólo porque alguien le pida que lo haga. Tampoco puedo creer que fuera porque se hubiera enamorado locamente de mí, a primera vista, y la pasión la arrastrara. ¡Ojalá hubiera sido así!, pero, emocionalmente, parece muy dueña de sí, y te hablo con franqueza, como yo mismo respecto de ella.

—Es una mujer maravillosa —comentó Hummin—. No te censuro.

—¿Cómo podía ser —prosiguió Seldon— que Amo del Sol Catorce, un monstruo de arrogancia, que dirige un pueblo intransigente y pagado de sí, estuviera dispuesto a aceptar a unos tribales como Dors y yo, y nos tratara tan bien como unos mycogenios podían tratar a alguien? Cuando quebrantamos todas las reglas, cometidos todos los sacrilegios imaginables, ¿cómo pudo ser que le convencieras aun de que nos dejara marchar?

»¿Cómo pudiste convencer a los Tisalver, con sus mezquinos prejuicios, para que nos acogieran? ¿Cómo puedes encontrarte bien en cualquier parte del mundo, ser amigo de todos, influir en cada uno, prescindiendo de sus peculiaridades individuales? Y, sobre todo, ¿cómo has conseguido manipular a Cleon también? Y si a él se le tiene por maleable y fácil de manejar, ¿cómo pudiste gobernar a su padre que, según todo el mundo, era un tirano, duro y arbitrario? ¿Cómo pudiste hacer todo eso?

»Además, hay otra cosa, ¿cómo es que Mannix IV de Wye pudo dedicar décadas a organizar un ejército sin rival, o a entrenarle para que sobresalga en todo, y, no obstante, desarticularlo cuando su hija intenta servirse de él? ¿Cómo pudiste persuadirles de que todos ellos la traicionaran, como habías hecho tú?

—Puede que sólo signifique el hecho de que soy una persona hábil, acostumbrada a tratar con gente de todo tipo, que me encuentro en una buena posición por haber hecho favores a gente crucial y en disposición de hacer favores adicionales en el futuro. Nada de lo que he hecho, al parecer, es de carácter sobrenatural.

—¿Nada de lo que has hecho? ¿Ni siquiera neutralizar a todo el Ejército de Wye?

—No deseaban servir a una mujer.

—Ellos tenían que saber desde hace años que, en cualquier momento en que Mannix dejara el poder, o en el caso de su muerte, Rashelle sería alcalde hereditario. No obstante, nunca mostraron señales de descontento…, hasta que tú creíste necesario que lo sintieran. Dors te describió en un momento dado como un hombre muy persuasivo. Y lo eres. Más persuasivo de lo que *cualquier hombre* pueda ser. Pero no eres más persuasivo de lo que un robot inmortal, con extraños poderes mentales, pudiera ser. Bien, Hummin, ¿qué me dices a esto?

—¿Qué es lo que esperas de mí, Hari? ¿Que admita que soy un robot? ¿Que mi aspecto de ser humano es sólo apariencia? ¿Que soy inmortal? ¿Que soy una maravilla mental?

Seldon se inclinó hacia Hummin, sentado en la mesa, frente a él.

—Sí, Hummin. Eso es lo que espero de ti. Espero que me digas la verdad, y tengo la fuerte sospecha de que esto que acabas de esbozar *es* la verdad. Tú, Hummin, eres el robot que Mamá Rittah llamó *Da-Nee*, amigo de *Ba-Lee*. Tienes que admitirlo. No te queda más alternativa.

92

Fue como si se hallaran sentados en una pequeña Universidad propia. Allí, en pleno Wye, con el Ejército desarmado por las Fuerzas Imperiales, guardaban silencio. Allí, en medio de los acontecimientos que todo Trantor, y quizá toda la Galaxia contemplaba, estaba esa diminuta burbuja de total aislamiento, dentro de la cual, Seldon y Hummin libraban su juego de ataque y defensa… Seldon tratando con todas sus ansias de forzar una nueva realidad, Hummin sin hacer nada por aceptar esa nueva realidad.

Seldon no temía ser interrumpido. Estaba seguro de que la burbuja en la que se encontraba tenía unos límites que no podían ser traspasados, que las fuerzas de Hummin, no, las del *robot*, mantendrían a todo el mundo a distancia hasta que el juego hubiera terminado.

—Eres una persona ingeniosa, Seldon —dijo Hummin al fin—. Sin embargo, no acierto a ver por qué debo admitir que soy un robot y por qué no me queda más alternativa que hacerlo. Todo lo que has dicho puede ser

verdad en cuanto a hechos: tu propio comportamiento, el de Dors, el de Amo del Sol, de los Tisalver, de los generales de Wye…, todo, todo puede haber ocurrido como has dicho, pero esto no significa que tu *interpretación* del sentido de los acontecimientos sea cierta. Seguro que todo lo ocurrido tiene una explicación natural. Confiaste en mí porque aceptaste lo que te dije. Dors sintió que tu seguridad era importante porque intuía que la psicohistoria era algo crucial, y eso fue así por el hecho de ser ella una historiadora. Amo del Sol y Tisalver me debían favores de los que tú nada sabes. Los generales de Wye estaban resentidos de que una mujer los gobernara. Nada más. ¿Por qué tenemos que pensar en algo sobrenatural?

—Oye, Hummin, ¿crees de verdad que el Imperio se desmorona y consideras realmente importante permitir que así ocurra sin hacer nada por salvarlo, o, por lo menos, por mitigar su caída?

—En efecto.

Seldon se dio cuenta de que lo decía con sinceridad.

—¿Y deseas realmente que yo resuelva los detalles de la psicohistoria y sientes que tú mismo no puedes hacerlo?

—Carezco de esa capacidad.

—¿Y crees que sólo yo puedo encargarme de la psicohistoria…, aunque yo a veces dude de mí mismo?

—Así es.

—Y, por consiguiente, piensas que si tienes la posibilidad de ayudarme de algún modo, debes hacerlo.

—En efecto.

—Los sentimientos personales…, las consideraciones de egoísmo…, ¿no tienen nada que ver?

Una leve y breve sonrisa iluminó el rostro grave de Hummin y, por un momento, Seldon percibió un inmenso y árido desierto de cansancio detrás de aquella plácida fachada que era Hummin:

—He cimentado una larga carrera, sin prestar atención a los sentimientos personales o a las consideraciones egoístas.

—Entonces, necesito tu ayuda. Puedo resolver la psicohistoria sobre la base de Trantor, solo, aunque sé que tropezaré con muchas dificultades. Estas dificultades creo que podré superarlas, pero cuánto más fácil me

resultaría si conociera ciertos datos clave. Por ejemplo, ¿fue Tierra, o Aurora, el primer mundo de la Humanidad?, ¿o fue otro mundo distinto? ¿Cuáles eran las relaciones entre Tierra y Aurora? ¿Fue una, o ambas, que colonizaron la Galaxia? Si fueron ambas, ¿cómo se decidió? ¿Hay mundos descendientes de ambos, o sólo uno? ¿Cómo fue que los robots fueron abandonados? ¿Cómo pasó Trantor a ser el mundo Imperial, y no otro planeta? ¿Qué ocurrió, entretanto, con Tierra y Aurora? Hay un millón de preguntas que podría formular ahora mismo, y cien mil que irán surgiendo a medida que vaya avanzando. ¿Permitirás que yo siga ignorante, Hummin, y que fracase en mi tarea cuando tú podrías informarme y ayudarme a tener éxito?

—Si yo fuera el robot —respondió Hummin—, ¿tendría espacio en mi cerebro para los veinte mil años de historia de millones de mundos diferentes?

—Desconozco la capacidad de los cerebros robóticos. Tampoco conozco la capacidad del tuyo. Pero, si careces de capacidad, entonces deberás tener la información que no puedes abarcar, grabada a salvo en algún lugar y de tal forma que puedas acceder a ella cuando la necesites. Si la tienes y yo la necesito, ¿cómo puedes negármela y ocultármela? Y si no me la puedes ocultar, ¿cómo puedes negar que seas un robot…, aquel robot…, el *Renegado*?

Seldon se echó hacia atrás y respiró profundamente.

—Así que, vuelvo a preguntarte: ¿Eres aquel robot? Si quieres psicohistoria, debes admitirlo. Si te empeñas en negar que eres un robot y me convences de que no lo eres, entonces, mis probabilidades de obtener la psicohistoria se reducen muchísimo. Depende de ti. ¿Eres un robot? ¿Eres *Da-Nee*?

Y Hummin, tan imperturbable como siempre, respondió:

—Tus argumentos son irrefutables. Soy *R. Daneel Olivaw*. La «R» significa «robot».

R. Daneel Olivaw hablaba sin levantar la voz, pero a Seldon le pareció notar un cambio sutil, como si ahora que no tenía que representar ningún papel, se expresara con mayor facilidad.

—En veinte mil años —explicó *Daneel*—, nadie ha adivinado que yo fuera un robot, cuando no era mi intención que él o ella lo supieran. En parte, porque los seres humanos abandonaron los robots hace tanto tiempo, que muy pocos recuerdan que, en tiempos, hubieran existido. Y, en parte, porque tengo la habilidad de detectar y afectar las emociones humanas. Esta detección no me preocupa, pero afectar las emociones es difícil para mí por razones que tienen mucho que ver con mi naturaleza robótica…, aunque puedo hacerlo cuando quiero. Tengo esta capacidad, pero he de luchar contra mi propia voluntad para no hacerlo. Siempre trato de no interferir, excepto cuando no me queda más remedio. Y, si lo hago, procuro limitarme a reforzar, lo menos posible, lo que ya existe. Si puedo conseguir mi propósito sin hacerlo, lo evito.

»No fue necesario intervenir con Amo del Sol Catorce para que os aceptara; lo llamo "intervenir", lo habrás notado, porque es algo que me desagrada hacer. No tuve que intervenir con él porque me debía muchos favores y es un hombre honorable, pese a todas aquellas peculiaridades que observaste en él. Sí que intervine la segunda vez, cuando cometiste sacrilegio a sus ojos, pero no me costó mucho. A él le desagradaba entregaros a las autoridades imperiales, que no le gustan. Simplemente, exageró un poco su disgusto y os entregó a mi cuidado, aceptando los argumentos que le ofrecí, que, de lo contrario, no hubiera tenido en cuenta.

»Tampoco intervine excesivamente contigo. También desconfiabas de los imperiales. Así piensan, hoy en día, muchos seres humanos, lo que resulta un factor importante en la caída y deterioro del Imperio. Y mucho más importante: te sentías orgulloso de la psicohistoria como concepto, orgulloso de que se te hubiera ocurrido pensar en ello. No te hubiera importado que se demostrara que era una disciplina práctica. Esto hubiera alimentado tu orgullo aún más.

Seldon frunció el ceño.

—Perdona, Mr. Robot —protestó—, ¡pero no creo que yo sea tal monstruo de orgullo!

—No estoy diciendo que seas ningún monstruo de orgullo. Eres perfectamente consciente de que dejarse llevar por el orgullo no es útil ni admirable, así que tratas de dominarlo. Lo mismo podría desagradarte ser dominado por el latido de tu corazón. No puedes evitar ni uno ni otro. Aunque ocultes tu orgullo a tus propios ojos en bien de tu tranquilidad mental, a mí no puedes ocultármelo. Ahí está, por más que tú lo disimules. Y yo no hice más que reforzarlo un poquito, y al momento te sentiste dispuesto a huir de Demerzel, acto que, un poco antes, habrías rechazado. Y sentiste ansia por trabajar en la psicohistoria con una intensidad que un poco antes habrías despreciado.

»No hubo necesidad de tocar nada más y así, tú solo, has razonado el robotismo. De haber previsto tal posibilidad, pude haberlo impedido, pero mi previsión y mis habilidades no son infinitas. Aunque, en verdad, tampoco lamento haber fracasado. Tus argumentos han sido excelentes y es importante que sepas quién soy, y que me sirva de lo que soy para ayudarte.

»Las emociones, mi querido Seldon, son un poderoso motor de las acciones humanas, bastante más poderoso de lo que los mismos seres humanos creen, y no te puedes imaginar cuánto puede hacerse con una mera presión, ni lo que me disgusta hacerlo.

Seldon respiraba con fuerza, disgustado por verse como un hombre empujado por el orgullo.

—¿Por qué ese disgusto? —preguntó al robot.

—Porque sería fácil que me excediera. Tuve que impedir que Rashelle convirtiera al Imperio en una anarquía feudal. Yo podía haber doblegado mentes rápidamente, y el resultado hubiese sido un levantamiento sangriento. Los hombres son hombres…, y los generales de Wye son casi todos hombres. No se necesita mucho para despertar resentimiento y el latente miedo a las mujeres en todo hombre. Es un asunto biológico que yo, como robot, no puedo comprender del todo.

»No tuve más que forzar el sentimiento para provocar el fracaso del plan de Rashelle. Si me hubiera extralimitado un milímetro de más, habría perdido lo que quería…, un aplastamiento de la revuelta sin sangre. Sólo deseaba que no opusieran resistencia cuando llegaran mis tropas.

Daneel hizo una pausa, como tratando de elegir sus palabras.

—No deseo meterme con la matemática de mi cerebro positrónico —continuó diciendo—. Es más de lo que puedo entender, aunque quizá no más de lo que tú pudieras si te empeñaras en ello. No obstante, estoy gobernado por las Tres Leyes de la Robótica que, traducidas en palabras, son tradicionalmente, o lo fueron hace mucho tiempo, las siguientes:

»Una. Un robot no debe lastimar a un ser humano ni, por inacción, permitir que un ser humano sufra daños.

»Dos. Un robot tiene que obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, excepto cuando estas órdenes entren en conflicto con la Primera Ley.

»Tres. Un robot debe proteger su propia existencia, siempre y cuando dicha protección no entre en conflicto con las Primera y Segunda Leyes.

»Pero yo tuve un amigo…, hace veinte mil años. Otro robot. No como yo. No se le podía confundir con un ser humano; sin embargo, él era el que poseía los poderes mentales y fue a través suyo como yo gané los míos. Le pareció que debía establecerse una ley general por encima de las Tres Leyes. La llamó la *Ley Zeroth*, puesto que el cero viene antes del Uno. Es la siguiente:

»Cero. Un robot no puede lastimar a la Humanidad ni, por inacción, permitir que la Humanidad sufra daños.

»Así que la Primera Ley debería decir:

»Una. Un robot no puede lastimar a un ser humano o, por inacción, permitir que un ser humano se lastime, excepto cuando estas órdenes entraran en conflicto con la Ley Zeroth.

»Y las demás Leyes deben ser igualmente modificadas. ¿Comprendes? —*Daneel* pareció esperar ansioso la respuesta de Seldon.

—Lo comprendo —dijo éste.

—El problema, Hari, está en que el ser humano es fácil de identificar. Puedo señalarte alguno. Es fácil ver qué lastimará a un ser humano y qué no lo hará; relativamente fácil, por lo menos. Pero, ¿qué es la *Humanidad*? ¿Qué podemos indicar cuando hablamos de la Humanidad? ¿Cómo podemos definir el concepto de «daño a la Humanidad»? ¿Cuándo, una serie de acciones, hará más bien que mal a la Humanidad como un todo, y cómo puede uno saberlo? El robot que presentó por primera vez la *Ley*

Zeroth, murió…, quedó permanentemente desactivado porque fue forzado a una actuación que, a su entender, salvaría a la Humanidad, pero que no podía tener la *seguridad* de que la salvara. Por ello, quedó desactivado, dejando en mis manos el cuidado de la Galaxia.

»Desde entonces, lo he intentado. He intervenido lo menos posible, confiando en los propios seres humanos para que juzgaran lo que era por su bien. Ellos podían juzgar; yo, no. Podían confundir su meta; yo, no. Podían dañarse involuntariamente unos a otros o a ellos mismos; yo me desactivaría si lo hiciera. La *Ley Zeroth* no admite daño involuntario.

»Pero, a veces, me he visto obligado a emprender alguna acción. Que siga funcionando aún, significa que he sido discreto y moderado. No obstante, cuando el Imperio ha empezado a degenerar y desmembrarse, he tenido que intervenir con más frecuencia desde hace unas décadas. Ahora, que tengo que representar el papel de Demerzel, he de esforzarme por gobernar de tal forma que impida la ruina…, pero aún sigo funcionando.

»Cuando presentaste tu comunicación en la Convención Decenal, me di cuenta al instante de que en la psicohistoria teníamos una herramienta que haría posible identificar lo que era bueno y malo para la Humanidad. Con ella, las decisiones no serían tomadas a ciegas. Incluso, yo podría llegar a confiar en los seres humanos para que tomaran sus propias decisiones y volver de nuevo a reservarme para las grandes emergencias. Así que arreglé con rapidez el que Cleon se enterara de tu discurso y te llamara a su presencia. Luego, cuando oí tu negativa sobre el valor de la psicohistoria, me sentí obligado a pensar en algún medio de hacer que lo intentaras al menos. ¿Lo comprendes, Hari?

—Lo comprendo, Hummin —dijo Seldon, algo más que desanimado.

—Para ti, debo seguir siendo Hummin, en las raras ocasiones en que pueda verte. Te proporcionaré toda la información que poseo si es algo que precises, y en mi persona de Demerzel, encontrarás toda la protección que pueda darte. Como *Daneel*, jamás hables de mí.

—Nunca lo haría —se apresuró a asegurar Seldon—. Dado que necesito tu ayuda, no quisiera arruinar las cosas entrometiéndome en tus planes.

—Sí, sé que no querrías hacerlo. —*Daneel* sonrió, cansado—. Después de todo, eres lo bastante orgulloso como para querer todo el mérito por tu

psicohistoria. No querrías que nadie supiera… jamás… que necesitabas la ayuda de un robot.

Seldon se ruborizó.

—Yo no…

—Lo eres, aunque lo ocultes cuidadosamente a tus propios ojos. Y es importante, porque estoy poniendo un mínimo refuerzo a esta emoción secreta tuya para que nunca puedas hablar de mí a otros. Ni siquiera se te ocurrirá que puedes hacerlo.

—Sospecho que Dors sabe…

—Sabe quién soy. Tampoco ella puede hablar de mí a otros. Ahora que ambos conocéis mi naturaleza, podéis hablar con libertad de mí entre vosotros, pero a nadie más.

Daneel se puso en pie.

—Hari, ahora tengo que hacer mi trabajo. Dentro de poco, tú y Dors seréis devueltos al Sector Imperial.

—El niño Raych debe ir conmigo. No puedo abandonarle. Y hay un joven dahlita, llamado Yugo Amaryl…

—Lo comprendo. Raych irá también y puedes hacer lo que quieras con tus amigos. Todos vosotros seréis tratados debidamente. Y trabajarás en tu psicohistoria. Tendrás un equipo. Dispondrás de las computadoras necesarias y de todo el material de referencia. Yo «intervendré» tan poco como me sea posible y, si hay cierta resistencia en tus puntos de vista que no llegara al extremo de poner en peligro la misión, tendrás que resolverlo tú solo.

—¡Espera, Hummin! —dijo Seldon, insistente—. ¿Y si después de toda tu ayuda y todos mis esfuerzos resulta que la psicohistoria no puede hacerse práctica? ¿Y si fracaso?

—En tal caso —respondió *Daneel*—, tengo un segundo plan en marcha. Uno en el que llevo trabajando desde hace tiempo, en un mundo aparte, de forma separada. También éste es muy difícil y, en cierto modo, más radical que la psicohistoria. Puede que también yo fracase, pero hay más probabilidades de éxito si tenemos dos caminos abiertos, que si sólo hubiera uno.

»¡Acepta mi consejo, Hari! Si llega el momento en que encuentras algún dispositivo que pueda actuar en evitación de que ocurra lo peor, intenta ver si puedes encontrar dos, de esa forma, si uno falla, el otro puede seguir. El Imperio debe ser afianzado o reconstruido sobre una nueva fundación. Procura, si te es posible, que haya dos, será mucho mejor que uno.

»Ahora, debo regresar a mi trabajo habitual y tú debes volver al tuyo. No temas, nos ocuparemos de ti.

Con una última inclinación, se levantó y salió.

Seldon miró cómo se alejaba y dijo en un murmullo:

—Primero, debo hablar con Dors.

94

—El palacio está vacío —dijo Dors—. Rashelle no va a ser maltratada. Y tú regresarás al Sector Imperial, Hari.

—¿Y tú, Dors? —preguntó Seldon con un nudo en la garganta.

—Supongo que volveré a la Universidad. Mi trabajo ha sido abandonado, mis clases olvidadas.

—No, Dors. Tú tienes una tarea más importante.

—¿Cuál?

—Psicohistoria. Yo no puedo emprender esa tarea sin ti.

—Claro que puedes; yo soy una analfabeta absoluta en Matemáticas.

—Y yo en Historia…, y necesitamos ambas cosas.

Dors se echó a reír.

—Sospecho que, como matemático, eres único. Yo, como historiadora, soy del montón, nada sobresaliente. Encontrarás infinidad de historiadores que encajarán en tus necesidades de psicohistoria mejor que yo.

—En ese caso, Dors, déjame explicarte que la psicohistoria necesita algo más que un matemático y una historiadora. También necesita la voluntad de sumirse en lo que, tal vez, puede ser el problema de toda una vida. Sin ti, Dors, esa voluntad me faltará.

—Claro que la tendrás.

—Dors, si tú no estás conmigo, no me propongo tenerla.

Dors lo miró, pensativa.

—Ésta es una discusión absurda, Hari. Hummin, indudablemente, será quien decida. Si me manda a la Universidad…

—No lo hará.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque se lo plantearé sinceramente: si te devuelve a la Universidad, yo volveré a Helicon, y que el Imperio se vaya al garete, si quiere.

—¡No lo dirás en serio!

—¡Por supuesto que sí!

—¿No te das cuenta de que Hummin puede hacer que tus sentimientos cambien de modo que *te pongas* a trabajar en la psicohistoria…, incluso sin mí?

Seldon sacudió la cabeza.

—Hummin no tomará semejante decisión arbitraria. He hablado con él. No se atreve a tocar demasiado la mente humana porque está sometido a lo que él llama las Leyes de la Robótica. Modificar mi mente al extremo de que no te quiera conmigo, Dors, sería un cambio al que no puede arriesgarse. Por el contrario, si me deja en paz y si tú colaboras en el proyecto, obtendrá lo que quiera…: una auténtica oportunidad de psicohistoria. ¿Por qué no conformarse?

—Puede no estar de acuerdo, por razones propias.

—¿Y por qué no? Él te pidió que me protegieras, Dors. ¿Ha cancelado, acaso, esa petición?

—No.

—Entonces, eso quiere decir que debes continuar con tu protección. Y *yo* quiero tu protección.

—¿Contra qué? Ahora cuentas con la protección de Hummin, tanto como Demerzel, como *Daneel*, y seguro que no necesitas más.

—Si tuviera la protección de cada persona y de cada fuerza de la Galaxia, seguiría necesitando la tuya.

—Entonces, no me quieres para la psicohistoria. Me quieres para protegerte.

—¡No! —exclamó Seldon, sombrío—. ¿Por qué distorsionas mis palabras? ¿Por qué me obligas a decirte lo que ya debes *saber*? No te quiero ni para protegerme, ni por la psicohistoria. Todo eso es una excusa que he utilizado, como cualquier otra. Te quiero a *ti*…, sólo a ti. Y si quieres saber la verdadera razón, es porque tú eres *tú*.

—Ni siquiera me conoces.

—Carece de importancia. Me da lo mismo… No obstante, te conozco en cierto modo. Mejor de lo que tú piensas.

—¿De veras?

—Por supuesto. Obedeces órdenes y arriesgas tu vida por mí sin vacilar y sin aparente preocupación por las consecuencias. Aprendiste rápidamente a jugar al tenis. Aprendiste a utilizar las navajas mucho más deprisa y te manejaste perfectamente en tu lucha contra Marron. *Inhumanamente*…, si me permites decirlo así. Tus músculos son asombrosamente fuertes y, al igual que tus reacciones, asombrosamente rápidas. Sabes cuándo una habitación está sometida a escuchas y puedes ponerte en contacto con Hummin de algún modo que no precisa instrumentos.

—¿Y qué piensas de todo esto? —preguntó Dors.

—He pensado que Hummin, en su capacidad de *R. Daneel Olivaw*, tiene una tarea imposible. ¿Cómo puede un robot dirigir el Imperio? Necesita ayudantes.

—Es obvio. Millones, diría yo. Yo soy uno de ellos. Tú eres otro ayudante. El pequeño Raych lo es también.

—Tú eres un ayudante *distinto*.

—¿En qué forma? Hari, *dilo*. Si te oyes decirlo, tú mismo te darás cuenta de lo insensato de tu pensamiento.

Seldon la miró largamente.

—*No* voy a decirlo…, porque no me *importa* —musitó.

—¿De verdad no te importa? ¿Deseas tomarme tal como soy?

—Te tomaré como debo. Eres Dors. Si eres algo más, no quiero a nadie más que a ti en todo el mundo.

—Hari —dijo Dors, con dulzura—. Yo deseo lo mejor para ti debido a lo que soy. Sin embargo, siento que si yo no fuera lo que soy, seguiría queriendo lo mejor para ti. Y no creo que yo sea buena para ti.

—Buena para mí o mala, me tiene sin cuidado. —Al decir esto, Hari dio unos pasos con la vista baja, como sopesando lo que iba a decir—. ¿Te han besado alguna vez, Dors?

—Desde luego, Hari. Eso forma parte de las relaciones sociales, y yo vivo en esta sociedad.

—¡No, no! Quiero decir, si has besado, de verdad, a algún hombre. Ya sabes, apasionadamente.

—Pues sí, Hari, lo he hecho.

—¿Disfrutaste?

Dors titubeó.

—Cuando he besado así —respondió—, he disfrutado más que si hubiera decepcionado a un hombre que me gustaba, alguien cuya amistad significaba mucho para mí. —Al llegar a este punto, Dors se ruborizó y volvió el rostro hacia otro lado—. Por favor, Hari, todo esto me resulta muy difícil de explicar.

Pero Hari, más decidido que nunca, insistió:

—O sea, que besaste por motivos equivocados, para evitar lastimar los sentimientos de alguien.

—Tal vez, en cierto sentido, todo el mundo hace lo mismo.

Seldon estuvo meditando esas palabras.

—¿Has pedido *tú*, alguna vez, que te besen? —preguntó de repente.

Dors, como si repasara su vida pasada, esperó unos instantes.

—No —respondió.

—O, una vez besada, ¿deseaste ser besada de nuevo?

—No.

—¿Te has acostado alguna vez con un hombre? —insistió con voz sorda, desesperadamente.

—Desde luego. Ya te lo he dicho. Esas cosas forman parte de la vida.

Hari la agarró por los hombros como si fuera a sacudirla:

—Pero, ¿has sentido alguna vez el deseo, la necesidad de este tipo de acercamiento con una persona en especial? Dors, ¿has sentido *amor* alguna vez?

Dors levantó la cabeza con lentitud, y miró al fondo de los ojos de Seldon.

—Lo siento, Hari, pero no.

Seldon la atrajo hacia sí, rodeándola con sus brazos.

Entonces, Dors colocó con suavidad sus manos en los brazos de Seldon.

—O sea, Hari. Ya ves que, en realidad, no soy la mujer que tú quieres.

La cabeza de Seldon se inclinó y miró fijamente el suelo. Sopesaba la cuestión con suma atención y trataba de pensar con racionalidad. Entonces, renunció. Él quería algo, y lo que quería estaba más allá de sus pensamientos y más allá de la razón. Alzó la mirada.

—Dors, amor mío, incluso eso, *¡no me importa!*

La rodeó con sus brazos y acercó su rostro al de ella, despacio, esperando que Dors elevara el suyo hacia él, hasta que casi se rozaban.

Dors no hizo movimiento alguno y Seldon la besó, despacio, suave, apasionadamente…, y los brazos femeninos se cerraron con fuerza alrededor de su cuello.

Cuando él separó sus labios ligeramente de los de ella, Dors le miró con ojos que la sonrisa entrecerraba.

—Bésame de nuevo, Hari… Por favor.

Notas

[*] Todas las citas de la *Enciclopedia Galáctica* reproducidas aquí proceden de la edición 116, publicada el 1020 por la Enciclopedia Galáctica Publishing Co., Terminus, con permiso de los editores. <<

[1] *Wye* = sector y *Why* = ¿por qué?, se ronuncian casi igual, de ahí la confusión de Seldon. <<

[2] El nido. <<

[3] En inglés, los objetos y los animales tienen un pronombre personal (*It*) distinto al del hombre (*He*); de ahí lo expresado por Hummin. <<